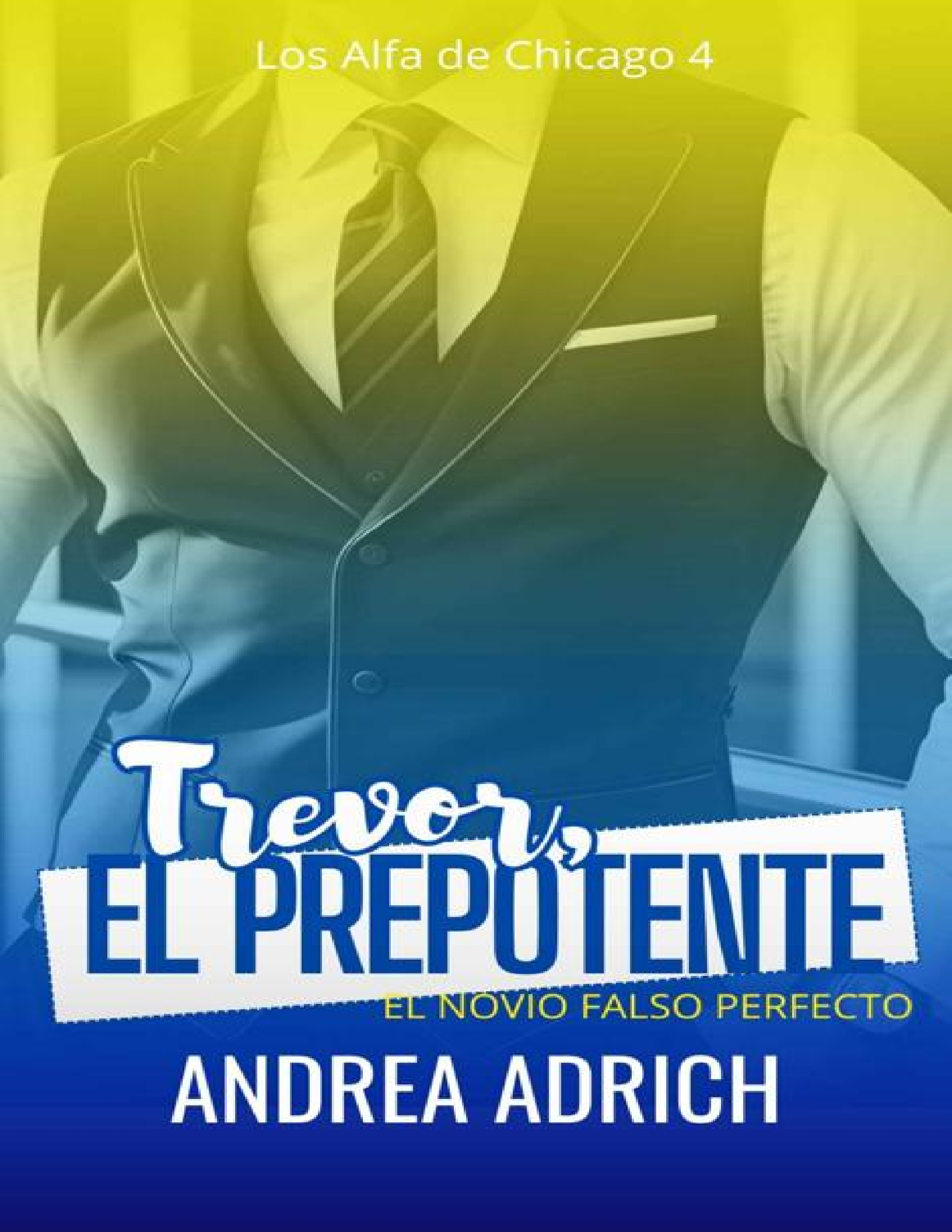
Los Alfa de Chicago 4



Trevor, EL PREPOTENTE

EL NOVIO FALSO PERFECTO

ANDREA ADRICH



ANDREA ADRICH

Copyright © Edición original 2025 por Andrea Adrich

Todos los derechos están reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Esta es una novela ficticia en su totalidad. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Primera edición: julio 2025
Título: TREVOR, el Prepotente: El novio falso perfecto
Número de Registro en SafeCreative: 2507042395562

Puedes seguir a la autora a través de Facebook y ahora también en Instagram (andreaadrich_), y así conocer todas sus novedades y sus próximas publicaciones.

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59

CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
CAPÍTULO 77
CAPÍTULO 78
CAPÍTULO 79
CAPÍTULO 80
CAPÍTULO 81
EPÍLOGO
CAPÍTULO EXTRA

CAPÍTULO 1

Audrey dio un sorbo del té y mordisqueó una galleta Oreo (la tercera en cinco minutos), observando cómo la luz del sol del atardecer se filtraba a través de las persianas medio bajadas.

Los últimos rayos dorados captaron las motas de polvo que danzaban en el aire, iluminando su desordenada mesa auxiliar.

Miró la pantalla de la tablet.

El nombre de Diane parpadeaba con una videollamada. No era la primera del día.

Audrey sintió un familiar nudo en el estómago: algo de impaciencia mezclada con algo de temor.

Respiró hondo y deslizó el dedo para responder.

La pantalla mostraba el rostro de Audrey sin maquillar, con la larga melena pelirroja recogida en un moño descuidado. Diane apareció en una ventana más pequeña con su cálida sonrisa enmarcada por un pelo cortado a media melena de color castaño con sutiles mechas rubias. El toque de color a la escena lo ponía una pintura abstracta que había colgada en la pared detrás de la silla.

—Ahí estás —dijo Diane. Su voz era suave—. Estaba empezando a pensar que me estabas evitando.

—A ti nunca —respondió Audrey, ajustando su posición en el sofá —. Simplemente evito todo lo demás.

Los ojos de Diane se arrugaron en las comisuras.

—Dios mío, ¿cuántas Oreos llevas hoy? Se te notan en los dientes —comentó.

—No las estoy contando —respondió Audrey, limpiándose rápidamente los dientes con el dedo.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Diane—. En serio —puntualizó.

La mirada azul de Audrey se desvió hacia la pila de correo de la mesa auxiliar.

La invitación de boda era visible debajo de una factura telefónica y un menú para llevar. Su escritura elegante y con relieve dorado era un recordatorio de una fea verdad. Él había seguido adelante y ella todavía estaba ahí, tratando de superarlo.

La yema del dedo trazó el borde de la taza de un lado a otro.

—Estoy bien —dijo de forma automática. Luego captó la mirada escéptica de Diane y se corrigió—. Bueno… estoy, simplemente. Trabajo, respiro, como a veces, mantengo vivas las plantas…

—Veo que al helecho le está costando un poco —bromeó Diane suavemente, pero sus ojos permanecieron atentos a las palabras que Audrey no decía.

Audrey levantó la mano que tenía libre y empezó a enrollar en el dedo uno de sus mechones pelirrojos. Un hábito nervioso del que nunca había logrado desprenderse.

—Recibí el recordatorio de confirmación de asistencia ayer. La fecha límite es este fin de semana.

La comprensión cruzó por el rostro de Diane de inmediato. No era necesario explicar qué invitación. Habían estado dando vueltas sobre ese tema durante semanas, desde que Audrey se había enterado a través de amigos en común de su ex que se había fijado la fecha de la boda.

—¿Y? —le incitó Diane, tras unos segundos de silencio.

Diane no necesitaba decir su nombre. Esa era una de las cosas que Audrey más apreciaba de ella: el modo en el que navegaba por los campos minados emocionales con tanta gracia. Era una cualidad única de Diane.

—Y todavía no lo he decidido. —La voz de Audrey bajó lo suficiente cómo pare ver a Diane inclinarse hacia la pantalla—. Una parte de mí piensa que debería marcar la casilla de «No podré asistir», y enviar un regalo bonito, pero impersonal. La otra parte…

Se detuvo, dejando el manojo de palabras suspendidas en el aire, y sus ojos encontraron la fotografía que tenía enmarcada en su

estantería.

Era de un viaje a la playa que habían hecho tres años atrás, antes de que todo se desmoronara. No podía distinguir las caras desde donde estaba sentada, pero no era necesario. El recuerdo del olor a salitre del aire y las risas estaba intacto, preservado como un insecto en ámbar, estético, precioso e intocable.

—La otra parte todavía quiere demostrar algo. —Diane finalizó la frase por ella.

El pecho de Audrey se apretó.

—Es patético, ¿verdad? —murmuró.

—Es humano —respondió Diane, moviéndose en su silla. El suave tintineo de las pulseras contra el escritorio llegó a través del altavoz —. Pero me preocupa que vayas a la boda y te enfrentes sola a esa situación. Teniendo que lidiar con las personas que os conocen a ambos, que os han visto como pareja, explicando una y otra vez cómo es tu vida ahora.

La taza de Audrey tembló ligeramente en su mano. La dejó sobre la mesa auxiliar con cuidado, creando un anillo de humedad en una revista.

—Dicho así, suena a tortura.

—Y eso sin mencionar que lo verás con su novia —agregó Diane en un tono más suave—, y querrás prenderle fuego al lugar.

—Su nombre está en la invitación, como es lógico. —La voz de Audrey se quedó atrapada en la última palabra—. Eimear. Suena encantador. Irlandés, ¿tal vez? —lanzó—. Me imagino a una tía alta y sofisticada, que nunca dice cosas incómodas ni hace sentir mal a nadie.

Diane suspiró.

—O podría ser un troll con halitosis que se tira pedos. Eso no lo sabes.

Audrey no tuvo más remedio que sonreír.

—La invitación es muy bonita —dijo. La levantó hacia la cámara —. Mira. Impresión tipográfica sobre papel *couché* especial, flores secas reales prensadas en el diseño... —La bajó de nuevo y sus

dedos recorrieron las letras en relieve—. Debe haber costado una fortuna.

Diane se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—*The Ghost* siempre fue de gestos ostentosos —comentó.

Diane solía referirse al exnovio de Audrey como *the Ghost,* no solo porque desaparecía más que un fantasma en una sesión de espiritismo, sino porque vibraba con energías de mansión encantada: ostentosa, fría y con un aire de «aquí no vive nadie, pero por si acaso, tiene 15 habitaciones».

—Aprecio tu lealtad —dijo Audrey.

—No es lealtad, es perspectiva.

Diane se recostó en la silla y eso creó una mancha borrosa momentánea en la pantalla.

Cuando la lente volvió a enfocarse y a cobrar nitidez, la expresión de su rostro había cambiado a algo más calculado, más frío. Una expresión que Audrey había visto cuando Diane se concentraba en resolver problemas particularmente complejos de sus clientes.

—Hablemos de lo que realmente te molesta —planteó—. ¿Es verlo? ¿La pena de los amigos que tenéis en común? ¿O es aparecer sola en la boda cuando alguna vez pensaste que serías tú quien caminaría hacia el altar con él?

La última pregunta aterrizó como una piedra en un lago de aguas tranquilas. Oleadas de incomodidad se fueron extendiendo por el cuerpo de Audrey poco a poco, como si se tratara de una urticaria.

De pronto, su piso le apreció demasiado pequeño y vacío, y la pantalla de la tablet no era suficiente para separarla de la exactitud con la que Diane hacía conclusiones.

No se le escapaba nada. Nunca.

—Todo —admitió, después de una larga pausa. Sus dedos encontraron un hilo suelto en uno de los rotos de sus vaqueros anchos y lo movió de un lado a otro—. Sigo pensando en la noche que cenamos en el restaurante Giovanni.

La expresión de Diane se suavizó.

—Y el regalo que nunca me dio —añadió Audrey. Su voz era apenas un susurro.

El recuerdo surgió espontáneamente.

Audrey había visto sin querer una pequeña caja de terciopelo roja mientras buscaba el cargador del móvil en el bolsillo de la chaqueta de Daniel. Eran un par de pendientes.

Audrey había estado nerviosa durante toda la noche bajo la luz de las velas del restaurante. Sin embargo, nunca se los dio. Estaba claro que los había comprado para otra persona.

Audrey se había quedado desconcertada.

El compromiso se fue deshaciendo gradualmente a lo largo de las siguientes semanas, hasta aquella última tarde que se sentaron uno frente a otro en el café al que solían ir, y que se había convertido en su preferido, y Daniel le dijo que la relación ya no funcionaba.

A Audrey no le quedó más remedio que estar de acuerdo.

Se pasó la mano por la frente.

—Joder, es patético —dijo, en un tono que dejaba apreciar cierta exasperación.

—Los primeros amores dejan marcas. Especialmente cuando terminan como lo hizo el tuyo —opinó Diane.

—Ya debería haberlo superado y pensé que era así —continuó, volviendo al presente—. Ha pasado un año y medio y he salido con otras personas, he construido una vida completamente nueva. Pero ha llegado esta invitación y de repente tengo veinticinco años otra vez y estoy sentada en aquella cafetería mientras él me dice que «necesita espacio para crecer». Evidentemente él ha seguido adelante, y yo también, en su mayor parte. Sin embargo, ir sola a su boda me hace sentir como… —Buscó las palabras.

—¿Cómo admitir la derrota? —sugirió Diane.

—Sí. —Audrey asintió y encontró alivio al saber que Diane la comprendía—. La confirmación de que… tenía razón, de que no fui suficiente, de que faltaba algo.

Diane hizo un sonido desdeñoso.

—O la confirmación de que Daniel era un imbécil que no supo nunca lo que tenía delante.

La mirada de Audrey volvió a la invitación. Las letras doradas del relieve captaron la luz del sol.

—Sea como sea, ahora tengo que decidir si soy lo suficientemente masoquista como para verlo conseguir con otra persona, exactamente lo que dijo que no quería conmigo.

Audrey inhaló.

—Me gustaría decir simplemente que no puedo ir. Digamos que estoy en una misión en algún lugar exótico —habló de nuevo—. Pero entonces sentiría que me estoy escondiendo, como si todavía le estuviera dando ese poder sobre mí. —Ladeó un poco la cabeza—. Por otro lado, me gustaría ir y mostrarle exactamente lo que ha perdido. Pero luego recuerdo que literalmente se va a casar con otra persona, así que está claro que no pasa mucho tiempo lamentando la decisión que tomó de romper conmigo.

—¿Qué quiere tu corazón? — le preguntó Diane.

Los ojos de Audrey se desviaron nuevamente hacia la fotografía en el estante.

—No sentirme como me siento —respondió con sinceridad—. Poder verlo y no sentir nada. O mejor aún, sentirme feliz por él.

—Ese es un objetivo digno —asintió Diane—. Aunque quizás sea un poco ambicioso para una Boda de Destino, donde habrá tres días de interacción forzada.

Audrey gimió.

—Mierda, me había olvidado de esa parte. No es solo la ceremonia. Son tres días de jodidos eventos. —Acercó la invitación y la leyó—. Cócteles de bienvenida el viernes por la noche. Ceremonia y recepción el sábado. *Brunch* de despedida el domingo por la mañana… Es como una puta maratón de tortura emocional. Y tendría que estar sola…

El mundo de Audrey se desmoronaba por momentos. Cogió un bolígrafo que había encima de la mesa auxiliar.

—Definitivamente voy a declinar la invitación —dijo, dispuesta a marcar la casilla correspondiente.

—¡Espera! —exclamó de repente Diane al otro lado de la pantalla.

Audrey se sobresaltó.

Diane se quedó callada unos segundos, con la cabeza ligeramente inclinada como si estuviera considerando algo. Sus ojos claros tenían una expresión pensativa. Luego una pequeña y misteriosa sonrisa apareció en las comisuras de su boca.

Cuando volvió a hablar, su tono había cambiado. Había algo que subyacía en el fondo de su voz que Audrey no pudo identificar del todo.

—Quizás tenga una solución —dijo Diane, haciendo una pausa dramática, un efecto que le encantaba.

CAPÍTULO 2

Audrey parpadeó, sorprendida.

—¿Qué tipo de solución?

—Del tipo que te permite asistir con la cabeza alta, sin sentir que estás escondiéndote o exponiéndote a un dolor innecesario. —La sonrisa de Diane se hizo más pronunciada—. ¿Y si no tuvieras que ir sola?

—¿Te estás ofreciendo a ser mi acompañante? —preguntó Audrey, mostrando una evidente confusión—. Porque, aunque aprecio el gesto, Diane, creo que lo único que haría sería empeorar las cosas.

Diane agitó una mano en el aire con un gesto desdeñoso.

—No hablo de mí —dijo.

—Entonces, ¿quién? —Audrey frunció el ceño mientras examinaba su lista mental de amigos en común que podrían estar dispuestos a soportar una Boda de Destino con ella—. Por favor, no me digas que estás tratando de que vaya a la boda con una cita a ciegas, porque eso sería demasiada presión para todos los involucrados.

—No es una cita a ciegas —dijo Diane.

Cogió una copa de vino que había al lado de la pantalla y dio un sorbo.

Había una chispa en su voz que inmediatamente despertó las sospechas de Audrey. Ella conocía esa voz. Era la voz de Diane de «he pensado en algo brillante, pero ligeramente descabellado.»

Diane dejó la copa en el escritorio. La pulsera de plata reflejó la luz mientras se movía.

—¿Qué pasaría si pudieras llevar a alguien que te ayudara a evitar todas esas conversaciones incómodas? ¿Alguien que pudiera

ser encantador y atento, creando la ilusión perfecta de que has seguido adelante y estás feliz?

—Eso suena a una de esas situaciones de relaciones falsas de una de las novelas románticas que siempre estás leyendo —dijo Audrey con una breve risa de incredulidad.

—Cierto, y de ahí he sacado la idea —confirmó Diane.

Audrey puso los ojos en blanco.

—No me lo puedo creer —masculló.

—Te voy a decir las opciones que tienes —comenzó a enumerar Diane—. Opción A: No vas, y la gente murmura. Opción B: Vas, sonríes como la protagonista de una serie *killer*, y demuestras que te importa un bledo.

—Opción C: me mudo a Marte —intervino Audrey.

Diane rio.

—Y opción D: Vas con un tío que está tan bueno que *the Ghost* se ahoga en su propia envidia.

Audrey alzó una ceja.

—¿Y dónde encuentro a ese *unicornio*? ¿En Tinder? —lanzó—. «Busco hombre para relación falsa. Requisitos: más guapo que mi ex, tolerancia al drama». —Suspiró—. ¿En serio estás sugiriendo que contrate a un acompañante para que se haga pasar por mi novio en la boda de mi ex?

—No tienes que contratarlo, ya tengo un candidato perfecto —comenzó Diane—. Un tío que comprenda la situación y que te haga el favor. Un tío rabiosamente guapo, *sexy* como el demonio, y que es uno de los mejores abogados de Chicago.

Audrey empezó lentamente a llegar a la persona en la que estaba pensando Diane, y sintió como si un chorro de agua helada se deslizara por su columna vertebral.

—No estarás hablando de…

—¡Trevor! ¡Trevor podría hacerlo! —exclamó Diane, interrumpiendo a Audrey. Y sonrió.

Faltó poco para que a Audrey se le salieran los ojos de las órbitas.

—¿Tu hermano? —Su voz se elevó—. ¿Ese que es emocionalmente inaccesible, que está perpetuamente serio y que probablemente duerme con traje? ¿Ese Trevor?

La sonrisa de Diane si hizo más amplia, casi de oreja a oreja.

—Ese mismo.

—Tu hermano me odia —protestó Audrey, recordando los saludos rígidos y la impaciencia apenas disimulada durante las pocas veces que se habían visto obligados a interactuar en las reuniones de Diane.

—Él no te odia. No te conoce —dijo Diane.

Audrey negó con la cabeza, expulsando la absurda imagen de Trevor (con su postura perfecta y su mirada crítica) fingiendo estar enamorado de ella. No, no daría resultado.

—Diane, Trevor ni siquiera me soporta. La última vez que coincidimos me miró como si fuera un mosquito.

—No, cariño, lo que pasa es que Trevor no soporta a nadie. Pero es perfecto: alto, serio, y tiene ese aire de «te destrozaré el corazón en un juicio» que vuelve locas a las mujeres.

Audrey se frotó las sienes.

La idea era ridícula.

Aunque imaginar a Daniel viéndola llegar del brazo de AQUEL HOMBRE (traje ajustado, sonrisa fría, *sexy* como el demonio, como decía Diane) le provocó un escalofrío... no del todo desagradable.

Guardó silencio.

—Es una locura —dijo, pero había menos convicción en su voz que al principio.

Diane se acercó a su cámara con la mirada fija.

—Pero lo estás considerando —afirmó con una sonrisa triunfante.

Audrey no lo negó.

—No sé, Diane, tendría que pensarlo —dijo.

—Audrey, imagínatelo. —Diane comenzó a hacer aspavientos con las manos de forma teatral—. Llegas del brazo de un tío que hace que Daniel parezca un principiante. Sonríes. Brindas. Y cuando te vas, dejas a todos preguntándose por qué diablos rompió contigo.

Audrey tuvo que admitir que la imagen era tentadora.

Muy tentadora.

Se metió una Oreo entera en la boca.

—Si quieres un consejo —habló de nuevo Diane, al ver que Audrey guardaba silencio—. No lo pienses demasiado. A veces, las soluciones más locas son exactamente las que necesitamos.

CAPÍTULO 3

Audrey estaba sola en el apartamento.

Los últimos rastros de luz se habían desvanecido, dejando el salón en ese raro momento suspendido entre el día y la noche.

La invitación de boda seguía sobre la mesa, junto a su teléfono, donde acababa de terminar la videollamada con Diane.

Al lado estaba la taza vacía y un plato con las migas de las galletas.

Audrey se paseaba de un lado a otro, hablando sola, mientras la idea de que Trevor si hiciera pasar por su novio en la boda de su ex, se repetía en su cabeza como un disco rayado.

—Fingir que Trevor Hunter y yo somos pareja… Diane está loca.

Se detuvo frente al espejo del pasillo, observando su reflejo: pelo revuelto, pantalones vaqueros anchos, camiseta vieja.

Se imaginó en la boda del brazo de Trevor, con un vestido elegante y una sonrisa falsa, fingiendo estar perdidamente enamorada de él.

Frunció el ceño.

—¿Y si me descubre todo el mundo? ¿Y si alguien se da cuenta de que es mentira? —Se pasó las manos por la cabeza—. Joder, haría el ridículo total. Peor que si no voy. Peor incluso que si voy sola —concluyó, mientras volvía al salón.

Se dejó caer en el sofá, hundiendo la cara en uno de los cojines. Respiró hondo. Después lo apartó bruscamente, como si el cojín tuviera la culpa.

—Claro, porque lo más normal es que Trevor Hunter, el abogado más prepotente de todo Chicago, acepte hacer de novio falso para salvarme el culo, y de paso el orgullo. ¿En qué libro ha leído esa idea Diane?

Se levantó del sofá, fue a la cocina y abrió la nevera. Miró dentro sin ver nada. Cerró la puerta de un golpe.

Suspiró de forma dramática.

—Pero… ¿y si funciona?

Se imaginó la cara de Daniel al verla llegar con un hombre como Trevor. Alto, guapísimo, seguro de sí mismo, con ese aire de «podría destruirte con un argumento legal antes del postre».

Se le escapó una sonrisa. Breve, pero ahí estaba.

—Al menos no tendría que ir sola. Y si sale mal, siempre puedo fingir un desmayo y salir corriendo —murmuró algo más calmada.

Resopló.

Se acercó al teléfono.

Lo cogió.

Dudó.

Lo dejó.

Lo volvió a coger.

Finalmente, abrió la aplicación de WhatsApp y escribió un mensaje a Diane. Las palabras aparecieron en la pantalla.

Audrey: Vale. Díselo a Trevor. Pero si esto sale mal, te desheredo como amiga.

Antes de que pudiera arrepentirse, pulsó enviar.

Tiró el teléfono al sofá como si le quemara y se tapó la cara con las manos.

Volvió a coger una bocanada de aire.

Luego se quedó quieta, mirando al techo, como si ya pudiera ver el desastre que se avecinaba.

—Dios mío, esto es una locura. ¿En qué me he metido? —susurró, casi riéndose de sí misma.

Sin embargo, por primera vez en días, desde que había recibido la invitación, no se sentía paralizada. Había algo en sus ojos… una chispa de desafío. Un «ya que estoy metida hasta el fondo, ¿por qué no?» que la hizo sonreír, aunque de forma irónica.

Cogió una Oreo y se la metió en la boca. La decisión estaba tomada. De perdidos al río.

La idea de Trevor Hunter siendo su pretendido novio falso era absurda, poco práctica y potencialmente desastrosa.

Y aún así…

A los pocos minutos sonó su teléfono con un WhatsApp. Era Diane.

Diane: ¡Es la mejor decisión que puedes tomar!

Audrey se mordió el labio. No podía olvidarse de que aquel plan no solo dependía de ella. Había otra parte.

Audrey: ¿Crees que Trevor aceptará?

**Diane:** Déjalo en mis manos. La economía de las deudas entre hermanos es algo poderoso. Además, ¿a qué hombre no le gusta hacer de héroe?

Siendo franca, Audrey no dudaba del poder de convicción de Diane. La conocía bien y sabía que, si se lo proponía, podía venderle un peine a un calvo. Pero, por otro lado, estaba Trevor… Trevor Hunter.

Audrey estaba segura de que ni Diane, con toda su labia de vendedora de humo premium, lo tendría fácil para convencerlo de que accediera a prestarse a un plan tan loco. Su capacidad para decir «no» era casi legendaria. Aunque, claro, si alguien podía lograrlo, era ella. O al menos eso esperaba.

Audrey: Vale. Tú te encargas.

Diane: Dalo por hecho.

Sin saber por qué, Audrey se sintió un poco menos pesada. La tensión de los hombres disminuyó ligeramente.

Tal vez un poco de locura era justo lo que necesitaba para pasar el mal trago de la boda de Daniel. Después de todo, si iba a enfrentar a su ex, al menos podría hacerlo con un «novio» que tenía una carrera impecable como abogado y una mirada que podría intimidar a cualquier rival.

¿Qué podría salir mal?

Todo.

Audrey: ¡¡Graciaaas!!

Diane: ¡Esto va a ser épico! Piensa en sus caras cuando te vean con un hombre que parece sacado de un catálogo de modelos de Emporio Armani. Serás la envidia de todas.

La idea era absurda, pero había algo en el tono entusiasmado de Diane que hacía sonreír a Audrey, y eso era un alivio en medio de la ansiedad que le estaba generando todo aquel dichoso tema de la boda de su ex.

CAPÍTULO 4

El despacho de Trevor era un reflejo de su personalidad: impecable, ordenado y frío.

Grandes ventanales mostraban el skyline de Chicago, iluminado por la tarde dorada. Una mesa de madera oscura, llena de expedientes legales y un portátil abierto dominaban el espacio.

Trevor, con inmaculada camisa blanca arremangada hasta los codos y una corbata azul marino, se encontraba de pie frente a una pizarra llena de notas estratégicas, señalando un punto clave. Ethan asentía con la cabeza con expresión seria desde su silla.

—Si apelamos al precedente del caso Brown, podemos… —estaba diciendo Trevor con voz firme, señalando la pizarra.

La puerta del despacho se abrió de golpe.

Diane irrumpió como un huracán en tacones altos, con unos pantalones vaqueros ceñidos, una camiseta de Chanel, y un bolso que parecía contener media tienda de lujo. Su presencia transformó instantáneamente el espacio.

Trevor no necesitaba girarse para saber quién era. Solo una persona entraba así en su despacho.

Su hermana Diane.

—¡Hermanito! Justo la persona que necesito —exclamó Diane, sonriendo como si no hubiera interrumpido nada.

Trevor suspiró, sin apartar los ojos de la pizarra

—Estamos trabajando, Diane —dijo, mientras el rotulador continuaba su recorrido por la superficie blanca.

Ethan, sin embargo, se enderezó en su silla. Su rostro se iluminó ante la interrupción, divertido. Si algo odiaba Trevor era que lo interrumpieran. Incluso si lo hacía Diane.

—Hola, Diane —la saludó.

—Hola, Ethan —correspondió ella, entrando en el despacho como si fuera suyo.

El sutil aroma de su perfume desplazó el olor a café que había dominado el despacho.

Trevor finalmente se giró hacia ella, cruzando los brazos. Su expresión era la clásica de «¿Qué demonios quieres ahora?»

—Habla rápido —dijo seco, sentándose detrás de su mesa.

—Audrey, mi mejor amiga, necesita un favor —dijo Diane.

—¿Y? —preguntó Trevor, arqueando una ceja.

—Tiene que ir a la boda de su exnovio. Y no puede ir sola, eso sería patético.

—Sigo preguntándome qué demonios tiene que ver eso conmigo.

Diane dejó caer su bolso de diseño en una silla y plantó ambas manos en el escritorio de Trevor, inclinándose hacia adelante para enfatizar su discurso.

—Trevor, tú debes fingir ser el novio de Audrey en esa boda —aseveró. Su voz resonó en el despacho, con los ojos muy abiertos por el significado de su petición.

Después se hizo un silencio incómodo.

Ethan se llevó una mano a la boca para disimular la risa.

Trevor miró a su hermana como si le acabaran de salir dos cabezas.

Su expresión pasó de la concentración a la incredulidad y luego a la irritación en el lapso de tres segundos.

—No —respondió con frialdad.

—Ni siquiera lo has considerado —protestó Diane.

—No necesito considerarlo, la respuesta es no —dijo Trevor, y volvió su atención al documento que estaba encima de su mesa.

Ethan se levantó de la silla.

—Yo me voy yendo —intervino.

—No, no, Ethan, quédate —dijo Diane, empujándolo suavemente hacia la silla de nuevo.

Diane lo necesitaba allí. Lo utilizaría si se veía obligada a ello.

Ethan obedeció.

Diane no se dejó disuadir por su hermano. Rodeó el escritorio y se paró directamente en el campo de visión de Trevor.

—Es la boda de su exnovio, un imbécil que la dejó hace un año y medio…

Trevor miró a su hermana y entrecerró los ojos verdes.

—¿Y eso me preocupa porque…?

—Porque no puede ir sola a la boda de su exnovio. Eso significaría que él ha seguido adelante y ella no.

Las manos de Diane se movían expresivamente mientras hablaba, las pulseras tintineaban suavemente en su muñeca.

La mirada de Ethan se movió entre los hermanos. Su expresión era divertida. Cerró silenciosamente la carpeta que tenía en las rodillas, instalándose como un espectador en un partido de tenis.

—He dicho que no —dijo Trevor, tajante.

Diane suspiró, como si estuviera hablando con un niño testarudo. Luego miró a Ethan.

Trevor se lo había buscado.

—¿Sabías que en el internado Trevor lloró durante una semana cuando se encontró un perrito y le dijeron que no se podía quedar con él?

Trevor cerró los ojos. La mandíbula se le tensó.

—No —dijo, visiblemente irritado.

—Ah, ¿entonces sí te acuerdas? Porque también recuerdo que fui *yo* quien te cubrió cuando te escapaste para ir a verlo a la perrera a la que lo habían llevado.

Trevor exhaló.

Diane esbozó una ligera sonrisa.

Los dos sabían que aquello era un jaque mate.

Ethan estaba disfrutando demasiado de la situación. Sabía qué quería conseguir Diane con aquella especie de chantaje emocional y él, por supuesto, estaba dispuesto a colaborar en la causa.

—¿Lloraste durante una semana por un perro? —dijo.

—Era un golden retriever, Ethan. Era un cachorro —contestó Trevor, medio gruñendo.

Diane aprovechó el momento.

—Y ahora *yo* necesito que hagas esto por *mí* —dijo, enfatizando las palabras «yo» y «mí»—. ¿O acaso el gran Trevor Hunter no paga sus deudas?

—¡No me pongas en esta situación, Diane! —se quejó Trevor, mirándola con ojos amonestadores—. Yo no hago ese tipo de tonterías… románticas. No tengo relaciones serias, ¿cómo las voy a tener falsas?

—¿Es exactamente por eso que eres el novio falso perfecto! —contestó Diane, ignorando su irritación—. No te enamorarás accidentalmente de Audrey porque eres alérgico al amor y a todo lo que tiene que ver con los sentimientos y la vulnerabilidad emocional.

Ethan tosió, disimulando mal la risa que le estaba provocando aquella situación.

Trevor le lanzó una mirada que podría haber helado el café de las tazas que había sobre el escritorio.

—No estás ayudando —lo increpó.

Ethan era consciente de ello.

—Ni siquiera lo estoy intentando —admitió con una sonrisa, encogiéndose de hombros.

Trevor miró a su hermana fijamente, pero Diane no retrocedió. Sabía que había ganado. Finalmente, Trevor exhaló, pasándose una mano por el pelo.

—Odio todo esto —masculló, resignado.

Diane extendió en sus labios una sonrisa victoriosa.

—¡Perfecto! Te enviaré los detalles —dijo—. Ah, por cierto, es una Boda de Destino, así que estaréis tres días en California.

Trevor abrió los ojos de par en par.

—¡¡¿Quéeee?!! —Diane se había dado la vuelta y caminaba hacia la puerta—. ¡Diane Marie Hunter! —la llamó Trevor por su nombre completo en tono autoritario.

Diana se detuvo en seco. Resopló.

—¿Cómo que voy a tener que pasar tres días en California? —preguntó Trevor.

Diane se giró.

—Ya sabes la moda que hay ahora de hacer las bodas en sitios paradisiacos —comenzó a decir—. ¿Qué más da un día que tres? — Se encogió de hombros.

—¿Cómo que qué más da un día que tres?

—Es una Boda Destino. —Diane esbozó una sonrisa angelical—. Todo el mundo se queda en el mismo resort. Habrá catas de vino, *brunchs*, piscina, actividades al aire libre, solecito… —Trevor frunció el ceño, no parecía nada convencido—. Vamos, Trevor, ya habías aceptado —dijo Diane, dejando caer los hombros y echando la cabeza hacia atrás.

«Dios, dame paciencia», pensó Trevor.

Se quitó las gafas de lectura muy despacio, como si estuviera desactivando una bomba.

—Diane, yo he aceptado *aparecer*, fingir una sonrisa, y largarme en el primer avión que salga para Chicago. No… *convivir* durante tres días —dijo con voz peligrosamente calmada.

Ethan se lo estaba pasando genial. Tenía que admitirlo. Dios, sí, se lo estaba pasando genial.

—¡Pero es que ahí está el detalle, Trevor! —dijo Diane—. Si te vas una hora después de haber llegado, la farsa se cae. Tienen que veros *juntos.* Desayunar *juntos*. Estar *juntos...* ¿Sabes? Actuar como adultos funcionales enamorados.

Trevor se levantó y caminó hacia la ventana, respirando como un toro antes de embestir. Diane no se inmutó.

Se giró bruscamente.

—¿Y qué cojones se supone que voy a hacer durante *tres días* con una mujer que apenas conozco? ¿Jugar al Scrabble? ¿Al parchís?

—Podrías empezar por no mirarla como si fuera un mosquito —dijo Diane, utilizando la misma expresión que había usado Audrey.

Trevor se volvió hacia la ventana de nuevo, poniendo distancia física entre él y las palabras de su hermana.

El reflejo en el cristal lo miró, superpuesto a los edificios de Chicago.

Un hombre con un traje caro. Su postura rígida, con el pelo rubio oscuro y un poco largo, pero todavía perfectamente en su lugar a pesar del largo día.

—Tengo que preparar la declaración de Donovan la próxima semana —dijo, en tono deliberadamente profesional—. Y el recurso de Westfield vence los próximos días.

—Nosotros podemos encargarnos de ello —intervino Ethan en voz baja.

Trevor se giró. La traición apareció en sus ojos.

—¿Tú también, Ethan? —masculló.

Él levantó las manos en gesto de paz.

—Solo digo que es logísticamente posible. No digo que tengas que hacerlo. Además, puedes llevarte el ordenador y si tenemos alguna duda, nos ponemos en contacto contigo.

Diane se acercó a Trevor junto a la ventana.

Sus reflejos uno al lado del otro.

Los rasgos eran parecidos, pero las expresiones eran completamente diferentes. Mientras que la de Trevor era seria, la de Diane estaba llena de entusiasmo.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has hecho algo sorprendente? —le preguntó—. ¿Algo que no fuera meticulosamente planificado para obtener una ventaja profesional?

—El martes —respondió Trevor de forma seca—. Comí sopa en lugar de ensalada.

Diane puso los ojos en blanco.

—Habla en serio, Trevor.

—Estoy hablando en serio.

—Mira, no te lo pediría si no fuera importante —comenzó Diane —. Audrey ha estado ahí para mí siempre. Me ayudó a crear mi consultora, escuchó mis problemas a las tres de la madrugada cuando rompía con algún tío. Nunca me ha pedido nada, pero ahora necesita esto.

—Entiendo la lealtad que le tienes, Diane, pero es mejor que busques a otro para interpretar al Príncipe Azul —aseveró Trevor.

—No hay nadie más, la boda es este fin de semana. —Diane dejó caer los hombros, decepcionada por la respuesta de su hermano—. Todos los que los conocen estarán allí. —Tomó aire—. Por favor, Trevor… —dijo. Se acercó un poco más a él y tocó su brazo ligeramente.

Trevor miró la mano de su hermana, la forma familiar de sus dedos. Las mismas manos que le habían pasado notitas de ánimo en el internado cuando era demasiado orgulloso para admitir que sentía nostalgia. La misma hermana que lo había consolado cuando su padre le dejó claro que el apoyo emocional no era parte del modelo de educación familiar.

Trevor, rendido, se giró hacia ella y la señaló con el dedo.

—Un fin de semana. *Nada* de actividades grupales. Y si alguien menciona *juegos en pareja*, me piro.

Diane le dio un beso en la mejilla.

—¡Eres el mejor hermano del mundo! Ah, y lleva bañador, el resort está en la playa —dijo, echando a andar—. Qué genial ha sido verte, Ethan —se despidió de él sin detenerse.

—Igualmente —respondió él.

Trevor abrió la boca para protestar, pero Diane ya había salido del despacho, cerrando la puerta tras ella.

Ethan no pudo contener una carcajada. Trevor le lanzó una mirada asesina.

—El hombre que detesta el amor y todo lo que tiene que ver con sentimientos y emociones, va a acabar en un resort paradisíaco fingiendo ser el novio perfecto —dijo Ethan.

Trevor se pasó la mano por el pelo.

—Creo que no sé dónde me he metido —afirmó.

—Yo creo que tampoco —dijo Ethan.

Trevor resopló.

CAPÍTULO 5

El café *Brew & Bites* olía a canela y flor de naranjo, y tenía un aire acogedor, con sus paredes de madera con enredaderas trepando a lo largo de ellas y luces cálidas que colgaban del techo. Un refugio en medio del bullicio de Chicago.

Trevor consultó su reloj por tercera vez.

Eran las 18:55.

Diane le había citado a las siete para conocer de una manera más personal a Audrey, y él había llegado diez minutos antes, como era su costumbre, siempre puntual y meticuloso.

Eligió una mesa junto a la ventana donde pudiera controlar las entradas y salidas.

Nada más sentarse se acercó una camarera. Una chica joven con un mechón morado en el pelo negro y una colección de pendientes plateados subiendo por la curva de su oreja.

—Buenas tardes, ¿qué le sirvo? —preguntó amable con el bolígrafo sobre su libreta.

—Solo un café con leche, por favor. No demasiado caliente —respondió Trevor.

Cuando la chica se alejó hacia la barra, Trevor sacó la Tablet y la encendió. Tenía trabajo que hacer.

Él no era un hombre que normalmente se sentara solo en las cafeterías esperando a los demás. Su tiempo estaba perfectamente estructurado y sus días organizados en torno a juicios y reuniones con clientes.

Se quedó unos segundos pensando, mientras observaba su reflejo en el cristal de la ventana, y se ajustaba inconscientemente la corbata azul marino.

Aún tenía cierta reticencia y escepticismo ante el plan que Diane había urdido. Pero ahí estaba, esperando a que su hermana y Audrey llegaran.

Todo había sido idea de Diane.

Diane, con su sonrisa fácil y su tono persuasivo, que de algún modo conseguía que los planes más descabellados (como aquel) parecieran razonables, incluso necesarios.

«Solo ella», pensó.

Solo Diane podía arrastrarlo a una locura semejante.

No era solo que conociera sus debilidades. Era que ella había estado ahí, en esas interminables noches del internado suizo, cuando el silencio del edificio de piedra se hacía tan denso que Trevor, con diez años y orgullo de adulto, se colaba en su habitación para no sentirse solo.

Ella le había pasado cómics bajo las sábanas cuando la fiebre lo dejó en la cama durante una semana. Le había cubierto las mentiras cuando escapaba a llamar a casa, esperando —siempre en vano— que su padre descolgara el teléfono.

Y ahora, años después, seguía siendo igual.

Diane era la única persona que podía mirarlo a los ojos y decirle «¿te acuerdas de cuando lloraste por aquel perro que encontraste?», y hacer que, contra toda lógica, él cediera a cualquier petición.

Y no por culpa, ni por chantaje, sino porque en el fondo de su memoria seguía vivo aquel chico de quince años que juró protegerla cuando su padre ni siquiera recordaba sus cumpleaños.

Trevor sintió un extraño pellizco en el pecho.

«Esto es una locura», se repitió.

Pero Diane le estaba pidiendo que salvara a alguien que ella quería. Y por alguna razón que Trevor no entendía del todo, eso lo convertía en algo imposible para decir que no.

Suspiró, resignado.

«Solo ella».

Llegó su café con leche. Un delicado dibujo de hojas trazado en la espuma se apreciaba en la superficie.

Trevor le dio las gracias a la camarera, que volvió de nuevo a la barra. Cogió la taza y dio un pequeño sorbo.

Se puso a repasar mentalmente los argumentos para retractarse del plan.

«Todavía estoy a tiempo», pensó, justo cuando la campanilla de la puerta sonó y Diane entró como un torbellino, arrastrando a Audrey de la mano.

La mirada de Audrey se fue directamente hacia la mesa en la que estaba sentado Trevor, y algo en su pecho se apretó al reconocerlo. Incluso aunque no las estuviera esperando, incluso aunque no lo conociera, lo habría reconocido al instante como el hermano de Diane. Compartían el mismo pelo rubio oscuro (Diane algo más castaño) y prácticamente el mismo color de ojos, aunque los de Diane eran más claros.

En cambio, los ojos de Trevor eran como dos hojas de menta; vibrantes, traslúcidos, con una profundidad que atrapaba la luz y la devolvía en raros destellos dorados. Y siempre parecían guardar secretos entre sus matices.

—¡Mi hermano favorito y mi mejor amiga juntos! —anunció Diane, como si los presentara para un juego de citas rápidas—. Bueno, en realidad ya os conocéis, pero por si acaso… Audrey, este es mi hermano Trevor. Trevor, ella es Audrey.

Audrey llevaba un *look* casual y juvenil, compuesto por un pantalón vaquero ancho con rotos y un top blanco que dejaba ver su obligo. El pelo, largo y pelirrojo, estaba suelto y liso hasta la cintura, y tenía una sonrisa nerviosa que se desvanecía cada vez que miraba a Trevor.

Él se levantó —educación, ante todo—, pero su expresión era la de un hombre a punto de ser arrastrado a un tribunal sin preparación.

—Encantado —dijo.

Audrey soltó una risita incómoda y Trevor inclinó la cabeza, midiéndola con una mirada que había hecho temblar a más de un testigo en el estrado.

—Igualmente —respondió Audrey.

¿En qué me he metido?, se preguntaron ambos al mismo tiempo.

Diane miraba a uno y a otro.

Ajena a la tensión, pidió dos cafés y un plato de galletas *«para endulzar el ambiente»*, a la camarera del mechón morado en el pelo.

Mientras se alejaba, Trevor cerró el portátil y Audrey sacó una libreta decorada con pegatinas de gatos y un bolígrafo morado.

—He hecho una lista —dijo, deslizando el cuaderno hacia el centro de la mesa—. Cosas que deberíamos tener en cuenta para que nadie sospeche.

Trevor echó un vistazo a la primera página, titulada «Reglas para fingir que esto no es un desastre» en letras curvas.

No pudo evitar sonreír para sus adentros. ¿En serio había puesto eso?

—Punto uno —dijo Audrey, un poco nerviosa—. Historia de cómo nos conocimos.

—Diane nos presentó —respondió Trevor.

—Demasiado aburrido —intervino Diane—. Y predecible.

La camarera regresó con las consumiciones y las dejó en la mesa.

—¿Aburrido? ¿Cómo te crees que se conoce la gente? ¿Haciendo paracaidismo? —dijo Trevor, cuando la chica se alejó de nuevo hacia la barra.

Diane movió la mano en el aire.

—Déjanos los detalles a nosotras, ¿vale? —dijo, cogió una de las galletas del plato y le dio un mordisco.

Trevor rodó los ojos hacía el techo. Audrey lo miró y tuvo que morderse los labios para no echarse a reír.

—Es más romántico decir… no sé… que la conociste en una exposición de arte de la Galería en la que trabaja —habló de nuevo Diane, que parecía tener las cosas más claras que la propia Audrey. Y ante la mirada sorprendida de Trevor, dijo—: He estado pensando en ello. El tiempo corre en nuestra contra.

—Eres el tipo de persona que podría interesarse por el arte contemporáneo, ¿verdad? —intervino Audrey.

Los profundos ojos verdes de Trevor se volvieron hacia ella. Audrey se fijó en que sus pestañas eran largas y espesas. Y que su rostro parecía esculpido por los mismísimos Dioses.

—De hecho, tengo una pequeña colección —admitió él—. Me ayuda a desconectar del trabajo.

Los ojos de Audrey se iluminaron.

—¿En serio? ¿Qué tipo de arte?

—Principalmente expresionismo abstracto. Tengo un Rothko del que estoy particularmente orgulloso —respondió Trevor.

—¿Un Rothko original? —Audrey se inclinó hacia adelante, fascinada—. ¿Cuál?

Diane carraspeó, interrumpiendo lo que parecía ser el inicio de una apasionada discusión sobre arte.

—Chicos, concentrémonos —aseveró—. La boda es en unos días, ya tendréis tiempo de hablar de Rothko durante el viaje.

Audrey se recostó en la silla, sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas.

—Cierto —dijo—. Entonces, nos conocimos en la galería durante la exposición de...

—Janice Sung —sugirió Trevor—. Vi su exposición hace seis meses en una galería del centro.

—Perfecto. —Audrey sonrió—. Es creíble y probable. Punto dos —prosiguió—. ¿Cuánto tiempo llevamos juntos? Yo he pensado que unos seis meses. Lo suficiente para ser una relación seria, pero no tanto como para que la gente se pregunte por qué no habían oído hablar de ti antes.

Trevor asintió, impresionado por su lógica.

—Me parece genial —dijo Diane.

Audrey carraspeó y se pasó la mano por el cuello, ligeramente nerviosa.

—Punto tres —murmuró, pasando la página de la libreta —. «Contacto físico: niveles de tolerancia»

El silencio fue tan espeso que se oyó a alguien tragar su café al fondo del local.

Trevor se ajustó el nudo de la corbata.

—Lo mínimo indispensable —dijo.

—¿Cogerse de la mano te parece bien? —le preguntó Audrey, evitando su mirada.

—Sí —contestó él.

—Y… un beso en la mejilla para saludos —añadió Audrey.

—¡¿Un beso para saludaros?! —exclamó Diane—. Eso no se lo va a creer nadie. Parecerá que sois hermanos —protestó con malicia—. Vais a tener que esmeraros más.

Trevor la miró.

—Límite: un beso. *Uno* —sentenció él.

—Uno, dos o tres… —dijo Diane, dirigiéndose a su hermano—. Te recuerdo que son tres días.

En aquel momento sonó el teléfono de Audrey. Se llevó la mano al bolsillo del pantalón y lo sacó. Al ver la pantalla, dijo:

—Lo siento, tengo que cogerlo. —Descolgó la llamada—. Dime, Nancy.

—…

—¿No está Rory para que pueda encargarse de ello?

—….

—Lo entiendo. Vale. —Audrey consultó la hora en su reloj de pulsera—. Estaré allí en unos veinte minutos.

—…

—Gracias, Nancy.

Audrey colgó el teléfono.

—Lo siento mucho, pero tengo que irme —dijo, sintiéndose un poco mal. Hizo una mueca con los labios—. Ha surgido una emergencia en la Galería y mi compañero no está —anunció, guardándose el móvil en el bolsillo.

—No te preocupes, yo termino de poner a Trevor al día —se apresuró a decir Diane.

Audrey asintió. Le sentaba fatal irse, pero no tenía más remedio.

—Gracias —dijo, cogiendo el bolso y colgándoselo del hombro.

—Luego hablamos —se despidió Diane, con una de sus habituales sonrisas.

—Hasta luego, entonces —dijo Audrey. Miró a Trevor—. Nos vemos.

Trevor levantó la mano sin mucho entusiasmo a modo de despedida.

CAPÍTULO 6

Trevor estaba inmóvil, mirando a través de la ventana de la cafetería.

—Conozco esa mirada —dijo Diane. Su voz transmitía la confianza de alguien que había atravesado conversaciones difíciles antes—. Es la misma que usas antes de demoler al testigo clave del abogado contrario.

Trevor se giró hacia su hermana y levantó una ceja.

—¿Eso es lo que eres? ¿El abogado de la parte contraria?

Diane sonrió.

—Más bien soy como un abogado adjunto que intenta prepararte para un caso que ya has decidido aceptar, porque adoras a tu hermana pequeña —dijo.

—No eres la hermana pequeña —la picó Trevor.

Diane amplió su sonrisa en los labios sin caer en la trampa.

—Es Lily, lo sé, pero tú sientes una especial devoción por mí.

Diane y Trevor compartían no solo padre, sino también madre. Los otros cinco —tres chicos y dos chicas— eran una colección de medias sangres, fruto del particular hobby de su progenitor: sembrar vástagos por el mundo con distintas mujeres como si no hubiera un mañana, pero sin molestarse en criarlos.

A todos, sin excepción, los había dejado en internados como si fueran bultos molestos.

El más pequeño, Lucas, de apenas once años, ya cumplía con el ritual familiar desde un exclusivo y carísimo internado en Indiana, donde probablemente aprendía, como el resto, que la palabra «familia», en su caso, venía con asterisco y letra pequeña.

Entre ellos, Diane y Trevor llevaban la misma mezcla de ADN y resentimiento. Al igual que ocurría con Owen y Vivian y Lily y

Malcolm. Todos formaban una peculiar exposición de semiparentesco: mismo apellido, distintas madres, distintas historias, misma ausencia.

Su padre, un hombre que coleccionaba descendencia como otros sellos postales, parecía creer que la paternidad terminaba en el acto de «poner la semillita a mamá» y firmar los cheques para pagar los internados.

Así que, los siete hermanos Hunter crecieron más unidos por el abandono de su padre, como frente común, que por cualquier lazo de sangre.

—Acepté asistir a una boda como acompañante de tu mejor amiga. No acepté un curso intensivo sobre manipulación emocional —dijo Trevor.

Diane levantó su taza de café, se la llevó a la boca y dio un pequeño sorbo con tranquilidad.

—Ahí es donde te equivocas. Aceptaste ser convincente como novio de Audrey, y eso requiere preparación.

La taza de Trevor se detuvo a medio camino de sus labios.

—He logrado convencer a doce miembros del jurado de escenarios inverosímiles —aseveró.

—Pero esos miembros del jurado no estaban viéndote interactuar con alguien cuyo corazón fue roto por el novio de la boda, y no buscaban señales de que simplemente estuvieras desarrollando un papel.

—Dime otra vez por qué estoy haciendo esto —dijo Trevor.

—Porque tu adorable hermanita te lo ha pedido y, contrariamente a la fama que has cultivado, rara vez le niegas algo —respondió Diane, hablando de ella en tercera persona—. Además, porque estabas planteándote tomarte unos días libres, y un resort en la playa es objetivamente mejor que pasar un fin de semana organizando expedientes de antiguos casos.

La boca de Trevor se torció, aunque no en una sonrisa, sino más bien un reconocimiento del golpe.

—Vale, continúa con tu sesión informativa, ayudante de abogado —dijo.

—Audrey Carlson, veintisiete años, trabaja como comisaria en la Galería de Arte Archer —comenzó Diane—. Estuvo saliendo con el imbécil de su exnovio…

Trevor alzó una ceja.

—No parece que te caiga muy bien —observó, interrumpiéndola.

—¿Caerme bien? Debería arder en el infierno —comentó Diane. Después continuó—. Estuvo saliendo con Daniel Westfield durante tres años, incluso se comprometieron durante ocho meses, hasta que él terminó la relación de forma bastante abrupta hace un año y medio aproximadamente. Ahora se casa con Eimear Lloyd, a quien supuestamente conoció poco después de la ruptura.

—Poco antes, me imagino —murmuró Trevor.

—Esa es la versión extraoficial, pero vamos, sí. Ese cabrón estaba engañando a Audrey antes de romper con ella, y lo peor es que ella sigue estando muy dolida; no termina de superar la ruptura, aunque trate de no aparentarlo.

—¿Por qué hace esto? —le preguntó Trevor.

Diane chasqueó la lengua.

—Ya sabes cómo es la gente, Trevor —dijo—. Audrey no quiere ir sola a la boda y que todo el mundo empiece a cotillear y a creer que no ha podido seguir adelante, que no ha podido superar la ruptura. Ha aceptado esta pantomima porque yo la he convencido de que así cerraría el ciclo.

Trevor dio un sorbo de su café.

—¿Y lo hará? ¿Cerrará el ciclo?

No sabía si aquella información era de su incumbencia o no, si era relevante para el plan que iban a llevar a cabo o no, pero a pesar de todo, hizo la pregunta.

Diane levantó la vista y estudió a su hermano con la misma evaluación que haría con un cliente.

—Eso depende, en gran medida, de ti —respondió.

—Todavía no sé por qué tengo que hacer de novio falso para alguien que claramente está sufriendo —dijo Trevor, cruzando los brazos por encima del pecho con una postura que incluso él reconoció como defensiva.

—A veces, Trevor, actuar como si fuera amor, es el primer paso para entenderlo. Dale una oportunidad.

Trevor apoyó los codos en la mesa y su expresión se suavizó. Diane siguió hablando.

—No se trata simplemente de jugar a ser pareja, se trata de darle a alguien dignidad, en una situación diseñada casi específicamente para quitársela.

La mandíbula de Trevor se tensó ligeramente.

—Haces que parezca que voy a rescatar a una damisela de las garras de un dragón.

Diane soltó una risilla.

—Bueno, Daniel Westfield tiene bastantes cosas de dragón —dijo —, pero hay una diferencia. Audrey no necesita que la salven, necesita un compañero de equipo.

Aquellas últimas palabras tuvieron en Trevor un efecto y un peso inesperados.

Se frotó la sien. Un gesto raro en él, que indicaba que estaba recalibrando su postura en todo aquel insólito plan.

Alzó el rostro hacia su hermana y la miró a los ojos.

—Háblame de ella. No de sus datos personales, sino de quién es ella.

Diane esbozó una leve sonrisa al reconocer la concesión.

—Es discreta, divertida y aguda. Se da cuenta de los detalles que otros pasan por alto. Cuando monté la consultora, me envió por WhatsApp todos los días durante un mes una frase positiva y motivadora diferente, para animarme y darme fuerza.

—Es observadora —reconoció Trevor.

—También es terca, como una mula, y paciente —continuó Diane con una sonrisa—. Una vez estuvo más de una semana negociando con un artista que se negaba a participar en una exposición colectiva

en la que se iban a exhibir varios de sus cuadros porque la iluminación no era de su gusto. Al final, Audrey no solo lo convenció de unirse, sino que le hizo creer que era su idea desde el principio.

A Trevor se le escapó un sonido que podría haber sido una risa.

—Estoy segura de que vas a descubrir un montón de cualidades interesantes de Audrey en este viaje —añadió Diane.

Trevor la miró de reojo.

—No te ilusiones mucho con eso —dijo.

Diane agitó la mano en el aire.

—Bobadas, Audrey es genial. La traición de Daniel no solo le rompió el corazón, sino que tiró por tierra la concepción que tenía del mundo hasta ese momento.

Los dedos de Trevor tamborilearon con un ritmo tranquilo sobre la mesa. Su expresión se mantenía neutral, pero entrecerró ligeramente los ojos.

Diane alargó la mano y la puso sobre el brazo de su hermano.

—Trevor, por favor, te pediría que trataras esto como algo más que una simple actuación. Se real, estate presente, incluso dentro de los parámetros de la farsa.

Trevor cogió la taza y dio otro sorbo de café.

—Me estás pidiendo que muestre sentimientos en una situación completamente falsa —comentó, tras dejar la taza sobre el platillo.

—Te estoy pidiendo que, aunque la relación entre Audrey y tú es inventada, la persona con la que la vas a fingir es humana. —Diane se inclinó hacia adelante y bajó ligeramente la voz—. Y tú también, a pesar de todos tus esfuerzos por convencer a todo el mundo de lo contrario.

El comentario impactó en Trevor.

Sintió un calor en su pecho. Un calor incómodo que reconoció como una mezcla de fastidio y respeto a regañadientes por la perspicacia de su hermana.

—¿Qué crees que va a pasar exactamente? —preguntó Trevor—. En el mejor de los casos.

Diane se encogió de hombros.

—¿Oficialmente? Audrey pasa la boda con su orgullo intacto. Todos creerán que está feliz contigo y el imbécil de Daniel se dará cuenta de lo que perdió.

Trevor entornó los ojos verdes, tan parecidos a los de su hermana, y levantó la mano.

—Si todo esto se trata de un elaborado plan para emparejarme… —dijo en tono de amenaza, apuntando con el dedo a Diane.

—No lo es —lo interrumpió ella.

Trevor la miró unos segundos más.

—Vale —dijo, conforme—. ¿Qué me atrajo de Audrey? —preguntó.

Para ser sincero, ese tipo de temas prefería tratarlos con su hermana que con Audrey. No dejaba de ser una desconocida para él.

Diane consideró la pregunta.

—Su bondad, su generosidad, su pasión por el trabajo, la capacidad que tiene de ver el valor de cosas que otras personas pasarían por alto, y que es guapísima —concluyó Diane. Picó a Trevor—. ¿O me vas a decir que no?

—No, no te voy a decir que no —respondió Trevor.

Aquel era un dato meramente objetivo. Audrey era guapa.

Poseía una belleza natural, sin artificios. Sin necesidad de maquillaje, irradiaba frescura y vitalidad. Tenía una melena de un pelirrojo tan intenso que brillaba como el fuego bajo la luz del sol. Su rostro estaba salpicado de divertidas pecas que le daban un aire juvenil y casi infantil, como si el tiempo hubiera decidido detenerse en ella.

—¿Y qué la atrajo de mí? —La pregunta surgió en un tono más suave del que Trevor pretendía.

CAPÍTULO 7

La habitación de Audrey parecía haber sido azotada por un tornado. Había desorden allá dónde se mirase.

Vestidos esparcidos sobre la cama, zapatos formando un ejército rebelde en el suelo y un arcoíris de accesorios que Diane examinaba con la seriedad de un general planeando una invasión.

—Este es perfecto para la cena de bienvenida —anunció, alzando un vestido verde esmeralda que brillaba bajo la luz del sol—. Te hace parecer una sirena que ha acabado con el corazón de cinco marineros.

—Me lo regaló Daniel.

Audrey estaba de pie en medio de todo, vestida con un mono veraniego de color negro con un fruncido a la altura del pecho.

Su rostro era el retrato perfecto del pánico de una novia previo a la boda, excepto que ella no era la novia y ni siquiera era su boda.

—No sé si puedo hacer esto… —dijo, dejando caer un puñado de sujetadores dentro de la maleta.

—Cariño, a veces tienes que enterrar el pasado muy muy muy muy hondo, para dejar espacio al futuro, incluso si es solo fingido —dijo Diane. Navegó a través de la carrera de obstáculos de ropa y cogió un vestido negro y blanco de cóctel—. Este. Sin recuerdos, sin dramas, solo elegancia. Además, hace que tus piernas parezcan larguísimas, lo que nunca está de más cuando intentas convencer a la gente de que estás saliendo con un abogado increíblemente guapo.

Audrey se rio a su pesar.

—Todavía no puedo creer que tu hermano haya aceptado—dijo—. ¿Fingir que estoy saliendo con un extraño en la boda de mi ex? Es una locura sacada de una novela.

Audrey sostenía una blusa verde jade hacia la luz del sol de la tarde que se filtraba a través de las cortinas de gasa.

—¿Demasiado casual? ¿Demasiado formal? ¿Demasiado... yo? —murmuró con desgana.

—Demasiadas vueltas. Deja de rayarte —comentó Diane, quitando la blusa de las manos de Audrey y arrojándola en el interior de una de las maletas abiertas—. Es perfecta para la cena de bienvenida. Créeme.

El viejo equipo de música de la estantería zumbaba suavemente. Una emisora de jazz emitía algo melancólico.

Audrey sacó del armario una chaqueta negra con demasiada fuerza. Una de las perchas salió volando y aterrizó sobre la lámpara.

Diane ignoró el proyectil y volvió a retomar el tema.

—Mira, ¿cuál era la alternativa? ¿Aparecer sola y que todos te miraran con lástima? O, pero aún, ¿no ir y que pensaran que todavía tienes el corazón roto?

—Pero ¿qué pasa si me descubren? —preguntó Audrey, con las manos ocupadas doblando la chaqueta de punto con tal precisión que podría haber estado destinada a una exposición en un museo—. ¿Qué pasa si miro a Trevor y simplemente… me congelo? ¿O que pasa si no tenemos química y todos piensan que prácticamente nos acabamos de conocer? ¿O si nos preguntan cómo empezamos?

—Madre mía, Audrey, la estás doblando como si fueran a fecharla con carbono-14 —interrumpió Diane, tomando suavemente la prenda y aflojando los pliegues perfectos que había hecho Audrey antes de guardarla en la maleta—. Y estás planteando un escenario catastrófico otra vez. Nadie te va a interrogar como si fuera una declaración a la policía.

—Eso no lo sabes —respondió Audrey, alcanzando otra prenda—. Las bodas provocan que la gente se vuelva entrometida. Todo el mundo está borracho de amor y champán, haciendo preguntas personales como si tuvieran derecho a... —Se interrumpió, repentinamente fascinada por un pequeño hilo suelto en la manga de su mono.

Diane se movía por la habitación recogiendo accesorios: un delicado collar plateado, un par de gafas de sol y un sombrero de ala ancha perfecto para pasear por la playa.

—Por eso nos hemos preparado. Por eso tienes respuestas en tu libreta de gatos. Por eso me tienes a mí. —Hizo una pausa, sosteniendo dos pares diferentes de aros a contraluz—. Y tienes a Trevor.

Las manos de Audrey se detuvieron.

—Trevor, sí. —Tragó con fuerza—. Tu hermano. Que apenas conozco. Que aceptó fingir ser mi novio durante un fin de semana entero en la Boda de Destino de mi ex porque...

—Porque yo se lo pedí —respondió Diane, seleccionando los aros de plata y guardándolos en una bolsa de terciopelo—. Y porque en realidad es un ser humano decente bajo toda esa armadura de abogado prepotente.

Audrey tenía sus dudas.

—Pero será perfecto para esto. Créeme —añadió Diane.

—Por cierto, hay algunos puntos de la lista que todavía tenemos que discutir —dijo Audrey.

Diane puso los ojos en blanco, pero había una sonrisa amable en sus labios.

—Podéis discutirlos en el avión —dijo.

Audrey se dirigió al baño y recogió los enseres personales mientras Diane seguía clasificando las pilas de ropa.

—Me preocupa si, una vez que esté allí, no puedo vender que soy feliz, que seguí adelante y que estoy totalmente de acuerdo con ver a Daniel casarse con otra persona —dijo Audrey desde el baño. Su voz resonó levemente en los azulejos.

Diane apareció en la puerta, apoyada en el marco con estudiada indiferencia.

—Estás pensando demasiado, Audrey. Todo lo que tienes que hacer es ser tú misma y dejar que Trevor se encargue del resto.

Audrey resopló y guardó su cepillo de dientes en un estuche de viaje.

—Viniendo de tu hermano Trevor, no sé si inspira exactamente confianza.

Audrey sabía que Trevor afirmaba que las emociones y los sentimientos eran en gran parte, ineficientes.

—Pues debería —respondió Diane—. Significa que te salvará si fallas. Es observador, rápido y, de hecho, bastante encantador cuando se esfuerza. —Hizo una pausa y su expresión se suavizó—. Lo cual hará. Me he asegurado de ello.

Audrey sonrió, mirando a Diane de reojo, mientras cogía unas cremas.

—¿Le has advertido? —dijo.

—Totalmente. Sabe de sobra lo que tiene que hacer —respondió Diane.

De vuelta en la habitación, el ritmo de Audrey se volvió más frenético. Pasó del armario a la maleta, después a la cómoda y viceversa. Sus pasos eran rápidos y desiguales sobre el suelo de parqué.

Su respiración sonaba acelerada.

Diane la observó durante un momento, y luego se interpuso en su camino y agarró suavemente los hombros de Audrey con las manos.

—Hey, respira conmigo —le dijo.

Los ojos de Audrey, muy abiertos, se fijaron en el rostro tranquilo de Diane.

Diane respiró hondo.

Audrey la imitó.

—Otra vez —dijo Diane.

Audrey tomó una profunda bocanada de aire y lo exhaló despacio por la boca, según las indicaciones de su amiga.

Tres respiraciones después, los hombros de Audrey ya no estaban a la altura de las orejas.

—Lo siento —se disculpó, con voz apenada.

Diane delineó en los labios una sonrisa de comprensión.

—Audrey, todo va a salir bien —afirmó, y lo hizo convencida de ello.

Los ojos azules de Audrey se alzaron hasta los suyos.

—Soy patética —susurró.

Diane tomó aire. No le gustaba ver a Audrey así. Era su mejor amiga y le dolía que todo aquel asunto de la boda de Daniel la tuviera en aquel estado.

—No eres patética —aseveró con firmeza—. Esto no se trata solo de ti, se trata también de Daniel. —Colocó un mechón de pelo detrás de la oreja de Audrey con un afecto fraternal—. Trevor es jodidamente guapo, y no lo digo porque sea mi hermano, es que objetivamente lo es, y te aseguro que nadie pensará «pobre Audrey» cuando te vean con él.

—En eso tengo que darte la razón —comentó Audrey.

—Por supuesto —dijo Diane con una sonrisilla pícara.

Volvieron a hacer las maletas. La energía frenética se había disipado un poco. Los movimientos de Audrey eran más tranquilos.

Levantó un vestido negro sin mangas, sencillo pero elegante.

—¿Para la cena de ensayo? —preguntó.

Diane asintió con aprobación.

—Es perfecto. Trevor probablemente usará algo de color negro también. Pareceréis una pareja poderosa recién salida de la portada de una revista.

Audrey lo dobló y lo metió en la maleta.

La emisora de radio cambió a una canción más alegre, como si fuera una señal.

Fuera, la luz había cambiado y el resplandor dorado del final de la tarde suavizaba los contornos de la habitación.

Audrey miró a su alrededor: las pilas de ropa, las maletas llenas de sus cosas, la evidencia de que iba a tratar de avanzar, aunque fuera solo durante un fin de semana.

Tomó aire.

—Está bien —dijo finalmente, con algo cercano a la determinación—. Terminemos con esto. Tengo un novio falso con el

que pasar un fin de semana y un ex real al que impresionar.

La sonrisa de Diane fue triunfal.

—¡Esa es mi chica! —dijo.

—Y si sale mal, me mudaré a ese convento en los Alpes del que siempre hablamos —bromeó Audrey.

Diane dejó escapar una carcajada.

CAPÍTULO 8

El despacho de Trevor en el piso 45 del rascacielos más exclusivo de Chicago resplandecía con la luz del atardecer que se filtraba a través de los ventanales del suelo a techo.

Allí, Ethan, Samuel y Asher parecían más interesados en torturar a Trevor que en discutir los últimos casos judiciales.

—Déjame ver si entiendo esto correctamente —dijo Samuel, echando el torso hacia adelante.

—Lo has entendido perfectamente —lo interrumpió Trevor—. No me hagas repetirlo.

—Ya, pero es que quiero asegurarme. ¿Vas a hacerte pasar por el novio de la mejor amiga de tu hermana en una boda?

Trevor puso los ojos en blanco.

—Sí.

Asher reclinó su silla hasta el límite de lo físicamente posible mientras examinaba a Trevor.

—Y vas a pasar tres días enteros en un resort de lujo de California —comentó.

—Sí.

—¿Cuándo te has convertido en una hermanita de la caridad? —preguntó Samuel.

—No tuve muchas opciones. Diane me lo pidió como un favor especial.

Ethan lo miraba con expresión divertida.

—Yo estuve presente y tiene razón, Diane no se hubiera conformado con un «no» —intervino, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

—Ya la conocéis —habló Trevor—, decirle que «no» a Diane es como intentar detener un tren con las manos.

—Lo tuyo es pura filantropía romántica —comentó Asher.

—Deja de decir tonterías.

—Te has ofrecido voluntariamente a ser el caballero de brillante armadura de la mejor amiga de tu hermana, si eso no es filantropía pura y dura… —dijo Samuel.

Su sonrisa sardónica brillaba tanto como el Rolex en su muñeca.

—Sí, y todavía no puedo creer que haya accedido a hacerlo —dijo Trevor, pasándose una mano por los mechones de pelo sueltos.

—¡Oh, vamos! —dijo Ethan. Sus ojos castaños brillaban con burla —. Tres días en una playa paradisíaca en California, fingiendo ser el novio de una chica guapa... Suena como un terrible sacrificio. —El sarcasmo en su voz era visible.

—¿Laguna Beach, dijiste? —Samuel dejó su Tablet sobre la mesa. Había una sonrisa maliciosa formada en sus labios—. ¿El mismo lugar donde las parejas van a ver el atardecer más romántico de la costa oeste? Qué tragedia, amigo.

Trevor los fulminó con la mirada.

—No tiene gracia. Diane me manipuló por completo. Un momento estaba diciéndome lo terrible que sería que su amiga Audrey fuera sola a la boda de su ex, y al siguiente, ya me había comprometido a ser su novio falso.

—Yo fui testigo —dijo Ethan.

—Ah, el poder de las hermanas pequeñas… —reflexionó Samuel. Él sabía bien de lo que hablaba porque, al igual que Trevor, tenía varios hermanos y hermanas de los múltiples matrimonios de su padre—… Transformando al despiadado Trevor Hunter en un buen samaritano.

Trevor apuntó con el dedo a Asher.

—Me debes una, Asher —gruñó—. Si no fuera porque cancelaste en el último momento aquella reunión en Nueva York, no tendría que estar libre este fin de semana.

—¿Y privarte de la oportunidad de ser el héroe romántico del año? —negó él enérgicamente con la cabeza—. Jamás me lo perdonaría —respondió, provocando las risas de Samuel y de Ethan.

—Vamos, Trevor, vas a estar en un resort de lujo, tomando el sol con cócteles con sombrillitas, en una suite con vistas al mar. Deja de quejarte tanto —dijo Ethan.

—Sí, Dios, ¿cómo sobrevivirás? —se burló Samuel.

—¿Y quién sabe? —añadió Ethan con un guiño cómplice—. Tal vez descubras que te gusta eso de ser el caballero andante de una dama.

Trevor puso los ojos en blanco.

—No vayas por ahí —le advirtió.

Ethan encogió los hombros.

—No se dé qué me hablas —dijo, con su voz más inocente.

—Sí que lo sabes, no seas cabrón. Estás insinuando que quizá termine gustándome Audrey —soltó Trevor.

Trevor les lanzó una mirada que había hecho llorar a secretarias y becarios, pero sus amigos eran inmunes. Llevaban demasiado tiempo viéndolo fingir que no tenía corazón como para creerse el disfraz ahora.

—¿Te cae mal? —preguntó Asher.

—No la conozco lo suficiente como para que me caiga mal —respondió Trevor, ajustando el gemelo de su camisa con un gesto que pretendía ser indiferente—. La he visto algunas veces en casa de Diane.

—Bueno, en estos tres días vas a poder conocerla bien —dijo Samuel. Había un punto de malicia en su voz.

—Yo creo que va a ser un fin de semana interesante —comentó Asher.

—Audrey es muy guapa —dijo Ethan.

Trevor giró los ojos hasta él.

—¿La conoces? —le preguntó.

—Sí, vino un día con tu hermana hace unos meses y me la presentó, ¿no te acuerdas? —respondió Ethan.

—No —dijo Trevor.

—¿Y te la quisiste ligar? —dijo Asher a Ethan.

—Yo ya tenía a Cassie en la cabeza, no estaba para nadie más —dijo él.

—¿Cuánto apostáis a que vuelve medio enamorado? —Samuel sonrió, de forma lenta, como un tiburón oliendo sangre en el agua.

Trevor lo taladró con los ojos.

—¿Medio enamorado? Por favor, deja de decir gilipolleces.

Ethan ahogó una carcajada en su puño.

—Yo digo que antes del postre de la cena de bienvenida —dijo.

—Después del almuerzo del segundo día —contraatacó Asher—. Cuando ella *accidentalmente* tropiece y caiga en sus brazos.

Trevor no creía en el amor. Ni en el flechazo, ni en los finales felices, ni en esas tonterías de película que hacían suspirar a los demás. Para él, el amor era como los fantasmas: mucha gente juraba haberlos visto, pero nadie podía probarlo.

Asher, Samuel y Ethan lo sabían, llevaban años escuchando su sermón antiromántico. Trevor era el *«Grinch del amor con traje y corbata»*, pero eso no evitaba que perdieran la ocasión de picarlo, sobre todo ahora que, por compromiso, tenía que fingir ser el novio de la mejor amiga de su hermana.

¡Qué iba a volver medio enamorado de Audrey!, le habían soltado con sonrisas lobunas. ¿Habían perdido la cabeza?, pensó Trevor.

Porque Trevor tenía dos certezas en la vida: que jamás se enamoraría, y que sus amigos eran unos cabrones.

En aquel momento estaba a punto de estrangular a alguno de ellos. Su mirada era capaz de congelar el mismísimo infierno.

—Mirad, voy a ir allí, voy a actuar como si Audrey me importara durante setenta y dos horas, y a volver exactamente igual que me fui —aseveró—. Yo no soy como vosotros, que habéis acabado siendo atrapados por el amor. A mí las mujeres solo me interesan el tiempo justo para llevármelas a la cama.

Asher se levantó y le dio una palmada en el hombro, fingiendo solemnidad.

—Solo recuerda esto: si en algún momento te encuentras *disfrutando*, grita y correremos a salvarte.

Trevor movió el hombro para apartar la mano de Asher. Soltó un gruñido.

—Idiotas —murmuró.

CAPÍTULO 9

El sonido estridente de la alarma taladró el cerebro de Trevor a las cinco de la mañana. Gruñó y se revolvió en la cama, tratando de ignorarlo. Pero la alarma persistió, implacable. Finalmente, se rindió y se levantó, maldiciendo en voz baja a su hermana Diane.

¿En qué demonios estaba pensando cuando aceptó aquella locura? Tres días en California, fingiendo ser el novio de Audrey en la boda de su ex. Era una pesadilla hecha realidad.

Se duchó rápidamente, se recortó un poco la leve barba y se vistió con unos pantalones vaqueros oscuros, una camisa blanca y una americana. No quería parecer demasiado formal, pero tampoco quería perder su estilo. Después de todo, seguía siendo Trevor Hunter, uno de los abogados más exitosos de Chicago.

El aeropuerto O'Hare era un caos de maletas rodantes y viajeros adormilados, pero Trevor Hunter destacaba entre la multitud como un faro de perfección.

Estaba plantado frente a la puerta de embarque, revisando su reloj por tercera vez en cinco minutos.

Audrey, en cambio, llegó arrastrando una maleta con una rueda coja y el pelo revuelto por el viento, como si el universo ya estuviera saboteando su misión antes de empezar.

—Sé que llego tarde, lo siento —se adelantó a decir cuando alcanzó a Trevor, que enderezó la espalda para recibirla—. Pero es que el Uber tuvo que dar media vuelta porque *alguien*, osease yo, olvidó avisar que hay dos terminales B —explicó, ajustándose la correa del bolso, que se le había enredado en la blazer.

Trevor la miró. Luego miró su maleta. Luego volvió a mirarla.

—¿Eso es todo tu equipaje? —preguntó, como si llevara solo un saco de dormir y una linterna.

—Bueno, solo son tres días, no es una expedición al Amazonas —respondió Audrey, aunque revisó mentalmente si había metido bragas suficientes.

El silencio que siguió fue tan denso que hasta el anuncio de *«última llamada para el vuelo 742, destino California» s*onó como un grito de auxilio.

Audrey se mordió el labio.

«Joder, ni siquiera podemos hablar de maletas sin que sea incómodo. ¿Cómo vamos a fingir que nos gustamos? —pensó para sus adentros—. Quizá esto no ha sido tan buena idea cómo parecía.»

—Será mejor que embarquemos, sino queremos perder el vuelo —dijo Trevor, con la misma entonación que usaría para sugerir un ajuste de cuentas.

—Sí, vale —dijo Audrey, cogiendo el asa de la maleta y haciéndola rodar por la sala del aeropuerto.

«Esto va a ser un desastre», pensó mientras Trevor la guiaba hacia los mostradores.

El bullicio del aeropuerto quedó atrás cuando Audrey y Trevor finalmente cruzaron la puerta de embarque y entraron en el avión.

El estrecho pasillo estaba lleno de pasajeros acomodándose, guardando maletas en los compartimentos superiores y buscando sus asientos con la mirada.

—¿Ventanilla o pasillo? —preguntó Trevor detrás de Audrey, con esa voz que siempre sonaba como si estuviera negociando la liberación de un rehén en lugar de eligiendo asientos.

—Ventanilla… —respondió Audrey, más por el instinto de esconderse que por amor a las vistas—… Bueno, si a ti no te

importa.

—No, está bien —dijo Trevor.

Se apartó para dejarla pasar y Audrey se deslizó hacia el asiento junto a la ventanilla, dejando que Trevor ocupara el lugar a su lado.

Al rozar su brazo contra el de ella, Audrey notó cómo el espacio entre los asientos se reducía a dimensiones peligrosas.

Mientras él se acomodaba, un aroma sutil pero embriagador llenó el reducido espacio entre ellos. Era una fragancia exquisita, una mezcla de maderas cálidas y especias que parecía envolverla. Notas de madera de cedro, algo ambarino y un fondo a whisky caro.

Audrey respiró hondo (por error) y sintió que el aire le picaba en los pulmones.

Trevor notó cómo Audrey cerraba los ojos durante unos segundos, disfrutando del aroma que él llevaba encima.

—Espero que no sea demasiado fuerte —comentó con una sonrisa divertida, consciente del efecto que su colonia tenía en ocasiones.

—Oh, no, para nada —respondió Audrey, abriendo los ojos para mirarlo—. De hecho, huele muy bien. Mucho mejor que el típico olor a cacahuetes y café de máquina del avión —bromeó.

Él rio suavemente ante su comentario, mientras se inclinaba hacia ella para guardar algo en el bolsillo del asiento delantero.

Fue entonces cuando percibió un aroma fresco y cítrico que emanaba de Audrey; una mezcla revitalizante de verbena y lima que le recordó a un jardín en plena primavera.

Nunca había olido una fragancia así. Pero le gustaba. Mucho.

A medida que los demás pasajeros tomaban sus lugares y las azafatas realizaban las demostraciones de seguridad, Audrey sintió cómo la tensión inicial del viaje empezaba a desvanecerse poco a poco.

«Quizá en el fondo sea más llevadero de lo que esperaba», pensó.

El avión comenzó a moverse lentamente por la pista, y Audrey sintió cómo su corazón empezaba a latir con fuerza.

A medida que ganaba velocidad, una sensación de ansiedad se apoderó de ella, como si cada fibra de su ser estuviera en alerta máxima.

Cerró los ojos con fuerza cuando las ruedas se separaron del suelo, intentando concentrarse en cualquier cosa que no fuera el avión despegando y tomando altura.

El rugido de los motores se intensificó, y Audrey clavó las uñas en el reposabrazos con la misma fuerza con que un náufrago se aferra a un salvavidas.

El corazón le latía tan rápido que habría ganado una carrera contra el despegue.

«Respira —se ordenó—. Es solo un tubo metálico volando a velocidad suicida. Nada puede salir mal.»

Trevor, sentado a su lado, notó el cambio inmediato en su postura. La vio aferrarse al reposabrazos con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—¿Estás bien? —le preguntó. La voz de Trevor, grave y profunda, cortó su espiral de pánico.

Audrey abrió los ojos lentamente y giró la cabeza hacia él, encontrándose con esos ojos verdes que siempre parecían estar descifrando mundos secretos.

Tragó saliva, intentando disimular. Esforzó una sonrisa tranquilizadora que no llegó a convencer ni a ella misma.

—Sí, estoy perfectamente —dijo—. Solo estaba pensando... en la estadística de accidentes aéreos. ¿Sabías que hay un 0.0001% de posibilidades de que...?

—Mientes peor que un político en campaña —la interrumpió Trevor, arqueando una ceja—. ¿Miedo a volar? —le preguntó

directamente.

Audrey apretó los labios, sintiendo cómo el calor le subía por las mejillas.

«Genial. Ahora, además de aterrada, parezco una adolescente ruborizada.»

—Sí —respondió con sinceridad.

¿Para qué iba a mentir? Quedaría como el culo.

Trevor asintió con expresión comprensiva en el rostro, sin rastro de burla en su mirada verde. No sonrió. Y tampoco hizo ningún comentario ácido.

—¿Hay algo que pueda hacer? —se ofreció.

Audrey negó con la cabeza rápidamente, sintiendo cómo el calor subía a sus mejillas por la vergüenza. ¿Por qué le tenía que pasar aquello delante de Trevor Hunter?

¡Mierda!

—No te preocupes —murmuró, tratando de restarle importancia, aunque su respiración seguía siendo irregular y sus manos temblaban ligeramente.

Trevor no dijo nada, solo miró a Audrey un segundo más, como si estuviera calculando su cantidad de orgullo.

En silencio, extendió la mano y cubrió suavemente la de ella con la suya.

El gesto para Audrey fue tan inesperado como reconfortante. Un ancla en medio del caos que sentía dentro de sí misma.

Lo miró sorprendida al principio, pero luego dejó escapar un suspiro profundo mientras el contacto cálido y firme comenzaba a calmarla.

—No la sueltes —dijo él, mirando al frente con expresión impasible—. O te cobro intereses.

Audrey rio, un sonido nervioso que se mezcló con el zumbido de la cabina.

La mano de Trevor envolvía la suya con una calma vibrante, como si esos dedos largos y elegantes supieran exactamente cuánta presión ejercer para anclarla a la realidad.

Audrey sintió el contraste algo absurdo: sus nudillos fríos por el pánico contra la piel suave y cálida de su palma. El pulso de él constante y rítmico frente al suyo, acelerado y errático.

Y entonces lo notó: su pulso ya no bailaba el *Himno de la Muerte* en sus venas, y el aire le llegaba a los pulmones con normalidad.

Agradeció aquella protección sin condescendencia que le brindaba Trevor; aquella firmeza sin presión. Y el miedo se ahogó en algo más denso que el aire a 10.000 metros de altura.

—Gracias —dijo finalmente, apenas un susurro audible sobre el zumbido constante de las conversaciones que había en el avión.

Trevor sonrió levemente, manteniendo su mano entrelazada con la de Audrey, sin que pareciera que el contacto le produjera ninguna incomodidad.

—No hay problema —respondió con naturalidad.

A medida que el avión alcanzaba la altitud correspondiente y las nubes pasaban perezosamente por la ventanilla, Audrey se dio cuenta de que el pánico inicial había disminuido considerablemente. Por increíble que pareciera, el simple acto de que Trevor sostuviera su mano había logrado lo que ninguna técnica de respiración o distracción mental había conseguido antes.

Contra todo pronóstico (y su propio historial de malas decisiones), la mano de Trevor Hunter era el único lugar del mundo que no le daba vértigo.

CAPÍTULO 10

—Todavía tenemos que repasar algunos de los puntos de la lista que hice —dijo Audrey—. Ya sabes… para que no descubran que todo es una farsa.

—El vuelo es de cuatro horas, creo que vamos a tener tiempo suficiente para repasarlos varias veces —respondió Trevor.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Audrey.

Abrió la cremallera del bolso y sacó la misma libreta con pegatinas de gatos y el mismo bolígrafo morado que en la cafetería, el día que quedaron con Diane.

Pasó unas cuantas páginas.

—Ya tenemos la «historia de cómo nos conocimos», el contacto físico… —comenzó.

Se rascó el cuello, algo nerviosa.

—¿Qué queda? —preguntó Trevor.

—Punto cuatro: Nombres cariñosos, ¿sí o no?

—No —respondió Trevor al mismo tiempo que Audrey decía—: Sí.

Audrey torció la boca. Se metió un mechón del largo pelo pelirrojo detrás de la oreja.

«Vale, Trevor no es partidario de cursilerías, ni siquiera fingidas», se dijo.

—Lo ideal sería algo intermedio —sugirió—. Nada de «cielito lindo», pero un «cariño» o un «amor» ocasional no estaría mal para dar credibilidad —se atrevió a decir.

Trevor asintió, conforme.

—Pero si me llamas «gordi», «osito de peluche» o «muñequito» te mato —dijo con visible tono de broma.

Audrey no pudo evitar echarse a reír.

—¡Por Dios, qué horror! —exclamó—. ¿De dónde has sacado esos apodos?

Trevor alzó un hombro.

—La gente se llama cosas muy raras cuando está enamorada —dijo.

—Ok, nada de «gordi», «osito de peluche» ni «muñequito» —Audrey asintió, escribiendo en la libreta con énfasis.

—Punto cinco —interrumpió Trevor, señalando la lista con aire de abogado—. ¿Tienes alguna idea de qué hacer si nos descubren?

—Oh, sí —respondió Audrey.

Los dos miraron la libreta, donde Audrey había escrito «HUIR» en mayúsculas y subrayado tres veces.

Trevor negó con la cabeza y una sonrisa escapó de sus labios.

—Esto va a ser inolvidable.

Audrey giró el rostro e intercambió una mirada de complicidad resignada con Trevor. Por primera vez, estaban de acuerdo en algo: aquella boda iba a ser inolvidable.

El suave zumbido del avión y el tenue parpadeo de las luces de la cabina creaban un ambiente casi hipnótico.

Audrey, que había estado luchando contra el cansancio y el madrugón desde que habían despegado, finalmente sucumbió al sueño.

Morfeo llegó como un ladrón sigiloso, arrastrándola entre el ronroneo monocorde de los motores y el calor inesperadamente reconfortante que irradiaba Trevor Hunter.

No había sido su intención (nunca lo era), pero en algún momento entre el tercer refresco que había rechazado de la azafata y la segunda película romántica que juraba no ver, sin darse cuenta, su cabeza se había inclinado hacia un lado, encontrando un cómodo apoyo en el hombro de Trevor.

Trevor, que había estado leyendo un libro, notó el peso ligero de Audrey sobre él y sonrió débilmente para sí mismo. Cerró el libro con cuidado, asegurándose de no despertarla, y se acomodó mejor en su asiento para que ella estuviera a su vez más cómoda.

El tiempo pasó volando mientras las nubes se deslizaban por la ventanilla dando paso a la mañana.

El despertar fue lento, dulce, y luego… catastrófico.

Cuando Audrey finalmente abrió los ojos, lo primero que sintió fue una terrible vergüenza al darse cuenta de dónde estaba apoyada.

Un hilo de saliva —brillante e incriminatorio— conectaba su boca con la americana de Trevor. Una mancha húmeda que parecía gritar «aquí yace la dignidad de Audrey» en letras neón.

Se incorporó rápidamente, de golpe, las mejillas ardiendo como si hubiera sido pillada robando en una tienda de caramelos.

La mancha era más grande de lo que parecía en un principio. ¡Santo Dios!

—Dios mío, lo siento —murmuró, limpiándose los labios con el dorso de la mano con la urgencia de alguien intentando borrar pruebas—. No suelo… bueno, esto es nuevo.

Trevor giró la cabeza hacia ella, lento, calculado, como si el movimiento requiriera una deliberación interna. Sus ojos verdes (siempre tan difíciles de descifrar) se posaron en su rostro, luego en el hombro manchado, y finalmente, en el pánico cómico que estaba pintado en las facciones de Audrey.

—No es la primera vez que alguien babea encima de mí —dijo, con esa voz que siempre sonaba como si estuviera contando un secreto aburrido—. Aunque normalmente son mis sobrinos. O el perro de Diane.

Audrey tragó saliva (esa vez, con éxito) y soltó una risa nerviosa mientras buscaba en su bolso una toallita húmeda.

—Déjame limpiarlo al menos —murmuró.

Las toallitas húmedas (con aroma a lavanda, porque por supuesto que incluso sus emergencias olían bien), aparecieron como

por arte de magia.

Sacó una y comenzó a limpiar cuidadosamente la evidencia de su siesta involuntaria.

Mientras trabajaba en la tarea con delicadeza, Trevor observó sus movimientos con una expresión amable.

—De verdad, no es nada —repitió.

Pero Audrey no cejó en su empeño. Tenía que arreglar como fuera aquel desaguisado. Esa americana tenía que costar su sueldo de un mes, como para que se estropeara por culpa de sus babas.

—Dime que al menos no he roncado —dijo, arrugando la nariz. Y no estaba segura de querer saber la respuesta.

—No, no has roncado —dijo Trevor, con una sonrisilla en los labios.

«Menos mal», pensó Audrey para sus adentros.

Y siguió tratando de quitar la mancha.

—Ya está —anunció al cabo de un rato, retirándose como si acabara de desactivar una bomba—. Como nueva… O casi.

Alzó los ojos hacia Trevor y sonrió ligeramente.

El silencio que siguió fue cómodo, extrañamente íntimo, roto solo por el murmullo del avión y el latido de su propio corazón, que parecía haber decidido que era un buen momento para practicar percusión.

—Gracias —murmuró Trevor.

Audrey observó su mano enredada en la toallita usada.

—Gracias a ti —dijo—. No solo por… esto. Sino por venir. Por prestarte a este plan. Sé que no es exactamente tu idea de diversión.

Trevor se encogió de hombros ligeramente.

—No es tan terrible —murmuró, y Audrey tuvo que reprimir el impulso de pedirle que lo repitiera, por si había imaginado ese tono casi suave que había utilizado—. Aunque si vuelves a dormirte sobre mi hombro, voy a necesitar que te hagas cargo de la americana.

Audrey rio, el sonido escapándose como un pájaro liberado, y por primera vez desde que habían despegado, el avión pareció volar un

poco más ligero. Agradecía, sin duda, el humor de Trevor.

Pero no ignoraba que él detestaba aquello. Por eso, cada vez que lo miraba de reojo, con su postura rígida de «aquí solo estoy por obligación», no podía dejar de agradecerle que la estuviera ayudando.

No solo porque hubiera dicho «sí» (milagro, ya eso), sino porque, a pesar de sus gruñidos y miradas asesinas del principio, seguía allí, prestándose a aquel papel ridículo sin arrancarse la piel de puro disgusto.

Y eso, viniendo de un hombre que coleccionaba «noes» como otro, sellos, suponía un regalo para Audrey. Porque los gestos que cuestan son los que valen doble.

Por eso no quería que Trevor se sintiera incómodo, o no más de lo necesario de lo que la situación lo era en sí misma.

Audrey observó el horizonte a través de la ventanilla, donde las nubes se amontonaban como algodones.

CAPÍTULO 11

El avión aterrizó en el aeropuerto de Santa Ana, y Audrey sintió una mezcla de emociones al desabrocharse el cinturón de seguridad.

Mientras se levantaban para recoger su equipaje de mano, Trevor le lanzó una mirada alentadora, como si supiera exactamente lo que pasaba por su mente.

Al salir del avión, fueron recibidos por una ráfaga de aire cálido y salado. La brisa californiana golpeó a Audrey recordándole por qué la gente idealizaba el verano en la costa oeste.

El sol brillaba por cada rincón, como si estuviera pagado por su exnovio para hacer que todo brillara con una alegría insultante.

«Ojalá caiga una tromba de agua en plena ceremonia», pensó Audrey.

Las posibilidades eran remotas. Estaban en la costa de California. La lluvia allí hacía poco acto de presencia y menos en verano, pero la esperanza era lo último que se perdía.

—Bienvenida a California —dijo Trevor, mientras ajustaba las gafas de sol sobre su nariz—. Donde el verano nunca parece terminar.

Audrey sonrió débilmente, intentando no dejarse llevar por los recuerdos que amenazaban con invadir su mente.

Laguna Beach era un lugar precioso, sin duda; un paraíso costero con sus acantilados imponentes y sus playas doradas. Pero también era el escenario elegido por su ex para celebrar su boda, lo que añadía un matiz agridulce a la belleza del entorno.

Audrey respiró hondo, llenando sus pulmones con el aroma característico de la costa: una mezcla embriagadora de brisa marina, flores silvestres y un toque sutil de protector solar.

—Huele a crema bronceadora y a decisiones cuestionables —murmuró, poniéndose las gafas de sol, mientras del asfalto emanaban ondas de calor como una sartén gigante.

—Tu ex tenía que elegir entre esto o Las Vegas, ¿verdad? —preguntó Trevor con malicia en la voz, observando a un grupo de chicas que pasaban arrastrando maletas con ruedas chirriantes—. Apostaría a que el menú de la boda incluye sushi fusionado con tacos y margaritas servidas en cocos con sombrillitas.

Audrey no pudo evitar que sus labios dibujaran una sonrisa. Había cierto deleite en que Trevor mostrara su desacuerdo con su ex. Que de entrada le cayera mal era una gozada. Y es que nada unía más que un enemigo común. En aquel caso, un exnovio con ínfulas de *influencer* y un sol de justicia que no perdonaba.

Laguna Beach se extendía ante ellos como una postal en movimiento: coches descapotables, palmeras que se mecían con más estilo que ella en sus mejores días, y el océano a lo lejos, pintado en un azul tan perfecto que parecía irreal.

Era el tipo de escenario que su ex adoraba, una fachada de felicidad perpetua, sin nada que lo enturbiara.

—Olvídate del sushi —dijo Audrey, señalando un cartel cercano que promocionaba una *«Experiencia de Tostada de Aguacate»* a precio de lingote de oro—. Esto es pura ostentosidad. Donde te hacen creer que nada te debe de hacer más feliz que gastar diecisiete dólares en pan tostado untado con aguacate.

Trevor fue incapaz de no reírse.

Ya le había avisado su hermana. El sentido del humor de Audrey era tremendamente especial. Solo apto para unos pocos. Se alegraba de estar entre esos pocos, así la estancia en aquel sitio sería más llevadera.

Cuando Audrey se volvió hacia él, vio cómo sus ojos, con ese tono verde menta que nunca mentía, recorrían el paisaje antes de clavarse en ella.

—¿Seguro que quieres hacer esto? —preguntó.

—Ni en un millón de años —confesó Audrey. Pero en sus palabras había resignación.

—Bueno, si vamos a fingir ser pareja, al menos vamos a tener un bonito escenario de fondo —dijo Trevor con sarcasmo.

Mientras caminaban hacia la salida del aeropuerto con el equipaje, los colores vibrantes del verano californiano parecían cobrar vida a su alrededor. Palmeras esbeltas se mecían suavemente contra un cielo azul despejado, y las buganvilias florecían en explosiones de fucsia y púrpura a lo largo de las carreteras.

—¿Estás bien? —preguntó Trevor, al advertir la expresión pensativa en el rostro de Audrey.

Ella asintió lentamente, apartando la vista del paisaje para centrarse en él.

—Sí… es solo que tengo la cabeza llena de recuerdos —admitió con sinceridad.

—Entiendo —dijo Trevor.

Tras unos instantes, Audrey tomó una bocanada de aire.

—Pero estoy decidida a disfrutar de este lugar —dijo, acordándose de todo lo que había hablado con Diane.

Trevor se quedó mirando la exposición de coches de alquiler que había ya fuera del aeropuerto.

—Ya que estamos aquí, y que estamos metidos en esto, vamos a hacer las cosas bien —anunció.

Audrey giró el rostro hacia él.

—¿Qué quieres decir?

Trevor la miró con los ojos entornados tras las gafas de sol.

—Ya lo verás —dijo, con un esbozo de sonrisa que solo Audrey supo traducir como: «*Esto va a ser un desastre. Pero será nuestro desastre».*

Y se dirigió hacia la entrada del establecimiento. Audrey lo siguió.

En el concesionario de alquiler de coches, Trevor no titubeó ni un segundo al señalar el Porsche 911 Carrera descapotable rojo de más de cien mil dólares aparcado frente a la puerta, un bólido reluciente que parecía gritar: «Mírame. Joder, mírame. ¡Mírame! ¡Mírame!»

—¿En serio? —preguntó Audrey, arqueando una ceja mientras el viento agitaba los mechones de su pelo—. ¿No había nada más… discreto?

Trevor se ajustó las gafas de sol con un gesto que rezaba *«esto no es negociable»* antes de lanzarle una mirada cargada de pura malicia calculada.

—Ya te lo he dicho, si vamos a hacer esto —dijo, pasando el dedo índice por el capó como si acariciara un arma—, vamos a hacerlo bien.

Y así fue como Audrey se encontró unos pocos minutos después hundida en el asiento de piel color crema, con el motor rugiendo como una bestia satisfecha y el sol acariciándole los hombros.

Trevor conducía con una mano en el volante y la otra apoyada en la puerta, como si manejar aquel monstruo escarlata fuera lo más natural del mundo. (De hecho, para él lo era, tenía uno de las mismas características).

La carretera serpenteaba junto al océano Pacífico, y el aire salado azotaba el rostro de Audrey, llevándose consigo cualquier rastro de preocupación que pudiera tener en aquel momento.

Cerró los ojos un instante, dejando que el viento le despeinara la larga melena pelirroja, que Daniel, el muy cabrón, siempre había despreciado, diciendo que por qué no se teñía de rubia.

—¡Esto es increíble! —gritó por encima del estruendo del viento, y no pudo evitar reír cuando Trevor, en un gesto inesperado y cómplice, pisó el acelerador un poco más, haciendo que el paisaje se desdibujara en una mezcla de azules y verdes.

Él no dijo nada, pero elevó ligeramente los labios. En una sonrisa, en un reto, tal vez. Audrey lo entendió. Aquello no era solo una farsa.

Era un espectáculo.

Una declaración de intenciones.

Y cuando el cartel de Laguna Beach apareció en el horizonte, algo descolorido por el sol, Audrey se dejó llevar por la emoción del momento, alzando los brazos como si fuera la protagonista de una película de los años ochenta. ¿Qué le pasaba? ¿De dónde salía ese subidón que tenía?

Daba igual. No quería pensarlo.

Pero a veces, la mejor venganza era un descapotable rojo, una carretera al lado del mar, y una sonrisa.

—¡Que empiece la función! —gritó, y esa vez, hubiera jurado que Trevor estaba riendo junto a ella.

CAPÍTULO 12

El resort se alzaba ante ellos, a pocos metros de la playa, como un sueño mediterráneo trasplantado en la costa californiana. Un oasis de lujo y tranquilidad rodeado por la exuberante vegetación de la zona.

Los edificios, de dos y tres plantas y unidos entre sí, estaban pintados en tonos cálidos que reflejaban el sol de primera hora de la tarde, mientras las palmeras se mecían suavemente con la brisa marina.

Caminos serpenteantes de piedra conectaban las distintas estancias, flanqueados por jardines llenos de flores tropicales que añadían pinceladas de color al paisaje.

—Al menos no han escatimado en el decorado —murmuró Trevor, cargando con las maletas como si no pesaran nada, después de que uno de los aparcacoches se llevara el descapotable rojo.

Audrey no respondió. Sus dedos se enroscaban alrededor de la correa del bolso con la misma tensión con que su estómago formaba un nudo al pensar en Daniel. ¿Estaría ya allí?

Dios, tenía incluso ganas de vomitar.

Cruzaron el umbral del vestíbulo principal, donde el aire acondicionado les dio un respiro de alivio al calor exterior.

El interior era amplio y luminoso, decorado con muebles elegantes y detalles en madera que daban sensación de confort.

Los rayos de sol entraban a través de los ventanales, impactando en el suelo de mármol pulido.

Sin embargo, Audrey apenas notaba aquellos detalles. Su mente estaba ocupada con la posibilidad inquietante de encontrarse cara a cara con su ex.

—Respira hondo —susurró Trevor a su lado, percibiendo su nerviosismo.

Audrey asintió y cogió aire, intentando calmarse mientras recorrían el vestíbulo hacia la recepción. Pero antes de llegar, una voz familiar resonó detrás de ellos.

—¡Audrey! ¡Dios mío, eres tú!

Se giraron.

Audrey la reconoció al instante.

Era Megan Smith.

Compañera de universidad, amiga de su ex, fanática número uno de los dramas ajenos y siempre lista para enterarse del último chisme.

Audrey estaba segura de que en menos de lo que duraba un pestañeo, Megan informaría a todo el mundo que estaba allí.

Iba ataviada con un vestido de gasa de color coral y sonreía como diciendo: «tengo cotilleo para rato».

—Hola, Megan —la saludó Audrey.

—Hace siglos que no te veo —exclamó ella, abrazándola con fuerza antes de apartarse para mirarla de arriba abajo—. ¡Y mira tú qué bien estás! Daniel dijo que vendrías, pero no me lo creí. Ya sabes… por todo lo que hubo entre vosotros y…

Su frase murió en el aire cuando sus ojos se posaron en Trevor. Lo miró como si acabara de descubrir un tesoro escondido en el fondo del mar.

—Oh. Ohhh… —Megan parpadeó—. ¿Y él es...?

Audrey tragó saliva, con la sensación de que aquella era ya la primera prueba.

Trevor no se movió, pero el modo en que la luz del vestíbulo acariciaba su perfil, la mandíbula cincelada, los brazos musculados, era casi obsceno.

—Trevor Hunter —dijo él antes de que Audrey hablara, extendiendo una mano con elegancia hacia Megan—. El novio de Audrey.

La familiaridad con la que Trevor pronunció su nombre la tomó por sorpresa. Era bueno en aquel juego. Quizá demasiado bueno.

Tal vez Diane tuviera razón y su hermano fuera el novio falso perfecto.

Megan estrechó su mano con mucha confianza, mientras sus ojos brillaban con el entusiasmo de alguien que acaba de encontrar el hilo del que tirar.

—Megan Smith. Encantada —susurró, alargando las palabras como un caramelo—. No tenía ni idea de que Audrey... Bueno, vaya mejoría.

Audrey no sabía muy bien qué responder, pero Trevor, el muy carbón, esbozó una sonrisa lenta, calculada, la misma que debía de usar antes de dejar a un testigo K.O. en los tribunales.

—Eso dicen —murmuró, y Audrey tuvo que morderse el labio para no reír.

Para que Megan tuviera algo de lo que hablar, Trevor rodeó la cintura de Audrey con el brazo, y su pulgar rozó la tela de algodón de la camiseta.

Megan, que ya se había puesto en modo periodista de revista del corazón, abrió la boca para soltar alguna pregunta incisiva, pero una mujer la llamó.

—Megan, te estamos esperando.

—Ya voy —respondió ella, girando el rostro por encima del hombro—. El cóctel de bienvenida es dentro de un par de horas —les anunció Megan, volviendo a posar los ojos en ellos, sobre todo en Trevor—. No faltéis. Necesito detalles de vuestra relación. Todos.

Cuando se alejó, taconeando sobre el mármol, Audrey dejó escapar un suspiro que llevaba reteniendo desde que habían entrado en resort.

—Lo de «vaya mejoría» me ha gustado —comentó Trevor, pensando que sobrevivir a esos tres días iba a ser más divertido de lo que había imaginado.

Se desenredaron para recoger las maletas de nuevo, y Audrey se sintió extrañamente desamparada sin el calor de Trevor contra su

costado. Él le daba una seguridad que no hubiera tenido si hubiera ido sola. Sintió cómo poco a poco iba ganando confianza para enfrentar lo que quedaba del fin de semana.

—Megan nos va a someter a un tercer grado en plan Santa Inquisición —le advirtió a Trevor, de camino a la recepción.

—Estamos preparados —dijo él.

Audrey se quedó unos segundos pensando.

—La verdad es que… ha sido menos incómodo de lo que esperaba —admitió, mientras hacían cola detrás de una pareja joven que parecían recién casados.

Trevor no comentó nada, pero a él le había pasado exactamente lo mismo. Todo resultaba más natural de lo que había pensado. ¿Era normal?

CAPÍTULO 13

La puerta de la habitación cedió con un *clic* cuando Trevor pasó la tarjeta-llave por la ranura.

—Entra —le dijo a Audrey, empujando con el hombro.

Ella, maleta en mano, pasó al lado de Trevor y entró en la habitación.

Cuando cruzó el umbral, se detuvo en seco, provocando que Trevor casi chocara con su espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó él, esquivándola para entrar y ver el motivo de su reacción.

—Solo hay una… —comenzó Audrey.

La frase murió en sus labios.

La suite era un escenario sacado de un catálogo de luna de miel de lujo: cortinas vaporosas que enmarcaban una vista al océano, toallas con forma de cisne, pétalos de rosa esparcidos sobre las sábanas…

«¿En serio, pétalos?», se preguntó en silencio Trevor.

En el centro de todo, una cama de matrimonio *king-size* perfectamente hecha, y una botella de champán enfriándose en un cubo de hielo junto a dos copas relucientes.

—Parece que los novios somos nosotros —dijo Trevor.

Audrey parpadeó varias veces, como si intentara procesar lo que veía.

—Esto parece la suite nupcial —comentó—. No me extraña viniendo de Daniel. Siempre le ha gustado mucho aparentar.

El sofá junto a la ventana, bonito, de líneas elegantes y aproximadamente del tamaño de una tostadora, parecía reírse de ellos de lo pequeño que era.

—Ni siquiera pensé en preguntar por las camas —admitió Audrey, pasándose la mano por el pelo—. Supongo que asumí que habría dos.

—Si somos pareja, lo normal es que sea una cama de matrimonio —observó Trevor, dejando la maleta en el suelo.

—Tienes razón. Hubiera sido raro pedir camas separadas —dijo Audrey, con cierta aprensión en la voz. Suspiró.

Trevor lo notó.

—No te preocupes, yo dormiré en el sofá —anunció, señalándolo con el dedo como si acabara de declararle la guerra.

—No cabes ni de coña —respondió Audrey—. A menos que pretendas pasar tres noches en posición fetal y con calambres.

Trevor se acercó al sofá, lo midió con una mirada crítica y luego se dejó caer sobre él. Sus piernas sobresalían al menos cuarenta centímetros.

—Es como el de Barbie —comentó.

—Es mucho peor —atajó Audrey—. Ni siquiera entro yo.

—Podría dormir en el suelo —murmuró Trevor, aunque el suelo de mármol pulido no parecía más acogedor que una losa funeraria.

Audrey negó rápidamente con la cabeza.

—Eso es una locura. No voy a dejar que te sacrifiques así. Ya pensaremos en algo para solucionarlo más tarde —dijo, deslizando la mano por su frente. Se volvió hacia Trevor con una expresión seria —. Tenemos una hora para deshacer las maletas, ducharnos y cambiarnos de ropa antes del cóctel de bienvenida —recordó, mientras consultaba el reloj de pulsera—. ¿Te importa pasar tu primero al baño, mientras yo organizo mi maleta?

—No, claro —respondió Trevor.

Se levantó del sofá y se dirigió hacia su maleta. La abrió, rebuscó entre lo que llevaba en su interior y cogió un neceser de cuero marrón.

—No tardaré —dijo.

Audrey asintió.

Cuando la puerta del baño se cerró tras Trevor, Audrey dejó escapar un resoplido, evitando mirar la cama como si fuera una trampa mortal.

Se dejó caer sobre el borde del colchón. Los pétalos saltaron alrededor de ella, y uno se le enredó en el pelo como un recordatorio absurdo de la situación.

Una cama. Una sola cama. ¿Qué esperaba?

El sonido del agua corriendo se filtró por la puerta, seguido por el leve golpe de un bote contra el suelo, y la maldición en voz baja de Trevor.

Audrey cerró los ojos.

—Tres días. Tres noches. Y una cama lo suficientemente grande como para no tocarnos... si ambos nos quedamos quietos como estatuas —susurró.

Lo que no sabía Audrey en ese momento, era que nada unía más que una logística imposible, un sofá diseñado para niños y la certeza de que, pasase lo que pasase, alguien iba a terminar rodando hacia el centro si compartían la cama, por muy *king-size* que fuera.

Trevor salió del baño envuelto en un albornoz blanco del hotel. Su pelo, aún goteando, caía en mechones desordenados sobre la frente, desprendiendo un aroma fresco mezcla del gel de menta y de algo más profundo, quizá azahar, que invadió la habitación.

Audrey, que estaba sentada en el borde de la cama revisando su teléfono, levantó la vista justo a tiempo para verlo entrar en la habitación.

No pudo evitar detenerse un momento para admirar cómo las gotas de agua brillaban sobre su cuerpo.

Lo pilló en mitad del movimiento. El secándose el pelo con una toalla, los músculos del brazo flexionándose bajo la piel.

—El agua está buena —dijo Trevor. Dejó la toalla en el respaldo de una de las sillas, con la elegancia de quien no acaba de notar que

Audrey había tragado saliva—. Aunque el jabón huele a pastel de boda —bromeó antes de dirigirse a la maleta para buscar su ropa.

Ella asintió, demasiado rápido, y se levantó como un resorte, agarrando su vestido cuidadosamente colgado en una percha y su bolsa de aseo como si fuera un escudo.

—Me toca a mí —anunció, esquivando a Trevor con precisión.

Media hora después, Audrey salió del baño transformada.

El vestido de cóctel que había elegido (un diseño verde esmeralda que abrazaba sus curvas con elegancia antes de caer en pliegues fluidos hasta la rodilla), brillaba bajo la luz del atardecer que se filtraba por las cortinas.

El escote era lo suficientemente modesto para no gritar «miradme», pero lo bastante audaz para susurrar «os estoy quitando el aliento».

Su cabello pelirrojo estaba recogido en una cola de caballo alta, dejando al descubierto su esbelto cuello y añadiendo un toque sofisticado a su apariencia.

Trevor estaba ajustándose los gemelos frente al espejo de cuerpo entero de la habitación, vestido con un traje negro que parecía cortado por las mismas manos de Dios.

Al verla, sus dedos se detuvieron momentáneamente y sus ojos se abrieron ligeramente más de lo habitual.

No dijo nada; simplemente la observó con una mezcla de admiración y sorpresa.

—¿Qué? —preguntó Audrey, pasándose una mano por el vestido —. ¿Tengo algo...?

—Nada —cortó él, ajustándose el cuello de la camisa con un gesto que habría parecido casual de no ser por el leve tirón en la tela.

Audrey sonrió, mientras daba una vuelta para mostrarle el vestido desde todos los ángulos.

—¿Crees que daré en las narices a Daniel con este vestido? —preguntó, inocente.

—Definitivamente —respondió Trevor—. Ese vestido debería venderse con advertencias —añadió.

Audrey rio, aliviando un poco los nervios.

Sí o sí iba a encontrarse con su ex y, por añadidura, con su prometida, o la tía por la que la había dejado. Iban al cóctel de bienvenida y ellos estarían obligatoriamente allí.

—Diane me aconsejó que me lo pusiera para el cóctel de bienvenida —comentó.

—Mi hermana siempre ha tenido buen gusto —afirmo Trevor—. ¿Lista? —le preguntó, ofreciéndole su brazo.

—Si te refieres a aterrada, sí. Mucho —respondió Audrey, con su particular sentido del humor.

Trevor sonrió.

—Vamos, que tengo ganas de ver cómo palidece ese fantasma de tu ex cuando te vea —aseveró.

CAPÍTULO 14

La terraza del resort en la que iba a tener lugar el cóctel de bienvenida era un sueño tejido con pequeñas luces colgantes y el último suspiro del sol poniente en el cielo.

Enredaderas de jazmín trepaban por las columnas blancas, liberando su aroma embriagador en el aire cálido de la tarde, mientras las mesas de cristal brillaban bajo el reflejo de las velas flotantes.

El ruido de las olas, al fondo, se fundía con el tintineo de las copas y las risas cuidadosamente moduladas de los invitados.

Trevor y Audrey llegaron al cóctel tomados del brazo.

Audrey respiró hondo, notando cómo el tacón de sus zapatos se hundía levemente en el césped perfectamente recortado. Al su lado, Trevor caminaba con esa mezcla de elegancia y peligro, haciendo que varias cabezas se giraran en su dirección.

Las miradas curiosas de algunos conocidos de Audrey se posaron sobre ellos.

Los susurros comenzaron casi de inmediato. Un comentario aquí, una ceja levantada allá.

Audrey pensó que Diane tenía razón, como siempre. Definitivamente, Trevor era el novio falso perfecto. No había nadie en el mundo que lo hubiera hecho mejor... Nadie con su habilidad para interpretar el papel, precisamente porque nadie conocía tan bien el arte de fingir como Trevor Hunter, el hombre que no creía en el amor, pero que estaba dispuesto a simularlo *demasiado* bien por ella.

—¿Preparada para enfrentarte a esta gente? —murmuró Trevor, inclinándose hacia su oído con una cercanía que le erizó la piel sin querer.

—Sí —respondió Audrey.

—¡Audrey! ¡Qué alegría verte! —Una mujer con un vestido rosa chicle que olía a Chanel se abalanzó sobre ellos—. ¡No sabía que tenías novio!

—Sí, bueno, ya sabes que siempre he sido muy discreta —mintió Audrey con una sonrisa que le quemaba los labios—. Trevor, esta es Linda. Linda, Trevor.

—Encantado —dijo él, estrechando la mano de Linda con un apretón que hizo que sus ojos se abrieran como platos.

—Me alegro mucho de ver que estás tan bien —se despidió Linda.

—Gracias —le agradeció Audrey.

La situación se repitió tres veces más antes de que *él* apareciera.

Daniel.

Audrey notó un cambio en el aire. Al levantar la vista, vio a Daniel acercándose desde el otro extremo de la terraza.

Su exnovio avanzaba hacia ellos con la seguridad de un hombre que nunca había dudado de sí mismo. Su traje azul marino pegado a los hombros como un guante y una sonrisa que Audrey había amado una vez y que ahora solo le producía ganas de lanzarle un canapé a la cara.

—Audrey —dijo Daniel al llegar junto a ellos, su voz amistosa pero cargada de historia compartida—. Me alegra mucho que finalmente hayas podido venir.

Ella permitió que sus labios se curvaran en algo que podía pasar por una sonrisa mientras Trevor, a su lado, se erguía como una torre de hormigón armado.

—No me lo habría perdido por nada —respondió con una sinceridad a medias, sintiendo cómo las palabras le sabían a ceniza en la boca.

—De verdad que me alegro mucho de que estés aquí —repitió Daniel.

Audrey asintió.

Daniel se volvió hacia Trevor y le extendió la mano.

—Soy Daniel Westfield —se presentó.

Trevor le estrechó la mano con la fuerza justa para que el otro notara que podía triturarle los huesos si le daba la gana. Trevor era muy bueno en boxeo, llevaba varios años practicándolo con el resto de los «Alfa de Chicago».

—Trevor Hunter —respondió él con voz seria.

—Encantado.

—Igualmente.

—Trevor es… mi novio —dijo Audrey.

—Sí, me lo he imaginado —contestó Daniel.

Fue entonces cuando Daniel hizo un gesto hacia una mujer que estaba unos pasos por detrás, hablando animadamente con unos amigos.

—Eimear, ¿puedes acercarte?

La chica asintió y echó a andar hacia ellos.

—Ella es Eimear, mi prometida —dijo Daniel con evidente orgullo.

—Eimear, ellos son Audrey y Trevor —siguió hablando Daniel.

Su prometida era una serena belleza rubia con ojos amables de color azul.

El inicio de una sonrisa se congeló en sus labios al oír el nombre de Audrey. Sus pupilas se dilataron durante una fracción de segundo, justo el tiempo suficiente para escanear a Audrey de arriba abajo.

—Un placer conoceros —respondió Eimear con voz neutral.

Audrey sintió una punzada en el pecho al verlos juntos, aguda y familiar. Aunque había pasado un año y medio desde su ruptura, ver a Daniel felizmente comprometido removía emociones enterradas.

Pero antes de que pudiera articular una respuesta, Trevor deslizó su mano por su espalda, los dedos presionando levemente justo en el lugar donde el vestido dejaba al descubierto su piel, en un acto de apoyo silencioso. El movimiento se volvía más cómodo con la repetición.

Audrey le lanzó una mirada agradecida antes de volver a centrarse en la conversación ligera que estaba teniendo lugar.

—El placer es nuestro —dijo Trevor, con una sonrisa que solo Audrey sabía que era falsa.

—Escuchad, nos vamos a reunir todos en el restaurante de la playa para cenar a las nueve. ¿Os uniréis a nosotros? —preguntó Daniel, mirando a Audrey y a Trevor alternativamente.

Trevor miró a Audrey y alzó las cejas con una silenciosa pregunta. Ella sonrió.

—Nos encantaría —respondió.

—Solo darnos un poco de tiempo para terminar de instalarnos. Ya sabéis… —añadió Trevor.

La doble intención que puso en esas dos palabras hizo que el rostro de Daniel se nublara durante una fracción de segundo, antes de recuperar la compostura.

—Claro, claro —rio, demasiado fuerte—. Bueno, disfrutad del cóctel.

Cuando se alejaron, Eimear les lanzó una última mirada por encima del hombro como si estuvieran pintados en un cuadro que no terminaba de entender. Audrey sintió que todo el aire le abandonaba los pulmones.

Trevor había observado atentamente la interacción, notando la tensión en los músculos de Audrey y cómo sus ojos evitaban mirar directamente a Daniel durante demasiado tiempo.

Aunque intentaba ocultarlo bien, él podía percibir el dolor residual que aún latía bajo la superficie.

—Todavía te duele —murmuró Trevor. No era una pregunta.

Audrey no respondió. No podía.

—Está bien —continuó él, pasándole una copa de champán que había cogido de una bandera—. Pero recuerda una cosa.

—¿Qué? —preguntó ella, aceptando la copa con dedos temblorosos. El encuentro le había afectado más de lo que le hubiera gustado.

Trevor brindó. Sus ojos verdes atraparon la luz de las velas como metal pulido.

—Que ahora eres tú la que escribe el final que quieras.

CAPÍTULO 15

La brisa marina soplaba con suavidad en la terraza, llevando consigo el murmullo de las olas y el tintineo de las copas al chocar en brindis ocasionales.

Audrey y Trevor se habían retirado a un rincón más tranquilo de la terraza, donde una pérgola cubierta de enredaderas proporcionaba un refugio íntimo del bullicio del cóctel. Un rincón estratégico desde donde Audrey podía observar a Eimear.

La prometida de Daniel, *Eimear, con «e» de «encantadora»*, movía las manos al hablar.

Audrey tomó un sorbo de su champán, observando cómo las burbujas ascendían con gracia en la copa.

—¿Sabes? —comenzó, rompiendo el silencio cómodo que se había instalado entre ella y Trevor—. Ni siquiera puedo odiar a Eimear.

Trevor arqueó una ceja con curiosidad mientras giraba su copa entre los dedos.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

Audrey suspiró, dejando escapar una risa suave y resignada.

—Porque parece una buena chica —explicó, mirando hacia donde Daniel y Eimear conversaban animadamente con otros invitados—. No tiene pinta de ser una de esas mujeres odiosas que cae mal a todo el mundo.

Trevor sonrió, divertido por la sinceridad de Audrey.

—Eso debe ser frustrante —comentó.

—Un poco —admitió ella, encogiéndose de hombros—. Sería mucho más fácil si fuera… no sé, alguien que lleva calcetines con sandalias o algo así.

Trevor dejó escapar una pequeña carcajada.

—Sí, eso definitivamente ayudaría a alimentar un odio irracional hacia ella —dijo.

La luz dorada del atardecer se posaba sobre el vestido blanco de Eimear, resaltando su sonrisa cálida y ese aire de «hago galletas los domingos y rescato gatitos» que resultaba tan irritantemente auténtico.

—Mira cómo le ajusta el chal a esa señora. ¿Quién hace eso? Una santa o una psicópata, y apuesto a que es lo primero —dijo Audrey.

—Podría ser todo fachada —murmuró Trevor.

—No lo creo. —Audrey dejó escapar un suspiro.

Eimear eligió ese momento para mirar hacia ellos y, al reconocer a Audrey, le dedicó una sonrisa, seguida de un pequeño saludo con la mano. Audrey, atrapada entre la educación y las ganas de lanzarse por la barandilla, respondió con un gesto que podía pasar por amable si uno no miraba demasiado cerca.

—Odio esto —refunfuñó, ahogando su frustración en un trago de champán—. ¿No sería más fácil si fuera una esnob estirada que hablara ceceando y llamara «cariño» a los camareros?

—¿Quieres que averigüemos si tiene un lado oscuro? —dijo Trevor con mirada traviesa.

Audrey se giró hacia él con una expresión en el rostro entre sorprendida y curiosa.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Me tropezaré cuando pase a su lado y tiraré el contenido de mi copa directamente a su vestido.

Audrey lo miró, mitad horrorizada, mitad admirada.

—Eso es diabólico —comentó.

—No. —Trevor dio un sorbo de su copa con un gesto que no lograba esconder su satisfacción—. Diabólico sería decirle a Daniel que su corbata combina con el color de mis calzoncillos. Pero eso lo guardo para la cena.

La risa de Audrey estalló primero, clara y contagiosa, como el sonido de cristales chocando en un brindis.

Trevor se dejó llevar y soltó una carcajada ronca. Y de alguna manera, el mundo exterior se difuminó en ese momento, y por un instante quedó suspendido en el tiempo. Sus ojos se encontraron, atrapados en un silencio donde solo latía el eco compartido de su risa.

Fueron solo segundos, pero bastaron para que algo invisible se anudara entre ellos.

—Lo dices de broma, pero me tientas a decir que vale —dijo Audrey.

—No lo estoy diciendo de broma, si quieres que lo haga, solo tienes que decirlo.

—No, mejor no. Ese vestido tiene que costar una pequeña fortuna.

Trevor se encogió de hombros.

Audrey se quedó mirándolo y supo que tenerlo allí hacía toda la diferencia. No solo porque ayudaba a mantener las apariencias ante los demás, sino porque realmente sentía su presencia como un ancla firme en medio del torbellino emocional que aquella boda había desatado en su interior.

—Los camareros parece que se han olvidado de pasar por aquí, voy a ver si pillo alguna bandeja de canapés —dijo Trevor.

—Mira a ver si alguna tiene canapés de salmón ahumado —le advirtió Audrey.

Trevor asintió y echó a andar hacia las mesas con la seguridad que lo caracterizaba.

Audrey lo observó alejarse, sin poder apartar los ojos. No le extrañaba que algunas de las mujeres invitadas a la boda lo miraran como si fuera un pedazo de tarta de chocolate. A algunas solo les faltaba babear.

El teléfono de Audrey sonó con un WhatsApp. Lo sacó del pequeño bolso de mano y consultó la pantalla. Era Diane.

Diane: ¿Qué tal va la Operación Novio Falso? Cuéntame todo. ¿Mi hermano está siendo un prepotente insoportable, o solo está

mostrando su versión «ligeramente insufrible»?

Audrey sonrió al leer su pregunta, imaginando a Diane escribiéndolo con su característico tono curioso y divertido.

Audrey: Jajaja… Sorprendentemente, se está portando como un caballero. O al menos, la versión Trevor de caballero: pocas palabras, pero está pendiente de mí.

Diane: Ya le advertí que se comportara. Pobre de él como no lo haga. ¿Y no ha gruñido en algún momento?

Audrey: No.

Diane: ¿En serio?

Diane parecía extrañada, pero no hizo ningún comentario.

Audrey: En serio, está haciendo un papelón. Debería considerar una carrera como actor en Hollywood.

Diane: Me alegra oír eso. Sabía que sería perfecto para el papel.

Audrey: Sí, definitivamente tiene talento para esto. Aunque creo que le gusta demasiado la parte en la que hace alarde de su poder.

Diane: ¡Eso suena a Trevor! Siempre motivado por su prepotencia. Ya sabes que, si hubiera sido rey, le hubieran llamado Trevor, el Prepotente.

Audrey se echó a reír.

Diane: ¿Y ya viste a *the Ghost* y a su prometida?

Los dedos de Audrey volaron por el teclado del teléfono.

Audrey: Sí... El encuentro ha sido un poco incómodo, pero tu hermano está siempre preparado para ayudarme a salir del atolladero. Daniel está igual, pero Eimear (SÍ, CON «E» de «ENCANTADORA») es... increíblemente sencilla. Amable, sonriente, le ajustó el chal a una anciana. ¿CÓMO ODIO ESO?

Diane: Entonces, ¿no es una bruja?

Audrey: No.

Diane: Qué decepción. Esperaba una diva insufrible para poder odiarla en grupo.

Audrey: Y yo.

Diane: Entiendo cómo te sientes respecto a ella… A veces todo es más fácil cuando hay alguien a quien odiar o detestar.

Audrey: Exactamente. Pero estoy bien (o todo lo bien que se puede estar dadas las circunstancias en las que me encuentro). Tener a Trevor aquí ayuda mucho.

Diane: Me alegra mucho saberlo.

Audrey: La verdad es que tu idea fue brillante.

Diane: Y eso que tú no confiabas en mí. Mujer de poca fe.

Audrey: Jajaja. Eres la mejor cuñada falsa que podría tener.

Diane: Y tú eres la mejor novia falsa que podría tener mi hermano. Cuídate mucho, disfruta del resto del viaje, y ¡mantenme informada!

Audrey: Ok. Gracias. Besos.

Diane: Besos.

CAPÍTULO 16

Trevor regresó al rincón junto a Audrey, equilibrando hábilmente en una mano una bandeja de canapés cuidadosamente seleccionados.

Había cumplido su promesa de traerle a Audrey algunos de salmón ahumado, como ella le había pedido, y los había apilado en un extremo.

—Tu pedido especial —anunció con una sonrisa mientras le ofrecía la bandeja.

Audrey sonrió agradecida, tomando uno de los canapés y disfrutando del sabor delicado del salmón combinado con el toque cremoso del queso.

—Mmmm… Gracias.

Mientras comían, Audrey notó que Megan, la mujer que se habían encontrado en el vestíbulo al llegar al resort, no dejaba de mirarlos desde el otro lado de la terraza. Sus ojos parecían escrutar cada uno de sus movimientos con una curiosidad que no se molestaba en disimular.

—Creo que tenemos una espectadora —comentó Audrey en voz baja, fingiendo ajustarse un pendiente mientras señalaba con la mirada a la susodicha.

Trevor siguió su mirada y asintió al ver a Megan observándolos con interés.

—No nos quita ojo —comentó.

Megan los espiaba desde una de las barras con la intensidad de una detective en una película mala.

—Apuesto a que ya está escribiendo mentalmente su informe para el resto de los invitados. Es una cotilla de primera —comentó Audrey.

—¿Crees que sospecha algo? —dijo Trevor en un tono pensativo, antes de que una chispa traviesa iluminara sus ojos.

—No lo sé. Nadie había oído hablar de ti y supongo que eso levanta recelos, sobre todo en personas como Megan —dijo Audrey.

—¿Quieres que le demos algo de qué hablar?

Trevor volvió a mirar a Megan, antes de girar el rostro hacia Audrey con una sonrisa que solo ella supo identificar como peligrosa.

Audrey arqueó una ceja, intrigada.

—¿Qué tienes en mente?

Con una sonrisa cómplice, Trevor tomó uno de los canapés de la bandeja, que había dejado apoyada en la mesita alta que tenían al lado, y lo levantó hacia ella.

—Abre la boca —ordenó. Su voz era un susurro ronco que solo Audrey pudo escuchar.

Audrey hizo lo que Trevor le pidió. De manera automática, sin pensarlo.

De repente, el mundo se redujo a ese instante. Los dedos de Trevor rozando su labio inferior, el contraste entre la suavidad de sus yemas y el calor de su aliento. La manera en la que su pulgar se detuvo un segundo más de lo necesario, como si memorizara la textura de su piel.

Audrey recordó que tenía que dar un mordisco, no podía quedarse ahí como una boba.

Mordió delicadamente el canapé, sintiendo el crujido del pan, mientras mantenía la mirada fija en Trevor. Observó cómo sus pupilas se dilataban, formando un anillo de color verde menta alrededor de ellas.

Megan, desde su puesto de vigilancia, alzó las cejas, antes de girarse hacia el grupo de personas que la acompañaba, sin duda para difundir la noticia.

Pero Audrey ya no podía pensar en Megan.

Porque Trevor, el hombre que nunca se excedía en un gesto, estaba retirando los dedos con una lentitud deliberada, con los ojos fijos en los suyos como si acabaran de compartir un secreto.

Audrey sintió el peso de su mirada, la electricidad de ese roce que había durado un segundo y a la vez, una eternidad.

—Gracias…, cariño —dijo.

Trevor asintió. Simplemente.

Y se quedó pensando en ese algo inesperado que había experimentado al notar la suavidad de los labios de Audrey contra sus dedos.

La noche había caído con suavidad sobre la costa de California, haciendo que las luces colgantes brillaran como luciérnagas suspendidas en el aire.

El sonido de las olas del mar se mezclaba con las notas musicales de un cuarteto de cuerdas que intentaba (sin éxito) cubrir el sonido de las conversaciones que había en las mesas del restaurante en el que se estaba celebrando la cena.

Audrey empujaba su ensalada de pasta y marisco con el tenedor, observando de vez en cuando el cuarteto de cuerda. Los arcos moviéndose al unísono como si estuvieran pintando el aire con notas musicales, y sentía cómo el vino le subía por la garganta, dejándole un sabor amargo.

Cada acorde era un recordatorio.

Daniel nunca había mencionado cuartetos en las conversaciones sobre el futuro de su boda, solo vagas promesas de «algo íntimo, sin pretensiones». Pero ahí estaban los violines, el champán importado, y las velas que olían a jazmín.

¿Habría sido igual con ella, o habría escatimado en gastos? La duda le roía por dentro.

No debería pensar en ello, ni siquiera plantearse la pregunta.

No debería importarle, pero era imposible no calcular mentalmente el precio de cada detalle, y preguntarse si su amor había valido menos que aquel espectáculo.

El vestido blanco de Eimear brillaba bajo las luces como si estuviera hecho de perlas, y Audrey se sorprendió imaginando su propio rostro en su lugar, su mano en el brazo de Daniel, su risa mientras brindaban por una vida feliz juntos.

«Podría ser yo», pensó, y justo entonces el violonchelo emitió una nota grave que retumbó en su pecho.

Las comparaciones eran odiosas, pero inevitables cuando el pasado se cobraba la cuenta en forma de orquesta en vivo y copas de cristal tallado.

Era absurdo, sí. Pero los fantasmas nunca piden permiso para aparecer, especialmente cuando suenan a Vivaldi y huelen a canapés de caviar.

Trevor, frente a ella en mesa, se le quedó mirando unos instantes. Parecía estar escuchando el crujido de su corazón.

Observó el modo en que los dedos de Audrey se aferraban con demasiada fuerza a la copa de vino, cómo su sonrisa se tensaba cada vez que Daniel besaba a Eimear, cómo sus ojos (esos ojos que brillaban como el mar al atardecer), perdían su chispa cuando miraban a su ex.

Una ira fría le recorrió el cuerpo. ¿Es que Audrey no se daba cuenta de que ese tío era un idiota?

Daniel no merecía ni un segundo de su atención, ni un suspiro, ni mucho menos ese dolor sordo que Trevor veía asomar en su mirada.

Era injusto. Injusto que alguien como ella, con su ingenio y su corazón rebelde, siguiera permitiendo que un imbécil ostentoso con sonrisa de anuncio la hiciera dudar de su propia valía.

El amor propio debería ser obligatorio.

Y lo peor de todo era que Trevor no podía hacer nada, excepto quedarse a su lado, fingiendo ser su perfecto novio falso.

Las parejas empezaron a abandonar las mesas para salir a bailar a la pista.

Audrey y Trevor estaban terminando de cenar, cuando notaron que varias miradas se dirigían hacia ellos con alguna clase de expectativa.

Audrey levantó una ceja, divertida, pero también un poco nerviosa.

—Parece que esperan un espectáculo —murmuró Trevor, dirigiendo su mirada hacia Daniel, que no había apartado los ojos de ellos en los últimos diez minutos.

—Creo que esperan que hagamos algo más que comer —dijo Audrey en voz baja.

—¿No vais a bailar, tortolitos? —les preguntó Megan, mientras se levantaba de la silla—. No podemos dejar solos a los novios en mitad de la pista.

A Audrey le dieron ganas de estrangularla. ¿Es que no se podía quedar callada?

Miró a Trevor por debajo de la línea de pestañas.

—No tenemos que bailar si no queremos —susurró, aunque sus dedos estaban cerrados alrededor de la servilleta.

Trevor dejó escapar un suspiro que parecía cargar con los pecados del mundo, se levantó, y le ofreció a Audrey la mano con un gesto galante.

—Vamos —dijo—. Si no lo hacemos, me temo que Megan va a subir un *reel* a Instagram sobre nuestra «relación en crisis» antes del postre. No vamos a decepcionarla, ¿no? —Miró a Audrey con esa mezcla de picardía y encanto que parecía ser su sello personal.

Audrey aceptó su mano, sintiendo al contacto un cosquilleo familiar recorrerle el brazo.

Se dirigieron juntos a la pista de baile improvisada delante de las mesas, donde ya algunas parejas se movían al ritmo de la música y otras giraban con la torpeza elegante de quienes llevaban demasiadas copas.

Trevor la guio hacia el centro. Su mano descansaba en su cintura con una presión que era a la vez firme y cautelosa, como si temiera que Audrey fuera a desintegrarse entre sus brazos.

—Mis habilidades para bailar no son tan buenas como me gustaría —bromeó ella mientras comenzaban a moverse al compás de la melodía.

Trevor se acercó lo suficiente para que su aliento cálido rozara la oreja de Audrey.

—Me conformaré solo con que no me pises —susurró con voz ronca, provocando una risilla en ella.

—No prometo nada —replicó Audrey, al tiempo que su palma sudorosa se aferraba a la de Trevor—. Hace años que no bailo.

—Se nota.

Pero en lugar de soltarla, Trevor la atrajo unos centímetros más cerca, hasta que el perfume de Audrey, de verbena y algo más dulce, se mezcló con el suyo.

El arco del violín se deslizó en una melodía lenta, y de pronto, sus cuerpos se movían al unísono, como si hubieran practicado ese baile en otra vida.

Mientras giraban lentamente bajo las estrellas, Audrey era consciente de cada punto de contacto entre ellos: la presión ligera pero segura de la mano de Trevor en su cintura, sus palmas ligeramente sudorosas entrelazadas y el latido constante del corazón de él contra su pecho.

Quizá fueran imaginaciones suyas, pero había algo intensamente íntimo en ese momento compartido. Algo que parecía ir más allá del papel que estaban interpretando.

—Siento mucho que tengas que hacer todo esto —dijo Audrey.

—No lo estoy pasando mal, Audrey —contestó Trevor, mirándola directamente a los ojos.

Qué bonito sonaba su nombre en su voz, pensó ella.

—Me alegro de que, al menos, no esté siendo una tortura.

Los labios de Trevor se curvaron en una pequeña sonrisa.

—Te aseguro que no lo está siendo —aseveró.

Trevor se reconoció a sí mismo que no le gustaba ver a Audrey mal. Era una buena tía. Una persona que tenía corazón, un corazón grande. Una persona de esas que no abundaban. No se merecía

seguir sufriendo por alguien que había pasado página y que había rehecho su vida sin mirar atrás.

La música siguió sonando y sin darse cuenta, Audrey y Trevor siguieron bailando.

Daniel, desde su mesa, observaba la escena con los dedos alrededor de la copa de champán. Trevor, con su elegancia felina, guiando a Audrey como si conociera cada curva de su cuerpo.

—Creo que acabo de arruinarle la cena a tu ex —murmuró Trevor, girándola con una precisión que no dio lugar a tropezones y que arrancó una sonrisa a Audrey—. Mira su cara. Parece que le han servido zumo de limón en vez de champán.

Audrey lo miró por el rabillo del ojo y sintió una mezcla extraña de satisfacción y nostalgia.

Por alguna razón, Daniel estaba vigilándolos; podía sentir su mirada fija incluso cuando no lo veía directamente.

—Supongo que en el fondo le fastidia que yo haya podido seguir adelante —comentó—. Siempre fue de los que ni comen ni dejan comer. Él no quiere estar conmigo, pero, al parecer, tampoco quiere que otros lo estén.

Audrey no pudo evitar reír, y cuando alzó la vista, Trevor se encontró con esos ojos azules como el mar que brillaban con una satisfacción casi infantil.

Le gustaba hacerla reír.

—¿Y si le damos el espectáculo que quiere? —propuso Trevor, bajando la voz hasta convertirla en un rumor privado entre los dos.

—¿Qué…?

Antes de que Audrey pudiera terminar la pregunta, la mano de Trevor, que estaba colocada en su cintura, la giró bruscamente, haciendo que su espalda se pegara a su pecho.

El aliento de Trevor quemó su nuca cuando se inclinó, sus labios rozando la piel detrás de su oreja en un roce que pudo ser accidental.

—Así —susurró, y Audrey sintió de forma inesperada cómo todo su cuerpo respondía a ese contacto, a esa voz que ahora vibraba

contra su piel.

¿De dónde coño había salido Trevor Hunter?

—Ahora él sabe dos cosas —dijo Trevor con voz susurrante—: que bailas mejor de lo que recordaba, y que yo soy el que te lleva a la cama esta noche… metafóricamente hablando, claro.

«¡Joder!»

Audrey tuvo que tragar saliva.

Volvió a preguntarse de dónde coño había salido Trevor Hunter.

CAPÍTULO 17

La habitación del hotel estaba iluminada por una luz suave y cálida, que emitían un par de lámparas situadas en los rincones.

Audrey se quedó plantada en medio de la estancia, con su pijama de seda, como si se tratara de una armadura.

Había elegido lo más discreto que tenía: un conjunto de pantalón y camiseta blanco con un estampado de grandes flores azul marino. Nada sexy. Nada sugerente. Nada que pudiera malinterpretarse. Pero bonito, tampoco quería parecer una pordiosera sin gusto delante de Trevor.

Trevor, por su parte, había desaparecido en el baño con un mutismo sospechoso. Audrey oyó el ruido del grifo, el roce de una toalla, y luego... silencio. Demasiado silencio.

—¿Todo bien ahí dentro? —preguntó, golpeando la puerta con los nudillos.

La puerta se abrió de golpe, revelando a Trevor con...

«Dios mío.»

Audrey tragó saliva.

Trevor llevaba solo el pantalón del pijama. Era de un algodón negro fino y le caía por las caderas dejando ver los músculos oblicuos.

Su torso, bronceado y definido, brillaba bajo la luz tenue de la habitación, con esas líneas musculares que solo conseguían los que levantaban algo más pesado que las bolsas de la compra.

Una gota de agua se deslizaba desde su clavícula hasta el abdomen, y Audrey tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no seguirle el rastro con los ojos.

—Hace calor —dijo él, como si eso explicara por qué había decidido convertir la habitación en un set de Top Gun —respondió—.

Necesitaba refrescarme un poco.

—Sí, hace calor. Mucho. Demasiado —farfulló Audrey, apartando la mirada hacia la cama, como si de pronto le interesara mucho el estampado de los cojines.

—Bueno —comenzó Trevor, cruzando los brazos con una mezcla de determinación y nerviosismo—, hemos descartado el suelo y el sofá de Barbie para dormir. Así que… ¿alguna idea brillante?

—He pensado que podríamos... hacer una barrera. Con almohadas. Para separar cada una de las partes de la cama —dijo Audrey.

Trevor arqueó una ceja, mirando la hilera de almohadas que Audrey estaba apilando en el centro del colchón. Parecía la frontera entre dos países en guerra, una especie de trinchera.

—Eso no va a funcionar —dijo, avanzando hacia la cama. Su voz era tranquila, pero Audrey notó cómo sus músculos abdominales se tensaban al moverse.

Santa mierda. ¡Santa, santa mierda! ¿Por qué demonios tenía que ser tan consciente de sus músculos abdominales?

—Claro que funcionará —insistió, subiéndose a la cama por el lado izquierdo, el que daba a las puertas del balcón privado que tenía la habitación—. Tú en tu lado, yo en el mío.

Trevor se detuvo al borde de la cama, estudiando la situación con la misma intensidad que un campo de batalla.

—Eres muy inquieta cuando duermes —señaló.

Audrey arqueó una ceja.

—¿Y tú lo sabes porque...? —dijo, ligeramente a la defensiva.

—Porque te he visto dormir en el avión —respondió Trevor.

Audrey se sonrojó. Aquella respuesta no se la esperaba. Y cuando se acordó de que le había babeado la americana, se puso más colorada todavía.

«Mierda.»

—Bueno, quizá tú roncas —dijo.

—No ronco —negó Trevor.

—¿Cómo puedes afirmarlo?

—Porque tengo testigos que dan fe de ello.

Joder, esa respuesta tampoco se la esperaba. Trevor se refería a la probable colección de mujeres que asiduamente pasarían por su cama. Las mejillas le ardían como si fueran fuego.

—Vale, trataré de no moverme mucho —dijo Audrey.

Trevor se metió en la cama con un suspiro, evitando cuidadosamente rozarla. *La Gran Muralla de Almohadas* se estremeció ante su peso, pero aguantó. De momento.

—Acabemos con esto cuanto antes: apaga la luz —ordenó, acomodándose boca arriba, con los brazos cruzados sobre el pecho como un vampiro en su ataúd.

Audrey estiró el brazo para apagar la lámpara, sumiendo la habitación en una oscuridad solo rota por la luz de la luna que se filtraba entre las cortinas.

Se acomodó de lado, de espaldas a él, abrazando una almohada como si fuera un salvavidas.

El silencio era espeso, cargado de las palabras que no pronunciaban.

Audrey podía sentir el calor de Trevor a solo centímetros de distancia, ese calor que olía a jabón de menta y a algo más profundo, más masculino.

Se mordió el labio, preguntándose si él también estaría contando los latidos de su corazón, que parecían tambores de guerra.

¿Qué demonios le pasaba?

Trevor Hunter siempre había sido el hermano prepotente de Diane. Nada más.

—Audrey… —susurró él de pronto, en la oscuridad.

—¿Sí?

—Lo estás haciendo muy bien —dijo Trevor sinceramente—. Te confieso que, al principio, todo esto me pareció una tontería, pero ahora entiendo que no quisieras venir sola a la boda. Tu ex, su prometida, Megan…

Audrey sonrió, agradecida por su apoyo.

—Tú también lo estás haciendo muy bien —repuso—. Creo que Diane tenía razón. Eres el novio falso perfecto.

Trevor colocó las manos detrás de la cabeza.

—Gracias. Diane me mataría si no pusiera todo de mi parte —bromeó.

Audrey dejó escapar una risilla.

El silencio volvió a instalarse en la habitación.

Transcurrió un rato.

Cada movimiento de sábanas, cada respiración, se amplificaba.

Audrey intentó no pensar en lo cerca que estaba de Trevor, en el calor que irradiaba su cuerpo.

—Audrey… —Trevor volvió a decir su nombre.

—¿Sí? —repitió ella.

—Te estás acercando.

Audrey abrió los ojos de golpe.

Era cierto.

Sin darse cuenta, había derribado dos almohadas y su espalda estaba a solo unos centímetros del brazo de Trevor.

—Perdón —murmuró, retirándose como si hubiera tocado una estufa caliente—. Es que... las almohadas son un poco inestables.

Trevor no respondió, pero en la penumbra, Audrey escuchó el leve sonido de una sonrisa.

Audrey, acostada boca arriba como una momia egipcia, contemplaba el techo mientras contaba ovejas mentalmente.

«Ochocientas veintitrés... ochocientas veinticuatro...»

No conseguía quedarse dormida.

Era difícil apaciguar los nervios, la ansiedad. Tenía demasiados acontecimientos que digerir.

A su lado, Trevor respiraba con una calma lenta, regular. Perfecta.

Audrey se giró un poco para mirarlo. Levantó la cabeza para sortear la altura de las almohadas y poder observarlo mejor.

La luna se filtraba entre las cortinas, dibujando líneas plateadas sobre su torso desnudo.

«Así que así eres cuando nadie te ve», pensó en silencio.

Sin trajes ni corbatas, sin esa mirada fría que hacía temblar a los testigos en el juzgado. Solo Trevor.

Las pestañas medio rubias proyectaban sombras sobre sus pómulos.

«¿Con qué estará soñando? —se preguntó Audrey—. ¿Con juicios? ¿Con leyes y decretos? ¿Con Diane arrojándola a un volcán por meterle en este lío?»

Un mechón de pelo le caía sobre la frente, dándole un aire juvenil que contrastaba con la mandíbula fuerte, apenas cubierta por una sombra de barba.

Sin saber por qué, Audrey sintió el impulso irracional de apartárselo con los dedos. Pero no se atrevió y se estuvo con las manos quietas.

En vez de eso, se limitó a estudiar los detalles, como si fuera un cuadro de Picasso.

Tenía una cicatriz apenas visible sobre el hombro derecho. ¿Sería de alguna pelea en la universidad?

También tenía en su muñeca izquierda un discreto tatuaje; algo en latín que nunca se había molestado en descifrar.

Pasó los ojos por sus manos de dedos largos y elegantes. Siempre tan controladas durante el día, en ese momento reposaban abiertas sobre la sábana, relajadas, casi vulnerables.

—Quizá no seas tan insoportable como aparentas —susurró Audrey, mordisqueando su labio inferior—. Quizás solo estés interpretando un papel, igual que yo. Quizás solo lo haces para defenderte.

Audrey recordó la conversación que había tenido con Diane, entre copas de vino, sobre Trevor y su complicada relación con su padre.

Diane le dijo que era un tema que Trevor nunca había mencionado directamente, pero tampoco era necesario. Se veía a legua.

Detrás de su fachada segura y prepotente había una historia de heridas y cicatrices profundas.

Diane le había revelado que Trevor apenas hablaba con su padre, y cuando lo hacía, las conversaciones solían terminar en broncas tan gordas que hacían temblar las paredes y el edificio entero.

La raíz del conflicto se remontaba a años atrás, cuando el padre de Trevor decidió enviarlo a un internado en Suiza sin previo aviso, como si fuera un paquete incómodo del que deshacerse, como había hecho con sus hermanos, como había hecho después también con Diane.

—Fue su manera de deshacerse de nosotros —le confesó Diane a Audrey—. Trevor pasó años esperando cartas, llamadas, cualquier señal de que éramos algo más que un error en su agenda. Pero solo llegaban cheques y excusas.

Para Trevor, esa decisión fue una traición imperdonable; sentía que su padre los había abandonado emocionalmente, tratándolos más como obligaciones que como hijos.

Además, Trevor nunca había aprobado el estilo de vida errático y disoluto de su padre: casándose una y otra vez y teniendo hijos como quien tiene mascotas.

Audrey reflexionó sobre cómo esas experiencias habían moldeado al hombre que ahora conocía. Entendió por qué Trevor llevaba el mundo a distancia.

Él no creía en el amor porque su padre nunca le había querido ni le había cuidado.

Trevor se movió ligeramente, murmurando algo ininteligible. Audrey contuvo la respiración, pero él solo se acomodó, girándose hacia ella. Por suerte, estaban las almohadas en medio.

CAPÍTULO 18

La luna había recorrido medio cielo cuando el desastre ocurrió.

Audrey soñaba que escalaba una montaña de algodón de azúcar; dulce, tibia y suave, hasta que un repentino vacío la hizo rodar cuesta abajo con un grito ahogado.

Había derribado tres almohadas de un codazo y se había encontrado de bruces contra algo sólido, cálido y que olía a bosque después de la lluvia. Algo que, tras unos segundos de confusión, resultó ser el torso desnudo de Trevor.

—¿Estás intentando estrangularme? —Su voz grave y profunda vibró bajo su mejilla.

Audrey levantó la cabeza con dignidad (si ignorabas el mechón de pelo pegado a la boca), y descubrió que la palma de su mano derecha estaba apoyada en el pectoral izquierdo de Trevor, que su rodilla se había instalado entre sus muslos como si tuviera derechos de propiedad, y que él no la había empujado. Todavía.

—Ha sido por culpa de las almohadas —farfulló, sin apartarse.

El corazón de Trevor latía rápido bajo su palma. ¿Sería por el susto?

—Claro. Han sido las almohadas. —Él no movió un músculo, pero Audrey se dio cuenta de que su respiración se había vuelto irregular —. Audrey, ¿tienes pensado soltarme o necesitas un notario para hacerlo?

Ella retiró la mano como si la hubiera electrocutado, pero al hacerlo, el elástico de su camiseta se enganchó en el reloj de Trevor.

—Espera, no te muev…

Demasiado tarde. La tela cedió con un *rip* sonoro, revelando demasiado escote. Tanto reveló, que se le vieron los pechos.

Trevor desvió la mirada hacia el techo rápidamente.

—¡No mires! —Audrey se cubrió con los brazos, derribando otra almohada.

—No estoy mirando —dijo Trevor.

—¡Mira mejor hacia otro lado!

Trevor giró la cabeza...

Justo cuando ella intentaba recolocarse, su rodilla se deslizó hacia arriba.

—¡Joder, Audrey! —Trevor se incorporó de golpe, atrapándole los tobillos con firmeza.

Audrey abrió los ojos de par en par.

—Lo siento —dijo.

—Si quieres que esta noche sobreviva, deja de moverte Como-Si-Fueras-Un-Puto-Tornado.

Audrey se quedó petrificada.

—¿Estás diciendo que soy un desastre?

—Estoy diciendo que eres un peligro para la integridad física ajena —replicó Trevor. Pero no soltó sus piernas.

Sus ojos se encontraron en la penumbra.

Audrey notó que los dedos de Trevor se cerraban con suavidad alrededor de su tobillo, como si midieran su pulso.

—La muralla ha sido un error —admitió él por fin, con voz ronca.

—¿Qué propones? ¿Ataduras? —dijo Audrey.

—Alambre de espino —atajó Trevor.

Audrey lo fulminó con la mirada.

Sin decir ni una palabra más, se dio media vuelta, dando la espalda a Trevor, y cerró los ojos, tratando de olvidar lo que había pasado y que había descubierto que Trevor no usaba calzoncillos para dormir debajo del pijama.

La brisa marina movía suavemente las cortinas, haciendo que se balancearan hacia adelante y hacia atrás.

La primera luz del alba se filtraba por la ventana, tiñendo la habitación de un tono dorado que hacía parecer todo más suave, más íntimo.

Audrey fue la primera en abrir los ojos, parpadeando lentamente mientras su mente aún adormilada intentaba procesar dónde estaba.

Se dio cuenta de que algo no encajaba.

Fue entonces cuando advirtió que algo cálido y firme estaba presionando contra ella.

Con una mezcla de sorpresa y curiosidad, bajó la mirada para descubrir que sus piernas estaban enredadas con las de Trevor, como si fueran hiedra trepadora aferrándose a un muro.

Su mano izquierda estaba apoyada contra los músculos de su abdomen y el brazo de Trevor descansaba sobre su cintura.

¡Dios Santo!

Audrey contuvo la respiración.

El pánico la invadió.

«No. No puede ser.»

Pero lo era.

Y lo peor de todo era que no le desagradaba.

Sus rostros estaban tan cerca que podía sentir el ritmo pausado de su respiración contra su piel.

El muro de almohadas se había caído durante la noche, dejando solo el espacio suficiente para que sus cuerpos quedaran peligrosamente próximos.

Con un movimiento calculado (y fallido), Audrey intentó retirar su mano del abdomen de Trevor, pero sus dedos parecían tener voluntad propia y, en lugar de eso, le arañaron ligeramente la piel al deslizarse.

Trevor arrugó la nariz al contacto, y comenzó a despertarse, moviéndose ligeramente antes de abrir los ojos y encontrarse con la mirada sorprendida y azul de Audrey demasiado cerca, demasiado intensa.

Durante un instante eterno, ninguno de los dos supo qué decir o qué hacer; simplemente permanecieron ahí, atrapados en una burbuja donde el mundo exterior parecía no existir.

Trevor, por su parte, daba la sensación de estar enfrentando su propia batalla. Sus músculos, antes relajados, se tensaron bajo el contacto de Audrey, pero no se apartó. Como si, a pesar de la incomodidad, hubiera algo en ese momento que lo mantenía pegado a ella, incapaz de romper el hechizo.

Un silencio algo incómodo cayó entre ellos.

Audrey seguía con las piernas enredadas entre las de Trevor, sus labios a solo unos centímetros de los suyos y, atravesando su mente, el pensamiento de cerrar esa distancia y…

Trevor carraspeó y el sonido hizo que Audrey reaccionara.

Ambos se movieron torpemente para separarse, desenredando el nudo de las piernas. Cada uno siendo consciente del vacío repentino dejado por la ausencia del otro.

La incomodidad inicial dio paso a una sensación más desconcertante.

Mientras se sentaban en el borde de la cama, compartiendo sonrisas tímidas y miradas de reojo, Audrey no pudo evitar reflexionar sobre lo natural que sentía estar tan cerca de Trevor.

Trevor se pasó la mano por el pelo.

—Voy a ducharme —dijo con una voz áspera por el sueño. Ni siquiera se dieron los «Buenos días».

Se levantó, estirándose con una naturalidad que no correspondía a la tensión que aún vibraba en el aire.

—Vale —murmuró Audrey.

Lo vio alejarse hacia el baño, demasiado consciente de cómo la luz de la mañana resaltaba cada línea de su espalda desnuda.

Cuando la puerta se cerró, dejó escapar un gemido ahogado y se enterró bajo las sábanas. ¿Por qué, de repente, era tan consciente de Trevor?, ¿de su presencia?

¿Por qué su voz grave y somnolienta le había provocado un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío del aire

acondicionado?

CAPÍTULO 19

La ducha había sido un bálsamo para Audrey, el agua caliente se había llevado consigo las tensiones del día anterior y la había dejado renovada.

Se envolvió en el esponjoso albornoz y salió del baño. El vapor con olor a jazmín y menta se disipó lentamente por la habitación.

Se estaba secando el pelo con la toalla, distraída, hasta que una voz cortante proveniente del balcón privado la detuvo en seco.

Trevor.

Estaba ahí, su silueta recortada contra la luz matutina mientras gesticulaba con frustración.

Tenía el teléfono pegado a la oreja y su expresión era una mezcla de enfado y dolor.

Aunque Audrey no pretendía escuchar, las puertas del balcón estaban entreabiertas, y las palabras de Trevor flotaban en el aire como fragmentos de un rompecabezas.

No era el tono de voz que ella conocía (ese timbre controlado, pulido para los tribunales). Era algo más profundo, más áspero, como lava bajo una capa delgada de hielo.

—No es un problema de disciplina, es un problema tuyo. Siempre ha sido lo mismo. ¡No puedes seguir metiendo a todos tus hijos en internados como si fueran equipaje del que deshacerte! —exclamó Trevor, su voz cargada de una intensidad que Audrey nunca había visto.

—…

—¿Te sorprende que el pequeño se rebele? ¡Tiene once años y ya lleva demasiado tiempo sintiéndose abandonado!

El silencio que siguió fue tan espeso que Audrey pudo imaginar quién estaba al otro lado de la línea: un hombre frío, calculador,

incapaz de entender el dolor que sembraba.

—Once años, Raymond. ¿En serio crees que enviarlo a Zúrich va a arreglar algo? ¿Es que no te parece que está suficientemente lejos en Indiana?

Audrey sintió un nudo formarse en su estómago mientras escuchaba.

La conversación era un vistazo crudo de la vida familiar de Trevor. Una ventana a las heridas que aún sangraban bajo la superficie de su carácter aparentemente prepotente y seguro.

—Claro que se porta mal. Está solo. Como lo estuve yo. Como lo estuvo Diane. Como lo hemos estado todos tus hijos —le reprochó Trevor a su padre.

Audrey no quería escuchar. No debía. Pero sus pies parecían clavados al suelo.

—¿Dinero? ¿En serio crees que necesitaba tu dinero? Lo que necesitaba era que contestaras una maldita llamada de teléfono cuando tenía diez años.

Audrey cerró los ojos. Diane le había hablado de esto. Del internado suizo, de las cartas sin respuesta, de las promesas que su padre hacía, pero que nunca cumplía. Sin embargo, oírlo en la voz de Trevor era distinto. Era como presenciar una herida que nunca cicatrizaba.

—¿Y qué hay de nosotros? —continuó Trevor. Su voz ahora teñida de amargura—. Nos trataste igual que a él. Como si fuéramos objetos que podías dejar a un lado sin mirar atrás.

Audrey retrocedió un paso, queriendo darle espacio. Pero sentía una extraña necesidad de estar cerca por si Trevor necesitaba apoyo.

Un portazo la sobresaltó.

Trevor había terminado la llamada de forma abrupta, los nudillos blancos alrededor del teléfono.

Cuando se giró hacia la habitación, sus ojos, verdes como el cristal de una botella, chocaron con los de ella.

Audrey no supo qué decir.

—Yo no…

Los ojos de Trevor reflejaban una tormenta interna que aún no se había calmado del todo. Pero al verla allí, con el cabello húmedo cayendo libremente sobre sus hombros y una expresión de preocupación, algo en él pareció relajarse ligeramente.

—Lo siento —murmuró con voz ronca, pasándose una mano por el pelo desordenado—. No quería que escucharas eso.

Audrey negó con la cabeza, ofreciéndole una sonrisa llena de comprensión.

—No tienes que disculparte —respondió sinceramente—. Todos tenemos nuestras batallas.

Trevor asintió lentamente antes de volver a mirar hacia afuera; en aquella ocasión con menos dureza en sus rasgos faciales.

Respiró hondo, y por un instante, Audrey vio al niño que había sido: abandonado, herido, furioso.

Pero Audrey no era como su padre. No iba a fingir que no había visto nada. No iba a mirar para otro lado.

Cruzó la habitación despacio, hasta detenerse a su lado. El aire olía a sal marina y a hierba fresca. Las olas del mar se escuchaban a pocos metros.

—¿Cómo se llama? —preguntó con suavidad.

Trevor parpadeó.

—¿Quién? —Su voz era áspera, como si las silabas le rasparan la garganta.

—Tu hermano pequeño —dijo Audrey.

Una pausa.

La brisa jugueteó con un mechón rebelde del pelo de Trevor.

—Lucas —respondió al fin, y en esa palabra, Audrey escuchó todo lo que no decía: escuchó la rabia, escuchó la culpa, escuchó el miedo de que se repitiera la historia.

No lo abrazó.

No le dio palmaditas en el hombro.

Estaba segura de que Trevor no lo admitiría.

Solo se quedó ahí, en silencio, mientras el sol de California los bañaba a los dos.

El sonido de unos nudillos golpeando la puerta resonó en la habitación, interrumpiendo el silencio que se había instalado tras la pelea que Trevor había tenido con su padre.

Audrey, aún envuelta en el albornoz y con el pelo húmedo cayendo en suaves ondas sobre los hombros, se dirigió a abrir.

Al otro lado, Megan esperaba con una sonrisa que parecía demasiado brillante para ser tan temprano y un vestidito rosa que parecía tener la misión de resaltar cada uno de sus atributos.

—¡Buenos días! —exclamó, con un entusiasmo que solo podía ser alimentado por una curiosidad insaciable.

Sus ojos recorrieron rápidamente a Audrey, tomando nota del albornoz y el cabello mojado.

—Solo me paso para avisaros de que todos los invitados van a bajar a desayunar juntos.

Audrey sonrió cortésmente, aunque no pudo evitar notar el brillo inquisitivo en los ojos de Megan.

—Gracias por avisarnos —respondió, manteniendo su tono ligero y despreocupado.

Megan estiró un poco el cuello y lanzó un vistazo al interior de la habitación por encima del hombro de Audrey.

—¿Está todo bien? —Su mirada escudriñó más allá de ella, buscando a Trevor como un halcón a su presa—. Se han oído… voces.

Audrey apretó los dientes.

«Claro que las oíste, y seguro que rezaste para que fuera nuestra ruptura.»

—Sí, todo está bien —aseguró Audrey, aunque por dentro no pudo evitar pensar que Megan probablemente estaría encantada si las cosas no estuvieran tan bien entre ella y Trevor (si su relación

fuera real). Era evidente que se comía a Trevor con los ojos cada vez que tenía oportunidad. Su interés por él era palpable.

Audrey esbozó una sonrisa de ángel y bloqueó con el cuerpo cualquier vista al interior de la habitación que Megan tuviera pensado hacer. De ella se podía esperar cualquier cosa.

—Solo una discusión sobre qué lado de la cama es más cómodo. Perdió él.

Megan parpadeó, algo desconcertada por la respuesta.

—Ah... Bueno, bajamos con todos a desayunar, ¿vale? ¡No tardéis!

Audrey cerró la puerta y se apoyó contra ella, exhalando.

—Qué pesada es esta mujer —masculló—. Ha venido para decirnos que van a bajar a desayunar.

Trevor asintió distraídamente desde donde estaba sentado en el borde de la cama, todavía procesando los ecos emocionales de la llamada telefónica con su padre.

—Si no te apetece bajar, podemos quedarnos aquí —dijo Audrey —. No tenemos por qué acudir a todas las actividades programadas.

Trevor levantó la vista y encontró sus ojos azules como el cielo al atardecer.

—No —respondió, con una determinación renovada—. Estamos juntos en esto. —Su voz era suave, pero firme—. Bajaremos.

Audrey sonrió ante su decidida respuesta. Había algo reconfortante en saber que estaban enfrentando aquel complicado fin de semana como un equipo.

—Vale —dijo.

CAPÍTULO 20

El pasillo que conducía al comedor estaba iluminado por la suave luz de la mañana, y el murmullo de las conversaciones y el tintineo de los cubiertos ya se filtraban a través de las puertas entreabiertas.

Audrey caminaba junto a Trevor, sintiendo una mezcla de anticipación y nerviosismo ante la perspectiva de enfrentarse a todos los invitados de nuevo.

Cada paso resonaba con el eco del latido acelerado de su corazón.

A su lado, Trevor avanzaba con esa elegancia innata que hacía que hasta el aire se apartara para dejarlo pasar. Se había puesto un pantalón de lino entallado gris y una camisa de manga corta blanca que dejaba a la vista la definición de los músculos de los brazos.

Audrey había optado por un vestido hasta la rodilla blanco con estampado de flores amarillas y negras.

Y entonces, justo antes de cruzar las puertas de madera tallada, sucedió.

La mano de Trevor encontró la suya.

No fue un roce casual, ni un gesto vacilante. Fue una toma de posesión.

El contacto fue cálido y firme, enviando una corriente eléctrica que recorrió su brazo hasta el hombro. Audrey parpadeó sorprendida, y su corazón se aceleró ligeramente ante aquel gesto improvisado.

Los dedos de Trevor se entrelazaron con los de ella con una naturalidad que le robó el aire. La mano era fuerte y segura mientras tomaba la suya.

Audrey lo miró, sorprendida.

Trevor no le devolvió la mirada, pero se inclinó ligeramente hacia ella. Su voz era baja pero clara cuando dijo:

—No quiero que Megan tenga ninguna duda sobre nuestra relación. —Hizo una pausa antes de añadir con un toque de humor en los ojos—. Ni tampoco Daniel. Para eso he venido aquí.

Su perfil estaba iluminado por la luz dorada que entraba por los ventanales, resaltando la línea firme de su mandíbula.

Audrey tragó saliva.

—¿Y esto forma parte de la lista que hicimos, abogado? —bromeó.

Trevor volvió la cabeza, y sus ojos verdes brillaron con algo que no era solo estrategia.

—Sí, búscalo. Tiene que estar en un inciso o en alguna nota garabateada en el margen de tu libreta de pegatinas de gatos —dijo, con una de las comisuras de la boca levantada en una casi-sonrisa —. Contacto físico en áreas públicas.

Audrey no pudo evitar sonreír ante su comentario. Sabía de sobra que Trevor había reducido el contacto físico entre ambos al mínimo posible, fuera en público o en privado.

—¿Y qué más dice ese inciso o esa nota garabateada en el margen de mi libreta de pegatina de gatos? —dijo.

Trevor se inclinó hacia su oído un poco más, y su aliento cálido le hizo estremecerse.

—Que, si sigues mirándome así, tendré que añadir un anexo sobre «consecuencias no previstas».

El corazón de Audrey se saltó un latido.

¿Qué…?

¿Qué había querido decir con eso? ¿Estaba de broma? ¿Hablaba en serio? Seguro que estaba de broma.

Tenía la intención de preguntárselo, pero antes de que pudiera abrir la boca (y procesar el vuelco que había dado su estómago), las puertas del comedor se abrieron de par en par, mostrando a una veintena de invitados (los que la conocían) y a Megan, con los ojos clavados en sus manos entrelazadas.

Trevor apretó suavemente los dedos de Audrey, como recordándole el papel que debían interpretar.

Y aunque sabía que era una farsa, por primera vez, Audrey no tuvo que fingir su sonrisa.

Las miradas curiosas se posaron sobre ellos de forma insistente, pero Audrey apenas las notó, apenas era consciente de ellas; estaba demasiado concentrada en el calor reconfortante de la mano de Trevor envolviendo la suya.

Avanzaron hacia la mesa donde ya estaban sentados algunos conocidos, incluyendo a Megan.

Caballeroso, Trevor interpretó su papel y separó la silla para que Audrey se sentara.

Megan no dejó ni un minuto de observar el gesto.

—Con este hombre te ha tocado la lotería —comentó, y había una nota de acidez en su voz que no pasó desapercibida a Audrey.

¿Qué cojones le pasaba con Trevor? ¿Con ella? ¿Con la pareja que formaban?

¿Por qué no se iba un rato a la puñetera mierda? Megan empezaba a ponerla enferma.

Solo estaban fingiendo, pero Megan no lo sabía. ¿Por qué tenía que estar tan pendiente de ellos? ¿Sobre todo, de Trevor?

—No lo sabes bien —comentó.

En ese momento, el fotógrafo de la boda, un tipo muy simpático con una cámara que costaba más que el coche de Audrey, se acercó a su mesa con una sonrisa cómplice.

—¡Vamos, chicos! —anunció, levantando su imponente equipo —. Necesito una foto de los dos dándoos un beso.

Audrey miró de reojo a Trevor. Sin pensarlo mucho, se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—¿Solo le das un beso en la mejilla? Qué castos sois —comentó Megan con mordacidad.

Sus palabras flotaron sobre la mesa como un desafío. Audrey sintió cómo los ojos de todos se clavaban en ellos, especialmente los de Daniel, su ex, que observaba con una curiosidad molesta.

—Vamos, chicos, ¡poned un poco de pasión! —dijo el fotógrafo.

Audrey casi se atragantó con el zumo de naranja. Pasión. La palabra resonó en su cabeza.

«Oh, oh…»

Trevor, imperturbable, tomó un sorbo de café antes de responder.

—¿Qué deberíamos hacer según tú, Megan?

Ella no estaba dispuesta a rendirse.

—Un beso en la boca, quizás, que no os haga parecer hermanos —dijo, refiriéndose al beso en la mejilla que le había dado Audrey a Trevor—. Es lo que el fotógrafo está esperando. Le está haciendo fotos a todas las parejas.

—¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! —empezaron a corear los invitados.

Hasta Daniel se unió al coro.

Cuando Audrey giró el rostro hacia él, Daniel tenía una ceja levantada y los miraba con expresión de recelo.

Audrey lo conocía bien. Habían estado mucho tiempo saliendo juntos.

Daniel sospechaba algo, por eso los estaba animando a besarse. Quizá, de todos los que estaban en ese momento en el enorme comedor, él era el que tenía más dudas respecto a que Trevor no era más que un novio falso. Quizá porque él también la conocía demasiado a ella.

El silencio se hizo espeso.

Audrey sintió cómo su corazón daba un vuelco ante la situación.

Miró a Trevor, buscando en sus ojos alguna señal de cómo proceder.

Clavó los dedos en su rodilla bajo la mesa, pero él solo le devolvió una mirada tranquila... demasiado tranquila.

—No tenemos que demostrar nad… —empezó a decir Audrey, tratando de salir de aquel aprieto, mientras nerviosa, aplastaba su croissant con el tenedor, pero Trevor ya se movía.

Con una calma devastadora, se giró hacia ella, le tomó la cara entre las manos y besó sus labios.

Fingido. Tenía que ser fingido.

Pero entonces los labios de Trevor se movieron contra los de Audrey con una lentitud deliberada, y su mano se hundió en su pelo, inclinando su cabeza como si llevara años estudiando cómo besarla.

Al principio fue un beso suave, casi tímido; un gesto que pretendía ser más una formalidad que otra cosa. Pero algo cambió en el instante en que sus labios se encontraron. Lo que comenzó como un simple acto fingido se transformó rápidamente en algo mucho más profundo e inesperado.

Audrey olvidó cómo respirar.

Olvidó que estaban en público.

Olvidó su propio nombre.

El beso se intensificó, convirtiéndose en un intercambio apasionado que dejó a ambos sin aliento.

Audrey sintió cómo el mundo a su alrededor se desvanecía momentáneamente. Solo existían ellos dos en ese instante suspendido en el tiempo.

El fotógrafo disparó su cámara una y otra vez, pero el sonido se perdió en el zumbido de sus oídos. Sin embargo capturó cómo los dedos de Audrey se aferraron a la camisa de Trevor como si fuera un salvavidas.

Cuando por fin se separaron, tras lo que fueron tres segundos o tres siglos, Trevor tenía el labio inferior de Audrey atrapado entre los dientes (accidentalmente... quizá. O no), y los ojos oscuros, como si alguien hubiera apagado la luz verde menta de su mirada.

En el rostro de Audrey había una expresión atónita.

De pronto, el comedor estalló en aplausos.

—¡Eso sí que es un beso de película! —exclamó el fotógrafo, satisfecho.

Audrey, sin aliento, intentó disimular. Le costaba recomponerse después de lo que acababa de suceder.

Su mente aún estaba procesando las sensaciones que aquel beso había despertado en ella. Y juró que el sabor a café y menta de Trevor quedaría grabado en su memoria para siempre.

—¿Alguna duda? —preguntó Trevor a su público, sin apartar los ojos de Audrey.

Megan palideció. Daniel tragó saliva.

Y Audrey... Audrey estaba segura de que su cara ardía más que el sol de California.

¡Joooder!

«¡Chúpate esa, Megan!», pensó con satisfacción.

Solo estaban fingiendo, pensó para sí misma, mientras trataba de recuperar la compostura. Pero sabía que Megan y Daniel no lo veían así (ya no), y eso le dio cierta complacencia maliciosa.

Miró a su exnovio. Tenía una expresión extraña en el rostro. No la de recelo de antes, otra muy distinta.

Para mayor sorpresa de todos, Trevor se limpió los restos de bálsamo labial que le había dejado Audrey en la comisura de la boca con el pulgar... y lo lamió después con una lentitud obscena.

Audrey tragó fuego.

Megan rompió su panecillo en pedazos cada vez más pequeños, como si estuviera estrangulando a alguien.

Y Daniel ni se movió.

CAPÍTULO 21

El desayuno se había convertido en un mar de conversaciones cada vez más animadas, con Audrey todavía sintiendo el eco del beso que había dejado a más de uno boquiabierto.

Daniel, con esa sonrisa de quien cree haber descubierto un secreto, se inclinó hacia ellos.

—Contadnos cómo os conocisteis exactamente —dijo.

La pregunta flotó sobre la mesa como una granada sin seguro.

Audrey, que acababa de llevarse el vaso de zumo de naranja a los labios, sintió cómo el líquido ácido le picaba en la garganta.

«Que no cunda el pánico. Tranquila, Audrey. Esta pregunta la tenemos controlada. Es una de las primeras que estaban en la lista que hice», se dijo.

Trevor intercambió una mirada rápida con ella antes de responder. Su tono impregnado de esa ironía característica que lo hacía tan encantador como impredecible.

—En un entierro —soltó con total seriedad, y esperó con impasibilidad la reacción de la gente.

Audrey, que justo en ese momento estaba tomando un sorbo de su zumo de naranja, casi se atragantó ante la inesperada respuesta.

Tosió ligeramente mientras intentaba no reírse demasiado fuerte, provocando que el zumo le saliera por la nariz.

—¡¿Qué?! —exclamó entre risas ahogadas, dándole un suave golpe en el hombro.

Empezó a buscar desesperadamente una servilleta mientras el líquido anaranjado le goteaba por la barbilla.

Trevor, impasible, le pasó la suya con la elegancia de un mayordomo victoriano.

—Entonces, ¿no fue en un entierro? —dijo una mujer.

—No. —Audrey tomó aire y continuó con la historia mientras terminaba de limpiarse—. Nos conocimos en la galería de arte donde trabajo —explicó—. Había una exposición de Janice Sung a la que Trevor asistió.

—Sí —dijo él con una sonrisa más suave. Se giró y miró a Audrey —. Me quedé impresionado por su conocimiento sobre las obras… y por cómo hablaba de ellas con tanta pasión.

Trevor observó que la luz del sol convertía sus ojos en dos pozos de un azul intenso. Pero no era un simple color, sino toda una paleta de matices: el gris tormentoso de la costa antes de la lluvia, el turquesa vibrante de las aguas tropicales y ese destello profundo, casi violeta, que solo aparecía cuando la luz lo rozaba en el ángulo preciso.

—Y de sus ojos… —dijo, y sus palabras salieron de sus labios de manera involuntaria. Cuando fue consciente de ello, carraspeó, ligeramente desconcertado, y volvió la cabeza al frente—. Ella se enamoró de mí a primera vista —añadió con voz grave, tratando de olvidarse de los ojos de Audrey.

—De lo que me enamoré a primera vista fue del Rothko de tu colección privada —bromeó Audrey, clavándole el codo en las costillas.

Las risas resonaron nuevamente alrededor de la mesa, mientras Megan los observaba con interés y algo más difícil de definir.

—Eso fue en nuestra segunda cita —murmuró Trevor, acercándose—. Cuando te dije que podías verlo...

—Dios mío, ¡es maravilloso! —exclamó una de las primas de la novia, poniendo los ojos en blanco.

Daniel, sin embargo, seguía escrutándolos con esa mirada de abogado fiscal que tanto le había sacado de quicio durante su relación.

—¿Y qué tenía de especial ese Rothko? —lanzó, como si la pregunta fuera una trampa tendida con cuidado.

Trevor y Audrey se miraron.

Durante un segundo fugaz, hubo algo en sus ojos peligrosamente parecido a complicidad.

—La atmósfera —dijeron al unísono.

—La atmósfera de la escena —especificó Audrey.

—Así que fue el arte lo que os unió —comentó Daniel finalmente, asintiendo como si hubiera resuelto algún gran misterio.

—Exactamente —respondió Trevor.

Deslizó la mano sobre la de Audrey por encima de la mesa, entrelazando sus dedos con los de ella. Su pulgar acarició suavemente su piel, sin dejar de mirar a Daniel.

Los ojos del exnovio de Audrey rodaron hasta ese gesto, y aunque intentó mantener una expresión neutral, no lo consiguió del todo. Esbozó una sonrisa forzada antes de apartar la vista.

Trevor no sonrió, pero algo oscuro; una mezcla de desafío y satisfacción, brilló en sus ojos verdes.

—Bueno, sea como sea... —intervino de nuevo la prima de la novia—, es evidente que estáis locos el uno por el otro. Se os nota en los ojos y en la complicidad que hay entre vosotros.

Audrey y Daniel se miraron.

Ambos debieron pensar que estaban actuando muy bien para que alguien pensara que estaban enamorados.

Audrey recostó la cabeza sobre el hombro de Trevor. Como él había dicho varias veces: si iban a hacer aquello, lo iban a hacer bien.

—No podría no haberme enamorado de él —aseveró, con una sonrisa que no tuvo que fingir.

La puerta de la suite se cerró con un *clic*, y Audrey se dejó caer de espaldas sobre la cama, hundiéndose en el mullido edredón, dejando escapar un suspiro entre aliviado y divertido.

—¿Es que no se cansan de hacer preguntas? —dijo.

—A la gente le encanta saber cómo se conocen los miembros de una pareja, al igual que por qué rompen —respondió Trevor.

—No me quiero ni imaginar el tipo de interrogatorio que hubiera tenido que enfrentar si hubiera venido sola. No creo que hubiera sobrevivido.

—Claro que hubieras sobrevivido, Audrey. Eres una tía mucho más fuerte de lo que crees.

Audrey se incorporó y se sentó en el borde de la cama.

—No lo sé —dijo con escepticismo—, pero las preguntas hubieran sido muy distintas.

Se quedó unos segundos pensando, mientras Trevor se quitaba el caro reloj.

—La gente realmente cree que estamos enamorados —dijo Audrey. Hizo una breve pausa. Luego añadió con un toque de incredulidad—. ¿Te lo puedes creer?

—Deberíamos considerar cambiar de carrera —sugirió Trevor en tono de broma, dejando el reloj sobre la mesa de la habitación—. Podríamos ser actores profesionales.

—Desde luego que sí —respondió Audrey.

La mente de Trevor volvió al desayuno, al momento exacto en que había cogido la mano de Audrey por encima de la mesa, sintiendo el calor de su piel contra la suya mientras miraba directamente a Daniel, esperando su reacción.

¿Por qué lo había hecho?

Había visto a Daniel mirarlos desde la otra punta de la mesa, con esa sonrisa autosuficiente que, sin saber el motivo, le hacía hervir la sangre, y de pronto, sus dedos habían actuado por su cuenta.

«Para marcar territorio», se respondió en silencio. Y las palabras sonaron huecas.

Se preguntó si realmente había sido para marcar territorio, como un instinto primitivo que no podía controlar.

Pero eso era absurdo, se dijo a sí mismo. Después de todo, él solo era el novio falso de Audrey, un papel que había acordado

interpretar para hacerle un favor porque se lo había pedido a su hermana.

Él no tenía ningún derecho sobre Audrey, ninguna razón real para molestar a Daniel. Era solo un actor en una obra que terminaría en cuanto subieran al avión de vuelta a Chicago.

Entonces, ¿por qué ese gesto le había sabido a victoria? ¿Por qué el simple hecho de ver el ceño fruncido de Daniel le había provocado una satisfacción tan visceral? La respuesta se le antojaba peligrosa, como pisar una mina enterrada.

Audrey no significaba nada para él, pero ¿por qué le importaba tanto demostrarle a ese idiota que ella ya no era suya?

Audrey cruzó las piernas a la altura de los tobillos y se mordió el labio, mientras repasaba mentalmente cada mirada, cada pregunta incisiva de Daniel durante el desayuno.

—Aunque durante un instante he pensado que Daniel no se lo estaba tragando —dijo de pronto, levantando la vista hacia Trevor—. ¿Te diste cuenta de cómo nos miraba?

—Sí, parecía estar analizando cada uno de nuestros movimientos —respondió, recordando las miradas escrutadoras que Daniel les había lanzado.

—Estábamos siendo convincentes, pero cada vez que nos miraba era como si estuviera buscando grietas en la historia —comentó Audrey.

Trevor se acercó al minibar, abrió la puerta y cogió una botella de agua fresca. Giró el tapón y dio un trago largo. El calor empezaba a intensificarse en California.

—Es abogado, como yo, ¿verdad? —preguntó a Audrey.

Ella asintió.

—Sí.

—Está entrenado para detectar mentiras —comentó Trevor, con voz grave y medida—. Pero eso no significa que haya encontrado alguna.

Audrey se levantó y enfiló los pasos hacia la ventana.

El paisaje de Laguna Beach se extendía ante ella. El océano teñido de dorado y rosa por el sol poniente.

—Entonces, ¿por qué sigue haciéndonos preguntas? —Se volvió hacia Trevor. La luz de la mañana enmarcaba su silueta—. Si estuviéramos juntos de verdad, no tendría motivos para dudar.

Trevor dejó la botella de agua sobre la mesa y se acercó a Audrey. Hundió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Quizá no es que dude de nosotros —dijo, deteniéndose a medio metro de distancia—. Quizá duda de él.

Audrey frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Se va a casar, no debería importarle si esto es real o no. —opinó Trevor. Sostuvo la mirada de Audrey—. Pero le importa… por alguna razón.

Audrey sintió cómo el aire se le escapaba de los pulmones.

Era una idea que no había considerado: que Daniel no estuviera cuestionando su relación con Trevor, sino su falta de indiferencia hacia esa relación.

—No puede ser —murmuró, aunque incluso a sus propios oídos sonaba insegura—. Él fue quien terminó conmigo y ahora se va a casar con otra.

Trevor se encogió de hombros, pero no había indiferencia en el gesto, solo una certeza tranquila.

—La gente es idiota, Audrey. Sobre todo cuando se trata de lo que quiere.

Audrey soltó una risa breve, sin humor.

—¿Eso incluye a abogados con complejo de dios griego, como le pasa a Daniel?

Trevor esbozó una sonrisa, lenta y peligrosa.

—Especialmente a ellos —dijo.

—En el caso de Daniel es una cuestión de amor propio —concluyó Audrey—. Es porque en el fondo no soporta verme feliz sin él.

—El síndrome del perro del hortelano. Un clásico —dijo Trevor.

—Exacto. Ni come ni deja comer. Es típico de él. Quiere su boda perfecta con Eimear, llena de pomposidad y fastuosidad. Pero necesita saber que yo sigo ahí, en su estantería de trofeos, cubierta de polvo.

—Le encantaría que estuvieras llorando por los rincones por él —apuntó Trevor.

Audrey esbozó una sonrisa amarga.

—Así de mezquino es —afirmó.

—Es humano —apuntó Trevor—. Quiere tenerte en pausa emocionalmente mientras él sigue adelante. Tú eras su seguridad, su red en caso de caerse. La que lloraba por él. Y ahora... —Clavó la mirada en Audrey—… No. Bueno, eso es lo que le estamos haciendo creer —añadió.

—Siempre fue un narcisista —dijo Audrey, que no se extrañaba de la disección que había hecho Trevor de Daniel.

Trevor alzó una ceja.

—Escogiste toda una joyita —comentó, con ironía en la voz.

—Sí, la mejor joya de la corona —se burló Audrey en tono mordaz. Exhaló ruidosamente—. Por suerte mañana se casa de una vez y todo estos acabará.

Trevor había cogido el programa actividades y estaba consultando qué había durante el resto del día.

—Esta tarde hay deportes al aire libre: voleibol en la arena, tenis, paddleboard, flyboard; incluso habrá una fogata en la orilla de la playa... Suena interesante.

—¿Porque podrás poner a prueba tu competitividad? —le preguntó Audrey, levantando las cejas mientras lo miraba.

—Sí, y para ganar a tu ex en todo —respondió Trevor.

—Me alegra saber que te cae mal, ¿te imaginas que hubiera sido un tipo que te cayera bien?

Trevor hizo una mueca con la boca.

—Un tío como Daniel jamás me caería bien.

—¿Por qué?

—Porque es un fantasma… entre otras muchas cosas. Qué apodo más apropiado le puso mi hermana.

Audrey no pudo evitar sonreír ante su observación.

—Es cierto, Diane le puso *The Ghost* —recordó—. Y la mayoría de las veces lo llama así…, o «el imbécil».

—Cualquiera de los dos le viene bien —apuntó Trevor, mirando el programa de actividades—. Entonces, ¿nos apuntamos esta tarde a las competiciones al aire libre? —le preguntó a Audrey.

—Por supuesto. No me perdería por nada la paliza que le vas a dar a Daniel —respondió ella, en un tono cómplice.

Trevor sonrió.

CAPÍTULO 22

La brisa marina soplaba con suavidad, llevando consigo el aroma salado del océano Pacífico, mientras el sol brillaba intensamente en el cielo despejado.

Risas y voces animadas llenaban el aire mientras los participantes se reunían alrededor de uno de los organizadores de los juegos, ansiosos por comenzar.

La cancha de voleibol resplandecía de color blanco bajo el sol de la tarde, y la arena estaba lo suficientemente caliente como para bailar sobre ella.

El verano se estaba cebando con California.

Trevor se ajustó las gafas de sol y examinó la red con la misma mirada calculadora que solía reservar para los casos legales complicados. A su lado, Audrey se recolocó la gorra negra sobre la cabeza. La larga cola de caballo que se había hecho se movía de un lado a otro con gracia.

Estaban entre los primeros para enfrentarse a otra pareja.

Un organizador del torneo, un tipo bronceado y musculoso con un silbato colgando del cuello, explicaba las reglas.

—Recordad, es un juego amistoso —dijo con una sonrisa—. Pero eso no significa que no podáis dar lo mejor de vosotros mismos. —Bajó los ojos hasta el cuaderno que tenía en las manos—. Primer partido: ¡Audrey y Trevor contra Anne y Roy! —anunció el organizador con una sonrisa cómplice—. Por favor, poneos protector solar antes de empezar el partido. No queremos terminar como camarones al final del día —les aconsejó—. El último novio que se quemó la piel lloró más que la suegra en el brindis.

La gente reunida bajo la sombrilla donde el organizador terminaba de explicar las reglas se echó a reír.

Trevor miró a Audrey.

—¿Hemos bajado el protector solar? —le preguntó.

—Sí, está en mi bolsa —respondió, acercándose a ella.

Audrey sacó el bote de factor 50 de su bolsa de playa con el dibujo de una puesta de sol de Los Ángeles.

Los dedos se apretaron con fuerza alrededor del bote. Tendría que darle la crema a Trevor por la espalda y él a ella. Y lo tendrían que hacer delante de todos.

«Genial», pensó con ironía para sus adentros.

Trevor se quitó las gafas de sol. Sus ojos verdes brillaban como piedras de jade bajo el sol.

Antes de que su cerebro pudiera procesar todas las implicaciones, Audrey se desprendió del vestido playero azul celeste que llevaba puesto, revelando el bikini negro con estrellitas brillantes blancas que Diane le había regalado. («Es para sabotear matrimonios, no para jugar al voleibol», le había susurrado al dárselo).

Cuando Audrey dejó el vestido doblado sobre la bolsa, el silencio que cayó entre Trevor y ella fue tan abrupto que incluso las gaviotas dejaron de graznar. O esa es la sensación que tuvieron.

Trevor, que había empezado a desabrochar su camisa de lino, se quedó paralizado. La tela quedó abierta, mostrando una tentadora V de piel dorada y músculos definidos, pero sus manos olvidaron terminar el trabajo.

Sus ojos recorrieron involuntariamente el cuerpo de Audrey con la misma intensidad que si acabara de descubrir agua en el desierto.

Se fijó en cada detalle, desde la curva elegante de sus hombros hasta sus estilizadas piernas.

—¿Te ayudo con la espalda? —le preguntó Audrey, con cierta timidez en la voz.

Pero Trevor no respondió.

Audrey frunció el ceño.

—Trevor… —lo llamó, al notar su distracción.

—¿Qué?

Audrey agitó el bote de crema en el aire.

—Te he preguntado si quieres que te ayude con la espalda.

Trevor parpadeó y terminó de quitarse la camisa con un movimiento brusco.

—Perdona, se me ha ido el Santo al Cielo.

En realidad estaba calculando cuántas leyes violaba ese bikini y, sobre todo, la persona que lo llevaba puesto. ¡Joder, Audrey estaba… increíble!

Audrey le lanzó el bote, que él atrapó al vuelo.

Trevor lo abrió y vertió una generosa cantidad de crema blanca en sus palmas. Olía a coco, un aroma que, sin pretenderlo, asociaría para siempre con el sonido del mar y la piel de Audrey.

Cuando sus manos tocaron la piel de Audrey, ambos contuvieron el aliento.

Sus dedos, largos y cálidos, se deslizaron desde sus hombros hasta la base de su columna con movimientos deliberadamente lentos. Audrey sintió cómo cada vértebra se convertía en un pequeño interruptor de corriente bajo su tacto.

—Tienes... un lunar aquí —comentó Trevor.

Su voz sonaba más ronca de lo habitual. Su dedo índice rozó un punto encima del omóplato izquierdo de Audrey.

Por alguna extraña razón, Trevor necesitaba decir algo.

Escuchar algún sonido, aunque fuera el de su propia voz.

Romper el silencio.

—¿Sí? —dijo Audrey.

—Sí, y otro aquí —dijo Trevor, pasando el dedo por un lunar que había debajo del primero.

Audrey sonrió.

—De verdad que siento mucho que tengas que estar haciendo esto —dijo, bajando la voz.

En aquel momento fue Trevor quien esbozó una sonrisa. Audrey pudo escuchar su sonido.

—¿Crees que es algo desagradable? —dijo él con un punto mordaz.

Ella encogió los hombros.

—Todo está bien, Audrey —la tranquilizó Trevor, al advertir el reparo de su voz.

—Mi turno —anunció Audrey cuando Trevor terminó.

Se giró y cogió el bote.

Trevor, sin ceremonias, terminó de quitarse la camisa y la dejó caer sobre la bolsa de playa. Y entonces, también fue el turno de Audrey de quedarse sin palabras.

Al verlo de frente, completamente desnudo de cintura para arriba a solo un metro de ella, sus dedos temblaron al abrir la crema.

El sol jugaba con las sombras de sus abdominales, destacando cada músculo como si estuvieran tallados en mármol. Era como ver una escultura cobrar vida.

Una pequeña cicatriz plateada cruzaba su costado derecho, añadiendo un detalle humano a tanta perfección, junto con la que tenía en el hombro.

Audrey tuvo que hacer un esfuerzo consciente para mantener la expresión neutral, al ver su cuerpo tonificado bajo la luz natural.

Trevor se dio la vuelta y Audrey se echó un chorro de protector solar en las manos.

Con movimientos seguros pero suaves, Audrey extendió la crema por su espalda. Primero por los hombros, después por los omóplatos, bajó las manos por los costados…

«¡Santo Dios!», exclamó, mordiéndose los labios.

Alguien carraspeó con intención a su lado.

Daniel.

—¿Os interesa jugar al voleibol o preferís iros a la habitación? —les preguntó, y la expresión que mostraba en el rostro no parecía muy amistosa.

Ambos tomaron finalmente sus posiciones en la arena, listos para enfrentar a la pareja oponente, mientras el sonido del silbato marcaba el inicio del juego.

Trevor giró la cabeza hacia Audrey.

—¿Lista para mostrarle al imbécil de tu ex cómo se hace? —preguntó.

Su voz transmitía esa confianza natural que formaba parte de él. De su ADN.

Audrey lo miró de reojo.

—Sí —respondió, con la comisura de los labios arqueándose hacia arriba.

Le resultaba sorprendente lo relativamente rápido que habían congeniado, a pesar de lo intimidante que parecía cuando habían coincidido en las celebraciones que organizaba Diane.

—Las reglas son simples —anunció el organizador, lanzando una pelota de voleibol blanca de mano en mano—. El primer equipo en lograr cinco puntos, gana. Se irán eliminando equipos hasta que queden dos, que jugarán la final.

El partido comenzó con un potente saque de Roy, el chico del equipo contrario, que envió el balón por encima de la red. Trevor lo levantó, Audrey lo colocó y Trevor lo lanzó de vuelta con fuerza.

Anne, la chica del otro equipo lo recibió y Roy remató.

Trevor se abalanzó y de alguna manera logró colocar su antebrazo debajo del balón y volver a levantarlo.

Audrey reaccionó instintivamente, posicionándose para colocar el balón. Lo empujó hacia él, que saltó. Su cuerpo formó una línea limpia contra el cielo azul, antes de estrellar la pelota en el otro lado de la cancha.

—¡Punto! —gritó Trevor triunfal, chocando los cinco con Audrey.

—No está mal, Hunter —bromeó ella.

—¿Qué te creías? —respondió Trevor, con una sonrisa fácil que ella rara vez había visto en él.

El partido continuó.

Audrey se recolocó la gorra y flexionó las rodillas, lista para el siguiente saque.

Trevor, en la línea de ataque, seguía cada movimiento de la pelota con la concentración de un depredador.

Sus músculos, tensos bajo el bronceado, se dibujaban como un mapa bajo el sol.

En un momento determinado del juego, Trevor vio la oportunidad perfecta para que Audrey rematara.

—Tuya —gritó, mientras colocaba el balón con precisión.

Audrey saltó, arqueando su cuerpo en el aire. Su palma golpeó la pelota con fuerza, enviándola directa al rincón más imposible del campo contrario.

Punto.

—¡Sí! —exclamó Trevor, girándose hacia ella con los ojos brillantes de triunfo.

Sin pensarlo, chocaron las palmas con un sonido seco que resonó en la playa.

La mirada de Trevor se aferró a la suya durante un segundo más de lo necesario, y Audrey juró ver algo en el fondo de sus ojos, algo que no tenía nada que ver con la farsa que estaba representando.

—No sabía que rematabas como una profesional —comentó él, con la voz ronca por el esfuerzo.

—Y yo no sabía que colocabas como un jugador de la selección —replicó ella, limpiándose la arena de las manos en los laterales del bikini.

El siguiente punto comenzó con un saque potente de Anne.

La pelota cruzó la red como un misil, y tanto Trevor como Audrey corrieron hacia ella al mismo tiempo.

—¡Voy! —gritó Audrey.

—¡La tengo! —dijo Trevor a la vez.

Sus cuerpos chocaron en medio de un torbellino de arena y extremidades. La pelota cayó al suelo sin que ninguno la tocara. Pero no pareció importarles demasiado.

Audrey aterrizó directamente sobre Trevor, con las manos apoyadas a ambos lados de su cabeza y las piernas enredadas con las suyas. Su pecho, apenas cubierto por el bikini negro, se aplastó contra su torso desnudo y sudoroso. La respiración de él, entrecortada y caliente, le golpeó la cara.

Durante un instante que pareció eterno, se quedaron quietos, conscientes del inesperado contacto y de la repentina cercanía.

Los ojos de Audrey encontraron los de Trevor a escasos centímetros de distancia. Había algo electrizante en ese momento.

—Ehh... hola —susurró Audrey, sintiendo cada parte de su cuerpo en contacto con Trevor.

Trevor, con la arena pegada a la espalda y los ojos más oscuros de lo que ella los había visto nunca, esbozó una ligera sonrisa.

—¿Estás bien? —le preguntó. Sus palabras hicieron eco en los labios de Audrey.

—Sí, ¿y tú? —respondió ella.

—Sí.

Los segundos se alargaron bajo el sol.

Audrey podía sentir cada latido de su corazón (o quizá eran los de Trevor) martilleando donde sus cuerpos se tocaban. Hasta que un silbido agudo del organizador los sacó del trance.

—La pelota ha caído fuera, así que ¡punto para los tortolitos! —dijo el chico.

Audrey se ruborizó hasta la raíz del cabello, pero Trevor, con esa calma que lo caracterizaba, ni se inmutó.

—Creo que deberíamos levantarnos —comentó Audrey.

—Sí, estaría bien que te quitaras de encima de mí —bromeó Trevor.

En ese momento fue cuando Audrey se dio cuenta de que seguía encima de él.

—¡Oh, sí, claro…! —masculló, y rápidamente se incorporó.

Trevor se levantó después con un movimiento fluido.

—¿Estáis bien? —preguntó el organizador.

—Estamos bien —contestó Trevor, pasándose la mano por el pelo para sacudirse la arena. Audrey estaba haciendo lo mismo.

De pie nuevamente sobre la arena dorada, se limpiaron cualquier resto de arena anterior y retomaron su posición en la cancha.

CAPÍTULO 23

La final del torneo de voleibol playa había llegado, y la expectación era máxima.

La arena brillaba bajo el sol de la tarde, y los espectadores se habían congregado alrededor de la cancha, ansiosos por ver quién se llevaría la victoria aquella tarde.

Trevor y Audrey estaban listos para enfrentarse a sus oponentes: Daniel y Eimear, que habían quedado finalistas, al igual que ellos.

El ambiente, que había empezado con risas y bromas, ahora estaba cargado de una extraña tensión, aunque nadie sabía el motivo.

—¡Saca el equipo de Daniel y Eimear! —gritó el organizador, lanzando la pelota hacia Daniel.

Daniel, con los músculos tensos y la mirada clavada en Trevor como si fuera una diana, golpeó la pelota con una fuerza innecesaria.

El balón cruzó la red como un proyectil, directo hacia el pecho de Trevor, quien lo recibió con un golpe seco de antebrazos, devolviéndola con la misma intensidad.

—Vaya saque... ¿tu ex siempre ha sido así de competitivo o es algo personal contra mí? —comentó Trevor a Audrey, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Audrey, que estaba en posición de remate, miró a Trevor.

—La verdad es que es muy competitivo —susurró, mientras se preparaba para el siguiente saque.

Quedó claro que ese partido iba a ser diferente.

Daniel parecía jugar como si su vida dependiera de ello. Sus movimientos eran rápidos y precisos, y todos los golpes que daba parecían ir dirigidos a Trevor.

—Pues está claro que algo le pasa —murmuró Trevor a Audrey, después de devolver un saque particularmente fuerte de Daniel.

La intensidad del juego continuó aumentando. Los golpes de la pelota se volvieron más contundentes, cada uno de ellos cargado con una especie de mensaje silencioso entre Trevor y Daniel.

Si Daniel lanzaba un golpe fuerte, Trevor se lo devolvía más fuerte aún.

En un momento dado, Trevor logró bloquear un remate de Daniel, enviando el balón directamente al suelo del lado contrario.

Los presentes estallaron en vítores y aplausos, pero Daniel no pareció impresionado; al contrario, su expresión se endureció aún más.

—Buen bloqueo —comentó Audrey, mientras chocaba las manos con Trevor antes del siguiente punto.

—Gracias —respondió él, sin apartar los ojos de Daniel—. Pero esto está empezando a parecer más una pelea que un partido.

Audrey asintió, preocupada por cómo se estaba desarrollando todo.

—No entiendo por qué está actuando así —dijo en voz baja, preparándose para el siguiente saque.

—Parece que le molesta más mi existencia que mis bloqueos —comentó Trevor, ajustándose las gafas de sol.

Lanzó a Audrey una mirada tranquilizadora antes de concentrarse nuevamente en el juego.

—No te preocupes —dijo con firmeza—. Vamos a ganar. No tengo ninguna intención de perder ante el imbécil de tu ex.

Eimear lanzó un pase suave a Daniel, pero este, en lugar de colocarla para un remate controlado, la golpeó con furia hacia Trevor.

El balón rozó la red, Audrey la dominó con un toque de antebrazos, y Trevor, con un salto felino, la remató con la mano, enviándola de vuelta con un golpe que resonó en la playa.

—¡Punto! —gritó el organizador, señalando hacia el lado de Audrey y Trevor.

Daniel maldijo entre dientes y arrojó la pelota contra la arena.

—¿En serio no vas a dejar ni una? —le espetó a Trevor.

Él, imperturbable, se acercó a la red, lo justo para que solo Daniel escuchara lo que iba a decirle.

—Si quieres que me deje una, tendrás que ganártela. Pero por ahora, solo veo a un tipo que está enfadado porque su ex le está dando una paliza con su nuevo novio.

—Deja de decir tonterías —dijo Daniel.

Trevor se limitó a delinear en sus labios una sonrisa lobuna.

Audrey, que había escuchado el intercambio de palabras entre ellos, se acercó a Trevor y le agarró del brazo.

—Déjalo —murmuró, aunque su voz no sonaba tan firme como hubiera querido—. No le des cuerda, no merece la pena.

Trevor la miró, y por un instante, la expresión de su rostro se suavizó.

—Tienes razón. Pero si sigue así, alguien va a terminar con la cara en la arena —dijo.

El partido continuó, sin embargo la dinámica había cambiado. Cada golpe de Daniel parecía un desafío, cada mirada pretendía fulminar a Trevor. Él, aunque más controlado, no dejó pasar ni una. ¿Quién se había creído aquel imbécil que era? ¿Cómo podía Audrey haber salido con él? ¿Cómo le podía seguir doliendo verlo? ¿Es que no se daba cuenta de que era un gilipollas integral?

Al final del partido, Audrey remató un balón imposible, ganando el punto definitivo.

—¡Set y partido! —anunció el organizador, llevándose el silbato a la boca y pitando.

La emoción del momento los envolvió a ambos. Sin pensarlo dos veces, Trevor abrió los brazos y Audrey se lanzó a ellos en un efusivo gesto.

—¡Hemos ganado! —exclamó, mientras Trevor la levantaba en vilo y Audrey colocaba sus piernas alrededor sus caderas.

Sus sonrisas eran amplias, reflejando la alegría de haber ganado.

Daniel, con el rostro congestionado, se acercó a la red. Audrey y Trevor se separaron.

—Felicidades —dijo Daniel, aunque su tono era todo menos sincero—. Supongo que eres de esas pocas personas que tienes suerte en el juego... y también en el amor.

Trevor, en lugar de picarlo, se limitó a sonreír.

—No es suerte. Es habilidad en el caso del juego, y en el amor, es saber valorar lo que tengo.

Trevor le rodeó la cintura a Audrey con un brazo y la atrajo hacia sí. La miró con una sonrisa.

Trevor estaba lo suficientemente cerca como para que Audrey pudiera distinguir las motas doradas en sus ojos. La luz del atardecer convertía su mirada en un mosaico de verdes y dorados, como un bosque en otoño.

Antes de que Audrey pudiera reaccionar, Trevor acercó su rostro a ella y le dio un beso en la boca. Fue un beso suave, con una leve participación de los labios.

Trevor sabía a coco y a viento, al salitre del océano.

Audrey hundió los dedos en sus hombros, o al menos lo intentó. Estaban fuertes y duros.

—Lo siento. Se me ha ocurrido de repente —dijo Trevor al separarse y ver la cara de sorpresa de Audrey—. Creo que es lo que Daniel estaba esperando de nosotros.

CAPÍTULO 24

El sol se había hundido un poco más, bañando la playa en sombras doradas y naranjas, reflejándose en la superficie cristalina del mar.

Las olas rompían suavemente contra la orilla, creando una sinfonía natural que se mezclaba con las risas y gritos de emoción de los invitados a la boda que se atrevían a desafiar la gravedad sobre el agua practicando *flyboard.*

Trevor observaba a Audrey con una diversión apenas contenida. Había algo en la forma en que ella arrugaba la nariz, un gesto inconsciente, que la hacía parecer vulnerable.

—¿Te animas? —le preguntó. Su tono poseía una nota de desafío juguetón que no pudo evitar.

Audrey alzó la vista hacia los aventureros que se elevaban sobre el mar, impulsándose hacia arriba, a varios metros de altura, en la tabla aerodeslizante que propulsaba un enorme chorro de agua.

Sus siluetas se recortaban contra el cielo crepuscular.

Su corazón dio un vuelco al calcular la altura, y no pudo evitar dar un paso inconsciente hacia atrás, casi chocando con el sólido pecho de Trevor.

Hizo una mueca con la boca.

—Paso —respondió, intentando que su voz sonara despreocupada.

Trevor giró el rostro hacia ella y la miró con los ojos entornados. Audrey sintió el peso de su mirada como una caricia física.

—¿No me digas que te da miedo? —la provocó. Su voz bajó media octava, convirtiéndose en ese tono rico y seductor que había empezado a afectarle los nervios desde que habían llegado a California.

—No soy amiga de las alturas —se defendió Audrey, cruzando los brazos sobre su pecho en un gesto protector.

—No sube tantos metros.

—Sube los suficientes.

—No puedes irte de aquí sin practicar *flyboard*. —La sonrisa de Trevor se tornó más suave, casi íntima.

Audrey se preguntó si lo hacía a propósito.

—La sensación es alucinante —continuó Trevor—. Es como... —Hizo una pausa, buscando las palabras—… como ser libre completamente

—¿Tú lo has practicado? —preguntó Audrey, su curiosidad superando por momentos su aprehensión.

Sus ojos recorrieron involuntariamente la figura de Trevor, imaginándolo dominar el agua y el aire con la misma gracia con la que parecía manejar todo en su vida.

—Sí, varias veces. —Y había algo en su tono que sugería que estaba recordando momentos particularmente memorables.

Audrey se mordió el labio, un gesto nervioso que capturó toda la atención de Trevor. Él vio la duda atravesar sus ojos azules y supo que se lo estaba pensando.

Quería que Audrey experimentara la adrenalina que se sentía al practicar *flyboard,* y estaba seguro de que no se arrepentiría una vez que estuviera arriba.

—¿Y si montamos juntos? —propuso, su voz volviéndose más suave, casi seductora.

¿En serio lo hacía a propósito?, volvió a preguntarse Audrey.

—Prometo que no subiremos mucho —añadió Trevor, con un guiño que hizo que el corazón de Audrey diera un vuelco de forma inesperada.

¿Por qué su corazón había empezado a hacer esas cabriolas de vez en cuando? Era confuso.

Lo miró de reojo.

El sol poniente dibujaba sombras doradas en sus rasgos perfectos y hacía que sus mechones claros se vieran más rubios.

La verdad era que el *flyboard* parecía divertido. Y no le apetecía quedar delante de Trevor Hunter como una cobarde. La estaba desafiando. En cierta manera lo había estado haciendo desde que habían llegado, y la idea de parecer una cobarde frente a él era más insoportable que su miedo a las alturas.

—Vale —dijo, con voz firme.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Trevor. Un gesto lento y brillante, que prometía diversión.

Audrey observaba la escena frente a ella con una mezcla de anticipación y nervios apenas contenidos, consciente de que estaba a punto de embarcarse en una experiencia completamente nueva.

El rugido distante del motor de agua y los gritos de emoción de otros participantes aumentaban la sensación de aventura.

Había algo surrealista en todo aquello. Ella, la chica que se mareaba al subir a una escalera, estaba a punto de dejarse elevar varios metros sobre el mar con el hombre más exasperante y atractivo que había conocido.

Trevor, emanando esa confianza natural que parecía tan parte de él como su sonrisa devastadora, extendió su mano hacia ella, para ayudarla a subir a la pequeña plataforma junto a él.

La luz jugaba con los músculos de su brazo, creando relieves que hacían difícil no quedarse mirando. Por lo menos Audrey… y Megan, que no había perdido oportunidad de lanzarle miraditas de reojo a Trevor.

No importaba si estaba hablando con Audrey, con otro invitado, jugando al voleibol, o simplemente apoyado contra la barandilla con esa actitud de «*no me toques*» que, irónicamente, parecía atraer a todo el mundo hacia él. Megan estaba *siempre* ahí, observando, como si esperara el momento perfecto para intervenir… o para reclamar algo que, por extraño que pareciera, Audrey sentía que no

quería compartir. Y es que nada despierta más el instinto de posesión que ver a alguien más mirando lo que, incluso inconscientemente, ya consideras tuyo.

Y Megan era como una mosca cojonera, empeñada en molestar.

¿Acaso no respetaba que Trevor era su novio? Vale, él no era su novio de verdad, solo estaban fingiendo serlo, pero eso Megan no lo sabía.

—Todo va a ir bien —le prometió Trevor a Audrey. Su voz era suave como terciopelo, mientras sus ojos brillaban con una mezcla de diversión y algo más profundo, más íntimo—. Va a ser divertido, ya verás. Confía en mí.

«Confiar en ti es precisamente lo que me preocupa», pensó Audrey, pero tomó su mano de todos modos, sorprendida por el contraste entre la calidez de su piel y la brisa fresca del océano.

Asintió, con el corazón latiéndole con fuerza.

El primer rugido del motor hizo que su estómago diera un vuelco. El agua comenzó a impulsarlos hacia arriba, y Audrey, actuando por puro instinto, se aferró a Trevor como si su vida dependiera de ello.

La sensación era emocionante y aterradora al mismo tiempo.

Sus dedos se hundieron en los músculos firmes de su espalda, y pudo sentir cada respiración, cada movimiento de su cuerpo contra el suyo.

El aroma del protector solar se mezclaba con el aire salado del océano, creando una combinación embriagadora que hacía difícil mantener la mente clara.

Sin embargo, en lugar de permanecer a una altura moderada como había prometido, Trevor aumentó gradualmente la potencia del chorro hasta llevarlos a lo más alto.

Audrey soltó una risa nerviosa mientras se apretaba aún más contra él, si eso era posible.

Su cuerpo se amoldaba al de Trevor de una manera sorprendentemente perfecta.

—¡Dijiste que no íbamos a subir mucho! —gritó sobre el estruendo del motor, sintiendo cómo el viento le arrancaba las

palabras de la boca, al tiempo que jugueteaba con los largos mechones de su cola de caballo.

Trevor respondió rodeándola con los brazos, sus músculos tensándose bajo la presión del agua de una manera que hacía difícil concentrarse en estar enfadada. Su risa resonó profunda y rica, vibrando a través de su pecho y directamente contra el cuerpo de Audrey.

—Esto no es alto —mintió con descaro. Sus ojos brillaban con malicia mientras los elevaba otros dos metros, provocando que Audrey enterrara los dedos en su carne con más fuerza.

—¡Trevor! —El nombre salió al mismo tiempo como una protesta y una súplica—. ¡Baja esto ahora mismo! —exigió, aunque la adrenalina corriendo por sus venas hacía que su voz temblara con algo más que miedo.

—Vamos, Audrey —ronroneó él, manejando la tabla como si fuera una extensión natural de su cuerpo, manteniéndose en equilibrio sobre la tabla aerodeslizante como si hubiera nacido sobre el chorro de agua—, admite que es divertido.

Audrey se apretó más contra su cuerpo y pegó la mejilla a su pecho. Notó cómo el corazón de Trevor latía fuerte y constante. Un contraste que resultaba tranquilizador comparado con el caos de sensaciones que la rodeaba a ella.

—Has prometido que no subirías mucho —murmuró Audrey contra su piel húmeda.

—No siempre cumplo lo que prometo —respondió Trevor, deslizando en sus labios una de esas radiantes sonrisas suyas que debería ser clasificada como arma de destrucción masiva. Todo dientes blancos y perfectos y promesas peligrosas.

El mundo se inclinó cuando Trevor ejecutó un giro, y Audrey dejó escapar un grito entrecortado que se transformó en risa mientras se aferraba a él como una lapa, aunque realmente ya no era posible apretarse más.

Su cuerpo entero vibraba con una mezcla de miedo y emoción que hacía que cada nervio cobrara vida.

Trevor rio de nuevo, disfrutando del momento tanto como de la cercanía del cuerpo de Audrey contra el suyo. Era extraño, muy extraño, pero le gustaba tenerla así.

Audrey pudo sentir cómo el sonido de su risa reverberaba a través de su cuerpo. Había algo en la forma en que Trevor la sostenía, protector al mismo tiempo que juguetón, que hacía que su estómago diera volteretas que nada tenían que ver con la altura ni con el *flyboard*.

—¡Eres un cabrón! —chilló Audrey, pero la risa se colaba en su voz.

Trevor la sintió temblar contra su pecho. No de miedo, sino de la adrenalina que nace cuando el peligro y la diversión se mezclan.

—Esto es por obligarte a fingir ser mi novio, ¿verdad? —dijo Audrey.

Trevor soltó una carcajada que resonó por encima del sonido del agua.

—Tal vez es una venganza por haberme arrastrado a esta boda, sí —admitió, travieso.

Aunque la verdad era más simple: le gustaba tenerla así, pegada a él, confiando en él a pesar de sus protestas. Había algo adictivo en la forma en que sus cuerpos encajaban…

El agua salpicaba sus piernas, fresca y burbujeante, mientras el chorro los mantenía suspendidos en el aire, entre el mar y el cielo del atardecer.

Audrey era dolorosamente consciente de cada punto de contacto entre su cuerpo y el de Trevor. Sus dedos, que inicialmente se habían aferrado a él por puro instinto de supervivencia, ahora empezaban a relajarse, notando cada músculo de Trevor bajo sus brazos: los hombros anchos, la espalda firme que se tensaba y relajaba con cada movimiento, el abdomen definido contra el que sus dedos se hundían sin permiso.

—Si me caigo, te arrastro conmigo —le advirtió, enterrando el rostro en su cuello para protegerse del viento.

Trevor, en lugar de responder, hizo algo tan inesperado como electrizante. Sus brazos, fuertes y seguros, la ciñeron más contra su cuerpo, eliminando cualquier espacio entre ellos. Su mano, grande y cálida, se extendió sobre su cintura como si siempre hubiera pertenecido allí, como si ese fuera su lugar.

—No dejaré que te caigas —aseveró, y esa vez su voz había perdido todo rastro de ironía, transformándose en algo más profundo. Una promesa envuelta en terciopelo oscuro—. Te lo prometo.

—Has dicho que no siempre cumples lo que prometes —le recriminó Audrey.

Trevor bajó los ojos hacia ella.

—Esto lo cumpliré —afirmó, con una seriedad que contrastaba con la habitual actitud despreocupada que había mantenido todo el rato.

Y entonces, ejecutó un giro perfecto en el aire, dando una vuelta de trescientos sesenta grados sobre sí mismo.

Sus cuerpos se movieron al unísono sobre la plataforma, como si hubieran estado practicando durante años.

—¿Sabes por qué te he animado a hacerlo? —le preguntó Trevor a Audrey.

—¿Por qué? —respondió ella, sorprendida por la suavidad en su tono.

—No es para vengarme. —Una sonrisa, diferente a sus habituales sonrisas arrogantes, se dibujó en los labios de Trevor—. Es porque sabía que en el fondo te encantaría —dijo.

Audrey le devolvió la sonrisa, ya menos tensa.

A pesar del miedo inicial, se dio cuenta de que Trevor tenía razón.

Ese miedo inicial se había transformado en algo completamente diferente.

Suspendida sobre el mar, con los brazos de Trevor como única ancla al mundo, Audrey estaba experimentando una sensación de libertad casi mística.

Era como si todas las preocupaciones, todas las expectativas, todos los «deberías» se hubieran disuelto. En la nada. La ligereza era casi irreal, como si de repente se hubiera deshecho de todas las ataduras.

Y entonces, cuando finalmente se permitió relajarse completamente entre los brazos de Trevor, el mundo pareció dar un giro caleidoscópico.

El rugido del motor vibraba en sus huesos.

El océano se extendía bajo sus pies como un espejo infinito, reflejando el cielo, que parecía estar al alcance de sus dedos.

Y, de pronto... *estaba volando.*

No era como nada que hubiera experimentado antes. No era la sensación controlada de nadar, ni la predecible libertad de correr, era una libertad bruta, más primaria, más pura, como si la gravedad se hubiera olvidado de aparecer durante un rato, como si las leyes del universo se hubieran reescrito solo para ese momento.

El viento golpeaba su rostro y el corazón le latía con fuerza, mientras la vista se expandía en todas direcciones, regalando una perspectiva completamente nueva del mundo.

Y Audrey, durante un instante, olvidó que estaban fingiendo. Olvidó la boda, a Daniel, a Megan. Solo existían el mar, el cielo, y la seguridad de los brazos que la sostenían.

Hasta que Trevor, con una mirada traviesa por encima del hombro, inclinó la plataforma hacia adelante.

—¡Trevor Hunter, te voy a matar! —gritó Audrey, riendo mientras el agua los envolvía en una cortina de espuma.

Él la sostuvo en todo momento y, justo cuando iban a sumergirse por completo en el mar, Trevor propulsó de nuevo la tabla hacia arriba, ejecutando otro giro en el aire.

CAPÍTULO 25

La tabla aerodeslizante fue perdiendo potencia poco a poco, hasta descender por completo en el borde del muelle.

Trevor fue el primero en saltar al entablado de madera, descolorido por el sol y la sal, y enseguida tendió la mano a Audrey. Ella la aceptó todavía sintiendo el cosquilleo de la adrenalina en las piernas.

Sus dedos se entrelazaron brevemente mientras él la sujetaba por la cintura para ayudarla a bajar.

—¿Y bien? —preguntó, con una sonrisa ladeada que debería ser ilegal en al menos cuarenta y nueve Estados, y los ojos brillando de satisfacción—. Fácil, ¿no? —murmuró. Sus manos, grandes y firmes como el resto de él (y no es que Audrey estuviera pensando en eso), se anclaron en su cintura para estabilizarla.

El contacto de sus dedos contra la piel mojada irradiaba un extraño calor por su cuerpo.

Audrey se encontró resbalando contra su pecho, sus manos buscando instintivamente el apoyo de los hombros de Trevor.

Joder, estaba duro de narices, pensó con una mezcla de irritación y admiración.

—Fácil para ti, quizás —dijo, tratando de ignorar cómo su cuerpo reaccionaba al contacto—. Algunos no tenemos superpoderes para domar chorros de agua como lo haces tú —añadió, aunque una sonrisa rebelde asomaba en sus labios.

Trevor la miró con esa expresión que normalmente reservaba para cuando ganaba un caso particularmente difícil en los tribunales, pero había algo más en sus ojos, algo travieso y casi... ¿tierno?

—Pero ¿ha merecido la pena el susto? —preguntó. Su voz bajó media octava mientras sus ojos recorrían el rostro de Audrey.

Trevor se fijó en que las gotas de agua atrapadas en sus pestañas brillaban como diminutos diamantes, haciendo que sus ojos azules parecieran más grandes, más brillantes.

Audrey sintió que el tiempo se ralentizaba bajo esa mirada, como si el universo hubiera decidido darles un momento extra.

Le lanzó una mirada fingiendo severidad.

—Sigo pensando que eres un cabrón —admitió entre risas, sacudiendo la cabeza para apartar unas gotas de agua que le caían por la frente—. Pero… ha estado genial —admitió, porque ¿qué sentido tenía mentir cuando su sonrisa la delataba?

Trevor arqueó una ceja, divertido y complacido a partes iguales.

—Sabía que te iba a gustar —dijo—. Aunque al principio parecías a punto de estrangularme. Estabas cagada de miedo.

—Sigo queriendo estrangularte —replicó Audrey.

Pero su cerebro estaba ocupado en algo completamente diferente.

En aquel momento solo quería una cosa: lamer con la punta de la lengua las gotitas de agua que se acumulaban en las comisuras de los labios de Trevor.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Y otra vez mierda!

Su mente entró en modo pánico. ¿De dónde había salido ese pensamiento?

¿En serio se le estaba pasando por la cabeza lamer las gotas de agua que Trevor tenía en la comisura de los labios como si fuera un helado?

¿QUÉ ESTÁ PASANDO EN MÍ?

Dios, estaba fatal. Pero fatal de verdad.

Aquella maldita boda la estaba trastornando.

Era culpa de la adrenalina, definitivamente. O tal vez del sol. O quizás del agua del mar que probablemente contenía algún tipo de alucinógeno natural.

Porque no había otra explicación para que ella estuviera teniendo pensamientos dignos de una novela erótica con Trevor Hunter, el hermano de su mejor amiga.

«Esta farsa de falso noviazgo me está afectando el cerebro» pensó desesperadamente.

Y lo peor era que Trevor seguía mirándola con esa expresión, entre divertida y fascinada, como si pudiera leer en su cara cada uno de sus inapropiados pensamientos.

Y sus manos seguían en su cintura, enviando ondas de calor a través de su piel mojada, y sus labios seguían tentándola con esas malditas gotas de agua...

«Necesito una bebida fría —decidió Audrey—. O terapia. O probablemente ambas cosas.»

Algunos de los invitados en la orilla parecían haber encontrado un entretenimiento mucho más interesante que el *flyboard* en sí. Especialmente Megan, que con su bikini rojo ceñido y un cóctel margarita en la mano, clavaba la mirada en Trevor, que aún rodeaba la cintura de Audrey.

—Creo que nos hemos convertido en parte del espectáculo —susurró Audrey, notando cómo los dedos de Trevor se tensaban levemente contra su piel.

Él apenas había reparado en los demás. Por su parte, parecía tan consciente de la presencia de la gente como de las leyes fiscales de Madagascar.

Por alguna razón que desconocía, tenía toda su atención puesta en Audrey, como si fuera un documento legal particularmente fascinante que necesitara memorizar.

—Mejor dar espectáculo que lástima —dijo, con esa voz que usaba cuando estaba satisfecho consigo mismo, la misma que solía hacer que los jurados comieran de su mano, y que en aquel momento estaba provocando cosas extrañas con el ritmo cardíaco de Audrey.

Ella dejó escapar una risilla, más nerviosa de lo que le hubiera gustado admitir. El sonido pareció quedar suspendido en el aire

entre ellos.

El silencio que siguió duró uno segundos infinitos. Fue como uno de esos momentos en las películas donde el mundo parece ralentizarse. Sus respiraciones aún agitadas por la aventura (¿o era por algo más?), sonrisas juguetonas bailando en sus labios, y esa electricidad casi tangible que los envolvía como una burbuja, aislándolos del resto del mundo.

Era el tipo de momento que hace que las personas sensatas tomen decisiones insensatas.

Audrey carraspeó, intentando romper el hechizo antes de hacer algo estúpido (insensato), como preguntarse si Trevor sabría tan bien como olía.

—Bueno… —murmuró finalmente, mordiéndose el labio inferior, en un gesto que capturó toda la atención de Trevor—. La próxima vez me toca conducir a mí.

Trevor soltó una carcajada profunda.

—Eso sí que da miedo —bromeó. Sus intensos ojos verdes brillaban con diversión.

Audrey le dio un pequeño empujón en el pecho, aunque su mano pareció olvidar que se suponía que debía apartarse después, quedándose allí como si hubiera encontrado su lugar favorito.

—¡Oye! —protestó, intentando parecer ofendida y fallando miserablemente—. Soy perfectamente capaz de...

—Vale, me arriesgaré —la interrumpió Trevor. Su sonrisa se volvió más suave.

Audrey hizo un mohín.

—No lo estás arreglando, Hunter —dijo.

Trevor se echó a reír.

—Será mejor que vayamos a beber algo al bar de la playa —dijo entre risas—. Tengo la garganta seca y no quiero deshidratarme.

Aunque lo que realmente necesitaba era algo fuerte que le ayudara a ignorar lo bien que se sentía tener a Audrey cerca.

«Y yo necesito algo que me ayude a olvidar que acabo de pasar los últimos veinte minutos prácticamente pegada a ti como una

lapa», pensó Audrey para sus adentros, pero lo que dijo fue:

—Sí, una bebida fría suena bien. Preferiblemente algo con mucho alcohol.

Mientras se dirigían hacia el bar, con la mirada de Megan siguiéndolos como un radar, ninguno de los dos fue consciente (ni siquiera el mejor abogado de Chicago podría haber negado la evidencia), de que estaban empezando a hacer cosas que ya no formaban parte del acuerdo.

CAPÍTULO 26

El teléfono de Trevor vibró con insistencia en el bolsillo trasero de sus bermudas, iluminándose con una cascada de notificaciones del grupo de WhatsApp titulado «*Los Alfa de Chicago».*

Trevor sacó el móvil con una mezcla de curiosidad y resignación.

Suspiró, sabiendo lo que se iba a encontrar y lo que se avecinaba.

Samuel había sido el primero en escribir, como siempre:

Samuel: Y bien, Casanova, ¿cómo va eso de jugar a ser el novio falso de la amiga de tu hermana? ¿Necesitas algún consejo?

Ethan no tardó en sumarse al ataque.

Ethan: Déjalo tranquilo. Seguro que el pobre lo está pasando fatal.

Asher: Sí, es verdad. Tiene que ser una tortura estar al sol como un lagarto, con un mojito fresquito en la mano, mientras ves la vida pasar.

Trevor se pinzó el puente de la nariz con los dedos. Era peor de lo que imaginaba.

Trevor: ¿Tú también, Asher?

Asher: Por supuesto.

Trevor: Deberíais dedicaros a vuestra vida y dejar la mía en paz. Solo estoy haciendo un favor a mi hermana.

Ethan: Ah, claro... Un favor. Como cuando le hiciste un favor a esa abogada de la fiscalía y terminaste…

Trevor se apresuró a responder. Los dedos volaban por el teclado del móvil.

Trevor: Ethan, si terminas esa frase, te quemo la moto.

Ethan: ¡Ohhh! Alguien está tenso. ¿O es que el novio falso ya no está fingiendo tanto?

Trevor miró al techo, como pidiendo paciencia.

Samuel: Oye, Trevor, ¿te acuerdas de cómo se baila un vals o necesitas que te mande un tutorial de YouTube?

Trevor puso los ojos en blanco y tecleó una respuesta rápida:

Trevor: Podéis iros a la mierda los tres. Todo está bajo control aquí. Nadie ha muerto ni ha salido corriendo… todavía. Estoy en una playa, con champán, y sin ver vuestras caras. Eso ya es mejor que cualquier día en el despacho.

Asher: Champán, playa, y una mujer que estoy seguro de que ya ha querido estrangularte. ¿A qué sí?

Trevor: Pues no, Audrey es una tía genial.

Ethan: ¿Genial? Eso sí que no me lo esperaba. Creí que te caía fatal. ¿Qué no nos estás contando?

Trevor: Ethan, no sigas diciendo tonterías. ¿Qué tiene de malo que piense que Audrey es una tía genial?

Ethan envió un sticker animado de un ramo de flores y escribió:

Ethan: No te olvides del ramo, campeón. Y si te lanzan arroz, acuérdate de cerrar la boca.

Trevor resopló y escribió.

Trevor: Sois unos pesados. No hay ramo ni vals ni arroz... Solo una amiga de mi hermana a la que ayudar, y yo haciendo el papelón del siglo.

Samuel: ¿Y cuánto tiempo más va a durar esta misión de caridad? Porque vamos a necesitar un informe detallado… con fotos, a ser posible.

Asher: Jajajaja

Ethan: Jajajaja

Trevor soltó un gruñido.

Trevor: Durará hasta que Diane decida que he sufrido lo suficiente. Y si alguno de vosotros menciona esto otra vez, el martes os encontráis todos los expedientes del caso Hampton en vuestros despachos. Sin resumen.

Ethan: Eso sí que es una crueldad innecesaria, tío.

Asher: Traicionado por uno de los nuestros. Qué triste.

Samuel: Bueno, al menos dinos una cosa, Trevor. ¿Eres tan buen actor como dice Diane? ¿O ya ha habido improvisación en el guion?

Trevor miró el mensaje, luego la puerta del baño, donde Audrey se secaba el pelo después de ducharse. El sonido del secador se colaba por la rendija, junto con el suave murmullo de una canción que tarareaba.

¿Era *Cruel Summer* de Taylor Swift?, se preguntó.

Se la imaginó bailando delante del espejo mientras cantaba cepillo en mano.

Sonrió ante la imagen, aunque ni siquiera fue consciente de ello.

El sonido de un nuevo WhatsApp le devolvió a la realidad.

Ethan: ¿Ya os habéis besado?

Trevor: Voy a bloquear este grupo durante 24 horas. Disfrutad del silencio.

Ethan: ¡Hostias, eso es un sí! ¡Lo sabía!

Samuel: Un consejo, no te enamores tú antes que ella.

Asher: Joder, voy a necesitar algo más fuerte que café.

—Pero estos tíos ¿de qué cojones van? —murmuró Trevor en voz alta.

Antes de que pudiera responder, Asher volvió a escribir.

Asher: Recuerda por qué estás ahí, Trevor. No pierdas el foco.

—Serán cabrones —dijo él.

Trevor: Iros a mierda y, a ser posible, no volváis.

Ethan: Si la novia te lanza el ramo, no lo cojas, o serás el siguiente en pasar por el altar.

Asher: Ethan, el ramo se tira a las mujeres solteras que hay en la boda, no a los hombres.

Ethan: Trevor, tú, por si caso, no te acerques.

Trevor no respondió. En lugar de eso, apagó el móvil y lo dejó boca abajo sobre la mesa. Ya había tenido suficiente.

El secador cesó, y Audrey apareció en la puerta del baño, envuelta en una nube de vapor y con el pelo revuelto.

—¿Todo bien? —preguntó a Trevor, inclinando la cabeza al ver su expresión.

—Sí, todo bien —respondió—. Eran mis socios del bufete tocándome un poco los cojones.

Audrey asintió.

—El baño ya está libre, si quieres entrar —dijo.

—Vale, gracias. —Trevor dio media vuelta y se metió en el cuarto de baño.

CAPÍTULO 27

Trevor apenas había cerrado la puerta, cuando sonó el móvil de Audrey en la habitación.

Lo cogió y consultó la pantalla.

Sonrió al ver el nombre de Diane, acompañado de un emoticono de una cara sonriente con una ceja levantada. Diane no podía resistirse a cotillear, aunque ya le hubiera puesto un poco al día, el día anterior.

Audrey no pudo evitar sonreír antes de deslizar el dedo para abrir el mensaje.

Entró en la aplicación.

Diane: ¿Y bien? ¿Cómo va nuestro plan? ¿Ya puedo llamarte cuñada?

Audrey soltó una carcajada y se dejó caer sobre la cama, contestando rápido.

Audrey: Hoy he volado. Casi literalmente.

Diane: ¿Perdón? ¿Os están dando de beber cócteles raros?

Audrey: No estamos bebiendo cosas raras. He hecho *flyboard* con tu hermano. ¡Sobre el mar! Me he sentido como una superheroína… Bueno, al final, porque al principio estaba cagada y me sentía más bien como una patata voladora.

Diane: JAJAJAJAJA. Por favor, explícate. ¿Eso es lo de las botas con chorros de agua? ¿Y Trevor iba contigo?

Audrey: Yo iba con él, más bien. Trevor pilotaba y yo me agarraba como si me fuera la vida en ello. Casi le arranco un brazo del susto al principio.

Diane: ¡Ay, madre! O sea, que tuviste que pegarte mucho a él.

Audrey miró el techo, recordando la sensación de los músculos de Trevor bajo sus manos, la forma en que su espalda se tensaba cada vez que hacia un movimiento con la tabla aerodeslizante, el calor de su piel contra la suya…

Audrey: Lo justo para no morir. Aunque ahora que lo dices, creo que lo hizo a propósito. Es un cabrón.

Diane: Mi hermano no hace nada sin pensarlo dos veces. Incluso ser un cabrón es estrategia en él.

Audrey soltó una pequeña risilla.

Audrey: Pues entonces su plan funcionó. Fue un cabronazo conmigo, porque ahora mismo tengo agujetas de tanto aferrarme a él para no caerme.

Diane: Qué sacrificio tan grande, pobrecita de ti.

Audrey: Un drama total. No sé cómo he sobrevivido (emoji de ojos en blanco).

Diane: Jajajaja. No me das ninguna pena. Seguro que Trevor tampoco se ha quejado mucho…

Audrey sonrió para sí misma, mientras veía los tres puntitos moverse. Diane continuaba escribiendo.

Diane: ¿Y Daniel? ¿Se ha comportado o ha hecho el ridículo como de costumbre?

Audrey frunció el ceño.

Audrey: Ha habido un momento en el que he pensado que sospechaba algo, porque ha empezado a hacernos mil preguntas sobre «cómo nos conocimos», «cuánto tiempo llevamos saliendo», y esas cosas. Como si no se lo creyera.

Diane: Daniel es gilipollas. Siempre lo he pensado y cada día me lo confirma más.

Audrey: No seas mala… Bueno, la verdad es que un poco gilipollas sí es.

Diane: ¿Solo un poco? Qué bien estás lejos de él. Ese tío no era para ti, Audrey.

Audrey: Por cierto, se picó con Trevor durante el partido de voleibol que jugamos esta tarde. Se pusieron a competir como si fueran a ganar algo importante.

Diane: En plan, ¿pelea de gallos?

Audrey: Más o menos. Lo convirtieron en algo… personal. Sobre todo Daniel.

Diane: Supongo que Trevor no le dejaría ganar. Menudo es.

Audrey: No, para nada.

Diane: Me lo imaginaba. A mi hermano no le gusta perder ni a las canicas. Es muy competitivo.

Diane escribió de nuevo.

Diane: No le hagas ni puto caso, sigue disfrutando de tu «noviazgo». Y si tienes que volver a agarrarte a mi hermano cual lapa a una pared, hazlo… Ya sabes, para practicar.

Audrey soltó una risa floja y miró por la ventana hacia el mar, recordando las manos firmes de Trevor sujetándola mientras flotaban sobre el agua.

Era mejor que sus pensamientos no fueran por ahí.

Audrey: Lo has dicho tú, no yo.

Diane: Y lo mantengo. Pero dime… ¿mi hermano al menos está resultando útil en eso de fingir?

Audrey: Sí, mucho mejor de lo que esperaba.

Diane: Vaya, vaya… ¿Ah, sí?

Audrey negó con la cabeza, aunque sabía que Diane no la veía.

Audrey: No empieces.

Diane: Demasiado tarde. Pero tranquila, guardaré mis conclusiones para mí… por ahora.

Audrey: No puedo contigo.

Diane: Yo nunca voy a perder la esperanza de que mi hermano acabe saliendo contigo.

Audrey: ¡Ay, por favor, Diane! Eso sí que es imposible.

Diane: Audrey, mi amor, lee esto bien: yo *nunca* voy a perder la esperanza de que mi hermano termine cayendo rendido a tus pies. Es ley de vida. Hermana menor lo decreta.

Audrey respondió rápido, tecleando con energía.

Audrey: Diane, por el amor de Dios, ¡bájate de esa nube! Trevor y yo somos... *esto*. Nada más. Ni siquiera nos aguantamos en circunstancias normales.

Diane: Claro, por eso te abrazó como si fuera un koala cuando practicabais *flyboard*.

Audrey: Eso ha sido parte del *show*. Y lo sabes. Además, Trevor jamás se fijaría en mí. Lo conoces… Le gustan las chicas súper seguras, con ese rollo de «mujer fatal» y yo soy más bien… «desastre adorable».

Diane escribió de inmediato.

Diane: ¿Desastre adorable? ¡Anda ya! No te infravalores. Te aseguro que Trevor no es tan predecible como crees. Y te apuesto mi colección de bolsos de lujo a que ya lo ha hecho. Solo que no va a admitirlo. Y te mira diferente, aunque tú no lo veas.

A Audrey casi se le salieron los ojos de las órbitas.

Audrey: ¿Que me mira diferente? Diane, seguro que solo me ve como la amiga torpe de su hermana. O como la chica a la que tiene que salvar del ridículo en la boda de su exnovio.

Diane: Eso piensas tú porque eres muy modesta. Pero yo conozco a mi hermano y sé leerle la cara. Créeme, si alguna vez se le ocurre enamorarse de alguien, ojalá seas tú.

Audrey: ¿Enamorarse? ¿Trevor? Tu hermano tiene el corazón más blindado que la caja fuerte del Banco Central.

Diane: Yo sigo manteniendo mi esperanza. Y mi apuesta.

Audrey: Te vas a quedar sin bolsos, Diane.

Diane: Y tú, querida, vas a quedarte sin argumentos muy pronto.

Audrey: Jajaja, eres un caso perdido… Aunque gracias por el voto de confianza (a pesar de que estés loca). Pero él es Trevor Hunter, uno de los «Alfa de Chicago». Y yo soy... yo. No encajamos.

Diane: Loca pero visionaria. Ya verás.

Audrey escribió lo siguiente con cuidado, midiendo las palabras.

Audrey: Oye… ayer escuché a Trevor discutir con tu padre por teléfono. No estaba cotilleando, pero… bueno, fue imposible no escuchar, estamos en la misma habitación.

Diane: Ah, el clásico «Hunter vs. Hunter: la saga interminable». No te preocupes, no es nada nuevo. No recuerdo la última vez que tuvieron una conversación sin gritos. Trevor es el único que se

atreve a plantarle cara a mi padre. Está muy resentido con él, aunque no lo diga en voz alta. ¿Por qué discutían esta vez?

Audrey supo que lo que decía Diane era cierto. Mientras discutían, Trevor estaba tenso… pero no cedió ni un milímetro.

Respondió a la pregunta de Diane.

Audrey: Por Lucas. Trevor le decía que es normal que un niño de once años no quiera ir a un internado de Zúrich. Que se porta mal porque se siente solo y es su manera de rebelarse… como os pasó a vosotros.

Diane: Mierda. (Hizo una pausa antes de continuar, algo inusual en ella). Lo de Lucas es… complicado. Mi padre quiere sacarlo del internado de Indiana y meterlo en un internado en Zúrich, el mismo donde nos dejó a nosotros. Trevor casi rompe la mesa del comedor cuando se enteró.

Audrey: Se nota que lo quiere mucho. Le defendía con mucha vehemencia.

Diane: Es que se identifica mucho con Lucas. Se ve a sí mismo en él. Lucas es lo único bueno que salió de la tercera esposa de mi padre. Trevor se lo lleva a Chicago con él en vacaciones, le compra esos cómics de superhéroes que tanto le gustan, incluso lo llevó a un juicio menor de público para que lo viera defender un caso, porque Lucas dice que quiere ser abogado como él. Lo admira.

Audrey: ¿Y tu padre? ¿No es consciente de lo que está provocando?

Diane: Mi padre solo ve números. Y Lucas «interrumpe su flujo de trabajo», como hemos hecho siempre todos sus hijos. Trevor es

el que más se preocupa por él… aunque no lo admita. Detesta mostrar debilidad, incluso por su propio hermano.

Audrey se detuvo a pensar unos segundos antes de escribir.

Audrey: Después de la llamada, Trevor estaba… distinto, aunque trató de disimularlo. Como si llevara un peso enorme encima. No quiso hablar mucho del tema.

Diane: Bienvenida al club. El gran Trevor Hunter: experto en ganar casos imposibles en los tribunales, pero incapaz de admitir que quiere a alguien. A mí solo me gruñe cuando saco el tema. Así es él. Puede parecer duro, pero con Lucas es puro corazón. Ojalá mi padre lo entendiera alguna vez.

Audrey: ¿Hay algo que pueda hacer? Por Trevor, digo.

Diane: Sigue haciendo lo que ya haces: estar ahí cuando Trevor explote. Él necesita a alguien que sea… humano.

Audrey: ¿Y esa persona soy yo?

Diane: Sí, tú eres perfecta. Eres discreta, comprensiva y sabes escuchar. Lo sé por experiencia propia.

Audrey: Pones demasiadas expectativas en mí.

Diane: Tonterías.

El agua de la ducha dejó de sonar. Audrey se apresuró a teclear en la pantalla del móvil.

Audrey: Te dejo, tengo que arreglarme para la cena que han organizado esta noche los novios. Estoy harta. ¡No sabes las ganas que tengo de que acabe esto de una puta vez!

Diane: Paciencia. Mañana termina. ¡Venga, que tú puedes!

Audrey: Yo no estoy tan segura.

Diane: Claro que sí.

Audrey: Un beso.

Diane: Un beso.

CAPÍTULO 28

La noche había caído sobre la costa como un velo azul marino, trayendo consigo esa particular magia que solo existe en las noches de verano.

La suave brisa del océano se colaba por la ventana entreabierta, haciendo danzar las cortinas blancas, y arrastrando consigo una sinfonía de aromas: sal marina, flores nocturnas, y el característico perfume que deja el calor estival.

Frente al espejo, Audrey se giró para comprobar el efecto del vestido. Era de estilo pin-up blanco, con lunares negros, y salpicado aquí y allá por cerezas bordadas que parecían casi reales.

El escote cuadrado enmarcaba elegantemente sus clavículas y la falda abullonada le daba un aire al mismo tiempo inocente y seductor. Justo lo que buscaba para la cena informal que los novios habían preparado aquella noche en una boda que estaba resultando ser cualquier cosa menos ordinaria.

Con dedos impacientes rebuscó en su neceser hasta dar con la pulsera de plata con un dije de cereza que combinaba con el vestido.

Se la colocó en la muñeca izquierda e intentó cerrar el diminuto broche con una sola mano, pero los nervios y la prisa no ayudaban.

Maldijo en voz baja cuando la pulsera volvió a escaparse por tercera vez. De pronto sus dedos parecían haberse vuelto repentinamente torpes.

Suspiró.

Y volvió a intentarlo. Pero la pulsera volvió a resbalarse.

—Mierda —murmuró, con un gesto exasperado.

La puerta del baño estaba entreabierta, y el sonido de los pasos de Trevor resonó en el silencio de la habitación antes de que su voz, grave y ligeramente divertida, la sorprendiera.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó, mirándola de reojo mientras se abrochaba el puño de la camisa.

Llevaba oyéndola refunfuñar un rato.

Audrey giró la cabeza y lo vio bajo el marco de la puerta, impecable en un traje negro que se ajustaba a su figura como si hubiera sido cosido directamente sobre su cuerpo y que hacía que sus ojos parecieran aún más verdes bajo la luz cálida de la lámpara.

Llevaba la corbata floja, como si hubiera decidido a medio camino que no valía la pena el esfuerzo de recolocarla, y el primer botón de la camisa desabrochado, revelando un atisbo de piel bronceada, dándole un aire de despreocupada elegancia.

—Sí, por favor —suspiró Audrey, dejando caer los brazos a los costados en señal de rendición—. Tiene un cierre imposible para una sola mano.

Trevor se acercó sin prisa, con la gracia depredadora que solía reservar para la sala del tribunal. Cada paso medido y deliberado, y se detuvo frente a ella.

El aire pareció cargarse de electricidad estática.

Audrey extendió el brazo hacia él, intentando ignorar cómo su piel parecía hormiguear por la anticipación.

Trevor bajó la mirada.

Tomó su muñeca con una delicadeza sorprendente para unas manos tan grandes, y con un movimiento preciso, comenzó a trabajar en el pequeño cierre.

El contraste entre sus manos, grandes, cálidas, masculinas, y la piel delicada de Audrey era hipnótico.

Cuando la yema de su dedo índice rozó accidentalmente el punto donde su pulso latía con fuerza, Audrey tuvo que contener un jadeo.

—No te muevas —murmuró él.

Su voz sonaba más ronca de lo normal y tenía los ojos fijos en la tarea como si fuera el caso más importante de su carrera.

Pero era imposible no moverse, pensó Audrey. No cuando cada roce de sus dedos le enviaba un cosquilleo eléctrico por el brazo, como si cada célula despertara bajo su contacto. Era como si su piel

hubiera desarrollado una conciencia propia, una que solo respondía al toque de Trevor.

El silencio que los envolvía era denso.

Las risas lejanas del jardín parecían pertenecer a otro mundo, uno donde no existía esa tensión eléctrica entre ellos.

El único sonido real era el latido desbocado del corazón de Audrey, tan fuerte que estaba segura de que Trevor podía oírlo.

Durante un rato, ninguno dijo nada.

Audrey miró de reojo su perfil. La mandíbula tensa, las pestañas oscuras que proyectaban sombras sobre sus pómulos, el ligero fruncimiento de concentración entre sus cejas.

Y su respiración se volvió más profunda, más consciente, como si su cuerpo estuviera sincronizándose con el de Trevor.

Él levantó la vista despacio, aún sujetando su muñeca entre sus dedos.

—Listo —dijo finalmente, con una voz más baja de lo habitual.

Audrey tragó saliva, apartando la mirada hacia el espejo para comprobar el resultado.

—Gracias… Eres mi héroe —bromeó, forzando una sonrisa ligera mientras retiraba suavemente la mano.

Él sonrió también, aunque sus ojos seguían fijos en ella un instante más de lo necesario.

—¿Bajamos ya? —preguntó—. Si llegamos tarde, Megan y Daniel inventarán alguna teoría conspiranoica sobre por qué nos hemos demorado.

Audrey asintió rápidamente, agradecida por romper ese momento extraño que flotaba entre ambos. Cogió el bolso.

—Como si no lo hicieran ya —murmuró, siguiéndolo hacia la puerta.

El ascensor descendía con suavidad.

El espejo interior reflejaba a Audrey y Trevor como una pareja elegante y perfectamente coordinada. Ella con su vestido pin-up blanco con lunares negros, él con su traje negro y su camisa blanca que hacía que sus ojos parecieran más verdes que nunca.

Pero la imagen perfecta se resquebrajaba en los detalles.

Audrey se observó. Sus dedos rozaron levemente las pecas esparcidas sobre su nariz y mejillas.

—¿Se me notan mucho? —preguntó, frunciendo el ceño—. Las pecas, digo. El maquillaje las tapa lo justo, pero con este calor...

Trevor la miró sorprendido, deteniéndose un segundo antes de responder.

Miró su rostro con atención. Las pecas seguían ahí, sutiles bajo la base ligera, salpicando sus mejillas y el puente de la nariz como si fueran motas de sol.

—No —respondió, simplemente—. Pero ¿por qué demonios quieres taparlas?

Audrey se mordisqueó el labio inferior, un gesto nervioso que Trevor ya había aprendido a reconocer.

—A Daniel nunca le gustaron —admitió, encogiéndose levemente de hombros—. Decía que no me hacían parecer… elegante. Así que me acostumbré a ocultarlas.

El silencio que siguió fue tan cortante como el filo de una navaja.

Trevor apretó la mandíbula, los músculos de su cuello se tensaron.

—¿En serio sigues pensando en lo que le gustaba o no a ese imbécil? —La voz de Trevor era tranquila, pero con un filo peligroso —. Que las pecas no te hacen parecer elegante… —repitió. Soltó un bufido de incredulidad—. ¿No tienes ya suficientes pruebas para darte cuenta de que es un gilipollas integral?

Audrey abrió la boca para protestar, pero las palabras se atascaron en su garganta.

Porque Trevor tenía razón.

¿Por qué seguía importándole la opinión de Daniel?

Se encogió aún más sobre sí misma, sintiendo una mezcla de vergüenza y resignación.

—No lo sé… Supongo que es por costumbre —murmuró, ajustándose la correa del bolso—. Es difícil quitarte de encima años de... amoldarte a lo que alguien espera de ti. Son muchos años intentando gustarle en todo. A veces ni me doy cuenta de que sigo haciendo cosas solo porque él lo prefería así.

Trevor negó despacio con la cabeza.

Se volvió hacia ella completamente. Su cuerpo bloqueó el reflejo de Audrey en el espejo. Su expresión era inusual. No la habitual máscara de ironía o indiferencia, sino algo más crudo.

—Pues deja de hacerlo —dijo, con una intensidad que la sorprendió—. Las pecas te quedan genial. Te dan un aire… no sé, alegre, juvenil. Y auténtico. Parecen pequeñas constelaciones. ¿Por qué coño ibas a taparlas?

Audrey parpadeó, atrapada entre la incredulidad y un calor absurdo que le subía por el cuello.

¿Había dicho constelaciones? ¿Sus pecas? ¿Trevor Hunter, el hombre que comparaba el amor con cláusulas legales?

El ascensor se detuvo con un *ding* suave y un tintineo, y las puertas metálicas empezaron a abrirse para revelar el vestíbulo del hotel. Pero ni Audrey ni Trevor se movieron.

—No lo sé —confesó ella al fin, sosteniendo su mirada—. Tal vez lo hacía porque nadie me había dicho que no debería.

Trevor exhaló por la nariz, como si luchara contra algún comentario sarcástico (o contra dar un puñetazo a Daniel cuando lo viera). Finalmente, extendió un brazo para sujetar la puerta del ascensor.

—Pues ahora ya lo sabes —dijo, con esa prepotencia suya que, de algún modo, sonaba a verdad—. Y si Daniel vuelve a decir una estupidez semejante, arrójale café caliente a la cara. Mejor hirviendo.

Audrey rio, y el peso en su pecho se alivió. Tal vez podría empezar a aprender a querer esas pequeñas constelaciones sobre su

piel.

CAPÍTULO 29

El comedor del hotel resplandecía bajo la luz dorada de las modernas lámparas de bambú.

El tintineo de los cubiertos y las risas de los invitados se mezclaba con el eterno murmullo del Pacífico a través de las ventanas abiertas de par en par.

Audrey, sentada junto a Trevor en una mesa redonda decorada con un centro con peonías y velas flotantes y situada cerca de uno de los balcones con vistas al mar, jugueteaba distraídamente con su copa de Chardonnay mientras fingía escuchar la conversación general.

No podía evitarlo. Cada vez que levantaba la vista, allí estaba Megan.

Sentada frente a ellos (con un vestido rojo escandalosamente ajustado y los labios pintados de un tono que gritaba «aquí estoy, mírame»), no dejaba de lanzar miradas a Trevor.

No se las había dejado de lanzar en toda la noche. De hecho, desde que habían llegado a Laguna Beach, Megan había estado orbitando alrededor de Trevor como un satélite bien perfumado.

Eran miradas largas, calculadas, que se deslizaban por su perfil como si estuviera evaluando un menú. Un suculento menú.

Se reía demasiado alto y demasiado forzado por cualquier comentario que hiciera Trevor, inclinándose hacia él con una familiaridad que a Audrey le resultaba incómoda, y proporcionándole una vista de su delantera que habría hecho sonrojar a cualquiera.

Cada vez que Trevor hablaba, aunque solo fuera para pedir la sal, Megan lo miraba como si acabara de contar el chiste más ingenioso del mundo.

Audrey vio cómo la mano con la perfecta manicura francesa de Megan rozaba los dedos de Trevor al pasarle el pan, y cómo sus ojos no se apartaban ni un segundo de él. Era como ver a una serpiente hipnotizando a su presa, solo que la presa parecía completamente ajena al espectáculo.

«No es de tu incumbencia —se repitió Audrey mentalmente mientras apuñalaba sin piedad su salmón—. Esto es solo un acuerdo… profesional. Un contrato verbal. Una representación teatral para un público específico».

Audrey intentó convencerse de que no le importaba. Después de todo, ella y Trevor solo estaban fingiendo ser pareja. Pero cuanto más avanzaba la cena, más difícil se hacía ignorar la sensación ácida que se expandía en su estómago cada vez que Megan encontraba una nueva excusa para tocar a Trevor o reírse de algo que él había dicho.

¿Qué cojones se creía?

Audrey se inclinó hacia Trevor, bajando la voz para que solo él pudiera oírla.

—Megan te mira como si formaras parte del menú —comentó, esforzándose por sonar casual y despreocupada, mientras masacraba otro trozo inocente de salmón con el cuchillo y el tenedor.

—Se debe de creer que soy el postre —bromeó Trevor, sin darle ningún tipo de importancia.

—Tú y yo estamos aquí como pareja. ¿No debería, no sé…, respetar eso un poco? —dijo Audrey. La indignación teñía sus palabras a pesar de sus esfuerzos por mantener un tono neutral—. Si yo estuviera en su lugar y supiera que alguien está con otra persona, no me comportaría así delante suyo. Es cuestión de educación básica.

—Megan parece muy directa —comentó Trevor.

—Lo es. Siempre ha sido así —confirmó Audrey, recordando todos los incidentes similares desde sus días de universidad.

Megan siempre había sido del tipo «lo que Megan quiere, Megan lo consigue», sin importar quién estuviera en medio. Era caprichosa, antojadiza y siempre andaba rondando a los chicos que salían con sus amigas.

Audrey pinchó un trozo de salmón, pero no se lo llevó a la boca. Lo contempló en su tenedor como si el pescado pudiera revelarle los secretos del universo, o al menos encontrar una explicación lógica para el desasosiego que sentía cada vez que Megan miraba a Trevor de la forma que lo hacía.

—A veces pienso que le divierte —murmuró en voz baja, apenas audible sobre el tintineo de copas y la música ambiental—. Como si fuera un juego para ver hasta dónde puede llegar. —Hizo una pausa, recordando episodios pasados—. Con Daniel también lo ha hecho alguna vez.

«Y con prácticamente cualquier hombre que respire y tenga un buen traje», añadió mentalmente.

Trevor ladeó la cabeza con ese gesto suyo tan característico, observando a Megan por el rabillo del ojo mientras ella charlaba animadamente con otro invitado, aunque era obvio que su atención seguía volviendo a él cada pocos segundos.

—¿Y tú? —preguntó a Audrey, bajando aún más la voz—. ¿Hasta dónde crees que va a llegar?

Audrey alzó la vista y se encontró atrapada en los cálidos y atentos ojos de Trevor, que bajo la luz de las velas parecían más oscuros, más intensos. Se encogió de hombros, intentando restarle importancia.

—Cien dólares a que antes del postre «tropieza» y se cae «accidentalmente» encima de ti —apostó, dibujando comillas en el aire con los dedos—, y doscientos a que su vestido es *por arte de magia* más escotado después del café.

Trevor ahogó una risa en su copa de vino tinto. El sonido reverberó contra el cristal.

—Entonces, tendré que mirarte a ti el doble para que sepa que pierde el tiempo. —Sus ojos brillaron con diversión—. Falsamente,

claro —añadió, dando un largo trago de vino que Audrey siguió con la mirada. Se fijó en cómo su nuez subía y bajaba.

—Claro —repitió ella, en tono solemne—. Pura estrategia de actuación.

Trevor apoyó el codo en el mantel de lino blanco y se inclinó hacia ella, acercándose tanto que Audrey pudo distinguir las distintas tonalidades de verde en sus iris y las motas doradas que lo salpicaban.

—¿Quieres que te coja de la mano? —murmuró, su voz como terciopelo. Audrey pudo sentir el leve cosquilleo de su aliento junto a su oreja—. ¿O prefieres que te bese delante de todos para dejarle claro quién me interesa?

El corazón de Audrey dio un vuelco inesperado, tan violento que por un momento temió que fuera visible a través de su vestido.

Se obligó a reír suavemente, como si la sugerencia no hubiera enviado una corriente eléctrica por todo su cuerpo; como si todo aquello fuera solo parte del papel que interpretaban.

En ese momento, Megan decidió hablar.

—Trevor… —Su voz cortó el momento como un cuchillo—. ¿No vas a probar el vino blanco? Está exquisito. —Su mirada era tan sugerente que podría haber sido censurada en horario infantil.

Algo primitivo y posesivo se despertó en Audrey.

Sin pensarlo, sin analizar por qué su cuerpo reaccionaba antes que su cerebro, o por qué lo hacía, apoyó una mano en el hombro de Trevor. Sus dedos se hundieron en la tela de la camisa como si quisieran dejar una marca permanente.

—Mi novio prefiere el tinto —dijo, con una dulzura venenosa —. Como yo. ¿Sabes? Es una de esas cosas que compartimos.

«Como el espacio personal que estás intentando invadir —añadió en silencio para sí misma—. Pero ¿de qué va esta tía?», se preguntó con fastidio.

Megan parpadeó, momentáneamente desconcertada por la respuesta de Audrey, pero antes de que pudiera responder, Trevor intervino.

—Mi novia tiene razón, prefiero el tinto —confirmó, cubriendo la mano de Audrey con la suya y apretándola en un gesto que sintió demasiado natural, demasiado real—. Pero gracias por el ofrecimiento.

Una sombra de disgusto pasó por los ojos de Megan, pero tan pronto como apareció, se fue. Bajó la mirada hacia su plato con una sonrisa tensa, y Audrey, a pesar de la satisfacción de la victoria, no pudo evitar notar lo bien que encajaba su mano bajo la de Trevor. En cómo su palma grande y cálida parecía hecha a medida para cubrir la suya. En cómo ese simple contacto enviaba suaves ondas de calor por todo su brazo.

Y lo mucho, muchísimo que le gustaba esa sensación.

Cuando fue consciente de ello, retiró la mano de golpe, como si el contacto le quemara.

Audrey contempló su mano, aún hormigueando por el contacto con Trevor, y sintió que el pánico se mezclaba con algo más profundo, más peligroso.

¿Cuándo habían empezado sus terminaciones nerviosas a despertar ante su presencia?

¿En qué momento su cuerpo había comenzado a gravitar hacia Trevor como si él fuera su propio campo magnético personal?

Y lo peor no era la forma en que su corazón se aceleraba cuando él estaba cerca, ni cómo su piel parecía vibrar ante el más mínimo contacto, no, lo verdaderamente aterrador era lo natural que parecía todo, como si su cuerpo hubiera estado esperando eso desde siempre y su mente fuera la última en enterarse.

«Esto no estaba en el plan», pensó.

CAPÍTULO 30

El sonido de música country flotaba desde el jardín trasero del resort, mezclándose con las risas y los gritos de emoción de los invitados.

Daniel y Eimear habían decidido añadir un toque del «oeste» a su perfecta boda californiana, y el resultado era una mezcla surrealista de elegancia costera y bar de carretera que, por alguna razón inexplicable, funcionaba.

Audrey observaba la escena desde la terraza con una sonrisa incrédula dibujada en los labios.

En el centro del jardín, rodeado de balas de heno decorativas y guirnaldas de luces, se alzaba un toro mecánico negro con manchas blancas, montado sobre una plataforma acolchada que parecía sacada directamente de un rodeo texano.

—¿En serio han puesto un toro mecánico en una boda? —preguntó Trevor, apareciendo a su lado con un par de refrescos.

Su voz llevaba esa mezcla particular de incredulidad y diversión que Audrey había aprendido a asociar con los momentos en que Trevor se enfrentaba a algo completamente fuera de su zona de confort.

—Bienvenido al mundo de Daniel —respondió ella, aceptando uno de los refrescos—. El hombre que convierte todo en un espectáculo. Quiso que el tema de la fiesta de mi cumpleaños fuera hawaiano… en pleno enero.

Trevor soltó una risa grave.

—Tu ex tiene un serio problema con la coherencia temática —comentó, observando cómo un invitado especialmente valiente (y evidentemente borracho) se tambaleaba hacia el toro mientras era animado por el resto del grupo.

El tipo duró exactamente ocho segundos antes de salir volando hacia las colchonetas azules que rodeaban la atracción, entre las carcajadas del público.

—¡Siguiente víctima! —gritó el operador del toro, un hombre bronceado con sombrero de cowboy que parecía estar disfrutando cada segundo del espectáculo—. ¿Quién se atreve a domar a Tornado?

—¿Tornado? —murmuró Audrey—. ¿Han bautizado al toro mecánico?

—Claro que sí —dijo Trevor, con esa sonrisa ladeada que significaba que estaba a punto de decir algo especialmente sarcástico—. Porque nada describe mejor que «elegancia nupcial» como un toro mecánico con nombre propio.

Audrey se echó a reír, y el sonido se perdió entre los gritos del público cuando otra pareja decidió probar suerte.

La mujer, vestida con un elegante vestido de cóctel que definitivamente no había sido diseñado para montar toros mecánicos, se aferró a su acompañante con tal desesperación que ambos terminaron en el suelo antes de que el toro completara su primera vuelta.

—Esto es como ver un accidente de tráfico en esos vídeos que circulan por las redes —comentó Audrey—. Horrible, pero no puedes apartar la vista.

Trevor dio un sorbo de su refresco. Sus ojos verdes brillando con malicia mientras observaba el caos.

—¿Sabes qué? —dijo de repente, girándose hacia ella con una expresión que Audrey había aprendido a temer—. Deberíamos intentarlo.

Audrey casi se atragantó con su bebida.

—¿Perdón? —tosió, limpiándose la boca con el dorso de la mano —. ¿Nosotros? ¿En esa cosa?

—¿Por qué no? —Trevor se encogió de hombros con esa despreocupación calculada que usaba cuando sabía perfectamente que estaba sugiriendo algo descabellado—. Todos esperan que los

invitados de la boda participen en las actividades. Y después de lo del *flyboard*, ya sabes que trabajo bien bajo presión.

—El *flyboard* era agua —protestó Audrey—. Esto es... esto es un toro mecánico. Con cuernos. Y una actitud problemática, por lo que he visto.

Trevor la miró con la expresión que había perfeccionado a lo largo de los años para desarmar a los jurados más escépticos.

—¿Tienes miedo? —preguntó, bajando la voz hasta convertirla en un desafío aterciopelado.

Y ahí estaba.

El mismo tono que había usado para convencerla de hacer *flyboard*, el mismo brillo travieso en los ojos que decía que sabía exactamente qué botones presionar para que ella cediera.

Audrey entornó la mirada.

—Estás usando psicología inversa conmigo, Hunter.

—¿Funciona? —replicó él, sin ni siquiera intentar negarlo.

Audrey miró el toro, luego a Trevor, luego de nuevo al toro.

La música country sonaba más fuerte, los invitados gritaban animando a la siguiente pareja, y Daniel se encontraba entre el público, observando todo con esa sonrisa autosuficiente que tanto le molestaba.

Fue entonces cuando tomó su decisión.

—Vale —dijo, terminándose el refresco de un trago—. Pero si me caigo y me rompo algo, te demando.

La sonrisa de Trevor se extendió lenta y brillante por sus labios.

—Acepto el riesgo —murmuró, ofreciéndole su brazo—. Vamos a darles un espectáculo que no olviden.

Caminaron hacia la plataforma entre los gritos de ánimo de los invitados.

Audrey era dolorosamente consciente de todas las miradas fijas en ellos, especialmente la de Megan, que observaba desde primera fila con una expresión que oscilaba entre la esperanza de verlos hacer el ridículo y la evidente irritación de ver a Trevor con otra mujer.

—¡Los tortolitos se animan! —gritó alguien desde el público, y Audrey sintió cómo el calor le subía por las mejillas.

El operador del toro les hizo una señal con la mano para que se acercaran.

—¿Quién va delante? —preguntó, masticando un palillo de dientes con la desenvoltura de alguien que había visto demasiados desastres como para sorprenderse.

Trevor miró a Audrey con una ceja alzada.

—¿Confías en mí? —le preguntó.

—En este momento, esa es una pregunta muy peligrosa —respondió ella, pero ya estaba subiendo a la plataforma.

Trevor se montó primero, acomodándose sobre la silla de cuero negro del toro con la misma elegancia con la que se sentaría en su silla de oficina.

Audrey se quedó paralizada durante unos segundos, observando sus manos mientras se aferraban a las riendas de cuero, la forma en que sus músculos se tensaban bajo la camisa blanca.

—¿Subes o piensas quedarte ahí admirando el paisaje? —preguntó Trevor por encima del hombro, con esa sonrisa que debería ir con una advertencia.

Audrey sintió que el rubor le subía desde el cuello hasta las orejas, pero se las arregló para responder con una mirada fulminante antes de montarse detrás de él.

Y ahí fue cuando se dio cuenta del error monumental que habían cometido.

La silla del toro mecánico no había sido diseñada para dos personas, especialmente no para dos personas que intentaban desesperadamente fingir que no había nada real entre ellos.

Audrey tuvo que pegarse completamente a la espalda de Trevor, sus muslos presionando contra los de él, su pecho apretado contra sus omóplatos.

—¿Estás cómoda? —preguntó Trevor, y su voz sonaba ligeramente tensa.

—De puta madre —mintió Audrey, intentando no pensar en lo sólida que notaba la espalda de Trevor contra ella, en el calor que irradiaba a través de la tela de su camisa.

El operador les gritó algo sobre agarrarse fuerte, pero las palabras se perdieron en el rugido del mecanismo al activarse. El toro dio una primera sacudida suave, casi amistosa, como si estuviera probando el movimiento.

—Esto no está tan mal —comentó Audrey, relajándose ligeramente.

Fue entonces cuando Tornado decidió mostrar por qué se había ganado su nombre.

El toro se sacudió hacia la izquierda con una violencia que hizo que Audrey soltara un grito y se aferrara al torso de Trevor con una desesperación que habría hecho que un koala se sintiera orgulloso.

Sus dedos se hundieron en su pecho, sintiendo la definición de sus músculos incluso a través de la camisa.

—¡Joder! —exclamó, enterrando la cara en su hombro cuando el toro giró en la dirección opuesta.

Trevor soltó una carcajada que vibró contra su mejilla.

—¡Pensé que ibas a ser tú la que se cayera primero! —le gritó por encima del rugido de la máquina y de la algarabía de la gente.

—¡Cállate y conduce esta cosa! —respondió ella, apretándose más contra él cuando el toro decidió añadir un movimiento hacia adelante que los hizo deslizarse peligrosamente hacia el cuello del animal mecánico.

Los gritos del público se intensificaron.

Audrey pudo escuchar la voz de Megan por encima de las demás, aunque no pudo distinguir las palabras. Probablemente estaba apostando sobre cuántos segundos más iban a durar.

El toro se inclinó hacia atrás, y durante un momento aterrador, Audrey sintió que se deslizaba. Su agarre alrededor del torso de Trevor se volvió aún más desesperado, sus brazos rodeándolo completamente mientras sus piernas se tensaban contra los flancos del animal.

Era imposible ignorar la forma en que el cuerpo de Trevor se movía bajo sus manos, cómo cada músculo se tensaba y relajaba mientras luchaba por mantener el equilibrio. Era como abrazar a una estatua griega que hubiera cobrado vida, solo que más cálida y con un aroma que mezclaba su colonia con el leve olor a adrenalina del momento.

—¡Audrey! —gritó Trevor cuando el toro hizo un giro particularmente impetuoso—. ¡Si sigues apretándome así, no voy a poder respirar!

—¡Si me suelto, me caigo! —contestó ella, pero aflojó ligeramente el agarre, solo para tener que volver a aferrarse de nuevo cuando el toro decidió alzar la parte delantera, simulando ponerse en dos patas, como lo haría un caballo.

El mundo se había reducido a la sensación del cuerpo de Trevor contra el suyo, al calor que irradiaba a través de la ropa, al ritmo de su respiración que podía sentir bajo sus manos.

Era extrañamente íntimo estar tan cerca, moverse al unísono mientras luchaban contra la máquina que parecía decidida a separarlos.

Trevor podía sentir cada respiración de Audrey contra su nuca, cada pequeño ajuste que hacía para mantener el equilibrio.

Sus brazos alrededor de su torso parecían sorprendentemente perfectos, como si hubieran estado diseñados para estar ahí.

Audrey era una distracción peligrosa cuando necesitaba toda su concentración para no terminar en las colchonetas.

—¡Cuarenta y cinco segundos! —gritó el operador—. ¡Es un nuevo récord para parejas!

El público rugió con aprobación, y Audrey sintió una inyección de determinación corriendo por sus venas.

—¡No podemos caernos ahora! —le gritó a Trevor al oído—. ¡Somos los mejores!

—¡Únicamente no te sueltes! —respondió él, y había algo en su voz que la hizo pensar que no se refería solo al toro mecánico.

Pero Tornado tenía otros planes.

Con un movimiento que solo podía ser descrito como diabólico, el toro se sacudió hacia delante, luego hacia atrás, y finalmente ejecutó un giro completo sobre sí mismo que desafió las leyes de la física y la compostura.

Audrey sintió cómo perdía el agarre.

Trevor trató de compensarlo, inclinándose hacia un lado, pero el momento ya se había perdido.

Salieron volando del toro en una maraña de brazos y piernas, aterrizando en las colchonetas azules con un sonido sordo que fue inmediatamente ahogado por los rugidos de aprobación del público.

Audrey aterrizó directamente encima de Trevor, sus caras a escasos centímetros de distancia, sus respiraciones agitadas mezclándose en el espacio entre ellos.

Durante unos segundos, ninguno de los dos se movió, atrapados en esa burbuja de adrenalina e intimidad accidental.

Los ojos verdes de Trevor la miraban con una intensidad que la dejó sin aliento, y por un segundo loco, Audrey pensó que iba a besarla. Ahí mismo, delante de todos, con las colchonetas azules como testigo.

Pero entonces el operador gritó:

—¡Un minuto y catorce segundos! ¡Nuevo récord absoluto!

Y la burbuja estalló.

Por los aires.

En mil pedazos.

Audrey se echó a reír. Empezó como una risita nerviosa, pero pronto se convirtió en una carcajada incontrolable que la sacudía contra el pecho de Trevor.

Él la siguió, su risa profunda y rica mezclándose con la de ella hasta que ambos se convulsionaban de la risa, incapaces de parar.

—No puedo creer que hayamos durado más de un minuto —jadeo Audrey entre risas—. ¡En esa cosa diabólica!

—No puedo creer que aún sigamos vivos —respondió Trevor, limpiándose las lágrimas de los ojos.

El público seguía gritando y aplaudiendo, pero ellos estaban perdidos en su propio mundo de risa y adrenalina. Era como si hubieran compartido algo más que una simple atracción mecánica, como si hubieran sobrevivido juntos a una aventura épica.

Finalmente, cuando sus risas se calmaron lo suficiente como para que pudieran respirar normalmente, Trevor se las arregló para sentarse en las colchonetas.

Extendió una mano hacia Audrey con una sonrisa que aún llevaba rastros de su diversión.

—¿Madame? —dijo con una formalidad exagerada que contrastaba cómicamente con su pelo despeinado y su camisa arrugada.

Audrey miró su mano extendida, luego su cara, y sintió algo cálido y peligroso expandirse en su pecho. No era solo la caballerosidad del gesto, sino la forma en que la miraba, como si acabaran de compartir el mayor secreto del mundo.

—Gracias, señor —respondió, aceptando su mano y permitiendo que la ayudara a levantarse.

Pero cuando sus dedos se entrelazaron y Trevor tiró suavemente de ella para ponerla en pie, Audrey se dio cuenta de que se había acercado demasiado. Estaban cara a cara otra vez, sus manos aún entrelazadas, y el ruido del público parecía venir de muy lejos.

—Tenemos que salir de aquí antes de que Megan decida venir a felicitarnos —murmuró Trevor, pero no hizo ningún movimiento para soltarle la mano.

—Buena idea —susurró Audrey, pero ella tampoco se apartó.

Fue Trevor quien finalmente rompió el hechizo, soltándole la mano y ayudándola a bajar de la plataforma acolchada.

Mientras caminaban de vuelta hacia la terraza, rodeados de aplausos y felicitaciones, Audrey no pudo evitar notar que su mano aún hormigueaba donde Trevor la había tocado.

Y que no estaba fingiendo cuando sonreía.

CAPÍTULO 31

El camino de vuelta a la terraza fue como caminar a través de un túnel temporal.

Audrey era consciente de cada paso, de cada felicitación que les gritaban al pasar, de las palmadas en la espalda de desconocidos que celebraban su hazaña en el toro mecánico. Pero todo parecía llegar a través de un filtro, como si estuviera viendo la escena desde fuera de su propio cuerpo.

Su mano derecha aún hormigueaba donde Trevor la había sostenido.

Era ridículo.

Completamente ridículo.

Era solo un gesto de cortesía. La clase de cosa que haría cualquier caballero para ayudar a una dama a levantarse. Pero sus terminaciones nerviosas parecían no estar al tanto sobre protocolos sociales básicos.

«Concéntrate, Audrey —se ordenó mentalmente—. Esto es solo la adrenalina. Es normal sentirse... eufórica después de una experiencia así. Es biología básica. Endorfinas. Dopamina. Química cerebral simple.»

Pero entonces Trevor se giró para comprobar que estaba bien, y esa sonrisa suya, esa sonrisa que había empezado como pura diversión y que ahora llevaba algo más cálido, algo más suave, hizo que todas sus explicaciones científicas se desmoronaran como un castillo de naipes.

«Dios mío —pensó, mientras devolvía el saludo a una pareja que los felicitaba por su actuación—, me… me gusta.»

La revelación la golpeó como un martillo. No era la adrenalina. No era la química del momento. No era ni siquiera el síndrome de

Estocolmo romántico de fingir ser su novia durante tres días.

Era algo mucho más profundo, mucho más peligroso.

Le gustaba Trevor Hunter.

El hombre que no creía en el amor.

El hermano de su mejor amiga.

El tipo que había accedido a ese plan loco como un favor y que probablemente estaría contando las horas para poder volver a Chicago y olvidarse de toda aquella pantomima.

«Perfecto —se dijo con amargura—. Simplemente perfecto, Audrey. ¿Podrías haber elegido un momento peor para darte cuenta de esto? ¿O un hombre menos disponible emocionalmente?»

Trevor le ofreció su brazo mientras navegaban entre los grupos de invitados, y Audrey lo aceptó con una sonrisa que esperaba que no revelara la tormenta emocional que acababa de estallar en su interior.

—¿Estás bien? —le preguntó él, inclinándose hacia ella mientras esquivaban a un camarero con una bandeja de cócteles—. Te has quedado muy callada.

—Solo estoy procesando el hecho de que hemos sobrevivido a Tornado —mintió, porque la verdad era que estaba procesando el hecho de que le gustaba un hombre que probablemente vería sus sentimientos como una complicación contractual.

—Hemos sido épicos —confirmó Trevor, y el orgullo en su voz la hizo sonreír a pesar de su crisis existencial.

Fue entonces cuando apareció Megan como un misil rosa dirigido directamente hacia ellos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, prácticamente rebotando sobre sus tacones de aguja mientras se acercaba—. ¡Ha sido increíble! ¡Increíble! —Sus ojos brillaban con una excitación que parecía verdadera, aunque Audrey detectó algo más calculado debajo—. Un minuto y catorce segundos. Nadie más ha pasado de los cuarenta.

—Ha sido suerte de principiante —respondió Audrey, intentando parecer modesta mientras notaba cómo la mirada de Megan se demoraba demasiado tiempo en el pelo despeinado de Trevor.

—Oh, no ha sido suerte —corrigió Megan, y su voz adoptó ese tono de falsa admiración que Audrey conocía demasiado bien—. Ha sido trabajo en equipo. Se notaba que... bueno, que estáis muy compenetrados. —Sus ojos se movieron entre ellos con la precisión de un escáner—. Muy... íntimos.

La palabra «íntimos» salió de sus labios como si tuviera un sabor particular, y Audrey sintió un escalofrío de incomodidad recorrerle la espalda.

—Bueno —intervino Trevor, y su voz llevaba esa nota de finalidad que Audrey había aprendido a reconocer como su modo de cerrar conversaciones no deseadas—, cuando confías en alguien, es más fácil coordinarse.

«Cuando confías en alguien.» Las palabras resonaron en la mente de Audrey de una manera que probablemente Trevor no había pretendido.

—Claro, claro —dijo Megan, pero sus ojos se habían vuelto más afilados—. La confianza es tan importante en una relación. ¿Verdad, Audrey? —La miró directamente, y había algo en su sonrisa que parecía un desafío—. Aunque a veces me pregunto si la confianza puede desarrollarse tan rápido. Ya sabes, en relaciones... nuevas.

Audrey sintió que se le erizaban los pelos de la nuca.

Ahí estaba.

Megan estaba pescando, buscando grietas en su historia, inconsistencias que pudiera explotar.

—Supongo que depende de las personas involucradas —respondió Audrey con cuidado, manteniendo su tono ligero—. Algunas conexiones son... inmediatas.

—Oh, absolutamente —concordó Megan, pero su sonrisa no llegaba a sus ojos—. Aunque me sorprende que Daniel no me hubiera mencionado que tenías novio, Audrey. Ya sabes cómo es él, siempre está al tanto de todo lo que pasa en la vida de sus... amigos.

La palabra «amigos» fue pronunciada con el mismo cuidado que alguien manejaría una bomba sin detonar.

Trevor se tensó ligeramente al lado de Audrey, pero antes de que pudiera responder, otra voz se unió a la conversación.

—¿De qué estáis hablando?

Daniel apareció como si hubiera sido invocado por la mención de su nombre, con Eimear de su brazo y una expresión en el rostro que Audrey no pudo descifrar completamente. Había algo en sus ojos, una intensidad que la hizo sentir incómoda.

—Estaba felicitando a Audrey y Trevor por su actuación en el toro —explicó Megan, con ese tono dulce que usaba cuando sabía que estaba a punto de remover las aguas—. Ha sido realmente... impresionante ver lo bien que trabajáis juntos.

Daniel asintió lentamente, pero su mirada se movía entre Trevor y Audrey con el mismo rigor analítico que había mostrado durante el desayuno.

—Sí, ha sido algo digno de ver —dijo, y había una nota extraña en su voz—. Perfecto, como si hubierais estado haciendo esto durante años.

Eimear parecía completamente ajena a las indirectas soterradas de la conversación.

—¡Ha sido tan romántico! —exclamó—. La forma en que os agarrabais el uno al otro, como si el mundo pudiera acabarse y no os importara mientras estuvierais juntos. Es exactamente el tipo de complicidad que espero tener con Daniel cuando llevemos más tiempo casados.

El silencio que siguió fue tan espeso que Audrey juró que podía cortarlo con un cuchillo.

Daniel miró a su prometida con una expresión que nadie hubiera podido descifrar, ni siquiera ella misma. Megan sonrió con demasiada dulzura, y Trevor se mantuvo impasible como una estatua griega especialmente bien vestida.

—Bueno —dijo Audrey finalmente, porque alguien tenía que romper el momento—, creo que necesito algo de beber después del revolcón que nos ha dado Tornado. Un cóctel me está llamando.

«Uno especialmente que tenga mucho alcohol», pensó para sus adentros.

—Te acompaño —dijo Trevor inmediatamente, y Audrey sintió un alivio tan intenso que casi fue doloroso.

Mientras se alejaban del grupo, Audrey pudo notar las miradas siguiéndolos. Especialmente la de Daniel, que parecía estar diseccionando cada movimiento, cada gesto, cada palabra.

La terraza del hotel estaba iluminada por antorchas que creaban un ambiente íntimo y romántico, con sofás y mesas bajas distribuidos estratégicamente para aprovechar las vistas al océano.

Algunas parejas se habían instalado en los rincones más apartados, susurrando y riéndose en voz baja, mientras que otros grupos se habían congregado alrededor del bar al aire libre.

Trevor guio a Audrey hacia uno de los sofás más alejados, uno que ofrecía una vista espectacular del Pacífico iluminado por la luna pero que también los colocaba convenientemente lejos de oídos curiosos.

—Bueno —dijo Trevor, ya sentados—, ha sido interesante.

—«Interesante» es una forma muy diplomática de describir un interrogatorio —murmuró Audrey, hundiendo sus dedos en el suave cojín del sofá—. Megan estaba prácticamente tomando notas para un informe de investigación.

—Y Daniel no se ha perdido ni un detalle —añadió Trevor, girándose hacia ella en el sofá de manera que pudiera verla mejor—. Ese tío tiene todos los instintos de un fiscal. Y no precisamente de los buenos.

Audrey suspiró, dejando caer la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas que comenzaban a aparecer en el cielo californiano.

—A veces me pregunto si me conoce demasiado bien —admitió —. Si puede ver a través de mí de una manera que los demás no pueden.

Trevor la estudió en el silencio que siguió.

La luz de las antorchas jugaba con los contornos de su rostro, destacando la curva de sus pómulos y haciendo que sus ojos

parecieran más profundos, más misteriosos.

—¿Y qué vería? —preguntó finalmente. Su voz era tan baja que tuvo que inclinarse hacia ella para escucharla.

La pregunta flotó entre ellos como una invitación peligrosa.

Audrey sintió que su corazón se aceleraba, no solo por la proximidad de Trevor, sino por la forma en que la estaba mirando, como si realmente quisiera saber la respuesta.

—No lo sé —susurró, y fue la verdad más honesta que había dicho en días—. Quizás esté tratando de averiguar si lo nuestro es real o fingido.

Trevor se quedó muy quieto, sus ojos fijos en los de Audrey con una intensidad que la hizo sentir como si la estuvieran viendo realmente por primera vez en mucho tiempo.

El teléfono de Trevor comenzó a sonar, cortando el momento como un sable un pañuelo de seda.

CAPÍTULO 32

El nombre «Raymond Hunter» parpadeaba en la pantalla del teléfono de Trevor como una advertencia de tormenta. Ni siquiera ponía «papá». Hacía muchos años que Trevor llamaba a su padre por su nombre de pila.

Sus mandíbulas se tensaron automáticamente, y Audrey notó el cambio inmediato en su postura: de relajada a militar en menos de un segundo.

—¿Tu padre? —preguntó ella en voz baja, reconociendo la expresión que había visto en el rostro de Trevor cuando tuvo lugar la primera llamada.

Trevor asintió.

Su pulgar dudando sobre la pantalla.

No sabía si cogerlo o no.

—Lo siento —murmuró, levantándose del sofá con un movimiento fluido pero tenso—. Tengo que cogerlo. Cuando no respondo, se vuelve más insistente.

—Por supuesto —dijo Audrey, aunque algo en su estómago se retorció al ver la transformación de Trevor.

El hombre relajado que había estado riéndose con ella momentos antes había desaparecido, reemplazado por alguien que parecía estar preparándose para una batalla.

—No tardaré —prometió él, aunque los dos sabían que era una mentira piadosa. Las llamadas con su padre eran impredecibles.

Audrey lo vio alejarse hacia las escaleras que bajaban a la playa, su silueta cada vez más pequeña bajo la luz plateada de la luna.

Incluso a distancia, podía advertir la rigidez de sus hombros, la forma en que su mano libre se cerró en un puño mientras se alejaba de las voces, el bullicio y la música del resort.

Trevor caminó por la arena hasta que las luces del hotel se convirtieron en un resplandor distante.

El sonido de las olas era más fuerte ahí, proporcionando una cortina de ruido que esperaba que fuera suficiente para que nadie escuchara lo que estaba a punto de convertirse en la segunda guerra mundial verbal.

Respiró hondo antes de deslizar el dedo para responder.

—¿Qué quieres ahora? —Su voz cortó el aire nocturno como una navaja.

—Buenas noches para ti también, Trevor —respondió la voz familiar al otro lado de la línea.

Raymond Hunter sonaba exactamente igual que siempre: controlado, distante, con esa entonación que sugería que el resto del mundo estaba interrumpiendo algo mucho más importante.

—Supongo que las clases de modales en ese caro internado suizo fueron dinero tirado a la basura.

Trevor cerró los ojos y contó hasta tres.

Luego hasta cinco.

No funcionó.

—Vete al grano, Raymond. Estoy ocupado.

—Raymond. Qué formal. Como siempre.

Hubo una pausa, y Trevor pudo imaginar perfectamente a su padre en su despacho del centro, probablemente mirando por el ventanal que daba al río Chicago, mientras decidía qué tecla presionar primero.

—Te estoy llamando porque necesito que hables con tu hermano.

—¿Con cuál de ellos? Tengo seis, por si no lo recuerdas—replicó Trevor, empezando a caminar de un lado a otro sobre la arena.

Sus zapatos se hundían ligeramente con cada paso, pero el movimiento le ayudaba a canalizar la energía que ya comenzaba a hervir en sus venas.

—Con Lucas, obviamente. El único que parece haber heredado tu tendencia a la rebeldía y al drama.

—Mi tendencia a la rebeldía. —Trevor soltó una risa sin humor—. Interesante forma de describir el hecho de que no me guste que trates a tus hijos como inconvenientes logísticos.

—Lucas se ha escapado del internado. Otra vez —continuó Raymond, ignorando por completo el comentario de Trevor—. Ha llegado hasta Lebanon. Aparentemente, tenía la brillante idea de ir a verte. El personal de seguridad de la estación lo ha encontrado esta mañana durmiendo en el vestíbulo.

Trevor se detuvo en seco, sintiendo como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Está bien? ¿Dónde está ahora? —Las preguntas salieron en tropel, sin freno; su voz perdiendo toda la frialdad calculada.

—Está bien. Físicamente, al menos. Mentalmente... bueno, ahí es donde entras tú. —La voz de Raymond adoptó el tono de negocios que Trevor había aprendido a odiar—. Los del internado no pueden seguir lidiando con esto. Es la segunda vez en dos meses. Están amenazando con expulsarlo. No es bueno para su reputación.

—Tal vez porque un niño de once años no debería estar en un internado a mil kilómetros de cualquier familiar que le importe algo. —Trevor prácticamente escupió las palabras—. ¿Se te ha ocurrido esa posibilidad, por casualidad?

—No empieces con tus sermones, Trevor. No todos podemos permitirnos el lujo de jugar al hermano mayor comprensivo. Algunos tenemos responsabilidades reales.

—¿Responsabilidades reales? —La voz de Trevor subió una octava —. ¿Y qué cojones crees que son tus hijos? ¿Deducciones fiscales?

El viento del océano se intensificó, llevándose parte de sus palabras mar adentro, pero Trevor apenas lo notó. Toda su atención estaba enfocada en la conversación, en la familiar sensación de impotencia y rabia que solo su padre podía despertar.

—Los niños necesitan organización, disciplina, educación de calidad. El internado de Indiana claramente no está proporcionando ninguna de esas cosas, por eso he tomado la decisión de llevarlo a Zúrich.

—No. —La palabra salió como un disparo de los labios de Trevor —. No vas a llevar a Lucas a Zúrich.

—Ya está decidido, Trevor —atajó Raymond—. Los papeles están firmados. Lucas empezará en el Institut Le Rosey el próximo mes.

Trevor sintió como si el mundo se hubiera inclinado sobre su eje.

Le Rosey.

El mismo internado donde él y Diane habían pasado los años más miserables de su infancia, de su adolescencia. El lugar donde había aprendido que el dinero podía comprar educación, pero no amor. Donde había descubierto que la soledad podía ser tan penetrante que se convertía en parte de tu ADN.

—No puedes hacer eso —repitió. Su voz más baja, más peligrosa, siseada entre dientes—. Es un niño, Raymond. Tu hijo. No una inversión que puedas mover de un mercado a otro cuando no te gusta el rendimiento.

—Es exactamente lo que necesita. Poner distancia de todas esas ideas románticas sobre la familia que le has estado metiendo en la cabeza. Le Rosey hará de él un hombre.

—Le Rosey hará de él lo que nos hizo a todos nosotros —replicó Trevor—. Un grupo de adultos jodidos que no saben cómo conectar con otros seres humanos porque su propio padre nunca se molestó en enseñarles que merecían amor incondicional.

—Tan dramático como siempre. —Raymond sonaba aburrido, como si estuviera discutiendo el precio de las acciones—. Lucas se adaptará. Todos lo hicisteis.

—¿Adaptarnos? —Trevor se echó a reír, pero no había humor en el sonido—. ¿Es eso lo que piensas que hicimos? ¿Adaptarnos? ¿En serio crees que nos adaptamos? ¿Cómo es posible que seas tan frío, joder?

Hubo una pausa al otro lado de la línea, y durante un momento, Trevor pensó que tal vez había conseguido atravesar la armadura de su padre.

Entonces Raymond habló de nuevo, y su voz era tan gélida como el hielo.

—Lo que me parece es que has heredado la tendencia de tu madre hacia el drama excesivo. Lucas irá a Zúrich. Es lo mejor para él y para todo el mundo.

—No es lo mejor para él. Es lo más conveniente para ti —Trevor apretó el teléfono con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos—. Admítelo. No quieres lidiar con un niño que necesita atención real. Prefieres enviarlo lo más lejos posible para que no interrumpa tu vida perfectamente organizada.

—Mi vida está organizada porque tiene que estarlo. Tengo responsabilidades. Empleados. Compromisos. No puedo reorganizar mi agenda cada vez que un niño decida hacer una rabieta —rebatió Raymond.

—No es una rabieta. Es un grito de auxilio. —Trevor sintió que algo se rompía en su pecho—. Te necesita. No un internado caro, no cuidadores pagados. Te necesita a ti.

—Necesita lo que todos los niños necesitan: límites claros y consecuencias consistentes.

—Necesita saber que no va a ser abandonado como lo fuimos todos nosotros.

—Nadie os abandonó. Os proporcioné las mejores oportunidades educativas disponibles. Os di una base sólida para construir vuestras vidas.

—Nos diste tarjetas de crédito y la dirección de psicólogos caros. —Trevor se pasó la mano libre por el pelo, sintiendo cómo años de frustración acumulada amenazaban con desbordarse—. Pero nunca nos diste tiempo. Nunca nos diste atención. Nunca nos diste amor. Nunca nos hiciste sentir como si fuéramos algo más que proyectos exitosos que podrías mostrar en las cenas de negocios.

—Eres dramático e injusto —alegó Raymond.

—Soy honesto. Por primera vez en años, estoy siendo completamente honesto contigo. —Trevor respiró hondo, preparándose para lo que sabía que tenía que decir—. Si envías a Lucas a Zúrich, voy a luchar contra esa decisión. Legalmente.

El silencio al otro lado de la línea fue tan completo, tan denso, que Trevor se preguntó si la llamada se había cortado.

—¿Me estás amenazando? —La voz de Raymond era peligrosamente tranquila.

—Te estoy informando. Pediré la custodia de Lucas si es necesario. No voy a dejar que repitas el mismo patrón con él.

—No tienes base legal para una petición de custodia.

—Abandono emocional. Negligencia parental. Trauma psicológico documentado en múltiples hermanos. —Trevor enumeró los puntos como si estuviera presentando un caso ante un juez—. Créeme, encontraré una base.

—Eres mi hijo. No vas a luchar contra mí en los tribunales.

—Observa atentamente cómo lo hago —replicó Trevor en tono serio—. Lucas no va a Zúrich. No mientras yo tenga algo que decir al respecto.

Otra pausa. Esta aún más larga.

—Estás cometiendo un error, Trevor.

—El único error que he cometido ha sido tardar tanto tiempo en plantarte cara. —Trevor miró hacia el hotel, donde las luces brillaban cálidas y acogedoras, donde Audrey probablemente lo estaba esperando—. Lucas se queda en Estados Unidos. Punto final.

—Esto no ha terminado.

—Sí ha terminado. —Trevor sintió una extraña sensación de calma descendiendo sobre él—. Y la próxima vez que quieras hablar conmigo, será mejor que sea para disculparte. Por Lucas. Por todos nosotros.

Colgó antes de que Raymond pudiera responder.

Se quedó parado en la arena durante varios minutos, escuchando el sonido de las olas y sintiendo cómo su corazón gradualmente volvía a un ritmo normal.

El sol de poniente brillaba sobre él, indiferente a los dramas humanos, y por primera vez en años, Trevor sintió que había hecho lo correcto.

CAPÍTULO 33

Audrey se había quedado sola en el sofá de la terraza, girando distraídamente el refresco entre los dedos mientras observaba la silueta de Trevor alejarse hacia la playa.

La luz de la luna convertía su figura en una sombra elegante que se desvanecía gradualmente en la oscuridad, y algo en su postura, incluso a distancia, le decía que la conversación no iba a ser fácil.

Se preguntó cuántas de esas llamadas habría recibido Trevor a lo largo de los años. Cuántas veces habría tenido que alejarse, buscar un lugar privado para lidiar con los ecos de una infancia que claramente aún lo perseguía.

La imagen de un Trevor pequeño, solitario en un internado suizo, esperando llamadas que nunca llegaban, se formó en su mente sin invitación.

—¿Puedo sentarme?

Una voz la sobresaltó.

Audrey levantó la vista y se encontró con Daniel parado junto al sofá, con las manos en los bolsillos y una expresión que no pudo descifrar completamente. Llevaba una camisa blanca impecable y pantalones de lino que gritaban «casual elegante», pero había algo en sus ojos que la ponía nerviosa.

—Es tu boda —respondió, aunque algo, quizá el instinto, le decía que no era una buena idea—. Supongo que puedes sentarte donde quieras.

Daniel se acomodó en el extremo opuesto del sofá, manteniendo una distancia que era tanto respetuosa como calculada.

Durante un momento, ninguno de los dos habló. El sonido de la música y las risas del jardín llegaba hasta ellos como un murmullo distante, mezclándose con el eterno susurro del océano.

—Tu novio ha recibido una llamada importante —comentó Daniel, señalando con la cabeza hacia la playa.

—Sí —respondió Audrey, sintiendo inmediatamente que se ponía a la defensiva—. Asuntos familiares.

—Ah. —Daniel asintió, pero había algo en su tono que hizo que Audrey lo mirara más atentamente—. Debe ser algo muy serio para alejarse tanto. Parece el tipo de hombre que no le gusta que otros escuchen sus conversaciones privadas.

—Trevor es una persona reservada —dijo Audrey, sin saber muy bien por qué sentía la necesidad de defenderlo.

—Reservada. Sí, esa es una palabra que lo describe bien. —Daniel se recostó en el sofá, su mirada fija en Audrey con una intensidad que la hacía sentir como un espécimen bajo un microscopio—. De hecho, es tan reservado que es casi... misterioso, ¿no te parece?

Audrey frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, nada. —Daniel levantó las manos en un gesto que pretendía ser tranquilizador pero que no lo era en absoluto—. Es solo que... bueno, es curioso que nunca mencionaras que tenías novio. En todo este tiempo, nunca lo mencionaste una sola vez.

El aire en la terraza pareció volverse más espeso. Más cerrado. Más viciado.

Audrey sintió cómo sus defensas se alzaban automáticamente, como un erizo enroscándose ante el peligro.

—No tengo la costumbre de discutir mi vida personal contigo, Daniel —dijo, manteniendo su voz firme—. Especialmente después de cómo terminaron las cosas entre nosotros.

—*Touché.* —Daniel sonrió, pero no era la sonrisa encantadora de antes. Era algo más afilado, más calculado—. Pero aún así, es extraño. Megan dice que les preguntó a algunos amigos en común, y nadie parecía saber nada sobre Trevor hasta esta semana.

Audrey sintió cómo el pánico comenzaba a formar un nudo en su estómago, pero se las arregló para mantener una expresión neutral

en el rostro. Si daba un mal paso estaría perdida.

—No salgo con Trevor para impresionar a nuestros amigos en común —replicó—. Salgo con él porque me hace feliz.

—¿Te hace feliz? —Daniel ladeó la cabeza, como si estuviera considerando algo particularmente interesante—. Es curioso, porque cuando os observo juntos... no sé, hay algo que no encaja del todo.

—¿Perdón? —La voz de Audrey se volvió peligrosamente baja.

—No me malinterpretes —Daniel levantó las manos de nuevo—. Obviamente tenéis química. Eso era evidente en el toro mecánico. Pero... —Se inclinó hacia adelante, y había algo depredador en el movimiento—. A veces tengo la sensación de que estáis actuando. Como si todo fuera una especie de... representación, de pantomima.

¡Mierda!

El mundo de Audrey se detuvo. Durante un segundo, se sintió como si Daniel pudiera ver directamente a través de ella, como si todas sus mentiras cuidadosamente construidas fueran transparentes como el cristal.

—Eso es ridículo —logró decir, pero su voz sonaba extraña incluso a sus propios oídos.

—¿Lo es? —Daniel se acercó un poco más, y Audrey pudo oler su colonia, la misma que había usado durante todos los años que habían estado juntos—. Porque, si soy honesto, espero que lo sea. Espero que estés fingiendo.

Audrey lo miró como si acabara de confesarle que era un extraterrestre.

—¿Qué? —susurró.

—Espero que Trevor no sea real —dijo Daniel, y por primera vez desde que había empezado la conversación, su máscara de control se resquebrajó—. Espero que todo esto sea una elaborada farsa para impresionarme, o para demostrar algo, o para... no sé, vengarte de mí.

—Daniel, ¿de qué coño estás hablando? —Audrey se puso de pie bruscamente. El refresco tembló en su mano—. ¿Te has vuelto loco? ¡Te casas mañana!

—Lo sé. —Daniel también se levantó, y había algo desesperado en sus ojos que Audrey nunca había visto antes—. Créeme, lo sé. Pero no puedo dejar de pensar que... que tal vez estás fingiendo porque yo estoy aquí. Porque quieres demostrar que has seguido adelante.

—He seguido adelante —aseveró Audrey, aunque las palabras salieron más como una pregunta que como una afirmación.

—¿En serio? —Daniel dio un paso hacia ella, y Audrey tuvo que resistir el impulso de retroceder—. Porque la forma en que me miras a veces... la forma en que evitas mirarme otras veces... No me parece que hayas seguido adelante del todo.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! Todo estaba a punto de desmoronarse.

Audrey sintió como si le hubieran quitado el aire de los pulmones. Las palabras de Daniel eran como puñales bien dirigidos, encontrando todas las inseguridades que había estado tratando de ignorar, de ocultar.

—Estás desvariando —logró decir—. Trevor y yo somos pareja. Somos felices. Y tú vas a casarte con Eimear mañana. Fin de la historia.

—¿Y si te dijera que no estoy seguro de querer casarme mañana? —La pregunta salió de los labios de Daniel como una confesión arrancada a la fuerza.

Audrey se quedó completamente inmóvil, como si se hubiera convertido en una estatua de sal.

El ruido de la fiesta se desvaneció hasta convertirse en un zumbido distante en los oídos, y lo único que podía escuchar era el latido de su propio corazón golpeando contra las costillas.

—¿Qué? —Su voz era apenas un susurro.

Daniel se pasó las manos por el pelo, destrozando su peinado perfecto, su peinado de «niño bien».

—Estoy confundido, Audrey. Desde que llegaste aquí, desde que te vi con él... no puedo dejar de pensar que tal vez cometí un error. Un error enorme.

—Daniel, no. —Audrey negó con la cabeza violentamente—. No puedes hacer esto. No puedes decirme esto ahora.

—¿Por qué no? Si hay una posibilidad, aunque sea pequeña, de que tú también... —Se acercó otro paso, y Audrey pudo ver las pecas doradas en sus ojos marrones, las mismas que una vez había adorado—. Si tú me dijeras que parara todo esto, que cancelara la boda... creo que lo haría.

El mundo de Audrey se tambaleó bajó sus pies.

Durante un momento absurdo, se sintió como si estuviera en una de esas películas románticas donde el novio se da cuenta de su error justo antes de ir al altar y corre hacia su verdadero amor. Excepto que aquella situación no le parecía nada romántica. Más bien era como una pesadilla.

—No —dijo con más firmeza—. No, Daniel. No puedes hacer esto.

—Audrey...

—¡No! —Ella retrocedió, alejándose de él como si fuera tóxico—. No puedes llegar aquí, la noche antes de tu boda, y decirme esto. No después de cómo terminaron las cosas entre nosotros. No después de que me dijeras que necesitabas espacio para crecer. No después de que me hicieras sentir como si no fuera suficiente para ti. No después de engañarme de la manera que lo hiciste.

—Tal vez me equivoqué —confesó Daniel, y había algo vulnerable en su voz que habría derretido a la Audrey de hace año y medio—. Tal vez tú eras exactamente lo que necesitaba y fui demasiado estúpido para darme cuenta.

—¿Y qué pasa con Eimear? —Audrey notó lágrimas de frustración picando en sus ojos—. ¿Qué pasa con la mujer que amas lo suficiente como para casarte con ella?

Daniel vaciló, y esa vacilación fue más reveladora que cualquier palabra.

—Eimear es... Eimear es perfecta en papel. Es lo que se supone que debería querer.

—Pero no es lo que quieres —dijo Audrey. No era una pregunta.

—No lo sé —admitió Daniel, y sonó como un hombre perdido—. Pensé que lo sabía. Pero entonces llegaste tú, y...

—No sigas. —Audrey negó con la cabeza otra vez—. No me hagas responsable de tu confusión. No puedes usar mis sentimientos como una brújula para navegar por tu crisis existencial.

—No es eso lo que estoy haciendo.

—¿No? —Audrey se echó a reír, pero no había humor en el sonido. No había nada—. Porque desde mi perspectiva, parece que te has dado cuenta de que puedes tenerme de vuelta, y de repente yo valgo la pena otra vez. Como si mi valor hubiera aumentado porque alguien más me quiere.

La acusación flotó entre ellos como una bomba de humo, espesa y asfixiante.

—Eso no es justo —dijo Daniel finalmente.

—¿Que no es justo? —La voz de Audrey se elevó—. Lo que no es justo es que pasé meses preguntándome qué había hecho mal, por qué no era suficiente para ti. Lo que no es justo es que rehíce mi vida, que encontré a alguien que me valora exactamente como soy. Y ahora vienes y quieres revolverlo todo porque de repente has decidido que tal vez me extrañas.

—Si realmente hubieras seguido adelante, si realmente fueras feliz con Trevor, esto no te afectaría tanto —la desafió Daniel.

Y ahí estaba. La verdad que Audrey había estado evitando, envuelta en las palabras de Daniel como un regalo envenenado.

Porque tenía razón.

Si realmente hubiera seguido adelante, si realmente fuera feliz con Trevor, las palabras de Daniel habrían rebotado en ella como lluvia sobre un paraguas. El hecho de que la estuvieran destrozando por dentro significaba que aún había heridas sin sanar, sentimientos sin resolver.

Pero también significaba algo más, algo que la aterrorizaba aún más: que lo que fuera que sintiera por Trevor, aunque real, eran demasiado nuevo, demasiado frágil para competir con años de historia compartida con Daniel.

—No tienes derecho… —susurró—. No tienes derecho a venir ahora y... y desenterrar todo esto. No tienes derecho a hacerme dudar de mi felicidad.

—Audrey...

—¡No! —Ella levantó una mano para detenerlo. No quería seguir escuchándolo. No iba a permitírselo. No iba a consentir que entrara en su vida y tratara de destrozársela—. Vete, Daniel. Vuelve con tus invitados, vuelve con tu prometida. Cásate mañana y sé feliz. Y déjame en paz.

—¿Y si no quiero dejarte en paz? —La pregunta salió como un susurro desesperado.

Audrey lo miró durante un largo rato, viendo al hombre que había amado durante tres años, al hombre que había roto su corazón, al hombre que ahora quería volver a reconstruirlo en sus propios términos.

—Entonces es tu problema, no el mío —dijo finalmente—. Porque yo ya no estoy disponible para tus crisis emocionales.

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse, pero la voz de Daniel la detuvo.

—¿Le quieres? —preguntó—. ¿Quieres a Trevor Hunter?

Audrey se quedó inmóvil, dándole la espalda, sintiendo el peso de la pregunta como una losa en su pecho.

La respuesta se formó en sus labios antes de que su mente tuviera tiempo de analizarla: sí.

O, tal vez.

Tal vez estaba enamorándose de Trevor Hunter.

Tal vez ya había empezado a quererlo.

Pero esos sentimientos eran suyos; bonitos, frágiles y nuevos, y no iba a arrojarlos a los pies de Daniel como munición para su guerra interna.

—Eso no es asunto tuyo —dijo sin girarse.

Y se alejó, dejando a Daniel solo en la terraza con sus dudas y sus arrepentimientos de última hora.

Pero mientras caminaba hacia las escaleras que bajaban a la playa, Audrey no se sintió victoriosa. Se sintió como si hubiera sobrevivido a un tornado: técnicamente ilesa, pero temblando y confundida, y no del todo segura de que todas las piezas siguieran en su lugar.

Las palabras de Daniel resonaban en su cabeza como una canción que no podía quitarse de encima. Y la parte más aterradora era que, en algún rincón oculto de su corazón, una pequeña voz susurraba que tal vez él tenía razón.

Tal vez no había seguido adelante tanto como pensaba.

Y tal vez eso significaba que no lo había olvidado.

El pensamiento la golpeó como una ola fría, dejándola sin aliento y más perdida que nunca.

CAPÍTULO 34

La hora dorada había comenzado su lenta despedida, transformando el cielo en un lienzo de acuarelas derretidas.

El sol, suspendido en el horizonte como una moneda de oro fundido, pintaba el océano Pacífico en tonos que iban del coral profundo al violeta suave.

No era completamente de día, pero tampoco había cruzado el umbral hacia la noche; era ese momento mágico y melancólico donde el tiempo parecía suspendido, donde la luz tenía textura y el aire olía a promesas y despedidas.

Las olas llegaban a la orilla con un ritmo hipnótico, dejando espuma blanca que brillaba como encaje sobre la arena dorada.

Gaviotas solitarias planeaban sobre la superficie del agua, sus gritos mezclándose con el eterno murmullo del mar.

La brisa era suave pero persistente, llevando consigo el aroma salado del océano y algo más dulce: las flores tropicales del resort que se mecían en los jardines elevados.

Trevor caminó de vuelta hacia la terraza con los hombros aún tensos por la conversación con su padre, pero sintiéndose extrañamente liberado. Por primera vez en años, había puesto límites claros. Había dicho las verdades que había estado guardando durante décadas. Y aunque sabía que la batalla por Lucas apenas había comenzado, al menos ya no se sentía como si estuviera luchando con las manos atadas.

Subió las escaleras de dos en dos, ansioso por volver con Audrey, por contarle lo que había pasado, por ver si ella podía ayudarle a encontrarle sentido a los sentimientos contradictorios que la conversación con su padre había despertado en él.

Pero cuando llegó a la terraza, el sofá donde la había dejado estaba vacío.

Trevor frunció el ceño, mirando a su alrededor.

Algunos invitados seguían dispersos por la terraza, bebiendo y conversando en voz baja, pero no había rastro del vestido de cuadros rojos y blancos de Audrey, ni de su cabello pelirrojo brillando bajo las luces de las antorchas.

Se acercó al bar, esperando encontrarla allí, tal vez pidiendo ese cóctel que había mencionado antes. Pero el camarero, un hombre joven con una sonrisa profesional, negó con la cabeza cuando Trevor le preguntó si había visto a una mujer con un vestido pin-up de cerezas.

—Lo siento, señor. Han pasado muchas personas, pero no recuerdo específicamente a la chica que describe —le dijo.

Trevor sintió una punzada de preocupación. Audrey no era del tipo que desaparecía sin avisar, especialmente no cuando habían acordado tácitamente que era más seguro mantenerse juntos en territorio enemigo.

Volvió a escanear la terraza, esa vez con más cuidado.

Fue entonces cuando notó que Megan estaba sentada en una mesa cercana, observándolo con una sonrisa que parecía saber más de lo que debería.

—¿Buscas a alguien? —preguntó con falsa inocencia cuando Trevor se acercó.

—A Audrey —respondió él. La honestidad directa era más eficiente que el juego del gato y el ratón—. ¿La has visto?

La sonrisa de Megan se hizo más amplia, más satisfecha.

—Oh, sí. Tuvo una conversación muy interesante con Daniel hace unos minutos. —Hizo una pausa deliberada, saboreando el momento —. Parecía... aturdida cuando se fue.

Trevor sintió que algo frío se instalaba en su estómago.

—¿Aturdida cómo?

—Como alguien que acaba de recibir noticias inesperadas —respondió Megan, disfrutando claramente de cada palabra—. Se

dirigió hacia la playa, creo. Parecía necesitar aire fresco.

Sin molestarse en dar las gracias, Trevor enfiló los pasos hacia las escaleras que bajaban a la playa.

Cada paso resonaba con una urgencia creciente. ¿Qué diablos le habría dicho Daniel a Audrey? ¿Y por qué ese pensamiento le producía una sensación tan desagradable en el pecho, como si alguien hubiera encendido una cerilla en sus nervios?

Encontró a Audrey exactamente donde Megan había dicho.

Estaba sentada sobre la arena, cerca de donde las olas más grandes alcanzaban la orilla, con los brazos rodeando sus rodillas y la mirada perdida en el horizonte.

Se había quitado las sandalias, que permanecían abandonadas a su lado como pequeños soldados caídos, y sus pies desnudos estaban parcialmente enterrados en la arena dorada.

La luz del atardecer la bañaba en tonos cálidos, haciendo que su cabello pelirrojo pareciera estar en llamas y que su piel brillara como porcelana. Pero había algo en su postura, en la curva de sus hombros, que gritaba melancolía.

Trevor se detuvo a unos metros de distancia, estudiándola. Había aprendido a leer a Audrey durante aquellos días, a reconocer sus estados de ánimo en la inclinación de su cabeza o en la forma en que movía las manos.

Y todo en ella en ese momento decía que había pasado algo. Algo que le había hecho daño.

Se acercó despacio, como si se aproximara a un animal herido, y se sentó a su lado en la arena sin decir palabra.

—¿Sabes? —comenzó, adoptando un tono deliberadamente ligero mientras se quitaba los zapatos y los calcetines—, cuando era niño tenía la teoría de que el océano se tragaba todos los problemas si te sentabas lo suficientemente cerca de él.

Audrey giró la cabeza hacia Trevor, y él pudo ver que sus ojos estaban ligeramente enrojecidos, aunque no había rastro de lágrimas en sus mejillas.

Audrey lo miró con una sonrisa triste que no llegaba a sus ojos. Una mirada que también revelaba cansancio, pero no físico, si no el cansancio que a veces guarda el alma.

—¿Funcionaba? —preguntó.

—Ni una puta vez —admitió Trevor—. Pero sentarse en la arena siempre es cómodo, así que no fue un tiempo completamente perdido.

Eso le arrancó una risilla a Audrey, y Trevor sintió que algo se relajaba en su pecho.

—Gracias —murmuró ella—. Por venir a buscarme.

—¿Qué otra cosa iba a hacer? —bromeó Trevor con ese humor tan particular suyo, hundiendo los pies en la arena tibia—. Mi novia falsa desaparece misteriosamente y me quedo sin excusa para evitar las conversaciones sobre planificación de bodas e hijos.

Audrey sonrió un poco más, pero el gesto seguía siendo frágil.

Débil.

Casi mecánico.

—¿Cómo fue la llamada con tu padre? —preguntó, claramente tratando de desviar la atención de sí misma.

—Épicamente desastrosa, como siempre —respondió Trevor—. Pero esta vez le planté cara de verdad. Le dije que no iba a dejar que enviara a Lucas a Zúrich.

Audrey se giró completamente hacia él, y por primera vez desde que la había encontrado, había algo más que tristeza en sus ojos.

—¿En serio? ¿Qué le dijiste exactamente?

—Que lucharía legalmente por la custodia si era necesario. —Trevor se encogió de hombros, como si amenazar a su propio padre fuera algo que hacía todos los días—. Probablemente haya sido la conversación más honesta que hemos tenido en años. Y la última por un tiempo, me imagino.

—Trevor... —Audrey extendió la mano y tocó su brazo, un gesto suave pero que envió una corriente cálida por su piel—. Me parece increíble lo que has hecho. Lucas tiene suerte de tenerte.

—Sí, bueno, alguien tiene que mantener a raya al tirano familiar —dijo Trevor, aunque el cumplido lo afectó más de lo que quería admitir—. Pero ya hemos hablado suficiente sobre mi drama familiar disfuncional. Megan me dijo que tuviste una conversación con Daniel.

La expresión de Audrey cambió inmediatamente, como si alguien hubiera apagado una luz.

—Ah. Sí. —Se abrazó las rodillas con más fuerza—. Eso.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Trevor, manteniendo la voz cuidadosamente neutral—. Porque puedo fingir que no me importa, pero mi cara probablemente me delataría.

Audrey lo miró de reojo.

—¿Tu cara te delataría?

—Aparentemente, no soy tan inescrutable como pensaba —admitió Trevor—. Diane siempre dice que tengo una cara de póker terrible cuando se trata de cosas que realmente me importan.

La confesión flotó entre ellos como una admisión involuntaria de que Audrey, y lo que le pasara, realmente le importaba. Más de lo que probablemente debería, considerando que todo aquello era supuestamente fingido.

Audrey respiró hondo, como si se estuviera preparando para sumergirse en aguas profundas.

—Daniel piensa que estamos fingiendo —dijo finalmente—. Que nuestra relación no es real.

Trevor sintió que algo se tensaba en su mandíbula.

—¿Y qué le dijiste?

—Que se equivocaba. Que sí somos pareja. —Audrey hizo una pausa—. Pero entonces él... entonces él ha dicho algo que no me esperaba. —Volvió a tomar una bocanada de aire.

Trevor esperó, aunque cada segundo de silencio parecía una hora.

—Dice que ojalá estuviéramos fingiendo —continuó Audrey. Su tono apenas era audible sobre el sonido de las olas—. Que quería

creer que tú no eres realmente mi pareja porque... porque piensa que tal vez aún siente algo por mí.

Las palabras golpearon a Trevor como un puñetazo en el estómago. Durante unos instantes se quedó completamente inmóvil, procesando lo que Audrey acababa de decir.

Daniel, el imbécil que la había dejado, que le había hecho sentir que no era suficiente, que se iba a casar con otra mujer al día siguiente, tenía la audacia de sugerir que aún tenía sentimientos por ella.

Y lo peor de todo era la punzada de celos pura y salvaje que sintió atravesándole el pecho como una flecha.

Celos.

Él. Trevor Hunter. El hombre que había perfeccionado el arte de la indiferencia emocional, estaba sintiendo celos porque otro hombre había mostrado de nuevo interés por la chica que supuestamente era solo su novia falsa.

La revelación era tan absurda que habría sido cómica si no fuera tan aterradora.

—¿Y? —logró decir, sorprendido de que su voz sonara relativamente normal—. ¿Qué más ha dicho?

Audrey apoyó la barbilla sobre las rodillas, haciéndose un ovillo, como si quisiera desaparecer dentro de sí misma.

—Ha dicho que está confundido. Que no está seguro de querer casarse mañana. —Su voz se quebró ligeramente—. Ha dicho que, si yo le pidiera que parara todo, que cancelara la boda... cree que lo haría.

Trevor sintió como si la Tierra se hubiera detenido de golpe, como si hubiera dejado de girar sobre sí misma.

Durante un momento, todo se volvió muy claro y muy simple: quería encontrar a Daniel y demostrarle exactamente por qué no era buena idea jugar con los sentimientos de Audrey.

Quería borrar esa expresión de confusión y dolor del rostro de Audrey y reemplazarla por la sonrisa brillante que había visto cuando se reían juntos en el toro mecánico.

Quería, se dio cuenta con una claridad evidente, protegerla de todo y de todos, incluyendo los fantasmas de su propio pasado.

Pero en lugar de actuar sobre esos impulsos primitivos, hizo lo que mejor sabía hacer: se concentró en ella.

—¿Y cómo te sientes al respecto? —preguntó, aunque tenía miedo de la respuesta.

Audrey soltó una risa sin humor.

—Confundida. Triste. Enfadada. —Se giró para mirarlo directamente—. ¿Sabes qué es lo peor? Una parte de mí, una parte estúpida y masoquista, se sintió... valorada. Como si finalmente alguien estuviera confirmando que vale la pena pelear por mí.

Trevor sintió que algo se rompía en su pecho.

—Audrey...

—Lo sé —lo interrumpió—. Sé que es patético. Sé que es exactamente el tipo de validación externa tóxica que todos los psicólogos te dicen que evites. Pero por un segundo, un segundo horrible y gratificante al mismo tiempo, me sentí como si finalmente fuera suficiente para alguien.

—Eres suficiente —dijo Trevor, y las palabras salieron con más intensidad de la que había pretendido—. Siempre has sido suficiente. El problema nunca fuiste tú.

Audrey lo miró con ojos brillantes.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque te he visto estos días —respondió Trevor—. Te he visto ser valiente cuando tenías miedo, graciosa cuando todo se estaba desmoronando, amable incluso con personas que no se lo merecían —comenzó a enumerar—. Te he visto en el *flyboard*, riéndote, aunque estuvieras muerta de miedo. Te he visto en el toro mecánico, decidida a no rendirte incluso cuando todo daba vueltas. —Hizo una pausa—. Daniel es un gilipollas si no se dio cuenta de lo que tenía.

—Tal vez ahora sí se haya dado cuenta —murmuró Audrey.

Y ahí estaba. La pregunta que ninguno de los dos quería hacer: ¿Y ahora qué?

Trevor miró el horizonte, donde el sol había comenzado a tocar la superficie del agua, convirtiéndose en una línea de fuego líquido que se extendía hacia ellos como un camino de oro.

—¿Quieres que pare la boda? —preguntó finalmente, y su voz era tan tranquila que podría haber estado preguntando sobre el tiempo.

Audrey se quedó en silencio durante tanto tiempo que Trevor pensó que tal vez no había escuchado la pregunta. Cuando finalmente habló, su voz era solo un susurro.

—No lo sé —admitió—. Y eso es lo que más me asusta.

Trevor asintió, como si esa respuesta fuera perfectamente razonable en lugar de devastadora.

—¿Sabes qué? —dijo después de un rato—. Creo que está bien no saberlo.

Audrey lo miró con sorpresa.

—¿En serio?

—En serio. —Trevor se giró hacia ella, y había algo nuevo en sus ojos, algo más suave—. Has pasado años definiéndote en relación a él. Primero como su novia, luego como su ex. Tal vez es hora de que te definas solo en relación a ti misma.

—Eso suena muy zen viniendo de un abogado que probablemente tiene su vida planificada hasta el 2030 —bromeó Audrey, pero había agradecimiento en su voz, por el apoyo que le estaba mostrando.

—Bueno, incluso los abogados controvertidos a veces tenemos momentos de sabiduría oriental —contestó Trevor con una sonrisa—. Además, mi vida no está tan planificada como parece. Especialmente últimamente.

Algo en la forma en que dijo esas últimas palabras hizo que Audrey lo mirara más de cerca, pero antes de que pudiera preguntar qué quería decir, Trevor se puso de pie y le ofreció la mano.

—Vamos —dijo—. Creo que esta noche ambos necesitamos algo más fuerte que refrescos, champán o un cóctel, y si nos quedamos aquí mucho más tiempo, Megan va a venir a buscarnos con una expedición de rescate.

Audrey aceptó su mano y dejó que la ayudara a levantarse, sorprendida como siempre por lo sólido y cálido que se sentía el contacto.

—¿Trevor? —dijo mientras se sacudía la arena de su vestido.

—¿Sí?

—Gracias. Por escuchar. Por no juzgar. Por... por ser tú.

Trevor la miró durante un largo rato, y había algo en sus ojos verdes que Audrey no pudo descifrar completamente.

—De nada —dijo—. Para eso están los novios falsos, ¿no?

Pero mientras caminaba de vuelta hacia el bar del resort, con la mano de Trevor aún sosteniendo la suya, Audrey no pudo evitar pensar que lo que había entre ellos parecía cada vez menos falso.

Y eso, se dio cuenta, la asustaba más que cualquier confesión de Daniel.

CAPÍTULO 35

El bar del hotel estaba estratégicamente situado en una esquina de la terraza principal, lo suficientemente lejos del bullicio de la fiesta como para permitir conversaciones privadas, pero lo bastante cerca como para que el murmullo de la celebración proporcionara una cortina de sonido reconfortante.

Tiras de luces led se entrelazaban entre las vigas de madera del techo, creando un ambiente íntimo que contrastaba perfectamente con el caos emocional que Audrey llevaba dentro.

Trevor se instaló en uno de los taburetes de cuero mientras Audrey se acomodaba a su lado, aún descalza y con arena entre los dedos de los pies.

El camarero, el mismo joven profesional que había visto antes Trevor, se acercó con una sonrisa que sugería que había sido testigo de suficientes dramas románticos como para no hacer preguntas.

—¿Qué les sirvo? —preguntó, limpiando un vaso con movimientos mecánicos.

—Dos whiskys dobles —respondió Trevor—. Del bueno.

—Y cuatro chupitos de tequila —añadió Audrey, ignorando la mirada de advertencia que Trevor le lanzó.

—Audrey...

—Es mi noche —lo interrumpió con una sonrisa que era demasiado brillante, demasiado forzada—. Mi exnovio acaba de confesarme que podría cancelar su boda por mí, mañana tengo que fingir que me alegro de verlo casarse con otra, y en menos de veinticuatro horas todo esto habrá terminado y volveré a ser solo... yo —dijo—. Sin novio falso, sin excusas para evitar pensar en mi vida. Así que esta noche, bebo.

El camarero miró a Trevor, quien suspiró y asintió resignadamente.

—Trae los chupitos —confirmó—. Pero que sean de tequila de buena calidad, no de ese que usan para desinfectar heridas.

Mientras el camarero preparaba las bebidas, Audrey giró en su taburete para quedar frente a Trevor.

—¿Sabes qué? —dijo, y había una energía maniaca en su voz que Trevor reconoció como el preludio de una decisión potencialmente terrible—. Deberíamos jugar a algo.

—¿Jugar a qué? —preguntó Trevor con cautela, como si Audrey fuera una bomba de relojería que podría explotar en cualquier momento.

—A un juego de beber. Como en la universidad. —Sus ojos brillaron con una luz peligrosa—. Verdad o consecuencia, pero con alcohol. Cada vez que no quieras responder una pregunta o hacer una consecuencia, bebes.

—Esa es una idea terrible —dijo Trevor inmediatamente.

—Por eso es perfecta —replicó Audrey—. Vamos, Trevor. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo espontáneo? ¿Algo que no fuera perfectamente calculado para obtener un *resultado óptimo*?

Trevor la miró, pensativo. Tenía razón, por supuesto.

Su vida era una serie de decisiones cuidadosamente medidas, cada movimiento diseñado para mantener el control y minimizar los riesgos. Pero algo en la desesperación apenas contenida de Audrey, en la forma en que se aferraba a esa idea como si fuera una tabla salvavidas, lo hizo ceder.

—Una pregunta cada uno. Y si la cosa se sale de control, lo paramos.

—¡Perfecto! —Audrey aplaudió justo cuando el camarero colocaba los whiskys y los chupitos frente a ellos—. Yo empiezo. Verdad o consecuencia.

—Verdad —respondió Trevor sin dudar. En su experiencia, las «consecuencias» de Audrey tendían a involucrar situaciones físicamente peligrosas o socialmente comprometedoras.

Audrey lo estudió con la intensidad de un científico observando una nueva especie.

—¿Cuál ha sido el peor regalo que le has hecho a una mujer?

Trevor soltó una carcajada sorprendida.

—¿Esa es tu pregunta profunda y reveladora?

—Es mi juego, mis reglas. Además, quiero reírme —replicó Audrey, cogiendo uno de los chupitos y oliéndolo con una mueca—. Responde o bebe.

Trevor consideró beber por principios. Sin embargo, la expresión expectante de Audrey lo hizo sonreír. Tenía que jugar.

—Un aspirador —admitió.

Audrey casi se atragantó con el tequila que acababa de probar.

—¿Un aspirador? —repitió, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Por favor, dime que hay una explicación.

—Era su cumpleaños, ella mencionó que el suyo se había roto, yo pensé que era práctico. —Trevor se encogió de hombros—. Según parece, «práctico» no es sinónimo de «romántico». ¿Quién lo hubiera pensado?

—¡Un aspirador! —Audrey se echó a reír, y por primera vez desde la conversación con Daniel, el sonido era auténtico, verdadero—. ¡Trevor Hunter, el hombre que convierte electrodomésticos en declaraciones de amor!

—En mi defensa, era una Dyson muy bueno —protestó Trevor, pero estaba sonriendo—. Tu turno. Verdad o consecuencia.

—Verdad —dijo Audrey, y se bebió el chupito de un trago, haciendo una mueca—. ¡Dios, esto sabe horrible! ¿Por qué la gente bebe tequila voluntariamente?

—Porque funciona rápido —respondió Trevor—. Mi pregunta: ¿cuál es la cosa más estúpida que has hecho para impresionar a alguien?

Audrey consideró la pregunta mientras Trevor bebía su whisky con la elegancia de alguien que sabía exactamente cuáles eran sus límites.

—Una vez me apunté a clases de escalada en roca porque a un chico que me gustaba le parecía *sexy* —confesó—. Resulta que tengo vértigo. Vomité en la primera clase y nunca volví.

—Eso no es estúpido, es adorable —dijo Trevor.

—¿Adorable? ¿Vomitar en una clase de escalada es adorable?

—El hecho de que estuvieras dispuesta a enfrentar tu miedo por alguien... Sí, es adorable. También es estúpido, pero adorablemente estúpido.

Audrey sintió que el calor le subía por las mejillas, y no era solo por el tequila.

—Tu turno. ¿Verdad o consecuencia?

—Consecuencia —dijo Trevor, sorprendiéndola.

Audrey entornó los ojos, claramente tramando algo.

—Llama al camarero y pide la bebida más ridícula que se te ocurra. Con un nombre que tendrás que inventarte.

Trevor consideró beber en lugar de cumplir la consecuencia, pero la expresión expectante de Audrey lo convenció.

Levantó la mano para llamar al camarero.

—Disculpa —dijo con la seriedad de alguien pidiendo un contrato legal—. ¿Podrías prepararnos dos «Abogados Desesperados»? Vodka, zumo de arándanos, una pizca de amargura y humildad servida con hielo.

El camarero parpadeó una vez, perplejo. Luego sonrió, cuando se dio cuenta de que se trataba de un juego.

—Por supuesto, señor. ¿Alguna preferencia en el vodka?

—El más caro que tengas —respondió Trevor—. La humildad de calidad no es barata.

Audrey estalló en carcajadas, doblándose sobre la barra.

—¡Abogados Desesperados! ¡Con humildad! ¡Dios mío, Trevor, eres brillante!

—Tengo mis momentos —admitió él, sintiéndose ridículamente complacido por su risa.

El juego continuó mientras el camarero preparaba sus bebidas inventadas.

Audrey se las había arreglado para beber dos chupitos más y la mitad de su whisky, y Trevor podía ver los efectos comenzando a manifestarse en la forma en que gesticulaba más ampliamente, como si su filtro social estuviera disolviéndose gradualmente.

—Tu turno —dijo Trevor—. ¿Verdad o consecuencia?

—Verdad —respondió Audrey, y agregó—: Pero solo porque estoy demasiado borracha para «consecuencias» que involucren coordinación física.

Trevor meneó la cabeza.

—¿Cuál es la cosa más honesta que no le has dicho a nadie nunca? —preguntó, y se sorprendió a sí mismo por la pregunta.

Audrey lo miró durante unos segundos, sus ojos azules ligeramente desenfocados pero intensos.

—A veces tengo miedo de ser… excesiva —confesó finalmente—. Como si fuera demasiado intensa, demasiado emocional, demasiado complicada. Como si la gente me tolerara en lugar de realmente quererme. —Hizo una pausa—. Como si Daniel hubiera tenido razón al dejarme, y yo fuera demasiado orgullosa para admitirlo.

La confesión flotó entre ellos como una herida abierta, y Trevor sintió algo apretarse en su pecho.

—Eso es una gilipollez —afirmó.

—¿Es tu respuesta profesional, Hunter? —bromeó Audrey, pero había vulnerabilidad en sus ojos.

—Es mi respuesta humana —replicó Trevor—. Daniel no te dejó porque fueras demasiado de nada. Te dejó porque era demasiado cobarde para estar con alguien como tú.

Audrey lo miró fijamente, y por un momento, Trevor pensó que iba a llorar. En lugar de eso, se inclinó hacia él y lo abrazó con fuerza, casi haciéndolo caer del taburete.

—Gracias —murmuró contra su hombro—. Gracias por venir conmigo a esta estúpida boda. Gracias por fingir ser mi novio. Gracias por escucharme quejarme de mi ex. Sé que esto no va contigo, que no es tu rollo y que lo haces porque te lo ha pedido Diane, pero gracias. Gracias de verdad.

Trevor se quedó quieto unos instantes, abrumado por la intensidad del abrazo y por las palabras de Audrey. Luego, lentamente, levantó los brazos y le devolvió el abrazo.

—De nada —dijo—. Aunque técnicamente es mi trabajo esta semana —bromeó.

Audrey se separó lo suficiente para mirarlo. Había lágrimas en sus ojos, pero también estaba sonriendo.

—Eres el mejor novio falso del mundo —declaró solemnemente —. Cinco estrellas. Te recomendaría a todas mis amigas, si no fuera porque entonces tendría que compartirte.

—Audrey, creo que ya has bebido suficiente —dijo Trevor con suavidad, aunque no pudo evitar sonreír ante su comentario.

—¡Pero si solo estamos empezando! —protestó ella—. ¡Aún no te he contado cuando traté de impresionar a mi profesora de arte pintando desnuda!

Trevor casi se atragantó con su whisky.

—¿Perdón?

—No yo desnuda pintando —dijo Audrey, gesticulando teatralmente con las manos—. Pintando a alguien más desnudo —aclaró—. Aunque técnicamente también terminé un poco desnuda porque la pintura se derramó y... es una historia muy larga.

—Una historia que definitivamente necesito escuchar cuando estés sobria —dijo Trevor, haciendo una seña al camarero para que trajera agua.

—¿Por qué cuando esté sobria? —preguntó Audrey, inclinándose hacia él con curiosidad—. ¿Acaso la historia sería diferente?

—No, pero tu capacidad para contarla con coherencia sí —replicó Trevor, empujando el vaso de agua hacia ella—. Bebe esto.

Audrey obedeció, pero no sin protestar.

—Eres muy mandón para ser un novio falso, ¿sabes? —comentó —. Los novios falsos deberían ser más... complacientes. Menos preocupados por la hidratación de sus novias falsas.

—Tal vez soy un novio falso defectuoso —sugirió Trevor.

—No —dijo Audrey, y su voz se volvió súbitamente seria—. No, eres perfecto. Eres exactamente lo que necesitaba sin saber que lo necesitaba. —Lo miró con ojos brillantes—. ¿Eso te convierte en mi defecto perfecto o en mi perfección defectuosa?

—Creo que te convierte en una persona muy borracha —respondió Trevor, pero estaba sonriendo.

—Puede ser —admitió Audrey—. Pero también te convierte en mi persona favorita en este momento. Después de Diane. Y después de mi gato. Aunque no tengo gato. Debería tener un gato. ¿Tú tienes gato? —Su voz sonaba pastosa.

—No tengo gato —confirmó Trevor—. Pero estoy empezando a pensar que debería considerar tener uno.

—¡Podríamos tener la custodia compartida de uno! —exclamó Audrey—. Como padres divorciados, pero sin el drama del divorcio. Solo la responsabilidad compartida de alimentar a un felino.

Trevor se echó a reír, una risa profunda y sincera que sorprendió incluso a él mismo.

—Audrey Carlson, eres la persona más extravagante que he conocido en mi vida.

—¿Es un cumplido o un insulto? —preguntó ella, inclinando la cabeza como un pájaro curioso.

—Es una observación —respondió Trevor—. Y posiblemente la mejor parte de esta semana completamente surrealista.

Audrey sonrió, una sonrisa brillante y un poco tonta que hizo que Trevor se diera cuenta de que estaba en problemas mucho más profundos de los que había imaginado.

Porque en ese momento, viendo a Audrey Carlson borracha y vulnerable, y absolutamente adorable en su honestidad desinhibida, Trevor Hunter se dio cuenta de que ya no estaba fingiendo nada.

—Creo que es hora de irnos —anunció.

—Nooo, es muy pronto todavía —se quejó Audrey, haciendo una mueca con la boca.

—Vamos —dijo Trevor, y sonó casi como una orden.

—Vale, «Señor Mandón» —respondió Audrey en tono resignado.

Trevor la ayudó a bajarse del taburete para que no terminara estrellándose en el suelo, y juntos salieron del bar.

CAPÍTULO 36

El pasillo del hotel se extendía ante ellos como un túnel infinito bajo las luces tenues de la noche.

Trevor caminaba despacio, con el brazo firme alrededor de la cintura de Audrey mientras ella se las arreglaba para mantener un equilibrio precario que desafiaba tanto la gravedad como la lógica.

—¿Sabes qué? —dijo Audrey, su voz ligeramente pastosa mientras apoyaba el peso de su cuerpo contra su costado—. Creo que el suelo se está moviendo. Es raro.

—El suelo está perfectamente quieto —le aseguró Trevor, ajustando su agarre cuando ella se tambaleó hacia la izquierda—. Es tu sistema vestibular el que ha decidido tomarse unas vacaciones.

—¿Mi sistema qué? —Audrey levantó la vista hacia él con los ojos ligeramente desenfocados—. ¿Eso es una parte de mi cuerpo? Porque si es así, no recuerdo haberle dado permiso para irse de vacaciones.

Trevor no pudo evitar sonreír.

—Es la parte de tu oído interno que se encarga del equilibrio. Y ahora mismo está más borracho que tú.

—Imposible —declaró Audrey solemnemente—. Nada está más borracho que yo ahora mismo. Soy profesionalmente borracha. Si hubiera olimpiadas de borrachera, ganaría el oro.

—También ganarías el oro en modestia —comentó Trevor, mientras sacaba la tarjeta-llave de la habitación de su bolsillo, haciendo malabares para mantener a Audrey estable al mismo tiempo.

—La modestia está sobrevalorada —respondió ella, y luego agregó pensativamente—: Como las cenas elegantes. Y los zapatos cómodos. Y Daniel.

Trevor se detuvo abruptamente ante la mención del nombre, y Audrey, que no había estado preparada para la parada, se tambaleó hacia adelante.

—Whoa —murmuró, agarrándose a su camisa—. Haz una advertencia la próxima vez.

—¿Estás pensando en Daniel? —preguntó Trevor, y había algo en su voz que no pudo identificar completamente.

Audrey lo miró con esa seriedad exagerada que solo se ve en personas muy borrachas.

—No —dijo finalmente—. Estoy pensando en lo mucho que no estoy pensando en Daniel. Es como... como cuando te dicen que no pienses en elefantes rosas y entonces es lo único en lo que puedes pensar, pero yo estoy pensando muy deliberadamente en no elefantes rosas.

Trevor parpadeó un par de veces, tratando de seguir la lógica retorcida de su explicación. Audrey estaba más borracha de lo que creía.

—¿Daniel es el elefante rosa en esta metáfora? —preguntó.

—Daniel es el... No, espera. —Audrey frunció el ceño con concentración, como si estuviera desentrañando una operación matemática muy compleja—. Tú eres el elefante rosa. No, eso no está bien tampoco. Los elefantes rosas son buenos. Daniel no es bueno. Daniel es... Daniel es un elefante gris muy aburrido que huele a *aftershave* caro y ego herido.

—Esa es la descripción más específica de Daniel que he escuchado en mi vida —dijo Trevor, consiguiendo finalmente abrir la puerta de la habitación.

—Soy muy específica cuando estoy borracha —declaró Audrey—. Es una de mis mejores cualidades. Junto con mi capacidad para encontrar la única silla inestable en cualquier habitación y sentarme en ella.

Trevor la guio hacia el interior de la habitación, y fue entonces cuando Audrey decidió que caminar era demasiado esfuerzo.

Sus piernas simplemente dejaron de cooperar, y habría terminado en el suelo si Trevor no hubiera reaccionado con los reflejos de un jugador de béisbol profesional.

—Vale, ya has caminado suficiente por hoy —dijo, pasando un brazo bajo sus rodillas y otro alrededor de su espalda, y levantándola antes de que pudiera protestar.

—¡Eh! —exclamó Audrey, aunque no sonaba particularmente molesta—. No soy un saco de patatas.

—No, eres mucho más parlanchina que un saco de patatas —replicó Trevor, caminando hacia la cama—. Y bastante más complicada.

—Gracias —dijo Audrey, como si le hubiera hecho un cumplido—. Siempre he aspirado a ser más complicada que los tubérculos.

Trevor la depositó suavemente sobre el colchón, donde ella inmediatamente se hundió en las almohadas como si fuera un ancla encontrando el fondo del océano.

—No me apetece estar aquí —dijo después de un momento—. Es muy aburrido. Y sobrio. Volvamos al bar. Quiero terminar nuestro juego.

—Nuestro juego ha terminado —dijo Trevor con firmeza, arrodillándose para quitarle las sandalias—. Ha sido divertido, pero ahora necesitas dormir.

—No quiero dormir —protestó Audrey, tratando de incorporarse y fallando miserablemente—. Dormir es para gente responsable. Y yo esta noche no soy gente responsable. Esta noche soy gente divertida. Gente espontánea. Gente que bebe tequila y no piensa en las consecuencias.

—Esta noche eres gente que va a tener una resaca épica mañana —corrigió Trevor, dejando las sandalias cuidadosamente a un lado—. Y que va a agradecer haber dormido cuando tenga que lidiar con una boda.

—La boda —repitió Audrey, y su expresión se ensombreció—. Tengo que ver a Daniel casarse con otra mujer mañana. Tengo que

sonreír y fingir que me alegro por él cuando en realidad quiero... quiero...

Se detuvo, frunciendo el ceño como si hubiera perdido el hilo de su pensamiento.

—¿Qué quieres? —preguntó Trevor suavemente.

—No lo sé —admitió Audrey—. Solía saber lo que quería. Quería que me quisiera. Quería que nos casáramos. Quería que fuéramos felices para siempre como en los cuentos de hadas. Pero ahora... ahora no sé qué quiero. Excepto tal vez más tequila.

—Definitivamente no más tequila —dijo Trevor—. ¿Puedes sentarte un momento? Necesito ayudarte a quitarte el vestido.

Audrey lo miró con ojos muy abiertos.

—Trevor Hunter, ¿me estás pidiendo que me desnude?

—Te estoy pidiendo que me dejes ayudarte a cambiarte a algo más cómodo para dormir —corrigió Trevor, sintiendo cómo el calor le subía por el cuello—. Has estado en este vestido todo el día, y los vestidos pin-up no son exactamente ropa para dormir.

—Tienes razón —afirmó Audrey con solemnidad—. Son vestidos para conquistar. Vestidos que dicen: «mírame, soy adorable y *sexy*». —Hizo una pausa—. ¿Crees que soy adorable y *sexy*?

Trevor la miró durante un momento, tomando en cuenta su cabello despeinado, su maquillaje ligeramente corrido, y la forma en que lo miraba con esa confianza absoluta que solo la produce la intoxicación de alcohol.

—Creo que eres adorable —dijo finalmente—. *Sexy* es solo un bonus.

Audrey sonrió, una sonrisa brillante y un poco tonta que hizo algo extraño en el pecho de Trevor.

—Eres muy dulce para ser un abogado despiadado —comentó—. ¿Estás seguro de que no eres un abogado defectuoso?

—Soy completamente defectuoso —confirmó Trevor—. Ahora, ¿puedes darle la vuelta? La cremallera está en la espalda.

Audrey obedeció, girándose con movimientos exagerados y ceremoniales.

Trevor encontró la cremallera y la bajó lentamente, tratando de mantener sus pensamientos en territorio profesional, y no notar la suavidad de su piel bajo sus dedos.

—¿Trevor? —dijo Audrey de repente.

—¿Sí?

—¿Crees que Daniel realmente cancelaría la boda si se lo pidiera?

La pregunta flotó en el aire, cargada de una vulnerabilidad que el alcohol había despojado de cualquier pretensión.

Trevor se detuvo, sus manos inmóviles en la cremallera.

—¿Importa? —preguntó finalmente.

—No lo sé —admitió Audrey—. Tal vez. O tal vez solo me gusta la idea de que alguien esté dispuesto a cambiar su vida por mí. Incluso si esa persona es Daniel. Incluso si no estoy segura de quererlo de vuelta en mi vida.

Trevor terminó de bajar la cremallera y se apartó, dándole espacio para quitarse el vestido.

—¿Dónde está tu pijama? —preguntó.

—En el cajón de arriba de la cómoda —respondió Audrey, luchando con el vestido—. El azul con estrellas. Es mi favorito porque es suave y no juzga mis decisiones de vida.

Trevor encontró el pijama, un conjunto de algodón azul marino con pequeñas estrellas plateadas que era exactamente tan adorable como había imaginado, y se lo llevó.

—Brazos arriba —indicó, sosteniendo la camiseta.

—¿Me estás vistiendo como a una niña? —preguntó Audrey, levantando los brazos obedientemente.

—Te estoy ayudando como a una amiga borracha —corrigió Trevor, deslizando la camiseta sobre su cabeza—. Hay una diferencia.

—¿Somos amigos? —preguntó Audrey, su voz amortiguada por la tela—. Quiero decir, somos novios falsos, pero ¿eso nos convierte automáticamente en amigos?

—Creo que los chupitos de tequila nos han convertido oficialmente en amigos —respondió Trevor—. El novio falso era solo

el preludio.

Audrey emergió de la camiseta con el pelo aún más despeinado.

—Me alegro —dijo seriamente—. Eres un buen amigo. Y un novio falso excepcional. Deberías considerar hacer esto profesionalmente.

—No hay suficiente dinero en el mundo —murmuró Trevor, ayudándola con los pantalones del pijama.

—¿Ni siquiera por mí? —preguntó Audrey, con una sonrisa coqueta que hizo que Trevor se detuviera.

Por un momento, la habitación se quedó en silencio excepto por el sonido distante de la música de la fiesta que continuaba abajo.

Trevor la miró, tomando nota de la forma en que la luz de la lámpara jugaba con su cabello pelirrojo, de cómo sus ojos azules parecían más grandes sin maquillaje, de la vulnerabilidad que irradiaba incluso a través de su estado de embriaguez.

—Especialmente por ti —dijo finalmente, y había algo en su voz que hizo que Audrey lo mirara más de cerca.

—¿Por qué especialmente por mí? —preguntó, y por primera vez en la noche, su voz sonó completamente sobria.

Trevor abrió la boca para responder, luego la cerró.

Era extraño.

¿Cómo podía explicarle que con ella se sentía más él mismo de lo que se había sentido en años? ¿Que hacerla reír le parecía más importante que ganar cualquier caso? ¿Que el pensamiento de que Daniel pudiera recuperarla lo llenaba de una furia primitiva que no sabía cómo manejar?

—Porque eres complicada —dijo finalmente—. Y yo no soy bueno con las cosas complicadas.

Audrey lo estudió con esa intensidad que a veces aparecía incluso cuando estaba borracha, como si pudiera ver a través de todas sus defensas cuidadosamente construidas.

—Creo que eres mejor con las cosas complicadas de lo que crees —dijo suavemente.

Antes de que Trevor pudiera responder, Audrey se tumbó en la cama y cerró los ojos.

—La habitación está dando vueltas —comentó—. Joder, parece un maldito tiovivo.

—Bebe un poco de agua —dijo Trevor, acercándole el vaso que había llenado de una de las botellas del minibar.

Audrey obedeció sin abrir los ojos, y Trevor tuvo que sostener el vaso para asegurarse de que no se lo derramara encima.

—Trevor —murmuró Audrey cuando terminó de beber.

—¿Sí?

—Gracias por cuidarme. Nadie me ha cuidado así desde... desde hace mucho tiempo.

—De nada —respondió Trevor, y se sorprendió por lo mucho que significaban esas palabras para él.

—Y Trevor —añadió Audrey, su voz cada vez más somnolienta.

—¿Sí?

—Eres mucho mejor que un elefante rosa. Eres como... como un unicornio. Pero un unicornio que existe de verdad y que lleva trajes muy caros.

Trevor se echó a reír suavemente.

—Gracias. Creo.

—De nada —murmuró Audrey, y su respiración comenzó a volverse más profunda y regular.

Trevor se quedó sentado en el borde de la cama durante unos minutos, observándola dormir.

Incluso borracha y con el maquillaje corrido, incluso con el cabello hecho un desastre y hablando de elefantes rosas, era preciosa. No de la manera perfecta y producida que parecían valorar las mujeres con las que normalmente salía, sino de una manera real, humana, que lo hacía querer protegerla de todo el mundo.

Especialmente de Daniel.

«Daniel es un gilipollas —pensó con una vehemencia que lo sorprendió—. Un gilipollas que no supo valorar lo que tenía y que ahora quiere volver cuando es demasiado tarde.»

Aunque tal vez no fuera demasiado tarde.

Tal vez Audrey todavía tenía sentimientos por su ex.

Tal vez mañana, cuando estuviera sobria y enfrentando la realidad de la boda, decidiría que quería intentarlo de nuevo con Daniel.

El pensamiento le produjo una sensación desagradable en el estómago, como si hubiera bebido algo agrio.

Se estaba levantando para ir al baño cuando su portátil comenzó a emitir el sonido familiar de una videollamada entrando.

Frunció el ceño, consultando su reloj. Eran casi las once de la noche en California, lo que significaba que era casi la una de la madrugada en Chicago.

«Esto no puede ser bueno», pensó, acercándose al ordenador con cuidado para no despertar a Audrey.

CAPÍTULO 37

Trevor se acomodó en la silla del escritorio, mientras las caras de Asher, Samuel y Ethan se materializaban en la pantalla del portátil.

Incluso a través de la conexión de vídeo, podía ver la tensión en sus expresiones, el tipo de seriedad que solo aparecía cuando algo se había torcido espectacularmente.

—Vale, soltadlo —dijo sin preámbulos—. ¿Qué ha pasado? —preguntó.

Samuel fue el primero en hablar, su habitual sonrisa sarcástica estaba reemplazada por una expresión grave.

—Westbrook Industries. El caso que creíamos que estaba cerrado acaba de convertirse en una pesadilla de proporciones colosales.

Trevor sintió que algo frío se instalaba en su estómago. Westbrook Industries había sido uno de los casos más complejos del bufete del año anterior: una demanda multimillonaria por fraude corporativo que habían conseguido resolver con un acuerdo extrajudicial favorable para su cliente.

—¿Qué ha pasado exactamente? —preguntó, su mente ya había cambiado al modo de resolución de crisis.

Ethan se inclinó hacia la cámara, su expresión sombría.

—Han aparecido nuevas evidencias. Un empleado descontento decidió filtrar documentos internos que, aparentemente, nuestro cliente «olvidó» mencionar durante el proceso. Documentos que sugieren que el fraude era mucho más sistemático de lo que admitieron.

—¿Qué tipo de documentos? —Trevor ya estaba tomando notas mentales, su cerebro legal activándose automáticamente.

—Emails internos, registros contables alternativos, grabaciones de reuniones ejecutivas —enumeró Asher—. Básicamente, todo lo

que habría hundido a Westbrook si hubiera salido a la luz durante el juicio original.

—Joder —murmuró Trevor, pasándose la mano por el pelo—. ¿La parte contraria ya tiene acceso a esto?

—Todo fue filtrado simultáneamente a la prensa y al equipo legal del demandante —confirmó Samuel—. El Washington Post va a publicar una investigación completa mañana por la mañana. Y Peterson & Associates ya ha presentado una moción para la reapertura del caso.

Trevor se recostó en la silla, procesando las implicaciones. Un caso reabierto significaba meses de trabajo adicional, posibles sanciones del tribunal por no haber revelado evidencia material, y el tipo de publicidad negativa que podía dañar seriamente la reputación del bufete.

—¿Cómo es de grave la nueva evidencia? ¿En una escala del uno al «nos van a crucificar públicamente»? —preguntó.

—Estamos en el territorio de la crucifixión —respondió Ethan—. Los emails son particularmente incriminatorios. Hay uno del presidente ejecutivo bromeando sobre «mantener a los abogados en la oscuridad para que puedan negar con dignidad».

—Fantástico. Nuestro cliente nos usó como peones en su juego de ajedrez. —Trevor sintió la familiar quemazón de la indignación profesional—. ¿Habéis hablado con Westbrook?

—Esa es la mejor parte —dijo Samuel con sarcasmo—. En su despacho dicen que está «incomunicado» en algún retiro ejecutivo en las Bahamas. Muy conveniente.

Trevor cerró los ojos, sintiendo el peso de la situación asentándose sobre sus hombros. No era su especialidad, pero en los casos complicados del bufete, todos tomaban parte, independientemente de la especialidad legal a la que se dedicaran.

—Vale, necesito ver toda la documentación. Enviadme los archivos al email seguro. Voy a revisar todo esta noche y a ver a qué conclusión llego para empezar a formular una estrategia de defensa.

—Trevor, en serio, lo sentimos —dijo Ethan, su voz cargada de disculpa—. Sabemos que estás en tu... bueno, en tu misión de caridad romántica. No te habríamos molestado si no fuera una emergencia.

—No es una misión de caridad romántica —corrigió Trevor automáticamente—. Es un favor a mi hermana, os lo he dicho mil veces.

—Claro, claro —dijo Samuel, y Trevor pudo ver el brillo travieso volviendo a sus ojos—. Un favor totalmente altruista que no tiene nada que ver con pasar un fin de semana romántico en una playa con una mujer preciosa —añadió, para picarle.

—¿Preciosa? —Trevor arqueó una ceja—. ¿Cuándo has visto tú a Audrey?

Samuel se echó hacia adelante.

—Ahora mismo —contestó, señalando con la barbilla la cama, que quedaba justo detrás de Trevor.

—Y tenemos que decir que tienes buen gusto para las novias falsas —admitió Asher, con una sonrisa burlona en los labios.

Trevor miró por encima del hombro hacia la cama, donde Audrey dormía plácidamente a pocos metros de distancia, acurrucada bajo las sábanas con una expresión serena que contrastaba con el caos de la noche.

Trevor cambió el portátil de posición para que la cámara no apuntara hacia la cama.

—Dejad de mirad, cabrones —les ordenó, girándose de nuevo hacia la pantalla.

Los chicos se echaron a reír. Evidentemente solo lo hacían para picarlo.

—Tranquilo, hombre —habló Ethan.

—Shhh… Hablad más bajo —les pidió Trevor, llevándose el dedo a los labios—. Está durmiendo la mona. La pobre se ha cogido una buena melopea… —dijo.

—¿Por alguna razón especial? —preguntó Asher.

Ethan lo miró.

—¿Hay que tener una razón específica para cogerse una cogorza?

Asher encogió los hombros.

Trevor se inclinó hacia la pantalla, bajando la voz para no despertar a Audrey, mientras relataba los eventos de la noche a sus socios.

—Su ex le ha dicho que está confuso, que no sabe si casarse o no y que, si ella se lo pide, cancelaría la boda —explicó Trevor.

Los tres abrieron la boca como si se les fuera a desencajar la mandíbula, atónitos. Después se quedaron callados durante un momento, asimilando la información.

Samuel silbó bajito.

—Joder. No me esperaba ese giro de guion.

—Espera, ¿qué? —Ethan se enderezó en la silla—. ¿El ex quiere volver con ella?

—Sí.

—¿Y está realmente dispuesto a cancelar su boda? —preguntó Asher, incrédulo—. ¿El día antes de la ceremonia?

—Al parecer, sí —confirmó Trevor.

—¡Hostia puta! —exclamó Ethan.

—Así que después de la confesión de su ex, decidió que lo mejor era emborracharse hasta casi perder el conocimiento —concluyó Trevor, pasándose una mano por el pelo—. He tenido que cargarla literalmente hasta aquí.

—No me extraña, menuda confesión —murmuró Ethan.

—Ese gilipollas no se merece ni siquiera una borrachera por su culpa —dijo Trevor. Había una nota de irritación en su voz que no pudo disimular completamente.

El silencio que siguió estaba tan cargado de significado que Trevor se dio cuenta inmediatamente de su error.

Samuel, Asher y Ethan intercambiaron miradas significativas en la pantalla. Esa comunicación silenciosa que surge de años de amistad.

—¿Perdón? —dijo Asher lentamente, con una sonrisa que se extendía gradualmente por su rostro—. ¿Acabas de decir que ese gilipollas no se merece ni una borrachera?

—He dicho que es una reacción desproporcionada a la situación —se corrigió Trevor rápidamente, pero ya era demasiado tarde.

Samuel se echó hacia atrás en su silla, sus ojos brillando con malicia.

—Oh, esto es mejor de lo que pensaba. Trevor Hunter está oficialmente celoso.

—No estoy celoso —negó Trevor con más vehemencia de la necesaria—. Estoy... preocupado por el bienestar de mi cliente temporal.

—¿Cliente temporal? —Ethan se echó a reír—. Tío, acabas de referirte a tu novia falsa como una cliente. Incluso para ti, eso tiene que sonarte ridículo.

—Porque lo es —se apresuró a decir Samuel.

Trevor los fulminó con la mirada a través de la pantalla.

—Estáis yendo demasiado lejos en esto. Es solo que el tipo es objetivamente un gilipollas. ¿Quién confiesa tener sentimientos confusos la noche antes de su boda? Es egoísta e inmaduro.

—Pues más gente de la que crees —intervino Asher.

—Y tú eres la imagen de la madurez emocional —comentó Samuel con sarcasmo—. El hombre que ha convertido evitar los sentimientos en una forma de arte.

—Al menos yo no juego con los sentimientos de otras personas —replicó Trevor.

—No —intervino Ethan—, tú simplemente niegas que tienes sentimientos con los que jugar. Es mucho más eficiente.

Trevor se pellizcó el puente de la nariz, notando el inicio de un dolor de cabeza.

—¿Podemos volver al caso Westbrook? Al menos eso es un desastre que puedo arreglar.

—No tan rápido —dijo Samuel, que se estaba divirtiendo demasiado como para cambiar de tema—. Primero quiero oír más sobre ese ataque de celos completamente *no-celoso* que has tenido.

—¿De qué coño hablas? —dijo Trevor.

—Lo sabes muy bien —insistió Samuel.

Trevor puso los ojos en blanco.

—No he tenido ningún ataque de celos porque no estoy celoso —aseveró—. Es imposible estar celoso de una situación que es completamente hipotética y que además no me afecta personalmente.

—¿No te afecta personalmente? —Asher arqueó una ceja—. Acabas de pasar la noche cuidando de ella, literalmente cargándola cuando no podía ni caminar, poniéndole el pijama...

—Como haría cualquier persona decente —interrumpió Trevor.

—Como haría alguien que se preocupa por ella —corrigió Ethan —. Mucho más de lo que le correspondería a un simple novio falso, porque tú eres su novio falso.

—Y ahora estás aquí, trabajando un sábado por la noche en lugar de dormir, mientras ella está en tu cama... —continuó Samuel.

—En la cama de la habitación que compartimos por motivos puramente logísticos —aclaró Trevor rápidamente—. Se supone que somos pareja, así que nos dieron una habitación con una cama de matrimonio.

—... vestida con un pijama que tú le has puesto, después de una noche donde otro hombre le confesó que la quiere, y tú insistes en que no sientes absolutamente nada —terminó Samuel—. Tío, incluso para alguien con un doctorado en autoengaño, eso es impresionante.

Trevor abrió la boca para responder con lo que seguramente habría sido una argumentación épica sobre la diferencia entre cortesía social e involucración emocional, pero un sonido desde la cama lo interrumpió.

Audrey había comenzado a moverse inquieta, a murmurar cosas incoherentes.

Y de repente se incorporó bruscamente con una expresión de pánico en el rostro.

—Oh, no —masculló, llevándose una mano a la boca—. Oh, Dios, no...

Y entonces saltó de la cama y corrió hacia el baño como si su vida dependiera de ello.

CAPÍTULO 38

Trevor se levantó de la silla de golpe y la siguió inmediatamente, llegando al baño justo a tiempo para verla vomitar frente al inodoro.

—Audrey… —susurró, arrodillándose a su lado—. Estoy aquí, ¿vale? Déjalo salir.

Ella vomitó violentamente. Su cuerpo se convulsionaba mientras él le sujetaba el pelo para apartárselo de la cara.

Trevor había visto muchas cosas en su vida, pero había algo particularmente vulnerable en ver a alguien así, tan incapacitado.

—Lo siento —gimoteó Audrey entre arcadas—. Joder, esto es tan vergonzoso...

—No es vergonzoso —la tranquilizó Trevor, frotando suavemente su espalda con movimientos circulares—. Es lo que pasa cuando bebes tequila como si fuera agua. Es lógica básica.

Desde el escritorio, el altavoz del portátil transmitía las voces de sus socios, que claramente estaban tratando de escuchar lo que pasaba.

—¿Está bien? —se oyó la voz preocupada de Ethan.

—¿Necesita que llamemos a un médico? —añadió Asher.

Trevor los ignoró, concentrándose completamente en Audrey.

—¿Mejor? —preguntó cuando parecía que lo peor había pasado.

—Un poco —susurró ella, apoyándose contra él—. Pero todo sigue dando vueltas.

—Eso es normal. ¿Puedes enjuagarte la boca?

Audrey asintió débilmente con la cabeza, y Trevor la ayudó a levantarse lo suficiente para llegar al lavabo.

Le pasó un vaso de agua y una toalla húmeda, observando mientras se limpiaba la cara con movimientos temblorosos.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —preguntó de repente Audrey, mirándolo a través del espejo—. Después de todo el lío que he montado, después de arrastrarte a esta boda horrible... ¿por qué sigues aquí cuidándome?

—Porque Diane me arrojaría a los buitres si no lo hiciera —respondió Trevor, poniendo un poco de humor a la situación.

—Claro… —Audrey movió la cabeza—. Menuda es Diane.

—Me cortaría la cabeza. —Trevor se pasó la mano por la nuca y permaneció callado durante un momento, consciente de que Ethan, Samuel y Asher probablemente estaban escuchando cada palabra—. Y también porque es lo que se hace —añadió—. Cuando alguien te importa, lo cuidas. Punto final.

—¿Te importo? —preguntó Audrey, girándose para mirarlo directamente.

Estaba pálida, tenía ojeras y los ojos se veían vidriosos.

—Sí —admitió en voz baja.

«Me importas mucho más de lo que debería ser inteligente o seguro», añadió Trevor en silencio.

Audrey sonrió, una sonrisa pequeña y triste.

—Tú a mí también —susurró.

Las palabras flotaron en el aire, sinceras solo porque Audrey estaba demasiado aturdida para filtrarlas.

—Audrey... —comenzó Trevor.

—Lo sé —lo interrumpió ella—. Lo sé, todo está muy complicado con Daniel. Mañana se casa, y... todo. —Lanzó un suspiro—. Pero quería que lo supieras. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso mañana decido ser sensata y fingir que no ha pasado nada —respondió, con una honestidad brutal producida por la intoxicación etílica.

Trevor la miró durante unos segundos, memorizando la forma en que la luz del baño jugaba con su cabello despeinado, cómo sus ojos brillaban incluso hinchados por el llanto y el alcohol, cómo incluso en

su estado más vulnerable seguía siendo la persona más real que había conocido.

—Vamos —dijo finalmente, pasando un brazo alrededor de su cintura—. Necesitas volver a la cama.

La guio de vuelta a la habitación, donde la ayudó a acomodarse bajo las sábanas.

Audrey se durmió casi inmediatamente, como si aquella breve conversación hubiera liberado la última reserva de energía que le quedaba.

Trevor se acercó al escritorio, donde los chicos estaban detrás de la pantalla esperando bajo un silencio expectante.

—¿Habéis escuchado todo? —preguntó.

—Solo las partes importantes —respondió Samuel con una voz extrañamente suave—. Como la parte donde ella ha dicho que le importas.

—Y la parte donde tú has admitido que también te importa —añadió Ethan.

—¿Qué tiene eso de particular?

—Es una declaración —afirmó Ethan.

Trevor abrió los ojos de par en par.

—¿Qué? ¿Se os ha ido la puta cabeza? —dijo en voz baja—. Audrey está borracha. La gente no es consciente de lo que dice cuando está borracha.

—La gente dice cosas cuando está borracha que no se atreve a decir sobria —interrumpió Samuel—. Pero eso no las hace menos ciertas.

—Dejad de decir idioteces, por favor —gruñó Trevor—. No siento nada por Audrey pero, aunque sintiera algo por ella, que no es el caso, sería irrelevante porque claramente tiene asuntos pendientes con su ex.

—¿O tal vez el ex se está dando cuenta de lo que ha perdido porque la ha visto con alguien más? —sugirió Ethan—. Es un clásico, el síndrome del perro del hortelano.

—¿Y eso qué significa para Trevor? —preguntó Samuel.

—Significa que Trevor debería luchar por lo que quiere en lugar de racionalizar por qué no puede tenerlo —respondió Asher—. Por una vez en su vida.

Trevor los miró a través de la pantalla. Aquellos tíos lo conocían mejor que nadie, habían sido testigos de sus victorias profesionales y sus fracasos personales, y habían visto cómo construía murallas emocionales tan altas que ni él mismo podía escalarlas.

—No es tan simple —dijo, poniendo voz a sus pensamientos, sin dar importancia a su comentario.

—El amor nunca es simple —replicó Ethan—. Si fuera simple, no valdría la pena.

—¿Quién ha dicho algo sobre amor? —protestó Trevor—. El amor es una construcción social diseñada para vender bombones y flores el día de San Valentín y hacer que la gente tome decisiones irracionales.

—Ah, sí, ahí está —dijo Samuel con satisfacción—. El discurso anti-amor de Trevor. Lo había echado de menos.

—No es un discurso, es una observación basada en evidencias empíricas —corrigió Trevor—. Soy abogado matrimonialista. ¿Habéis visto las estadísticas de divorcios?

—Trevor, tío —dijo Ethan, negando con la cabeza—. Eres el único abogado que conozco que puede convertir una conversación sobre sentimientos en un debate académico.

—Los sentimientos son irracionales —insistió Trevor—. Las decisiones racionales se basan en lógica, análisis de riesgo-beneficio, y proyecciones a largo plazo. Los sentimientos se basan en impulsos primitivos y en esa química cerebral temporal que algunos llaman enamoramiento.

—¿Y qué tiene de malo un poco de química cerebral temporal? —preguntó Samuel—. La vida no puede ser toda análisis de riesgo-beneficio. A veces tienes que dejarte llevar por algo que no puedes cuantificar.

—No pensabas lo mismo antes de conocer a Haley —refutó Trevor.

—Precisamente por eso lo digo.

Trevor miró de nuevo hacia la cama, donde Audrey había murmurado algo en sueños y se había acurrucado más entre las almohadas.

—¿Y si te equivocas? —preguntó en voz baja—. ¿Y si esa química cerebral temporal te hace tomar decisiones que destruyen todo lo que has construido?

—¿Y si tenemos razón? —contraatacó Ethan—. ¿Y si esa química cerebral temporal es en realidad tu cerebro diciéndote que has encontrado algo que vale la pena el riesgo?

—Además —añadió Samuel—, ¿cuándo has construido algo en tu vida personal que valga la pena proteger? Tu ático parece un hotel de lujo, tus relaciones duran menos que algunos de nuestros casos, y la última vez que alguien estuvo en tu cocina, además de ti, fue cuando el técnico fue a reparar el horno que nunca usas.

—Tengo una vida perfectamente satisfactoria —defendió Trevor.

—Tienes una vida perfectamente funcional —corrigió Asher—. Que es completamente distinto.

Ethan se inclinó hacia la cámara.

—Mira —dijo—, no estamos diciendo que te cases con la chica mañana. Solo estamos diciendo que tal vez, por una vez en tu vida, podrías considerar la posibilidad de que haya algo más importante que minimizar riesgos emocionales.

Trevor se quedó callado, procesando las palabras de sus amigos.

En la pantalla, podía ver sus caras expectantes, el tipo de expresión que tenían cuando estaban esperando que admitiera algo que todos ya sabían.

—Enviadme los archivos de Westbrook —dijo finalmente, cambiando de tema—. Voy a revisar todo esta noche y os llamo mañana con las conclusiones que haya sacado.

—Trevor... —comenzó Samuel.

—Los archivos —repitió él con firmeza—. Podemos continuar con la terapia de grupo no solicitada después de que hayamos salvado el bufete de este marrón.

Sus amigos intercambiaron miradas, pero asintieron.

—Te los envío ahora —dijo Asher—. Y Trevor... piénsalo, ¿vale? Piensa en lo que realmente quieres, no en lo que es más seguro.

—Siempre pienso en eso —respondió Trevor.

—No —corrigió Ethan—. Siempre analizas. Hay una diferencia.

La llamada terminó dejando a Trevor solo en la habitación tenuemente iluminada, con el sonido suave de la respiración de Audrey y el peso de las palabras de sus amigos asentándose en su mente como si fuese el sedimento en un lago.

Se giró para mirarla de nuevo, tomando nota de cómo la luz de la luna que se filtraba por las cortinas creaba sombras suaves en su rostro, de cómo sus labios estaban ligeramente entreabiertos, de cómo una mano había escapado de debajo de las sábanas y yacía abierta sobre la almohada.

CAPÍTULO 39

El sol de California se filtraba a través del hueco de las cortinas de gasa blanca de la habitación.

Era el tipo de mañana que normalmente habría sido perfecta: un cielo despejado, una brisa suave del océano trasportando el tenue olor a salitre, y una temperatura ideal para un día de boda en la playa.

Lástima que Audrey sintiera como si un camión le hubiera pasado por encima de la cabeza.

Abrió los ojos lentamente, como si sus párpados estuvieran hechos de plomo, e inmediatamente se arrepintió de la decisión.

La luz, aunque suave, era como dagas atravesando directamente su cerebro.

¡Santísimo Dios!

Un gemido lastimero escapó de sus labios mientras se llevaba una mano temblorosa a la frente.

«Nunca más —pensó con la convicción de alguien que probablemente había hecho la misma promesa una docena de veces antes—. Nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia, vuelvo a beber tequila.»

El movimiento de girar la cabeza para evaluar la habitación envió una onda de náusea a través de su estómago, pero logró distinguir que estaba sola en la cama.

Las sábanas del otro lado estaban pulcramente arregladas, como si nadie hubiera dormido allí.

«Por favor, dime que no hice nada terriblemente embarazoso», suplicó al universo, aunque fragmentos borrosos de la noche anterior comenzaban a filtrarse a través de la niebla de su resaca.

Recordaba vagamente el bar, los chupitos de tequila, risas que ahora le parecían demasiado fuertes, y... ¿había vomitado? Por favor, que no hubiera vomitado.

El sonido de la ducha corriendo desde el baño le confirmó que Trevor estaba levantado y funcionando como un ser humano normal. Lo que probablemente significaba que él recordaba perfectamente todo lo que había pasado la noche anterior, incluyendo cualquier cosa vergonzosa que ella hubiera hecho o dicho.

«Genial —pensó con sarcasmo—. Nada como dar una primera impresión inolvidable vomitando delante del hombre que amablemente accedió a fingir ser tu novio.»

El agua se cortó, y Audrey cerró los ojos rápidamente, fingiendo dormir.

No estaba lista para enfrentar la realidad todavía.

No estaba lista para ver la expresión educada pero ligeramente horrorizada en el rostro de Trevor.

No estaba lista para las disculpas que tendría que dar, o para el eco de la humillación que sabía que la acompañaría durante el resto del día.

Bueno, del día no, del resto de su puñetera vida.

Oyó sus pasos moviéndose por la habitación con la eficiencia silenciosa de alguien que claramente había tenido experiencia lidiando con resacas ajenas. O tal vez simplemente era competente en todo, incluso en navegar alrededor de novias falsas borrachas y complicadas.

Un golpe suave en la puerta interrumpió sus auto-recriminaciones.

—Servicio de habitaciones —anunció una voz alegre desde el pasillo.

—Puntual —escuchó a Trevor murmurar, y luego el sonido de la puerta abriéndose—. Gracias. ¿Pueden dejarlo en la mesa junto a la ventana?

Audrey mantuvo los ojos cerrados mientras escuchaba el tintineo de los platos y los cubiertos, el aroma del café recién hecho llenando

poco a poco la habitación.

Su estómago gruñó traicioneramente, aunque no estaba segura de si era de hambre o de náusea.

—Audrey —dijo Trevor suavemente después de que el personal del servicio de habitaciones se hubiera ido—. Sé que estás despierta. Tu respiración cambió hace cinco minutos.

¡Mierda!

Incluso con resaca, ese hombre era observador como un halcón.

Audrey abrió un ojo con cautela, luego el otro, y se encontró con Trevor de pie junto a la ventana. Estaba impecablemente vestido con pantalones chinos beige y una camisa blanca que parecía haber sido planchada por ángeles. Tenía el pelo húmedo peinado hacia atrás de esa manera que debería parecer demasiado formal pero que en él solo parecía elegante.

En contraste, ella probablemente se vería igual que si hubiera perdido una pelea contra un huracán. O contra un dinosaurio, si existieran.

—Buenos días, bella durmiente —dijo Trevor con una sonrisa que parecía divertida en lugar de educadamente horrorizada—. ¿Qué tal la cabeza? —le preguntó.

—Como si fuera un mueble de IKEA que alguien hubiera montado mal —respondió Audrey con voz ronca, intentando incorporarse lentamente—. Con piezas sueltas e instrucciones en sueco.

Trevor se echó a reír. Un sonido rico y cálido que de alguna manera hizo que la cabeza le doliera un poco menos.

—He pedido el desayuno —dijo, señalando hacia la mesa donde había dispuesto una selección que parecía diseñada para alguien en su estado—. Tostadas, fruta, café muy fuerte, y... —Levantó un vaso alto lleno de un líquido verdoso que parecía sospechosamente saludable—… esto.

Audrey miró el brebaje con desconfianza.

—¿Qué es eso? ¿Medicina? ¿Castigo? ¿Veneno? ¿Algún tipo de experimento científico?

Trevor no pudo evitar echarse a reír.

—Es un zumo de verduras y frutas específicamente diseñado para la resaca —explicó, acercándose a la cama—. Apio, pepino, manzana verde, jengibre y limón. Repone electrolitos, combate la deshidratación, y según el recepcionista, es milagroso para los dolores de cabeza post-tequila.

—¿El recepcionista tiene experiencia con resacas de tequila? —preguntó Audrey, aceptando el vaso con manos temblorosas.

—Trabaja en un resort californiano —respondió Trevor—. Las soluciones para las resacas de tequila son prácticamente parte de la descripción del trabajo.

Audrey olió el contenido del vaso y arrugó la nariz.

—Huele a... salud. Y responsabilidad. Dos cosas con las que claramente no tengo una buena relación ahora mismo.

—Bébetelo —ordenó Trevor, con la autoridad de una persona acostumbrada a ser obedecida—. Confía en mí.

—En las películas de miedo, esas son palabras famosas antes de un desastre —murmuró Audrey, pero tomó un sorbo experimental. Para su sorpresa, no estaba terrible. Algo amargo y vegetal, pero no terrible—. Esto no sabe tan mal como esperaba.

—¿Creías que era un castigo? —preguntó Trevor, sentándose en el borde de la cama con cuidado de no hacer que el colchón se moviera demasiado.

—Después de anoche, probablemente me merezco uno —admitió Audrey, tomando otro sorbo más grande—. No puedo creer que me emborrachara así. Es... Dios, es tan vergonzoso.

—¿Por qué es vergonzoso? —preguntó Trevor con curiosidad—. Cualquiera puede emborracharse alguna vez. Es prácticamente un rito humano.

Audrey lo miró por encima del vaso, buscando signos de sarcasmo o condescendencia en su expresión. Pero su rostro mostraba solo un interés amable.

—Porque soy una adulta funcional —explicó—. Se supone que no debo colapsar emocionalmente y ahogar mis problemas en alcohol.

Se supone que debo lidiar con las situaciones difíciles con madurez y eficiencia.

—¿Quién dice eso? —preguntó Trevor—. ¿Quién escribió las reglas sobre cómo se supone que debe lidiar una adulta funcional cuando su ex le confiesa que tiene sentimientos confusos la noche antes de su boda?

—El manual de Mujeres Modernas e Independientes —respondió Audrey débilmente—. Página cuarenta y tres: «Cuando te enfrentes a un drama emocional, mantén la compostura y la dignidad en todo momento. No recurras al alcohol como mecanismo de defensa.»

—Ese manual suena fatal —comentó Trevor—. ¿También dice algo sobre fingir que no tienes sentimientos humanos normales?

—Capítulo cinco completo —confirmó Audrey con una sonrisa triste.

Trevor se quedó callado durante un momento, observándola beber el zumo de verduras con expresión pensativa.

—¿Sabes qué creo? —dijo finalmente—. Creo que ese manual fue escrito por alguien que nunca tuvo que lidiar con situaciones reales. Porque en situaciones reales, a veces la única respuesta apropiada es emborracharse en un bar de hotel con tu novio falso mientras juegas juegos estúpidos de beber.

Audrey se atragantó ligeramente con el zumo.

—¿Jugamos juegos de beber? —preguntó, y había pánico real en su voz—. ¿Qué tipo de juegos? ¿Dije algo... comprometedor?

Trevor la miró con una expresión que no pudo descifrar completamente.

—Verdad o consecuencia, principalmente. Fue bastante inocente.

—¿Bastante inocente? —repitió Audrey—. ¿Eso significa que dije algunas gilipolleces, pero no las peores gilipolleces posibles?

—No dijiste ninguna gilipollez —la tranquilizó Trevor—. Hablaste de tener un gato y de que compartiéramos la custodia. Fue bastante adorable, en realidad.

Audrey lo miró con sospecha.

—¿Eso es todo? ¿No dije nada más... no sé, embarazoso?

Trevor vaciló por una fracción de segundo, y Audrey no pudo evitar notar la pausa.

—¿Como qué? —preguntó.

—No lo sé —respondió ella, sintiéndose cada vez más ansiosa—. Como... confesiones emocionales inapropiadas. O declaraciones sobre mis sentimientos. O... no sé, ¿análisis de mi vida amorosa?

—Nada de eso —mintió Trevor suavemente, y había algo en su voz que hizo que Audrey se relajara ligeramente.

—Menos mal —suspiró—. Porque bastante vergonzosa fue ya la situación sin añadir un drama emocional innecesario. —Guardó silencio unos segundos—. Espera, ¿vomité? Por favor, dime que no vomité delante de ti.

Trevor no pudo evitar sonreír.

—¿Prefieres que te mienta?

—Oh, Dios —gimió Audrey, tapándose la cara con la mano—. ¿Me viste vomitar? ¿Realmente me viste vomitar?

—Te vi vomitar, te ayudé a sujetarte el pelo, te limpié la cara, y te llevé de vuelta a la cama —enumeró Trevor con la misma naturalidad con la que habría discutido sobre el tiempo—. Y antes de que empieces con otra ronda de auto-flagelación, fue completamente normal y humano. He visto cosas mucho peores en las fiestas de la facultad de Derecho.

Audrey se quedó callada durante un momento, procesando esa información.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —le preguntó (de nuevo)—. Cualquier persona normal habría salido corriendo después de tener que lidiar con... esto. —Gesticuló vagamente hacia sí misma—. Con todo este desastre.

—Tal vez no soy una persona normal —sugirió Trevor.

—Definitivamente no eres una persona normal —afirmó Audrey —. Las personas normales no se ofrecen voluntariamente a ser novios falsos. Las personas normales no cuidan tan bien de extrañas borrachas. Las personas normales no...

Se detuvo, perdiendo el hilo de su pensamiento cuando se dio cuenta de lo cerca que estaba Trevor, de cómo la estaba mirando con esa intensidad que hacía que se sintiera como si fuera la única persona en el mundo.

—¿Las personas normales no qué? —preguntó él suavemente.

—No... no me hacen sentir como si fuera digna de ser cuidada —terminó Audrey en voz baja.

El silencio que siguió estuvo cargado de significado, lleno de todas las cosas que ninguno de los dos se atrevía a decir. Trevor parecía estar a punto de responder cuando Audrey se aclaró la garganta con un carraspeo y se apartó.

—Debería ducharme —anunció, levantándose de la cama con más determinación de la que sentía—. Necesito lavarme la vergüenza y... todo lo demás. Huelo a alcohol que apesto. —Dejó el vaso de zumo en la mesilla y se dirigió hacia el baño, pero se detuvo en la puerta.

—Trevor —dijo sin girarse.

—¿Sí?

—Gracias. Por todo. Por cuidarme, por el zumo milagroso, por... por ser tú.

—De nada —respondió él.

Audrey deseó girarse y mirarlo, pero no se atrevió.

En lugar de eso, se refugió en el baño, cerrando la puerta detrás de ella como si pudiera mantener fuera toda la confusión emocional que había estado acumulándose en ella.

Se miró en el espejo y arrugó la nariz.

Su pelo parecía haber tenido un encuentro con un tornado, el maquillaje del día anterior estaba esparcido por su rostro en manchas irregulares, y sus ojos estaban hinchados e inyectados en sangre.

«Preciosa —pensó con ironía—. En este momento soy el epitome de la elegancia.»

Abrió la ducha y se desnudó rápidamente, ansiosa por lavar la noche anterior de su piel.

El agua tibia era como una bendición, aflojando los músculos tensos y comenzando a despejar la niebla de su cabeza.

Mientras el champú del hotel se deslizaba por su larga melena, trató de reconstruir los eventos de la noche anterior. Recordaba la conversación con Daniel, la confusión y el dolor de después. Recordaba haber decidido emborracharse. Recordaba vagamente estar en el bar con Trevor, risas, juegos...

Pero había lagunas.

Momentos que sentía importantes pero que no podía recordar. Una sensación persistente de que había dicho algo significativo, algo que podría haber cambiado todo.

Pero Trevor le había asegurado que no había sido nada importante. Solo tonterías sobre gatos y custodias compartidas.

«Entonces, ¿por qué siento como si hubiera olvidado algo crucial?», se preguntó mientras se enjabonaba con el gel de ducha que olía a cítricos.

Tal vez era solo paranoia de resaca.

Tal vez su cerebro estaba llenando los vacíos con ansiedad en lugar de recuerdos reales.

O tal vez Trevor estaba siendo amable al no recordarle exactamente lo patética que había sido.

De cualquier forma, tenía que enfrentar el día. Tenía que ponerse un vestido bonito, sonreír en la boda de Daniel, y fingir que su mundo no había sido completamente trastornado en el espacio de tres días.

Y tenía que hacerlo junto a Trevor, el hombre que había visto cada una de sus vulnerabilidades y que, inexplicablemente, seguía ahí.

El hombre del que, se dio cuenta con una claridad súbita y aterradora, se estaba enamorando.

Si no se había enamorado ya.

«Perfecto —pensó mientras se enjuagaba por última vez—. Como si esta situación no fuera ya lo suficientemente complicada por sí sola.»

CAPÍTULO 40

Cuando Audrey salió del baño veinte minutos después, envuelta en el albornoz del hotel con el cabello húmedo cayendo en ondas sobre sus hombros, se sentía más humana.

El dolor de cabeza había disminuido a un murmullo sordo, su estómago había decidido cooperar, y el zumo milagroso de Trevor había obrado sus efectos reparadores.

Trevor estaba sentado en la cama, revisando algo en su teléfono, pero levantó la vista cuando Audrey apareció.

—¿Mejor? —preguntó.

—Mucho mejor —confirmó ella—. Ese zumo tuyo debería venderse con receta médica.

—Lo tendré en cuenta por si me deja de ir bien como abogado —respondió Trevor con una sonrisa—. Trataré de obtener la patente como sanador de resacas.

Audrey sonrió, mientras se dirigía hacia su maleta, consciente de que necesitaba empezar a prepararse para la boda.

La ceremonia era a las tres de la tarde, lo que le daba aproximadamente tres horas para transformarse de «mujer que sobrevivió a una intoxicación etílica» a «invitada elegante a una boda en la playa».

—¿Puedo usar el baño para cambiarme? —preguntó Trevor—. Necesito ponerme el traje.

—Por supuesto —respondió Audrey, sacando cuidadosamente su vestido de la maleta.

Cuando Trevor desapareció en el baño, Audrey extendió el vestido sobre la cama y se quedó observándolo durante un rato.

Era una obra maestra de la elegancia discreta que Diane había insistido en ayudarla a elegir durante una expedición de compras en Chicago dos semanas antes de la boda.

El vestido era de un azul océano profundo que cambiaba sutilmente entre tonos de marino a verde esmeralda dependiendo de la luz, como las aguas tropicales que los rodearían durante la ceremonia.

El diseño era clásico pero moderno: escote en V elegante pero no provocativo, mangas de encaje transparente que llegaban hasta los codos, y una falda que se ajustaba perfectamente a sus caderas antes de caer en una línea elegante hasta justo debajo de las rodillas.

La tela era una mezcla de seda y encaje que parecía agua líquida bajo sus dedos, y tenía pequeños detalles bordados en hilo plateado que capturaban la luz cuando se movía. Era la clase de vestido que te hacía sentir como la versión más sofisticada de ti misma.

«Diane tiene un gusto impecable —pensó Audrey—. Y claramente sabía con exactitud qué efecto quería lograr.»

Diane…

Mientras el sonido de la segunda ducha de Trevor aquel día llenaba el baño, Audrey se sentó en el borde de la cama con su teléfono, aún envuelta en el albornoz del hotel.

Sus dedos dudaron sobre la pantalla durante un momento antes de abrir el WhatsApp y buscar el nombre de Diane.

Audrey: Diane, tengo que contarte algo...

La respuesta llegó casi inmediatamente, como si Diane hubiera estado esperando noticias.

Diane: ¡Estaba pensando en ti! ¿Cómo va todo? ¿Ya estás lista para la boda? ¿Trevor se está portando bien?

Audrey: Trevor se está portando increíble. Pero... ha pasado algo con Daniel.

Diane: Oh, no. ¿Qué ha hecho ahora *The Ghost*?

Audrey sonrió a pesar de todo.

Audrey: Anoche me buscó y estuvo hablando conmigo. Me confesó que está confundido sobre casarse. Que si yo le dijera que parara la boda... lo haría.

Hubo una pausa larga antes de que aparecieran los tres puntos indicando que Diane estaba escribiendo.

Diane: ¿¿¿QUÉ???
Diane: Ese hijo de puta.
Diane: Perdón por el lenguaje, pero ¿EN SERIO?
Diane: ¿LA NOCHE ANTES DE SU BODA te dice eso?
Diane: Es más fantasma que nunca. Perro del hortelano nivel DIOS.
Diane: No quiere estar contigo, pero tampoco quiere que estés con nadie más. Seguramente se ha dado cuenta de que puedes ser feliz sin él y su ego no puede soportarlo. Dios, es tan gilipollas.

Audrey: Puede ser... No sé. Me dejó muy confundida. Y reaccioné de manera completamente madura y racional emborrachándome con tequila hasta que no podía caminar derecha.

Diane: Oh, no, Audrey... ¿Estás bien?

Audrey: Ahora sí. Tu hermano ha pedido el desayuno a la habitación y me ha traído un zumo milagroso para la resaca...

Diane: ¿Trevor? ¿Mi hermano Trevor? ¿El robot emocional?

Audrey: Jajaja sí, tu hermano. Y no es un robot emocional. Es... muy amable cuando quiere serlo.

Diane: Wow. Tal vez SÍ es humano después de todo. Siempre sospeché que en algún lugar debajo de toda esa lógica legal y todas esas leyes había una persona real.

Audrey: Definitivamente la hay. Y una muy buena, por cierto.

Diane: Me alegra escuchar eso. Pero volviendo a *The Ghost*... ¿qué vas a hacer? Por favor, dime que no estás considerando pedirle que cancele la boda.

Audrey: ¡No, por supuesto que no! Puede casarse con su prometida. Yo no voy a hacer nada.

Diane: BIEN. Ese tío tuvo su oportunidad. Tres años de oportunidades. Y las desperdició todas. Ahora no se merece que le des ni la hora.

Diane: Además, por lo que me cuentas, parece que mi hermano está siendo exactamente lo que necesitas ahora mismo.

Audrey: Sí. No sé qué habría hecho sin él estos días. Tenías razón. Trevor es el novio falso perfecto.

Diane: ¿Ves? Te dije que era perfecto para esto. Aunque admito que no esperaba que fuera tan... perfecto.

Audrey: ¿Por qué?

Diane: Porque Trevor normalmente huye cuando las cosas se empiezan a complicar y es poco dado a detalles, lo digo por lo del zumo para la resaca, pero está claro que se ha metido en su personaje de lleno.

Audrey rio.

Audrey: Yo creo que exageras.

Diane: No exagero nada. Trevor siempre está emocionalmente no disponible. Es funcional y poco más.

Audrey: Pues conmigo ha sido muy agradable.

Diane: Interesante... MUY interesante...

Audrey: ¿Qué es interesante y por qué pones esas mayúsculas?

Diane: Nada, nada. Solo... observaciones de hermana menor.

Audrey: Diane...

Diane: ¡Está bien! Solo digo que tal vez este fin de semana está siendo bueno para ambos. Tú necesitabas que alguien te demostrara que mereces que te cuiden, y él necesitaba... bueno, necesitaba recordar que es humano.

Audrey se quedó mirando el mensaje durante unos instantes.

Audrey: No compliques las cosas, Diane. Ya son suficientemente complicadas.

Diane: ¿Yo? ¿Complicar las cosas? ¡Jamás! Solo digo que mi hermano puede ser sorprendentemente dulce cuando encuentra a la persona adecuada, como le pasa con Lucas.

Audrey: ¿Y cómo sabes que yo soy la persona adecuada?

Diane: Porque se ha preocupado de llevarte un zumo para la resaca, y no se ha quejado. Para Trevor, eso es prácticamente una propuesta de matrimonio.

Audrey puso los ojos en blanco.

Audrey: ¡Por Dios, Diane!

Diane: Jajaja… está bien, está bien. Me callo. Pero en serio, me alegra que esté siendo bueno contigo.

Audrey: Lo es. Mejor de lo que me merezco, probablemente.

Diane: Falso. Te mereces que alguien sea bueno contigo. *The Ghost* nunca lo fue realmente, ¿verdad?

Audrey se detuvo, considerando la pregunta. Daniel había sido muchas cosas: encantador (a ratos), divertido, inteligente. Pero ¿bueno con ella? ¿Cuidadoso con sus sentimientos?

Audrey: La verdad es que no cómo Trevor lo está siendo ahora.

Diane: Exacto. Y ESAS son las diferencias que importan.

Audrey: ¿Sabes qué? Tienes razón. Daniel tuvo su oportunidad y la desperdició. No voy a dejar que su crisis de última hora arruine mi día.

Diane: ¡Esa es mi chica! Además, tienes que verte espectacular en la boda. Quiero fotos de Daniel dándose cuenta de lo que perdió.

Audrey: Jajaja… eres terrible.

Diane: ¡Y por eso me quieres! Ahora ve y ponte ese vestido increíble que elegimos. Y asegúrate de que Trevor tenga la corbata del color correcto.

Audrey: ¿La corbata del color correcto?

Diane: Ya verás. Solo confía en mí.

Audrey: Diane, ¿qué has hecho?

Diane: ¡Nada! Solo un poco de coordinación estratégica de vestuario. Para las fotos, obviamente.

Audrey: Obviamente...

Diane: Te dejo para que te vistas tranquila. ¡Quiero fotos! Y recuerda: eres fabulosa, Daniel es un idiota, y mi hermano es muy afortunado de tenerte como novia falsa.

Audrey: Gracias, Diane. Te quiero.

Diane: Yo también te quiero. ¡Ahora ve y rompe algunos corazones! (Pero no el de mi hermano, por favor. Es frágil, aunque no lo parezca.)

Audrey: ¡DIANE!

Diane: ¡Ya me voy! ¡Diviértete!

Audrey cerró el WhatsApp con una sonrisa en los labios. Diane tenía razón sobre Daniel. Había tenido su oportunidad y la había desperdiciado.

Y ahora, iba a ponerse un vestido que valía más que su salario mensual, y a recordarle exactamente lo que había perdido.

Pero más importante aún, iba a hacerlo del brazo de un hombre que, en tres días, y sin él mismo ser consciente, le había demostrado más afecto y consideración que Daniel en tres años.

Incluso si era todo fingido.

Incluso si terminaba en unas horas.

CAPÍTULO 41

Audrey se puso la ropa interior que había comprado especialmente para el vestido. Un conjunto de encaje del mismo tono azul profundo que había sido escandalosamente caro, pero absolutamente necesario, y luego se deslizó cuidadosamente dentro del vestido.

La tela se moldeó a su cuerpo como si hubiera sido diseñada para ella, realzando sus curvas sin ser obvias. El color hacía que su piel pareciera luminosa y que sus ojos azules brillaran como piedras preciosas.

Se estaba peleando con la cremallera trasera cuando Trevor salió del baño, y las palabras que iba a pronunciar para pedirle que la ayudara, murieron en sus labios cuando le vio.

Trevor Hunter con vaqueros y camisetas casuales era peligrosamente atractivo.

Trevor Hunter en traje de negocios era devastadoramente guapo.

Pero Trevor Hunter vestido para una boda en la playa era simplemente una injusticia de la naturaleza para el resto de la humanidad.

El traje era de un gris carbón que parecía haber sido cortado por ángeles con doctorados en sastrería italiana. Se ajustaba a sus hombros anchos de una manera que debería ser ilegal, se estrechaba perfectamente en su cintura, y los pantalones caían con esa elegancia sin esfuerzo que solo viene con ropa obscenamente cara y un sastre que entiende la arquitectura del cuerpo masculino.

La camisa era blanca, pero no simplemente blanca. Era esa clase de blanco que sugería que estaba hecha de lujoso hilo egipcio y planchada de forma profesional. Y la corbata...

La corbata era del mismo tono de azul océano que su vestido.

—Diane —murmuró Audrey, entendiendo todo inmediatamente.

—¿Perdón? —preguntó Trevor, ajustándose los gemelos con un movimiento casual, pero que era la elegancia personificada.

—Tu corbata… —señaló Audrey—. Es del mismo color que mi vestido. Eso no es casualidad.

Trevor miró hacia abajo, como si acabara de darse cuenta del color de su propia corbata.

—Diane mencionó algo sobre ir coordinados. La eligió ella —admitió—. Dijo que era importante para las fotos.

—Para las fotos —repitió Audrey, y no pudo evitar sonreír—. Tu hermana es una romántica incurable disfrazada de estratega.

—Es un peligro para la sociedad —comentó Trevor—. ¿Necesitas ayuda con eso? —preguntó, notando que Audrey seguía luchando con la cremallera.

—Si no te importa —respondió ella, girándose para darle la espalda.

Sintió sus dedos en la base de su cuello, cálidos y firmes, mientras guiaban la cremallera hacia arriba. El contacto envió escalofríos por su espina dorsal, y tuvo que recordarse respirar con normalidad.

—Listo —dijo Trevor, cuando la cremallera llegó a su destino. Sin embargo no se apartó inmediatamente.

Audrey se giró despacio, y durante un momento ninguno de los dos se movió.

La habitación parecía haberse llenado de electricidad.

—Estás... —comenzó Trevor, y su voz sonaba ligeramente ronca —. Estás absolutamente preciosa.

El cumplido golpeó a Audrey como una onda cálida, haciendo que se sintiera al mismo tiempo poderosa y vulnerable.

—Tú tampoco estás mal —respondió, y luego se rio de lo poco adecuadas que eran sus palabras—. De hecho, estás... Dios, Trevor, estás espectacular. Ese traje debería venir con una advertencia.

Trevor sonrió, una de esas sonrisas auténticas que transformaban completamente su rostro.

—¿Advertencia de qué tipo?

—«Atención: el uso de este traje puede causar desmayos, suspiros involuntarios, y comportamiento irracional en mujeres heterosexuales en un radio de cincuenta metros» —respondió Audrey, y se sorprendió de su propia audacia.

Trevor se echó a reír, y el sonido llenó la habitación como música.

—En ese caso, tu vestido necesitaría una advertencia similar —dijo—. Algo como: «peligro de accidentes de tráfico causados por conductores distraídos».

Se quedaron mirándose durante un rato más largo de lo estrictamente necesario, y Audrey descubrió detalles que había pasado por alto antes. La forma en que las pestañas de Trevor eran ridículamente largas para un hombre. El mechón de pelo rebelde que le caía siempre por la frente. La manera en que sus ojos no eran simplemente verdes, sino una mezcla compleja de dorado y ámbar que cambiaba dependiendo de la luz.

—Espera —dijo de repente, enfocándose en algo que había estado molestándola subconscientemente—. Tu corbata está un poco torcida.

Antes de que Trevor pudiera responder o protestar, Audrey se acercó y levantó las manos hacia su cuello. Sus dedos encontraron la corbata de seda y comenzaron a ajustar el nudo con movimientos cuidadosos y precisos.

La proximidad era intoxicante.

Podía oler su colonia, sofisticada y sutil, con notas de bergamota y madera de cedro, mezclada con el aroma personal de su piel. Podía sentir el calor radiando de su cuerpo, advertir el pulso latiendo en la base de su garganta.

—¿Mejor? —murmuró. Sus manos aún estaban en su corbata, aunque el ajuste había terminado hacía varios segundos.

—Perfecto —respondió Trevor, pero no estaba mirando la corbata.

Estaba mirando los ojos de Audrey, estudiándolos con la misma intensidad con la que ella había estado estudiando los suyos.

—Tus ojos… —dijo suavemente—… no son solo azules.

—¿No? —La voz de Audrey salió como un susurro.

—No. Son azules con manchitas doradas. Como... como el océano cuando el sol se está poniendo y la luz se refleja en el agua.

Audrey sintió que su corazón se saltaba un latido. No era solo el cumplido, era la forma en que Trevor la estaba mirando, como si estuviera memorizando cada detalle de su rostro.

—Los tuyos tampoco son solo verdes —logró decir—. Son como... como menta con motas ámbar. Como un bosque en otoño cuando la luz se filtra entre las hojas.

El espacio entre ellos parecía haberse reducido sin que ninguno de los dos se hubiera movido voluntariamente.

Audrey era dolorosamente consciente de sus manos aún descansando en su pecho, de la forma en que Trevor había inclinado ligeramente la cabeza hacia ella, de cómo el mundo parecía haber reducido su enfoque a ese momento, a esa habitación, a ese hombre.

—Audrey —murmuró Trevor. Su nombre sonó como una pregunta y una promesa al mismo tiempo.

El hechizo se rompió bruscamente cuando Audrey se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Se apartó tan rápidamente que casi perdió el equilibrio, sus manos volando lejos de él como si se hubiera quemado.

—Yo... —carraspeó, desesperada por poner distancia física y emocional entre ellos—. Deberíamos... Se nos va a hacer tarde.

Trevor parpadeó, como si también estuviera saliendo de un trance.

—Sí —dijo, pero su voz se escuchaba extraña—. Por supuesto. La boda.

La boda. Daniel. La realidad.

Audrey se dirigió rápidamente hacia el tocador donde había dejado su maquillaje. Necesitaba algo que hacer con las manos, alguna actividad que requiriera concentración y que la distrajera de la intensidad de lo que acababa de pasar.

—¿A qué hora tenemos que estar allí? —preguntó, aplicando corrector bajo sus ojos con más cuidado del necesario.

—La ceremonia empieza a las tres —respondió Trevor, que ya había recuperado su compostura habitual.

—Perfecto —murmuró Audrey, aunque nada en ese día iba a ser remotamente perfecto.

Iba a pasar las próximas horas viendo al hombre del que había estado enamorada durante tres años, casarse con otra mujer, mientras fingía estar enamorada del hombre del que creía que se estaba enamorando de verdad, quien probablemente vería todo aquello como exactamente lo que se suponía que era: una actuación temporal con fecha de caducidad.

Y lo haría engalanada con un vestido que la hacía sentir como una diosa, y agarrada a su brazo.

Lo observó unos instantes por el rabillo del ojo.

Joder, Trevor estaba tan guapo que dolía mirarlo.

CAPÍTULO 42

Los jardines del resort habían sido transformados en algo sacado directamente de las páginas de una revista de bodas de lujo.

Hileras de sillas blancas de madera se extendían sobre el césped perfectamente cortado, cada una adornada con guirnaldas de eucalipto y rosas blancas que se mecían suavemente en la brisa marina.

Un pasillo central cubierto de pétalos de rosa conducía hacia un arco elaborado hecho de ramas de coral blanqueado por el sol, decorado con cascadas de hortensias azules y jazmín, que perfumaban el aire con su aroma dulce y embriagador.

El escenario era impecable.

El océano Pacífico se extendía como un lienzo infinito de azul turquesa detrás del altar, las palmeras se mecían con gracia, y el sol de la tarde creaba una luz dorada perfecta que haría que cada foto pareciera haber sido retocada profesionalmente.

Era exactamente, Audrey tenía que admitirlo, el tipo de boda con la que había soñado una vez. El tipo de boda que había soñado con Daniel.

Lo que hacía que todo fuera aún más surrealista.

Trevor la guio por el sendero de piedra que llevaba a los jardines. Su mano firme y cálida metida en el hueco de su brazo.

Habían viajado desde el hotel en uno de los elegantes carritos de golf del resort, casi todo el tiempo en silencio, pero un silencio cómodo.

—¿Lista? —preguntó Trevor en voz baja mientras se acercaban a la entrada de los jardines, donde un hombre con traje negro y auricular dirigía a los invitados hacia sus asientos.

—Tan lista como se puede estar para ver a tu ex casarse con otra persona mientras finges estar enamorada de alguien más —respondió Audrey, y se sorprendió por lo ligero que sonaba su tono —. ¿Tú?

—Listo para actuar como el novio más enamorado del mundo —confirmó Trevor con una sonrisa—. Aunque admito que la actuación está siendo cada vez más fácil.

Audrey lo miró de reojo, pero antes de que pudiera preguntar qué quería decir con eso, el coordinador de la boda se acercó a ellos con una sonrisa profesional y brillante.

—Audrey Carlson —exclamó, consultando una lista en su tablet—. Silla seis, lado izquierdo. ¿Y usted debe ser el famoso Trevor?

—El mismo —confirmó Trevor, y Audrey notó cómo su postura se enderezaba automáticamente, como si estuviera preparándose para un interrogatorio legal.

—Excelente. Síganme, por favor.

Mientras se dirigían hacia sus asientos, Audrey fue consciente de las miradas que los seguían.

Algunos invitados los observaban con curiosidad, otros con un disimulo apenas contenido. Pudo escuchar susurros y murmullos que probablemente incluían variaciones de «¿Es ese el nuevo novio de Audrey?» y «¿No es guapísimo?» y posiblemente «¿Crees que Daniel sabe que ella trajo a alguien tan...»

—Respira —murmuró Trevor cerca de su oído, y solo entonces se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

Sus asientos estaban estratégicamente situados con una vista perfecta del altar, pero lo suficientemente lejos de la primera fila como para que no pareciera como si estuvieran en primera línea de un espectáculo.

Sus compañeros de fila eran una mezcla de amigos universitarios de Daniel y algunos primos lejanos que Audrey reconoció vagamente de otras reuniones familiares.

Trevor mantuvo una mano ligera pero posesiva en su espalda baja mientras la ayudaba a sentarse, un gesto que parecía tanto

protector como territorial.

Audrey se preguntó si Trevor era consciente de lo que estaba haciendo o si era simplemente instinto.

—¿Un abanico? —le ofreció una mujer vestida con un uniforme blanco y negro, que apareció como por arte de magia con una cesta en el brazo.

—Gracias —aceptó Audrey, tomando uno de ellos.

Trevor giró el rostro hacia ella cuando la mujer se alejó.

—Qué bonito detalle por parte de los novios —dijo con una sonrisa irónica.

—¿A estas alturas te sorprende?

—La verdad es que no. —Miró el abanico—. Es bueno que tengas algo en las manos

—¿Por qué? —susurró Audrey.

Trevor se inclinó un poco hacia ella.

—En mi experiencia, las situaciones socialmente incómodas son más fáciles de manejar cuando tienes un accesorio en las manos.

—Ese dato es bastante interesante —comentó Audrey.

La música comenzó.

Un cuarteto de cuerdas interpretaba una versión elegante del *Canon* de Pachelbel, señalando que la ceremonia estaba a punto de comenzar.

Los invitados se acomodaron en sus asientos, y Audrey sintió cómo la anticipación se espesaba en el aire como si se tratara de miel.

Los padrinos aparecieron en primer lugar, caminando por el pasillo con esa mezcla particular de nerviosismo y orgullo que caracteriza a los hombres en las bodas.

Audrey reconoció a la mayoría de ellos; amigos de Daniel de la universidad y del trabajo, aunque notó que algunos la miraban con una curiosidad apenas disimulada cuando pasaron junto a su asiento.

Luego llegaron las damas de honor, un desfile de vestidos de color melocotón que fluían como agua mientras caminaban hacia el

altar.

Megan era la primera, naturalmente, radiante en su papel de dama de honor, aunque Audrey podía ver la tensión en sus hombros incluso desde la distancia.

—¿Estás bien? —murmuró Trevor, y Audrey se dio cuenta de que había estado apretando el abanico entre sus manos lo suficientemente fuerte como para que sus nudillos se pusieran blancos.

—Perfectamente bien —respondió, aflojando su agarre.

Trevor la estudió, como si estuviera evaluando si necesitaba intervenir de alguna manera. Pero antes de que pudiera decir algo más, la música cambió a la marcha nupcial tradicional, y todos los invitados se pusieron de pie automáticamente.

Eimear apareció en la entrada de los jardines del brazo de su padre, y Audrey tuvo que admitir, con una generosidad que la sorprendió incluso a ella misma, que estaba absolutamente radiante.

El vestido de novia era una obra maestra con una elegancia clásica.

Seda de color marfil que se ajustaba perfectamente a su figura antes de caer en una cola que se extendía detrás de ella como espuma de mar. El velo era de encaje de estilo vintage. Una prenda que probablemente había pertenecido a su abuela, y llevaba un ramo de peonías blancas y rosas que complementaba perfectamente las decoraciones florales.

Eimear era objetivamente hermosa.

Tenía el pelo recogido en un moño bajo, maquillaje perfecto que realzaba sus rasgos delicados, y una sonrisa que irradiaba felicidad.

Y estaba caminando hacia Daniel.

Audrey siguió la dirección de la mirada de la novia y finalmente permitió que sus ojos encontraran al novio.

Daniel estaba de pie junto al altar (y su madre, que había acudido para la ceremonia), con un esmoquin que seguro le había costado más que su coche. El pelo perfectamente peinado, y una

sonrisa nerviosa en su rostro mientras observaba a su futura esposa acercarse.

Se veía... bien.

Más que bien.

Se veía como la versión de sí mismo que había sido cuando se habían conocido: seguro, encantador, un hombre que hacía que algunas mujeres perdieran la capacidad de formar oraciones coherentes.

Y Audrey sintió...

Nada.

Bueno, no exactamente nada. Sentía una especie de nostalgia melancólica, la manera en que uno se siente al ver fotografías de unas vacaciones que habían sido divertidas en su momento, pero que pertenecían claramente al pasado.

Había afecto, recuerdos de por qué lo había querido una vez, pero no había dolor.

No había anhelo.

No había deseo de detener la ceremonia y declarar que aún lo quería, que aún estaba enamorada de él.

Y en aquel momento, Audrey se dio cuenta, con una claridad sorprendente, que era completamente libre.

Libre.

—¿Audrey? —La voz susurrada de Trevor la sacó de sus pensamientos.

Vio que la música había parado y que todos se habían vuelto a sentar.

—Estoy bien —murmuró, y por primera vez desde que había llegado a California, realmente lo estaba. Estaba muy bien.

La ceremonia transcurrió con la elegancia bien ensayada de una producción de película. El oficiante, un amigo de la familia que había sido ordenado de forma *online* por Internet específicamente para la ocasión, habló sobre el amor eterno y los votos sagrados, con la pompa teatral que sugería que había estado practicando frente al espejo.

Audrey escuchó a medias, consciente del peso cálido de la mano de Trevor descansando casualmente en su rodilla, del aroma de su colonia mezclándose con el perfume de las flores, de la forma en que parecía estar examinando sus reacciones sin hacerlo evidente.

Fue durante los votos personales cuando sucedió.

Daniel había comenzado a recitar el discurso que claramente había memorizado, algo sobre «encontrar en ti la paz que había estado buscando toda mi vida» y «prometo ser el hombre que mereces», cuando sus ojos se desviaron.

Solo un segundo.

Solo una mirada rápida y furtiva hacia donde Audrey estaba sentada.

Trevor lo vio. Audrey notó cómo su cuerpo se tensaba ligeramente, cómo su mano se apretaba casi imperceptiblemente alrededor de su rodilla.

Pero Audrey mantuvo su expresión serena, con los ojos fijos en la pareja en el altar y la mayor de las composturas. Un rostro neutral que habría hecho que Diane se sintiera orgullosa.

Daniel completó sus votos sin más distracciones, y cuando Eimear comenzó los suyos, diciendo cosas como «elegir amarte cada día» y «construir una vida que honre tanto nuestros sueños individuales como nuestros sueños compartidos», Audrey se descubrió emocionada por ellos.

No por Daniel particularmente, sino por la idea del amor que estaban celebrando. Por la esperanza y la fe de recitar la promesa de hacer feliz a otra persona delante de todos los que te importan.

—¿Los anillos? —preguntó el oficiante, y Audrey se dio cuenta de que había estado tan absorta en sus pensamientos que se había perdido la mayor parte de la ceremonia.

Los anillos fueron intercambiados con la solemnidad apropiada.

Daniel deslizó una alianza con un diamante en el dedo de Eimear y ella le puso a Daniel una de platino que se veía exactamente como el tipo de joya que él habría elegido: elegante, cara, y llamativa.

—Si alguien tiene alguna razón por la cual esta pareja no debería unirse en matrimonio, que hable ahora o calle para siempre —declaró el oficiante.

El silencio que siguió fue absoluto. Ni siquiera los pájaros parecían estar cantando.

Audrey sintió cómo algunos ojos se giraban hacia ella (unos discretamente, otros con menos sutileza), esperando ver si finalmente se materializaba algún drama de última hora.

Audrey permaneció completamente inmóvil, su expresión serena como un lago en calma.

No tenía nada que decir.

No había razón para objetar.

Daniel había hecho su elección un año y medio atrás, y ella había hecho la suya la noche anterior cuando decidió que su felicidad no dependía de las decisiones de otra persona.

—Bien, entonces… —continuó el oficiante después de una pausa que había durado solo unos pocos segundos, pero que dio la sensación de que había sido como una eternidad—, por el poder que me confiere el estado de California y la iglesia universal del amor...

«Y la página *online* donde conseguiste tu ordenación», añadió Audrey mentalmente, sorprendiéndose a sí misma de su propio sarcasmo.

—... os declaro marido y mujer. Daniel, puedes besar a tu esposa.

El beso fue perfecto para la fotografía: romántico pero apropiado, apasionado pero no indecente. El típico beso que se vería precioso en las fotos del álbum de bodas.

Los aplausos estallaron alrededor del jardín, y Audrey se encontró aplaudiendo con una sonrisa real en el rostro.

Se alegraba por ellos. Realmente, verdaderamente se alegraba de que hubieran encontrado el amor, incluso si había llegado a costa de su propia relación.

—¿Cómo estás? —preguntó Trevor en voz baja, mientras los recién casados caminaban por el pasillo hacia la salida, radiantes de felicidad.

—Sorprendentemente bien —respondió Audrey, y se dio cuenta de que era cierto—. De hecho, me alegro por ellos.

Trevor la estudió con mirada escrutadora.

—¿En serio?

—En serio —confirmó Audrey—. Merecen ser felices. Y claramente lo son.

No mencionó que también se había dado cuenta de que ella merecía ser feliz. Que merecía a alguien que la eligiera sin vacilación, sin dudas de última hora, sin la necesidad de comparar opciones.

Alguien que la viera vomitar y siguiera pensando que no era un desastre.

Alguien que coordinara el color de su corbata con su vestido sin tener que insistir.

Alguien que le trajera zumo para la resaca y la escuchara hablar de elefantes rosas sin hacerla sentir estúpida.

Mientras seguían a la multitud hacia el cóctel de recepción, Audrey se dio cuenta de que, por primera vez en año y medio, no estaba pensando en Daniel en absoluto.

Estaba pensando en el hombre que caminaba a su lado, en la forma en que había estado protegiéndola sutilmente durante la boda, en cómo la había hecho sentir como la mujer más especial en aquel jardín sin decir una sola palabra.

Y eso (se dio cuenta mientras Trevor le ofrecía su brazo con una sonrisa que era completamente sincera), era infinitamente más peligroso que cualquier sentimiento que hubiera tenido por su ex aquellos tres días.

«Primero sobrevive al cóctel —se recordó mientras se dirigían hacia la siguiente fase de la celebración—. Luego puedes tener tu crisis existencial sobre estar enamorándote de tu novio falso.»

CAPÍTULO 43

El salón donde se había celebrado la cena parecía la estancia de un palacio de cuento de hadas.

Cientos de luces con forma de estrella se entrelazaban entre las columnas y las vigas del techo, creando un cielo estrellado artificial que competía con el verdadero cielo nocturno visible a través de las puertas francesas que daban a la terraza.

Audrey y Trevor habían sobrevivido exitosamente a la cena de cuatro platos, desde los canapés de salmón ahumado hasta el postre de tarta de chocolate que había hecho que Audrey cerrara los ojos de placer, manteniendo la actuación perfecta de pareja enamorada.

Habían compartido anécdotas inventadas sobre cómo se habían conocido, habían brindado por la felicidad de los recién casados, y habían soportado las preguntas no tan sutiles de los otros invitados sobre cuándo sería su turno de caminar hacia el altar.

—Creo que acabamos de convencer a la tía Gertrude de que estás embarazada —murmuró Trevor cerca del oído de Audrey, mientras observaban a una mujer mayor y con el pelo blanco alejarse con una sonrisa cómplice—. Ha estado mirando tu tripa toda la cena.

—¿Por qué piensa eso? —preguntó Audrey, tomando otro sorbo de champán. Era su segunda copa, pero esta vez se había contenido de manera responsable—. ¿No puede pensar simplemente que son gases?

Trevor se echó a reír.

Solo Audrey podría decir algo así.

—Porque rechazaste el sushi en los canapés y solo tomaste un sorbito de vino durante el brindis —explicó con una sonrisa divertida

—. Esas son señales inequívocas de embarazo para las mujeres de cierta generación.

—En realidad rechacé el sushi porque no me gusta el pescado crudo, y solo tomé un sorbo de vino pequeño porque tengo una resaca épica que apenas está empezando a mejorar —se rio Audrey —. Pero su versión me gusta más.

—Para la próxima boda a la que vayamos juntos como pareja falsa lo dejamos caer —comentó Trevor.

La frase flotó entre ellos cargada de un significado que ninguno de los dos quiso explorar demasiado profundamente. Porque ambos sabían que no habría una próxima vez. En veinticuatro horas, cada uno estaría de nuevo en su trabajo, donde él sería Trevor Hunter, abogado matrimonialista exitoso, y ella sería Audrey Carlson, comisaria de arte tratando de reconstruir su vida después de una ruptura devastadora.

La banda había comenzado a tocar durante el postre, un grupo de jazz elegante que alternaba entre clásicos de los años cuarenta y versiones sofisticadas de canciones pop actuales.

Algunas parejas ya se habían aventurado a la pista de baile, moviéndose lentamente bajo las luces tenues en esa danza particular de las bodas que es parte romance, parte exhibición social.

—¿Sabes qué? —dijo Trevor de repente, poniéndose de pie y extendiendo la mano hacia ella—. Creo que necesitamos un último baile.

La palabra «último» golpeó a Audrey como una nota discordante en una sinfonía preciosa.

Último baile.

Último acto de su representación.

Última vez que tendría una excusa para estar en sus brazos.

—¿Para mantener las apariencias? —preguntó, aunque ya estaba aceptando su mano, sintiendo la familiar corriente eléctrica que parecía activarse cada vez que se tocaban.

—Por supuesto —confirmó Trevor, pero había algo en sus ojos que sugería que las apariencias eran solo una parte de la ecuación —. Tenemos que vender la historia hasta el final.

Se dirigieron a la pista, donde la banda acababa de comenzar a tocar una versión lenta de jazz de *The Way You Look Tonight* de Frank Sinatra.

Trevor la atrajo hacia él con una confianza que daba a entender que había tomado clases de baile en algún momento de su vida. Puso una mano en su cintura y la otra la entrelazó con la suya.

Audrey se permitió hundirse en el momento, en la sensación de estar sostenida por alguien que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Trevor se movía de manera natural, guiándola a través de los pasos con una elegancia que hacía que se sintiera grácil incluso en tacones de diez centímetros.

—¿Dónde aprendiste a bailar así? —preguntó Audrey, permitiendo que él la hiciera girar suavemente antes de atraerla de vuelta hacia su pecho.

—Clases obligatorias en el club de campo —respondió con una sonrisa irónica—. Mi madre insistía en que todo caballero debía saber bailar. Al igual que saber qué tenedor usar para cada plato y cómo tener una conversación educada sobre temas que no te interesan.

—¿Y funcionó? —preguntó Audrey—. ¿Te convirtió en el caballero perfecto?

Trevor la miró con una intensidad que hizo que su respiración se atragantara ligeramente.

—¿Tú qué crees?

La verdad era que sí. Porque en los últimos tres días, Trevor había sido exactamente eso: el caballero perfecto. No de la manera artificial y calculada que su educación había pretendido enseñarle, sino de una manera genuina y cuidadosa que la había hecho sentir como si fuera algo precioso.

—Creo —dijo Audrey lentamente, consciente de que estaban entrando en territorio peligroso— que eres mucho mejor persona de lo que probablemente la gente piensa.

—¿Incluso después de haberme visto en mi peor momento? —preguntó Trevor, refiriéndose a las discusiones que había tenido con su padre.

—Especialmente después de eso —respondió Audrey—. Cualquiera puede ser encantador cuando todo va según el plan. Pero se necesita un carácter especial para ser amable cuando las cosas se ponen difíciles.

Trevor la hizo girar de nuevo, y cuando la atrajo de vuelta, estaban más cerca que antes.

Audrey podía ver las pequeñas líneas de expresión alrededor de sus ojos, el lugar donde se había cortado afeitándose aquella mañana, la forma en que sus pupilas se habían dilatado ligeramente mientras la miraba.

—¿Sabes qué es lo más extraño de todo esto? —murmuró Trevor.

—¿El hecho de que hayamos convencido exitosamente a doscientas personas de que estamos enamorados, cuando nos conocemos solo de habernos visto unas cuantas veces en casa de tu hermana? —sugirió Audrey.

—No —dijo Trevor—. La naturalidad con la que hemos representado el papel.

Después de aquellas palabras habían dejado casi de moverse.

Estaban de pie en mitad de la pista de baile, balanceándose apenas al ritmo de la música, perdidos en una burbuja que parecía existir fuera del tiempo y el espacio.

—Trevor... —comenzó Audrey. No estaba segura de lo que iba a decir, ni de si estaba lista para cruzar la línea.

Pero antes de que pudiera completar el pensamiento, una voz familiar los interrumpió.

—¡Disculpad, tortolitos!

Se separaron bruscamente para encontrar al fotógrafo de la boda, sonriéndoles con esa expresión entusiasta que sugería que

había estado acechándolos durante algún tiempo.

—Siento interrumpir, pero no he podido resistirme —continuó, levantando su cámara—. Os veis absolutamente mágicos juntos. ¿Os importaría si tomo algunas fotos? Habéis estado bailando durante las últimas tres canciones sin daros cuenta, completamente perdidos el uno en el otro. Es exactamente el tipo de momento que hace que las fotos sean especiales.

Audrey parpadeó, consciente de que tenía razón.

La canción había cambiado sin que ella se hubiera dado cuenta. De hecho, ahora que prestaba atención, era una balada completamente diferente. Ya no sonaba Frank Sinatra.

¿Cuánto tiempo habían estado bailando?

¿Cuánto tiempo habían estado perdidos en su propia pequeña burbuja?

—Por supuesto —respondió Trevor, aunque había una tensión en su voz que aparecía cuando lo obligaban a salir de un momento privado.

—Perfecto. Solo tenéis que actuar de forma natural. Pensad que no estoy aquí.

El fotógrafo comenzó a moverse alrededor de ellos, capturando ángulos diferentes mientras Audrey y Trevor intentaban volver al ritmo del baile. Pero la espontaneidad del momento se había roto, reemplazada por la conciencia de que estaban siendo observados, documentados.

—Precioso —murmuró el fotógrafo, tomando foto tras foto—. La química entre vosotros es increíble. ¿Podéis acercarse un poco más? Perfecto. ¿Puedes inclinar tu cabeza hacia ella así? Sí, exactamente así —le pidió a Trevor.

Audrey se sintió como si estuviera participando en una sesión de fotos de compromiso, posando para imágenes que pretendían capturar un amor real, pero que no lo era.

—Una más —dijo el fotógrafo, retrocediendo un par de pasos para obtener un ángulo más amplio—. ¿Podríais daros un beso? Sé

que ya os capturé besándoos el otro día, pero con esta iluminación... va a ser absolutamente mágico.

Audrey sintió cómo su corazón comenzaba a acelerarse. El primer beso había sido rápido, público, para las apariencias. Pero esto... esto era diferente. Más íntimo de alguna manera, a pesar de que estaban rodeados de gente.

Se giró hacia Trevor, y se encontró con sus ojos ya fijos en los suyos. Había una pregunta en ellos, una petición silenciosa de permiso que fue más allá de la simple cortesía.

—¿Estás bien? —murmuró, tan bajo que solo ella pudo escucharlo.

En lugar de responder con palabras, Audrey se puso de puntillas, cerrando la distancia entre ellos.

El beso comenzó suave, casi tentativo, consciente de la audiencia que los rodeaba. Pero algo cambió en el momento en que sus labios se tocaron. La conciencia del fotógrafo, de la música, de las otras parejas bailando a su alrededor se desvaneció hasta que solo existían ellos dos.

Trevor profundizó el beso, su mano moviéndose hacia la nuca de ella, sus dedos enredándose en su pelo.

Audrey sintió como si estuviera derritiéndose, como si cada terminación nerviosa de su cuerpo hubiera cobrado vida simultáneamente.

No fue hasta que escuchó el *flash* de la cámara cuando se dio cuenta de que habían estado besándose durante mucho más tiempo de lo necesario para una foto.

Se separaron lentamente, ambos ligeramente sin aliento, sus frentes descansando una contra la otra durante un instante antes de que la realidad se filtrara de nuevo entre ellos.

—Perfecto —dijo el fotógrafo con una satisfacción más que evidente—. Absolutamente perfecto. Van a ser unas fotos preciosas.

Trevor se aclaró la garganta, pasando una mano por su pelo, como una manera de recuperar la compostura.

—¿Necesitas algo más? —preguntó al fotógrafo. Su voz sonó ligeramente ronca.

—No, eso es todo. Gracias a los dos —dijo—. Si me dais una dirección, os enviaré una copia. Estoy seguro de que os encantarán —añadió el hombre.

—Claro —contestó Trevor—. Te daré la de mi bufete, para que lleguen ahí —dijo lo primero que se le pasó por la cabeza, sin darle importancia.

—Muy bien.

El fotógrafo se alejó en busca de su próxima víctima, dejándolos solos en la pista de baile con el eco del beso todavía vibrando entre ellos.

—Eso ha sido... —comenzó Audrey.

—Para la foto —terminó Trevor rápidamente, pero había algo en sus ojos que sugería que él también había sentido que había sido algo más.

—Por supuesto —atajó Audrey.

Fueron salvados de tener que analizar el momento por un cambio súbito en la música. La banda había sido reemplazada por un DJ, y el sonido suave del jazz había dado paso a un éxito pop enérgico que hizo que un grupo de chicas soltara gritos y se dirigiera corriendo hacia la pista de baile.

—¡Audrey! —gritó una voz familiar, y se giró para ver a Jessica, una de las amigas universitarias de Daniel, haciéndole señas desde el centro de un grupo de chicas jóvenes—. ¡Anímate! ¡Tienes que bailar esto con nosotras!

Audrey miró a Trevor, quien asintió con una sonrisa que parecía divertida.

—Ve —la animó—. Yo voy a buscar otra copa de champán.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro. Alguien tiene que documentar este desastre para la posteridad.

Audrey se rio y se dirigió hacia el grupo de chicas, que la recibieron con la alegría que solo tiene lugar después de varias horas

de bebida.

La canción era *Levitating* de Dua Lipa, y aparentemente todas habían visto el mismo video de TikTok, porque comenzaron inmediatamente una coreografía coordinada que Audrey tuvo que aprender sobre la marcha.

Trevor encontró un lugar en el bar con vista perfecta a la pista de baile y pidió un whisky doble, observando mientras Audrey se integraba sin esfuerzo en el grupo.

Era imposible no sonreír mientras la veía moverse, sus inhibiciones completamente abandonadas, riéndose cuando se equivocaba en los pasos, cantando a gritos la letra junto con las demás chicas.

Era la primera vez que la veía completamente libre desde que habían llegado a California. No había sombra de tristeza en sus ojos, no había tensión en sus hombros, no había la cuidadosa compostura que había estado manteniendo durante días. Era solo Audrey en su forma más pura: alegre, espontánea, absolutamente radiante.

Mientras la observaba realizar un movimiento de cadera particularmente ridículo que hizo que todas las chicas estallaran en carcajadas, Trevor se descubrió riendo. ¿Quién se lo habría dicho a él cuando Diane le metió en aquel lío?

CAPÍTULO 44

La mañana siguiente llegó demasiado pronto, anunciándose con la luz radiante de California filtrándose a través de las cortinas y el sonido distante de las olas rompiendo contra la costa.

Audrey se despertó con esa sensación de desorientación que viene después de una noche de sueños vívidos y emociones intensas.

Necesitó un momento para recordar dónde se encontraba y por qué su corazón se sentía como si estuviera cargando demasiado peso.

La boda había terminado.

Daniel se había casado.

Y en unas pocas horas, ella y Trevor estarían en un avión rumbo a Chicago, que los llevaría de vuelta a sus vidas reales.

Trevor ya estaba levantado, por supuesto.

Podía escucharlo moviéndose por la habitación con esa eficiencia silenciosa que había llegado a asociar con las mañanas. El sonido suave de la cremallera de su maleta mientras la cerraba, el tintineo de los gemelos cuando los guardaba en el estuche de cuero.

—Buenos días —dijo, cuando advirtió que Audrey había abierto los ojos—. ¿Cómo te sientes?

—Como si hubiera sido atropellada por un camión emocional —respondió ella honestamente, incorporándose en la cama—. Pero un camión emocional elegante, con decoraciones florales.

Trevor se rio, un sonido que se había vuelto peligrosamente familiar y reconfortante.

—Esa es una explicación muy descriptiva de una resaca emocional.

—Soy una persona descriptiva —respondió Audrey, estirándose y tratando de ignorar la forma en que Trevor se veía absolutamente impecable incluso a las siete de la mañana—. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de irnos?

—El *check-out* es a las once, nuestro vuelo sale a las dos y media. —Trevor consultó su reloj de pulsera—. Así que tenemos tiempo para un desayuno civilizado, si quieres.

—Suena perfecto —acordó Audrey, aunque la idea de un «desayuno civilizado» sonaba extrañamente formal después de los últimos tres días de intimidad forzada.

Se dirigió al baño para ducharse y vestirse, consciente de que aquella sería la última vez que estaría en esa habitación, la última vez que tendría una excusa para estar tan cerca de Trevor sin que fuera extraño.

Cuando salió, vestida con vaqueros y una blusa casual para el viaje, encontró que Trevor había ordenado el servicio de habitaciones: café, fruta fresca, croissants recién hechos, y zumo de naranja.

—¿Siempre desayunas como si fueras un miembro de la realeza europea? —preguntó, sirviéndose café en una de las tazas de porcelana, que claramente no pertenecían al servicio estándar del hotel.

—Solo cuando estoy tratando de impresionar a mi novia falsa en nuestro último día juntos —bromeó Trevor.

Audrey abrió la boca para decir algo, pero la interrumpió un golpe en la puerta.

—Servicio de botones para recoger el equipaje —anunció una voz alegre desde el pasillo.

—Justo a tiempo —murmuró Trevor, dirigiéndose hacia la puerta.

El proceso de dejar el resort fue sorprendentemente melancólico.

Audrey se encontró memorizando detalles: la forma en que la luz se filtraba a través de la recepción, el aroma de las flores tropicales que decoraban cada superficie, el sonido de las palmeras meciéndose con la brisa marina.

Fue en la recepción donde se encontraron con Megan.

—¡Audrey! ¡Trevor! —exclamó, acercándose a ellos con una sonrisa que era un poco demasiado brillante para las nueve de la mañana—. No podía dejaros ir sin despedirme.

Megan abrazó a Audrey primero, un abrazo rápido y educado.

—Ha sido maravilloso volver a verte —dijo.

—Estoy segura de que sí —respondió Audrey, manteniendo una sonrisa educada en los labios.

Pero fue cuando Megan se dirigió a Trevor que Audrey sintió algo posesivo despertar en su pecho.

—Y Trevor —ronroneó Megan, acercándose a él con una sonrisa que definitivamente era demasiado amplia, demasiado artificial, demasiado seductora—. Ha sido un auténtico placer conocerte.

El abrazo que le dio duró tres segundos más de lo socialmente protocolario. Sus manos se demoraron en sus hombros, su cuerpo se presionó contra él un poco más de lo necesario, y cuando se separó, permitió que sus dedos se deslizaran por su brazo en lo que se suponía que era un gesto casual, pero que fue inequívocamente un coqueteo.

—Espero que nos volvamos a ver —continuó Megan, pestañeando de una manera que definitivamente había sido perfeccionada para causar el máximo impacto.

Audrey sintió cómo sus dientes se apretaban involuntariamente.

Por supuesto que Megan elegiría aquel momento para demostrar otra vez su interés por Trevor.

Por supuesto que no podía simplemente dejar que se fueran sin intentar marcar su territorio con el hombre que técnicamente no era nada de Audrey, pero que ella no lo sabía.

—Si alguna vez voy a Chicago, podemos quedar los tres —dijo, ignorando completamente a Audrey—. Seguro que lo pasamos bien.

—Avisa con antelación, porque Trevor y yo estamos muy ocupados —dijo Audrey. Aunque en realidad lo que quería decir era que avisara con antelación para poder buscar una excusa convincente para declinar la invitación. ¿De verdad Megan pensaba que iban a quedar los tres? Si ni siquiera eran amigas.

Trevor se limitó a sonreír educadamente, pero Audrey notó cómo dio un pequeño paso hacia ella, cerrando la distancia entre los dos de una manera que era sutilmente territorial.

—Claro —suspiró Megan—. Bueno, que tengáis buen viaje.

—Igualmente —corearon Audrey y Trevor casi al unísono.

La sonrisa de Megan vaciló un poco. Tenía poco que hacer con Trevor.

—Adiós —se despidió.

—Adiós.

Después de que Megan finalmente se alejara, dejando una estela de denso perfume en el aire, Trevor se giró hacia Audrey con una expresión divertida en el rostro.

—¿Estás bien? —preguntó—. Por un momento parecías a punto de cometer un homicidio.

—Estoy muy bien —mintió Audrey—. Solo ansiosa por salir de aquí y dejar esta maldita boda por fin atrás.

Joder, no veía el momento.

Lo que no mencionó era que la idea de Megan tocando a Trevor, coqueteando con él, insinuándose, había despertado una rabia primitiva en ella que no tenía derecho a sentir.

No tenía nada que reclamar a Trevor Hunter. En unas horas todo se acabaría y dejaría de formar parte de su vida.

Pero en ese momento, viendo que Megan lo había mirado como si fuera un delicioso postre, había querido marcar su territorio de una manera que habría horrorizado a su yo feminista y racional.

—¿Nos vamos? —le preguntó Trevor.

Audrey salió de sus pensamientos.

—Sí —contestó.

El Porsche 911 Carrera descapotable rojo que Trevor había alquilado los estaba esperando en la puerta.

—Sigo pensando que podías haber alquilado un coche menos...

—¿Menos qué? —la cortó Trevor, cogiendo las llaves de la mano del aparcacoches.

—Menos notable —respondió Audrey.

—¿Dónde estaría la diversión en alquilar un coche que pase totalmente desapercibido? —respondió Trevor, abriendo la puerta del pasajero para ella, con una sonrisa que era pura travesura masculina —. Además, parece que a tu ex le gusta —observó, señalando disimuladamente con la barbilla hacia una de las terrazas delanteras del resort.

Audrey siguió su mirada y se encontró a Daniel con las manos apoyadas en la balaustrada de piedra. Aquella sería la última vez que lo vería.

Se giró hacia el coche y se subió a él sin decir nada.

Trevor bajó la capota, y mientras salían del resort, Audrey sintió como si estuviera en una película de Hollywood. La misma sensación que cuando se dirigían hacia el resort tres días atrás; con los mechones de pelo agitándose en el viento, el sol de California calentando su piel, y música suave emanando de altavoces que convertían incluso el pop comercial en algo sofisticado.

—¿Sabes qué? —dijo mientras navegaban por la Pacific Coast Highway, con el océano extendiéndose infinitamente a su derecha—. Me siento aliviada de que todo haya terminado.

—¿Lo dices por la boda? —preguntó Trevor, cambiando de carril con la ligereza de una persona que está acostumbrado a conducir coches caros.

—Por todo. La boda, el drama, fingir ser alguien que no soy, preocuparme por cómo me iba a sentir viendo a Daniel casarse con otra mujer. —Audrey apoyó su cabeza contra el asiento, cerrando los ojos y dejando que el sol calentara su rostro—. Es liberador, en cierto modo. Como si finalmente pudiera respirar por primera vez en meses.

—¿Y cómo te sientes ahora que lo has superado?

Audrey consideró la pregunta, pensando realmente en la respuesta.

—Como si hubiera sido liberada de una prisión que yo misma había construido —dijo al cabo de un rato—. Como si hubiera estado aferrándome a algo que nunca había sido realmente mío.

Trevor asintió, sus ojos concentrados en la carretera.

—Es curioso cómo a veces necesitas distancia para ver las cosas claramente.

—¿Estás hablando por experiencia? —preguntó Audrey, girándose para mirarlo.

—Tal vez —respondió Trevor, pero había algo en su tono que sugería que no iba a explicar por qué lo decía.

El resto del viaje al aeropuerto pasó en un silencio que era cómodo pero cargado de cosas no dichas.

Audrey se encontró memorizando todos los detalles posibles. La forma en que las manos de Trevor se veían en el volante, la manera en que el viento desarreglaba su pelo perfectamente peinado, cómo sus ojos se entornaban ligeramente contra el sol incluso con gafas de sol.

Estaba grabando esos momentos en su memoria porque sabía que después de ese día, serían todo lo que tendría.

El aeropuerto era exactamente tan caótico como cuando habían llegado tres días atrás. Multitudes de viajeros cansados, anuncios constantes sobre vuelos retrasados, el aroma familiar del café y la ansiedad que caracterizaba a todos los aeropuertos principales.

Devolvieron el coche de alquiler y para hacer tiempo antes de embarcar, se sentaron en una cafetería que servía batidos naturales, viendo a la gente pasar de un lado a otro, mientras esperaban la llamada de su vuelo por megafonía.

—¿Sabes qué es lo más extraño de todo esto? —dijo Audrey, removiendo distraídamente su batido con la pajita—. Que tengo la sensación de que haber vivido una semana entera en tres días.

—Tres días muy intensos —coincidió Trevor—. Definitivamente no fueron las vacaciones relajantes que Diane prometió —bromeó.

—¿Te arrepientes de haber venido? —le preguntó Audrey, y se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración esperando su respuesta.

Trevor alzó el rostro y la miró durante unos segundos. Sus ojos verdes se veían serios e imposibles de leer.

—No —dijo finalmente—. No me arrepiento de nada.

CAPÍTULO 45

El vuelo a Chicago fue una tortura silenciosa de tres horas y media. El espacio entre ellos parecía estar cargado de una extraña electricidad que gravitaba sobre sus cabezas.

Audrey había llevado un libro, una novela romántica que estaba causando furor y que le había recomendado Diane, pero las palabras se difuminaban en la página cada vez que trataba de concentrarse.

En lugar de leer, estuvo pendiente de cada movimiento de Trevor a su lado: cómo escribía emails en su portátil con la concentración de alguien tratando de ponerse al día después de tres jornadas de trabajo perdidas, cómo bebía su refresco, cómo ocasionalmente se pasaba la mano por el pelo en lo que había llegado a reconocer como su gesto de frustración.

Hablaron poco durante el vuelo. Comentarios ocasionales sobre las turbulencias, preguntas educadas sobre si el otro necesitaba algo, una conversación superficial sobre sus planes para el resto de la semana. Pero debajo de la cortesía social, y a ratos vacía, Audrey podía sentir la tensión de todas las cosas que no estaban diciendo.

Trevor estaba claramente perdido en sus propios pensamientos, mirando por la ventanilla con una expresión reflexiva.

Audrey se preguntó qué estaría pensando, si sería tan consciente como ella de que en unas pocas horas todo habría terminado completamente.

Se preguntó si él también sentía que algo fundamental había cambiado entre ellos, algo que hacía que la idea de volver a ser extraños se sintiera rara. Imposible.

Se preguntó si él había sentido lo mismo que ella durante el beso de anoche (el que les había pedido el fotógrafo); esa sensación de que el mundo había desaparecido hasta que solo existían ellos dos.

Pero por supuesto, no preguntó nada. En vez de eso, fingió leer su libro y trató de no notar cómo su corazón se aceleraba cada vez que Trevor se movía y su brazo rozaba el suyo.

Fue durante la segunda hora del vuelo, cuando las turbulencias se intensificaron y el avión comenzó a moverse de manera que hizo que su estómago saltara hasta su garganta.

Audrey apartó el libro y cerró los ojos. Apretó los labios, aferrándose al reposabrazos con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

Sin decir nada, Trevor deslizó su mano grande y cálida hasta encontrar la de Audrey. Sus dedos rozaron primero los suyos con suavidad —como quien toca una nota en un piano antiguo— antes de entrelazarlos con una firmeza que no dejaba espacio para el miedo.

La piel de Trevor era suave y sus dedos encajaban perfectamente entre los de Audrey, como si hubieran sido diseñados para ese sencillo gesto.

Ella abrió los ojos despacio y giró el rostro para mirarlo. Había algo tranquilizador en su expresión. Ni rastro del sarcasmo habitual, solo una calma serena.

—¿Estás bien? —le preguntó Trevor. Su voz un poco ronca se coló por encima del estruendo de la cabina.

El avión se estremeció de nuevo, pero aquella vez, Audrey notó algo distinto. El pulso de Trevor en su muñeca, constante como un reloj, y el modo en que su pulgar acariciaba su piel, como si estuviera escribiendo un mensaje tranquilizador en código morse. «Estoy aquí. No vas a caer.»

—Ahora sí —respondió, y no mintió.

Trevor sonrió levemente y apretó un poco más su mano.

Audrey notó cómo el miedo retrocedía poco a poco, desplazado por esa calidez inesperada que subía desde sus manos entrelazadas hasta instalarse justo debajo de sus costillas.

Gradualmente logró relajarse, su respiración se volvió más normal y las manos se aflojaron en los reposabrazos.

—¿Mejor? —preguntó Trevor cuando las turbulencias finalmente se calmaron.

—Mucho mejor —respondió Audrey—. Gracias.

—De nada.

Se quedaron en silencio después de eso, pero era un silencio diferente.

Más suave.

Más íntimo.

Audrey finalmente se las arregló para quedarse dormida durante la última hora del vuelo. Su cabeza encontró su camino hacia el hombro de Trevor sin que ella fuera completamente consciente de ello, como en el viaje de ida.

Trevor no se movió, manteniéndose perfectamente inmóvil para no despertarla. Su mano rozó ocasionalmente su pelo en un gesto que era tan natural que probablemente no se dio cuenta de que lo estaba haciendo.

Cuando el piloto anunció su descenso hacia Chicago, Trevor la despertó suavemente. Su voz cerca de su oído.

—Audrey. Estamos llegando.

Ella se despertó despacio, dándose cuenta de dónde había estado durmiendo y sintiéndose ridículamente tímida al respecto. Lo había vuelto a hacer. Se había vuelto a quedar dormida sobre el hombro de Trevor.

—Lo siento —murmuró, enderezando la espalda en el asiento—. Siempre termino utilizando tu hombro como almohada —dijo.

—Lo bueno es que esta vez no me has babeado la chaqueta —comentó él con una nota de broma en la voz.

Audrey no sabía dónde meterse al recordar el incidente. Casi no se conocían y le había manchado la americana con su saliva.

—Sí, bueno… —balbuceó, pasándose la mano por el cuello, roja como un tomate.

—No me hubiera importado —dijo Trevor.

Pero antes de que Audrey pudiera interpretar la expresión de su rostro, el avión tocó tierra con un golpe suave, y la realidad se

asentó sobre ellos. Inevitable.

Habían llegado a Chicago.

Su tiempo juntos había oficialmente terminado.

Audrey pensó que los aviones siempre aterrizaban, pero los corazones era otra historia... especialmente cuando has empezado a experimentar la sensación de volar.

CAPÍTULO 46

El aeropuerto O'Hare recibió a Audrey y a Trevor con su familiar caos.

Después de los jardines perfumados con jazmín, el sol y la brisa marina de California, Chicago se sentía sorprendentemente... ordinario.

Real.

Como si los últimos tres días hubieran sido un sueño del que acababan de despertar.

—No tiene sentido que cojas el transporte público cargada con la maleta —había dicho Trevor, mientras esperaban en la fila de taxis. Y Audrey no había tenido la energía emocional para protestar. En el fondo tenía razón. Era mucho mejor alternativa que los llevara un taxi a los dos.

Así que allí estaban, sentados en el asiento trasero de un taxi amarillo que olía a ambientador de pino, navegando por la autopista hacia el centro de la ciudad, mientras las luces de Chicago comenzaban a parpadear en la distancia como estrellas.

El conductor, un hombre de mediana edad con acento de Sudamérica, había intentado entablar conversación con ellos durante los primeros diez minutos del viaje. Pero la falta de respuesta había hecho que se rindiera.

Audrey mantenía las manos entrelazadas en su regazo, mirando por la ventanilla, mientras los barrios de Chicago se deslizaban como una película muda delante de sus ojos. Trevor estaba revisando emails en su teléfono.

Ocasionalmente, sus rodillas se rozaban cuando el taxi tomaba una curva, enviando pequeñas descargas eléctricas a través de su

sistema nervioso, que le recordaban a Audrey lo consciente que era de cada movimiento de Trevor.

—Lincoln Park primero —había indicado Trevor al conductor cuando habían subido al taxi—. Después al centro.

Lincoln Park primero. Porque por supuesto que la dejaría primero. Porque era lógico, eficiente, el gesto cortés que hacer. Porque no había razón para que él prolongara este viaje más de lo necesario.

Porque esto era el final.

El edificio de apartamentos de Audrey apareció demasiado pronto, una estructura de ladrillos rojos de principios del siglo XX que había visto días mejores pero que tenía carácter y una ubicación excelente.

Era exactamente la clase de lugar donde viviría una comisaria de arte: bohemio sin estar en mal estado, vintage sin ser pretencioso.

—Es aquí —dijo Audrey, cuando el taxi se detuvo frente al edificio.

—Espéreme, por favor —le dijo Trevor al conductor—. Solo será un minuto.

El hombre asintió.

Trevor se bajó del taxi antes de que Audrey pudiera protestar, dirigiéndose al maletero para sacar su equipaje. Ella lo siguió, sintiéndose extrañamente torpe después de horas de viaje.

—No tenías que molestarte —dijo mientras él colocaba su maleta en la acera—. Podría haberla bajado yo misma.

—Lo sé —respondió Trevor, enderezándose y ajustándose la chaqueta—. Pero quería hacerlo.

Y ahí estaban.

De pie en la acera bajo una farola que proyectaba un círculo de luz amarilla en la oscuridad, rodeados por el sonido familiar de la ciudad: tráfico distante, el gemido ocasional del viento entre los edificios, el zumbido eléctrico de las líneas de energía.

Era el momento que ambos habían estado evitando durante todo el día.

La despedida.

Audrey se las arregló para mantener una sonrisa en su rostro.

—Bueno —comenzó, y su voz sonó extrañamente formal a sus propios oídos—. Supongo que esto es...

—Sí —interrumpió Trevor suavemente—. Supongo que lo es.

Se quedaron allí durante un momento, mirándose el uno al otro, con la torpeza particular de dos personas que han compartido una intimidad intensa durante unos días y ahora no saben cómo volver a ser extraños.

Eran como dos adolescentes después de una primera cita, pensó Audrey.

Esa misma mezcla de excitación y miedo, la sensación de que algo importante había pasado, pero no estar segura de qué era o qué se suponía que debía hacer al respecto.

—Trevor —dijo finalmente, decidiendo que alguien tenía que romper el silencio—. Quiero agradecerte… Por todo. Por aceptar hacer esto, por ser tan... por cuidarme cuando me emborraché, por hacerme reír, por... —Se detuvo, dándose cuenta de que la lista podía continuar indefinidamente—. Por ser exactamente lo que necesitaba estos días, incluso cuando no sabía lo que necesitaba.

Trevor se pasó una mano por el pelo. Un mechón cayó suavemente por su frente. Siempre utilizaba aquel gesto cuando tenía que lidiar con algo incómodo.

—No tienes que agradecerme nada —dijo—. Yo también me lo he pasado bien. Mucho mejor de lo que esperaba.

—¿Incluso con todo el drama que he montado? ¿Incluso conmigo vomitando sin parar? —bromeó Audrey, tratando de aligerar el momento.

—Especialmente con el drama —respondió Trevor con una sonrisa que no llegaba completamente a sus ojos—. Mi vida es generalmente muy predecible. Esto ha sido... refrescante.

Otro silencio se instaló entre ellos, en aquella ocasión cargado de todas las cosas que no se estaban permitiendo decir.

Audrey jugó con la correa de su bolso, buscando palabras que se sentían inadecuadas para la ocasión.

—Supongo que... Bueno, tal vez nos veamos algún día —dijo finalmente—. En alguna de las fiestas de Diane, o en Navidad, o...

—Tal vez —dijo Trevor—. Ya sabes que Diane siempre tiene algún evento entre manos.

—Sí, es verdad.

Aunque Audrey tenía la sensación de que iba a ser poco probable. Sus mundos se habían interceptado temporalmente, pero no había razón real para que lo hicieran de nuevo.

—Bueno —dijo, extendiendo su mano hacia Trevor, en un gesto que se suponía que era casual pero que se vio terriblemente formal —. Que te vaya bien, Trevor Hunter.

Trevor miró su mano extendida durante un segundo, luego la estrechó con la suya. Su apretón fue firme, cálido, familiar de una manera que hizo que algo se apretara en la garganta de Audrey.

—Y a ti, Audrey Carlson.

Se soltaron las manos, pero ninguno se movió. Era como si ambos estuvieran esperando que pasara algo más, alguna revelación dramática que cambiara el rumbo de todo. Pero aquello era la vida real, no una película romántica, y a veces las cosas simplemente terminaban así, sin resolverse.

—Debería irme —dijo Audrey finalmente, tomando el asa de su maleta—. El taxi está esperando.

—Sí. El taxi… —repitió Trevor.

Audrey comenzó a caminar hacia la entrada del edificio, cada paso sintiéndose más pesado que el anterior.

Era ridículo lo difícil que se había vuelto.

Era ridículo cuánto dolía alejarse de alguien que había conocido hace tres días.

Pero cuando llegó a la puerta y buscó las llaves en su bolso, no pudo resistir girarse una última vez.

Trevor estaba todavía de pie junto al taxi, mirándola. Incluso desde la distancia, podía advertir la tensión en sus hombros, la manera en que tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Levantó una mano en una despedida que esperaba que pareciera casual, y él hizo lo mismo. Un pequeño gesto que de alguna manera fue más íntimo que cualquiera de los besos que habían compartido.

Luego abrió la puerta y desapareció en el interior del edificio.

Su apartamento la recibió con esa quietud particular de los espacios que han estado vacíos durante días.

El aire se sentía ligeramente cerrado, y había una pila de correo que alguien había deslizado bajo su puerta.

Todo se veía exactamente como lo había dejado, pero de alguna manera se sentía diferente, como si ella fuera una visitante en su propia vida.

Dejó su maleta junto a la puerta y se dirigió directamente a la ventana del salón, apartando las cortinas para mirar hacia la calle.

El taxi amarillo estaba todavía ahí, inmóvil bajo la farola.

Su corazón se saltó un latido, pensando que tal vez Trevor había cambiado de opinión, que tal vez iba a subir y decir algo que cambiaría todo.

Pero entonces vio la puerta del taxi cerrarse, y el vehículo se alejó de la acera con la suavidad inevitable de algo cuyo tiempo había llegado a su fin.

Audrey se quedó en la ventana, observando mientras las luces traseras rojas se hacían más pequeñas y más distantes, hasta que finalmente desaparecieron por completo en la oscuridad de una noche de lunes en Chicago.

Solo entonces se permitió suspirar. Un sonido largo y cansado que contenía todo el peso de los últimos tres días.

Todo el peso de las cosas que habían pasado y las cosas que no habían pasado.

Todo el peso de las cosas que no había admitido hasta que había sido demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Se apartó de la ventana y miró alrededor del piso.

Las paredes cubiertas de cuadros y piezas que había coleccionado a lo largo de los años, los muebles que había

encontrado en una tienda de segunda mano, y que había restaurado con dedicación, los libros apilados en cada superficie disponible.

Era un buen piso.

Una buena vida.

Había trabajado duro para construirla, especialmente después de la ruptura con Daniel, y había llegado a un lugar donde se sentía contenta, completa, independiente.

Pero ahora, después de tres días de fingir estar enamorada de Trevor Hunter, su vida parecía extrañamente vacía.

Como si hubiera probado algo que no sabía que quería, y ahora tendría que encontrar la manera de vivir sin ello.

Se dirigió a la cocina para prepararse una taza de té, tratando de establecer una rutina normal, de volver a la vida que había tenido antes de que un hombre con un traje caro apareciera y cambiara su perspectiva sobre todo.

Pero mientras esperaba que el agua hirviera, no pudo evitar preguntarse qué estaría haciendo Trevor en ese momento.

Si estaría pensando en ella mientras se dirigía a casa. Si estos tres días habían significado algo para él, o si ya había vuelto mentalmente a su vida real, archivando toda la experiencia como una anécdota interesante que podría contar en cenas elegantes.

Si él también se sentía como si algo fundamental hubiera cambiado, o si era solo ella quien se había enamorado accidentalmente de su novio falso.

Suspiró.

El té sabía a normalidad y responsabilidad, dos cosas que solían centrarla, pero que ahora resultaban insípidas.

Afuera, Chicago continuó siendo Chicago: bullicioso, vibrante, completamente indiferente al hecho de que Audrey Carlson acababa de decir adiós al hombre más interesante que había conocido en años.

Y en alguna calle del centro de Chicago, Trevor Hunter se dirigía hacia su casa y hacia una vida a la que de pronto parecía como si le faltara algo esencial, aunque no estaba seguro de qué era.

O tal vez sabía exactamente qué era, pero no estaba listo para admitirlo.

Todavía no.

CAPÍTULO 47

La primera semana después de la vuelta de California pasó en una neblina de rutina deliberadamente normal. Audrey se despertaba a las siete, se preparaba café que sabía exactamente como siempre había sabido, revisaba sus emails de trabajo, y se dirigía a la galería de arte para organizar y preparar las exposiciones con el mismo entusiasmo profesional que había cultivado durante años.

Todo era exactamente igual que antes.

Excepto que no lo era.

Era martes por la mañana, ocho días después de haber dicho adiós a Trevor en la acera, cuando se dio cuenta de que había estado revisando compulsivamente su teléfono. No esperando nada específico, se decía a sí misma. Solo... revisando. Como uno revisa el buzón esperando una carta que sabe que no va a llegar.

¿Qué coño le pasaba?

—¿Estás bien? —preguntó Annabel, su compañera de trabajo, mientras se preparaban café en la sala de descanso—. Has estado... extraña desde que volviste de la boda de tu exnovio.

—¿Extraña cómo? —preguntó Audrey, fingiendo concentrarse en añadir azúcar a su café.

—No lo sé. Distraída. Como si estuvieras escuchando algo que el resto de nosotros no podemos oír.

Audrey se rio, pero sonó falso incluso a sus propios oídos.

—Creo que aún me estoy recuperando del jet lag —dijo.

—El jet lag no dura una semana —señaló Annabel—. Especialmente no de un vuelo de tres horas.

—Jet lag emocional —corrigió Audrey—. Ver a tu ex casarse con otra persona es... Hay mucho que procesar.

No era técnicamente una mentira. Pero tampoco era la verdad completa, aunque Annabel no la conocía lo suficientemente bien como para darse cuenta. Se llevaban bien, pero solo eran compañeras de trabajo.

—¿Y qué tal estuvo? —preguntó Annabel—. La boda, quiero decir. ¿Fue tan terrible como esperabas?

Audrey consideró la pregunta, pensando en cómo responder sin revelar que la parte más difícil no había sido ver a Daniel casarse, sino despedirse del hombre que había fingido estar enamorado de ella tan convincentemente que había comenzado a creer que era real.

—En realidad no fue tan malo —respondió finalmente—. De hecho, me alegré por ellos. Se veían muy felices.

Tampoco quiso mencionar que su ex le había dicho que, si le pedía que detuviera la boda, lo haría. Era mejor ahorrarse según qué detalles.

—Wow. Eso es muy maduro de tu parte —apuntó Annabel.

—Estoy llena de sorpresas.

—Yo no sé qué hubiera hecho en tu lugar. Tal vez hubiera tratado de sabotear la boda de algún modo —rio.

Audrey también se echó a reír.

—Bueno, un amigo accedió a acompañarme, y me sirvió de… —buscó las palabras—… apoyo emocional.

Annabel la miró.

—Es mejor que ir sola.

—Sí. Además, Trevor es un buen tío. Muy profesional. Cumplió exactamente con su… papel.

«Profesional», pensó Audrey amargamente. Como si fingir estar enamorados hubiera sido solo otro contrato que él había ejecutado con su eficiencia legal habitual.

Pero eso no explicaba por qué la había cuidado cuando estaba borracha y vulnerable. No explicaba el beso en la pista de baile, que había durado mucho más tiempo de lo necesario para la foto. No explicaba la manera en que la había cogido la mano cuando el avión

había sufrido las turbulencias en el camino de vuelta. Sin decirle nada, porque él sabía que le daba miedo volar.

Annabel la miró por encima del borde de la taza.

—¿Y con ese amigo no tienes nada? —curioseó.

Tal vez había notado cómo la voz de Audrey cambiaba cuando hablaba de él.

—Oh, no, solo es un amigo —respondió Audrey con voz despreocupada, tomando un sorbo de café que pareció arena en su garganta—. Nuestros mundos son… muy distintos.

Aquella noche, Audrey se encontró navegando por el sitio web del bufete de abogados de Trevor.

No estaba segura de por qué lo estaba haciendo. Curiosidad morbosa, tal vez, o algún impulso masoquista de recordarse a sí misma lo diferentes que eran sus vidas.

Su foto profesional la miraba desde la pantalla: formal, competente, un hombre que claramente pertenecía a salas de juntas y clubs exclusivos.

Su biografía era un listado de logros que sonaban como un catálogo de éxito: graduado cum laude en la Universidad de Chicago, ex secretario de la Corte Suprema, especializado en matrimonios (no había perdido un solo caso en su carrera), y extraoficialmente, era uno de los integrantes de los célebres «Alfa de Chicago».

Era exactamente el tipo de hombre con el que nunca habría imaginado tener algo en común.

Excepto que habían tenido algo en común.

Habían reído juntos, habían bailado juntos, habían compartido silencios cómodos y conversaciones que habían ido mucho más allá de lo superficial.

Cerró el portátil bruscamente, como si pudiera detener la espiral de sus pensamientos con un gesto físico.

Y se dio cuenta de que estaba esperando algo.

Un WhatsApp, tal vez.

Una llamada.

Alguna señal de que aquellos tres días en California habían significado algo más que una actuación convincente de cara a la galería.

Pero su teléfono permaneció obstinadamente silencioso.

—Por supuesto que permanece silencioso —se reprochó—. ¿Qué esperabas? Era un acuerdo de negocios. Él cumplió con su parte del trato. Punto final.

Pero entonces recordaba la forma en que la había mirado durante su último baile, la intensidad en sus ojos cuando se habían besado.

Recordaba cómo la había cuidado cuando ella estaba borracha, su forma de protegerla durante la boda.

Esos no eran los actos de alguien que simplemente estaba cumpliendo un trato.

¿O sí?

«Tal vez es muy bueno fingiendo —pensó—. Tal vez es tan bueno en su trabajo que incluso puede hacer que los sentimientos falsos parezcan reales.»

La segunda semana fue cuando la irritación comenzó a mezclarse con la tristeza.

Audrey estaba molesta con Trevor por ser tan considerado, por hacer que fuera tan fácil olvidar que nada era real, que todo era una farsa.

Estaba molesta consigo misma por haber permitido que sus sentimientos se involucraran, cuando había sabido desde el principio que era algo temporal.

Una pantomima.

Un teatro.

Un juego.

Y estaba molesta con el universo por haber puesto al hombre perfecto en su vida en las circunstancias más perfectamente imposibles.

CAPÍTULO 48

El jueves por la tarde, Diane se presentó en el piso de Audrey. Había estado en Minneapolis más de una semana por motivos de trabajo, todavía no había podido visitarla desde que había regresado de California y se moría de ganas de verla.

Audrey estaba revisando las fichas técnicas de los cuadros de la exposición que había en la Galería al día siguiente, cuando el timbre de su piso sonó con la insistencia característica de Diane.

Se levantó de la silla con una sonrisa en la cara, consciente de quién estaba al otro lado de la puerta.

—¡Sorpresa! —exclamó Diane cuando abrió, cargando una bolsa de papel marrón que olía deliciosamente a comida china y una botella de vino—. He vuelto de mi exilio en Minneapolis y necesito desesperadamente que me pongas al día sobre todos los detalles de la boda.

—Diane —dijo Audrey, y su sonrisa se amplió en el rostro—. No esperaba verte hasta mañana.

Diane entró en el piso de Audrey después de darle un beso rápido en la mejilla.

—Ha habido cambio de planes —le explicó—. Mi reunión de mañana se ha cancelado, así que decidí que era el momento perfecto para una sesión de chismorreo.

Diane se dirigió directamente a la cocina de Audrey como si viviera allí, y comenzó a sacar los túpers de comida de la bolsa.

—Además, necesitaba verte en persona. Las conversaciones por WhatsApp no me convencen, siempre se pierde algún detalle importante, y tengo la sensación de que hay mucho más que contar sobre California. —Diane se giró hacia Audrey—. Y te he echado de menos.

Audrey sintió un pequeño pinchazo de pánico.

Diane tenía un sexto sentido para detectar secretos emocionales, especialmente cuando involucraban a miembros de su familia.

—Te conté todo por WhatsApp —dijo débilmente—. La boda fue muy bonita…, y divertida —añadió—. Los novios se veían felices, y yo sobreviví sin hacer nada dramático...

—Ya… —interrumpió Diane, abriendo la botella de vino con un sacacorchos que cogió de un cajón—. Y Trevor fue el acompañante perfecto, y se comportó como un caballero, y cumplió exactamente con lo acordado. Sí, recibí toda la versión oficial.

Diane le entregó una copa de vino a Audrey y la estudió con esa mirada penetrante que había perfeccionado durante años de negociaciones.

—Pero conozco esa mirada, Audrey Carlson. Es la misma mirada que tenías cuando trataste de convencerme de que estabas «perfectamente bien» después de que Daniel te dejara. Es tu cara de «estoy escondiendo algo emocionalmente significativo».

—No tengo una cara específica para eso —protestó Audrey, tomando un sorbo de vino, que fue como seda líquida en su garganta.

—Oh, definitivamente la tienes. Tus ojos se vuelven ligeramente más grandes, hablas un poco más rápido de lo normal, y haces este pequeño gesto con la mano donde juegas con tu pelo cuando piensas que nadie está mirando.

Audrey se detuvo con la mano a medio camino hacia su pelo, porque iba a hacer exactamente ese gesto.

—Eres una acosadora —bromeó Audrey.

—Soy una amiga observadora —corrigió Diane, sirviendo los rollitos de primavera en dos platos—. Y como tu amiga observadora, puedo decir, sin temor a equivocarme, que algo pasó en California que no me has contado. Además, me he fijado en que tienes un paquete de Oreos en la mesa del salón del que has dado muy buena cuenta, y solo cuando tienes ansiedad devoras galletas Oreo como si fueran Emanems. De hecho, tienes chocolate en los dientes.

«¡Mierda!», se dijo Audrey, mientras se los limpiaba con el dedo.

¿Por qué Diane siempre la pillaba?

Se instalaron en el sofá del salón con la comida y el vino. Diane se acurrucó en el cojín del rincón con la familiaridad de alguien que había pasado incontables noches en aquel apartamento durante los últimos dos años.

—Está bien —dijo Diane después de unos minutos de comer en relativo silencio—. Vamos a intentar esto de otra manera. Cuéntame qué tal con mi hermano. Y no me des la versión editada que me diste por WhatsApp. Quiero detalles.

Audrey sintió que su estómago daba un pequeño salto.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. ¿Qué tal te ha ido con él? ¿Ha sido tan formal e intimidante como puede ser a veces? ¿Te hizo sentir como si estuvieras delante de un tribunal las veinticuatro horas del día?

Audrey consideró las preguntas, tomando otro sorbo de vino para ganar tiempo. Porque la verdad era que Trevor no había sido para nada lo que había esperado.

—En realidad fue... sorprendentemente fácil —admitió—. Pensé que sería incómodo y artificial, pero él hizo que pareciera natural. Como si realmente fuéramos una pareja.

—¿Cómo de natural? —curioseó Diane, y había algo en su tono que sugería que aquella conversación estaba yendo exactamente hacia donde había esperado que fuera.

—Muy natural. Se aseguró de que tuviera todo lo que necesitaba. Me cuido y me protegió frente a Daniel y a Megan, una pesada que quería ligar con él.

—¿Por qué será que no me sorprende? A mi hermano le entran las mujeres a pares —comentó Diane. Y se metió el bocado entre los dientes.

—Cuando me emborraché porque Daniel me confundió con su maldita crisis pre-matrimonial, Trevor me cuidó toda la noche sin hacerme sentir patética. Incluso cuando vomité, estuvo conmigo.

Diane dejó de comer, sus palillos suspendidos en el aire.

—Espera, retrocede. ¿Mi hermano hizo eso?

—Sí.

—Esa información es completamente nueva. Pensé que simplemente te había llevado un zumo para la resaca —dijo Diane. Miró a Audrey—. ¿Ves cómo en las conversaciones de WhatsApp se pierden un montón de datos importantes? ¿Así que te cuidó?

—Sí, Trevor me llevó de vuelta a la habitación, me ayudó cuando vomité, me puso el pijama, y se aseguró de que no me ahogara en mi propio vómito durante la noche —bromeó—. Trevor ha sido amable y divertido y completamente diferente a lo que había esperado… —Audrey se detuvo.

Diane estaba sonriendo, esa sonrisa que Audrey había aprendido a temer porque significaba que Diane había llegado a una conclusión que probablemente no iba a gustarle.

—Audrey —dijo Diane lentamente—. Suena como si te hubieras enamorado de mi hermano.

Audrey se dio cuenta de que había revelado más de lo que pretendía.

—No estoy enamorada de tu hermano —respondió de forma mecánica, pero incluso a sus propios oídos sonó poco convincente.

—¿En serio? Porque lo parece. Él te sorprendió porque fue diferente de lo que esperabas, fue amable cuando eras vulnerable, te cuidó...

—Eso no significa que esté enamorada de él —interrumpió Audrey—. Significa que es un buen tío que cumplió con su parte del acuerdo de manera más considerada de lo que esperaba.

Diane la miró con esa expresión que usaba cuando estaba a punto de ganar un argumento particularmente satisfactorio.

—Audrey, cariño, ¿has pensado en él desde que volviste?

—Por supuesto que he pensado en él. Pasamos tres días juntos fingiendo estar enamorados. Es natural que...

—¿Cuánto has pensado en él?

Audrey abrió la boca para dar una respuesta casual y se dio cuenta de que no podía. Porque la verdad era que había pensado en

Trevor Hunter todos los días desde que habían vuelto de California. Múltiples veces. Había revisado compulsivamente su teléfono esperando mensajes que sabía que no iban a llegar. Había navegado por el sitio web de su bufete de abogados como una adolescente acosadora.

—Oh, Dios mío —dijo Diane, triunfal—. ¡Estás enamorada de él!

—No estoy enamorada de él —protestó Audrey—. Es solo... confusión emocional. Proximidad forzada. Síndrome de Estocolmo romántico.

—Audrey, cariño, puedes racionalizar esto todo lo que quieras, pero conozco la diferencia entre confusión emocional y enamorarse. Y lo tuyo suena definitivamente como lo segundo —dijo Diane—. ¡Estás completamente enamorada de mi hermano!

Audrey suspiró.

—Incluso si lo estuviera, que no estoy diciendo que lo esté —añadió rápidamente—, no importaría. Trevor es... es inaccesible para mí, Diane. Está totalmente fuera de mi liga.

—¿Fuera de tu liga? —repitió Diane, sonando ligeramente confundida—. ¿De qué estás hablando?

Audrey se levantó del sofá.

Necesitaba moverse.

Necesitaba hacer algo con la energía y los nervios que habían estado acumulándose en su pecho.

—Mira su vida, Diane. Mira mi vida. Él es un abogado exitoso, millonario, que vive en un ático en el centro de Chicago que probablemente cuesta más que lo que yo ganaría trabajando en cien vidas. Conduce coches que cuestan más de ciento cincuenta mil dólares. Pertenece a clubs exclusivos y cena en restaurantes que requieren reservas con meses de antelación.

—¿Y?

—¿Y? Soy una comisaria de arte, que compró los muebles en una tienda de segunda mano y considera una gran noche una botella de vino de diez dólares y Netflix. No tenemos nada en común.

—Excepto que habéis pasado tres días fingiendo estar enamorados tan convincentemente que tú realmente te has enamorado —señaló Diane—. Eso sugiere que tenéis más en común de lo que piensas.

Audrey se detuvo junto a la ventana, mirando hacia la calle donde había visto las luces traseras del taxi en el que iba Trevor desaparecer en la oscuridad.

—Incluso si tuviéramos cosas en común, incluso si hubiera alguna posibilidad de que él sintiera algo... Trevor no es el tipo de hombre que tiene relaciones. Es emocionalmente inaccesible. Tú misma me lo dijiste. Te lo he oído mil veces.

—Eso era antes —dijo Diane suavemente—. Antes de que pasara tres días contigo.

—¿Qué se supone que significa eso?

Diane se unió a ella en la ventana, su expresión más seria de lo que Audrey la había visto en mucho tiempo.

—Significa que cuando Trevor volvió de California, era diferente. Más tranquilo, pero también más... inquieto. No sé si me explico.

—No, la verdad es que no —dijo Audrey.

Diane agitó la cabeza.

—Es como si estuviera procesando algo que no había esperado.

El corazón de Audrey se saltó un latido.

—¿Te ha dicho algo sobre... sobre el fin de semana?

—No —Las esperanzas de Audrey se esfumaron de golpe—. Pero ya sabes cómo es mi hermano… —dijo Diane, al ver la expresión de Audrey—. Él no es de estar contando lo que le pasa por la cabeza. Es muy reservado para sus cosas.

Audrey suspiró.

—Eso no significa nada, Diane.

—Audrey, conozco a mi hermano. He visto cómo actúa cuando algo realmente lo afecta. Y definitivamente le ha afectado algo.

—Tal vez el drama de la boda. O tener que fingir emociones durante tres días seguidos —sugirió ella con poca convicción.

—O tal vez —dijo Diane suavemente—, se dio cuenta de que no estaba fingiendo tanto como pensaba.

Aquellas palabras dieron forma a una posibilidad demasiado frágil y demasiado bonita como para tocarla directamente.

—No puedo hacer esto, Diane —dijo Audrey—. No puedo construir fantasías sobre algo que seguramente solo fue una actuación convincente de su parte. No puedo enamorarme de alguien que vive en un mundo completamente diferente y que probablemente ya se ha olvidado de que existo.

—¿Y si no se ha olvidado?

—¿Y si sí se ha olvidado? —contraatacó Audrey—. ¿Y si todo lo que significó algo para mí, fue solo él siendo profesionalmente encantador? ¿Y si me estoy imaginando cosas que nunca existieron?

Diane la estudió durante un momento largo, su expresión era una mezcla de comprensión y frustración.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —dijo—. Que los dos estáis haciendo exactamente lo mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizás los dos estéis tan asustados de admitir que pasó algo real, que estáis convenciéndoos de que no pasó nada. Ambos estáis protegiendo vuestro corazón tan vehementemente, que vais a terminar perdiendo algo que podría ser increíble.

Audrey se giró para mirar a su amiga, viendo una determinación en los ojos de Diane que reconoció y temió a partes iguales.

—Diane, no hagas nada. En serio. No interfie ras.

—¿Quién ha dicho algo sobre interferir? —preguntó ella, con una inocencia que no engañaba a nadie—. Solo estoy diciendo que tal vez deberíais tener una conversación honesta sobre lo que pasó en California.

—No va a pasar nada —dijo Audrey en tono firme—. Trevor y yo vivimos en mundos diferentes. Lo que pasó en California se quedó en California. ¡Por Dios! Estamos hablando de tu hermano. Es alérgico a las relaciones y a todo lo que tiene que ver con el amor.

Diane sonrió, pero había algo en su sonrisa que hizo que Audrey se sintiera como si acabara de desafiar accidentalmente a alguien que era mucho mejor en aquel juego de lo que ella había previsto.

—Por supuesto —dijo Diane con dulzura—. Tienes razón. Es mejor dejarlo como está.

Y fue exactamente esa facilidad con la que Diane estuvo de acuerdo, lo que provocó que Audrey pensara que, de alguna manera, acababa de cometer un error muy grande.

Pero para entonces, Diane ya estaba cambiando de tema, preguntando sobre el trabajo de Audrey y la exposición que estaba organizando, como si la conversación sobre Trevor nunca hubiera tenido lugar.

Como si no hubiera acabado de descubrir que su mejor amiga estaba enamorada de su hermano, y que su hermano probablemente estaba igual de confundido sobre sus sentimientos.

Como si no estuviera ya formulando un plan para hacer algo al respecto.

Lo que, conociendo a Diane Hunter, significaba que Audrey estaba en problemas.

CAPÍTULO 49

Trevor, Ethan, Samuel y Asher estaban sentados en la mesa del rincón acostumbrada del bar al que solían ir algunos días después de la jornada laboral, ese con las paredes con láminas en blanco y negro de los edificios más icónicos de las ciudades de Estados Unidos.

Un lugar discreto, caro, con una muy buena carta de cervezas y una clientela que sabía mantener las conversaciones de negocios en tonos apropiadamente bajos.

Trevor se llevó su cerveza a la boca y dio un trago, y por tercera vez en los últimos diez minutos, se había perdido completamente en lo que Ethan estaba diciendo sobre el caso Westbrook Industries, cuyo recurso tenían casi terminado, después de que se reabriera.

—... así que le dije que podíamos demostrar que no ha habido fraude, pero que necesitaríamos al menos un par de semanas para hacer las debidas diligencias, y entonces él... —Ethan se calló—. Trevor, ¿me estás escuchando?

Trevor parpadeó, enfocándose bruscamente en la cara de Ethan.

—Por supuesto que te estoy escuchando —mintió, tomando otro sorbo de cerveza—. Demostrar fraude. Debidas diligencias. Un par de semanas.

Ethan intercambió una mirada significativa con Asher y Samuel.

—Trevor —dijo Asher lentamente, depositando su jarra en la mesa con deliberación—, acabas de repetir las últimas tres cosas que ha dicho Ethan sin procesarlas. Podría haber dicho «demostración fraude con unicornios violetas» y habrías asentido igual.

—Eso es ridículo —protestó Trevor, pero incluso mientras decía las palabras, se dio cuenta de que probablemente tenían razón.

—¿En serio? —intervino Samuel, entornando los ojos con esa expresión analítica que había perfeccionado durante años de profesión—. Porque la última semana has llegado tarde a tres reuniones, has tenido que pedir a Asher que repitiera una pregunta durante la conferencia con el cliente japonés, y ayer te vi mirando por la ventana de tu despacho durante veinte minutos seguidos sin hacer nada. ¡Tú! Que no eres capaz de abstraerte del trabajo ni un segundo.

—Estaba pensando en la estrategia de Westbrook Industries —se defendió Trevor.

—Estabas mirando por la ventana como un adolescente enamorado —corrigió Samuel—. Y, considerando que eres Trevor Hunter, eso es básicamente apocalíptico en términos de comportamiento inusual.

Trevor sintió una irritación familiar elevarse en su pecho. Sus amigos lo conocían demasiado bien, lo que era tanto una bendición como una maldición en momentos como ese.

—Estoy perfectamente —insistió—. Tal vez un poco cansado del viaje a California, pero es normal.

—Ah, California… —dijo Asher con satisfacción teatral—. Finalmente llegamos al meollo del asunto.

—No hay meollo de ningún asunto —replicó Trevor, pero podía sentir cómo sus músculos se habían tensado, como ocurría siempre que se acercaban a ese territorio emocional que prefería evitar.

—Trevor —dijo Samuel con paciencia—, somos amigos desde hace años. Te hemos visto navegar por divorcios millonarios sin sudar. Te hemos visto mantener la calma durante juicios que harían llorar a abogados menos experimentados. En los últimos dos años te hemos visto convertirte en una máquina de eficiencia legal que come trabajo.

—¿Y tú conclusión es? —preguntó Trevor.

—Mi conclusión es que algo te ha desestabilizado, y comenzó exactamente el día que volviste de fingir ser el novio de cierta amiga de tu hermana en una boda —terminó Samuel—. Lo que nos lleva a

la pregunta obvia: ¿Qué pasó realmente en California?, y más concretamente: ¿qué pasó con Audrey?

Trevor sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago al escuchar su nombre.

Había estado evitando pensar en ella, manteniéndola en la periferia de su conciencia como una melodía que no podía quitarse de la cabeza.

—No pasó nada con Audrey —contestó, y técnicamente era cierto.

No había pasado nada en el sentido de que no habían cruzado ninguna línea definitiva, no habían tenido ninguna conversación reveladora, no habían hecho ningún plan para el futuro.

Pero también era completamente falso, porque todo había pasado con Audrey.

Había pasado cada vez que la había visto reírse hasta que le dolía el estómago.

Había pasado cuando la había cuidado mientras estaba borracha y vulnerable, y se había dado cuenta de que quería protegerla de todo lo que pudiera hacerle daño.

Había pasado durante el beso en la pista de baile que había durado mucho más tiempo de lo necesario y que había hecho que se sintiera como si el mundo hubiera desaparecido.

—Oh, oh… —dijo Ethan con un escepticismo evidente—. Así que estar con Audrey, que según tu hermana es inteligente, divertida, guapa, y totalmente tu tipo de mujer...

—No tengo un tipo de mujer —interrumpió Trevor de inmediato.

Ethan lo ignoró.

—... con quien pasaste tres días fingiendo estar enamorado en uno de los escenarios más románticos posibles, no tuvo absolutamente ningún efecto en ti.

—Exacto —mintió Trevor.

—¿Y el hecho de que hayas estado distante, distraído, y completamente desenfocado desde que volviste es solo coincidencia?

—No he estado distraído —protestó Trevor, aunque incluso mientras pronunciaba aquellas palabras sabía que era inútil.

Asher se echó a reír, un sonido que contenía cero humor.

—Trevor, ayer le preguntaste a tu secretaria tres veces en una hora si habías recibido algún mensaje. Y cuando ella te preguntó de quién específicamente, te pusiste rojo y dijiste «de nadie en particular».

—Eso no significa nada.

—¿Y qué hay del hecho de que revises tu teléfono aproximadamente cada cinco minutos desde que volviste de California? —añadió Samuel.

Trevor sintió como si estuviera siendo sometido a un interrogatorio por un grupo de fiscales particularmente despiadados, lo que era irónico considerando que eran supuestamente sus amigos.

—Creo que estáis haciendo una lectura muy fantasiosa de comportamientos completamente normales —dijo, tomando un sorbo más largo de cerveza—. Tal vez he estado un poco distraído por el trabajo. Tal vez estoy reconsiderando algunas prioridades de mi vida. Pero eso no tiene nada que ver con...

Se detuvo antes de decir su nombre, aunque era demasiado tarde. Todos habían notado la pausa.

—¿Con Audrey? —terminó Ethan—. Porque eso es lo que ibas a decir, ¿verdad?

—No iba a decir nada —murmuró Trevor, pero podía sentir cómo se le calentaban las orejas, una respuesta traicionera que había tenido desde la infancia cuando mentía.

—Trevor Hunter —dijo Samuel lentamente, como si estuviera saboreando cada palabra—. Te has enamorado de tu novia falsa.

Realmente lo dijo como una tontería, para picar a Trevor, para vacilarle. Por sus cabezas no se pasaba que se hubiera enamorado. Ni de coña.

—¿Enamorado? ¿Os habéis vuelto gilipollas? ¿Cómo me voy a enamorar yo? ¡Yo! ¿Os olvidáis de que estáis hablando de mí? —

respondió Trevor, y lo hizo con más vehemencia de la que la situación requería—. Cumplí con el favor que me pidió mi hermana. Os lo he dicho un millón de veces. Fingí estar en una relación durante un fin de semana. Fue una transacción simple con un resultado exitoso. Punto final —dijo, en tono profesional.

—¿Una transacción simple? —repitió Asher—. Así es como describes pasar tres días con una chica que aparentemente te ha convertido en una versión… No sé cómo decirlo… ¿inoperante de ti mismo?

—No soy una versión inoperante de mí mismo —protestó Trevor.

Aunque la verdad era que había estado inoperante (por decirlo de alguna manera). Había estado distraído y desenfocado y había sido completamente incapaz de concentrarse en nada durante más de diez minutos seguidos. Había estado revisando su teléfono, esperando mensajes que sabía que no iban a llegar. Había estado reproduciendo conversaciones y momentos y miradas en su cabeza hasta sentir que estaba perdiendo la cordura.

Y lo más frustrante de todo era que no entendía por qué.

Trevor Hunter no era el tipo de hombre que se desconcentraba pensando en una mujer.

Trevor Hunter no era el tipo de hombre que permitía que las emociones interfirieran con su capacidad profesional.

Trevor Hunter mantenía espacios claros y limpios entre su vida personal y profesional, y nunca, jamás, permitía que una se mezclara en la otra.

Excepto que aparentemente Audrey Carlson había demolido esos espacios sin ni siquiera pretenderlo.

—Mira —dijo Ethan, inclinándose hacia adelante con la expresión que usaba cuando estaba a punto de dar consejos no solicitados—. No hay nada malo en admitir que esa mujer te ha afectado. De hecho, sería saludable. Has estado emocionalmente cerrado toda tu vida, cerrado en general, me refiero.

—No estoy emocionalmente cerrado —murmuró Trevor—. Estoy enfocado en cosas que no son amor.

Asher se dio un golpe en la frente y echó la cabeza hacia atrás.

—Madre mía, tú y tus jeroglíficos lingüísticos —masculló.

—Estás emocionalmente constipado —comentó Samuel.

—¿De qué coño hablas? —dijo Trevor. Lanzó una mirada a Asher —. Y te quejas tú de mis jeroglíficos lingüísticos.

Asher agitó la cabeza.

—Nosotros creemos que tal vez Audrey es exactamente lo que necesitas —dijo Samuel—. Alguien que puede romper todas esas defensas que has construido y hacerte recordar que eres humano.

—Hasta donde yo sé, no soy un marciano —dijo Trevor. Y dio otro sorbo de su cerveza.

—A veces lo parece —comentó Ethan.

—Incluso si eso fuera cierto, lo cual no estoy diciendo que lo sea, Audrey ha salido de una relación muy complicada. Venimos de mundos completamente diferentes. Lo que pasó entre nosotros fue una situación temporal con una fecha de caducidad clara.

—Audrey salió de una relación complicada hace un año y medio. Por Dios Santo, su ex se acaba de casar —señaló Asher—. Y los mundos diferentes nunca han impedido que la gente se enamore.

—Joder, que no estoy enamorado —insistió Trevor.

—¿En serio? —preguntó Samuel—. Porque desde donde estoy sentado, percibo que tienes todos los síntomas clásicos. Distracción, irritabilidad, pérdida de apetito...

—No he perdido el apetito.

—Ayer pediste una ensalada en el almuerzo. Solo una ensalada. Tú nunca pides ensaladas si no van acompañadas de un buen bistec. Tragas como una lima —intervino Ethan.

—Estaba tratando de comer más saludable —apuntó Trevor.

Samuel continuó hablando, ignorándolo por completo.

—... preocupación obsesiva por el teléfono, mirar por la ventana como si estuvieras esperando algo... —enumeró.

—No estoy esperando nada —aseveró Trevor, pero se dio cuenta de que estaba mintiendo.

Porque había estado esperando algo, pero no sabía qué.

Bueno, en eso también mentía.

Había estado esperando que Audrey contactara con él de alguna manera. Había estado esperando alguna señal de que los tres días que habían pasado juntos habían significado algo para ella también. Había estado esperando una excusa para ponerse en contacto con ella sin parecer desesperado o inapropiado.

Había estado esperando el coraje para admitir que Trevor Hunter, el hombre que había hecho del control emocional una forma de vida, había perdido completamente el control por una comisaria de arte de la que había fingido estar enamorado durante tres días.

—Mira —dijo Asher, después de coger una patata frita y metérsela en la boca—. Nosotros te conocemos. Sabemos que admitir sentimientos va contra todo aquello en lo que has basado tu vida. Antes éramos como tú —enfatizó—. Pero tal vez es hora de considerar que estar emocionalmente disponible no es una debilidad.

—Tal vez es hora de considerar que no todo en la vida puede manejarse como un caso legal —añadió Samuel—. Algunas cosas requieren que te arriesgues, que seas vulnerable.

—Tal vez es hora de considerar que esa chica podría valer el riesgo —terminó Ethan.

—Tal vez es hora de considerar que tengo tres amigos que son unos cotillas y que les encanta estar metiéndose donde no les llaman —afirmó Trevor.

—Estás desviando el tema —habló de nuevo Samuel.

Trevor suspiró de forma sonora. Estaba ya hasta los cojones de esos tres.

—¿Se puede ser más pesado? —dijo.

Dio un último trago de su cerveza, echó la silla hacia atrás y se levantó.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó Ethan, mirándolo con el ceño fruncido.

—Largarme antes de que cometa un triple asesinato —respondió Trevor.

Sacó la cartera del bolsillo trasero de su pantalón, la abrió y extrajo un billete de cincuenta dólares.

—Hoy invito yo —dijo, dejándolo sobre la mesa.

Volvió a guardarse la cartera en el pantalón, dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

—Estás huyendo, lo sabes, ¿no? —dijo Ethan, alzando la voz.

—Eres un cobarde —añadió Samuel.

Trevor, sin girarse, alzó el brazo y les sacó el dedo corazón antes de salir por la puerta del bar y marcharse.

CAPÍTULO 50

Trevor estaba en su despacho, revisando los argumentos finales para el caso Westbrook cuando el teléfono fijo sonó con esa urgencia particular que solo usaba Margaret, su secretaria, para emergencias.

La tarde de julio en Chicago había pintado el cielo de un gris plomizo (amenazando tormenta), que se filtraba a través de los ventanales del suelo al techo, creando una luz difusa.

Trevor había estado tratando de concentrarse en cada punto del recurso durante las últimas dos horas, pero su mente seguía vagando hacia lugares que prefería evitar. Lugares que olían a protector solar y jazmín, que sonaban a risas compartidas y conversaciones susurradas en habitaciones de hotel.

El sonido estridente del teléfono fue casi un alivio, una distracción de los pensamientos que habían estado persiguiéndolo desde que había vuelto de California.

Alargó el brazo y descolgó.

—¿Sí, Margaret?

—Señor Hunter, tiene visita. Un niño... dice que es su hermano Lucas.

Trevor se quedó completamente inmóvil, el bolígrafo suspendido sobre el documento que estaba marcando.

Las palabras de Margaret se procesaban en su cerebro como si su secretaria las hubiera pronunciado en un idioma extranjero.

—¿Lucas está aquí?

—Sí, señor. Está en la recepción. Parece... Bueno, parece que ha viajado desde lejos. Y se encuentra un poco alterado. El personal de seguridad estaba a punto de llamar a la policía cuando mencionó su nombre.

Trevor cerró los ojos, sintiendo una mezcla de alivio y pánico corriendo por sus venas como adrenalina pura.

Alivio porque Lucas estaba a salvo, pánico porque su presencia en Chicago solo podía significar una cosa: se había escapado del internado de Indiana. Otra vez.

Pero en aquella ocasión había llegado hasta Chicago. En aquella ocasión había conseguido lo que había estado intentando durante meses: llegar hasta él.

—Hazlo pasar a mi despacho inmediatamente —ordenó, levantándose de su silla tan rápidamente que los papeles se dispersaron por la mesa—. Y Margaret, que nadie más lo vea. Usa el ascensor privado. Ahora.

—Por supuesto, señor Hunter.

Trevor se pasó una mano por el pelo, tratando de procesar la magnitud de la situación.

Lucas tenía once años.

Once años y estaba solo en Chicago, probablemente sin dinero suficiente, definitivamente sin permiso del internado, y Dios sabía cómo había conseguido llegar hasta allí.

Su padre iba a estar más que furioso. Raymond Hunter iba a estar apocalíptico.

Pero en ese momento, Trevor no podía pensar en su padre. Solo podía pensar en un niño de once años que había viajado cientos de kilómetros para encontrarlo, que había estado tan desesperado por escapar de su situación que había tomado la decisión de huir.

El mismo niño que había estado defendiendo en llamadas telefónicas llenas de gritos con su padre. El mismo niño por el que había amenazado con una batalla legal.

Trevor se acercó a la ventana, mirando hacia la calle donde el tráfico de Chicago continuaba su danza eterna, completamente ajeno al drama personal que se estaba desarrollando decenas de pisos más arriba.

¿Cómo había llegado Lucas hasta Chicago? ¿Había tomado un autobús? ¿Había hecho autostop? La idea de su hermano pequeño

viajando solo por el país hizo que se le revolviera el estómago.

Un golpe suave en la puerta lo sacó de sus sombríos pensamientos.

—Adelante.

La puerta se abrió lentamente, revelando primero a Margaret, quien hizo un gesto hacia alguien que estaba fuera del campo de visión de Trevor, y luego a Lucas.

Trevor sintió que su corazón se rompía un poco al ver a su hermano pequeño.

Lucas parecía aún más pequeño de lo normal, como si el viaje hubiera encogido no solo su cuerpo sino también su espíritu.

Estaba perdido en una sudadera con capucha gris que era al menos dos tallas más grande para él, probablemente una que había tomado «prestada» de algún compañero de internado más mayor.

Llevaba una mochila azul marino que parecía contener todas sus posesiones, y que colgaba de sus hombros delgados como si pesara el mundo entero.

Su cabello rubio oscuro estaba revuelto y grasiento.

Sus ojos verdes (idénticos a los de Trevor, idénticos a los de todos los Hunter) estaban enrojecidos e hinchados, lo que hizo pensar a Trevor que había llorado recientemente.

Había algo en su postura, en la manera en que se mantenía cerca de la puerta, que parecía estar dispuesto a huir de nuevo, y que recordó a Trevor dolorosamente a sí mismo a esa edad. La misma mezcla de desafío y vulnerabilidad, la misma sensación de estar perdido en un mundo de adultos que no entendían o no se preocupaban por entender.

Pero cuando Lucas vio a Trevor, cuando sus ojos se encontraron a través del despacho elegantemente decorado, su cara se transformó por completo.

La tensión se desvaneció de los hombros, el miedo se evaporó de sus ojos, y una sonrisa de alivio y alegría (tan pura que Trevor sintió que se le cerraba la garganta), se extendió por su rostro.

—¡Trevor! —exclamó Lucas, dejando caer la mochila al suelo con un ruido sordo y corriendo hacia él, como si Trevor fuera la única cosa sólida en un mundo que se tambaleaba.

Trevor abrió los brazos justo a tiempo para recibir el impacto de once años de su hermano pequeño.

Lucas se aferró a él con la fuerza de alguien que se estaba ahogando y acababa de encontrar un salvavidas. Sus brazos delgados rodearon la cintura de Trevor con desesperación.

—Hey, hey… —murmuró Trevor, abrazando a Lucas y notando inmediatamente lo delgado que estaba, lo frágil, lo pequeño.

Como si no hubiera estado comiendo lo suficiente, como si el estrés y la infelicidad hubieran estado consumiéndolo desde dentro.

—Estoy aquí, canijo. Todo va a estar bien —dijo.

Lucas enterró su cara en el pecho de Trevor, y sus hombros comenzaron a temblar con sollozos silenciosos que había estado conteniendo durante lo que probablemente habían sido horas, tal vez días.

Era el tipo de llanto que se presenta después de haber sido valiente durante demasiado tiempo, después de haber tomado decisiones de adulto con un cerebro de niño, después de haber viajado solo por fe ciega de que alguien al final del viaje se preocuparía lo suficiente como para ayudarlo.

—No quiero volver —susurró Lucas, su voz amortiguada por la camisa de Trevor, pero audible en el silencio del despacho—. Por favor, Trevor, no me hagas volver allí. No puedo... no puedo volver a ese lugar.

Trevor sintió una rabia familiar y ardiente corriendo por sus venas, la misma rabia que había sentido durante las conversaciones telefónicas con su padre en California, pero amplificada ahora por la evidencia física del daño que el abandono emocional estaba haciendo a Lucas.

Pero empujó esa rabia hacia abajo, enterrándola bajo capas de autocontrol que había perfeccionado durante años de lidiar con su familia disfuncional.

Porque Lucas no necesitaba su ira ahora.

Lucas necesitaba estabilidad, seguridad, la promesa de que alguien finalmente iba a protegerlo.

—No vas a volver —aseveró Trevor, y aunque no tenía idea de cómo iba a cumplir esa promesa, aunque sabía que significaría una guerra legal con su padre que podría durar meses, sabía con una certeza absoluta que lo haría—. Te lo prometo, Lucas. No vas a volver a ese internado. Nunca más.

Lucas se apartó lo suficiente para mirarlo a los ojos, buscando signos de duda, signos de que Trevor estaba diciendo lo que pensaba que él quería escuchar, en lugar de lo que realmente pensaba hacer.

Era una mirada demasiado vieja para un rostro de once años, la mirada de alguien que había aprendido por experiencia que las promesas de los adultos a menudo se rompían cuando se volvían inconvenientes.

—¿De verdad? ¿No me estás mintiendo solo para que me sienta mejor? —preguntó, y había una vulnerabilidad en su voz que hizo que Trevor quisiera encontrar a su padre y demostrarle exactamente qué pensaba de su filosofía de vida y del modo en que criaba a sus hijos.

—Nunca te mentiría sobre algo así —respondió Trevor con la seriedad que reservaba para sus promesas más importantes, el mismo tono que usaba en el tribunal cuando estaba haciendo declaraciones que sabía que tendría que defender—. Vas a quedarte conmigo. Vamos a arreglar esto. Te doy mi palabra.

Lucas asintió, limpiándose la nariz con la manga de su sudadera en un gesto que era tan infantil y normal que hizo que Trevor se diera cuenta de lo poco infantil que había sido el resto de su comportamiento.

—Odio ese lugar —confesó Lucas. Las palabras salieron en torrente ahora que se sentía seguro para decirlas—. Los otros niños son horribles, se burlan de mí porque soy más pequeño, porque no tengo amigos, porque siempre estoy esperando que alguien venga a

visitarme y nunca viene nadie. Y los profesores no me escuchan, no les importa si estoy triste o asustado, solo quieren que me quede callado y no cause problemas. Y nadie... nadie se preocupa por si estoy bien o no. Es como si fuera invisible.

Cada palabra era como un puñal para Trevor, una confirmación de todo lo que él había temido en el internado, y sobre la filosofía de su padre de que los niños solo necesitaban organización y disciplina en lugar de amor y atención.

¡Joder, se sentía tan identificado con Lucas!

Él había sentido y había pasado exactamente por lo mismo.

Había tenido la sensación de que lo habían dejado en una isla lejana, rodeado de muros altos y pasillos interminables. Un lugar donde la nostalgia le apretaba el pecho con dedos fríos.

Trevor recordaba encogerse en la cama estrecha, con las rodillas pegadas al torso, como si ese pequeño ovillo en el que se convertía pudiera protegerlo del mundo.

Cada respiración era un recordatorio de que nadie iría a darle las buenas noches, de que nadie notaría si lloraba. Entonces apretaba los puños contra los ojos, ahogando un sollozo en la almohada.

Y lo peor no era la tristeza, sino la rabia silenciosa, ese nudo en la garganta que le gritaba que su padre lo había abandonado allí, como quien dejaba un paquete en la oficina de Correos y se marchaba.

Muchas veces se preguntaba si su padre pensaría alguna vez en él, mientras cada día esperaba que alguien fuera a buscarlo y le dijera que volvía a casa.

Trevor se agachó para quedar a la altura de los ojos de su hermano, poniendo las manos en sus pequeños hombros, sintiendo la fragilidad de sus huesos debajo de esa sudadera que le quedaba demasiado grande.

—Yo me preocupo —dijo con firmeza, mirándolo directamente a los ojos para que no hubiera duda sobre su sinceridad—. Siempre me he preocupado por ti. Cada día. Y ahora vas a quedarte donde

alguien que se preocupa por ti pueda cuidarte como mereces ser cuidado.

—Papá va a estar furioso —murmuró Lucas, y había miedo real en su voz, el miedo que brota de haber sido el objetivo de la ira paterna antes.

—Deja que yo me encargue de papá —respondió Trevor, y algo en su tono, algo implacable y protector, hizo que Lucas se relajara visiblemente—. Esa es mi parte del trabajo. Tu parte del trabajo es ser un niño y estar a salvo y ser feliz. ¿Entendido?

Lucas asintió. Una tímida sonrisa apareció en su rostro por primera vez desde que había entrado en el despacho.

—¿Puedo quedarme contigo? ¿De verdad? ¿No vas a cambiar de opinión cuando papá te grite?

—De verdad —confirmó Trevor—. Mi casa tiene unas cuantas habitaciones que nunca uso. Puedes quedarte en la que quieras. Y no voy a cambiar de opinión, no importa lo que diga papá.

En ese momento, alguien llamó a la puerta del despacho con un leve golpe de nudillos.

Trevor se enderezó, inconscientemente se movió entre Lucas y la entrada en un gesto protector que era puro instinto.

—Adelante —dijo.

Ethan, Samuel y Asher entraron juntos, con unas expresiones de preocupación que Trevor raramente veía en sus rostros.

Eran hombres acostumbrados a manejar crisis graves y emergencias legales, pero había algo en la urgencia con la que Margaret los había avisado que había activado sus instintos protectores.

—¿Todo bien? —preguntó Ethan, mirando a Lucas con curiosidad amable pero respetuosa—. Margaret nos ha dicho que tenías... una situación familiar urgente.

—Chicos, este es mi hermano Lucas —dijo Trevor, poniendo una mano protectora en el hombro del niño—. Lucas, estos son mis socios y mejores amigos: Ethan, Samuel y Asher.

Los tres saludaron a Lucas estrechándole la mano, como si fuera una persona muy importante. Lo era, y así se sintió él: importante.

—Hola, Lucas —dijo Asher.

Él, con un hijo de seis años, sabía cómo lidiar con un niño.

—Hola —respondió Lucas.

—Encantado de conocerte —añadieron Ethan y Samuel.

—Gracias —dijo el niño, haciendo gala de su buena educación.

Sin embargo, Trevor pudo percibir en sus caras las preguntas que había en sus ojos, la preocupación apenas contenida cuando advirtieron el estado en el que se encontraba el niño.

—¿Hay algo en lo que podamos ayudar? —preguntó Samuel, y había una sinceridad en su voz que hizo que Trevor sintiera una gratitud inesperada hacia aquellos hombres que habían sido sus amigos durante años y que ahora estaban ofreciendo su apoyo sin hacer preguntas.

—De momento no —respondió—. Pero gracias. Puede que necesite tomarme el resto del día...

—Por supuesto —interrumpió Asher inmediatamente—. Todo lo que necesites. Nosotros nos encargamos de cualquier cosa urgente.

—Y si necesitas ayuda con... lo que sea que esté pasando —añadió Ethan, mirando significativamente a Lucas—. Ya sabes dónde encontrarnos. Cualquier cosa, Trevor. Lo que sea.

Trevor asintió levemente con la cabeza, sintiendo por primera vez en años que no estaba completamente solo lidiando con el caos emocional de su familia.

—Lo sé. Gracias. En serio.

Después de que se fueran, cerrando la puerta suavemente detrás de ellos, Trevor se giró hacia Lucas, quien había estado observando el intercambio con ojos grandes y curiosos.

—¿Esos son tus amigos? —preguntó.

—Mis mejores amigos —confirmó Trevor—. Y mis socios en el bufete.

—Parecen buenos —observó Lucas, con la perspicacia que a veces mostraban los niños que habían tenido que aprender a leer a

los adultos para sobrevivir—. Se preocupan por ti.

—Lo hacen —aseveró Trevor, dándose cuenta de que era cierto—. ¿Tienes hambre? Probablemente no has comido nada decente en horas.

Lucas afirmó vigorosamente, y su estómago eligió ese momento para gruñir de manera ruidosa.

—Solo tenía dinero para comprar un sándwich en la estación de autobuses de Indianápolis. Y sabía horrible —comenzó, haciendo una mueca con la boca—. Y antes de eso, solo las galletas que pude sacar del comedor del internado.

Trevor sintió otro pinchazo de ira hacia su padre, pero lo mantuvo cuidadosamente en silencio.

—Bueno, eso lo podemos arreglar fácilmente. ¿Qué te parece si pedimos comida de verdad y hablamos de cómo vamos a hacer que esto funcione?

Lucas sonrió de verdad. Una sonrisa brillante, amplia y llena de esperanza que le recordó a Trevor exactamente por qué estaba dispuesto a luchar contra su padre por ese niño.

—Me parece perfecto —dijo Lucas—. Y Trevor... gracias. Por cumplir tu promesa.

Trevor se agachó de nuevo para abrazarlo, sintiendo como si algo que había estado roto durante mucho tiempo finalmente estuviera comenzando a recomponerse.

—Siempre voy a cumplir mis promesas contigo —murmuró contra el pelo despeinado de Lucas—. Siempre.

Y mientras marcaba el número de su restaurante favorito para pedir comida, Trevor se quedó pensando en cómo iba a convertirse en el hermano mayor que Lucas necesitaba.

Y en cómo iba a explicarle a su padre que la guerra que había comenzado en California acababa de escalar significativamente.

CAPÍTULO 51

Trevor observó a Lucas devorar la comida china que había pedido con una mezcla de diversión y preocupación.

El niño atacaba los *mein* de pollo como si no hubiera comido en días. Lo que le hizo concluir a Trevor que probablemente no estaba muy lejos de la verdad.

—Despacio, campeón —dijo suavemente, empujando un vaso de agua hacia Lucas—. La comida no va a desaparecer.

Lucas levantó la vista, con fideos *chow mein* colgando de su boca, y se ruborizó ligeramente.

—Perdón —murmuró después de tragar—. Es que está tan buena. En el internado la comida sabe como... como a cartón mojado. Y esto... —Gesticuló hacia el festín de cajas de comida para llevar esparcidas por la mesa de conferencias de Trevor—. Esto es como comida de verdad.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste algo decente? —preguntó Trevor, instalándose con su propio plato en la silla que había junto a Lucas.

Lucas reflexionó un rato sobre la pregunta, contando con los dedos.

—¿Comida de verdad? Creo que en Navidad, cuando fui a casa de la tía Margot a pasar dos días, antes de que papá decidiera que tenía que volver al internado temprano porque tenía una «función importante» a la que asistir. Sin embargo, nunca fui a ninguna función ese día.

Trevor sintió que su mandíbula se tensaba.

Margot era la hermana de su madre, una mujer buena y dulce que había tratado de mantener contacto con todos los hijos Hunter después de que sus respectivas madres hubieran salido de escena.

El hecho de que Raymond hubiera cortado incluso esa conexión era cruel, pero muy típico de él.

—¿Y en el internado? ¿No comes allí?

—Como lo suficiente para no desmayarme —respondió Lucas con una franqueza que resultaba desgarradora—. Pero la comida es horrible, y además... —Se detuvo, pinchando un trozo de brócoli con el tenedor.

—¿Además qué?

—Además, algunos de los chicos mayores cogen mi comida a veces. Dicen que soy demasiado pequeño para necesitar tanto. Y si me quejo a los profesores, las cosas empeoran.

Trevor dejó los palillos en el plato, su apetito se esfumó completamente.

—Lucas, ¿te han estado haciendo *bullying*?

El niño se encogió de hombros, un gesto que intentaba ser casual pero que no logró ocultar la vergüenza en sus ojos.

—No mucho. Solo... ya sabes, cosas de niños.

—Cuéntamelo —dijo Trevor. Su voz adoptó el tono que usaba en el tribunal cuando necesitaba que un testigo fuera completamente honesto—. Todo.

Lucas suspiró, dejando los palillos en la mesa, y miró por la ventana hacia el skyline de Chicago.

—Hay un grupo de chicos, son mayores, como de catorce años. Se llaman a sí mismos "Los Duques" porque piensan que son mejor que todos los demás. Su líder es un chico, Bradford Ashworth, y su padre es como súper rico, así que él piensa que puede hacer lo que quiera.

El nombre sonaba familiar a Trevor, probablemente era el hijo de algún cliente o rival.

—¿Qué te hacen?

—Al principio solo eran bromas sin importancia. Esconder mi ropa, robarme el cepillo de dientes, cosas así. Pero luego fue a más. Empezaron a quedarse con mi comida, a empujarme en los pasillos,

a decirme que nadie vendría nunca a visitarme porque ni siquiera mi propia familia me quiere.

Trevor sintió que sus manos se cerraban en puños involuntariamente.

—¿Y los profesores?

—Los profesores no ven nada. O si lo ven, fingen que no lo ven. Los Ashworth donan mucho dinero a la escuela, así que Bradford es como... intocable.

—Lucas...

—No es tu culpa —dijo Lucas rápidamente, malinterpretando la expresión de horror en el rostro de Trevor—. Tú no lo sabías. Nadie lo sabía. Ni siquiera se lo dije a papá cuando me llamó.

—¿Papá te llama?

Lucas soltó una risa amarga que sonaba demasiado cínica para un niño de once años.

—Una vez al mes. Unos diez minutos. Principalmente para preguntarme sobre mis notas y recordarme que represento el nombre de la familia. Cuando trato de contarle sobre... otras cosas, dice que tengo que «aprender a manejar mis propios problemas», y que lo que pasa son «cosas de niños».

Trevor se pasó una mano por la cara, sintiendo el peso de lo que Lucas había estado soportando.

—¿Por qué no me llamaste a mí?

—Lo intenté —confesó Lucas, al tiempo que su voz se volvía muy pequeña—. Una o dos veces. Pero estabas reunido, y tu secretaria... bueno, ella es muy amable, pero dijo que estabas ocupado con casos importantes, y yo no quería ser una molestia.

—Lucas, mírame —dijo Trevor, esperando hasta que los ojos verdes de su hermano se encontraron con los suyos—. Tú nunca, jamás, serás una molestia para mí. Nunca. No importa qué esté pasando en mi trabajo, no importa en qué caso esté trabajando, tú siempre serás más importante.

Las lágrimas se acumularon en los ojos de Lucas.

—¿En serio?

—En serio.

Lucas asintió, limpiándose los ojos con la manga.

—¿Trevor? ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Lo que quieras.

—¿Tú eras feliz cuando estabas en Le Rosey?

Trevor se quedó en silencio unos instantes, recordando sus propios años en el internado suizo, la soledad, la sensación constante de abandono.

—No —admitió—. No fui feliz. Especialmente los primeros años.

—¿Pero te acostumbraste?

—Me adapté —corrigió Trevor—. Aprendí a sobrevivir. Pero eso no significa que fuera lo correcto. Eso no significa que tengas que hacer lo mismo.

Lucas asintió lentamente, digiriendo esa información.

—Diane dijo una vez que todos estáis... dañados por cómo papá os crio.

Trevor se sorprendió.

—¿Cuándo hablaste con Diane sobre eso?

—La última vez que vine a Chicago, en Navidad. Ella me llamó para desearme felices fiestas, y yo... bueno, estaba llorando porque no quería volver al internado. Y ella me dijo que lo entendía, que papá había hecho lo mismo con todos vosotros, y que por eso todos tenéis problemas para... ya sabes, ser felices.

Trevor sintió una punzada de dolor al darse cuenta de que Lucas había estado cargando con el peso de la historia familiar además de sus propios problemas.

—Diane tiene razón —dijo finalmente—. Papá no es bueno siendo padre. Nunca lo ha sido. Pero eso no significa que tengas que sufrir como nosotros sufrimos.

—¿Tú eres feliz ahora? —preguntó Lucas con curiosidad.

La pregunta golpeó a Trevor como un ladrillo. ¿Era feliz? Había construido una carrera exitosa, tenía amigos leales, estabilidad financiera. Pero ¿felicidad?

La imagen de Audrey riendo en el toro mecánico apareció en su mente sin invitación.

—Estoy trabajando en ello —respondió con sinceridad—. Y parte de ese trabajo significa asegurarme de que tú tengas la oportunidad de ser feliz desde el principio.

Lucas sonrió, cogiendo otro bocado de *mein*.

—¿Sabes qué? Nadie me había preguntado cómo me sentía en... no sé, mucho tiempo.

—Bueno, acostúmbrate —dijo Trevor, sintiendo algo cálido expandirse en su pecho—. Porque vas a tener muchas más conversaciones como esta.

—¿Trevor?

—¿Sí?

—¿Crees que papá realmente va a pelear por esto? ¿Va a tratar de enviarme de vuelta?

Trevor miró a su hermano pequeño, tan valiente a pesar de todo lo que había soportado, y sintió su resolución endurecerse como acero.

—Puede intentarlo —dijo—. Pero no va a ganar. Te lo prometo.

Lucas asintió, aparentemente satisfecho con esa respuesta, y volvió a concentrarse en su comida con el entusiasmo de alguien que finalmente se sentía seguro.

—¿Trevor? Una cosa más.

—Dime.

—¿Tienes videojuegos en tu casa?

Trevor se echó a reír, el primer sonido alegre que había hecho en semanas.

—No, pero eso lo podemos arreglar fácilmente. ¿Qué te parece si después de comer vamos a comprar todo lo que necesites para convertir una de las habitaciones de invitados en tu habitación?

Los ojos de Lucas se iluminaron como luces de Navidad.

—¿En serio? ¿Puedo elegir la decoración y todo?

—Todo —respondió Trevor—. Será tu habitación a partir de ahora.

Y mientras observaba a Lucas atacar el resto de su comida con energía, y haciendo ya planes en voz alta sobre cómo quería decorar su nueva habitación, Trevor se dio cuenta de que quizá algo bueno estaba saliendo finalmente de todo el caos emocional que había en su vida.

CAPÍTULO 52

Mientras Trevor observaba a Lucas hablar animadamente sobre videojuegos, una ira fría y calculada se asentó en su pecho como hielo.

No era la rabia caliente e impulsiva que había sentido durante las llamadas telefónicas con su padre.

Era algo más profundo, más implacable.

Era la clase de ira que emergía cuando finalmente veías la verdad completa de una situación, cuando todas las piezas del rompecabezas encajaban para formar una imagen que era peor de lo que habías imaginado.

Su padre no era simplemente negligente o emocionalmente distante. Raymond Hunter era sistemáticamente cruel.

Trevor se dio cuenta de que había estado viviendo en una especie de negación durante años, diciéndose a sí mismo que su padre era simplemente producto de su propia educación disfuncional, que no sabía cómo ser diferente.

Pero escuchar a Lucas describir meses de *bullying* que su padre había ignorado, llamadas telefónicas donde se le decía que «aprendiera a manejar sus propios problemas», cuando lo que necesitaba era que lo rescataran... Era abandono deliberado.

Joder, solo tenía once años.

«¿Diez minutos al mes? —pensó Trevor en silencio, su mandíbula se tensó involuntariamente—. ¿Diez minutos para un niño de once años que está siendo torturado en un internado que cuesta más que el salario anual de la mayoría de los mortales?»

Lo que más lo enfurecía era la hipocresía que envolvía todo.

Raymond Hunter era un hombre que podía pasar horas al teléfono discutiendo los detalles más minuciosos de una adquisición,

que podía recordar el cumpleaños de cada cliente importante, que mandaba flores caras a las esposas de sus socios en los aniversarios que tenía apuntados en su calendario. Pero no podía encontrar tiempo para una conversación real con su hijo de once años.

No podía molestarse en averiguar si ese hijo estaba siendo alimentado adecuadamente.

No podía ser interrumpido de sus «funciones importantes» para rescatar a un niño que literalmente le estaba pidiendo ayuda a gritos.

Trevor pensó en todas las veces que él mismo había llamado a casa desde Le Rosey, con diez, once, doce años, desesperado por escuchar una voz familiar, alguna confirmación de que alguien en el mundo se acordaba de que existía, aparte de su hermana Diane, que estaba en las mismas circunstancias que él.

Recordó las secretarias educadas que le decían que su padre estaba en una reunión, en un viaje, ocupado. Recordó las cartas que escribía y enviaba, llenas de detalles sobre sus clases, sus pocos amigos, sus logros académicos, esperando alguna respuesta personal que nunca llegaba.

Solo cheques. Siempre cheques con notas mecánicas sobre «mantener el honor de la familia» y «aprovechar la oportunidad que le estaba dando».

«Como si el dinero pudiera reemplazar la presencia, la atención, el amor —pensó con amargura—. Como si pagar por la mejor educación del mundo compensara que nunca, ni una sola vez, preguntara si estábamos bien, si éramos felices».

Pero aquello era diferente.

Lo que Raymond estaba haciendo con Lucas era peor, porque tenía el beneficio de la experiencia.

Tenía seis hijos mayores que habían pasado por el mismo sistema, seis ejemplos vivientes de cómo su filosofía de vida y la forma en que criaba a sus hijos producía adultos exitosos, pero emocionalmente dañados.

Diane, que había necesitado años de terapia para poder mantener una relación sana.

Owen, que apenas hablaba con ninguno de sus hermanos y cambiaba de trabajo cada dos años porque no podía comprometerse con nada a largo plazo.

Vivian, que había huido al matrimonio a los dieciocho años solo para escapar de casa, y que había estado en relaciones tóxicas desde entonces.

Lily, que era incapaz de mantener una relación que durara más de unos meses porque había aprendido que las personas que decían amarte terminaban abandonándote.

Malcolm, que se medicaba para la ansiedad y que respondía a cualquier pregunta sobre sus sentimientos con sarcasmo defensivo.

Y él mismo, Trevor, que había construido su vida entera alrededor del control y la distancia emocional, porque había aprendido muy temprano que amar a alguien solo le daba poder para herirte, como había hecho su padre.

Y lo peor era que si no hubiera sido por Asher, hubiera terminado de cualquier manera, quizá tirado en una cuneta o con una paliza en el cuerpo. La rebeldía que vino después del internado lo llevó por un camino oscuro del que salió gracias a Asher.

Raymond había visto todo esto. Había visto los resultados de su experimento en seis hijos, y había decidido deliberadamente repetir el mismo patrón con Lucas.

«No —pensó Trevor, observando a Lucas reírse por algo que estaba viendo en un video de YouTube que había encontrado en el teléfono de Trevor—. No con él. Esto se va a parar aquí».

La decisión se cristalizó en su mente con una claridad que era casi física. No iba a ser simplemente una batalla legal por la custodia. Iba a ser una guerra total.

Trevor tenía recursos ahora, que no había tenido cuando era niño.

Tenía dinero, influencia, contactos legales.

Tenía un historial documentado de éxito y estabilidad.

Tenía amigos que lo apoyarían, hermanos que testificarían sobre su propia experiencia.

Y tenía algo que su padre nunca había tenido: amor hacia el niño en cuestión.

Porque mientras observaba a Lucas (realmente lo observaba, notando cómo sus hombros se habían relajado por primera vez desde que había entrado en el despacho, comiendo como alguien que finalmente se sentía seguro, cómo hablaba con la confianza de alguien que sabía que estaba siendo escuchado), Trevor se dio cuenta de algo que lo sorprendió.

No estaba haciendo aquello solo por obligación familiar o porque se sintiera culpable de su propia infancia. Realmente quería a ese niño. Lo adoraba. Porque percibía en él parte de sí mismo.

Quería verlo feliz, seguro, satisfecho.

Quería estar presente en los momentos importantes, también en los menos importantes, en las conversaciones cotidianas sobre los deberes, los amigos y los videojuegos.

Quería ser ese hermano mayor, esa figura paterna, que él había deseado tener a los once años.

Y eso significaba que Raymond Hunter, el hombre que había coleccionado hijos como trofeos y luego los había almacenado en internados como muebles caros que no usaba, iba a ver lo despiadado que podía ser Trevor cuando algo realmente le importaba.

Porque Trevor había aprendido algo durante sus años como abogado litigante que su padre claramente había olvidado: cuando tienes la ley, la moral, y los recursos de tu lado, puedes ganar cualquier guerra.

Y esta vez, Trevor Hunter no tenía intención de perder.

CAPÍTULO 53

Trevor miró su reloj: las cinco y cuarto de la tarde.

Las nubes en el cielo de Chicago tenían ya ese tono gris plomizo que prometía lluvia antes del anochecer, y las luces de los edificios comenzaban a parpadear como luciérnagas contra el telón de fondo cada vez más oscuro.

La calima crecía por momentos en la ciudad.

Lucas estaba acurrucado en el sofá de cuero del despacho, completamente absorto en los videos de YouTube.

El contraste entre el niño relajado que era en ese momento y el fugitivo asustado que había llegado unas horas atrás, era tan evidente que Trevor casi podía convencerse de que se trataba de dos personas diferentes.

Excepto por la mochila azul marino que seguía tirada junto a la puerta, como certeza de un viaje que nunca debería haber sido necesario.

Trevor se acercó a la ventana, cogió el teléfono del despacho y marcó el número de Diane.

Mientras esperaba a que respondiera, observó el tráfico de la hora punta moviéndose como un río lento de luces rojas y blancas decenas de pisos más abajo.

—¿Trevor? —La voz de Diane sonaba ligeramente sorprendida. No era habitual que él la llamara en horas de trabajo, y menos aún que sonara tan tenso como probablemente sonaba en ese momento —. ¿Está todo bien?

—Diane, necesito que vengas a mi despacho —dijo Trevor, manteniendo su voz baja pero urgente—. Ahora mismo, si puedes.

—¿Qué ha pasado? Suenas como si alguien hubiera muerto.

—Nadie ha muerto —se apresuró a tranquilizarla—. Pero Lucas está aquí.

Hubo una pausa tan larga que Trevor pensó que la llamada se había cortado.

—¿Lucas está en tu despacho? —repitió Diane lentamente—. ¿Nuestro hermano pequeño? ¿El de once años que se supone que está en un internado en Indiana?

—Ese mismo Lucas —afirmó Trevor—. Se ha escapado, Diane. Ha viajado solo desde Indiana hasta Chicago. Está en mi oficina, y no tiene intención de volver al internado.

—Dios mío. ¿Está bien? ¿Está herido? —se preocupó Diane.

Trevor miró hacia el sofá, donde Lucas había encontrado un video muy gracioso de unos gatos, y se estaba riendo por lo bajo.

—Físicamente está bien. No le ha pasado nada. Emocionalmente... bueno, es una historia larga.

—Voy para allá —dijo Diane inmediatamente, sin pensárselo dos veces—. Dame veinte minutos para salir de esta reunión y llegar hasta tu despacho.

—Diane, hay más —advirtió Trevor—. Cuando vengas, necesitamos hablar. En privado. Sobre lo que vamos a hacer con esta situación.

—¿Qué quieres decir con «lo que vamos a hacer»? —preguntó ella, y había algo en su tono que sugería que ya estaba empezando a adivinar hacia dónde se dirigía la conversación.

—Quiero decir que no voy a enviarlo de vuelta al internado —dijo Trevor, con una firmeza que le sorprendió incluso a él mismo—. No voy a dejar que Raymond lo meta en otro internado. Se acabó, Diane. Se acabó para Lucas.

Otra pausa larga.

—Trevor —dijo Diane suavemente—. ¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—Estoy diciendo que voy a pelear por él. Legalmente. Voy a hacer lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo.

—¡Hostias! —murmuró Diane, con la naturalidad y la espontaneidad que la caracterizaba—. Vale. Voy para allá. Y Trevor...

—¿Qué?

—Me alegro de que finalmente alguien vaya a plantarle cara a papá y a su manera de hacer las cosas.

Cuando Diane llegó veinticinco minutos después, irrumpió en el despacho como un pequeño tornado vestido con un traje de chaqueta de color burdeos y tacones que resonaban contra el suelo de mármol con una determinación casi militar.

Su cabello rubio oscuro estaba ligeramente despeinado por el viento que se había levantado por culpa de la tormenta que se estaba formando, sus mejillas se veían sonrosadas por la prisa, y sus ojos verdes —tan parecidos a los de Trevor y Lucas— brillaban con una mezcla de preocupación y algo que podría haber sido orgullo.

Pero en el momento en que vio a Lucas acurrucado en el sofá, toda su energía frenética se transformó en algo más suave.

—Oh, cariño… —murmuró, dejando caer su bolso en una de las sillas y acercándose al sofá.

Lucas levantó la vista del teléfono, y su cara se iluminó de una manera que hizo que el corazón de Trevor se apretara.

—¡Diane! —exclamó, saltando del sofá y corriendo hacia ella—. ¿Trevor te ha dicho que estaba aquí?

—Sí, me lo ha dicho —confirmó Diane, envolviendo a Lucas en un abrazo que parecía diseñado para protegerlo de todo el mal del mundo—. Y me ha dicho que has sido muy valiente llegando hasta aquí por tu cuenta.

—No me sentía valiente —confesó Lucas, su voz amortiguada contra el hombro de Diane—. Me sentía asustado.

—Las personas más valientes son las que hacen lo que tienen que hacer incluso cuando están asustadas —respondió Diane,

apartándose lo suficiente para mirarlo a los ojos—. Eso es exactamente lo que has hecho tú.

Trevor observó el intercambio de palabras entre ellos desde su escritorio, sintiendo una calidez familiar al ver a Diane con Lucas.

A ella siempre se le habían dado bien los niños, probablemente porque nunca había perdido del todo ese núcleo de curiosidad y entusiasmo que los adultos normalmente abandonaban en algún momento de sus veinte años.

—¿Sabes qué? —continuó Diane, sentándose en el sofá y atrayendo a Lucas para que se sentara a su lado—. Cuando Trevor y yo teníamos más o menos tu edad, hicimos exactamente lo mismo. Bueno, no exactamente lo mismo, pero también nos escapamos del internado.

Los ojos de Lucas se agrandaron.

—¿En serio?

—En serio. Trevor tenía doce años, yo tenía diez, y decidimos que habíamos tenido suficiente de Le Rosey y sus reglas estúpidas. Así que una noche cogimos nuestras pocas cosas y empezamos a caminar.

—¿Adónde ibais? —preguntó Lucas, fascinado por la historia que le estaba contando Diane.

—Deseábamos encontrar una manera de llegar a casa de nuestra abuela materna, que vivía en Londres —respondió Diane con una sonrisa—. Por supuesto, no teníamos dinero, no hablábamos francés muy bien, y no teníamos idea de cómo llegar desde Suiza hasta Inglaterra. Pero teníamos determinación.

Trevor se acercó al sofá, recordando aquella noche.

La forma en que Diane había temblado de frío en sus brazos mientras caminaban por las carreteras suizas, cómo él había tratado de ser valiente por los dos, incluso cuando estaba aterrorizado.

—¿Qué pasó? —preguntó Lucas.

—Un granjero muy amable nos encontró durmiendo en su granero a la mañana siguiente —continuó Diane—. Nos dio de desayunar, nos dejó llamar a la escuela, y nos llevó de vuelta. Pero

lo importante es que lo intentamos. A veces tienes que intentar escapar antes de que alguien se dé cuenta de que necesitas ser rescatado.

Lucas asintió solemnemente, como si estuviera digiriendo una verdad profunda.

—¿Y alguien os rescató?

—Sí —dijo Diane, mirando significativamente a Trevor—. Pero nos llevó mucho tiempo. Demasiado tiempo.

Trevor se aclaró la garganta.

—Lucas, ¿te importa si Diane y yo hablamos en privado unos minutos? Puedes quedarte aquí, usar mi portátil, si quieres, explorar lo que sea. Solo... quédate en el despacho, ¿vale?

—¿Vais a hablar de mí? —preguntó Lucas, con una perspicacia que parecía innata en los niños Hunter.

Trevor decidió ser sincero con su hermano pequeño.

—Vamos a hablar sobre cómo asegurarnos de que seas feliz y de que estés bien —respondió—. ¿Vale?

Lucas asintió, conforme.

Se bajó del sofá y se dirigió hacia el escritorio de Trevor, con la curiosidad en el rostro de poder utilizar su portátil.

Trevor y Diane se movieron hacia el rincón del despacho cerca de la ventana, donde la combinación del tráfico exterior y la distancia harían que su conversación fuera inaudible para Lucas.

—Está muy delgado —fue lo primero que dijo Diane, manteniendo la voz baja—. Y esas ojeras... ¿cuánto tiempo ha estado pasando esto?

—Meses, aparentemente —respondió Trevor, sintiendo esa furia familiar elevándose en su pecho—. Ha estado siendo víctima de *bullying*, los profesores lo ignoran, apenas está comiendo. Y Raymond...

Se detuvo, tratando de encontrar palabras que fueran apropiadas.

—Papá, ¿qué? —preguntó Diane, aunque su expresión sugería que ya lo sabía.

—Raymond lo llama diez minutos al mes. Diez minutos, Diane. Y cuando Lucas trata de contarle lo que está sucediendo en el internado, Raymond le dice que «aprenda a solucionar sus propios problemas»

La expresión de Diane se endureció de una manera que Trevor raramente veía. Era la misma mirada que había tenido cuando habían sido niños y alguien había tratado de intimidar a uno de sus hermanos menores.

—Ese cabrón —murmuró, y aunque Diane raramente usaba ese tipo de lenguaje para referirse a su padre, las palabras sonaron completamente apropiadas—. No sé por qué me sorprendo, si hacía lo mismo con nosotros.

—Y lo que es peor… —continuó Trevor—. Raymond está planeando llevarlo a Le Rosey. Quiere enviarlo a Suiza, Diane. Al mismo lugar donde nosotros...

Diane movió la cabeza de un lado a otro.

—No —interrumpió inmediatamente, su voz sonaba áspera—. Absolutamente no. De ninguna manera. Ese lugar casi nos destruye a nosotros.

—Exactamente. Por eso no voy a dejar que suceda.

Diane alzó la mirada y lo estudió con intensidad.

—Trevor, cuando dijiste que ibas a pelear por él legalmente, ¿qué quisiste decir exactamente?

Trevor se pasó una mano por el pelo.

—Quiero decir que voy a luchar por su custodia completa. Quiero convertirme en su tutor legal. Quiero que viva conmigo, que vaya a una escuela normal aquí en Chicago, que tenga una infancia real con personas que realmente se preocupen por él.

Diane parpadeó varias veces seguidas, procesando la magnitud de lo que Trevor estaba proponiendo.

—Trevor, eso es... eso es muy grande —dijo—. Eso significa convertirte básicamente en padre de un niño de once años. ¿Estás seguro de que estás preparado?

—No —admitió Trevor—. No tengo idea de si estoy preparado. No sé nada sobre criar niños, sobre deberes escolares, sobre... cualquiera de las cosas que necesita un niño de once años. Pero sé que estoy más preparado que Raymond, y sé que me preocupo más por Lucas de lo que él se ha preocupado jamás.

Diane asintió lentamente, y Trevor pudo ver el momento exacto en que ella llegó a la misma conclusión que él había alcanzado.

—Es lo correcto —dijo finalmente—. Es lo que tendríamos que haber hecho por todos nosotros hace años.

—No teníamos recursos entonces —señaló Trevor—. Éramos unos niños. Pero ahora...

—Ahora tienes dinero, influencia, un ático del tamaño de un palacio, y una carrera estable —terminó Diane—. Y lo más importante, tienes un corazón que funciona, a diferencia del de nuestro querido padre.

—¿Crees que tengo posibilidades? Legalmente, quiero decir.

Diane soltó una risa que no tenía humor.

—Trevor, eres uno de los mejores abogados de Chicago. Tienes un historial inmaculado, ingresos estables, una reputación impecable. Papá es un hombre que ha tenido siete hijos con cuatro mujeres diferentes y que los ha enviado a todos a internados para no molestarse en criarlos. Tendrás que luchar, pero creo que puedes ganar.

—¿Y tú? —preguntó Trevor—. Si hago esto, si empiezo esta guerra... ¿estarás de mi lado?

La pregunta flotó entre ellos, cargada de años de historia familiar complicada, de lealtades divididas, de la comprensión de que esto significaría tomar una posición definitiva contra el hombre que biológicamente era su padre.

Diane miró hacia Lucas, quien había descubierto la impresora de Trevor y estaba experimentando con hacer copias de su mano, riéndose suavemente para sí mismo mientras exploraba.

—Trevor —dijo, girándose para mirarlo directamente a los ojos—. Cuando tenía once años, llamé a casa llorando porque una de las

chicas mayores en Le Rosey me había cortado el pelo mientras dormía. ¿Sabes lo que me dijo papá?

Trevor negó con la cabeza.

—Me dijo que el pelo crece, que dejara de ser dramática como mamá, y que era una oportunidad para desarrollar carácter. Después colgó el teléfono porque tenía una cena importante.

Diane hizo una pausa. Sus ojos brillaban por las lágrimas acumuladas en ellos.

—Lloré durante tres días. Tres días, Trevor. Y nadie... nadie se preocupó lo suficiente como para preguntarme por qué.

—Diane..., lo siento. —Trevor no sabía qué decir.

—No voy a dejar que eso le pase a Lucas —continuó. Su voz se volvió más firme—. No voy a dejar que papá destruya a otro de nosotros porque es demasiado egoísta y emocionalmente… defectuoso, como para aprender a amar a sus propios hijos.

Se giró completamente hacia Trevor, y había una determinación en su rostro que él reconoció de los momentos en que ella había tomado decisiones que sabía que eran correctas, independientemente del coste personal.

—Por supuesto que estaré de tu lado —respondió—. En todo. Con todo lo que necesites. Dinero, testimonio, apoyo moral, lo que sea. Y no solo yo... puedo hablar con Owen, con Vivian, con Malcolm... Todos hemos vivido esto. Todos podemos testificar sobre lo que significa crecer con Raymond Hunter como padre.

Trevor sintió algo que no había sentido en años: la sensación de no estar completamente solo en una lucha que importaba.

—Gracias —dijo, y las palabras salieron más ásperas de lo que había pretendido.

—No me lo agradezcas ahora —respondió Diane—. Agradécemelo, si quieres, cuando todo esto termine y Lucas esté seguro y feliz, y vaya a un colegio normal donde los niños no puedan torturarlo impunemente.

Desde el escritorio, llegó el sonido de Lucas riéndose de algo que estaba viendo en el portátil de Trevor.

—Mira eso —murmuró Diane, observando a su hermano pequeño —. ¿Cuándo fue la última vez que escuchaste a uno de nosotros reírse así? Como si no tuviera miedo de que alguien lo castigara por ser feliz.

Trevor no pudo recordar la última vez.

—Diane, esto va a ser brutal —advirtió—. Raymond no va a rendirse fácilmente. Va a contratar a los mejores abogados que pueda encontrar, va a usar cada recurso que tenga, cada influencia, va a tratar de destruir mi reputación si eso es lo que necesita para ganar.

—Lo sé —respondió Diane—. Y va a descubrir que nos subestimó completamente, y que no sabe a qué están dispuestos a llegar sus hijos cuando al fin deciden luchar. Además, el mejor abogado del país en temas familiares eres tú. —Diane se permitió sonreír un poco. Una sonrisa que no mostraba los dientes, pero que era sincera —. Eres un «Alfa de Chicago».

Desde el otro lado del despacho, Lucas los llamó:

—¡Trevor! ¡Diane! ¡Venid a ver esto! ¡He encontrado un video de un gato que toca el piano!

Trevor y Diane intercambiaron una mirada, y por primera vez en el día, Trevor sintió algo parecido a esperanza.

Quizá no estaba todo perdido.

—Vamos —dijo Diane—. Tenemos que ver a ese gato musical. Y después podemos empezar a planear cómo vamos a ganar esta guerra.

Mientras se dirigían hacia Lucas, que estaba prácticamente rebotando en la silla del escritorio de Trevor por la emoción de compartir su descubrimiento, Trevor se dio cuenta de algo que lo sorprendió.

Todo su cerebro, todo su corazón, toda su determinación estaban enfocados en una sola cosa en aquel momento: el niño que se reía de un gato tocando el piano y que finalmente, después de once años, iba a tener a alguien que luchara por él.

Y ahí, decidió Trevor, era exactamente donde debían estar sus prioridades.

Al menos por ahora.

CAPÍTULO 54

El despacho de Trevor había adoptado esa atmósfera cálida y acogedora que solo aparece cuando las personas se sienten verdaderamente cómodas entre sí.

Lucas había convertido el escritorio en su cuartel general personal, con papeles esparcidos donde había estado dibujando, el portátil mostrando una sucesión de videos de animales haciendo cosas ridículas, y una lata de Coca-Cola que Diane había conseguido de la máquina expendedora del pasillo.

El sol se había ocultado completamente, dejando que las luces de Chicago brillaran como un millón de estrellas contra la oscuridad.

Desde el piso cuarenta y cinco, la ciudad se veía como un circuito gigante.

Trevor estaba contando a Lucas los detalles del último caso en el que habían trabajado todos los «Alfa de Chicago» juntos (Lucas quería ser abogado como su hermano cuando fuera mayor), mientras Diane estudiaba unos folletos de escuelas que había impreso desde el ordenador.

Era extraño, pensó Trevor, lo normal que se sentía todo. Como si Lucas hubiera sido siempre parte de su vida cotidiana, como si las últimas tres horas hubieran sido una tarde normal entre hermanos en lugar de una crisis familiar que había comenzado con una fuga y que probablemente terminaría en una batalla legal épica.

Fue en ese momento de tranquilidad cuando el teléfono de Trevor comenzó a sonar.

El sonido cortó el aire del despacho como una alarma, y Trevor sintió inmediatamente que su estómago se contraía cuando vio el nombre en la pantalla.

Raymond Hunter.

La llamada que había estado esperando desde el momento en que Lucas había aparecido en su despacho.

Trevor miró instintivamente hacia Diane, que había levantado la vista de los folletos escolares al escuchar el tono del teléfono.

Sus ojos se encontraron a través de la estancia, y en esa fracción de segundo, toda la comunicación silenciosa que habían perfeccionado desde niños se activó.

Diane vio la expresión en el rostro de Trevor, notó la tensión que apareció inmediatamente en sus hombros, y observó cómo sus ojos se dirigieron brevemente hacia Lucas antes de volver a ella.

«Papá», articuló con los labios, sin hacer ningún sonido.

Trevor asintió casi imperceptiblemente.

Diane se las arregló para mantener una expresión neutral.

El teléfono siguió sonando. Lucas, absorto en un video de un panda bebé cayéndose de un árbol, no había notado la tensión que había aparecido súbitamente en el despacho.

Trevor tomó una decisión rápida. Deslizó el dedo para silenciar la llamada y se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón.

—¿Quién era? —preguntó Lucas distraídamente, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Nadie importante —mintió Trevor—. Un cliente que puede esperar hasta mañana.

Sin embargo, su mente ya estaba sacando conclusiones.

Raymond Hunter no era la clase de persona que llamaba una vez y se daba por vencido. Si había llamado, era porque ya sabía que Lucas estaba con Trevor. Lo cual significaba que el internado había notado la ausencia de Lucas y se lo habían comunicado.

Trevor conocía a Raymond lo suficientemente bien como para predecir exactamente lo que iba a suceder.

Primera llamada: intento de resolver el problema por teléfono con órdenes y amenazas. Cuando eso fallara (como acababa de pasar), tendría lugar la escalada: se presentaría en el despacho, y si eso no funcionaba, se presentaría en su casa.

Raymond Hunter no era un hombre acostumbrado a que le dijeran «no», especialmente no por sus propios hijos. Y definitivamente no cuando se trataba de algo que él consideraba su «propiedad», como pasaba con Lucas.

Trevor miró a su hermano pequeño, que seguía riéndose, completamente ajeno al tsunami emocional que se estaba gestando.

No podía permitir que Lucas presenciara lo que iba a venir. No podía dejar que un niño de once años fuera testigo de la clase de confrontación que Raymond Hunter era capaz de montar cuando estaba verdaderamente furioso.

Una idea comenzó a formarse en su mente.

Se acercó a Diane, que había estado observándolo con esa expresión de «sé exactamente lo que estás pensando porque estoy pensando lo mismo».

—Diane —dijo en voz baja—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Ella asintió, dirigiéndose hacia el rincón del despacho donde habían tenido su conversación anterior.

—Era él, ¿verdad? —murmuró Diane, tan pronto como estuvieron fuera del alcance de Lucas.

—Sí. Y si está llamando, es porque ya sabe que Lucas está aquí.

—Lo cual significa que va a venir —completó Diane, porque conocía a su padre tan bien como Trevor.

—Exactamente. Y cuando venga... —Trevor hizo una pausa, pasándose una mano por el pelo—. Va a estar furioso, va a hacer acusaciones, y probablemente empiece con sus habituales amenazas.

—Y no puedes dejar que Lucas vea eso —dijo Diane, llegando a la misma conclusión que Trevor.

—Exactamente.

Diane asintió, su cerebro ya trabajando en soluciones.

—¿Qué has pensado?

—¿Podrías llevarte a Lucas a tu casa un par de días? Estoy seguro de que se presentará en mi casa para buscar a Lucas, y no quiero

que lo encuentre allí.

Diane no vaciló ni un segundo.

—Por supuesto —dijo inmediatamente—. Mi piso tiene una habitación de invitados, y puedo trabajar desde casa mañana. No hay problema.

—¿Estás segura?

—Trevor, para —lo interrumpió Diane—. Es nuestro hermano pequeño. Por supuesto que sí. —Sonrió—. Además, será divertido. Hace mucho tiempo que no estoy con Lucas todo lo que me gustaría.

—Gracias —dijo.

—No tienes que darme las gracias por nada.

Se dirigieron de vuelta hacia Lucas.

—Lucas —dijo Trevor, sentándose en el borde del escritorio—. Necesito hablar contigo.

El tono serio en la voz de Trevor hizo que Lucas levantara la vista inmediatamente.

—¿Qué pasa? ¿He hecho algo malo?

—No, no has hecho nada malo —se apresuró a tranquilizarlo Trevor—. Pero necesito que entiendas una cosa, y voy a ser completamente sincero contigo, ¿vale?

Lucas asintió, dándole a Trevor toda su atención.

—Papá sabe que estás aquí —dijo Trevor—. Probablemente el internado ya le ha avisado de tu desaparición, y él me acaba de llamar.

Los ojos de Lucas se abrieron como platos, y Trevor pudo ver el momento exacto en que el miedo comenzó a filtrarse de vuelta a su expresión.

—¿Va a obligarme a volver? —preguntó con una voz muy pequeña.

—No —dijo Trevor firmemente—. Te prometí que no ibas a volver, y mantengo mis promesas. Pero papá va a venir aquí, seguro que esta noche. Y cuando venga, va a estar... enfadado.

—¿Muy enfadado? —preguntó Lucas.

—Sí, ya le conoces —confirmó Trevor—. Y va a decir cosas que no son verdad, va a gritar, y va a intentar intimidarme para que te entregue.

Lucas procesó la información con la seriedad de alguien mucho mayor de once años.

—¿Y no quieres que yo escuche eso?

—Exactamente. No quiero que lo escuches porque no deberías tener que escucharlo. Ya has tenido que ser demasiado valiente por un día.

Diane se adelantó, sentándose en la silla junto al escritorio.

—Así que hemos pensado que tal vez te gustaría venir a quedarte en mi casa durante unos días —dijo—. Tengo una habitación de invitados con una televisión enorme, y vivo cerca de esa tienda de videojuegos de la que Trevor dice que siempre hablas. Podríamos ir mañana y comprar algunos juegos nuevos.

Los ojos de Lucas se iluminaron ligeramente, pero Trevor pudo ver que aún estaba procesando la situación.

—Lucas... quiero que sepas que esto no es porque no te quiera aquí conmigo. Es porque te quiero tanto que necesito asegurarme de que esto se haga correctamente.

Lucas se bajó de la silla y se acercó a Trevor, dándole un abrazo que fue sorprendentemente fuerte para alguien tan pequeño.

—Lo sé —murmuró contra el pecho de Trevor—. Gracias por pelear por mí.

—Siempre voy a pelear por ti —murmuró.

Cuando se separaron, Lucas se giró hacia Diane con una sonrisa que era más brillante de lo que había sido en toda la tarde.

—¿En serio tienes una televisión enorme?

—Enorme —confirmó Diane—. Y servicio de Netflix, y HBO, y cada plataforma de streaming que existe. Además, hago unas tortitas increíbles para el desayuno.

—¿Mejor que las que hace Trevor?

—No he probado las de Trevor —admitió Diane—, pero dado que probablemente nunca ha hecho tortitas en su vida, voy a decir que

sí, definitivamente mejores.

—¡Oye! —protestó Trevor—. Hago unas tortitas geniales.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste tortitas? —preguntó Diane.

Trevor abrió la boca, luego la cerró.

—*Touché* —dijo, rindiéndose.

Lucas se echó a reír, y el sonido llenó el despacho.

—¿Me llamarás esta noche antes de irme a dormir? —le preguntó a Trevor.

—Por supuesto —prometió él.

Lucas metió las pocas cosas que había llevado en la mochila y se la colgó al hombro. Se acercó a Trevor y se despidió con un beso en la mejilla.

—Adiós, canijo —se despidió él.

—Adiós —dijo Lucas.

Trevor observó a Diane y a Lucas dirigirse hacia la puerta, riéndose de algo que ella había susurrado.

—Trevor —lo llamó Diane desde la puerta—. Cuídate, ¿vale? Y llámame si necesitas cualquier cosa. Cualquier cosa.

—Lo haré —prometió él—. Y Diane... gracias.

—Es lo que hacen las familias de verdad —respondió ella—. Se cuidan mutuamente.

Después de que se fueran, Trevor se quedó en su despacho, rodeado por los restos de una tarde que había cambiado todo.

Su teléfono comenzó a sonar de nuevo.

En aquella ocasión, Trevor respondió.

—Raymond —dijo. Su voz sonaba perfectamente tranquila.

CAPÍTULO 55

La voz de Raymond Hunter llenó el despacho de Trevor como veneno filtrado a través del altavoz del teléfono.

—¿Dónde está Lucas? —No hubo saludo, no hubo preámbulos. Solo la demanda directa pronunciada con el tono que Raymond reservaba para empleados incompetentes y enemigos.

Trevor se recostó en su silla, mirando hacia el imponente skyline de Chicago.

—Está a salvo —respondió Trevor, manteniendo su voz deliberadamente neutral—. Que es más de lo que se puede decir de los últimos meses en el internado que elegiste para él.

—No me vengas con juegos, Trevor. El director de *Ashworth Academy* me llamó hace dos horas. Lucas desapareció de la escuela esta mañana, y los registros de las cámaras de seguridad de la estación muestran que cogió un autobús hacia Chicago. No es difícil deducir dónde fue.

Trevor sintió una ola de orgullo perverso por la determinación de Lucas, mezclada al mismo tiempo con horror, por el hecho de que un niño de once años hubiera tenido que viajar solo durante horas para encontrar seguridad, y alguien que lo escuchara.

—Tienes razón —admitió—. Vino a mí. Porque cuando un niño está siendo torturado en tu internado de lujo, su instinto es buscar al único miembro de la familia que alguna vez ha mostrado interés en su bienestar.

—¿Torturado? —La voz de Raymond se volvió peligrosamente baja—. Trevor, no sé qué historias dramáticas te ha contado ese niño, pero *Ashworth Academy* es una de las mejores instituciones educativas del país. Los niños no son «torturados» allí.

—¿No? —Trevor se levantó de la silla, caminando hacia la ventana —. ¿Cómo llamarías a lo que hacen a un niño de once años que es sistemáticamente intimidado por estudiantes mayores, que le roban la comida un día sí y otro también, que le empujan en los pasillos, y que cuando expone lo que le está pasando a los profesores, le ignoran porque los abusadores vienen de familias que donan dinero al internado?

Hubo una pausa al otro lado de la línea, y Trevor pudo imaginar a su padre procesando aquella información con la misma emoción que mostraría al revisar un informe trimestral de gastos.

—Los niños necesitan aprender a defenderse —dijo finalmente Raymond—. No puedes protegerlos de todas las dificultades de la vida. Eso los hace débiles.

—No, Raymond —respondió Trevor, sintiendo años de frustración acumulada aflorando a su voz—. Eso los traumatiza. Hay una diferencia entre enseñar a que resistan para ser fuertes, a ser resilientes, y el abandono negligente.

—No me des sermones sobre educación, Trevor. He criado exitosamente a seis hijos...

Trevor frunció el ceño con gravedad.

—¿Exitosamente? —La risa que escapó de sus labios fue áspera, sin humor—. ¿Es así como llamas a esto? Porque permíteme informarte sobre tus «éxitos» a la hora de criarnos.

Trevor comenzó a caminar de un lado a otro del despacho. La energía acumulada le exigía que se moviera, no podía estar sentado.

—Diane necesitó años de terapia para poder mantener una relación sana porque aprendió desde pequeña que las personas que se suponía que la amaban la abandonarían cuando se volviera inconveniente. Owen apenas puede mantener un trabajo durante más de dos años porque tiene problemas de compromiso graves. Vivian se casó a los dieciocho para escapar de casa y ha estado en relaciones de mierda después de su divorcio, porque no sabe lo que es el amor sano.

—Trevor...

—No he terminado —continuó Trevor implacablemente—. Lily es incapaz de mantener una relación que dure más de unos meses porque está convencida de que todo el mundo la va a abandonar más tarde o más temprano. Malcolm lleva años medicándose para la ansiedad. Y yo...

Se detuvo, sorprendido por la vehemencia de sus propias palabras.

—Y tú ¿qué? —preguntó Raymond, y había algo afilado en su voz.

—Y yo he pasado la mayor parte de mi vida adulta evitando cualquier conexión emocional real porque aprendí desde muy temprano que amar a alguien solo le da poder para hacerte daño —terminó Trevor—. Así que no, Raymond. No has criado exitosamente a seis hijos. Has producido seis adultos funcionalmente exitosos, pero emocionalmente dañados —concluyó.

El silencio que siguió fue tan denso, tan completo, que Trevor se preguntó si su padre había cortado la llamada.

—¿Has terminado con tu análisis de psicólogo aficionado? —preguntó finalmente Raymond. Su voz era gélida.

—No —respondió Trevor—. También quería mencionarte que Lucas me contó las llamadas telefónicas que tiene contigo. Diez minutos al mes, Raymond. Diez minutos para un niño de once años que está claramente pidiendo ayuda a gritos.

—Lucas recibe la atención apropiada para un niño de su edad. No necesita que lo mimen...

—¡Necesita que alguien se preocupe por él! —explotó Trevor. La templanza que estaba manteniendo cuidadosamente bajo control, finalmente se rompió—. Necesita saber que vale más allá de su potencial para llevar y honrar el buen el nombre de la familia Hunter. Necesita saber que, si está sufriendo, alguien va a intervenir y a protegerlo.

—Y supongo que tú vas a ser ese alguien —dijo Raymond, y había un claro desdén en su voz—. Tú, que trabajas cien horas a la semana, que nunca has tenido una relación sentimental que durara

más de unas semanas, que vive en un ático que parece un hotel... ¿Qué vas a enseñarle sobre lazos emocionales?

Trevor sintió el golpe aterrizar en su estómago, porque había suficiente verdad en esas palabras para que le dolieran.

—Tal vez no sé mucho sobre lazos emocionales —admitió—. Pero sé lo suficiente como para reconocer cuando un niño está sufriendo. Y sé lo suficiente como para entender que con once años es demasiado joven para estar tan perdido y asustado como estaba Lucas cuando llegó a mi despacho.

—Lucas está bien donde está. *Ashworth Academy* le proporcionará los valores y la disciplina que necesita...

—Lucas no necesita más disciplina —interrumpió Trevor—. Necesita amor. Necesita seguridad. Necesita saber que hay al menos una persona en el mundo que se preocupa más por su felicidad que por su conformidad.

—Sentimientos —murmuró Raymond desdeñosamente—. Todo vuelve a los sentimientos contigo, ¿verdad Trevor? Como si el mundo funcionara con buenos sentimientos en lugar de disciplina y responsabilidad.

—El mundo funciona con ambos —replicó Trevor—. Pero tú solo has dominado uno.

—¿Y qué propones exactamente? ¿Que Lucas viva contigo? ¿Que interrumpa tu carrera y tu vida perfectamente ordenada para jugar a ser padre?

Trevor se detuvo junto a la ventana, mirando su propio reflejo superpuesto con el skyline de la ciudad.

—Sí —dijo simplemente—. Exactamente eso.

Otra pausa larga.

—Trevor, sé realista. No sabes nada sobre criar niños. No tienes tiempo, no tienes experiencia, y francamente, no tienes la estabilidad emocional para ser responsable de un niño de once años.

—Tal vez no —afirmó Trevor—. Pero tengo algo que tú nunca has tenido.

—¿Y qué es?

—La voluntad de aprender. La voluntad de poner sus necesidades antes que mi conveniencia. La voluntad de admitir cuando no sé algo y buscar ayuda en lugar de fingir que el problema no existe.

—Esto es ridículo —declaró Raymond—. Lucas volverá a *Ashworth Academy*. Si está teniendo problemas con sus compañeros, hablaré con el director para que le pongan una supervisión adicional.

—No —dijo Trevor, y había una finalidad en su voz que le sorprendió incluso a él mismo—. Lucas no va a volver a ningún internado.

—Trevor, no tienes autoridad legal para tomar esa decisión. Soy su padre y, por tanto, su tutor legal.

—Por ahora —respondió Trevor—. Pero eso puede cambiar.

El silencio que siguió fue diferente.

Más pesado.

Cargado de la idea de que Trevor acababa de cruzar una línea y que no podía dar marcha atrás.

—¿Me estás amenazando? —preguntó Raymond, su voz peligrosamente tranquila.

—Te estoy informando —corrigió Trevor—. Voy a pelear por la custodia de Lucas. Legalmente. Y voy a ganar.

—Eres mi hijo. No vas a luchar contra mí en los tribunales.

—Observa cómo lo hago —replicó Trevor, usando exactamente las mismas palabras que había usado en California—. Y Raymond... esta vez no estoy solo. Diane está conmigo. Y si necesito testimonios sobre tu historial como padre, estoy bastante seguro de que Owen, Vivian, Malcolm y Lily estarán encantados de compartir sus experiencias.

—No te atreverías.

—Ya me atreví —respondió Trevor—. En el momento en que decidí que Lucas merecía algo mejor de lo que cualquiera de nosotros tuvimos.

—Trevor, piensa en lo que estás haciendo. Piensa en lo que esto significará para tu carrera, para tu reputación. ¿Realmente quieres

que se sepa públicamente que estás luchando contra tu propia familia? ¿Contra tu propio padre?

—Ya lo he pensado —respondió Trevor—. Y he decidido que la opinión pública es menos importante que la seguridad de un niño de once años.

—Esto va a destruir cualquier relación que tengas conmigo para siempre —advirtió Raymond.

Trevor consideró su advertencia durante unos segundos, sorprendido de descubrir que la amenaza no tenía el poder que en otros tiempos habría tenido.

—Raymond —dijo finalmente—. No hemos tenido una relación verdadera en años. No puedes destruir algo que nunca ha existido realmente.

—Trevor...

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir —lo interrumpió Trevor —. Mis abogados se pondrán en contacto contigo mañana para comenzar el proceso formal. Y Raymond... no vengas a mi despacho. No vengas a mi casa. Si quieres ver a Lucas, será bajo supervisión legal hasta que esto se resuelva.

—No puedes mantenerme alejado de mi propio hijo —se quejó él.

—Puedo y lo haré —respondió Trevor—. Porque por primera vez en mi vida, tengo algo más importante que mi miedo a ti.

Colgó antes de que Raymond pudiera responder, y se quedó en el silencio de su despacho, procesando lo que acababa de hacer.

Había declarado la guerra a su padre.

Había apostado su carrera, su reputación, y posiblemente su futuro, en una batalla legal que podía durar meses.

Y por alguna razón extraña, se sentía más en paz de lo que se había sentido en semanas.

Su teléfono comenzó a sonar inmediatamente.

Raymond, por supuesto, llamando otra vez.

Trevor miró la pantalla durante un rato, luego silenció el teléfono.

Algunas réplicas podían esperar hasta mañana.

Aquella noche, tenía que llamar a Lucas para asegurarle que todo estaba bien, que todo iba a salir bien.

Y después, tenía que empezar a planear cómo ganar la batalla legal más importante de su vida.

CAPÍTULO 56

Trevor estaba inmóvil en el centro del despacho, rodeado por el silencio que solo existe en las plantas superiores de los rascacielos después del horario laboral.

El zumbido distante del aire acondicionado y el murmullo lejano del tráfico de Chicago creaban una banda sonora que normalmente encontraba reconfortante, pero que aquella noche parecía subrayar la magnitud de lo que acababa de hacer.

Se dirigió hacia su sillón, pero en lugar de sentarse, se quedó de pie detrás de él, con las manos apoyadas en el respaldo de cuero. Era como si necesitara algo sólido que lo anclara mientras procesaba la conversación que acababa de tener.

«Acabo de declararle la guerra a mi padre.»

El pensamiento flotó en su mente con una claridad extraña.

No había histeria, no había pánico, solo la convicción de que había tomado una decisión irreversible, una decisión que llevaba muchísimos años evitando tomar.

Durante toda su vida adulta, Trevor había navegado cuidadosamente alrededor de los límites de la relación con su padre. Había sido desafiante cuando había sido necesario, había mantenido distancia emocional, había construido su carrera de manera que fuera impresionante pero independiente de él. Había perfeccionado el arte de la resistencia pasiva.

Pero aquella noche había abandonado toda pretensión de diplomacia familiar.

Aquella noche había mirado a Raymond Hunter directamente a los ojos (de manera metafórica) y había dicho: «No. Se acabó. Ya no tienes poder sobre mí, y definitivamente no lo tienes sobre Lucas.»

Y lo extraño, lo que realmente lo sorprendía mientras se quedaba ahí en la penumbra de su despacho, era lo *bien* que se sentía.

No bien en el sentido de eufórico o triunfante. Era algo más profundo que eso. Era la sensación de haber finalmente alineado sus acciones con sus valores, de haber dejado de ser cómplice de algo que sabía que estaba mal.

Trevor se acercó a la ventana, presionando la palma de su mano contra el cristal.

Decenas de pisos más abajo, Chicago continuaba su danza nocturna, completamente ajeno al drama personal que se había desarrollado en las alturas.

—¿Cuántos años he estado evitando esta confrontación? —masculló.

La respuesta era: todos. Todos los años de su vida adulta.

Había encontrado mil maneras de justificar el comportamiento de su padre, de justificar su propia inacción.

«No puedo salvar a todo el mundo», pensaba.

Había construido una vida exitosa con parcelas claramente definidas, donde el trabajo era trabajo, la familia era familia, y nunca tenían que mezclarse de maneras que requirieran un sacrificio personal real.

Pero Lucas había cambiado eso.

Ver a su hermano pequeño llegar a su despacho (delgado, asustado, pero tan increíblemente valiente al haber hecho ese viaje solo), había destruido todas las parcelas cuidadosamente construidas de Trevor.

No podía racionalizar el sufrimiento de un niño de once años.

No podía encontrar una justificación lógica para el abandono reiterado que habían sufrido todos los hermanos. Uno tras otro.

No podía pretender que no era su responsabilidad cuando Lucas literalmente había viajado cientos de kilómetros para verlo.

«Y la verdad es —admitió Trevor para sí mismo mientras observaba los edificios de la ciudad—, que he estado esperando una excusa para hacer esto durante años.»

Porque por debajo de toda su lógica, por debajo de su profesionalismo impecable y su control emocional, había estado cargando con una rabia que tenía décadas de antigüedad.

Rabia por las noches de llanto silencioso en Le Rosey cuando tenía doce años.

Rabia por las cartas sin respuesta que había enviado desde el internado, llenas de logros académicos y pequeñas victorias deportivas y personales que pensó que tal vez harían que su padre se sintiera orgulloso de él.

Rabia por las llamadas telefónicas de Navidad que duraban cinco minutos y se centraban únicamente en sus notas, que nunca eran suficientes.

Rabia por haber aprendido a equiparar amor con abandono, por haber crecido creyendo que las personas que decían amarte, inevitablemente te mandarían lejos cuando se volviera un inconveniente cuidarte.

Rabia por haber visto a Diane desarrollar una ansiedad tan severa que le costaba dormir sola.

Y ahora, rabia por ver a Lucas convertirse en la próxima víctima de un padre que valoraba la apariencia sobre el bienestar, el control sobre los lazos sanguíneos.

Trevor se alejó de la ventana y se dirigió a su escritorio. Cogió uno de los dibujos esparcidos por él. Un intento de Lucas de dibujar el skyline de Chicago, y sintió algo cálido expandirse en su pecho.

«No se trata solo de salvar a Lucas —se dio cuenta—. Se trata de salvar la parte de mí que nunca ha sido salvada.»

Porque mientras había estado fingiendo ser el novio de Audrey en la boda de su ex, había experimentado algo que no había tenido en la infancia: la sensación de ser realmente importante para alguien. No por su experiencia legal o su dinero o su estatus, sino porque alguien de verdad se preocupaba por él como persona. Sin contar a Diane, claro.

Y aquella tarde, viendo la expresión de alivio en el rostro de Lucas cuando lo había abrazado, Trevor había sentido ese mismo

calor multiplicado por mil.

«Esto es lo que se siente cuando alguien confía en ti completamente», había pensado.

Trevor se sentó finalmente en su sillón, pero en lugar de abrir su portátil para trabajar, echó la espalda hacia atrás y cerró los ojos.

Por primera vez en días, no estaba pensando en Audrey Carlson.

En lugar de eso, estaba pensando en el futuro.

En enseñarle a Lucas a conducir cuando fuera mayor.

En estar presente en sus obras escolares, en los partidos deportivos y en las conversaciones incómodas sobre chicas.

En asegurarse de que Lucas nunca, jamás, se sintiera como si fuera una carga o una inconveniencia.

En ser la figura paterna que él había deseado tener.

Era una responsabilidad enorme.

Aterradora.

Y abrumadora.

Y Trevor había pasado su carrera entera evitando exactamente este tipo de compromiso emocional e irrevocable.

Pero mientras permanecía ahí sentado en su despacho, rodeado de los vestigios de una tarde que había cambiado todo, no sentía miedo por la magnitud de lo que había emprendido.

Sentía determinación.

Sentía claridad.

Sentía, por primera vez en años, como si finalmente estuviera haciendo algo que importaba más que ganar.

Su teléfono se iluminó con un WhatsApp.

Era Diane.

Diane: Lucas está feliz. Hemos pedido pizza y está eligiendo una película. Dice que quiere hablar contigo antes de irse a dormir. ¿Cómo fue la llamada con papá?

Trevor tecleó una respuesta.

Trevor: Tan mal como esperábamos. Pero ya está hecho. Estamos oficialmente en guerra.

La respuesta de Diane llegó inmediatamente.

Diane: Bueno. Ya era hora. Estoy orgullosa de ti, hermano. Ahora vete a casa y duerme un poco. Mañana empezamos a patear culos legalmente.

Trevor sonrió a pesar de todo. Incluso en medio de una crisis familiar, Diane conseguía hacerlo reír.

Guardó su portátil, organizó los papeles del escritorio, y se dirigió hacia la puerta de su despacho. Pero antes de salir, se giró para dar un último vistazo al espacio donde todo se había transformado.

Mañana, ese despacho volvería a ser un lugar de trabajo. Reuniones con clientes, conferencias telefónicas, la maquinaria normal de su profesión.

Pero aquella tarde, había sido el lugar donde un niño de once años había encontrado un santuario en el que refugiarse.

Había sido el lugar donde Trevor Hunter había finalmente encontrado el coraje para enfrentarse a su padre.

Había sido el lugar donde una familia desestructurada había comenzado, tal vez, a sanar.

Mientras se dirigía hacia los ascensores, Trevor se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué iba a pasar en las próximas semanas o meses. La batalla legal iba a ser brutal. Su padre no se rendiría fácilmente. Habría declaraciones ante el tribunal, investigaciones…

Pero por primera vez en su vida adulta, Trevor Hunter no estaba planificando cada contingencia posible. Estaba simplemente comprometido con hacer lo correcto, sin importar lo que costara.

Y eso, decidió mientras las puertas del ascensor se cerraban, era suficiente.

CAPÍTULO 57

Audrey estaba acurrucada en su sofá verde.

Una taza de té humeaba en la mesa auxiliar mientras observaba la lluvia de la tormenta veraniega que estaba cayendo en Chicago, golpear contra las ventanas de su piso.

Había estado tratando de concentrarse en un catálogo de exposiciones para el trabajo, pero sus pensamientos seguían divagando hacia lugares que había estado evitando desde que había vuelto de California.

Lugares que olían a mar, a salitre, y sonaban a risas compartidas.

Lugares que se sentían como una mano cálida arropando la suya durante las turbulencias del avión.

Lugares que sabían a besos que habían comenzado como una actuación y habían terminado siendo peligrosamente reales.

«Para —se regañó mentalmente, tomando un sorbo de té que se había enfriado sin que se diera cuenta—. Es momento de seguir adelante.»

Había estado diciéndose eso mismo durante días, pero la verdad era que «seguir adelante» estaba resultando considerablemente más difícil de lo que había previsto. No porque echara de menos a Daniel (sorprendentemente, verlo casarse había sido más liberador que doloroso), era porque no podía dejar de pensar en Trevor.

En la forma en que había cuidado de ella cuando estaba borracha.

En el modo en que la había mirado cuando bailaban, como si fuera la única persona en el mundo.

En el modo en que se había convertido en su cómplice.

En la conversación que habían tenido sobre Lucas en la playa, y la ira que había visto en sus ojos cuando hablaba de su padre.

Audrey cerró el catálogo con más fuerza de la necesaria y alcanzó su teléfono, esperando que la distracción de las redes sociales pudiera sacar a Trevor Hunter de su mente al menos durante cinco puñeteros minutos.

En lugar de eso, encontró una cascada de mensajes de WhatsApp de Diane que habían llegado en los últimos veinte minutos.

La primera línea que pudo ver en la pantalla de notificaciones hizo que su corazón diera un vuelco.

«Audrey, ha pasado algo con Lucas...»

Sus dedos volaron para abrir la conversación completa.

Diane: Audrey, ha pasado algo con Lucas. ¿Tienes un ratito libre para hablar?

Diane: Necesito contarte algo.

Diane: Lucas se ha escapado del internado. Está ahora conmigo, pero Trevor...

Diane: Joder, no sé ni por dónde empezar.

Audrey sintió que su estómago se contraía. Las manos le temblaban ligeramente mientras tecleaba una respuesta.

Audrey: ¿Qué ha pasado? ¿Está Lucas bien? ¿Está Trevor bien?

Diane: Lucas está físicamente bien, pero emocionalmente... ha sido horrible, Audrey. Se ha escapado del internado en Indianápolis y ha viajado solo hasta Chicago. SOLO. Un niño de once años.

Audrey: Dios mío.

Diane: Apareció en el despacho de Trevor esta tarde. Delgado, asustado, con una mochila que contenía toda su vida. Ha estado siendo víctima de *bullying* durante meses y los profesores no hacían nada.

Audrey se incorporó en el sofá. El té olvidado en la mesa, su corazón latiendo con fuerza mientras recordaba las conversaciones que había tenido con Trevor en California.

La llamada telefónica que había escuchado sin querer, la ira en su voz cuando hablaba de su padre, la forma en que se había tensado cuando mencionaba a Lucas.

Audrey: ¿Y tu padre? ¿Raymond sabe lo que está pasando?

Diane: Oh, sí, lo sabe. Trevor me ha contado que ha hablado con él por teléfono. Ha sido... brutal, por lo que me ha dicho.

Audrey: ¿Qué quiere decir brutal?

Diane: Trevor le dijo que no iba a devolver a Lucas al internado. Le dijo que iba a pelear por la custodia. Legalmente.

Audrey se quedó mirando la pantalla, mientras las palabras de Diane se procesaban lentamente en su cerebro.

Trevor iba a luchar contra su padre. El mismo hombre que lo había traumatizado durante años, que había enviado a todos sus hijos a internados, que había convertido el abandono emocional en una forma de arte y lo había llamado educación.

Audrey: ¿Trevor va a pelear por la custodia de Lucas?

Diane: Sí. Y ha declarado básicamente la guerra a papá en el proceso.

Audrey: ¿Cómo está? Trevor, quiero decir. ¿Cómo está manejando todo esto?

Hubo una pausa larga antes de que aparecieran los tres puntos indicando que Diane estaba escribiendo.

Diane: Está... diferente. Más decidido de lo que lo he visto jamás. Pero también sé que esto le está costando mucho emocionalmente. Toda su vida ha evitado este tipo de confrontación con mi padre.

Audrey se mordió el labio, imaginando a Trevor enfrentándose solo a todo aquello. El hombre que había sido tan cuidadoso con ella en California, que había sostenido su mano en el avión cuando tenía miedo, que había encargado un zumo especial para su resaca sin que se lo pidiera.

Audrey: Entonces, ¿Lucas está contigo ahora?

Diane: Sí, durante unos días. Trevor no quiere que presencie el enfrentamiento entre ellos. Mi padre probablemente vaya a buscar a Lucas a su casa, y va a haber gritos y amenazas. Trevor quiere proteger a Lucas de todo eso.

Audrey: Es lo mejor y lo más sensato.

Audrey cerró los ojos, recordando la conversación en la playa de California cuando Trevor le había hablado sobre Lucas. La ternura en su voz cuando mencionaba a su hermano pequeño, la preocupación que no podía ocultar, la frustración que le provocaba su padre y que había estado hirviendo bajo la superficie.

Había visto entonces que Trevor quería a Lucas de una manera que iba más allá de la obligación familiar. Había visto la culpa que cargaba por no haber podido proteger a su hermano pequeño antes.

Y ahora finalmente estaba haciendo algo al respecto.

Audrey: Diane, esto va a ser una batalla enorme. Tu padre no va a rendirse fácilmente.

Diane: Lo sé. Trevor también lo sabe. Pero dice que no puede seguir siendo cómplice de lo que mi padre le está haciendo a Lucas.

Audrey: ¿Hay alguna forma de que pueda ayudar a Trevor?

Audrey había tecleado la pregunta antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Sus dedos se detuvieron sobre la pantalla, el cursor parpadeando después de las palabras que había enviado impulsivamente.

¿Hay alguna forma de que pueda ayudar a Trevor?

Como si tuviera algún derecho a involucrarse en su crisis familiar. Como si hubiera alguna razón lógica para que ella, que básicamente era una extraña que había fingido ser su novia durante tres días, ofreciera apoyo en algo tan personal.

Diane: Eres muy amable al preguntar, pero no estoy segura de que haya algo que puedas hacer. En realidad nadie puede hacer nada. Esto es algo que Trevor tiene que manejar legalmente, y nosotros como familia tenemos que apoyarlo.

La respuesta de Diane era amable pero clara: esto era un asunto familiar. Audrey no tenía lugar en él.

Lo cual era completamente lógico y apropiado, y exactamente lo que Audrey había esperado que dijese.

Entonces, ¿por qué lo sentía como un rechazo?

Audrey: Por supuesto. Solo quería... no sé, ofrecer cualquier cosa que pudiera necesitar.

Diane: Lo sé, cariño, y estoy segura de que Trevor lo apreciaría si supiera que te preocupas por él. Eres una tía genial, Audrey.

«Si supiera que te preocupas por él.»

Las palabras se quedaron clavadas en la mente de Audrey como una astilla.

Porque Trevor no lo sabía.

No tenía ni idea de que ella había estado pensando en él desde que habían vuelto de California, recordando cada conversación, analizando cada momento compartido, preguntándose si lo que había habido entre ellos había sido real o simplemente el producto de una fantasía romántica bien orquestada.

Y ahora estaba pasando por la crisis más grande de su vida, enfrentándose a demonios familiares que había estado evitando durante años, tomando decisiones que cambiarían fundamentalmente su futuro, y ella no tenía forma de hacerle saber que se preocupaba por él.

Porque técnicamente, no tenían relación.

Técnicamente, había sido solo una actuación.

Técnicamente, lo que había pasado en California había sido solo ella proyectando emociones en una situación que había sido diseñada para parecer romántica.

Audrey: ¿Entonces Lucas está bien? Debe estar asustado.

Audrey decidió cambiar de tema.

Diane: Sorprendentemente bien. Es un niño muy valiente. Ahora mismo está en mi sofá viendo Pixar y comiendo pizza, actuando como si acabara de llegar de unas vacaciones en lugar de haber escapado de una situación horrible.

Audrey: Los niños son muy resistentes.

Diane: Lo son. Pero también sé que esto va a afectarle a largo plazo. Todo lo que ha sucedido... el *bullying*, sentirse abandonado por mi padre, tener que escapar para encontrar un poco de

seguridad. Trevor está haciendo lo correcto, pero va a ser un camino largo para todos.

Audrey se levantó del sofá y se dirigió hacia la ventana, observando las gotas de lluvia deslizándose por el cristal.

En algún lugar de Chicago, Trevor estaba lidiando con las consecuencias emocionales de haber declarado la guerra a su padre.

Y Lucas estaba en el piso de Diane, tratando de procesar que finalmente alguien estaba dispuesto a luchar por él.

Audrey: Cuando Trevor me habló de Lucas en California, pude ver lo mucho que le importa. Pude ver la culpa que carga por no haber podido hacer más antes.

Diane: ¿Y qué pensaste de la situación?

Audrey vaciló, sus dedos suspendidos sobre el teclado del móvil.

¿Qué había pensado?

Había pensado que Trevor Hunter, el hombre que supuestamente no creía en el amor, que mantenía a todo el mundo a distancia, se transformaba completamente cuando se trataba de su hermano pequeño.

Había pensado que la ira que había en su voz cuando hablaba de su padre era la ira de alguien que había sido herido y que estaba desesperado por proteger a otros del mismo daño.

Había pensado que detrás de toda esa armadura había un hombre que sentía las cosas más profundamente de lo que jamás admitiría.

Audrey: Pensé que eras afortunada de tener un hermano que se preocupa tanto por vosotros. Pude ver lo mucho que quería a Lucas, incluso cuando no estaba seguro de cómo ayudarlo.

Diane: Ya sabes cómo es… Trevor no es bueno expresando amor de las maneras tradicionales. Pero cuando quiere a alguien, lo haría todo por esa persona.

Las palabras de Diane flotaron en la pantalla como una revelación y una tortura al mismo tiempo.

Cuando quiere a alguien, lo haría todo por esa persona.

Audrey había visto eso en California.

Lo había visto en la forma en que Trevor la había cuidado cuando se le había ido la mano con los chupitos de tequila en el bar, en la manera en que la había protegido de Daniel y de la pesada de Megan, en el modo en que había sostenido su mano en el avión sin hacer que se sintiera débil por tener miedo.

Lo había visto en cada pequeño gesto que la había hecho sentir como si fuera preciosa.

Como si fuera única.

Como si fuera especial.

Pero eso había sido parte de una actuación. ¿Verdad?

Audrey: Estoy segura de que va a ser una figura paterna increíble para Lucas.

Diane: Yo también lo pienso. También creo que será increíble. Lucas necesita a alguien que se preocupe por él, y Trevor definitivamente se preocupa.

Audrey se alejó de la ventana y se dirigió hacia la cocina. De pronto necesitaba hacer algo con las manos.

Abrió la nevera sin realmente ver lo que había dentro, cerró la puerta. Abrió un armario, lo cerró de nuevo.

Se sentía inquieta, ansiosa, como si hubiera energía acumulándose bajo su piel sin ningún lugar donde ir.

Quería hacer algo.

Quería ayudar de alguna manera.

Quería que Trevor supiera que había al menos una persona más en el mundo que pensaba que estaba haciendo lo correcto, que admiraba su coraje, que entendía lo difícil que debía ser enfrentarse a años de trauma familiar.

Pero no tenía derecho a tener esos sentimientos.

No tenía derecho a preocuparse por Trevor Hunter más allá de la cortesía básica que se le da a un conocido que está pasando por un momento difícil.

Audrey: Diane, ¿puedes decirle a Trevor que lo apoyo y que creo que lo que está haciendo es lo correcto? Pero sin que piense nada raro, es que creo que esto debe de ser muy difícil para él.

Hubo una pausa larga antes de que Diane respondiera.

Diane: Por supuesto que puedo decírselo. Pero, Audrey... ¿por qué no se lo dices tú misma?

Audrey sintió que su respiración se volvía superficial.

Audrey: No quiero que piense nada extraño.

Diane: Extraño, ¿cómo qué?

Audrey: Ya lo sabes.

Diane: Audrey, deberías…

Audrey: No quiero hablar de esto.

Audrey: Es demasiado complicado y él está pasando por algo muy grande ahora mismo, y yo no tengo derecho a tener sentimientos por él.

Diane: Pero los tienes.

Audrey miró aquella afirmación durante un rato. Unos segundos que parecieron una hora. Sus dedos se cernieron sobre el teclado, palabras formándose y desvaneciéndose en su mente.

Audrey: Sí.
Audrey: Y eso me asusta porque no sé qué hacer con ellos.

Diane: Audrey...

Audrey no dejó que Diane continuara escribiendo.

Audrey: Pero en este momento no importa lo que siento. Lo que importa es que Trevor está luchando por Lucas y que es lo correcto y que necesita a toda su familia apoyándolo.

Diane: Audrey, ¿y si te dijera que creo que tú podrías ser exactamente lo que Trevor necesita ahora mismo?

Audrey: Te diría que estás loca y que probablemente necesitas dormir más.
Diane: jajajaja… probablemente tengas razón sobre lo de dormir más.
Diane: Pero no sobre lo otro.

Audrey cerró los ojos, apoyándose contra la encimera de la cocina. La lluvia había comenzado a golpear más fuerte contra las ventanas, creando un ritmo constante que coincidía con el latido de su corazón.

Audrey: Diane, prométeme que no le dirás nada a Trevor sobre esta conversación. Sobre lo que siento.

Diane: ¿Por qué?

Audrey: Porque tiene suficientes complicaciones ahora mismo sin añadir drama romántico a la mezcla.

Diane: No sería un drama.

Audrey: Prométemelo.

Hubo otra pausa larga.

Diane: Te prometo que no le diré nada sobre tus sentimientos. Pero me reservo el derecho a mencionar que te preocupas por él.

Audrey: Eso está mejor.
Audrey: Y Diane... mantenme informada sobre cómo va todo, ¿vale? Incluso si no puedo ayudar, quiero saber que estáis bien.

Diane: Por supuesto. Y Audrey... para que lo sepas, creo que eres exactamente el tipo de mujer de la que Trevor podría enamorarse, si se permitiera la oportunidad.

Audrey negó con la cabeza.

Audrey: Buenas noches, Diane.

Diane: Buenas noches, cariño. Y gracias por preocuparte por él. Significa más de lo que piensas.

Audrey puso el teléfono boca abajo sobre la encimera y se quedó ahí parada en la cocina, escuchando la lluvia y sintiendo el peso de todo lo que no podía decir, todo lo que no podía hacer.
Trevor estaba luchando por su hermano pequeño y enfrentándose a demonios que había estado evitando toda su vida.

Y ella no podía hacer nada más que preocuparse desde la distancia y esperar que de alguna manera, de alguna forma, él supiera que había al menos una persona en el mundo que creía en él completamente.

CAPÍTULO 58

Trevor había llegado a su penthouse a las diez de la noche, exhausto física y emocionalmente después del día que había tenido.

El ático lo recibió con su silencio habitual.

Las luces automáticas iluminaban gradualmente el espacio minimalista que normalmente encontraba tranquilizador, pero que aquella noche parecía demasiado grande, demasiado vacío.

Se había servido dos dedos de whisky escocés de la botella que reservaba para ocasiones especiales (o crisis personales), y se había instalado en su sofá de cuero italiano, todavía vestido con el traje que había llevado en el despacho, con la corbata aflojada pero todavía en el cuello.

Su portátil estaba abierto sobre la mesa de cristal, mostrando un documento en blanco titulado «Estrategia Legal - Custodia de Lucas Hunter».

Había estado mirando el cursor parpadeante durante diez minutos, tratando de organizar sus pensamientos en algo que fuera un plan legal.

Pero su mente seguía regresando a la conversación telefónica con su padre, a la expresión de alivio en el rostro de Lucas cuando lo había abrazado, a la determinación férrea en los ojos de Diane cuando había prometido apoyarlo.

Tomó un sorbo de whisky, que le raspó ligeramente la garganta de camino hacia abajo.

Por primera vez en años, estaba haciendo lo que sabía que era moralmente correcto, independientemente de las consecuencias personales.

Pero eso no hacía que fuera menos aterrador.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que casi se perdió el sonido del ascensor privado llegando a su piso.

Casi.

Trevor se enderezó, frunciendo el ceño.

El ascensor privado solo tenía dos códigos de acceso: el suyo y el del servicio de limpieza, que no iba hasta los jueves. Y menos a esas horas

El sonido de pasos en el vestíbulo de mármol le hizo levantarse del sofá. Todos sus instintos se activaron de golpe.

Los pasos eran pesados, decididos, familiares de una manera que hizo que su estómago se contrajera.

«No —pensó—. No se atrevería.»

Pero por supuesto que se atrevería.

Raymond Hunter había pasado su vida entera entrando en lugares donde no había sido invitado, tomando lo que quería sin permiso, y operando bajo la suposición de que las reglas normales de cortesía y respeto no se aplicaban a él.

—¡¿Trevor?! —La voz de su padre resonó a través de las paredes con la autoridad de alguien acostumbrado a ser obedecido inmediatamente—. ¿Dónde está Lucas? ¿Lo tienes aquí?

Trevor se dirigió hacia el vestíbulo.

El whisky le había dejado un sabor amargo en la boca mientras procesaba la magnitud de lo que estaba sucediendo. Su padre había ido a su casa.

Sin invitación.

Sin permiso.

Y exigía respuestas como si tuviera derecho a estar allí.

Raymond Hunter estaba en el centro del vestíbulo, todavía vestido con un traje de negocios impecable a pesar de la hora que era.

A los sesenta y cuatro años, seguía siendo una presencia imponente: alto, con el cabello plateado perfectamente peinado, y esa postura militar que había cultivado durante décadas de intimidar a empleados.

Pero lo que más sorprendió a Trevor fue la expresión en el rostro de su padre. No era la ira controlada que había esperado. Era algo más salvaje, más desesperado. Era la expresión de un hombre que había perdido el control de una situación y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperarlo.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó Trevor. Y a pesar de la tensión del momento, su voz sonó peligrosamente tranquila.

—Soy tu padre —respondió Raymond como si eso fuera una explicación suficiente—. ¿Dónde está Lucas?

—Eso no responde mi pregunta. ¿Cómo has conseguido el código del ascensor?

Raymond agitó la mano desdeñosamente.

—Tengo mis recursos —respondió—. Ahora deja de eludirme y dime dónde está mi hijo.

¿Recursos? Pero ¿qué cojones estaba diciendo? ¿Acaso su padre era un mafioso?

—Tu hijo… —repitió Trevor, paladeando la palabra como si fuera venenosa—. Es interesante que te refieras a él como tu hijo cuando acabas de pasar los últimos seis meses ignorando su existencia.

Sin esperar respuesta, Raymond se dirigió hacia el pasillo que llevaba a las habitaciones. Sus pasos resonaban contra el suelo con una determinación implacable.

—¿Qué crees que estás haciendo? —demandó Trevor, siguiéndolo con el ceño fruncido con gravedad.

—Encontrar a Lucas —respondió Raymond, abriendo la primera puerta que encontró—. Esta situación ha durado suficiente. Lucas, ¿estás aquí? ¡Sal! —ordenó.

Trevor observó, con una mezcla de horror e incredulidad, cómo su padre abría cada puerta del pasillo, ordenando a Lucas que saliera.

Primero la habitación de invitados, luego el estudio, luego el armario empotrado, como si Lucas fuera un objeto perdido que podría estar escondido en cualquier rincón del ático.

—No está aquí —dijo Trevor, mientras Raymond seguía abriendo todas las puertas que se encontraba a su paso—. Y aunque estuviera, no tendrías derecho a arrastrarlo fuera de mi casa.

—Tengo todo el derecho del mundo —replicó Raymond, cerrando la puerta de uno de los cuartos de baño con más fuerza de la necesaria—. Soy su tutor legal.

—Por ahora.

Raymond se giró para enfrentar a Trevor, y había algo en sus ojos que Trevor no había visto antes. Algo que podría haber sido miedo, si Raymond Hunter fuera el tipo de hombre capaz de sentir miedo.

—Trevor, esto tiene que parar. Ahora. Lucas volverá a *Ashworth Academy* mañana mismo, y esta... esta fantasía tuya de jugar a ser padre se acabará antes de que hagas más daño.

—¿Más daño? —Trevor se echó a reír, un sonido áspero que no tenía humor—. ¿Yo estoy haciendo daño? Raymond, ese niño llegó a mi despacho pesando siete kilos menos de lo que debería, con ojeras que parecían moretones, y tan desesperado por escapar de tu «institución educativa de primer nivel» que viajó solo durante horas para encontrarme.

—Los niños exageran. Lucas siempre ha sido muy dramático...

—¡No era dramático cuando tenía los ojos rojos de llorar! —explotó Trevor—. ¡No era dramático cuando me abrazó como si fuera su última esperanza en el mundo!

Raymond agitó la mano en el aire. El mismo gesto despectivo que había usado para descartar las preocupaciones de sus hijos durante décadas.

—Sentimentalismos. Exactamente lo que esperaría de ti.

—¿Sentimentalismo? —repitió Trevor, sintiendo una extraña furia elevándose en su pecho—. ¿Preocuparse por el bienestar de un niño de once años es sentimentalismo?

—Es preocuparse excesivamente por los sentimientos y emociones cuando lo que un niño necesita es organización y disciplina —replicó Raymond—. Lucas necesita aprender a ser fuerte,

no a ser mimado y consolado cada vez que la vida se vuelve un poco difícil.

Trevor se quedó mirando a su padre, procesando las palabras que acababa de escuchar.

Durante años, había tratado de entender la lógica detrás de la filosofía de Raymond. Había tratado de encontrar alguna justificación, alguna explicación a su comportamiento.

Y escuchándolo ahora, viendo la completa falta de empatía en sus ojos, Trevor finalmente entendió algo que había estado negando durante décadas.

Su padre no era un inepto emocional. Era una persona cruel. Y lo hacía deliberadamente.

—¿Un poco difícil? —preguntó Trevor, bajando la voz unos cuantos tonos—. ¿Así es cómo llamas a que un niño esté siendo acosado de manera reiterada mientras las figuras de autoridad miran hacia otro lado?

—Estás dramatizando, como siempre —respondió Raymond—. Exactamente como solía hacer tu madre —añadió con desprecio.

El silencio que siguió a esas palabras fue tan espeso, tan profundo, que Trevor pudo escuchar el zumbido del aire acondicionado, el tráfico distante cuarenta pisos más abajo, y el latido de su propio corazón.

«Como tu madre solía hacer.»

La frase flotó en el aire entre ellos como un humo tóxico, cargada de implicaciones que Trevor sintió como golpes físicos.

Raymond había invocado a su madre.

Su madre, que había muerto cuando Trevor tenía trece años.

Su madre, que había pasado los últimos años de su vida luchando batallas legales desesperadas para poder ver a sus hijos.

Su madre, que había muerto de un ataque al corazón a los cuarenta años, después de años de estrés legal y separación forzada de sus hijos.

Su madre, que había sido exactamente el tipo de persona que se habría preocupado por Lucas de la manera que Trevor se estaba

preocupando ahora.

—No… —dijo Trevor, su voz apenas audible—. No te atrevas a mencionar a mi madre.

—¿Por qué no? —preguntó Raymond. Y había una sonrisa fría en sus labios, que Trevor reconoció como la expresión que su padre usaba cuando sabía que había encontrado el punto débil perfecto—. Es la verdad. Eres exactamente como ella. Demasiado emocional, demasiado sentimental, siempre dramatizando situaciones normales y convirtiéndolas en tragedias.

—Cállate —murmuró Trevor.

—Ella también pensaba que sabía mejor que yo cómo criar a nuestros hijos. También pensaba que el amor y los sentimientos eran más importantes que la disciplina y la preparación para el mundo real.

—Cállate —repitió Trevor, escupiendo la palabra entre los dientes.

—Y mira cómo terminó —continuó Raymond, implacablemente—. Murió joven, estresada, sin haber conseguido nada excepto causar problemas para todos los demás.

Algo se rompió dentro de Trevor.

Algo saltó en pedazos.

Algo primitivo, visceral.

Años de ira y de dolor erupcionaron al mismo tiempo.

Trevor se movió antes de darse cuenta conscientemente de que se estaba moviendo.

Un paso hacia adelante, luego otro. Su mano derecha cerrándose en un puño que había estado esperando treinta años para impactar en la mandíbula de su padre.

Raymond vio venir el golpe y dio un paso atrás, pero no lo suficientemente rápido. No habría importado. Trevor era más joven, más grande, y tenía décadas de furia alimentando su fuerza.

Pero en el último segundo, cuando su puño estaba a centímetros del rostro de su padre, Trevor se detuvo.

Se quedó ahí congelado. Su mano suspendida en el aire. Cada músculo de su cuerpo tenso con energía contenida. Su mandíbula

apretada tan fuerte que sus dientes crujían.

Porque en ese momento, Trevor pudo escuchar la voz de su madre en su cabeza. No las palabras específicas, sino el tono. Suave, gentil, lleno del tipo de amor que nunca exigía violencia como respuesta.

«No —se dijo a sí mismo—. No de esta manera. No como él.»

Lentamente, Trevor bajó el puño.

—Sal de mi casa —dijo. El tono era áspero de toda la emoción que tenía contenida.

Raymond, que había retrocedido instintivamente cuando vio venir el golpe, se enderezó con una dignidad herida.

—Trevor...

—¡SAL DE MI CASA! —rugió Trevor sin dejarle continuar, y su voz resonó por todo el ático con una fuerza que hizo que las ventanas vibraran.

—No puedes mantenerme alejado de Lucas para siempre —dijo Raymond en tono amenazador.

—Observa cómo lo hago —respondió Trevor, usando las mismas palabras que había usado por teléfono, pero en aquella ocasión con una frialdad que cortaba como hielo.

—Esto no ha terminado —advirtió Raymond mientras se dirigía hacia la puerta—. Tengo recursos que ni siquiera puedes imaginar. Abogados, investigadores privados, contactos en servicios sociales. Voy a destruir cualquier posibilidad que tengas de obtener la custodia de Lucas.

—Hazlo —respondió Trevor simplemente—. Usa todos tus recursos. Contrata a todos los abogados que quieras. Pero yo tengo algo que tú no tienes.

—¿Y qué es?

—La verdad de mi lado. Y un niño de once años que estará dispuesto a testificar sobre exactamente qué tipo de padre has sido.

Raymond se detuvo en la puerta, girando la cabeza para mirar a Trevor por encima del hombro.

—Vas a arrepentirte de esto, Trevor. Vas a arrepentirte de haber destruido nuestra relación por un niño que ni siquiera es tu responsabilidad.

—No —respondió Trevor, sintiendo una calma extraña descendiendo sobre él—. Lo único de lo que me voy a arrepentir es de haber tardado tanto tiempo en actuar.

Después de que Raymond se fuera, después de que el sonido del ascensor indicara que había salido del edificio, Trevor se quedó de pie en el vestíbulo durante un tiempo que le parecieron horas.

Sus manos todavía temblaban ligeramente por la adrenalina. Su mandíbula todavía dolía de haberla apretado tan fuerte. Su corazón todavía latía con el ritmo frenético de alguien que había estado a un segundo de pegar un puñetazo a su padre.

CAPÍTULO 59

Trevor se dirigió al salón como si fuera un zombi y se quedó inmóvil frente a los ventanales durante un rato indeterminado, mirando las luces de Chicago parpadear a través de los cristales mientras trataba de procesar lo que acababa de suceder.

Su ático, que normalmente era su santuario, parecía un lugar extrañamente hostil. Como si los ecos de la confrontación con su padre hubieran contaminado el aire, convirtiendo cada superficie en un recordatorio de palabras venenosas y puños casi lanzados.

La adrenalina seguía corriendo por sus venas como si fuera electricidad descontrolada, haciendo que sus manos temblaran ligeramente cada vez que alcanzaba su vaso de whisky.

Todavía le dolía la mandíbula de haberla apretado con tanta fuerza, y podía sentir la tensión acumulándose en sus hombros como una carga física, como una losa.

«Como tu madre solía hacer.»

Las palabras de su padre se repetían en su mente como un disco rayado, añadiendo otra capa de dolor e ira.

Su madre había sido la única persona en su infancia que lo había amado incondicionalmente, a quien Raymond había convertido en un arma para herir a Trevor en el momento en que más daño podía hacer.

Trevor se giró abruptamente, y caminó hacia el sofá, luego hacia la cocina, luego de vuelta al salón.

Sus movimientos eran inquietos, sin propósito, como los de un animal enjaulado.

El ático se sentía demasiado pequeño a pesar de que era enorme. Cada habitación parecía recordarle la presencia invasiva de

su padre, la forma en que había abierto puertas sin permiso, y había exigido respuestas como si tuviera derecho a estar allí.

«Necesito salir de aquí —se dio cuenta Trevor—. Necesito moverme o voy a volverme loco.»

Sin pensar realmente en lo que estaba haciendo, se dirigió hacia el armario del vestíbulo y cogió su chaqueta de cuero. Sus llaves estaban en el bolsillo, y antes de poder cuestionar la lógica de conducir en el estado emocional en el que se encontraba, ya estaba en el ascensor dirigiéndose hacia el garaje.

El Aston Martin DB11 lo esperaba en su plaza de aparcamiento asignada. Su pintura gris oscura brillaba bajo las luces fluorescentes del garaje.

Normalmente, ver el coche le daba una sensación de tranquilidad (era una bestia preciosa, poderosa, y estaba perfectamente mantenida), pero aquella noche, simplemente representaba escape, huida.

Trevor se deslizó en el asiento del conductor, y el familiar abrazo del cuero debería haber sido reconfortante. En lugar de eso, se sentía claustrofóbico. Todo se sentía claustrofóbico.

Encendió el motor, y el rugido del V12 resonó por el recinto subterráneo como un animal liberado. Era un sonido que solía calmarlo, pero aquella noche solo añadía caos a su cabeza.

Salió del garaje hacia las calles de Chicago, sin destino en mente, solo la necesidad primitiva de moverse, de poner distancia entre él y los ecos de la confrontación con su padre.

Chicago de noche era una ciudad diferente.

Las calles que durante el día estaban llenas de peatones apresurados y tráfico implacable se transformaban en arterias más tranquilas, iluminadas por las luces de neón de restaurantes y bares que permanecían abiertos para los trabajadores del turno de noche y los insomnes.

Trevor condujo sin rumbo, dejando que el coche lo llevara donde quisiera.

Por Lake Shore Drive, donde el lago Michigan se extendía como una planicie de oscuridad infinita a su derecha. A través de *The Loop*, el distrito financiero de la ciudad, donde los rascacielos se alzaban como centinelas silenciosos contra el cielo nocturno.

Circuló por barrios residenciales donde las casas adosadas victorianas dormían detrás de ventanas iluminadas que sugerían vidas familiares cálidas y normales.

Vidas donde los padres no usaban la memoria de madres muertas como armas emocionales.

Vidas donde los niños de once años no tenían que escapar de internados para encontrar un lugar seguro.

Vidas donde las familias se querían sin condiciones, sin juegos de poder, sin la necesidad constante de protegerse unos de otros.

«¿Por qué no pudimos tener eso?», se preguntó Trevor mientras se detenía en un semáforo en rojo, observando a una pareja joven caminar por la acera, con las manos entrelazadas y riéndose de algo que había dicho uno de ellos.

La pregunta no tenía respuesta, o al menos no una que hiciera que el dolor fuera más pequeño.

Siguió conduciendo.

Kilómetro tras kilómetro, calle tras calle, como si así pudiera superar el trauma que había estado cargando durante años.

El cuentakilómetros fluctuaba entre el respeto a los límites de velocidad de la ciudad y la tentación de acelerar hasta que los problemas se convirtieran en una mancha en el espejo retrovisor.

Pero Chicago no era el lugar idóneo para una conducción terapéutica a alta velocidad. Era una ciudad con semáforos, peatones, coches y una vida urbana.

Así que siguió navegando por las calles a velocidades civilizadas, dejando que el acto repetitivo de conducir (cambiar marchas, girar, acelerar, frenar), ocupara la parte de su cerebro que de otra manera estaría reproduciendo cada palabra del enfrentamiento con su padre.

Fue solo cuando se encontró aparcando en una calle que reconoció al instante, cuando se dio cuenta de dónde había

terminado.

Se quedó sentado en el coche durante varios minutos, mirando el edificio de ladrillos rojos que tenía delante, tratando de entender por qué su cabeza lo habían llevado allí.

No había tomado una decisión consciente de ir a esa dirección. Había estado conduciendo en piloto automático, dejando que el subconsciente navegara por las calles de Chicago mientras su mente consciente lidiaba con el caos emocional.

Pero ahí estaba.

Frente al edificio de Audrey Carlson.

«Esto es ridículo —se dijo a sí mismo—. No puedes simplemente presentarte en casa de alguien a las doce de la noche porque has tenido una pelea con tu padre.»

Pero incluso mientras pensaba eso, estaba saliendo del coche.

«Especialmente no puedes presentarte en casa de alguien con quien no tienes una relación real.»

Pero sus pies ya lo estaban llevando hacia la entrada del edificio.

«Y definitivamente no puedes presentarte en casa de una chica que fue tu novia falsa durante tres días y que probablemente quiere seguir adelante con su vida.»

Pero ya estaba en la puerta, mirando la hilera de timbres hasta encontrar el 4ºB.

Trevor se quedó parado frente al panel. No fue mucho tiempo, pero a él le pareció una eternidad. Su dedo suspendido sobre el botón, su cerebro racional gritándole que esto era una idea terrible por al menos doce razones diferentes.

Pero había algo más fuerte que la lógica funcionando dentro de él.

Algo que había estado construyéndose desde California, que había alcanzado un punto de ebullición durante la crisis con Lucas, y que había finalmente hervido después del enfrentamiento con su padre.

Era la necesidad desesperada de estar con alguien que lo entendiera. Alguien que hubiera visto más allá de la fachada y

hubiera vislumbrado al hombre que había debajo.

Alguien que no fuera familia, con todo el equipaje complicado que eso conllevaba, pero que tampoco fuera una extraña.

Alguien que había visto su vulnerabilidad en California y no había huido de ella.

Alguien que le había preguntado en qué estaba pensando cuando creía que no miraba, y que había parecido verdaderamente interesada en la respuesta.

Trevor presionó el timbre antes de poder convencerse de no hacerlo.

La voz de Audrey llegó a través del intercomunicador unos segundos después, teñida de sueño, pero alerta.

—¿Hola?

—Audrey, soy Trevor —dijo, y su voz sonaba áspera incluso para él—. Sé que es tarde, y sé que esto es extraño, pero... ¿puedo subir?

Hubo una pausa, en la que el corazón de Audrey había dado un vuelco. Un vuelco tan grande que lo sentía latir en la garganta y que casi no le permitía hablar.

—¿Trevor? ¿Estás bien? —preguntó finalmente.

En aquel momento estaba alucinando, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas. La última persona que esperaba que fuera a su casa aquella noche (o cualquier otra) era Trevor. Incluso había necesitado unos segundos para darse cuenta de que no era una alucinación, de que el cerebro no le estaba jugando una mala pasada.

—No —respondió Trevor con sinceridad, contestando a su pregunta—. La verdad es que no.

Otra pausa, y luego el zumbido de la puerta abriéndose.

—Sube —dijo Audrey a través del intercomunicador.

CAPÍTULO 60

Audrey abrió la puerta del piso antes de que Trevor pudiera llamar, como si hubiera estado esperando en el pasillo.

Llevaba un pijama con dibujos de gatos pequeños fluorescentes, compuesto por pantalones cortos y un top ombliguero, y su larga melena pelirroja estaba recogida en un moño despeinado que no se había mantenido en lo alto de la cabeza y caía hacia atrás.

Trató de colocarse algún que otro mechón, pero se dio cuenta de que era imposible arreglar ese desaguisado cuando Trevor ya estaba subiendo las escaleras.

Joder, estaba echa un puto desastre. Sin embargo, sus ojos azules estaban completamente despiertos y llenos de preocupación.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó inmediatamente a Trevor cuando apareció en su puerta. Dio un paso hacia un lado para dejarlo entrar—. Parece como si hubieras visto un fantasma.

Trevor se detuvo en el umbral. De repente consciente de lo intrusivo que resultaba aquello.

Era medianoche.

Seguramente Audrey estaba durmiendo.

Y el último contacto real que habían tenido había sido dos semanas atrás, en la calle, donde se habían separado con la cortesía educada de dos extraños que habían compartido una experiencia inusual.

—Discúlpame —comenzó—. No debería haber venido. Estaba conduciendo por Chicago, y de alguna manera he terminado aquí, y...

—Trevor —lo interrumpió suavemente Audrey—. Entra. Te prepararé un té, o un café…, o algo más fuerte si lo necesitas. — Audrey estaba tan nerviosa que no sabía muy bien qué decía.

El piso era exactamente lo que Trevor había esperado: cálido, acogedor, lleno de colores suaves y toques personales que hablaban de alguien que había convertido su espacio en un verdadero hogar. Tenía cojines mullidos en el sofá, plantas colgando cerca de las ventanas, fotos enmarcadas de amigos y familia, y estanterías llenas de libros que parecían haber sido realmente leídos.

Era lo opuesto a su ático minimalista. Y por alguna razón, eso lo hizo sentirse más tranquilo.

—Siéntate —dijo Audrey, apuntando hacia el sofá—. Te ves como si fueras a… colapsar.

Trevor se dejó caer en el sofá, que resultó ser tan cómodo como parecía, y se pasó las manos por el pelo. Ahora que estaba ahí, no sabía cómo explicar por qué había ido. Era todo muy extraño y, hasta cierto punto, incomprensible.

—¿Qué quieres beber? —preguntó Audrey desde la cocina—. Tengo té, café, vino, cerveza, o algo que creo que es whisky pero que podría ser bourbon. No soy experta en bebidas alcohólicas.

—Cualquier cosa está bien —respondió Trevor—. Solo... gracias… por dejarme entrar. Sé que esto es raro.

Audrey apareció en la entrada de la cocina, sosteniendo una botella de vino tinto.

—¿Raro? —repitió—. Trevor, hace dos horas he estado hablando con Diane sobre ti. Me ha contado lo de Lucas y el enfrentamiento con tu padre. Y ahora apareces en mi puerta. No es raro. Quizás es... sincronía del universo, o algo así.

—¿Has hablado con Diane sobre mí? —preguntó Trevor, sorprendido.

—Me ha contado que Lucas se había escapado, que estaba contigo, y que ibas a pelear por la custodia —explicó Audrey, sirviendo dos copas de vino—. Estaba preocupada por cómo estarías manejando todo esto.

Se acercó al sofá y le entregó una copa a Trevor, sentándose en el otro extremo con las piernas dobladas debajo de los muslos.

—Así que dime —dijo suavemente—, ¿qué ha pasado?

Trevor tomó un sorbo de vino (que era considerablemente mejor de lo que había esperado) y trató de organizar sus pensamientos para formar algo coherente.

—Mi padre ha venido a mi ático esta noche —comenzó—. Sin invitación. No sé cómo, pero consiguió el código del ascensor. Entró como si fuera su casa, y empezó a abrir puertas como un loco buscando a Lucas.

Los ojos de Audrey se abrieron como platos.

—¿Entró sin permiso?

—Sí. Y cuando le dije que Lucas no estaba allí, cuando traté de explicarle por qué lo que está haciendo está mal, él... —Trevor se detuvo, tomando otro sorbo de vino—. Me dijo que estaba siendo tan dramático y sentimental como mi madre solía ser.

—Oh, Trevor… —murmuró Audrey, y había tanto dolor impregnado en el tono de su voz que Trevor casi perdió la compostura—. ¿Cómo ha podido decir algo así? Joder, es terrible.

—Mi madre murió cuando yo tenía trece años —continuó Trevor. Las palabras salían más fácilmente de lo que había esperado—. Murió después de años de estrés legal tratando de obtener derechos de visita para ver a sus hijos. Mi padre básicamente la mantuvo alejada de nosotros hasta que el estrés la mató de un infarto.

—Y ahora está usando su memoria para herirte —concluyó Audrey, entendiendo el asunto de inmediato.

Lo de Raymond Hunter no tenía nombre. No había ninguna manera de calificarlo.

—Exactamente. Y por un momento... por un momento he estado muy cerca de darle un puñetazo. Más cerca de lo que he estado jamás de pegarle a alguien.

—Pero no lo hiciste.

—No. Pero quería hacerlo. Dios, quería hacerlo. Tenía tantas ganas —siseó Trevor, apretando los dientes.

Se recostó en el sofá. De repente se sentía exhausto.

Era como si contar la discusión que había tenido con su padre hubiera liberado parte de la tensión que había estado cargando,

dejándolo más cansado de lo que había estado en semanas.

—¿Sabes qué es lo que más me molesta? —lanzó—. No es que haya dicho esas cosas sobre mi madre. Es que tiene razón en cierta manera.

—¿A qué te refieres?

—Soy como ella. Soy emocional, me preocupo por los sentimientos de las personas, y pienso que el amor importa más que el control. Todas las cosas que él considera debilidades.

Audrey se quedó petrificada con aquella confesión, porque confirmaba lo que ella había pensado siempre. Que Trevor era un tío con un muy buen fondo, pero que mantenía sus emociones y sus sentimientos bajo llave, escondidos, sin dejarlos aflorar. Tal vez para no parecer vulnerable, o porque su padre lo veía como debilidad.

Se inclinó hacia adelante, apoyando su copa en la mesa auxiliar.

—Trevor, mírame —dijo. Esperó unos segundos hasta que sus ojos se encontraron—. ¿Realmente crees que preocuparse por un niño de once años al que están haciendo *bullying* en el colegio es una debilidad?

—No —respondió él rápidamente—. Por supuesto que no.

—¿Crees que querer que Lucas se sienta querido y seguro es algo dramático?

—No.

—¿Crees que tu madre estaba equivocada al luchar por ver a sus hijos?

—No —dijo Trevor, su voz más firme—. Ella tenía razón. Tenía todo el derecho del mundo a luchar por nosotros.

—Entonces tu padre está equivocado —dijo Audrey simplemente —. Sobre ti, sobre tu madre, sobre lo que importa en la vida. Las cosas que él llama debilidades son en realidad tus mayores fortalezas.

Trevor la miró, procesando las palabras. Era extraño escuchar su propia situación resumida tan claramente por alguien que lo conocía tan poco y, sin embargo, parecía entenderlo tan bien.

—¿Cómo lo haces? —preguntó.

Audrey levantó las cejas.

—¿Hacer qué?

—Ver las cosas con tanta claridad. En California, cuando te conté lo de mi familia, dijiste exactamente lo que necesitaba escuchar. Y ahora, otra vez. Es como si pudieras ver a través de toda la confusión e ir directa al punto clave.

Audrey sonrió. Una sonrisa pequeña y tímida, pero real.

—Tal vez es porque no estoy dentro de la situación. A veces es más fácil ver las cosas desde la distancia, cuando no estás cargando con años de equipaje emocional.

—O tal vez —dijo Trevor, mirándola directamente— es porque eres más sabia de lo crees.

Se quedaron en silencio un momento, con el peso de todo lo no dicho flotando entre ellos.

Trevor era consciente de que estaba en territorio peligroso, que había ido allí en un estado emocional vulnerable y que Audrey estaba siendo increíblemente amable al escucharlo sin hacer preguntas incómodas ni juzgarlo sobre por qué había acudido a ella específicamente.

—Trevor… —dijo Audrey—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Tienes miedo? De toda esta situación con Lucas, quiero decir.

Trevor consideró la pregunta, sorprendido por su sinceridad.

—Estoy aterrorizado —admitió—. No sé nada sobre criar niños. No sé si puedo ser lo que Lucas necesita. No sé si puedo ganar contra mi padre legalmente, aunque lo voy a intentar con todas las armas posibles. Y no sé qué va a pasar con mi carrera, mi reputación, mi vida si todo esto se complica y se vuelve público.

—Pero lo estás haciendo de todas formas —comentó Audrey.

—Sí.

—¿Por qué?

Trevor tomó otro sorbo de vino, tratando de encontrar las palabras para algo que sentía muy hondo pero que nunca había puesto voz.

—Porque cuando Lucas me abrazó hoy en mi despacho, cuando me miró como si fuera su héroe... me di cuenta de que nunca había sentido algo así antes. Nunca había tenido a alguien que me necesitara de esa manera, que confiara en mí tan completamente.

Hizo una pausa, organizando sus pensamientos.

—Y me di cuenta de que quiero ser la persona que él piensa que soy. Quiero ser alguien que vale la pena admirar, alguien que protege a las personas que ama en lugar de simplemente evitar el conflicto —dijo—. Además, me aterra pensar que pueda acabar como casi acabé yo —añadió.

Audrey frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Trevor guardó silencio unos segundos y aprovechó para tomar una bocanada de aire.

—Si no hubiera sido por Asher, uno de mis socios y amigos del bufete, yo estaría ahora mismo en la cárcel —aseveró.

Audrey no tenía ni idea de cómo reaccionar a esa respuesta. ¿Cárcel? ¿Trevor había dicho cárcel?

CAPÍTULO 61

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Audrey.

—Cuando empecé la universidad entré en una fase de rebeldía extrema. Supongo que por toda la mierda de traumas que acumulé durante los años de internado. —Trevor se pasó la mano por el cuello, acariciándolo—. El caso es que me junté con compañías que no eran nada buenas y me metí en una espiral de drogas y delincuencia.

A Audrey casi se le cayó la mandíbula al suelo.

No tenía ni idea de esa parte de la vida de Trevor. Tampoco es que ella fuera una experta en su vida. Antes de hacerse pasar por su novio en la boda de su ex, sabía muy poco de él y solo se habían visto unas cuantas veces en casa de Diane.

—Diane nunca me ha contado que… —dijo Audrey.

—Diane ni siquiera lo sabe —la cortó Trevor con suavidad—. Es un episodio de mi vida del que no me siento especialmente orgulloso.

—¿Y cómo saliste de ahí?

Trevor recordaba perfectamente la escena y la conversación, como si hubiera tenido lugar el día anterior.

—Fue gracias a Asher —comenzó—. Él se encontraba por aquel entonces dando unas charlas en la Universidad de Derecho…

***

Asher se encontró por casualidad a Trevor en el aparcamiento trasero de la Universidad.

El olor a marihuana flotaba alrededor de él como una nube tóxica.

Trevor, con sus dieciocho años recién cumplidos y una rebeldía que le quemaba las venas, estaba apoyado contra el capó de un Mustang destartalado cuyo color estaba comido por el sol, rodeado de tipos con miradas esquivas y sonrisas que no prometían nada bueno.

Asher, con sus veintitantos años y el traje todavía puesto después de una jornada de conferencias en la Facultad, se acercó, porque había reconocido a Trevor como uno de los alumnos de sus charlas.

No levantó la voz.

No hizo ningún escándalo.

No lo regañó.

Simplemente cruzó los brazos y dijo las seis palabras que Trevor no esperaba.

—¿Qué pensarían tus padres si te vieran así?

Trevor, con los ojos vidriosos, soltó una carcajada amarga.

—Mi madre está muerta y no me importa una mierda lo que piense mi padre.

Entonces Asher pareció entender perfectamente lo que pasaba, y el bucle de autodestrucción en el que Trevor estaba metido.

Se acercó, ignorando las miradas de los otros chicos, y se colocó frente a Trevor.

—Ahí está el problema. Crees que esto es un puñetazo en la mesa, pero solo es un billete de ida a un sitio del que no sales. ¿Sabes cómo acaban los que se meten en este submundo? —Le señaló con la barbilla al tipo que olía a vino barato—. O en la cárcel, o en el hoyo. Y tú vales más que eso.

Trevor dio una calada de su cigarro de marihuana y esbozó en sus labios una sonrisa despectiva.

—No me conoces lo suficiente como para hacer una afirmación así —contestó—. No sabes si yo valgo más o no que… —Miró a su alrededor—… toda esta mierda.

—Te he observado escuchar en las conferencias que estoy dando en la Universidad. Te apasiona el Derecho y eres muy bueno en tus aportaciones. Creo que podrías llegar a ser un buen abogado si te lo propusieras.

Trevor dejó escapar una sonrisilla agridulce.

¿Cuántas veces había deseado que su padre le dijera algo así?

Trevor se movió inquieto en el sitio y apartó la mirada, como si el asfalto agrietado pudiera tragarse la incomodidad que le habían provocado las palabras de Asher.

El humo se disipaba entre ellos, y por un instante, el aparcamiento quedó en silencio, solo interrumpido por el zumbido lejano de una sirena.

—¿Y qué? —replicó Trevor, con voz baja, casi ronca—. ¿De qué sirve ser bueno en algo si al final todo se va a la mierda igual? Mi padre ni siquiera sabe en qué curso estoy. No le importa.

Asher no retrocedió ni un milímetro.

Agachó un poco la cabeza para buscar los ojos de Trevor, afrontando su mirada desafiante con una calma inquebrantable.

—No necesitas que él lo vea para que sea verdad —dijo suavemente—. No tienes que demostrarle nada a nadie más que a ti mismo. Créeme, lo sé por experiencia.

Uno de los chicos del grupo soltó una risilla burlona y murmuró algo sobre «el profe salvador», pero Asher ni parpadeó. Siguió mirando a Trevor como si fueran los únicos dos en el aparcamiento.

—¿Y tú qué ganas con esto? —preguntó Trevor, apretando los labios alrededor del cigarro antes de tirarlo al suelo y aplastarlo con la suela gastada de sus zapatillas—. ¿Un punto extra en tu hoja de vida? ¿O es que te aburres tanto dando conferencias que tienes que venir a salvar almas perdidas?

Asher sonrió, pero era un gesto cansado, aunque sincero.

—Gano saber que no me quedé mirando mientras alguien con talento se autodestruía delante de mis narices —respondió, contundente—. Y créeme, prefiero mil veces estar aquí ahora

mismo, que en cualquier sala universitaria hablando de jurisprudencia con gente que finge escucharme.

Trevor bajó la cabeza y se pasó una mano por el pelo revuelto. Por primera vez aquella noche, la rabia parecía haberse diluido un poco, dejando espacio para algo más vulnerable.

—No sé si puedo cambiar —admitió en voz baja, tan baja que solo Asher pudo oírlo—. Llevo mucho tiempo así.

Asher puso una mano firme sobre su hombro.

Siempre había tendido esa actitud protectora con todo el mundo, quizá por haber tenido que cuidar de sus dos hermanos pequeños desde que era un niño.

—Nadie lo sabe al principio —dijo—. Pero puedes intentarlo. —Se abrió la chaqueta y del bolsillo interior sacó una tarjeta de visita—. Este es mi bufete. —Le tendió la tarjeta a Trevor, que la cogió con mano vacilante—. Es tu primer año, estás empezando en el mundo del Derecho, pero para mí será un placer ser tu mentor hasta que acabes la carrera o contratarte como becario para que te vayas abriendo paso en este mundo. Si quieres, yo estaré cerca.

Trevor asintió despacio, tragándose las palabras amargas y sintiendo por primera vez en mucho tiempo una chispa diminuta de esperanza encenderse bajo todo aquel caos en el que se había convertido su vida.

Mientras Asher se alejaba hacia su coche bajo el resplandor de las farolas, Trevor se quedó mirando el cigarro aplastado a sus pies, y pensó que tal vez aún no estaba todo perdido.

Y aquel fue el comienzo de una nueva vida para él.

***

—A veces salvar a alguien no requiere hacer algo épico, sino simplemente recordarte todo lo que vales —dijo Audrey con voz suave.

—Tienes razón. Asher no necesitó una capa para salvarme. Aquel día se comportó como un padre conmigo y desde entonces se convirtió en mi mentor. No dejó que me descarriara. Es un tío genial.

Trevor alzó los ojos hacia Audrey, sintiendo algo cálido expandirse en su pecho. Era la misma sensación que había tenido en California cuando ella lo había escuchado sin hacer preguntas, sin pedir explicaciones; cuando había visto cómo era a pesar de sus muros de defensa, sin hacerlo sentirse expuesto o vulnerable.

—Como tú —dijo. Guardó silencio unos segundos antes de decir —: Gracias. Por escuchar. Por entender. Por no juzgar. Por no hacer que me sienta como un loco por aparecer en tu casa a medianoche.

—Gracias por confiar en mí lo suficiente como para venir — respondió Audrey, con media sonrisa en los labios—. Y para que conste, no creo que estés loco. Creo que estás siendo exactamente la persona que Lucas necesita que seas.

CAPÍTULO 62

El silencio que siguió a las palabras de Audrey se extendió entre ellos como seda, cargado de algo que ninguno de los dos se atrevía a nombrar, y que creaba una cadencia hipnótica que parecía aislarlos del resto del mundo.

Trevor terminó su copa de vino y la dejó en la mesa auxiliar, pero en lugar de recostarse de nuevo en el sofá, se quedó inclinado hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas.

Audrey pudo ver la tensión que todavía tenía en los hombros, la forma en que sus manos se abrían y cerraban inconscientemente, como si estuviera luchando por controlar una energía que no tenía salida.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó—. Por haberlo hablado, quiero decir.

Trevor levantó la vista para mirarla, y Audrey sintió su respiración detenerse ligeramente.

Había algo diferente en sus ojos en ese momento. La furia contenida que había estado allí cuando llegó se había desvanecido, reemplazada por algo más suave pero igual de intenso.

—Sí —respondió—. Mucho mejor.

Audrey se giró en el sofá para poder mirarlo completamente, doblando una pierna debajo de ella.

El movimiento la acercó unos centímetros a él, y pudo oler su colonia mezclada con algo que era únicamente de Trevor: una combinación del cuero de su chaqueta y algo limpio y masculino que

había notado por primera vez en California y que a veces parecía perseguirla.

—Trevor —dijo. Su voz salió más suave de lo que había pretendido—. ¿Puedo decirte algo?

—Por supuesto.

—En California, cuando me contaste cómo estaban las cosas con tu padre y tu hermano, cuando vi cómo te preocupabas por Lucas... me di cuenta de que te había juzgado mal.

—¿Qué quieres decir?

Audrey sintió que sus mejillas se calentaban ligeramente, pero continuó.

—Antes de conocerte, tenía la imagen de ti basada en tu reputación. El abogado implacable, prepotente. El hombre que nunca perdía, que mantenía todo bajo control. Pensé que serías... frío, tal vez. Calculador.

—¿Y no era así?

—No —respondió Audrey, sosteniéndole la mirada—. Eras lo opuesto. Eras considerado y protector, y muy amable cuando pensabas que nadie estaba mirando. Y cuando hablabas de Lucas o de tu familia, podía ver lo mucho que realmente sentías las cosas.

Trevor la estaba mirando con una intensidad que hizo que el corazón de Audrey se acelerara.

—Audrey...

—Y esta noche —continuó ella, necesitando decir esto antes de perder el valor—. Cuando has aparecido en mi puerta, cuando me has contado lo que ha pasado... no viniste aquí porque no tenías a nadie más. Viniste porque sabías que yo te entendería. Y tenías razón.

La expresión de Trevor se suavizó de una manera que provocó que algo en el pecho de Audrey se apretara.

—¿Cómo haces para ver cosas que ni siquiera yo sabía que estaba sintiendo? —preguntó él.

—Tal vez… —dijo Audrey. Su voz era apenas un susurro—… es porque presto atención. Porque me importas.

El aire se volvió espeso.

Trevor se inclinó hacia adelante, acortando la distancia entre ellos, tanto que Audrey pudo contar las motas doradas que poseían sus ojos verdes.

—Audrey… —murmuró, y había algo en su voz que hizo que todo en su cuerpo se despertara—. Desde California…

—Trevor...

Trevor cerró totalmente el hueco que había entre ellos.

Sus labios se encontraron con los de Audrey con una suavidad que contrastaba completamente con la intensidad en sus ojos.

El beso comenzó tentativo, exploratorio, como si ambos estuvieran haciendo una pregunta y respondiendo al mismo tiempo.

Audrey sintió que todo su mundo se reducía a ese momento.

La presión suave de los labios de Trevor contra los suyos, el sabor del vino tinto en la lengua y algo que era únicamente de él, y el calor que se extendía desde el punto donde se tocaban hasta cada terminación nerviosa de su cuerpo.

Cuando se separaron, fue solo durante un segundo, el tiempo suficiente para que Trevor susurrara su nombre como una oración antes de que ella lo atrajera de nuevo hacia sí.

Ese segundo beso fue diferente.

Más seguro, más hambriento. Las manos de Trevor se deslizaron hasta su pelo, sus dedos se enredaron en los mechones pelirrojos que se le habían soltado, mientras profundizaba el beso.

Audrey se acercó más a él. Sus manos encontraron el cuello de su camisa y tiró de ella hasta que la distancia entre sus cuerpos desapareció completamente.

Era como si todo el deseo contenido de los últimos días hubiera encontrado finalmente una salida.

Cada momento en California que había estado cargado de tensión, cada mirada que había durado un segundo más, cada toque aparentemente casual que había enviado electricidad por sus venas.

Todo había llevado a lo que estaban viviendo en aquel momento.

Trevor se separó de ella lo suficiente para mirarla a los ojos, su respiración ligeramente entrecortada.

—¿Estás segura? —preguntó, y había tanto cuidado en su voz, tanta consideración, que Audrey sintió que su corazón se expandía hasta tocar las costillas—. Porque si hacemos esto, si cruzamos esta línea...

—¿Qué? —susurró ella—. ¿Qué pasa si la cruzamos?

—Que no habrá vuelta atrás. Al menos para mí. No podré fingir que no significa nada.

Audrey le rozó la mejilla con la mano, sintiendo la ligera aspereza de barba incipiente bajo sus dedos.

—No quiero que finjas que no significa nada —dijo—. Quiero que signifique todo.

La sonrisa que se extendió por el rostro de Trevor fue como ver el amanecer después de una noche larga y difícil.

—Ven aquí —murmuró, atrayéndola hacia sí para darle otro beso que fue más profundo, más prometedor que los anteriores.

Las manos de Audrey se alzaron hasta los botones de su camisa, y trabajaban para desabrocharlos mientras Trevor trazaba una línea de besos por su mandíbula hasta el punto sensible justo debajo de su oreja.

El sonido que escapó de sus labios cuando él encontró ese lugar exacto hizo que Trevor se detuviera. Levantó la cabeza para mirarla. Sus ojos verdes se habían oscurecido con algo más profundo y más primitivo.

—Audrey —dijo, con voz áspera—. Si vamos a hacer esto, no quiero que sea en el sofá como adolescentes.

Ella se echó a reír, una risa suave y contagiosa.

—Mi habitación está al final del pasillo —susurró contra sus labios.

Se levantaron del sofá juntos, pero en lugar de dirigirse inmediatamente a la habitación, Trevor la atrajo hacia sí una vez más. Sus manos enmarcaron su rostro mientras la besaba con una

intensidad que hizo que Audrey sintiera las rodillas débiles, como si fueran de plastilina.

—Has estado en mis pensamientos cada día desde que volvimos de California —murmuró Trevor contra sus labios—. Cada. Maldito. Día.

—Tú también has estado en los míos —confesó Audrey, sus manos explorando los músculos de la espalda a través de la camisa —. Pensé que me estaba volviendo loca.

—No te estás volviendo loca —dijo Trevor, levantándola del suelo con un movimiento ágil que la hizo reír y envolverse alrededor de él —. O si te estás volviendo loca, entonces nos estamos volviendo lacos los dos.

Caminaron por el pasillo, deteniéndose cada pocos pasos para besarse, para tocarse, para susurrar palabras que habían estado guardando durante días.

Cuando finalmente llegaron a la puerta de la habitación de Audrey, ambos estaban respirando con dificultad y sus manos habían encontrado una docena de maneras nuevas de explorarse mutuamente.

La habitación de Audrey era tan acogedora como el resto del piso, con las paredes de color crema suave, una cama cubierta de almohadas mullidas y mantas de cachemira. Una guirnalda de luces colgaba del techo como estrellas en miniatura. Era romántico sin ser empalagoso, elegante sin ser frío.

Era perfectamente ella.

Trevor la bajó lentamente, dejando que su cuerpo se deslizara contra el suyo hasta que sus pies tocaron el suelo. Pero la mantuvo cerca, sus manos en su cintura, sus frentes tocándose.

—¿Estás segura? —preguntó una vez más.

En lugar de responder con palabras, Audrey terminó de desabrochar su camisa, deslizando la tela por sus hombros hasta que cayó al suelo. Sus manos exploraron el paisaje de su pecho, sintiendo la forma en que sus músculos se contraían bajo su toque.

Era tan *sexy*.

—Dios, Audrey —murmuró Trevor, su voz áspera de deseo—. ¿Tienes idea de lo que me haces?

—Enséñamelo —susurró ella contra su boca—. Enséñame exactamente lo que te hago.

Y ahí, en la habitación bañada por el resplandor suave de la guirnalda de luces, con el silencio creando una sinfonía privada, Trevor procedió a mostrarle exactamente eso.

Sus manos cogieron el dobladillo de su top de pijama, deslizándolo hacia arriba lentamente, dándole tiempo para cambiar de opinión, para detenerlo si quería. Pero Audrey solo levantó los brazos, dejando que se llevara la prenda, dejando que sus ojos la recorrieran con una apreciación que hizo que se sintiera guapa y deseada, y absolutamente perfecta.

—Eres preciosa —murmuró Trevor, trazando la línea de su clavícula con los dedos—. Tan preciosa que a veces me duele mirarte.

Se acercaron a la cama, sus movimientos lentos y deliberados, como si ambos quisieran saborear cada momento, cada toque, cada respiración compartida.

Cuando finalmente se encontraron entre las sábanas suaves, con nada más que piel tocando piel y promesas susurradas en la oscuridad, Audrey pensó que nunca había entendido realmente lo que significaba que alguien te adorara hasta ese momento.

Trevor se tomó su tiempo, explorando cada curva, cada línea, cada lugar que la hacía suspirar su nombre.

Y cuando ella hizo lo mismo con él, cuando sus manos trazaron los músculos de su espalda y sintió la forma en que su respiración se entrecortaba bajo sus caricias, entendió que aquello era lo que habían estado deseando desde los días que habían pasado en California.

Aquello había sido solo una actuación.

Y ahora, finalmente, era real.

CAPÍTULO 63

El tiempo se desvanecía en la habitación mientras se deshacían de la ropa, marcado únicamente por el ritmo de la suave lluvia que había traído la tormenta de verano contra las ventanas, y el compás acelerado su corazón.

Tumbada en la cama, Trevor deslizó el pantalón corto del pijama por sus piernas y después se quitó el suyo, quedándose en ropa interior.

Sus manos trazaban mapas en su piel, memorizando cada reacción, cada suspiro que escapaba de los labios de Audrey cuando encontraba un lugar especialmente sensible.

—He soñado con esto —murmuró Audrey contra su cuello—. Desde California, he soñado estar contigo así —confesó.

—¿Y cómo era? —suspiró Trevor, sus dedos enredándose en la melena pelirroja de Audrey—. En tus sueños.

—Nunca tan perfecto como esto —respondió ella, capturando sus labios en un beso que decía todo lo que las palabras no podían expresar—. Nunca tan real.

Había algo casi reverencial en la forma en que se exploraban mutuamente (Audrey sentada a horcajadas sobre Trevor), como si cada caricia fuera una conversación, cada beso una confesión.

Audrey había experimentado atracción y deseo con Daniel, por supuesto, pero nunca había tenido esa sensación de plenitud, como si hubiera estado esperando toda su vida a encontrar exactamente lo que le estaba haciendo sentir Trevor.

¿Era posible después de haber tenido una relación de tres años con su ex?

—Trevor —susurró, su frente presionada contra la de él, sus ojos azules brillando en la luz tenue—. Dime que esto es real. Dime que

no estoy soñando.

—Es real —respondió él, sus manos enmarcando su rostro—. Todo esto es real.

Y entonces Trevor la besó de nuevo, y el mundo exterior dejó de existir completamente.

El tiempo se deslizó como seda líquida, cada momento fundiéndose con el siguiente en una sinfonía de susurros y caricias.

Trevor era una revelación: tierno cuando ella necesitaba ternura, apasionado cuando su cuerpo pedía pasión, siempre atento a cada señal, a cada cambio en su respiración.

Le pasó la mano por la cintura y la hizo girarse sobre sí misma para que quedara debajo de él. Audrey no pudo evitar reír por la sorpresa del movimiento.

—Eres increíble —murmuró Trevor contra su piel, sus labios trazando una línea de fuego por su clavícula—. Jodidamente increíble.

Audrey sintió que las palabras se derramaban directamente en ella, calentándola de dentro hacia afuera.

Se arqueó hacia él, perdida en las sensaciones, en la forma en que su nombre sonaba como una oración cuando Trevor lo susurraba.

—Trevor —respiró, y la forma en que él respondió a su voz, la forma en que todo su cuerpo se tensó como si su nombre fuera una caricia física, la llenó de un poder que nunca había conocido.

Audrey se quedó sin fuerzas cuando Trevor introdujo un dedo debajo de sus braguitas y le acarició el sexo.

Las pupilas de Trevor se dilataron al comprobar que ya estaba mojada. Su respiración se volvió tan profunda que Audrey sintió su aliento en el rostro.

Tras darle placer durante un rato, Trevor metió el dedo en su interior y ella se retorció contra su mano como si le estuviera pidiendo más, como diciéndole que aquello no era suficiente.

Y no era.

Dios, por supuesto que no.

Necesitaba más.

Lo necesitaba todo.

Trevor susurró algo ininteligible en su oído y le mordió el cuello. Audrey se estremeció.

Después llevó las manos a sus braguitas y se las empezó a bajar, con la ayuda de la propia Audrey, que levantó las caderas.

Solo quedaba el obstáculo de los calzoncillos de Trevor, pero despareció enseguida, alejándolos de un puntapié.

Al ver el miembro duro de Trevor, Audrey sonrió, encantada del modo que había hecho que Trevor se excitara.

Estaba tan embriagada por las sensaciones que apenas fue consciente del momento en el que Trevor sacó un preservativo de la cartera, rasgó el envoltorio con los dientes y se lo colocó.

Y entonces, Trevor la penetró, profundamente.

Audrey suspiró de satisfacción.

Dios, era maravilloso. Sintió como si algo fundamental hubiera cambiado en el universo. Como si hubiera estado viviendo en blanco y negro y de repente pudiera ver en tecnicolor.

Trevor se meció sobre ella con un movimiento rítmico que despertaba cada fibra nerviosa de Audrey. No se podía creer lo dispuesta que estaba a recibirlo. Era una sensación maravillosa.

Y es que, joder, nunca había deseado tanto a ninguna mujer.

La embistió con acometidas urgentes y llenas de pasión que tuvieron la misma respuesta en Audrey, que había enroscado las piernas alrededor de su cintura y lo incitaba a seguir entre jadeos y gemidos.

Estaba tan necesitada de Trevor, como Trevor de ella.

—Mírame —murmuró Trevor, y cuando sus ojos se encontraron, Audrey vio reflejada en ellos la misma maravilla, el mismo asombro que sentía ella—. Quiero ver tu rostro cuando te corras…

Las siguientes palabras se perdieron en un beso que comunicó todo lo que el lenguaje no podía capturar.

Se movieron juntos otro rato más como si hubieran estado bailando aquella danza toda su vida. Era tan perfecto, tan inigualable, que Audrey pensó que podría romperse de la intensidad tan pura que estaba sintiendo.

Y eso la bloqueó.

—No puedo... —comenzó a decir, pero Trevor la silenció con una estela de besos que la tranquilizaron y la encendieron al mismo tiempo.

—Sí puedes —murmuró contra sus labios—. Déjate ir, Audrey. Estoy aquí. Te tengo.

Y finalmente se dejó ir, se permitió caer en el abismo de sensaciones que él había creado para ella, con su nombre en sus labios y sus manos sosteniéndola como si fuera algo precioso, algo que se pudiera romper en pedazos.

Trevor la siguió momentos después. Su cara enterrada en su cuello, sus brazos envolviéndola tan pegado a él que parecía como si estuviera tratando de fundirse con ella, de convertirse en una sola persona, en un solo ser.

Se quedaron así durante unos largos minutos, respirando juntos.

Trevor no supo cuánto tiempo permaneció dentro de Audrey, abrazándola en silencio, esperando que el latido de sus corazones se fuera normalizando.

—Dios mío —murmuró Audrey finalmente. Su voz era apenas un susurro contra su hombro.

Trevor levantó la cabeza y la miró.

—Exactamente —dijo, presionando un beso suave contra su sien —. Exactamente eso.

Se giraron hasta estar de lado, cara a cara. Las piernas enredadas, las manos aún explorándose perezosamente, como si no pudieran soportar dejar de tocarse.

Audrey trazó figuras en el pecho de Trevor con la punta de sus dedos.

Trevor capturó su mano, llevándola a sus labios para besar cada nudillo. Después se inclinó sobre Audrey y la besó lenta y

apasionadamente en la boca.

—Tengo que quitarme el preservativo —dijo, rompiendo el beso.

Audrey sonrió.

—Vale, pero vuelve a besarme —le pidió.

Trevor se inclinó de nuevo y la besó.

—El cuarto de baño es la puerta que está en frente —indicó Audrey.

—Vale. —Trevor se levantó de la cama y salió de la habitación.

Audrey ladeó un poco la cabeza para observarlo mejor. Y una sonrisa cruzó su rostro.

¡Vaya pedazo culo que tenía!

Bueno, vaya «todo».

Vaya espalda, vaya hombros, vaya piernas.

¡Madre de Dios! ¿De dónde coño había salido ese hombre?

Se movió un poco sobre el colchón. Su cuerpo estaba extrañamente débil, y tenía una sensación burbujeante en el estómago. Una sensación que no hubiera sabido explicar.

Cuando Trevor volvió al dormitorio, descubrió a una Audrey con el pelo tan despeinado como el suyo. Los pómulos ruborizados y los labios de color rosa e hinchados de todos los besos que se habían dado.

Audrey giró el rostro y lo miró.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Hablar sobre lo que ha sucedido?

Trevor caminó hacia ella con pasos largos y felinos, como si fuera un depredador dirigiéndose hacia su presa.

Verlo en su espléndida y cruel desnudez era un auténtico regalo para la vista. Una excelencia visual.

—Yo tengo otra idea mejor —dijo Trevor, hincando la rodilla en la cama, frente a Audrey, que lo miró a los ojos con expresión tímida.

—¿Ah, sí? —susurró.

—Sí —respondió él.

Se inclinó hacia adelante y atrapó los labios de Audrey con un beso.

Ella se echó hacia atrás y dejó que Trevor se tumbara encima.

Y en el silencio de la madrugada, con la lluvia creando una cortina alrededor de su pequeño mundo, volvieron a empezar. Más lentamente esa vez, saboreando cada momento, cada sensación, como si pudieran hacer que la noche durara para siempre solo con la fuerza de voluntad.

Cuando finalmente se quedaron dormidos, lo hicieron con los brazos y las piernas tan entrelazados que resultaba imposible determinar dónde terminaba uno y comenzaba el otro. Sus respiraciones sincronizadas, sus corazones latiendo el mismo ritmo suave.

CAPÍTULO 64

Audrey se despertó lentamente, emergiendo de un sueño profundo y satisfecho como quien asciende desde aguas cálidas hacia la superficie.

Sus músculos estaban deliciosamente relajados, su piel aún conservaba la sensación fantasma de las caricias de Trevor, y por un momento se permitió flotar en esa zona brumosa entre el sueño y la vigilia donde todo era perfecto y nada había salido mal todavía.

El piso estaba envuelto en esa particular quietud que pertenece únicamente a las horas antes del amanecer, cuando Chicago dormía.

La lluvia había cesado en algún momento durante la noche, dejando un silencio que casi se podía palpar.

Instintivamente, Audrey extendió el brazo hacia el lado derecho de la cama, buscando el calor familiar del cuerpo de Trevor, anticipando el momento dulce y somnoliento de acurrucarse contra él, de sentir su respiración contra su pelo, de despertar en la seguridad de sus brazos.

La mano, sin embargo, encontró sábanas frías.

Los ojos de Audrey se abrieron completamente.

La nebulosa del sueño desapareció de golpe mientras procesaba lo que estaba sintiendo. O más bien, lo que no estaba sintiendo.

Se incorporó en la cama, el edredón de cachemira deslizándose por su cuerpo desnudo, y miró hacia el lado de Trevor.

La almohada aún conservaba la forma de su cabeza, las sábanas estaban arrugadas donde había estado acostado, pero él había desaparecido.

—¿Trevor? —llamó suavemente.

Silencio.

Se quedó inmóvil durante varios segundos, aguzando el oído para tratar de atrapar cualquier sonido que pudiera indicar su presencia en el piso. El goteo del grifo del baño. El susurro de pies descalzos en el suelo de madera. El sonido de alguien haciendo café en la cocina.

Nada.

Solo el zumbido distante del aire acondicionado y el tráfico ocasional en la calle.

Audrey se levantó de la cama, envolviéndose en la bata de seda que colgaba del respaldo de la silla cerca de la ventana y se dirigió al cuarto de baño, aunque ya sabía lo que iba a encontrar.

Vacío. Completamente vacío.

La puerta estaba abierta, las luces apagadas, la ducha seca. Ningún signo de que Trevor hubiera estado allí en las últimas horas.

«Tal vez está en la cocina —se dijo a sí misma, aunque ya sentía un peso frío instalándose en su estómago—. Tal vez no podía dormir y fue a hacer café. O tal vez recibió una llamada sobre algo relacionado con Lucas y tuvo que irse.»

Pero incluso mientras se decía todas aquellas cosas, sabía que se estaba mintiendo a sí misma.

Caminó por el pasillo hacia el salón. Sus esperanzas disminuían con cada paso.

El piso se sentía diferente cuando estaba sola en él. Más pequeño, más silencioso, como si la presencia de Trevor hubiera expandido de alguna manera el espacio y ahora hubiera vuelto a contraerse.

El salón estaba exactamente como lo habían dejado la noche anterior: las copas de vino vacías en la mesa auxiliar, los cojines del sofá todavía desorganizados donde se habían sentado.

Pero la chaqueta de cuero de Trevor no estaba colgada en el respaldo de la silla donde la había dejado. Y sus llaves tampoco estaban en el aparador del hall donde las había visto.

«Está bien —se dijo Audrey, sintiendo el primer pinchazo real de pánico—. Está bien. Tal vez ha tenido una emergencia. Tal vez me

ha dejado una nota.»

Se dirigió a la cocina, buscando cualquier pedazo de papel que pudiera haber dejado, cualquier explicación garabateada apresuradamente.

Revisó la encimera, la mesa pequeña donde desayunaba, incluso la puerta de la nevera donde a veces dejaba notas para sí misma.

Nada.

Sus manos temblaron ligeramente mientras alcanzaba su teléfono, que estaba cargándose en la encimera. La pantalla se iluminó cuando la tocó, mostrando la hora. Eran las 5:47 de la madrugada, pero no había ningún mensaje nuevo.

Ningún WhatsApp.

Ninguna llamada perdida.

Ninguna explicación de por qué el hombre que había estado en sus brazos hacía apenas unas horas, había desaparecido como si nunca hubiera estado allí.

Audrey se apoyó contra la encimera. Su respiración se volvió un poco más superficial mientras la realidad de la situación se instalaba en ella.

Trevor se había ido.

No se había ido debido a una emergencia o una llamada urgente sobre Lucas.

Se había ido porque quería irse.

Se había ido porque no quería estar allí cuando ella despertara.

Se había ido porque no quería enfrentar la conversación incómoda de la mañana siguiente, las implicaciones de lo que habían hecho, la realidad de lo que había sucedido entre ellos.

—¿Cómo he podido ser tan estúpida? —dijo en voz alta, pasándose la mano por el pelo.

El pensamiento llegó como un golpe físico, dejándola sin aliento.

¿Cómo había malinterpretado tan desastrosamente la situación? ¿Cómo había confundido sexo increíble con algo real, algo duradero? ¿Con am…?

Joder, no se atrevía ni a pensar en la maldita palabra.

Trevor había ido a su piso en un estado emocional vulnerable. Herido, confundido, necesitando consuelo después del brutal enfrentamiento que había tenido con su padre. Y ella había estado ahí, disponible, dispuesta a escuchar, dispuesta a ofrecer exactamente el tipo de distracción que él necesitaba.

«Por supuesto que se ha ido —pensó con amargura—. Por supuesto que ha huido en cuanto se ha dado cuenta de lo que había hecho.»

Audrey se deslizó hacia abajo hasta quedar sentada en el suelo de la cocina, con las rodillas dobladas contra su pecho, y la bata de seda apenas proporcionando algo de calor contra el frío que se estaba extendiendo desde sus huesos hacia la piel.

Había sido una idiota.

Una idiota romántica, patética, que había tomado palabras susurradas en la pasión y las había convertido en promesas. Que había tomado el «he estado pensando en ti desde California» y lo había traducido como «esto significa algo real».

Cuando la verdad era mucho más simple y mucho más dolorosa. Mucho más superficial.

Trevor Hunter era exactamente la persona que había pensado que era antes de conocerlo realmente. Un hombre que mantenía todo bajo control, que evitaba complicaciones emocionales, que evitaba relaciones, que no creía en el amor duradero.

La diferencia era que ahora había experimentado de primera mano lo que se sentía ser una de esas complicaciones que él evitaba.

Se acarició la frente.

«Joder, las cosas que le dije —recordó con horror—. Las cosas que ambos dijimos.»

«He estado soñando contigo así.»

«Esto es lo más real que he sentido jamás.»

«Estaba esperándote a ti.»

Palabras que habían sonado como verdades en la oscuridad, pero que a la luz cruda de la realidad se revelaban como lo que realmente

eran: cosas que la gente dice en la intimidad, endorfinas y oxitocina creando la ilusión de conexión profunda donde solo había química (atracción) física, donde solo había sexo.

Trevor había huido porque se había dado cuenta de lo mismo.

Se había despertado, había visto la situación con claridad (sin la borrachera de la pasión), y había entendido que había cometido un error. Un error grande, complicado, que involucraba a alguien que claramente había malinterpretado lo que había sucedido.

Así que había hecho lo que hacía Trevor Hunter cuando las cosas se volvían demasiado complicadas: había tomado control de la situación evitándola completamente.

Audrey presionó su rostro contra sus rodillas, sintiendo el escozor de las lágrimas que no quería derramar.

No iba a llorar por lo que había pasado.

No iba a convertirse en una de esas mujeres que se desmoronaba porque un hombre había decidido que no estaba interesado en tener nada serio.

Aunque lo sentía como algo más que ser rechazada por un hombre.

Lo sentía como haber tocado algo mágico y haberlo visto evaporarse ante sus ojos.

Lo sentía como haber vislumbrado lo que podría ser «querer y ser querida», solo para descubrir que había sido únicamente ella quien había sentido esa magia.

La ironía no se le escapaba.

Durante días, había estado diciéndose a sí misma que lo que había sentido en California no había sido real, que había sido solo una fantasía romántica bien orquestada. Había estado tratando de convencerse de que Trevor era inalcanzable, que pertenecía a un mundo diferente, que lo que había entre ellos había sido solo temporal.

Una farsa con fecha de caducidad.

Y ahora, cuando finalmente había creído que tal vez había estado equivocada, que tal vez lo que había sentido era correspondido,

descubría que sus primeros instintos habían sido correctos.

Trevor Hunter no era para mujeres como ella.

Trevor Hunter no se quedaba.

Trevor Hunter tomaba lo que necesitaba y se iba antes de que las cosas se volvieran demasiado serias.

Audrey se levantó del suelo de la cocina. Notaba las piernas inestables.

Se dirigió de vuelta a la habitación, donde las sábanas arrugadas y el aroma persistente de la colonia de Trevor contaban la historia de una noche que ya tenía la sensación de que había sucedido en otra vida.

Se dejó caer en la cama, hundiendo su rostro en la almohada que él había usado, inhalando los últimos vestigios de su presencia.

Y por un momento se permitió recordar cómo se había sentido al estar en sus brazos, cómo había sido escuchar su nombre en sus labios como una plegaria, cómo había creído que por fin había encontrado a alguien que la veía, que la entendía, que la quería por ser exactamente quien era.

«Al menos he tenido eso —se dijo a sí misma, tratando de encontrar algún consuelo en el dolor—. Al menos por una noche, he tenido eso.»

Pero sabía que no era suficiente.

Nunca sería suficiente.

Porque ahora sabía exactamente lo que se sentía al estar con Trevor Hunter, incluso aunque hubiera sido solo por unas horas. Sabía lo que se sentía ser la mujer en cuyos brazos buscaba consuelo, la mujer cuyo nombre susurraba en la oscuridad.

Y saber eso, haber tenido eso, aunque fuera brevemente, hacía que perderlo fuera peor que nunca haberlo tenido en absoluto.

El piso se sentía demasiado silencioso ahora, demasiado vacío.

Audrey se enrolló en la sábana, tratando de capturar algo del calor que había sentido cuando no había estado sola, pero era inútil.

Trevor se había llevado esa calidez con él cuando se había ido.

Y mientras estaba tumbada allí, en la creciente luz gris del amanecer, escuchando a Chicago despertar lentamente fuera de sus ventanas, Audrey se dio cuenta de algo que la llenó de una tristeza tan profunda que se sintió como un dolor físico.

Aquella iba a ser la única vez.

Aquella noche perfecta, ardiente, devastadora, iba a ser todo lo que tendría de Trevor Hunter.

Y no importaba cuánto había significado para ella, no importaba lo real que había sido en esos momentos, no importaba cuánto había llegado a sentir en el espacio de unas pocas horas.

Él se había ido.

Y ella tendría que encontrar una manera de vivir con eso.

El sueño, cuando finalmente llegó cerca del amanecer, estuvo lleno de sueños de manos que desaparecían justo cuando trataba de alcanzarlas, de voces que se desvanecían justo cuando trataba de responder, de amores que se evaporaban como niebla matutina al primer toque de luz.

Y cuando despertó unas horas después, lo primero que hizo fue revisar su teléfono una vez más, con la esperanza patética de que tal vez hubiera algún mensaje, alguna explicación, alguna señal de que no había imaginado completamente la conexión que había sentido.

Pero la pantalla estaba vacía.

Como la cama.

Como su corazón.

CAPÍTULO 65

El viernes amaneció gris y melancólico en Chicago, con nubes bajas que amenazaban tormenta, como el día anterior, y un viento fresco que se filtraba entre los rascacielos del *Loop* financiero como un recordatorio de que incluso en verano la Ciudad de los Vientos no perdonaba su fama.

Trevor había llegado a su despacho antes de las siete de la mañana, después de darse una ducha fría que no había conseguido lavar la sensación persistente de la piel de Audrey bajo sus manos, ni el recuerdo de su nombre suspirado contra sus labios.

Se había vestido con precisión militar: traje gris antracita, camisa blanca impecable y corbata azul marino que había anudado tres veces antes de conseguir que quedara perfecta.

Como si la armadura exterior pudiera de alguna manera reparar el caos que sentía por dentro.

Su despacho, con sus líneas limpias y su orden meticuloso, debería haber sido un refugio dentro de la normalidad. En cambio, se sentía como una jaula.

No podía concentrarse en los documentos que tenía esparcidos sobre el escritorio (algo sobre el divorcio multimillonario de la pareja de actores de moda de Hollywood que normalmente habría capturado toda su atención), porque su mente seguía regresando a la forma en que Audrey había dicho su nombre en la oscuridad, como si fuera algo sagrado.

«Tenías que irte —se recordó por enésima vez aquella mañana—. Era lo correcto. Era lo responsable.»

Pero por alguna razón, «lo correcto» se sentía como una traición, y «lo responsable» sabía a excusa en su boca.

El teléfono de su escritorio zumbó, interrumpiendo su espiral de pensamientos.

—Señor Hunter, Asher quiere verlo —anunció la voz de Margaret, su secretaria.

—Hazlo pasar —respondió Trevor, enderezándose en su sillón de cuero y tratando de componer la máscara de profesionalidad competente que había perfeccionado durante años.

—Buenos días —dijo Asher, dejándose caer en una de las sillas frente al escritorio de Trevor—. Te ves como si hubieras dormido en una licuadora —bromeó.

—Buenos días —correspondió Trevor, pero no hizo ningún comentario más.

—Acabo de llegar al bufete, hoy tenía juicio a primera hora de la mañana —dijo Asher—, pero quería ver cómo estabas manejando todo el drama familiar.

Trevor se recostó en el sillón, agradecido por tener una razón legítima para verse como si hubiera pasado por una licuadora emocional.

—Está siendo... intenso —admitió—. Lucas está con Diane este fin de semana, para que mi padre no lo encuentre. Estaba convencido de que iría a mi casa a buscarlo.

—¿Y fue a tu casa?

—Sí, y entró sin permiso.

—¿Lo dices en serio? —Asher estaba asombrado.

Trevor movió la cabeza, afirmando.

—Totalmente sin permiso, y medio desquiciado. Entró como si fuera su casa, empezó a abrir puertas buscando a Lucas, y cuando le dije que el niño no estaba allí... —Trevor se pasó una mano por el pelo—. Digamos que la conversación escaló rápidamente y subió varios tonos.

Asher se inclinó hacia adelante, su expresión volviéndose más seria.

—¿Qué pasó?

Trevor le relató la confrontación con su padre, cada palabra venenosa, cada amenaza, cada momento en el que había estado a punto de perder el control.

Mientras hablaba, podía ver la expresión de Asher endurecerse, la línea de su mandíbula tensándose de la manera que lo hacía cuando estaba enfadado, o cuando pensaba que algo era injusto.

—Así que básicamente usó la memoria de tu madre como un arma para herirte —resumió Asher cuando Trevor terminó—. ¿Qué clase de hombre hace eso?

—La clase de hombre que siempre ha sido —respondió Trevor con amargura—. La clase de hombre que convirtió el abandono emocional en una forma de educación. Alguien como mi padre.

—¿Y estuviste cerca de pegarle?

Trevor asintió, recordando la sensación de su puño deteniéndose a centímetros del rostro de su padre.

—Muy cerca. Si no hubiera sido por... —Se detuvo. No quería admitir que había sido el recuerdo de su madre lo que lo había detenido, porque eso habría llevado la conversación a lugares que no estaba listo para explorar.

—Trevor —dijo Asher, su voz tomando el tono que usaba cuando estaba punto de dar una charla seria, como si fuera un padre—. Sé que probablemente has escuchado esto antes, pero necesito que entiendas algo sobre Lucas.

—¿Qué?

—La situación en la que está ahora... es exactamente como estabas tú cuando tenías su edad. El abandono emocional, enviarlo lejos, el mensaje constante de que sus sentimientos no importan…

—Lo sé, soy consciente de que está en el mismo punto. Por eso quiero tener su custodia. No quiero que termine como casi terminé yo —dijo Trevor—. No quiero que a los dieciocho años tiré su futuro por la borda como estuve a punto de hacer yo, de no ser porque te encontré a ti.

—Saliste de aquella espiral porque tuviste suerte… —comenzó Asher.

—Porque te conocí en el momento oportuno —lo interrumpió Trevor.

—Porque estabas en el momento oportuno para aceptar ayuda, porque tenías la inteligencia y la fuerza de voluntad suficiente para reconstruir tu vida —continuó Asher.

Era raro que Asher fuera tan directo sobre el pasado de Trevor, sobre los años oscuros que habían llevado a su amistad. Normalmente bailaban alrededor del tema con humor y referencias sarcásticas.

—Ash...

—No, déjame terminar —lo cortó Asher.

Trevor se quedó en silencio, procesando las palabras.

—Lucas no tiene esas ventajas —dijo Asher—. Es más joven, más vulnerable, y si nadie interviene ahora... —Dejó la frase sin terminar, pero la implicación era clara.

—Por eso estoy haciendo esto —aseveró Trevor—. Por eso estoy luchando por él.

—Lo sé. Y estoy orgulloso de ti —dijo Asher—. Pero también estoy preocupado por ti.

—¿Por qué?

Asher lo estudió durante un largo rato, como si estuviera tratando de descifrar un jeroglífico complicado. Había algo en el rostro de Trevor…

—Porque parece como si hubieras estado corriendo un maratón emocional durante las últimas veinticuatro horas. Y no creo que sea solo por la pelea con tu padre. Hay algo más —afirmó.

Trevor sintió que sus defensas se activaban automáticamente, la respuesta entrenada de años de mantener sus problemas personales a un lado.

—No sé de qué hablas.

—Trevor —dijo Asher con paciencia—. Soy amigo tuyo desde hace años. Tienes todas las señales de alguien que ha hecho algo que considera un error monumental.

«Mierda.»

Trevor había olvidado lo perceptivo que podía ser Asher cuando prestaba atención. Era una de las cosas que lo convertía en uno de los mejores abogados de Chicago, pero que también lo convertía en un amigo ocasionalmente inconveniente.

—¿Es sobre la batalla legal? —presionó Asher—. ¿Estás teniendo dudas sobre luchar por la custodia de Lucas?

—No, no es eso. Estoy completamente seguro de ello —respondió Trevor.

—Entonces ¿qué es?

Trevor se levantó del sillón y se dirigió a los ventanales. Necesitaba poner distancia física entre él y la intensa mirada de Asher, que parecían rayos X.

Chicago se extendía bajo él.

La ciudad despertaba a otro día de rutinas normales y vidas no complicadas.

—¿Trevor?

—Anoche, después de que mi padre se fuese... —comenzó, sin girarse desde el ventanal—. Estaba alterado, confundido. Necesitaba... no sé, necesitaba estar en algún lugar que no fuera mi casa.

—¿Y qué hiciste?

—Conduje. Por toda la ciudad, sin destino particular. Solo... conduciendo.

—¿Y?

Trevor cerró los ojos, sintiéndose como si estuviera confesando un crimen.

—Y terminé en el piso de Audrey.

El silencio que siguió fue absoluto.

—¿Al piso de Audrey? —repitió Asher.

—Sí.

—¿A medianoche?

—Sí.

—¿Y ella te dejó entrar?

Trevor se giró para enfrentar a Asher, que lo estaba mirando con una expresión que era parte sorpresa, parte horror.

—Sí, me dejó entrar. —Trevor frunció el ceño—. No soy un asesino en serie.

Asher agitó la mano en el aire.

—Vale, ¿y qué ocurrió?

—Le conté lo que había pasado con mi padre, la fuerte discusión que había tenido con él, y ella... me escuchó. Me entendió de la manera que siempre parece entender las cosas.

—Ajá. ¿Y?

—Y una cosa llevó a la otra.

—¿Qué quiere decir «una cosa llevó a la otra»?

Trevor le lanzó una mirada que claramente decía «¿realmente necesito explicártelo?»

—¡Oh, mierda! —murmuró Asher—. Te acostaste con ella.

—Sí.

—¿Y luego?

Trevor se pasó ambas manos por los mechones de pelo, deshaciéndose el peinado perfectamente arreglado.

—Y luego me fui. Antes de que despertara —respondió, arrancándose las palabras de los labios.

La expresión en el rostro de Asher cambió de la sorpresa a algo mucho más parecido a la decepción.

—¿Te fuiste?

—Me fui.

—¿Sin decir nada?

—Sin decir nada.

—¿Sin dejar una nota?

—Sin dejar una nota.

Asher se quedó en silencio durante tanto tiempo que Trevor empezó a preguntarse si se había quedado mudo.

Cuando finalmente habló, su voz tenía una calidad peligrosamente tranquila que Trevor reconoció como la que usaba en los juicios cuando algo había ido terriblemente mal.

—Déjame ver si lo he entendido bien —dijo Asher lentamente—. Fuiste al apartamento de una mujer que claramente se preocupa por ti, en un estado emocional vulnerable; le contaste tu trauma familiar más profundo, te acostaste con ella, y luego te escabulliste en la madrugada como un puto cobarde.

—Cuando lo dices de esa manera...

—¿Hay otra manera de decirlo?

Trevor regresó a su escritorio y se dejó caer en el sillón. Se sentía agotado, como si le hubiera pasado un tren por encima.

—Fue un error, Asher. Todo. No debería haber ido a su piso, no debería haber... —Hizo un gesto vago con la mano—. No debería haber complicado las cosas.

—¿Complicado las cosas cómo?

—Audrey es la mejor amiga de Diane. Es una buena tía. No es el tipo de mujer con la que tienes una aventura de una noche y luego sigues como si nada hubiera pasado.

—¿Quién dice que tiene que ser una aventura de una noche?

Trevor le lanzó una mirada de incredulidad.

—Asher, conoces mi historial con las relaciones... Soy un desastre cuando se trata de compromisos a largo plazo. No creo en el amor, y evito cualquier cosa que implique emociones.

—¿Y?

—¿Y? Audrey merece a alguien que pueda darle lo que necesita. Alguien que crea en finales felices, que quiera matrimonio e hijos y toda esa fantasía. No alguien como yo.

Asher se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Trevor, ¿puedo preguntarte algo?

—Dispara.

—¿Qué sentiste? Me refiero a estar con ella anoche —dijo Asher —. Y, por supuesto, ni se te ocurra entrar en detalles que no me interesan —añadió en tono de broma.

Trevor cerró los ojos, y por un momento se permitió recordar: la forma en que Audrey había dicho su nombre, la sensación de

plenitud que había sentido cuando estaba en sus brazos, la paz que había experimentado durmiendo junto a ella.

—Me sentí... bien —admitió en voz baja.

—¿Solo bien? —insistió Asher.

¿Asher era adivino o qué cojones le pasaba?

—Me sentí mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo.

Asher esbozó en los labios una sonrisa de conclusión.

—Y eso te asusta.

—No me asusta —se apresuró a decir Trevor.

—Claro que sí —afirmó Asher—. Estás aterrorizado.

—Deja de decir bobadas.

Asher se recostó en la silla, estudiando a Trevor con la intensidad de un cirujano planificando una operación delicada.

—¿Sabes cuál es tu problema, Trevor? —dijo.

—Estoy seguro de que vas a decírmelo.

—Tu problema es que estás tan convencido de que vas a joder las cosas, que las jodes antes de que tengan la posibilidad de funcionar.

—No es verdad.

—¿En serio? —Asher arqueó una ceja—. Porque creo que acabas de joder algo que podría haber sido increíble, solo porque tienes demasiado miedo de averiguar si realmente podría funcionar.

Trevor sintió una punzada de irritación que le hizo ponerse a la defensiva.

—No es miedo, Asher. Es realismo. Es proteger a Audrey de una inevitable decepción.

—No —replicó Asher firmemente—. Es cobardía. Y es egoísta.

—¿Egoísta?

—Sí, egoísta. Porque no le estás dando a ella la opción de decidir por sí misma si vale la pena el riesgo. Estás tomando esa decisión por ella, y eso es muy prepotente por tu parte.

Trevor abrió la boca para argumentar, luego la cerró de nuevo. Porque por mucho que odiara admitirlo, había algo de verdad en lo que Asher estaba diciendo.

—Odio cuando te pones en plan paternal conmigo —masculló.

—Además —continuó Asher implacablemente—, ¿no crees que ella merece al menos una explicación? ¿Una conversación adulta sobre lo que pasó?

—No sabría qué decirle.

—Podrías empezar con una disculpa. Y luego podrías ser honesto sobre por qué te fuiste.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

Trevor se levantó de nuevo, y comenzó a caminar de un lado a otro detrás de su escritorio como un animal enjaulado.

—Porque si tengo esa conversación, si la miro a los ojos y trato de explicar por qué me fui... —Se calló de golpe.

—¿Qué? —lo animó Asher.

—Quizás voy a querer quedarme. Y si me quedo, voy a empezar a creer que podría funcionar. Y cuando inevitablemente no funcione, cuando me convierta en el tipo de hombre que hace daño a las personas que dice amar como mi padre, voy a destruir algo precioso.

—¿Y si no lo haces? —preguntó Asher—. ¿Y si esta vez es diferente?

—No puede ser diferente. Soy quien soy, Asher. No cambio porque una mujer me haga sentir cosas.

—¿Quién dice que tienes que cambiar? Tal vez lo que eres es exactamente lo que ella necesita.

Trevor se detuvo, y se giró para mirar a Asher.

—¿De qué demonios hablas?

—Hablo de que anoche, cuando estabas en tu momento más vulnerable, cuando habías tenido la pelea más brutal de tu vida con tu padre, tu instinto no fue ir a un bar a emborracharte, o llamarnos a uno de nosotros para hablar, o cualquiera de las cosas que sueles hacer cuando estás herido.

Trevor frunció el ceño, no estaba muy seguro de hacia dónde iba aquello.

—Tu instinto —continuó Asher— fue ir con alguien que te hace sentir seguro. Alguien que te entiende. Alguien que te ve exactamente como eres y no huye de eso.

—Eso no significa nada.

—¿No? —Asher se levantó de la silla—. Trevor, en todos los años desde que te conozco, nunca te he visto buscar consuelo emocional en otra persona. Nunca. Siempre has lidiado con el dolor solo, siempre mantienes a todo el mundo a distancia cuando estás herido.

—¿Y?

—Y anoche fuiste directamente hacia ella. Sin pensar, sin planear, solo siguiendo algún instinto que te dijo que era el lugar seguro donde ir.

Trevor se quedó en silencio, procesando las palabras de Asher.

—Eso tiene que significar algo —dijo Asher en un tono ligero—. Y creo que ella merece saber qué significa.

—No puedo, Asher. No puedo arriesgarme a...

—¿A qué? ¿A ser feliz? ¿A tener algo real por una vez en tu vida?

—A hacer daño a alguien que me importa —atajó Trevor.

—Ya le has hecho daño —señaló Asher—. Al irte sin explicación, ya le has hecho daño. La pregunta ahora es si vas a hacer algo para arreglarlo.

Trevor se dejó caer de nuevo en su sillón. Se sentía como si hubiera corrido un maratón.

Negó para sí con la cabeza.

Asher chasqueó la lengua contra el paladar.

—No he visto un tío más testarudo en mi vida que tú —dijo, consciente de que Trevor no iba a hacer nada para cambiar la situación.

CAPÍTULO 66

El fin de semana se había extendido ante Audrey como un desierto emocional que tenía que atravesar hora por hora, minuto por minuto.

El sábado había llegado con una lluvia constante que golpeaba contra las ventanas de su piso, creando el tipo de atmósfera melancólica que normalmente encontraba reconfortante, pero que en aquel momento solo servía para amplificar su estado de ánimo.

Se había despertado el viernes por la mañana con los ojos hinchados de llorar y una sensación de vacío en el pecho que parecía haberse instalado permanentemente.

Había llamado al trabajo fingiendo estar enferma.

Técnicamente no era mentira, se sentía enferma, solo que no del tipo que se curaba con una aspirina y reposo.

Su teléfono había empezado a sonar alrededor del mediodía del viernes.

Diane.

Audrey había observado el nombre iluminado en la pantalla, sintiendo una mezcla de desesperación por hablar con alguien y terror de tener que explicar por qué su voz sonaba como si hubiera pasado la noche llorando.

Había dejado que la llamada fuera al buzón de voz.

Luego había vuelto a sonar.

Y otra vez.

Y otra vez.

Para el sábado por la mañana, tenía ocho llamadas perdidas de Diane y una serie de WhatsApp cada vez más preocupados:

«¿Estás bien? ¿Por qué no contestas?»

«Audrey, empiezo a preocuparme. Llámame.»

«Vale, ahora oficialmente estoy preocupada. Si no me llamas en las próximas dos horas, voy a tu piso.»

«En serio, Audrey. O me llamas o aparezco en tu puerta.»

Audrey había leído cada mensaje con culpa, pero simplemente no podía enfrentar la conversación que sabía que debía de tener con Diane.

¿Cómo le explicaba que se había acostado con Trevor? ¿Cómo admitía que había sido lo suficientemente estúpida como para creer que había significado algo para él?

¿Y cómo confesaba que la razón por la que no podía responder al teléfono era porque había pasado las últimas treinta y seis horas comiendo galletas Oreo directamente del paquete como si no hubiera un mañana, mientras usaba el mismo pijama y no se había duchado desde el jueves por la noche?

Era patético.

Sí, joder, era patético.

Era uno de esos comportamientos que se veían en comedias románticas protagonizadas por mujeres que necesitaban una transformación completa de vida.

Excepto que aquello no era una puta comedia.

Era una tragedia griega interpretada en un piso de una habitación con una banda sonora de lluvia y autocompasión de fondo.

Audrey estaba acurrucada en el sofá, envuelta en una manta de cachemira que había sido un regalo de cumpleaños de su madre, con el octavo paquete de Oreos del fin de semana abierto en su regazo.

Había intentado ver Netflix, pero no podía concentrarse en nada que requiriera más de treinta segundos de atención. Había intentado leer, pero las palabras se difuminaban en la página hasta volverse borrosas. Había intentado limpiar el piso, pero hasta eso requería más energía emocional de la que tenía disponible.

Así que había vuelto a las galletas Oreo.

Era su mecanismo para enfrentar las cosas desde la universidad.

Oreos cuando su novio del instituto la había dejado.

Oreos cuando no había conseguido el trabajo en el museo que realmente quería.

Oreos cuando su abuelo había muerto.

Oreos cuando Daniel se largó prácticamente con otra.

Oreos cuando le llegó la invitación de su boda y no sabía si ir o no.

Y ahora, Oreos porque Trevor Hunter había conseguido romperle el corazón de una manera que no había sabido que era posible.

El timbre del piso sonó a las dos de la tarde del domingo, seguido inmediatamente de golpes insistentes en la puerta.

—Audrey Carlson, ábreme ahora mismo o juro por Dios que voy a llamar a los bomberos para que vengan a echar abajo esta maldita puerta —gritó la voz de Diane desde el pasillo.

Audrey cerró los ojos, consciente de que había llegado el momento que había estado evitando.

Diane no aceptaba que la ignoraran, especialmente cuando estaba preocupada por alguien que le importaba.

Audrey se levantó del sofá, con movimientos como si estuviera sumergida en miel, se pasó los dedos por el pelo despeinado en un intento inútil de parecer presentable, y se dirigió a la puerta.

—Ya voy —murmuró, aunque dudaba que Diane pudiera escucharla.

Abrió la puerta para encontrar a su amiga de pie en el pasillo con una expresión que era parte alivio, parte exasperación, y parte preocupación.

Llevaba unos vaqueros y una sudadera de los Chicago Bulls. El cabello rubio oscuro, con mechas claras, como el de Trevor, estaba recogido en una coleta.

—Gracias a Dios —dijo Diane, empujando suavemente a Audrey hacia un lado para entrar en el piso. Puso los brazos en jarra en mitad del salón—. Pensé que tal vez habías muerto o algo así. ¿Por qué no has respondido mis...?

Se detuvo abruptamente cuando sus ojos se posaron en la mesa.

Audrey siguió su mirada y vio su piso a través de los ojos de Diane: mantas arrugadas en el sofá, paquetes de Oreos vacíos esparcidos por la mesa auxiliar, tazas de té a medio beber en cada superficie disponible, y un ambiente general de alguien que había estado en modo hibernación durante días.

—¿Audrey? —preguntó Diane lentamente, girándose para estudiar el rostro de su amiga con más atención—. ¿Qué ha pasado?

—Nada —respondió ella automáticamente, tratando de sonar casual—. Solo he estado... relajándome. Aprovechando el fin de semana libre.

Diane arqueó una ceja. Por supuesto, no compraba su explicación.

—¿Relajándote con ocho paquetes de Oreos?

—Siete y medio —corrigió Audrey débilmente, metiéndose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Y no los he estado contando.

—Cariño… —dijo Diane. Su voz se suavizó con visible preocupación—. Las Oreos son tu mecanismo de defensa para enfrentarte a las cosas cuando estás triste o disgustada —afirmó.

Audrey sintió que sus defensas se desmoronaban bajo la mirada comprensiva de Diane.

—Estoy bien —insistió—. Solo... he tenido un fin de semana tranquilo. No he respondido a tus llamadas porque sabía que estabas con Lucas y quería que aprovecharais el tiempo juntos sin interrupciones.

Era una mentira plausible. El tipo de cosa considerada que haría Audrey. Pero Diane la conocía demasiado bien para que la engañara tan fácilmente.

—Audrey —dijo Diane, cerrando la puerta y dirigiéndose hacia el sofá—. Te he estado llamando todo el fin de semana y no me has cogido el teléfono, y ahora que puedo verte, parece como si hubieras estado llorando. Así que, por favor, no me digas que solo has estado «relajándote» —dijo, haciendo el gesto de las comillas con los dedos.

Audrey se envolvió de nuevo en la manta. Se sentía expuesta y vulnerable bajo el escrutinio de Diane.

—¿Cómo está Lucas? —preguntó, tratando de cambiar de tema —. ¿Se está adaptando bien?

—Lucas está bien. De hecho, está muy bien —respondió Diane—. Se pasó la mayor parte del viernes dibujando y contándome historias sobre su escapada épica desde Indianápolis. Es un niño muy resistente y con un gran espíritu de aventura.

Diane se sentó en el sofá, apartando un paquete vacío de Oreos para abrir hueco.

—Pero no estamos hablando de Lucas ahora mismo. Estamos hablando de por qué pareces como si alguien hubiera atropellado a tu mascota favorita.

Audrey se sentó en el otro extremo del sofá, poniendo la mayor distancia posible entre ella y Diane sin parecer una antisocial.

—Solo he tenido un par de días difíciles. No es gran cosa.

—¿Días difíciles por qué?

—Trabajo. Vida. Ya sabes, las cosas habituales.

Diane la estudió durante un largo rato, y Audrey pudo ver las ruedas girando en su cabeza, como los entresijos de un reloj. Diane tenía una mente analítica (debía tenerla para ser una buena consultora), y claramente estaba procesando toda la evidencia disponible para llegar a una conclusión.

—Audrey —dijo finalmente—. ¿Esto tiene algo que ver con Trevor?

Audrey sintió que toda la sangre se drenaba de su rostro.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque el jueves te conté que Trevor lo estaba pasando mal con todo el jaleo de lo de Lucas, y dijiste que querías que supiera que te preocupabas por él. Y ahora, tres días después, estás en modo depresión total engullendo Oreos sin parar.

—Es... es una coincidencia.

—¿Sí?

Audrey trató de mantener el contacto visual con Diane, pero era imposible. Sus ojos seguían desviándose hacia los paquetes de galletas, hacia las mantas arrugadas, hacia cualquier cosa que no fuera la expresión cada vez más sospechosa que reflejaba el rostro de Diane.

—Audrey Carlson —dijo Diane, usando el mismo tono que probablemente usaba cuando trataba de cerrar una negociación con clientes difíciles—. ¿Has visto a Trevor desde el jueves?

El silencio se extendió entre ellas como una confesión.

Diane se llevó la mano a la boca.

—Oh, Dios mío —murmuró—. Lo has visto. ¿Cuándo? ¿Dónde?

Audrey cerró los ojos unos instantes, sabiendo que había llegado el momento de rendirse. Diane era como un perro con un hueso cuando olfateaba una historia, y claramente no iba a dejar el tema hasta obtener respuestas.

—Vino aquí —admitió finalmente—. El jueves por la noche. Después de la pelea que tuvo con vuestro padre.

—¿Vino aquí? —repitió Diane, su voz subiendo una octava—. ¿A tu piso?

—Sí.

—¿Y?

Audrey miró a Diane, que estaba inclinada hacia adelante con una expresión de asombro.

—Y me contó lo que había pasado. Le ofrecí una copa de vino, lo escuché, y... —Se detuvo, no muy segura de cómo continuar.

—¿Y qué, Audrey?

—Y nos besamos.

CAPÍTULO 67

—¡Lo sabía! —exclamó Diane, aplaudiendo con las manos en el aire—. ¡Sabía que había algo entre vosotros! Desde California he sabido que...

—Diane —la interrumpió Audrey—. No he terminado.

Diane enarcó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

Audrey tomó una respiración profunda, preparándose para la parte más difícil de la confesión.

—Quiero decir que no solo nos besamos. Nos... acostamos.

Diane dejó escapar un gritito.

—Ay, no me lo digas. Seguro que os declarasteis vuestro amor, dormisteis juntitos toda la noche…

—No exactamente —dijo Audrey, haciendo una mueca con la nariz.

Diane frunció el ceño, visiblemente confundida.

—¿No dormisteis juntos?

—Se fue en mitad de la madrugada. Antes de que yo despertara. Sin decir adiós, sin dejar una nota, sin nada.

La expresión de alegría en el rostro de Diane se desplomó lentamente, reemplazada por algo mucho más oscuro.

—¿Se fue? —preguntó, su voz peligrosamente tranquila.

—Sí.

—¿Sin explicación?

—Sin explicación.

—¿Sin ni siquiera mandarte un WhatsApp después?

—Nada. Ni una palabra desde entonces.

Diane se quedó callada, y Audrey pudo ver las emociones pasando por su rostro como si fueran nubes preparándose para una

tormenta: shock, comprensión, y luego una ira que se fue intensificando a pasos agigantados.

—Ese... —comenzó Diane, luego se detuvo, tratando de encontrar palabras lo suficientemente fuertes para expresar lo que estaba sintiendo—. Ese idiota. Ese completo y absoluto idiota. Cabrón…

—Diane...

—No puedo creer que hiciera eso. No puedo creer que viniera a tu piso en el estado emocional en el que estaba, se acostara contigo, y luego huyera como un adolescente asustado.

—No fue...

—¡Sí fue! —interrumpió Diane, levantándose del sofá y comenzando a caminar de un lado a otro del salón—. Es exactamente lo que fue. Y voy a matarlo. Literalmente voy a matarlo. Y será lento y será doloroso.

—Diane, por favor...

—No, no me digas «por favor». Mi hermano acaba de tratar a mi mejor amiga como una aventura de una noche barata, y eso no está bien. No, no está bien, joder.

—No fue así. Bueno, técnicamente fue así, pero no creo que fuera su intención...

—¿Su intención? —Diane se giró de golpe para enfrentarla—. Audrey, es un hombre de casi treinta años. Sabe exactamente qué mensaje envía cuando se escabulle en la madrugada.

—Tal vez tenía sus razones...

—¡Por supuesto que tenía sus razones! Y una de ellas es que es un cobarde que huye cada vez que algo se pone serio. Evita el compromiso como si fuera una enfermedad contagiosa.

Diane cogió su bolso, buscando su teléfono con determinación.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Audrey con pánico.

—Voy a llamarlo. Voy a decirle exactamente lo que pienso de su comportamiento.

—¡No! —Audrey saltó del sofá, alcanzando el teléfono de Diane —. No puedes hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque... porque no quiero que se sienta obligado a llamarme o disculparse porque su hermana lo ha regañado. Si va a ponerse en contacto conmigo, quiero que sea porque él quiere hacerlo.

Diane se detuvo, mirando a Audrey con una expresión que mezclaba frustración y comprensión.

—Audrey...

—Y, además… —continuó Audrey rápidamente—. Es tu hermano. Y ahora mismo necesita tu apoyo para la situación que está atravesando con Lucas. No quiero ser el motivo por el que tengáis problemas.

—Él es quien causó el problema, no tú.

—Aun así. Por favor, Diane. Prométeme que no vas a enfrentarte a él por esto —suplicó Audrey—. Ya tenéis bastantes problemas, no es necesario añadir uno más.

Diane dejó caer el teléfono de vuelta en el bolso, pero Audrey podía ver que seguía luchando con el impulso de hacer algo.

—No es justo —murmuró Diane—. No es justo lo que te ha hecho.

—Lo sé —dijo Audrey, sintiendo que las lágrimas amenazaban con deslizarse por sus mejillas—. Pero es lo que hay. Y tal vez sea mejor así.

—¿Cómo puede ser mejor?

Audrey regresó al sofá, envolviéndose de nuevo en la manta como si fuera una armadura.

—Porque ahora sé dónde estoy parada. Ahora sé cómo está la situación. Sé que lo que pensé que sentí en California, lo que pensé que había entre nosotros... no era real. Al menos no para él.

—¿Y si estás equivocada?

—No estoy equivocada, Diane. Los hombres que se preocupan por ti no huyen en plena madrugada de manera furtiva.

—Sí, vale, tienes razón. —Diane se sentó de nuevo en el sofá. En aquella ocasión más cerca de Audrey, y tomó su mano entre las suyas.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó suavemente—. ¿Cómo puedo ayudar?

Audrey ladeó la cabeza.

—Puedes no odiar a tu hermano por mi culpa. Y puedes hacer como si nunca hubiéramos tenido esta conversación.

—No voy a odiarlo —prometió Diane—. Pero estoy muy decepcionada de él. Y definitivamente no voy a hacer como si no hubiéramos hablado de esto.

—Diane...

—No voy a enfrentarme a él. Pero tampoco voy a actuar como si todo fuera normal entre nosotros hasta que se disculpe apropiadamente contigo.

Audrey sintió una nueva ola de culpa.

—No quiero causar ningún problema familiar —dijo.

—No estás causando ningún problema familiar. Trevor causó un problema familiar cuando decidió comportarse como un idiota con mi mejor amiga.

Diane apretó la mano de Audrey.

—¿Sabes lo que más me molesta?

—¿Qué?

—Que pensé que podía haber algo entre vosotros. Algo más que un simple revolcón —bromeó, tratando de quitarle tensión al momento. Audrey sonrió—. No, en serio… —prosiguió Diane, adoptando un tono de voz más grave—… Pensé que la forma en que te había cuidado en California, la forma en que se había preocupado de ti significaba algo… como si hubiera encontrado algo que no sabía que estaba buscando.

Audrey sintió que su pecho se apretaba dolorosamente.

—Está claro que te equivocaste —dijo.

Diane se mordió el labio de abajo.

—¿Y si no me equivoqué? ¿Y si está asustado porque le importas demasiado? —soltó de pronto.

Audrey lanzó un suspiro cargado de resignación. Diane era imposible.

—Tienes que dejar de hacer eso —aseveró Audrey

—¿De hacer qué?

—De tratar por todos los medios de justificar el comportamiento de tu hermano, amparándote en ese tipo de excusas.

—Pero ¿y si realmente está asustado porque le importas demasiado? —insistió Diane.

Audrey inhaló hondo para armarse de paciencia.

—Entonces esa es su decisión. Y yo tengo que respetar esa decisión, incluso si duele —respondió.

Diane la estudió unos segundos, y Audrey pudo ver admiración mezclada con tristeza en sus ojos.

—Eres mejor persona de lo que él se merece ahora mismo —aseveró Diane.

—No soy mejor persona que él. Solo soy alguien que está tratando de mantener algo de dignidad en una situación humillante.

—Para que conste —dijo Diane—. Creo que mi hermano acaba de cometer el mayor error de su vida. Y espero que se dé cuenta de eso antes de que sea demasiado tarde.

Audrey sonrió débilmente con un halo de tristeza.

—¿Y si no se da cuenta?

—Pues él se lo habrá perdido. Y tendrá que vivir con el arrepentimiento toda su vida.

Se quedaron sentadas en silencio, Diane sosteniendo la mano de Audrey mientras la lluvia continuaba golpeando contra las ventanas.

—¿Vas a estar bien? —preguntó finalmente.

—Sí —respondió Audrey—. Solo necesito tiempo para... procesar todo esto.

—¿Quieres que me quede? Podemos ver películas malísimas y comer los restos de las Oreos que has dejado.

—¿No tienes que volver con Lucas?

—Lucas está hoy con mi hermano Malcolm. Están en el *Navy Pier*, teniendo algún tipo de experiencia de unión fraternal. No tengo que recogerlo hasta esta noche.

Audrey sintió una ola de gratitud por tener una amiga que estaba dispuesta a pasar su domingo libre consolándola.

—Me encantaría que te quedaras —admitió—. Pero primero, necesito ducharme. Y cambiarme de ropa. Y tal vez cepillarme los dientes.

—Buena idea —dijo Diane—. Mientras tanto, voy a limpiar este desastre de Oreos y a hacer té.

Audrey se dirigió al baño, pero antes se giró para mirar a Diane.

—¿Diane?

—¿Sí?

—Gracias. Por venir a comprobar cómo estaba. Por preocuparte.

—Para eso están las amigas —respondió Diane simplemente—. Y Audrey... pase lo que pase con Trevor, no dejes que esto te haga cerrar tu corazón, ¿vale? Hay otros hombres ahí fuera que serían lo suficientemente inteligentes como para quedarse.

Audrey asintió, aunque en ese momento no podía imaginar querer que ningún otro hombre se quedara.

Porque por mucho que Trevor le hubiera hecho daño, por mucho que hubiera malinterpretado lo que había entre ellos, no podía arrepentirse completamente de haberlo querido.

Incluso si había sido solo durante una noche.

Incluso si él nunca lo iba a saber.

CAPÍTULO 68

Diane llegó al despacho de Trevor a las tres en punto del lunes, como habían acordado, para discutir los próximos pasos en la batalla legal por la custodia de Lucas.

Llevaba un traje de chaqueta azul marino que gritaba «consultora profesional en modo de negocios», pero Trevor había notado inmediatamente la tensión en sus hombros, la forma en que su sonrisa habitual se veía ligeramente forzada cuando había saludado a Margaret.

Conocía bien a su hermana.

También había notado que no había hecho contacto visual con él ni una sola vez desde que había entrado en el despacho.

Eso debería haber sido su primera señal de alarma.

—Los documentos para la petición de la custodia están casi listos —dijo Trevor, manteniendo su voz en tono profesional, mientras deslizaba una carpeta por el escritorio hacia Diane—. Mi investigador privado ha conseguido documentación sobre el historial disciplinario de Ashworth Academy, incluyendo varios informes de *bullying* que fueron ignorados por la administración.

Diane hojeó los documentos sin realmente leerlos. Prefería hacerlo tranquilamente en casa.

—¿Y los tiempos? —preguntó. Su voz era plana, sin el énfasis que Diane solía ponerle.

—Podemos presentar los documentos el viernes. Espero la respuesta de los abogados de Raymond dentro de una semana, dos como máximo.

—Mmmm… —Los movimientos de Diane eran tensos y mecánicos.

Trevor estudió el rostro de su hermana, notando la forma en que evitaba su mirada, cómo sus dedos tamborileaban contra el brazo de la silla con un nerviosismo contenido.

—Diane, ¿hay algo más que necesitemos discutir? Porque pareces... tensa.

—No estoy tensa —respondió ella demasiado rápido—. Solo estoy preocupada por Lucas.

—¿Por algo específico?

—No. Solo... ya sabes, toda la situación.

Trevor se recostó en su sillón, y su instinto legal se activó. Había interrogado a suficientes testigos esquivos en su vida para reconocer cuando alguien estaba ocultando algo.

—Diane, ¿qué está pasando?

—No sé de qué hablas.

—Habló del hecho de que llevas aquí veinte minutos y no me has mirado directamente ni una sola vez. Del hecho de que estás respondiendo a todo con monosílabos. Del hecho de que claramente hay algo que quieres decir, pero no estás diciéndolo.

Diane finalmente levantó la vista hacia Trevor, y él vio inmediatamente que había algo ardiendo detrás de su expresión cuidadosamente neutra. Algo que se parecía peligrosamente a la ira.

—¿Realmente quieres hacer esto, Trevor?

—¿Hacer qué?

—¿Realmente quieres que tengamos esta conversación?

Una sensación de inquietud se instaló en el estómago de Trevor. Conocía ese tono de voz. Era el mismo tono que Diane había usado cuando tenían diez y doce años y él había roto accidentalmente su muñeca favorita. Era el tono que significaba que estaba a punto de ser castigado por algo, pero no estaba seguro de qué.

O sí.

—No sé de qué conversación hablas.

Diane cerró la carpeta de la documentación con más fuerza de la necesaria.

—Hablo de la conversación sobre cómo pudiste acostarte con Audrey y luego escabullirte en la madrugada como un completo cobarde.

Hala, ya lo había dicho.

Trevor se quedó inmóvil, procesando las palabras que acababa de escuchar, sintiendo como si alguien le hubiera arrojado un cubo de agua helada en la cabeza.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Ya me has oído.

—¿Te lo ha contado Audrey?

—No —replicó Diane con firmeza—. Audrey no me ha contado nada. Tuve que sacárselo, casi arrancárselo con un sacacorchos después de que pasara todo el fin de semana comiendo galletas Oreo y evitando mis llamadas telefónicas.

Trevor sintió que una mezcla de horror y traición se elevaba en su pecho.

—Entonces sí te lo ha dicho.

—Solo después de que me presentara en su piso y la encontrara en el estado más patético que la he visto jamás. Y solo después de que prometiera no enfrentarme a ti por ello.

—¿Prometiste no enfrentarte a mí?

—Sí. Una promesa que claramente estoy rompiendo ahora mismo, lo cual significa que Audrey probablemente me va a matar. Pero ¿sabes qué, Trevor? Me da igual.

Diane se levantó de la silla, y empezó a caminar de un lado a otro frente al escritorio de su hermano.

—Porque lo que le hiciste fue una cabronada —continuó sin poder contenerse—. Algo cruel e inmaduro y completamente inaceptable.

—No tienes ni idea de lo que ha pasado entre Audrey y yo —respondió Trevor, sintiendo cómo sus propias defensas se activaban.

—¿No? Entonces ilumíname. Explícame cómo vas a su casa después de la pelea más brutal de tu vida con papá, le lloriqueas, te acuestas con ella, y luego desapareces antes del amanecer sin ni siquiera dejar una nota de despedida.

Trevor se levantó. De pronto necesitaba estar de pie para mantener aquella conversación.

—¿Cómo sabes todos esos detalles?

—Porque obligué a Audrey a que me los contara. Ya que ella es demasiado educada y demasiado discreta para calificarte como el gilipollas insensible que claramente eres.

—Diane...

—No, no me digas «Diane» en ese tono condescendiente. Quiero una explicación. Quiero que me digas cómo pudiste hacer eso a alguien que se preocupa por ti.

Trevor se pasó ambas manos por el pelo, sintiendo como si estuviera siendo atacado desde múltiples ángulos.

—Es complicado —respondió simplemente.

Diane frunció el ceño.

—¿Complicado de qué manera?

—Es complicado porque, en primer lugar, no debería haber ido a su casa. Estaba alterado, confundido, no pensaba con claridad...

—¿Y eso es una excusa para tratarla como a una prostituta?

—¡No la traté como a una prostituta!

—¿No? Porque según lo veo yo, ir a la casa de una mujer cuando estás emocionalmente vulnerable y tocado anímicamente, acostarte con ella, y luego largarte sin dar explicaciones después de echar un polvo, es exactamente como se trata a alguien que no consideras digno de respeto… Ni siquiera básico.

Trevor sintió que la rabia comenzaba a subir por su garganta, mezclándose con la confusión y el sentimiento de culpa que había estado cargando desde el viernes por la mañana.

—No sabes de qué hablas, Diane. No tienes ni idea de lo que pasaba por mi cabeza.

—¡¿Y qué pasaba por tu cabeza que haga que tu comportamiento sea aceptable?!

—¡Cometí un error! —explotó Trevor—. Fui a su casa cuando no debería haber ido, hice cosas que no debería haber hecho, y luego me di cuenta de que había jodido todo y traté de minimizar el daño.

—¿Minimizar el daño? ¿Escapándote como un ladrón?

—¡Escapándome antes de que pudiera empeorar las cosas!

Diane se detuvo y se giró para enfrentarlo cara a cara.

—Trevor, ¿me estás diciendo que pensaste que la mejor manera de manejar la situación era simplemente... desaparecer?

—Estoy diciendo que me di cuenta de que había cometido un error enorme y que no quería complicar más las cosas.

—¿Un error?

—Sí, un error. Un error estúpido e innecesario, porque tendría que haberlo evitado.

—¿Acostarte con Audrey fue un error?

Trevor vaciló, porque la verdad era que acostarse con ella le había hecho sentir de una manera que no había sentido nunca. Había sido todo lo que había venido después lo que había sido un error. Pero no podía decirlo.

—Sí —mintió—. Fue un error.

—Eres un maldito mentiroso —dijo Diane con una convicción que lo sorprendió—. Y también eres un cobarde.

—No soy un cobarde.

—¿No? Entonces ¿por qué no pudiste quedarte y tener una conversación adulta con ella sobre lo que había pasado?

—Porque no había nada que discutir. Fue un error, punto final. —Trevor trató de dar la conversación por zanjada.

—¿Un error que repetiste varias veces a lo largo de la noche?

Trevor notó que sus mejillas se calentaban. ¡Joder!

—Eso no es asunto tuyo.

—Se convierte en asunto mío cuando haces daño a mi mejor amiga. Se convierte en asunto mío cuando mi hermano actúa como un completo idiota.

—Diane, no me conoces tan bien como piensas...

—Te conozco perfectamente —lo interrumpió ella—. Te conozco desde que eras un niño. Y sé que cuando algo te asusta, huyes. Has estado huyendo de cualquier cosa que implique emociones y sentimientos durante toda tu vida adulta.

—Eso no es verdad —aseveró Trevor.

—¿No? ¿Entonces por qué no tienes ninguna relación que haya durado más de unas pocas semanas? ¿Por qué cada vez que una mujer empieza a significar algo para ti, encuentras una razón para alejarte?

Trevor sintió como si le hubieran golpeado. Porque por mucho que odiara admitirlo, había algo de verdad en lo que Diane estaba diciendo.

—Soy como soy, Diane. No puedo cambiar.

—No es que no puedas cambiar. Es que tienes demasiado miedo de intentarlo.

—No tengo miedo...

—¡Por supuesto que tienes miedo! —gritó Diane—. ¡Tienes miedo de que, si dejas que alguien se acerque lo suficiente, te haga daño como papá hizo daño a mamá! ¡Tienes miedo de que, si realmente amas a alguien, terminarás siendo como él!

Las palabras sacudieron a Trevor como proyectiles físicos, cada una encontrando su lugar con una precisión devastadora.

—No sabes de qué hablas —murmuró, pero su voz había perdido toda su fuerza.

—Sé exactamente de qué hablo. ¿Y sabes qué es lo más frustrante? Que Audrey es exactamente el tipo de mujer de la que podrías enamorarte si te dieras la oportunidad. Es inteligente, divertida, comprensiva, guapísima, y por alguna razón inexplicable, realmente se preocupa por ti.

—Diane...

—Y en lugar de darte cuenta de lo afortunado que eres de que alguien como ella esté interesada en ti, estás tan ocupado saboteando cualquier posibilidad de felicidad que llega, que ni siquiera puedes ver lo que estás perdiendo.

Trevor se dirigió hacia la ventana. Quería poner distancia entre él y el ataque implacable de Diane.

—Esto es exactamente lo que sabía que pasaría —murmuró.

—¿Que pasaría qué?

—¡Esto! —Se giró para enfrentarla de nuevo—. Esta conversación, este drama, estas complicaciones. Sabía que, si algo pasaba entre Audrey y yo, terminaría exactamente así.

—¿Sabías que terminaría regañándote por comportarte como un idiota?

—Sabía que terminaría en una tremenda discusión, cruzando líneas familiares y hablando de cosas de las que no me apetece hablar.

Diane lo miró como si le acabara de confesar que era un marciano.

—Trevor, ¿realmente estás culpándome de todo esto?

—Estoy diciendo que nada de esto habría pasado, si no hubieras tenido la maravillosa idea de que fingiera ser el novio de Audrey en la boda de su maldito ex.

Diane enarcó las cejas.

—¿Estás bromeando? ¿En serio me estás culpando por lo que ha pasado entre vosotros?

—Estoy diciendo que fue idea tuya ponerme en esa situación. Fue idea tuya que pasáramos tres días fingiendo estar en una relación, fingiendo que estábamos enamorados. Fue idea tuya que...

—¡Mi idea fue que le hicieras un favor a una amiga! —interrumpió Diane—. ¡Mi idea fue que fueras amable con alguien que necesitaba ayuda! ¡Pero yo no tengo la culpa de que te hayas enamorado de ella!

Las palabras quedaron colgando en el aire, cargadas de una verdad que Trevor no estaba listo para enfrentar.

—No estoy enamorado de ella —dijo automáticamente.

Diane se echó a reír, pero no había humor en el sonido.

—Dios, eres aún más patético de lo que pensaba.

—Diane... —Su nombre sonó a amonestación.

—No, no me digas nada más. Ya he escuchado suficiente —atajó ella. Estaba cansada de aquella discusión, porque intentar razonar con Trevor era como intentar razonar con una pared de cemento.

Se dirigió a la puerta, pero se detuvo antes de abrirla, y se giró hacia él.

—Para que lo sepas, Trevor, Audrey me pidió específicamente que no te dijera nada sobre esto. Me hizo prometerle que dejaría las cosas como están. ¿Sabes por qué?

Trevor no respondió.

—Porque a pesar de hacerla sentir como una mierda, todavía se preocupa por ti lo suficiente como para no querer causar problemas entre nosotros. Porque es mejor persona de lo que te mereces.

—¿Ya has terminado? —fue la pregunta de Trevor.

—No, no he terminado. También quiero que sepas que cuando te des cuenta de lo estúpido que has sido, cuando finalmente entiendas lo que perdiste, va a ser demasiado tarde. Porque Audrey no va a esperarte siempre. Y cuando encuentre a alguien que realmente la aprecie, que sea lo suficientemente valiente como para quedarse con ella, vas a tener que vivir sabiendo que podrías haber sido tú.

Con eso, Diane abrió la puerta del despacho.

—Y Trevor… Para que conste, esto no tiene nada que ver con California o con haber fingido ser novios. Esto tiene que ver con el hecho de que eres demasiado cobarde para admitir que finalmente has encontrado a alguien que vale la pena el riesgo.

La puerta se cerró detrás de ella con un *clic* suave que de alguna manera sonó más fuerte que un portazo.

CAPÍTULO 69

Trevor se quedó inmóvil en el despacho, rodeado por el silencio y el eco de unas palabras que no quería examinar demasiado de cerca.

Durante varios minutos después de que Diane se fuera, no se movió, como si el movimiento pudiera de alguna manera hacer que las palabras de su hermana se volvieran más reales, más imposibles de ignorar.

Su reflejo en la ventana le devolvía su imagen: un hombre en un traje impecable, en una oficina perfectamente ordenada, con una vida perfectamente controlada que de repente se sentía completamente vacía.

«Eres demasiado cobarde para admitir que finalmente has encontrado a alguien que vale la pena el riesgo.»

Las palabras de Diane resonaban en su cabeza como una campana.

Pero no podía ser verdad.

No podía permitir que fuera verdad.

Porque si era verdad, significaba que había cometido el mayor error de su vida.

Y Trevor Hunter no cometía errores de esa magnitud.

¿Verdad?

Se dirigió hacia su escritorio con movimientos mecánicos, como si la costumbre de sentarse en su sillón de cuero pudiera restaurar algo de normalidad.

Pero cuando se acomodó, lo único que pudo ver fueron los documentos de la custodia que había estado revisando con Diane, recordándole que incluso las conversaciones profesionales con su hermana ahora estaban contaminadas por su desastre personal.

Cerró la carpeta de un golpe y la empujó hacia un lado.

Abrió su portátil con la determinación de perderse en el trabajo, en algo que pudiera controlar completamente.

Tenía emails que responder, casos que revisar, testigos a los que llamar. Tenía una vida perfectamente ordenada que había funcionado bien para él durante años.

Pero las palabras en la pantalla se mezclaban unas con otras, sin sentido.

Su mente seguía regresando a la expresión en el rostro de Diane cuando había dicho «has encontrado a alguien que vale la pena el riesgo.»

«Audrey no va a esperarte siempre.»

Trevor cerró el portátil bruscamente y se levantó del sillón. Se dirigió hacia la ventana de nuevo, y apoyó las palmas contra el cristal frío mientras miraba Chicago extenderse debajo de él. Desde aquella altura, las personas en las aceras parecían hormigas, las vidas individuales se reducían a puntos que se movían sin un propósito aparente.

Era una visión tranquilizadora, pero en aquel momento, solo lo hacía sentirse más aislado.

Su teléfono vibró en su bolsillo. Un WhatsApp.

Durante un segundo, el corazón de Trevor se aceleró con una esperanza irracional de que fuera Audrey, de que hubiera decidido romper el silencio, de que le diera la oportunidad de... ¿qué? ¿Disculparse? ¿Explicarse? ¿Complicar más las cosas?

Era un cliente preguntando sobre el estado de su divorcio.

Trevor se guardó el teléfono de nuevo en el bolsillo, sin responder.

Se pasó la mano por el pelo, varios mechones cayeron por su frente.

Alzó los ojos.

Su reflejo en la ventana le devolvía la mirada verde. Se sentía desaliñado, tenso, nada que ver con el abogado controlado y competente que se suponía que era.

«Yo no tengo la culpa de que te hayas enamorado de ella.»

«No estoy enamorado de ella —había respondido automáticamente.»

Se giró y enfiló los pasos hacia el minibar que había en la esquina de su despacho, un accesorio que había instalado para impresionar a los clientes pero que rara vez usaba. Se sirvió dos dedos de whisky escocés, aunque técnicamente aún estaba en horario de trabajo.

—A la mierda con el horario de trabajo —masculló, y dio un trago largo.

El whisky sin hielo le quemó la garganta, pero no consiguió quemar la imagen de Audrey despertando sola, encontrando su lado de la cama frío, dándose cuenta de que él había huido como un cobarde.

«Pasó todo el fin de semana comiendo galletas Oreo y evitando mis llamadas telefónicas.», le había dicho Diane.

Trevor cerró los ojos, sintiendo una ola de autoodio tan intensa que fue físicamente nauseabunda.

Había herido a Audrey. La había herido de una manera que era innecesaria y cruel, y lo había hecho porque era demasiado cobarde para enfrentarse a ella.

Diane tenía razón. Era un cobarde.

Pero saber eso no cambiaba los hechos. No cambiaba que era exactamente el tipo de hombre que las mujeres como Audrey deberían evitar. No cambiaba que tenía el historial emocional de un sociópata cuando se trataba de relaciones sentimentales. No cambiaba que, inevitablemente, encontraría una manera de hacerle daño peor de lo que ya lo había hecho.

El teléfono fijo del despacho sonó. Trevor dejó el vaso de whisky sobre el minibar y lo cogió.

—Señor Hunter, su cita de las cuatro está aquí —anunció la voz de Margaret.

Trevor se había olvidado completamente de que tenía una cita.

Miró su calendario. Una reunión con un nuevo cliente sobre un divorcio en el que su exmujer pretendía arruinarlo.

—Hazle pasar en cinco minutos —respondió.

—Vale —dijo la secretaria al otro lado de la línea.

Trevor se dirigió al baño privado de su despacho. Se echó agua fría en la cara, se arregló un poco el pelo y se ajustó la corbata.

Frente al espejo, logró reconstruir la máscara de profesionalidad que había perfeccionado durante años.

—Puedes hacer esto —se dijo a sí mismo a media voz—. Puedes volver al trabajo, puedes fingir que nada ha cambiado, puedes continuar con tu vida exactamente como era antes.

Pero incluso mientras lo decía, sabía que era otra mentira. Porque algo había cambiado. Había probado algo que no sabía que existía, había sentido algo que había estado evitando toda su vida.

Y ahora tenía que encontrar una manera de vivir sin ello.

Trevor regresó a su escritorio, presionó el botón del intercomunicador.

—Margaret, hazlo pasar, por favor.

Y durante las siguientes dos horas, se sumergió en los detalles del derecho, en la complejidad de las leyes y los decretos, en el mundo seguro y predecible de divorcios y separaciones.

Pero incluso mientras hablaba con su nuevo cliente, parte de su mente estaba con una mujer que comía galletas Oreo cuando estaba triste, que le había abierto su puerta a medianoche sin hacer preguntas, que había entendido su dolor sin necesidad de explicaciones.

Una mujer que merecía mucho más de lo que él había sido capaz de dar.

Una mujer que, según Diane, no lo esperaría siempre.

«Bueno —pensó Trevor mientras fingía prestar atención a su cliente—. Tal vez eso sea lo mejor para ella.»

CAPÍTULO 70

La Galería Whitmore se había convertido en un espacio de ensueño para la inauguración de «Luces del Norte: Expresionismo Contemporáneo Escandinavo», la exposición que había consumido los últimos tres meses de la vida profesional de Audrey.

Las paredes blancas inmaculadas de la galería proporcionaban el lienzo perfecto para las obras vibrantes de artistas nórdicos emergentes, mientras que la iluminación cuidadosamente calibrada hacía que cada pincelada pareciera cobrar vida propia.

Audrey se movía entre los invitados con la gracia de alguien que había organizado docenas de recepciones. Su elegante vestido negro de líneas simples le permitía mezclarse con la multitud mientras supervisaba discretamente cada detalle.

Durante las últimas dos semanas, desde su conversación con Diane, Audrey había encontrado refugio en el trabajo. Las demandas meticulosas de montar una exposición (coordinar préstamos de obras de museos internacionales, escribir textos de catálogo, supervisar la instalación de cada obra) habían proporcionado exactamente el tipo de distracción que necesitaba.

Era trabajo que requería precisión, paciencia y una atención obsesiva en los detalles.

Era trabajo que no dejaba espacio mental para pensamientos sobre hombres de ojos verdes que desaparecían antes del amanecer.

Al menos, esa había sido la teoría.

En la práctica, Audrey había descubierto que la mente humana era extraordinariamente capaz de hacer multitarea emocional.

Podía escribir ensayos sobre las influencias de Munch en artistas contemporáneos, mientras simultáneamente recordaba la sensación de los dedos de Trevor trazando figuras en su piel. Podía negociar

con transportistas internacionales de arte, al mismo tiempo que escuchaba el eco fantasma de su voz susurrando su nombre mientras tenía un orgasmo.

Pero aquella noche, mientras observaba a los invitados interactuar con las obras que había seleccionado y colocado con tanto cuidado en las paredes de la galería, finalmente sentía algo parecido a orgullo profesional.

La exposición estaba siendo un éxito.

Los críticos habían respondido positivamente a su selección y varios coleccionistas importantes habían expresado interés serio en adquirir algunas obras.

Era exactamente el tipo de validación profesional que había estado buscando durante años.

«Al menos una parte de mi vida está funcionando», pensó mientras observaba a una pareja de mediana edad discutir animadamente sobre una pintura con un paisaje abstracto particularmente vibrante.

—¿Disculpe? ¿Señorita Carlson? —Una voz masculina con un ligero acento sonó a su espalda.

Audrey se giró para encontrar a un hombre que claramente no pertenecía a la típica multitud de inauguración de Chicago. No porque estuviera fuera de lugar (su traje era impecable y su postura perfectamente elegante) sino porque había algo intrínsecamente europeo en su presencia que lo distinguía de la elegancia norteamericana que la rodeaba.

Era alto, guapo (endiabladamente guapo), probablemente de treinta y pocos años, con el tipo de rostro que parecía haber sido esculpido por un artista del Renacimiento: líneas angulares pero suaves, ojos oscuros que sugerían inteligencia y humor, y un bronceado que hablaba de veranos mediterráneos. Su cabello negro estaba perfectamente peinado hacia atrás, y cuando sonrió, Audrey notó que tenía exactamente una de esas sonrisas radiantes que haría suspirar a generaciones de mujeres.

—Sí, soy Audrey Carlson —respondió, extendiendo automáticamente su mano en un gesto profesional—. ¿Nos conocemos?

—Lamentablemente no —dijo el hombre, tomando su mano con un apretón firme—. Me llamo Marco Benedetti. Soy el dueño del Museo Benedetti en Roma.

Audrey sintió que sus cejas se alzaban involuntariamente.

El Museo Benedetti no era cualquier institución artística, era una de las galerías privadas más prestigiosas de Europa, conocida por su colección de arte contemporáneo y sus exposiciones innovadoras.

—Es un placer conocerlo, señor Benedetti —dijo, tratando de mantener su voz profesionalmente tranquila, a pesar de que su mente estaba corriendo con cientos de preguntas—. ¿Qué lo trae a Chicago?

—En realidad —respondió Marco, recorriendo con los ojos la galería—, he venido específicamente para ver su trabajo.

—¿Mi trabajo?

—He estado siguiendo su carrera durante varios meses, señorita Carlson. Su exposición del año pasado sobre arte latinoamericano contemporáneo causó bastante revuelo en círculos europeos. Y esta noche... —Hizo un gesto elegante con la mano hacia las pinturas que los rodeaban—. Esta noche confirmo todo lo que había esperado ver.

Audrey sintió una mezcla de halago y confusión.

—Me siento muy honrada, pero no estoy segura de entender cómo...

—Mi asistente en Roma es amiga de Julia Whitmore —explicó Marco, refiriéndose a la propietaria de la galería—. Julia mencionó que estaba trabajando con una joven comisaria con mucho talento, y cuando mi asistente investigó un poco más, se encontró con críticas de su trabajo previo. Críticas muy impresionantes, debo añadir.

Se movieron juntos hacia una pintura particularmente llamativa, una interpretación contemporánea de un fiordo noruego en tonos

azules y grises que parecían cambiar dependiendo del ángulo de visión.

—Esta ubicación, por ejemplo —continuó Marco, estudiando no solo la obra sino también su posición en relación con las piezas que la rodeaban—. La forma en que ha creado un diálogo visual entre este lienzo y la serie de paisajes urbanos de Lindström… es brillante. No es algo que muchos comisarios de arte habrían visto.

Audrey se encontró sonriendo. Era exactamente la conexión que había esperado que los visitantes hicieran, pero muy pocas personas habían comentado nada acerca de ello.

—Es muy observador —admitió. «Y jodidamente guapo», pensó Audrey en silencio—. Esa unión fue una de las decisiones más difíciles de la exposición.

—¿Por qué difícil?

—Porque requería que los visitantes hicieran un salto conceptual. Lindström está trabajando con urbanización y alienación moderna, mientras que Hansen está explorando la conexión entre humanos y naturaleza. En papel, no deberían funcionar juntas —le explicó Audrey, que se encontraba con pez en el agua.

—Pero en realidad...

—En realidad, crean una conversación sobre lo que perdemos cuando nos alejamos de nuestras raíces naturales. Una conversación que ninguna de las obras podría tener sola —añadió.

Marco asintió lentamente, sus ojos moviéndose entre las pinturas con una nueva comprensión.

—Exactamente. Y es exactamente ese tipo de pensamiento innovador lo que me trae aquí esta noche —comenzó.

Se giraron para enfrentar otro conjunto de obras, pero Audrey pudo sentir que la conversación estaba dirigiéndose hacia algo más específico que una apreciación artística general.

—Señor Benedetti...

—Marco, por favor.

Audrey asintió.

—Marco, aprecio enormemente sus palabras sobre mi trabajo, pero tengo la sensación de que hay algo más concreto que quiere discutir —dijo.

La sonrisa de Marco se amplió, mostrando sus perfectas y blancas líneas de dientes, y volviéndose todavía más espectacular.

¡Dios!

Audrey podría quedarse viendo aquella sonrisa toda la noche.

—Es usted muy perceptiva. Sí, hay algo más concreto.

Se detuvieron en un rincón más tranquilo de la galería, lejos del bullicio principal de la recepción.

—El Museo Benedetti está organizando una exposición en unas semanas que será... ambiciosa, por decir poco. Estamos reuniendo obras de artistas contemporáneos de cinco continentes diferentes, todo centrado en el tema de «Fronteras: Físicas, Emocionales, Conceptuales.»

Audrey sintió un destello de interés.

—Suena fascinante —comentó. Y realmente le parecía fascinante.

—Lo será, esperamos —dijo Marco en tono distendido—. Pero es exactamente el tipo de proyecto que requiere una mente que pueda ver conexiones donde otros ven disparidad. Alguien que entienda que el arte no existe como algo individual, sino en conversación con otras obras, otras ideas, otras culturas.

—Y está buscando a alguien para ayudar con la organización —se adelantó Audrey.

—Estoy buscando a alguien que la haga conmigo. Como socia igual en el proyecto.

—Es una oportunidad increíble —dijo Audrey—. Pero suena como algo que requeriría... una presencia significativa en Roma.

—Seis meses —confirmó Marco—. De agosto a febrero. Estaría trabajando directamente conmigo y con mi equipo, tendría acceso a nuestra colección completa y, por supuesto, estaríamos encantados de proporcionar alojamiento y un paquete de remuneraciones muy generoso, aparte del sueldo.

Marco sonaba *sexy* y sugerente al hablar. ¿O eran imaginaciones de Audrey?

Audrey se quedó en silencio unos instantes, observando a los invitados de la galería, inmersos en sus conversaciones sobre arte y vida.

Seis meses en Roma, trabajando en una de las instituciones artísticas más prestigiosas de Europa, en un proyecto que sonaba exactamente como el tipo de trabajo que había soñado hacer desde que decidió convertirse en comisaria de arte.

Debería haber sido una oferta imposible de rechazar.

—Es una oportunidad extraordinaria —dijo finalmente—. Pero también es una decisión muy grande. Tengo responsabilidades aquí, compromisos...

—Lo entiendo —dijo Marco con voz suave—. No esperaba una respuesta inmediata. De hecho, sería sospechoso si me diera una respuesta sin considerar todas las implicaciones.

Alcanzó el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo una tarjeta de visita de aspecto elegante, de papel pesado color crema con letras doradas.

—Mi información de contacto —dijo, extendiéndole la tarjeta—. Y por favor, no se sienta presionada a tomar una decisión rápida. Aunque debo admitir que esperamos comenzar con la planificación a principios del siguiente mes, así que...

—¿Cuándo necesitaría una respuesta?

—Lo ideal sería dentro de dos semanas. Pero entiendo que es una gran decisión.

Audrey tomó la tarjeta, sintiendo el peso de las posibilidades que representaba.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Por supuesto.

—¿Por qué yo? No me malinterprete, aprecio la oportunidad, pero hay comisarios de arte mucho más establecidos, con más experiencia internacional...

Marco sonrió, y Audrey vio algo que parecía no profesional en su expresión. Algo que podría ser interés personal.

—Porque el talento establecido a menudo viene con ideas establecidas. Porque los comisarios con mucha experiencia internacional a veces olvidan cómo ver el arte con ojos frescos, nuevos. Y porque... —Se detuvo, como si estuviera considerando cuánto revelar—. Porque cuando vi fotos de su trabajo, cuando leí sus ensayos sobre conexión cultural a través del arte, me di cuenta de que entendía algo que muchos comisarios nunca captan.

—¿Y qué es?

—Que el arte no se trata solo de la obra en sí. Se trata de los espacios entre las obras, de las conversaciones que crean cuando se colocan juntas, de las emociones que evocan en las personas que las ven.

Esa era la filosofía que Audrey había estado tratando de llevar a cabo durante años.

—Tiene una forma muy bonita de describir lo que espero lograr en mi trabajo —admitió.

—No estoy describiendo lo que espera lograr, estoy describiendo lo que ya ha logrado.

Marco paseó la vista por la galería una vez más. Sus ojos se detuvieron en los grupos de personas congregadas alrededor de las diferentes obras, claramente involucradas en discusiones serias sobre lo que estaban viendo.

—Mire a su alrededor, Audrey. Ha creado algo aquí que va más allá de simplemente colgar pinturas en las paredes. Ha creado una experiencia. Ha hecho que estas personas se involucren con el arte de una manera que es tanto intelectual como emocional.

Audrey siguió su mirada, viendo su exposición a través de sus ojos.

Y tuvo que admitir que tenía razón.

La gente no estaba simplemente pasando por las obras; estaban deteniéndose, hablando, reaccionando.

—Es muy amable al decir eso.

—No estoy siendo amable. Estoy siendo práctico. Necesito a alguien con sus habilidades para mi proyecto.

Se giró para mirarla completamente. Su expresión era seria, pero no tenía ningún matiz de presión.

—Audrey, sé que es una gran decisión. Sé que significa dejar su vida aquí temporalmente, alejarse de todo lo familiar. Pero también sé que es exactamente el tipo de oportunidad que puede abrir puertas que ni siquiera sabía que existían —dijo Marco.

Tenía razón, y ambos lo sabían.

Una colaboración exitosa con el Museo Benedetti sería una credencial que le proporcionaría un billete directo al mundo del arte internacional.

—¿Me promete que se lo pensará? —preguntó Marco, al advertir sus reticencias—. ¿Realmente se lo pensará, no solo lo descartará porque es una decisión difícil de tomar?

Audrey estudió su rostro, buscando cualquier señal de que no fuera una oferta profesional legítima. Pero todo lo que vio fue un respeto auténtico por su trabajo y una esperanza de que dijera que sí.

—Me lo pensaré —prometió—. De verdad que me lo pensaré.

—Eso es todo lo que puedo pedir.

Marco extendió su mano otra vez, y cuando Audrey la tomó, él mantuvo el apretón unos segundos más de lo que era estrictamente profesional, mientras le sostenía la mirada.

—Ha sido un verdadero placer conocerla esta noche, Audrey. Y espero sinceramente tener la oportunidad de trabajar con usted en Roma.

—Gracias, Marco. Por la oportunidad, y por venir esta noche.

—Grazie a lei —contestó él en italiano, acompañando las palabras con una de sus radiantes sonrisas—. Y por favor, no dude en llamarme si tiene alguna pregunta sobre el proyecto, sobre Roma, sobre cualquier cosa.

—Lo haré —dijo Audrey.

Con una última sonrisa que definitivamente cruzaba la línea hacia lo personal, Marco se alejó, moviéndose a través de la multitud con la misma elegancia italiana con la que había aparecido.

Audrey se quedó de pie en el tranquilo rincón de la galería, sosteniendo la tarjeta de visita y tratando de procesar lo que acababa de suceder.

Suspiró.

Roma.

Seis meses en una de las ciudades más bonitas del mundo, trabajando exactamente en un proyecto con el que siempre había soñado. Con un hombre que claramente respetaba su trabajo y que, tenía que admitir, era condenadamente guapo.

Joder.

Era una oportunidad que debería haberla emocionado sin reservas.

Entonces, ¿por qué su primera reacción había sido encontrar razones para decir que no?

¿Por qué la idea de dejar Chicago, incluso temporalmente, parecía como si estuviera huyendo de algo?

Audrey miró la tarjeta de visita una vez más, luego la guardó cuidadosamente en uno de los bolsillos del vestido.

«Seis meses —se dijo a sí misma—. Solo seis meses. Y al final, tendrás un trabajo increíble que mostrar al mundo.»

Pero mientras regresaba a la recepción, sonriendo, conversando con los invitados y asegurándose de que todo funcionara sin problemas, una pequeña voz en el fondo de su mente seguía susurrando la misma pregunta:

«¿Estás considerando esto porque es una gran oportunidad, o porque es una forma perfecta de huir de un hombre que ya te ha demostrado que no te quiere en su vida?»

Era una pregunta que no estaba segura de estar preparada para responder.

Todavía no.

CAPÍTULO 71

La cafetería favorita de Audrey y Diane se encontraba especialmente concurrida para ser un jueves por la tarde. Estaba llena de ejecutivos de mediana edad que habían escapado de sus oficinas para darse un respiro de cafeína y universitarios que fingían estudiar mientras revisaban compulsivamente sus redes sociales.

Audrey había llegado cinco minutos antes que Diane y había conseguido su mesa habitual junto a la ventana, desde donde podía observar el constante flujo de personas en Michigan Avenue mientras esperaba.

Tenía la tarjeta de visita de Marco Benedetti en el bolso, donde había estado durante los últimos tres días desde la inauguración de la exposición.

La había sacado al menos una docena de veces, había visitado el sitio web del Museo Benedetti en más ocasiones de las que estaba dispuesta a admitir, e incluso había investigado discretamente apartamentos en alquiler en Roma. No porque hubiera tomado una decisión, se decía a sí misma, sino porque era importante hacer las debidas diligencias.

El hecho de que conociera el precio del café en el barrio de Trastevere y hubiera leído tres artículos sobre el mejor transporte público en Roma era puramente informativo.

Completamente informativo.

Por supuesto.

Diane llegó envuelta en un torbellino de energía, como era acostumbrado en ella, abanicándose con teatralidad, mientras navegaba entre las mesas con la confianza de alguien que sabía exactamente cómo moverse en espacios abarrotados.

Llevaba un vestido blanco hasta los pies con un estampado de flores en color fucsia, que Audrey reconoció como una nueva adquisición (Diane tendía a comprar ropa cara cuando estaba estresada) y poseía ese brillo en los ojos que sugería que tenía noticias que estaba ansiosa por compartir.

—Siento llegar tarde —dijo, deslizándose en la silla frente a Audrey—. Lucas decidió que hoy era el día perfecto para tener una crisis existencial sobre si debería usar sus zapatillas rojas o azules, y al parecer mi opinión sobre el tema era crucial para el destino del universo.

—¿Cómo está? —preguntó Audrey, con visible interés.

Había desarrollado un cariño real por el hermano pequeño de Diane, y sus aventuras le proporcionaban una distracción de sus propios problemas.

—Está genial, la verdad —respondió Diane, con orgullo de hermana—. Ayer me preguntó si podía aprender francés, porque ha decidido que quiere ser chef cuando sea mayor, aparte de abogado, y todos los grandes chefs necesitan saber francés. Tuve que explicarle que de momento es mejor que domine el inglés antes de preocuparse por otros idiomas.

Diane hizo una pausa para pedir un cafe *latte* con leche de avena y extra de *espresso*, una combinación que Audrey reconoció como la bebida estándar de «me encuentro manejando múltiples crisis a la vez» de Diane.

—Pero ya hemos hablado suficiente sobre mi pequeño drama doméstico —continuó Diane, enfocando toda su atención en Audrey, con la intensidad de rayos X que usaba cuando sospechaba que había una historia importante que extraer—. Tu WhatsApp era muy misterioso. ¿Qué es esa «oportunidad increíble» sobre la que querías hablar?

Audrey sintió una mezcla de emoción y nerviosismo revoloteando en su estómago.

Había estado ensayando aquella conversación muchas veces, pero ahora que el momento había llegado, no estaba segura de por

dónde empezar.

—Bueno… —comenzó, sacando la tarjeta de visita de Marco Benedetti y colocándola encima de la mesa—. En la inauguración de la exposición del martes por la noche conocí a alguien.

Diane inmediatamente se inclinó hacia adelante. Sus ojos se enfocaron en la tarjeta que Audrey había dejado entre ellas, con la intensidad de un detective estudiando una evidencia.

—Marco Benedetti, Museo Benedetti, Roma —leyó en voz alta—. ¿Museo Benedetti? ¿El Museo Benedetti?

—¿Conoces el lugar?

—¿Que si conozco el lugar? Audrey, es una de las galerías de arte contemporáneo más prestigiosas de Europa. Tuvieron esa exposición sobre arte digital el año pasado que fue reseñada en literalmente todas las publicaciones de arte importantes. —Diane enarcó las cejas —. Pero ¿qué tiene que ver contigo?

—Bueno, al parecer Marco Benedetti ha estado siguiendo mi trabajo —respondió ella.

—¿Siguiendo tu trabajo?

—Sí.

Audrey le contó a Diane toda la conversación, cómo Marco había aparecido en la inauguración, cómo había demostrado un conocimiento sorprendentemente detallado de sus exposiciones anteriores, cómo había analizado su trabajo como comisaria con una perspicacia que había sido tanto halagadora como un poco intimidante.

—Y entonces —continuó Audrey, sintiendo que su voz se aceleraba con emoción a pesar de sus intentos de sonar casual—. Me ofreció trabajar con él en una exposición. Una exposición muy importante sobre fronteras culturales, reuniendo artistas de cinco continentes diferentes.

—¿Trabajar con él? ¿Como socios iguales?

—Como socios iguales. Con crédito completo, acceso a toda su colección, y un paquete de remuneraciones que sonaba como si fuera más de lo que gano aquí en un año.

—Eso es... Audrey, ¡eso es increíble! ¡Es la oportunidad que podría...! —Diane se detuvo abruptamente, estudiando la expresión de Audrey más de cerca—. Pero hay un problema, ¿verdad?

—No es un problema, exactamente. Es solo que... tendría que mudarme a Roma durante seis meses.

—¿Seis meses?

—De agosto a febrero. Para trabajar en el proyecto completamente, para estar allí durante la organización y la inauguración.

Diane se recostó en la silla, procesando la información. Audrey pudo ver las ruedas girando en su cabeza, calculando implicaciones, leyendo entre líneas.

—Audrey —dijo finalmente—. ¿Has dicho que sí?

—Aún no. Le dije que me lo pensaría —contestó.

—¿Y?

—Me lo estoy pensando.

—¿Realmente te lo estás pensando, o ya has decidido que vas a ir?

La pregunta fue tan directa, tan perspicaz, que Audrey sintió que se sonrojaba ligeramente.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque te conozco. Y porque tienes esa mirada en los ojos que aparece cuando ya has tomado una decisión, pero estás tratando de convencerte de que aún estás considerando opciones.

—No he tomado una decisión...

—Audrey —interrumpió Diane suavemente—. ¿Has estado buscando apartamentos en Roma?

El silencio que siguió fue suficientemente revelador.

—Solo un poco —admitió Audrey—. Solo para tener una idea de qué me podría esperar si... si decidiera ir.

—¿Y has investigado lo que cuesta la vida allí?

—A lo mejor.

—¿Y te has informado sobre el transporte público?

—Eso es solo información básica que cualquier persona responsable...

—Audrey.

—Está bien, sí. He estado investigando. Mucho. Pero eso no significa que haya decidido ir.

Diane alcanzó su teléfono y abrió Google, tecleando rápidamente sobre la pantalla.

—¿Qué estás haciendo?

—Buscando fotos de ese tal Marco Benedetti.

—¿Por qué necesitas ver fotos de él?

—Porque tengo la sospecha de que hay más en esta historia de lo que me estás contando.

Diane encontró lo que estaba buscando.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Joder, está buenísimo!

—Diane...

Diane giró el teléfono hacia Audrey y se lo acercó a los ojos.

La pantalla mostraba una foto profesional de Marco en lo que parecía la inauguración de una exposición en una galería, vestido con un traje gris oscuro que le sentaba como un guante y sonriendo a la cámara con el carisma italiano que había desplegado en persona.

—No, en serio, Audrey. Este hombre es absolutamente… —Suspiró—. Wow. Es como uno de esos actores italianos que aparecen en las películas y provoca que las mujeres se desmayen en las salas de cine.

Audrey puso los ojos en blanco.

—¿No crees que estás exagerando un poco? —comentó.

—No, claro que no. ¿Es que no le has visto bien? —dijo Diane.

—Su apariencia no es relevante para...

—¿Que no es relevante? —Diane giró el teléfono de nuevo hacia ella, estudiando la foto más de cerca—. Audrey, este hombre parece como si hubiera sido tallado por el mismísimo Miguel Ángel. Y te está ofreciendo la oportunidad profesional de tu vida en una de las ciudades más románticas del mundo.

—Es una oportunidad profesional. Puramente profesional.

—¿En serio? ¿Porque cuando hablas de él, tu voz hace *esa cosa*? —Diane agitó la mano en el aire.

Audrey frunció el ceño.

—¿Qué cosa?

—Esa cosa donde tu voz se vuelve un poco más suave y tienes esa pequeña sonrisa que probablemente no te des cuenta de que estás esbozando.

Audrey se tocó conscientemente los labios, sorprendida de encontrar que efectivamente había estado sonriendo.

—No estoy haciendo ninguna *cosa* —se defendió.

—Claro que la estás haciendo. ¿Y sabes qué más creo?

—¿Qué?

Diane se inclinó hacia adelante, sus ojos brillando con la convicción de alguien que acababa de tener una epifanía importante.

—Creo que, si te vas, no vas a volver —dijo. Y su voz sonaba apagada, ligeramente triste, porque realmente lo creía.

—¿Qué quieres decir con que no voy a volver?

—Creo que vas a ir a Roma durante seis meses, vas a enamorarte de la ciudad, vas a enamorarte del trabajo, probablemente te vas a enamorar de Marco Benedetti y de su aspecto de estrella de cine, y vas a decidir quedarte para siempre.

—Eso es ridículo —saltó Audrey.

—¿Es ridículo? Piénsalo, Audrey. ¿Qué te está manteniendo realmente aquí en Chicago ahora mismo?

La pregunta golpeó más fuerte de lo que Audrey había esperado. ¿Qué la estaba manteniendo en Chicago? Su trabajo que, aunque le gustaba, no era exactamente el trabajo de sus sueños. Su piso, que era bonito, pero no irreemplazable. Sus amigos, aunque honestamente, Diane era la única persona con la que hablaba regularmente fuera del trabajo.

—Mi vida está aquí —dijo débilmente.

—¿Tu vida está aquí, o tu rutina está aquí?

—¿Cuál es la diferencia?

—La diferencia es que una vida vale la pena protegerla, luchar por ella, y una rutina es solo algo que haces porque es familiar, por costumbre.

Audrey se quedó en silencio, notando cómo algo incómodo se removía en su pecho. Porque lo cierto era que, desde la noche que había pasado con Trevor, Chicago le parecía diferente. Más pequeño, de alguna manera. Como si cada lugar al que acudiera ahora viniera con el riesgo de encontrárselo, de tener que navegar en la incomodidad de pretender que nada había cambiado.

—Además —continuó Diane—. Ni siquiera has mencionado... ya sabes. Al elefante en la habitación.

—¿Qué elefante?

—Al elefante de uno ochenta y cinco, ojos verdes, que resulta ser mi hermano y que te rompió el corazón hace tres semanas.

Audrey sintió que su respiración se volvía un poco más superficial.

—Trevor no me rompió el corazón.

—Audrey.

—Está bien, tal vez un poco. Pero no es por eso por lo que estoy considerando esta oportunidad.

—¿No?

—No. Estoy considerándola porque es una oportunidad profesional increíble que sería estúpida rechazar.

—Claro, y el hecho de que te alejaría de Chicago, y por lo tanto de cualquier posibilidad de encontrarte accidentalmente con Trevor, es solamente una coincidencia.

—Solamente una coincidencia —repitió Audrey.

Diane la estudió en silencio, y Audrey pudo ver comprensión mezclándose con una pizca de diversión en sus ojos.

—¿Sabes qué? —dijo finalmente—. No me importa cuáles sean tus razones. Si quieres ir a Roma, deberías ir a Roma.

—¿De verdad?

—De verdad. Audrey, eres una de las personas con más talento que conozco, y has estado escondiéndote en trabajos seguros y

relaciones seguras durante demasiado tiempo. Tal vez es hora de que hagas algo que te asuste un poco.

—Marco Benedetti no me asusta.

—No, pero dejar todo lo familiar que tienes aquí y empezar algo completamente nuevo en un país diferente sí te asusta. Y eso es exactamente por lo que deberías hacerlo.

Audrey sintió que unas lágrimas inesperadas empezaban a humedecer sus ojos.

—¿Vas a estar bien sin mí? Con todo lo que está pasando con Lucas y... todos los problemas familiares —dijo, haciendo un mohín.

—¿Voy a estar bien sin ti? —Diane movió la cabeza—. Audrey, voy a echarte de menos muchísimo. Vas a ser un agujero enorme en mi vida. Pero también voy a estar tremendamente orgullosa de que mi mejor amiga esté viviendo su sueño en Roma.

—Aún no he dicho que voy.

—Pero vas a ir. Lo sé, lo sabes tú, y honestamente, probablemente Marco Benedetti lo sabe también. La pregunta es cuándo vas a admitirlo.

Audrey se echó a reír a pesar de las lágrimas que amenazaban con deslizarse por sus mejillas.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —le preguntó a Diane.

—Porque te conozco —respondió ella, con una sonrisa de indulgencia en la comisura de los labios—. Y porque cuando has hablado de la conversación que habías tenido con Marco Benedetti, ha sido la primera vez en semanas que te he visto realmente emocionada por algo. No feliz, porque estás fingiendo estar bien, pero sí emocionada de verdad.

—Tal vez tengas razón.

—Por supuesto que tengo razón. Siempre tengo razón sobre estas cosas. Es mi superpoder —dijo Diane, alzando un hombro en actitud coqueta.

Audrey no tuvo más remedio que reír. Dios, cuánto iba a echarla de menos.

Diane cogió la tarjeta de visita de Marco y se la devolvió a Audrey.

—Además —añadió con una sonrisa traviesa—. Si te mudas a Roma, tendré una excusa perfecta para visitarte. Y ya sabes cuánto amo Italia… y a los italianos.

—¿Ya estás planeando vacaciones en mi vida hipotética? —dijo Audrey.

—Claro que sí. Estoy pensando en diciembre. Podríamos hacer todo el recorrido cultural. El Coliseo, el Vaticano, y todas esas cosas que los turistas siempre quieren ver.

—Estás loca —rio Audrey.

—Estoy emocionada por ti, que es muy diferente.

—Y un poco loca, también. No lo niegues.

—Sí, también —admitió Diane entre risas.

Audrey miró de nuevo la tarjeta de visita de Marco Benedetti, sintiendo que algo dentro de ella se asentaba con una resolución que había estado evitando reconocer.

—Seis meses —murmuró—. Solo seis meses.

—Solo seis meses —repitió Diane—. Y si después de irte, odias estar allí, puedes volver aquí y hacer como que nunca pasó.

—¿Y si no lo odio?

—Entonces lidiaremos con ello cuando llegue el momento.

Audrey levantó la vista para encontrar a Diane sonriéndole con una mezcla de tristeza y orgullo que hizo que su corazón se apretara.

—Te voy a echar de menos —dijo en voz baja—. Muchísimo.

—Yo también te voy a echar de menos. Pero Audrey... creo que esto es exactamente lo que necesitas ahora mismo. Una aventura. Una oportunidad de ser valiente.

—¿Y si no soy lo suficientemente valiente?

—Entonces fingirás hasta que lo seas. Es lo que hacen las mujeres fuertes.

—Te quiero mucho, Diane —dijo Audrey.

Ella sonrió.

—Yo también te quiero mucho a ti, pero eso ya lo sabes.

Audrey se guardó la tarjeta de visita en el bolso.

—Creo que voy a llamarlo —dijo—. Mañana. Voy a llamar a Marco Benedetti y a decirle que sí.

—¡Bien! —dijo Diane, levantando su *latte* en un brindis improvisado—. Por Roma, por las aventuras, y por darse cuenta de que a veces lo mejor que puedes hacer es saltar y averiguar cómo volar en el camino hacia arriba.

—Por Roma —repitió Audrey, chocando la taza de su capuchino contra la de Diane.

Y por primera vez en muchos días, cuando se imaginó el futuro, no se veía a sí misma escondida en su piso comiendo galletas Oreo y tratando de olvidar a Trevor Hunter.

Se veía a sí misma bajo el sol italiano, trabajando en algo que le apasionaba, en una ciudad que había querido visitar desde siempre.

Se veía a sí misma siendo valiente.

Siendo feliz.

Finalmente.

CAPÍTULO 72

Audrey había esperado hasta el viernes por la noche para hacer la llamada, después de pasar todo el día en un estado de nerviosismo que la había llevado a reorganizar completamente su armario, limpiar las encimeras de la cocina hasta que brillaran como el mármol recién pulido, y revisar su currículum al menos seis veces a pesar de que Marco ya conocía su trabajo.

Ahora, sentada en el sofá con una copa de vino tinto de una botella que había abierto específicamente para imbuirse un poco de valor, sostenía su teléfono con la mano ligeramente temblorosa.

La tarjeta de visita de Marco estaba en la mesa auxiliar frente a ella, y había marcado su número al menos tres veces solo para colgar antes de que sonara el primer tono.

«Es solo una llamada telefónica. Una conversación profesional simple y directa.»

Pero sus manos no parecían pensar lo mismo. Tenían su propio temblor sutil que ponía de manifiesto la magnitud de lo que estaba a punto de hacer.

No era solo aceptar un trabajo. Era aceptar cambiar toda su vida durante seis meses. Era aceptar ser valiente de una manera que nunca había sido antes.

Era aceptar huir.

El pensamiento llegó sin invitación, crudo e incómodo.

¿Era eso lo que estaba haciendo en el fondo? ¿Huyendo de Chicago?, ¿de la posibilidad de encontrarse con Trevor?, ¿de los recuerdos que parecían estar grabados en cada esquina de la ciudad?

«No —se corrigió con firmeza—. No estoy huyendo. Estoy yendo hacia algo.»

Pero en el fondo sabía que la verdad era probablemente una mezcla de ambas cosas.

Estaba yendo hacia una oportunidad increíble que cualquier comisario de arte sensato mataría por tener. Y también estaba huyendo de un hombre que había conseguido hacerla sentir más en una noche de lo que había sentido en años con Daniel, solo para recordarle a la mañana siguiente que para él había sido solo una noche.

Audrey tomó un sorbo de vino, sintiendo cómo le calentaba el pecho y aflojaba ligeramente los nudos de tensión que había en sus hombros.

Marco le había dicho que podía llamarlo a cualquier hora.

«Los italianos no nos vamos a dormir temprano», había bromeado.

Eran las siete y media en Chicago, lo que significaba que serían las dos y media de la madrugada en Roma.

—Tal vez debería esperar hasta mañana.

Pero sabía que, si esperaba hasta mañana, pasaría toda la noche dando vueltas en la cama, imaginando todas las formas en que la conversación podría salir mal. Lo mejor era hacerlo ahora, mientras aún tenía el valor que la conversación con Diane le había dado.

Marcó el número y presionó llamar antes de que pudiera cambiar de opinión.

El teléfono sonó una vez. Dos veces. Tres veces.

Su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que Marco podría escucharlo a través de la línea telefónica.

—¿Pronto? —La voz de Marco sonaba ligeramente somnolienta pero alerta, con ese acento italiano que había hecho que hasta las conversaciones profesionales sonaran seductoras.

—¿Marco? Soy Audrey. Audrey Carlson. Espero no estar llamando demasiado tarde...

No sabía por qué había dicho eso, si era muy consciente de que no eran horas sensatas para estar haciendo llamadas de teléfono.

—¡Audrey! —Su voz se iluminó inmediatamente, y ella pudo escuchar movimiento de fondo, como si se estuviera incorporando en la cama—. No, no, pasa nada. He estado esperando tu llamada.

«He estado esperando tu llamada», repitió mentalmente Audrey.

Las palabras crearon una calidez en su pecho que no tenía nada que ver con el vino.

—Bueno… —comenzó, dándose cuenta de que, a pesar de todos los ensayos que había hecho en su mente sobre la conversación, no tenía ni idea de cómo empezar—. He estado pensando en tu oferta. La oportunidad de trabajar en Roma.

—¿Y?

Había algo en su voz (expectativa, tal vez, o esperanza), que hizo que Audrey se diera cuenta de que él quería que dijera que sí. No era solo una oferta profesional de mera cortesía, realmente quería trabajar con ella.

—Y me gustaría aceptar. Si la oferta aún está disponible —respondió finalmente.

El silencio que siguió duró solo unos segundos, pero pareció una eternidad.

Audrey se encontró conteniendo la respiración. De pronto se sentía aterrorizada de que él hubiera cambiado de opinión, de que hubiera encontrado a alguien mejor, de que...

—Audrey, ¡eso es fantástico! —exclamó Marco, y la alegría que había en su voz hizo que todo el nerviosismo de Audrey se transformara en algo parecido a euforia—. No puedo decirte lo emocionado que estoy de trabajar contigo.

—Yo también estoy emocionada —respondió ella, y era completamente cierto. Por primera vez en semanas, se sentía emocionada por algo.

—Hay tanto que discutir —continuó Marco—. El proyecto, el alojamiento... ¿Cuándo podrías estar aquí?

—¿Cuándo necesitas que esté allí? —preguntó Audrey a su vez.

—Lo ideal sería a principios de agosto. Eso nos daría dos meses completos para trabajar en la selección de obras antes de que

empiecen a llegar las piezas internacionales.

Principios de agosto.

Eso era prácticamente ya.

Eran menos de dos semanas para organizar toda su vida, realquilar el piso, hacer todos los arreglos internacionales necesarios…

Debería haberla abrumado. Pero en lugar de eso, estaba entusiasmada.

—Creo que puedo estar allí a principios de agosto —dijo, en tono resolutivo—. Tendré que coordinar las cosas con la galería, pero no será un problema.

—Perfecto. Te enviaré toda la información por email mañana: detalles del proyecto, información sobre posibles alojamientos, todos los aspectos logísticos —dijo Marco—. Y Audrey...

—¿Sí?

—Grazie —dijo en italiano— . En serio. Gracias. Sé que es una gran decisión dejar tu vida allí por esto. Significa mucho que estés dispuesta a hacerlo.

—Gracias por darme la oportunidad —respondió Audrey—. Y Marco... también estoy un poco nerviosa. Es la primera vez que voy a trabajar en un proyecto internacional de esta magnitud.

—¿Nerviosa? ¿Por el trabajo?

—Por todo. El trabajo, mudarme a un país diferente, no hablar italiano...

Marco se echó a reír con suavidad, un sonido cálido que atravesó la línea telefónica como un abrazo.

—Audrey, va a ser increíble. Lo sé porque vi tu trabajo. Y en cuanto al italiano, bueno... tendremos mucho tiempo para practicarlo.

Ella sonrió.

—Supongo que tendré que confiar en ti —dijo.

—Puedes confiar en mí. Te prometo que voy a cuidar muy bien de ti en Roma.

Después de terminar la llamada, Audrey se quedó sentada en el sofá durante un largo rato, procesando lo que acababa de hacer. En veinte minutos de conversación, había cambiado el curso de los próximos meses de su vida.

Iba a mudarse a Roma.

Iba a trabajar en uno de los museos más prestigiosos de Europa.

Iba a colaborar con un hombre que la hacía sentir interesante y con talento.

Y desde la mañana que había despertado para encontrar el lado de la cama de Trevor vacío, se sintió como si estuviera dirigiéndose hacia algo bueno en lugar de huir de algo doloroso.

—Roma —dijo en voz alta, saboreando la palabra. Le brillaban los ojos—. Me voy a Roma.

Era aterrador y emocionante y completamente imprudente.

Era exactamente lo que necesitaba.

CAPÍTULO 73

Trevor había tenido una mañana particularmente dura en los tribunales.

Después de tres horas de argumentos técnicos y una pausa para el almuerzo que había consistido en un café frío y un Ibuprofeno, lo único que quería era la tranquilidad de su despacho y una hora de trabajo silencioso antes de su próxima reunión.

Lo que no esperaba era encontrar a Diane ya instalada en él, paseando frente a las ventanas, mientras hablaba por teléfono en un tono tan animado que podía escucharla desde el pasillo.

Trevor abrió la puerta justo cuando Diane estaba diciendo:

—... no puedo creer que realmente lo vayas a hacer. Roma, Audrey. ¡Roma! Es como algo salido de una película romántica.

Trevor se detuvo en el umbral, su mano aún en el picaporte, procesando las palabras que acababa de escuchar.

Roma. Audrey.

—Sí, lo sé, es aterrador y emocionante al mismo tiempo —continuó Diane, ajena a la presencia de Trevor—. ¿Y el apartamento que encontraste? ¿Está cerca del museo?

«¿Apartamento?»

Trevor cerró la puerta detrás de él con más fuerza de la necesaria, haciendo que Diane se girara sobresaltada.

Le hizo una seña con la mano indicando que podía continuar su llamada, pero no se movió hacia su escritorio como habría hecho normalmente. En lugar de eso, se quedó cerca de la entrada, fingiendo revisar los documentos que llevaba en la mano mientras aguzaba el oído.

—Oh, Marco es encantador —dijo Diane, y Trevor sintió que algo desagradable se retorcía en su estómago al escuchar un tono

soñador en la voz de su hermana.

—¿Y dice que conoce los mejores restaurantes de Roma? Dios, voy a estar tan celosa. Prométeme que me vas a enviar fotos de todo.

«¿Marco? ¿Quién cojones es ese tal Marco?»

—Bueno, seis meses pasan volando —continuó Diane—. Y quién sabe, tal vez al final del proyecto no quieras volver a Chicago para nada.

La carpeta que Trevor había estado fingiendo revisar se le resbaló de las manos, esparciendo documentos por el suelo de mármol de su despacho con un ruido que sonó como un disparo en mitad del silencio.

Diane se giró hacia él completamente.

Sus ojos se encontraron con los de Trevor en una expresión que era parte sorpresa, parte culpabilidad, y parte algo que se parecía peligrosamente a la satisfacción.

—Audrey, tengo que dejarte —dijo rápidamente al teléfono—. Un… cliente acaba de llegar y parece como si hubiera visto un fantasma. Te llamo luego, ¿vale? Ciao, bella —se despidió con una sonrisa, poniendo acento italiano a las dos últimas palabras.

Diane colgó el teléfono y se quedó mirando a Trevor, que seguía inmóvil en medio del despacho, rodeado de documentos esparcidos por el suelo, pero aparentemente sin darse cuenta de ellos.

—¿Estás bien? —preguntó Diane con una inocencia que no engañaba a nadie—. Te ves un poco... pálido.

Trevor se agachó para recoger los documentos, usando aquella actividad como excusa para procesar lo que había escuchado.

Roma.

Apartamento.

Seis meses.

Marco.

—Estoy bien —murmuró, aunque su voz sonaba extraña incluso para sus propios oídos—. ¿Era Audrey? —preguntó, tratando de sonar despreocupado.

—Sí, era Audrey.

—¿Y estaba hablando de... Roma? —No puedo evitar preguntarlo.

Diane se movió hacia la silla frente al escritorio de Trevor, y se acomodó en ella con la deliberación de alguien que se preparaba para una conversación interesante.

—Sí, estaba hablando de Roma —respondió.

Trevor terminó de recoger los documentos y caminó hacia su mesa.

—¿Por qué estaba hablando de Roma?

—Porque se va a mudar allí.

Las palabras golpearon a Trevor como un puñetazo en el estómago, dejándolo sin aliento durante unos instantes.

Se acomodó en el sillón de cuero, tratando de mantener una expresión neutra mientras su mundo, de repente, se tambaleaba ligeramente.

—¿Qué quieres decir con que se va a mudar allí?

—Quiero decir exactamente eso. Se va a mudar a Roma.

—¿Por qué?

Diane lo estudió cuidadosamente, como si estuviera evaluando cuánto decir.

—Le han ofrecido un trabajo. Una oportunidad increíble en el Museo Benedetti —respondió.

Trevor conocía el Museo Benedetti. Había comprado varias piezas a través de sus subastas privadas, incluyendo el Rothko que colgaba en su ático.

Era una institución prestigiosa, un lugar que podía hacer o deshacer la carrera de un comisario de arte.

—¿Y quién le ha ofrecido ese trabajo?

—Marco Benedetti, el dueño del museo.

«Marco Benedetti.»

Trevor había visto fotos de él en revistas de arte.

Joven, exitoso, con esa elegante apariencia italiana que hacía que las mujeres perdieran la razón. Un hombre que podía ofrecer tanto

oportunidades profesionales como personales sin despeinarse, con solo chasquear los dedos.

—Y… ¿cuándo se va? —Las preguntas emergían de su boca sin poder contenerlas.

—A principios de agosto. Dentro de dos semanas.

«Dos semanas.»

Trevor sintió como si alguien hubiera puesto un reloj contando hacia atrás en su pecho, marcando el tiempo hasta que Audrey desapareciera de su vida para siempre.

—Es una gran oportunidad para ella —comentó, tratando de mantener la voz en un tono casual—. El Museo Benedetti tiene una reputación excelente.

—Sí, lo es —afirmó Diane, pero había algo en su tono que sugería que estaba prestando más atención a la reacción de Trevor que a sus palabras.

—¿Y ese Marco Benedetti? ¿Qué sabes de él?

—¿Por qué lo preguntas?

—Solo curiosidad profesional. He hecho negocios con el museo antes.

Era una mentira, aunque técnicamente era cierto que había comprado arte a través de ellos.

—Bueno, según Audrey, es brillante, exitoso, y extremadamente guapo. También parece estar bastante... interesado en ella. Profesionalmente hablando, por supuesto.

Trevor sintió que involuntariamente sus manos se cerraban en puños bajo su escritorio.

—Por supuesto —dijo.

—De hecho —continuó Diane, disfrutando de la conversación más de lo que debería—. Parece exactamente el tipo de hombre que Audrey merece. Alguien que reconoce su talento, que está dispuesto a invertir en su carrera, que sabe lo que vale.

Cada palabra que pronunciaba Diane era como una crítica dirigida directamente a Trevor, y ambos lo sabían.

—Suena perfecto para ella —murmuró Trevor, aunque las palabras sabían a veneno en su boca.

—Sí, ¿verdad?

Diane guardó silencio, observando a Trevor con una intensidad que lo estaba poniendo nervioso. Se sentía que estaba siendo analizado, evaluado, como si fuera un insecto bajo un microscopio.

—Trevor —comenzó—, ¿estás seguro de que te encuentras bien? Porque cuando he mencionado que Audrey se mudaba a Roma, tu expresión ha cambiado.

—No sé de qué hablas —respondió él, ligeramente a la defensiva.

—Tu expresión ha cambiado —insistió Diane—. Como si... como si la noticia te hubiera afectado de alguna manera. Yo diría que incluso estás a punto de vomitar.

Trevor se recostó en el sillón, forzando una sonrisa que esperaba que pareciera relajada, indiferente.

—No me afecta de ninguna manera, Diane. Deja de decir tonterías. Audrey puede hacer lo que quiera con su vida. Si esta es una buena oportunidad para ella, entonces debe aprovecharla.

—¿En serio?

—En serio. De hecho, espero que le vaya muy bien en Roma. Se lo merece.

—Qué noble de tu parte.

Había un matiz en la voz de Diane que Trevor no pudo interpretar del todo. ¿Sarcasmo? ¿Decepción? ¿Algo más?

—Es la verdad —afirmó—. Audrey tiene mucho talento, es inteligente, y merece todas las oportunidades que el mundo puede ofrecerle.

—Incluyendo la oportunidad de estar con un hombre que la valora.

—Por supuesto.

Diane estudió a su hermano durante otros largos instantes, luego asintió lentamente.

—Bien. Me alegra escuchar que lo ves de esa manera.

Se levantó de la silla, y cogió su bolso con un movimiento despreocupado.

—Bueno, debo irme. Solo he venido a traerte la documentación que me pediste —dijo, apuntando con el dedo la carpeta de solapas negras que había dejado sobre el escritorio.

Dicho eso, Diane se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo con la mano en el picaporte.

—Ah, y Trevor…

—¿Sí?

—Si decides que hay algo que quieres decirle a Audrey antes de que se vaya, yo no esperaría demasiado. Dos semanas pasan sorprendentemente rápido.

Y luego se fue, dejando a Trevor solo en su despacho con el eco de sus palabras y una sensación creciente de algo a la que no podía poner nombre, pero que resultaba muy incómodo.

Se giró con el sillón hacia la ventana, mirando Chicago extenderse bajo él.

De pronto, todo en lo que podía pensar era en que, en dos semanas, Audrey estaría viendo una vista completamente diferente. Estaría en Roma, trabajando con Marco Benedetti, construyendo una nueva vida que no incluía nada de Chicago.

Que no lo incluía a él.

«Debería estar feliz por ella —se dijo a sí mismo—. Esto es exactamente lo que necesita. Una oportunidad de alejarse de todo esto, de alejarse de mí.»

Pero la verdad era que la idea de que Audrey estuviera a miles de kilómetros de distancia, posiblemente enamorándose de otro hombre, con una perspectiva bastante alta de que nunca regresara a Chicago, lo hacía sentir como si alguien hubiera vaciado sus pulmones de aire y no pudiera respirar.

Dos semanas.

Trevor se pasó las manos por el pelo, tratando de deshacerse de la sensación de que había perdido algo precioso sin ni siquiera darse cuenta de que lo había tenido.

Pero era demasiado tarde para esos pensamientos ahora.

¿No?

El teléfono fijo sonó, interrumpiendo su espiral de autotortura.

—Señor Hunter, su cita de las tres está aquí —anunció la voz de Margaret.

Trevor miró su reloj. Eran las tres y cinco. Había perdido completamente la noción del tiempo.

—Diles que los recibiré en un par de minutos —respondió. Necesitaba un momento más para recomponerse.

Porque tenía que recomponerse.

Tenía que volver a ser el abogado competente y controlado que había sido antes de escuchar el nombre de Marco Benedetti. Tenía que fingir que la noticia de que Audrey se mudaba a Roma no había cambiado nada.

Incluso si sentía como si lo hubiera cambiado todo.

CAPÍTULO 74

El bufete había visto muchas cosas a lo largo de sus nueve años de historia: fusiones hostiles que habían durado meses, divorcios multimillonarios que habían destruido familias enteras, y crisis de relaciones públicas que habían requerido control de daños a nivel nacional. Pero nunca había visto a Trevor Hunter comportarse como un ogro durante dos semanas consecutivas.

Samuel había sido el primero en notarlo.

Trevor siempre había sido intenso (era parte de lo que lo convertía en un abogado tan bueno), pero durante las últimas dos semanas había cruzado la línea de «intenso» a «imposible de soportar», es decir, a insoportable.

Ethan había comentado a Asher y a Samuel que Trevor parecía como si estuviera buscando una pelea con cualquier persona lo suficientemente desafortunada como para cruzarse en su camino.

Había gritado a dos asistentes legales por errores sin importancia, había regañado a Margaret, su secretaria; había rechazado tres invitaciones a comer de clientes relevantes, y había respondido a los emails con una brusquedad que rayaba en la rudeza.

Pero fue Asher quien puso voz a lo que todos estaban pensando: «Trevor estaba actuando como alguien que acababa de perder algo importante, pero que era demasiado orgulloso para admitir que le importaba.»

Así que una mañana de miércoles que prometía ser particularmente densa y en la que Trevor había llegado al bufete con una expresión que sugería que preferiría estar en cualquier otro lugar del planeta (por ejemplo, el infierno), Asher, Ethan y Samuel habían decidido que era hora de intervenir.

Samuel fue quien llegó primero al despacho de Trevor.

Se acomodó en una de las sillas frente al escritorio con una postura relajada, una postura de alguien que claramente no tenía intención de irse pronto.

Ethan apareció cinco minutos después, llevando una bandeja con cafés de la cafetería favorita del grupo, y se instaló en la otra silla.

Asher fue el último en llegar. Se apoyó contra la mesa de conferencias, cruzando los brazos con la expresión de alguien que había visto suficientes crisis emocionales como para reconocer una cuando la veía.

—Esto parece una emboscada —comentó Ethan, echando un vistazo a la disposición estratégica que habían formado.

—Es una emboscada —confirmó Samuel—. Pero es una emboscada necesaria.

—¿Creéis que realmente va a hablar? —preguntó Asher—. Porque a veces los que más necesitan hablar son los más resistentes.

—Va a hablar —dijo Samuel con confianza. Él había negociado con personas difíciles en muchas ocasiones—. Porque no le vamos a dar opción.

El sonido de pasos en el pasillo los alertó de la llegada de Trevor.

Los tres se prepararon, adoptando expresiones que mezclaban preocupación y determinación a partes iguales.

Trevor abrió la puerta de su despacho y se detuvo abruptamente al ver a sus tres socios y amigos instalados como si fueran un tribunal de la Santa Inquisición.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó. Su voz tenía la nota de irritación que había caracterizado todas sus interacciones durante las últimas dos semanas.

—Buenos días para ti también, amable humano —respondió Samuel con su característico sarcasmo—. Nos alegra verte con tan buen humor como siempre.

Trevor cerró la puerta detrás de él con más fuerza de la necesaria y se dirigió hacia su escritorio, claramente esperando que su

presencia autoritaria fuera suficiente para desalojar a los intrusos que en ese momento estaban ocupando su despacho.

—No tengo tiempo para lo que sea esto. Tengo la declaración de un testigo a las diez, tres llamadas de clientes que devolver, y un montón de documentos que revisar.

—En realidad —dijo Samuel, consultando su reloj con teatralidad —. He cancelado la declaración que tenías a las diez. Le he dicho a Margaret que dijera a tu cliente que tenías una emergencia familiar.

Trevor abrió los ojos de par en par.

—¿Que has hecho qué?

—Y yo me he encargado de las llamadas de los clientes —añadió Ethan sin inmutarse por la cara de horror de Trevor—. Les he dicho que los llamarías esta tarde.

Trevor resopló de mala gana y se dejó caer en su sillón, mirando a cada uno de sus amigos con una expresión que podría haber derretido el acero.

—No podéis simplemente aparecer en mi despacho y reorganizar mi agenda. ¿Quién cojones os habéis creído que sois? —dijo, evidenciando su enfado.

—Podemos y lo hemos hecho —respondió Asher—. Porque alguien necesita hablar contigo sobre lo que sea que te está pasando, y claramente no lo vas a hacer de forma voluntaria.

—No me está pasando nada.

—Trevor —dijo Samuel, con la paciencia exagerada que utilizaba con su hijo Nico—. En las últimas dos semanas has estado más irritable que un gato mojado. Has gritado a más personas que en el resto del año. Y ayer, cuando Margaret te preguntó si querías que te trajera tu comida habitual, prácticamente le mordiste la cabeza.

—Margaret está bien —se adelantó a decir Trevor.

—Margaret se fue a casa llorando —interrumpió Ethan—. Una mujer que ha trabajado para abogados durante más de veinte años se fue a casa llorando porque tú le gritaste por preguntarte sobre unos sándwiches.

Trevor sintió una punzada de culpa, pero la empujó hacia abajo con el mismo vigor que había estado aplicando a todas sus emociones inconvenientes durante las últimas dos semanas.

—Tendré una conversación con Margaret. Me disculparé —dijo.

—No se trata solo de Margaret —intervino Asher, moviéndose desde la mesa de conferencias hacia el centro del despacho—. Se trata de que has estado comportándote como alguien que está pasando por una crisis emocional, pero es demasiado orgulloso para admitirlo.

—No estoy pasando por una crisis emocional.

—¿No? —Samuel se inclinó hacia adelante—. Entonces explícanos por qué rechazaste la invitación de Harrison para ir a jugar al pádel el domingo. Te encanta el pádel, y Harrison es uno de nuestros clientes más importantes. En tu caso es incluso amigo.

—No tenía ganas de jugar al pádel —atajó Trevor.

—¿Y por qué no quieres venir a boxear con nosotros al gimnasio? —añadió Ethan—. Nunca has faltado a ninguno de nuestros entrenamientos.

—No tengo tiempo para ir a boxear, estoy muy ocupado.

—¿Tiene que ver algo Audrey en tu estado de ánimo? —se aventuró a decir Asher, como si estuviera preguntando a un testigo en un juicio.

El nombre de Audrey quedó suspendido en el aire como el sonido de una bomba que acabara de explotar.

Trevor sintió que todo su cuerpo se tensaba involuntariamente, y supo por las expresiones en los rostros de sus amigos que habían notado su reacción.

—Audrey no tiene nada que ver con esto —respondió.

—¿Ah, no? —preguntó Samuel, intercambiando una mirada significativa con Ethan—. Porque al nombrarla se te ha contraído un músculo en la mandíbula.

—No seas dramático, joder.

—Trevor —dijo Asher—, ¿qué está pasando con Audrey?

—No está pasando nada con Audrey.

—¿Entonces no te importa que se mude a Roma en dos días?

Trevor sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Tuvo que hacer un esfuerzo consciente para mantener una expresión neutral en el rostro.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó a Asher, extrañado.

—Diane lo mencionó por casualidad cuando llamó ayer para hablar sobre los documentos de la custodia de Lucas —respondió Asher.

Pero Diane no lo había mencionado por casualidad, lo había hecho a propósito, para tratar de que Asher, Ethan y Samuel presionaran a Trevor, convencida de que su mal humor tenía mucho que ver con el viaje de Audrey a Roma.

«Dos días», pensó Trevor en silencio.

Sabía que se acercaba la fecha. Agosto había llegado con la inexorabilidad de una ejecución. Pero de alguna manera, escuchar «dos días» en voz alta, lo hizo real de una manera que no había sido antes.

—Es… —murmuró—. Es bueno para ella. Roma es una ciudad muy bonita.

—¿Eso es todo? —preguntó Ethan, con incredulidad—. ¿«Roma es una ciudad muy bonita»? —repitió sus palabras—. ¿Te han hecho una lobotomía en el cerebro últimamente o algo así?

Trevor alzó la vista hacia él.

—¿Qué más se supone que debo decir?

—¿Tal vez algo que explique por qué has estado actuando como si alguien hubiera atropellado a tu perro durante las últimas dos semanas?

Trevor echó hacia atrás el sillón y se levantó. De pronto necesitaba moverse para lidiar con la energía nerviosa que estaba acumulándose en su pecho.

—No he estado actuando de ninguna manera particular.

—Trevor —dijo Asher pacientemente—. Como tu amigo, puedo decirte oficialmente que has estado mostrando todos los signos clásicos de alguien que está lidiando con la pérdida y la negación.

—¿Pérdida de qué? ¿De qué mierda hablas? —soltó Trevor.

—Esa es la pregunta del millón de dólares, ¿no es así? —dijo Ethan.

Trevor se dirigió a los ventanales y miró hacia abajo, preguntándose si Audrey estaría en algún lugar de aquellas calles, preparándose para su nueva vida.

—Mirad —comenzó a decir—. Audrey es una buena chica. Es inteligente, tiene talento, y merece todas las oportunidades que la vida le ofrezca. Si mudarse a Roma es lo que quiere hacer, entonces espero que sea muy feliz allí.

—Qué respuesta tan políticamente correcta —observó Samuel secamente—. Ahora dinos cómo te sientes realmente al respecto.

—Eso es lo que siento.

—Trevor —interrumpió Ethan—, hemos sido tus amigos durante años. Conocemos la diferencia entre tus respuestas diplomáticas y las que implican tus sentimientos reales.

—Mis sentimientos no son relevantes en esta situación.

—¿Por qué no?

—¡Porque no tengo ningún derecho a tener sentimientos sobre las decisiones de la vida de Audrey!

La vehemencia con la que lo dijo pareció sorprender incluso a Trevor. Se quedó en silencio unos segundos.

—¿No tienes derecho? —preguntó Asher suavemente—. ¿O tienes miedo de explorar qué derechos podrías tener?

—No tengo miedo de nada.

—¿No? Entonces explícanos por qué la mención de su nombre te pone una expresión en la cara como si quisieras golpear algo.

Trevor se giró para enfrentar a sus amigos, y por primera vez en dos semanas, permitió que algo de la frustración y confusión que había estado sintiendo se mostrara en su rostro.

—Porque me acosté con ella, ¿vale? Porque después de la pelea con mi padre, fui a su piso, le conté toda la mierda familiar que tenía encima, terminamos en la cama, y luego me fui como un cobarde porque no sabía cómo manejar lo que había pasado.

Un silencio denso inundó el despacho.

—¿Te acostaste con Audrey? —preguntó Samuel.

—Sí.

—¿Y luego te fuiste?

—Sí.

—¿Sin dar una explicación?

—Sí.

Ethan se echó hacia atrás en la silla, mirando a Trevor con una expresión que mezclaba sorpresa con algo que podría haber sido decepción.

—Eres más cabrón de lo que creíamos —dijo con mordacidad.

—No me eches más mierda encima —se quejó Trevor.

—La mierda te la has echado tu solo —dijo Ethan.

Trevor chasqueó la lengua.

—Trevor, ¿por qué no nos lo contaste? —preguntó Samuel.

—Porque no os cuento con todas las mujeres con las que me acuesto. Vosotros tampoco lo hacináis antes de comprometeros. No somos adolescentes en un vestuario.

—Es verdad —dijo Ethan—. Pero lo de Audrey es distinto.

Trevor levantó una ceja.

—¿Por qué es distinto? —preguntó.

—Porque con ella te has traído siempre un rollo raro —contestó Ethan.

—Sí, generalmente no actúas como si el mundo se estuviera acabando después de acostarte con alguien —comentó Samuel.

—No estoy actuando como si el mundo se estuviera acabando —lo contradijo Trevor—. Además, Asher lo sabía —añadió, como si eso fuera a disculparlo.

Las cabezas de Ethan y Samuel se volvieron hacia Asher al mismo tiempo. Lo miraron con los ojos entornados.

—Vaya, vaya, ¿desde cuándo nos guardamos secretos los unos a los otros? —dijo Samuel.

Asher agitó la mano en el aire.

—Por favor, dejad de ser unos melodramáticos. No me lo contó, se lo saqué a la fuerza. Casi tuve que torturarlo —respondió, quitándole importancia al asunto.

Conociendo a Trevor, Samuel y Ethan estaban seguros de que Asher decía la verdad. Así que apartaron la vista de él y le devolvieron su atención a Trevor.

—Por si no te has dado cuenta, en estos momentos pareces alguien cuyo mundo se está desmoronando, pieza por pieza —afirmó Ethan.

—Eso es ridículo.

—¿Tú crees? —preguntó Samuel—. Trevor, te hemos visto con docenas de mujeres durante estos años. Guapas, inteligentes, exitosas... Y nunca, ni una sola vez, te hemos visto reaccionar de este modo cuando la relación había terminado.

—No ha sido una relación, ha sido una noche —matizó Trevor.

—Una noche que significó algo para ti —intervino Ethan.

—No significó nada.

—Mentiroso —dijo Asher sin rodeos—. Y no solo eres un mentiroso, eres un mentiroso malo. Pero malo de cojones. Porque si realmente no hubiera significado nada, no estarías aquí actuando como si alguien hubiera muerto.

Trevor se pasó las manos por la cara. Se sentía acorralado y expuesto de una manera que odiaba.

—¿Qué queréis que diga? ¿Que cometí un error? Porque lo hice. Fui a su casa cuando no debería haber ido, hice cosas que no debería haber hecho, y luego me di cuenta de que había complicado todo innecesariamente.

—¿Qué fue lo que complicaste exactamente? —preguntó Samuel.

—Todo. La amistad de Diane con ella, la relación de Diane conmigo, todo —argumentó Trevor, abriendo los brazos.

—¿O complicaste tus propios sentimientos? —sugirió Asher.

—No he complicado mis sentimientos hacia Audrey.

—Trevor —dijo Ethan—, el hombre que hemos estado viendo durante las últimas dos semanas no es el hombre que conocemos.

Joder, el hombre que conocemos es templado, profesional, capaz de manejar situaciones difíciles y bajo presión sin perder la compostura, sin perder el control.

—Sigo siendo ese hombre.

—¿Lo eres de verdad? Porque ese hombre no habría gritado a Margaret por preguntarle sobre qué te traía para comer. Ese hombre no habría rechazado las invitaciones de clientes importantes. Y ese hombre definitivamente no habría pasado dos semanas comportándose como si estuviera enfadado con el mundo entero.

Trevor se quedó pensando unos segundos.

—Tal vez estoy un poco enfadado con el mundo —confesó.

—¿Por qué? —preguntó Asher—. ¿Porque una mujer increíble tiene la audacia de seguir adelante con su vida después de tratarla como si no significara nada?

Las palabras golpearon a Trevor como una bofetada, y por un momento, se quedó sin saber qué decir. Pero Asher era así, siempre directo como una bala. No podía esperar otra cosa de él.

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

Trevor se dirigió de vuelta a su escritorio y se sentó en el sillón de nuevo.

—Es que... se va. En dos días se va a la otra punta del mundo, y probablemente no regrese.

—¿Y eso te molesta? —preguntó Ethan.

—No me molesta. Es solo... es solo que Diane va a echarla de menos, y al parecer Lucas también. Se ha encariñado con ella las veces que la ha visto cuando estaba con mi hermana.

—¿Y tú? —preguntó Samuel con suavidad—. ¿Tú te has encariñado con ella?

Trevor abrió la boca para negarlo de forma mecánica, como si fuera un autómata, pero la cerró. Porque la verdad era más complicada que un simple no.

—Es irrelevante si me he encariñado con ella o no —suspiró.

—¿Por qué es irrelevante? —habló Asher.

—Porque soy exactamente el tipo de hombre que las mujeres como Audrey deberían evitar. El tipo de hombre de las que deben salir corriendo. Soy emocionalmente inaccesible, tengo problemas para comprometerme, y está claro que no sé cómo manejar una relación.

—¿Según quién? —dijo Ethan.

—Según mi historial de relaciones fallidas y la forma en que manejé toda la situación con ella. —Trevor alzó el rostro hacia Ethan —. ¿Es que no has oído que salí huyendo de su casa en plena madrugada?

Asher caminó hacia el escritorio y apoyó las palmas en la superficie mientras miraba directamente a Trevor.

—Trevor, ¿alguna vez te has parado a pensar que tal vez la razón por la que manejaste la situación tan mal es porque Audrey significa más para ti de lo que estás dispuesto a admitir?

—No significa...

Asher no le dejó terminar.

—Entonces dinos por qué has estado imposible de tratar desde que supiste que se iba a Roma. Explícanos por qué la idea de que esté a miles de kilómetros de distancia te está consumiendo por dentro.

Trevor se quedó en silencio, se sentía igual que si estuviera expuesto bajo las luces brillantes de un quirófano.

—Incluso si todo eso fuera cierto —dijo finalmente—. Es demasiado tarde. Se va en dos días.

—¿Es demasiado tarde? —preguntó Ethan—. ¿O te da demasiado miedo?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que aún tienes dos días para decidir si vas a dejarla ir sin luchar, o si vas a ser valiente por una puta vez en tu vida y decirle lo que realmente sientes.

Trevor miró a cada uno de sus amigos.

—No sé cómo me siento realmente —confesó.

Samuel se pasó las manos por la cara y lanzó un suspiro de resignación.

—¡Joder!, definitivamente eres el más cabezota de los cuatro —dijo—. Mira que a todos nos costó darnos cuenta de que estábamos enamorados, pero lo tuyo no tiene nombre.

—Sobre todo a ti y a Ethan —intervino Asher.

Ethan lo miró de reojo.

—No sé yo… —Meneó la cabeza—. Tú empezaste a decir las mismas cosas que dice Trevor, que si ellas deberían alejarse de vosotros, que si no sois buenos tíos…

Asher no hizo ningún comentario, porque Ethan tenía razón.

—Podemos volver a Trevor, por favor —pidió Samuel.

Asher levantó los ojos hacia Trevor.

—Sí sabes lo que sientes —afirmó con contundencia—. Lo que pasa es que tienes miedo de admitirlo.

—Como nos ha pasado a todos —añadió Ethan, comprensivo.

Trevor permaneció en silencio, rodeado por las tres personas que mejor lo conocían en el mundo.

Quizás tenían razón.

Quizás sí sabía lo sentía.

Quizás solo tenía demasiado miedo para hacer algo al respecto.

CAPÍTULO 75

El piso de Audrey era, casi literalmente, una zona de guerra organizacional.

Cajas etiquetadas meticulosamente se apilaban contra las paredes, maletas abiertas dominaban el espacio del suelo, y había montones de ropa, libros y objetos personales esparcidos por cada superficie disponible.

Un caos controlado que solo podía resultar de intentar condensar cinco años de vida en Chicago en el equipaje permitido para vuelos internacionales.

Diane estaba sentada en el suelo de la habitación, rodeada por un mar de zapatos que había estado tratando de organizar en categorías lógicas durante la última media hora.

Tenía el cabello recogido en un moño despeinado, llevaba vaqueros viejos, una camiseta de la Universidad de Northwestern de color rojo que había visto días mejores, y una expresión de concentración mientras contemplaba un par de botas de tacón alto como si contuvieran los secretos del mundo.

—¿Necesitas cinco pares de zapatos negros en Roma? —preguntó, sosteniendo un par de *stilettos* muy elegantes—. Porque estoy bastante segura de que venden zapatos en Italia.

Audrey emergió del armario con los brazos llenos de vestidos, el cabello escapándose de su larga cola de caballo y una mancha de polvo en la mejilla que sugería que había estado explorando los rincones más profundos de su espacio de almacenamiento.

—No son cinco pares de zapatos negros —protestó—. Son cinco pares de zapatos negros completamente diferentes para ocasiones completamente diferentes. Esos son para galerías elegantes, esos

son para caminar por calles de adoquines, esos son para cenas románticas...

Se detuvo abruptamente, dándose cuenta de lo que acababa de decir.

—No es que esté planeando tener cenas románticas —añadió rápidamente—. Solo trato de estar... preparada para todas las posibilidades.

Diane arqueó una ceja.

—Por supuesto. Es una lógica muy práctica. No hay ninguna esperanza en embalar zapatos para cenas que no has planeado con hombres que no has conocido.

—Cállate —murmuró Audrey, pero estaba sonriendo mientras doblaba cuidadosamente un vestido azul marino que había comprado específicamente para su nueva vida italiana y que le había encantado cuando lo había visto en el escaparate.

El piso estaba lleno de esa de energía nostálgica que acompañaba a los finales importantes.

Audrey había vivido allí durante cinco años, había tenido su primera cita con Daniel en el salón, había llorado por dos rupturas diferentes en la habitación, había celebrado cada éxito profesional en la pequeña cocina con champán barato, porque a veces no podía pagar uno caro.

Ahora, con la mayoría de sus pertenencias en cajas, el lugar se sentía como un cascarón de lo que había sido. Las paredes desnudas mostraban marcas rectangulares más claras donde había colgado fotografías y arte y las estanterías vacías se veían extrañamente vulnerables sin los libros y objetos decorativos que las habían llenado durante años.

—¿Estás bien? —preguntó Diane, notando la forma en que Audrey había hecho una pausa para mirar alrededor de su habitación.

—Estoy bien —respondió de forma automática. Luego se corrigió —. En realidad, no sé cómo estoy... Emocionada, nerviosa, triste, esperanzada... todo a la vez.

—Es normal sentir todo eso cuando estás haciendo algo que va a cambiar tu vida por completo.

Audrey se sentó en el borde de la cama, sosteniendo el vestido azul marino en su regazo como si fuera un amuleto de la suerte.

—¿Crees que estoy haciendo lo correcto?

—¿Quieres la respuesta políticamente correcta de mejor amiga o quieres honestidad brutal?

—Honestidad brutal.

Diane dejó los zapatos que había estado organizando y se giró para ver a Audrey.

—Honestidad brutal: creo que estás haciendo exactamente lo que necesitas hacer en este momento de tu vida —comenzó—. Creo que Roma va a ser increíble para ti profesional y personalmente. Y creo que parte de ti necesitaba una excusa para alejarte de Chicago después de lo que pasó con Trevor.

El nombre fluctuó entre ellas como había estado haciendo todo el día.

Siempre presente, aunque no habían hablado de él directamente. Pero era como una herida que sabían que seguía siendo sensible al tacto.

—No me estoy alejando de Chicago por Trevor —dijo Audrey, pero incluso a sus propios oídos sonaba menos convincente de lo que había sonado semanas atrás.

—¿No?

—Bueno... no solo por Trevor —matizó.

—Audrey, no tienes que justificar tus razones conmigo. Si mudarte a Roma significa que puedes empezar de cero en un lugar donde no hay recuerdos de él, entonces es una razón perfectamente válida. Ya sabes lo que dicen… La distancia es el olvido.

Audrey se quedó en silencio durante un rato, doblando y redoblando el vestido en sus manos.

—A veces me pregunto qué habría pasado si él se hubiera quedado aquella mañana.

—¿Qué crees que habría pasado?

—No lo sé. Tal vez habríamos tenido una conversación incómoda y habríamos decidido que había sido un error. Tal vez habríamos intentado tener algunas citas y habríamos descubierto que no funcionábamos. O tal vez...

—¿Tal vez qué?

—Tal vez habríamos descubierto que éramos buenos juntos, que formábamos un buen equipo, como en California. Que la conexión que sentí aquella noche no estaba solo en mi imaginación.

Diane se movió desde el suelo hasta la cama y se sentó junto a Audrey.

—¿Sabes qué es lo peor de toda esta situación?

—¿Qué?

—Que siempre he pensado que vosotros dos terminaríais juntos.

Audrey levantó la vista, sorprendida por aquella confesión.

—¿En serio?

—Sí, te lo he comentado alguna vez. Siempre he pensado: «estos dos son perfectos el uno para el otro, solo necesitan darse cuenta.» Creo que en el fondo os equilibráis mutuamente —respondió—. Tú lo haces menos prepotente, él te hace más segura de ti misma. Os reís de las mismas bromas, valoráis las mismas cosas...

—Aparentemente no valoramos las mismas cosas si él se fue tan rápido y sin despedirse —comentó Audrey.

—Oh, cielo —dijo Diane, con una mezcla de cariño y exasperación, pasándole el brazo por los hombros y atrayéndola hacia sí en un gesto de ternura—. Se fue porque es un idiota que tiene miedo de cualquier cosa que implique sentimientos.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque lo conozco. Y porque he visto cómo se ha estado comportando desde que supo que te ibas a Roma.

Audrey frunció ligeramente el ceño.

—¿Cómo se ha estado comportando?

Diane vaciló, mordiéndose el labio, como si estuviera considerando si hablar o no. No podía alimentar las esperanzas de Audrey. No en aquel momento.

—Como alguien que se está dando cuenta de que cometió el mayor error de su vida, pero que es demasiado orgulloso para admitirlo.

Antes de que Audrey pudiera responder, su teléfono comenzó a sonar con una videollamada.

Era Marco Benedetti.

Audrey descolgó.

El rostro de Marco apareció en la pantalla con una sonrisa muy visible.

—¡Marco! —respondió Audrey. Su voz adquirió un tono de ilusión. El mismo tono que surgía cada vez que hablaba con él.

—¡Ciao, Audrey! —La voz de Marco llenó la habitación con su melódico acento italiano—. ¿Cómo van los preparativos? ¿Estás lista para tu gran aventura?

—Casi lista —respondió Audrey, girando el teléfono para mostrarle el caos de su habitación—. Como puedes ver, estoy en el proceso final.

—Ella es Diane, mi mejor amiga —dijo Audrey, cuando Diane apareció en el campo visual de Marco.

Diane se inclinó hacia la cámara, ofreciendo su sonrisa más encantadora, y agitó la mano.

—Soy Diane Hunter. El comité de bienvenida no oficial de Audrey a Chicago, y ahora su comité de despedida oficial —bromeó.

—¡Diane! Es un placer conocerte. Audrey me ha contado muchas cosas sobre ti. Gracias por ser tan buena amiga de nuestra Audrey.

Audrey sintió que se sonrojaba ligeramente ante la frase «nuestra Audrey».

Diane claramente lo notó y le dirigió una mirada que decía «¿has oído eso?».

—Marco —continuó Audrey—. ¿Todo está preparado por tu lado? ¿El apartamento, el despacho en el museo? —le preguntó.

—Tutto perfetto —respondió él en italiano—. Tu apartamento está listo, tu despacho te está esperando, y tengo una lista de al menos

diez restaurantes a los que debo llevarte en cuanto llegues —añadió después en inglés.

—Suena perfecto —dijo Audrey.

—Y, Audrey, quiero decirte que estoy encantado de trabajar contigo. Esta exposición va a ser espectacular, lo sé.

—Gracias —contestó ella—. Yo también estoy encantada de compartir este proyecto contigo.

Después de unos minutos más de conversación sobre detalles logísticos y planes para su primer día, terminaron la llamada con la promesa de que Marco la recogería en el aeropuerto.

—¡Dios mío! —dijo Diane tan pronto como la llamada terminó, llevándose las manos al pecho—. Audrey, tienes mi permiso oficial y extraoficial para enamorarte perdidamente de este hombre y casarte con él. ¡Joder! Estoy a punto de empezar a babear por él como un caracol.

—¿Qué? —Audrey se echó a reír—. Es mi jefe.

—No es tu jefe. Es tu socio guapísimo que parece salido directamente de una película italiana romántica y al que creo que ya le gustas un poco.

—No seas tonta. ¿De dónde sacas eso?

—¿Que de dónde saco eso? ¿Escuchaste la forma en que dijo «nuestra Audrey»? ¿Y la forma en que sus ojos se iluminaron cuando apareciste en pantalla?

—Solo está tirando de cortesía italiana. Son encantadores por naturaleza.

—Audrey Carlson, si no ves que ese hombre está interesado en algo más que tu experiencia laboral, entonces necesitas que te revisen los ojos… y el cerebro.

Audrey dejó escapar una carcajada, pero Diane pudo ver que también estaba considerando la posibilidad.

—Incluso si estuvieras en lo correcto, que no digo que lo estés, sería completamente prematuro pensar en cualquier cosa romántica. Apenas lo conozco —respondió con lógica.

—Pero lo vas a conocer. Vas a pasar seis meses trabajando estrechamente con él en una de las ciudades más románticas del mundo. Va a llevarte a cenar a restaurantes preciosos, vais a caminar por Roma al atardecer discutiendo de arte y filosofía, y seguro que alguna vez vais a tener uno de esos momentos donde la conversación se desvanecerá, os mirareis a los ojos y...

—¿Y qué? —la cortó Audrey,

—Y vas a besarlo, o él te besará a ti, en algún lugar increíblemente romántico como la Fontana di Trevi o los escalones de la Plaza de España, y va a ser completamente mágico. —Diane no pudo evitar suspirar.

Audrey esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Tienes una imaginación muy activa —dijo.

—Tengo instinto para estas cosas. Y mi instinto me dice que Marco Benedetti va a ser muy importante en tu nueva vida italiana.

Audrey negó con la cabeza y volvió a retomar la tarea donde la había dejado para terminar de hacer la maleta, pero Diane pudo ver que estaba sonriendo de esa manera que sugería que la idea no le desagradaba del todo.

—¿Sabes lo que más voy a echar de menos? —dijo Audrey, después de estar un rato embalando en silencio.

—¿Qué?

—Estas conversaciones. Tener a alguien que me conoce lo suficientemente bien como para avisarme cuando me comporto como una idiota, que celebra mis victorias profesionales, que me trae galletas Oreo cuando estoy triste...

—Vas a tener nuevas personas en Roma que harán todas esas cosas —dijo Diane.

—Pero esas personas no van a ser tú.

Diane sintió que las lágrimas quemaban en sus ojos, pero las empujó hacia abajo. Este no era el momento para sentimentalismos; era el momento para asegurarse de que Audrey se fuera de Chicago sintiéndose apoyada.

—Audrey, vas a echar de menos Chicago, y yo te voy a echar muchísimo de menos a ti. —Diane ladeó la cabeza—. Pero ¿sabes qué más sé?

—¿Qué?

—Sé que esta es *tu aventura*. Esa aventura tan grande, aterradora, y que te cambia la vida, que has estado esperando sin ser consciente de que la estabas esperando.

—Quizás tengas razón —comentó Audrey.

—Claro que tengo razón —bromeó Diane, con una sonrisa de oreja a oreja—. Y si finalmente te quedas allí, seguiremos siendo las mejores amigas a través de videollamadas y las visitas frecuentes que haré a Italia. De hecho, ya le he dicho a Lucas que en las vacaciones de verano te vamos a hacer una visita.

—Por cierto, ¿cómo va el tema de Lucas? —preguntó Audrey.

—Trevor ya ha interpuesto la demanda para quedarse con su custodia.

Audrey apretó los labios.

—Espero que se resuelva a su favor.

—Sí, yo también, aunque con mi padre nunca se sabe.

Se hizo un momento de silencio, llevado por la seriedad del tema.

—¿Así que ya tienes planeado hacerme una visita? —habló Audrey de nuevo.

—Sí, en octubre He mirado vuelos. Al parecer, Roma en octubre es perfecta, no hace demasiado frío, ni hay demasiados turistas.

—¿Ni siquiera me he instalado todavía y ya estás planeando visitarme?

—Por supuesto que estoy planeando visitarte. Soy tu mejor amiga, y así tengo la excusa perfecta para disfrutar de unas vacaciones increíbles en Europa.

Se abrazaron. Un abrazo largo que contenía años de amistad, apoyo mutuo, y la promesa de que la distancia no cambiaría su relación.

—Te quiero, Audrey Carlson —murmuró Diane—. Y estoy muy orgullosa de ti por ser lo suficientemente valiente para hacer esto.

—Yo también te quiero. Y gracias por empujarme hacia esto cuando estaba demasiado asustada para empujarme a mí misma.

Cuando se separaron, ambas estaban llorando un poco y con los ojos vidriosos, pero también sonriendo.

—Ahora —dijo Diane, enjugándose las lágrimas—. Terminemos de meter en la maleta estos zapatos ridículamente numerosos para que puedas ir a conquistar Italia apropiadamente calzada.

Y mientras continuaban empaquetando las pocas cosas que quedaban ya, hablando y riendo, Audrey se dio cuenta de que Roma la estaba esperando.

CAPÍTULO 76

El reloj en la pared del despacho de Trevor marcaba las tres y cuarenta y cinco de la tarde cuando Asher, Samuel y Ethan aparecieron por segunda vez en una semana con expresiones que sugerían que no era una visita por temas laborales.

Trevor los había estado evitando durante las últimas horas, pero según parecía, sus tácticas evasivas habían llegado a su fin.

—No —dijo Trevor, sin levantar la vista de los documentos que había estado tratando de leer durante la última hora, pero que no lo había conseguido—. Lo que sea que estéis planeando, la respuesta es no.

—Ni siquiera hemos dicho nada todavía —observó Samuel, acomodándose en su silla favorita frente al escritorio de Trevor. Se subió un poco la pernera del pantalón y cruzó las piernas.

—No necesitáis decir nada. Puedo ver lo que estáis pensando desde aquí.

Ethan cerró la puerta detrás de él y se apoyó contra ella como si estuviera bloqueando cualquier posibilidad de escape.

—¿Sabes qué día es mañana? —preguntó.

—Viernes.

—¿Y sabes qué más es mañana?

Trevor finalmente levantó la vista de los documentos, encontrando tres pares de ojos que lo miraban con una mezcla de exasperación y preocupación.

—El día que Audrey se va a Roma.

—El día que Audrey se va a Roma —repitió Asher—. Y aquí estás, sentado en tu despacho, fingiendo trabajar en unos documentos que estoy bastante seguro de que ya has leído cuatro veces.

No, pensó Trevor, no había podido leerlos porque no era capaz de concentrarse. Por más que lo intentaba.

—Estoy trabajando.

—¿En qué? —preguntó Samuel, estirándose para agarrar la carpeta del escritorio de Trevor—. ¿En el caso de Westbrook Industries que por fin cerramos la semana pasada? —se burló.

Trevor suspiró.

—¿A qué habéis venido? —preguntó, aunque podía imaginárselo. Conocía bien a sus amigos.

Ethan cruzó los brazos por encima del pecho.

—Trevor, ¿has hablado con ella?

—¿Con quién?

—Deja de fingir que no sabes de quién estamos hablando —intervino Asher.

—No, no he hablado con Audrey. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Oh, no sé —respondió Asher—. ¿Tal vez porque se va del país mañana y claramente tienes cosas que decirle?

—No tengo nada que decirle —aseveró Trevor.

—¿En serio? ¿Nada en absoluto? —habló Samuel.

—Nada que tenga derecho a decir —dijo Trevor.

Samuel se inclinó hacia adelante, estudiando la expresión de su rostro.

—Trevor, ¿qué es exactamente lo que crees que va a pasar si hablas con ella?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿cuál es el peor escenario que has imaginado, que te tiene tan aterrorizado que prefieres dejarla ir sin decir una palabra?

Trevor se quedó en silencio durante unos segundos, y se dio cuenta de que nunca había verbalizado completamente sus miedos, ni siquiera para sí mismo.

Dejó escapar un suspiro.

—El peor escenario es que le diga lo que sea que pienso que siento, y ella me diga que fue solo una noche para ella también. Que

no significó nada más de lo que significó para mí.

—¿Y eso sería tan terrible?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque entonces sabría con certeza que la única noche en años en que me sentí... —Se detuvo, luchando por encontrar las palabras correctas.

—¿Te sentiste cómo? —preguntó Ethan suavemente, animándolo a continuar.

—Como si todas las piezas finalmente encajaran dentro mí.

Los chicos intercambiaron miradas silenciosas entre ellos.

—Joder —murmuró Samuel—. Estás enamorado de Audrey.

—No estoy...

—Sí lo estás —interrumpió Asher—. Estás enamorado de Audrey hasta la médula.

—Eso es ridículo. Yo nunca me he enamorado.

—¿Y qué coño tiene que ver que nunca te hayas enamorado? —dijo Ethan—. Nosotros tampoco nos habíamos enamorado nunca hasta que conocimos a Haley, Abby y Cassie. Pero siempre hay una primera vez.

—Lo vuestro es distinto.

Asher sacudió la cabeza.

—Dios, Trevor, ¿qué más necesitas para darte cuenta de lo que te está pasando? ¿Una declaración notariada?

Trevor se levantó del sillón bruscamente y se dirigió a los ventanales, dando la espalda a los chicos, que volvieron a intercambiar una mirada silenciosa. Las vistas de la ciudad se habían convertido en una especie de válvula de escape.

—Tío, Audrey se va a Italia en unas horas —comenzó Samuel—. A trabajar con Marco Benedetti, que probablemente ya esté empezando a enamorarse de ella, a una ciudad súper romántica, donde estarán seis meses trabajando juntos de manera muy estrecha.

Trevor sintió que se le revolvía el estómago. Apretó los dientes.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? —Ethan estaba alucinando ante la actitud indiferente que estaba mostrando Trevor.

—¿Qué se supone que debo hacer con esa información? —dijo él.

—¡Luchar por ella! —respondió Ethan, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—¿Luchar por ella? ¿Qué significa eso? —dijo Trevor, sin volverse hacia ellos.

—Significa ir a su casa, o al aeropuerto, o donde sea que esté, y decirle cómo te sientes realmente. Decirle que cometiste un error cuando te fuiste en plena madrugada. Decirle que lo que pasó entre vosotros significó algo para ti.

Trevor se giró.

—Entonces, según vosotros, tengo que aparecer en su puerta otra vez y decir «oye, siento haber huido como un adolescente asustado, pero resulta que estoy enamorado de ti».

—¿Estás enamorado de ella? —dijo Asher.

La pregunta estaba cargada de una serie de implicaciones que Trevor no tenía seguro de estar listo para enfrentar. No sabía si lo estaría algún día.

Chasqueó la lengua contra el paladar.

—No lo sé —murmuró—. Tal vez. Probablemente. Sí —confesó al fin.

Los chicos sonrieron por primera vez desde que habían entrado en el despacho.

—Entonces sí, eso es exactamente lo que se supone que debes hacer —dijo Asher.

—¿Y si ella dice que no le importa? ¿Y si dice que va a seguir adelante? ¿Que se va a Italia?

—Entonces al menos sabrás que lo intentaste —respondió Samuel—. En lugar de pasar el resto de tu vida preguntándote qué habría pasado si hubieras sido lo suficientemente valiente para ser honesto con ella… y contigo mismo.

Mientras tanto, en la otra punta de la ciudad, Audrey estaba terminando de hacer las maletas, revisando los últimos planes, preparándose para una nueva vida que no lo incluía a él.

—No sé cómo hacerlo —admitió Trevor.

—¿Hacer qué? —preguntó Ethan.

—Esto. —Trevor realizó o un aspaviento con los brazos—. Sentimientos. Vulnerabilidad. Riesgo emocional. No soy bueno en nada de eso.

—¿Sabes qué? —dijo Asher, levantándose de la silla—. Ninguno de nosotros era bueno en eso del amor cuando empezamos. Yo era un desastre completo cuando conocí a Abby.

—Y yo estuve semanas negando que estuviera enamorado de Cassie antes de darme cuenta —añadió Ethan—. Semanas siendo solo su profesor, cuando claramente era lo más importante que me había pasado en la vida.

—¿Y cuál es la moraleja? —dijo Trevor.

—La moraleja es que todos hemos estado donde estás tú ahora —concluyó Samuel—. Todos hemos enfrentado ese momento de terror cuando te das cuenta de que tu corazón está completamente en las manos de otra persona.

—Y ya sabes lo que hicimos… —dijo Ethan.

Trevor recorrió sus rostros con la mirada.

—Saltamos —añadió Asher—. Y fue aterrador, y un momento de mucha vulnerabilidad, pero mereció la pena. —Esbozó una ligera sonrisa.

Trevor lanzó un suspiro. Tenía la sensación de estaba parado al borde de un precipicio.

—¿Y si no soy suficiente para ella? ¿Y si Marco Benedetti puede ofrecerle una vida que yo nunca podría igualar?

—Todos hemos pasado también por esa etapa —lo tranquilizó Samuel.

—¿Y si lo eres? —contrarrestó Ethan—. ¿Y si ella ha estado esperando que seas lo suficientemente valiente para luchar por ella?

—¿Y si me equivoco?

—¿Y si te equivocas al no intentarlo? —planteó Asher—. ¿Y si dejas que el miedo te haga perder algo maravilloso?

—Joder, es tan complicado —murmuró Trevor, como si estuviera diciendo algo que Ethan, Asher o Samuel no supieran.

—Por supuesto que es complicado —habló Samuel—. Si fuera fácil, no sería amor.

Trevor permaneció callado un rato, tratando de procesar el hecho de que, en el espacio de unas pocas semanas, una mujer de la que había fingido ser su novio para que no fuera sola a la boda de su ex, con una sonrisa contagiosa, había conseguido algo que años de terapia, éxito profesional y deliberada autoprotección no habían logrado.

En aquel momento, Trevor sentía cómo el peso de años de murallas cuidadosamente construidas comenzaba a tambalearse.

—No puedo pedirle que rechace la oportunidad de ir a Roma por mí. Sería muy egoísta por mi parte —dijo Trevor.

—No le estarías pidiendo que rechace nada —dijo Samuel—. Le estarías dando toda la información para que pueda tomar una decisión.

—¿Qué información? —preguntó Trevor, como si no lo supiera.

—Que la quieres. Que quieres intentar construir algo real con ella y que estás dispuesto a trabajar para ser el tipo de hombre que merece.

—Deja de sobre pensar todo y empieza a actuar como un humano normal con sentimientos humanos normales —le aconsejó Asher.

—No tengo sentimientos humanos normales —protestó Trevor—. Tengo neurosis desarrolladas de forma profesional y sofisticados mecanismos de defensa.

—Pues es hora de jubilarlos —dijo Samuel.

Trevor guardó silencio durante unos segundos.

—Necesito aire —murmuró de pronto—. Necesito... pensar.

—Trevor —dijo Asher mientras él se dirigía hacia la puerta—. No pienses demasiado. A veces las mejores decisiones son las que

tomamos con el corazón en lugar de con la cabeza.

Trevor salió del despacho sin hacer ningún comentario.

CAPÍTULO 77

Trevor caminó sin rumbo fijo por las calles de Chicago.

Sus pasos lo llevaban de forma automática a través de barrios por los que estaba acostumbrado a circular en coche, mientras su mente corría con pensamientos que había intentado evitar durante semanas.

«Estás enamorado de ella.»

Las palabras de Asher resonaban en su cabeza con la insistencia de una campana. Porque, por mucho que hubiera estado negándolo, incluso para sí mismo, era verdad.

Se había enamorado de Audrey Carlson.

No se estaba enamorando.

No tenía sentimientos confusos.

Se había enamorado completamente de ella. Quizá desde California, y admitirlo era tanto aterrador como liberador.

Estaba enamorado de la forma en que sus ojos se iluminaban cuando hablaba de arte. Estaba enamorado de su risa, de su compasión. De su generosidad.

Estaba enamorado de la forma en que lo había mirado esa noche en su piso, como si realmente lo viera, no solo la versión cuidadosamente construida de sí mismo que mostraba al mundo.

La amaba cuando estaba borracha y hablaba de elefantes rosas. La amaba cuando estaba vulnerable y asustada. Y también cuando era fuerte y desafiante.

Y la había perdido por cobarde.

A menos que hiciera algo al respecto.

A menos que fuera lo suficientemente valiente para admitir que lo que había empezado como una farsa se había convertido en la cosa más real que había sentido en su vida.

Trevor se encontró en Lincoln Park sin recordar conscientemente haber caminado hasta allí.

El lago se extendía frente a él, gris y agitado bajo el cielo azul de julio.

Encontró un café al aire libre que estaba prácticamente vacío, pidió un café negro, y se sentó en la terraza como si la brisa cálida pudiera de alguna manera dar claridad a sus pensamientos.

Su reloj marcaba las cuatro y media.

El vuelo de Audrey salía a las diez de la mañana del día siguiente.

Eso significaba que probablemente querría estar en el aeropuerto a las ocho. Lo que significaba que probablemente saldría de casa a las siete. Lo que significaba que tenía aproximadamente catorce horas para decidir si iba a dejarla ir o si iba a luchar por ella.

Catorce horas para decidir si iba a seguir siendo el hombre que había sido toda su vida: controlado, emocionalmente inaccesible, e incapaz de tener una relación. O si iba a convertirse en el tipo de hombre que Audrey merecía.

El camarero le llevó el café que había pedido. Trevor vertió una pizca de azúcar del sobre que había junto a la taza y lo movió.

Miró de nuevo el reloj.

Las cuatro y cuarenta y cinco.

Trece horas y quince minutos.

Tomó un sorbo de su café templado, mientras observaba a las pocas personas lo suficientemente valientes para desafiar el clima veraniego y ventoso de Chicago.

Una pareja joven pasó caminando delante de él. Se notaba que estaban en las primeras etapas de la relación. El chico tenía su brazo alrededor de la chica, y ambos se reían de algo que solo ellos encontraban divertido.

Trevor los observó hasta que desaparecieron de su vista, sintiendo una punzada de algo que podría haber sido envidia, y que probablemente lo fuera.

«¿Cuándo fue la última vez que reí así con alguien?»

La respuesta llegó inmediatamente: California.

Con Audrey.

Cuando habían fingido estar en una relación, y había tenido con ella momentos de diversión que habían sido más reales que cualquier relación verdadera que hubiera tenido.

Las cinco en punto.

Trece horas.

Trevor sacó su teléfono, navegó hasta el contacto de Audrey, y se quedó mirando su número durante cinco minutos antes de guardarlo de nuevo.

«¿Qué le dirías?», se preguntó.

«Hola, Audrey. Sé que te vas mañana y que no he hablado contigo en semanas, pero pensé que deberías saber que estoy enamorado de ti y que cometí un error terrible cuando me fui aquella madrugada sin despedirme.»

«Hola, Audrey. Sé que probablemente me odias, pero ¿podrías considerar rechazar la oportunidad profesional de tu vida para darle una oportunidad a un hombre que claramente no sabe cómo manejar una relación sentimental adulta?»

«Hola, Audrey. ¿Recuerdas esa noche cuando te confesé mis vulnerabilidades, nos acostamos y luego desaparecí como un fantasma? Bueno, resulta que significó algo para mí después de todo.»

¡Santísimo Cristo! Cada opción sonaba peor que la anterior.

Las cinco y cuarto.

El café se había enfriado completamente, pero Trevor siguió sosteniéndolo, usando la taza como ancla en una realidad que parecía cada vez más surrealista.

En algún lugar de Chicago, Audrey estaba viviendo su última noche en la ciudad. Tal vez cenando con Diane, tal vez haciendo llamadas telefónicas para despedirse de sus seres queridos, tal vez simplemente estaba sentada en su piso procesando la magnitud del cambio que estaba a punto de hacer.

Y él estaba sentado en la terraza de una cafetería, paralizado por el miedo, bloqueado, sin saber si ir hacia adelante o hacia atrás; viendo pasar las horas como si fueran arena deslizándose por el fino canal de un reloj de arena.

«Cobarde.»

La palabra resonó en su mente con la voz de Diane.

Porque eso era lo que era, ¿no?

Un cobarde.

Un hombre demasiado asustado para arriesgarse a ser rechazado, demasiado asustado para dejar ver su vulnerabilidad, demasiado asustado para luchar por lo que quería.

Su teléfono vibró. Era un WhatsApp de Asher: «¿Cómo va la reflexión?»

Trevor escribió y borró tres respuestas diferentes antes de finalmente escribir: «Sigo en ello.»

La respuesta de Asher llegó inmediatamente: «A veces reflexionar demasiado es solo otra forma de no actuar.»

«A veces reflexionar demasiado es solo otra forma de no actuar», repitió Trevor.

Se quedó mirando las palabras, sintiendo como si hubieran sido diseñadas específicamente para desmantelar cada excusa que había estado construyendo.

Las cinco y media.

Doce horas y media.

El sol se metió detrás de unas nubes, tiñendo el cielo de color oro.

«¿Qué es lo peor que podría pasar?», se preguntó Trevor en silencio.

La pregunta que Samuel había hecho resonaba en su mente. ¿Cuál era realmente el peor escenario? ¿Que Audrey le dijera que no sentía nada por él? ¿Que se riera de él? ¿Que le dijera que había sido solo una noche de pasión y que ya había seguido adelante?

Cualquiera de esas opciones sería dolorosa, pero ¿serían realmente peores que lo que estaba sintiendo? ¿Que sentarse en silencio mientras ella desaparecía de su vida para siempre?

«Al menos sabrías que lo intentaste.»

Trevor terminó su café frío de un trago, saboreando la amargura que de alguna manera parecía apropiada para el momento.

Las cinco y cuarenta y cinco.

Once horas y quince minutos.

Y aún no había tomado una decisión.

Aún no había encontrado el valor para actuar.

Aún estaba sentado, bloqueado por el miedo, viendo como las horas se desvanecían como oportunidades perdidas.

Su teléfono vibró una vez más.

Esa vez era un WhatsApp de Ethan.

«No importa cuánto tiempo reflexiones, vas a tener que saltar. La pregunta es si vas a saltar antes de que sea demasiado tarde.»

Trevor miró el mensaje durante un rato largo, luego guardó su teléfono en el bolsillo de la chaqueta, y observó el lago mientras el sol emergía de las nubes y volvía a iluminar Chicago.

«Saltarías.»

«Pero ¿cuándo?»

«¿Y sería demasiado tarde cuando finalmente encontrara el valor para hacerlo?»

CAPÍTULO 78

Asher había estado conduciendo por las calles de Chicago durante cuarenta y cinco minutos cuando finalmente divisó la figura familiar de Trevor sentado en la terraza prácticamente vacía de una cafetería cerca del lago.

Incluso desde la distancia, podía ver la postura de derrota de su amigo: hombros caídos, cabeza agachada, mirando fijamente el teléfono como si contuviera las respuestas a todos los misterios de su vida.

—Ahí está —anunció a Samuel y a Ethan, señalando hacia la terraza—. Nuestro «Romeo melancólico» en todo su esplendor patético.

Samuel, que ocupaba el asiento del pasajero, se inclinó hacia adelante para ver mejor.

—¿Está hablando por teléfono?

—Peor —observó Ethan desde el asiento trasero—. Está mirándolo como si fuera su peor enemigo y al mismo tiempo su única salvación.

—Perfecto —murmuró Asher, maniobrado su Rolls Royce de color negro hacia un aparcamiento que había libre—. Va a tener lugar una intervención romántica con un hombre que claramente ha perdido toda capacidad de función cerebral básica. Esto va a ser divertido.

Los tres salieron del coche con la coordinación y la determinación de un grupo militar.

Asher llevaba la delantera, con Samuel y Ethan flanqueándolo como si fueran a arrestar a un fugitivo particularmente peligroso.

Trevor los vio acercarse e inmediatamente adoptó la expresión de alguien que consideraba seriamente huir hacia el lago.

—No —dijo, levantando una mano como si pudiera detenerlos físicamente—. Lo que sea que estéis planeando, la respuesta es no.

—Trevor —dijo Asher—, necesitamos hablar.

—Ya hemos hablado. En mi despacho. ¿Es que no os acordáis de que fue hace un par de horas?

—Eso no fue hablar —interrumpió Samuel—. Eso fue tú huyendo como un adolescente que evita una conversación incómoda con sus padres.

—No estoy huyendo —se quejó Trevor.

—¿No? —preguntó Ethan, gesticulando hacia la terraza vacía—. ¿Entonces qué es esto? ¿Una meditación contemplativa sobre las complejidades del amor?

—Esto es... una reflexión silenciosa que necesito.

—Esto es autosabotaje —corrigió Asher—. Y se acabó.

Trevor se levantó de la silla, preparándose para una retirada táctica.

—No podéis secuestrarme porque no aprobéis mis decisiones —dijo.

—Míranos —respondió Samuel, delineando en sus labios una media sonrisa ladina—. Somos tres abogados exitosos. Somos los «Alfa de Chicago». Podemos secuestrarte legalmente al menos de cuatro maneras diferentes.

Trevor hizo una mueca con la boca.

—Eso no es... joder, eso ni siquiera es un concepto legal de verdad.

—¿Quieres averiguarlo? —preguntó Ethan, dando un paso hacia él—. Porque estoy bastante seguro de que podemos argumentar que hemos tenido que intervenir por una emergencia psicológica extrema.

—Dejad de decir tonterías —soltó Trevor.

Miró disimuladamente a su alrededor, calculando sus opciones de escapar.

El café estaba prácticamente vacío, el parking era abierto, y definitivamente podría superar a los tres en velocidad si...

—Ni se te ocurra correr —le advirtió Asher, como si pudiera leer su mente—. Abby me ha obligado a ir a correr con ella todas las mañanas desde hace cinco meses. No he estado en mejor forma en toda mi vida.

—Y yo perseguí a un ladrón tres manzanas la semana pasada —añadió Ethan—. Con zapatos italianos. Te ganaría.

—Además —dijo Samuel, ajustándose la corbata como si estuviera dejando caer una amenaza casual—. ¿De verdad quieres que tengamos esta conversación aquí, en público, donde cualquier transeúnte puede escuchar los detalles íntimos de tu vida amorosa?

Trevor se quedó en silencio, sopesando los pros y contras de una humillación pública contra una humillación privada.

—Esto es ridículo —murmuró finalmente—. Soy un adulto. Tengo casi treinta años. He construido una carrera exitosa. No he perdido un solo caso en mi vida. Creo que puedo tomar mis propias decisiones sobre mi vida personal.

—¿En serio? —preguntó Asher—. Porque lo que parece es que has tomado la decisión de perder a la chica que amas por pura cobardía.

—No estoy...

—¡Estás enamorado de ella! —interrumpió Samuel—. Admítelo, joder. Admítelo en alto de una puta vez.

Un par señoras que pasaban por ahí, giraron la cabeza hacia ellos.

—Estoy...

—Estás enamorado de ella y vas a dejarla ir sin luchar porque tienes miedo —continuó Ethan, implacable—. Vamos, admítelo.

—¡Está bien! —explotó Trevor. Su voz fue lo suficientemente alta como para hacer que otra pareja que paseaba por allí se girara para mirar—. Estoy enamorado de ella. ¿Contentos? Estoy completamente enamorado de Audrey, y la idea de que se vaya mañana a Roma me está matando lentamente por dentro. ¡Dios, no me he sentido peor en mi vida!

—Eso es todo lo que queríamos oír —dijo Asher con satisfacción —. Ahora, vamos.

—¿Adónde?

—Al coche. Vamos a llevarte a casa de Audrey.

—¿Qué? No —negó Trevor.

—Claro que sí.

Trevor retrocedió un paso, chocando con la silla.

—No podéis obligarme a ir a su casa.

—¿Quieres apostar algo? —preguntó Samuel, intercambiando una mirada significativa con Ethan.

Antes de que Trevor pudiera procesar completamente lo que estaba pasando, Ethan había agarrado su brazo izquierdo, Samuel había agarrado el derecho, y Asher estaba bloqueando cualquier ruta potencial de escape.

—Esto es un secuestro —protestó Trevor, aunque no estaba poniendo mucha resistencia física—. Esto es literalmente un secuestro.

—Esto es una intervención… especial, que contaría con el beneplácito del tribunal —corrigió Asher.

—Eso no es real, deja de inventarte las cosas —dijo Trevor.

—Es algo real ahora —dijo Ethan, con una expresión divertida en los ojos—. Nos lo estamos inventando sobre la marcha.

Los tres escoltaron a Trevor hacia el Rolls Royce con la eficiencia de unos guardaespaldas profesionales, ignorando sus continuas protestas y las miradas curiosas de varios transeúntes.

—Esto es humillante —murmuró Trevor mientras Asher abría la puerta trasera del coche—. Parezco un delincuente que está siendo arrestado.

—Pareces un hombre que está siendo salvado de sí mismo —respondió Samuel, empujándolo suavemente hacia el asiento trasero —. Hay una diferencia.

—Una diferencia muy muy sutil. —Trevor lo fulminó con la mirada.

Ethan se deslizó en el asiento trasero junto a Trevor, para prevenir cualquier intento de escapada durante el trayecto. Capaz y se tiraba del coche en marcha.

—¿Cuál es la dirección de Audrey? —preguntó Asher mientras arrancaba el motor.

—No os la voy a dar —dijo Trevor, cruzándose de brazos como un niño pequeño enfadado.

—Trevor. —La voz de Asher sonó como una advertencia, mientras lo miraba con los ojos entornados a través del espejo retrovisor.

—No. Esto ya ha ido demasiado lejos. No voy a permitir que me obliguéis a aparecer en su puerta como si fuera un acosador desesperado.

—Primero —dijo Samuel, girándose desde el asiento delantero—, no eres un acosador. Eres un hombre enamorado que está demasiado asustado para admitir sus sentimientos.

—Segundo —añadió Ethan—, definitivamente estás desesperado. Mucho más de lo que tú mismo crees. Y esa es la razón por la que estamos haciendo esto.

—Y tercero —concluyó Asher—, puedo llamar a Diane y preguntarle por la dirección. Estoy seguro de que estaría encantada de ayudarnos con esta misión.

Trevor también estaba seguro de que su hermana se uniría a ellos en toda aquella locura. Se quedó en silencio un momento, procesando sus opciones, que eran jodidamente limitadas.

—¿De verdad llamaríais a Diane?

—En menos de lo que dura un parpadeo —confirmó Samuel—. De hecho, probablemente nos agradecería haber conseguido que finalmente hayas sacado la cabeza del agujero en el que la tenías metida.

—Aunque —añadió Asher, pensativo—, si llamamos a Diane, probablemente querrá venir con nosotros. ¿Quieres que esta sea una excursión familiar completa?

—¡Basta! —murmuró Trevor—. Pero esto sigue siendo una idea terrible.

—Las mejores historias de amor comienzan con ideas terribles —observó Ethan—. Es como una regla. Fíjate en Samuel, en Asher, en mí.

Trevor finalmente les dio la dirección de Audrey con la resignación de alguien que había aceptado su destino, aunque continuó murmurando cosas sobre violaciones de los derechos civiles y la cuestionable legalidad de intervenciones forzadas durante todo el viaje.

Cuando llegaron al edificio de Audrey, Asher aparcó frente a la entrada y apagó el motor con una expresión en el rostro que sugería que no había vuelta atrás.

—Esto es una locura —dijo Trevor, mirando hacia el edificio como si fuera su ejecución—. Soy adulto. Puedo dirigir mi propia vida.

—Pues parece que no —comentó Samuel—. Porque la forma en que has estado dirigiendo tu vida durante las últimas semanas sugiere lo contrario.

—He estado dirigiendo mi vida perfectamente bien.

—Has estado dirigiendo tu vida hacia una infelicidad autoimpuesta —corrigió Ethan.

—Además —añadió Asher—, si fueras tan bueno dirigiendo tu vida, estarías aquí desde hace horas.

Trevor no hizo ningún comentario, se había quedado sin argumentos.

—Mirad —dijo—. Aprecio la preocupación, de verdad que la aprecio, pero puedo manejar esto yo mismo.

—¿Cuándo? —preguntó Samuel—. ¿Dentro cinco años cuando por fin encuentres el valor para llamarla a Roma?

—No van a pasar cinco años —se quejó Trevor.

—¿Cinco días?

—No...

—¿Cinco horas?

—Yo... posiblemente…

—Trevor —lo cortó Asher con infinita paciencia—. Deja de tocar los cojones. Su vuelo sale en doce horas. No tienes cinco años, ni

cinco días, ni siquiera cinco horas para resolver esto. Tienes el ahora. Tienes el ya.

Como si el universo hubiera estado escuchando su conversación, una mujer salió del edificio en ese momento exacto, manteniendo la puerta abierta para que pudieran ver el vestíbulo.

—¿Habéis visto eso? —preguntó Ethan, señalando la puerta abierta—. El universo está conspirando para ayudarnos. Es una señal.

—Es una coincidencia —negó Trevor.

—Es una oportunidad —corrigió Samuel—. Y vamos a aprovecharla.

Antes de que Trevor pudiera protestar más, los tres salieron del coche, abrieron su puerta y lo obligaron a bajar, formando de nuevo una escolta a su alrededor.

—No voy a subir —dijo Trevor, aunque no hizo ningún movimiento para resistir cuando comenzaron a caminar hacia el edificio.

—Sí vas a subir —respondió Asher—. Porque somos tus amigos, y no vamos a permitir que cometas el error más grande de tu vida.

—¿Y si ella dice que me vaya a la puta mierda?

—Entonces al menos sabrás que lo intentaste —respondió Ethan —. En lugar de pasar el resto de tu vida preguntándote qué habría pasado.

—¿Y si dice que solo fue una noche para ella también?

—Entonces descubrirás que es más fuerte de lo que pensabas y encontrarás una manera de seguir adelante —dijo Samuel—. Pero algo me dice que no es lo que va a pasar.

Llegaron al vestíbulo del edificio.

Trevor miró hacia el hueco de las escaleras como si fuera un portal hacia otra dimensión.

—Esto sigue siendo una idea terrible —masculló.

—Las mejores ideas son siempre terribles al principio —dijo Asher en tono filosófico—. Es como se sabe que valen la pena.

El trayecto por las escaleras fue silencioso, excepto por el sonido de la respiración agitada de Trevor y el murmullo ocasional de «esto es una locura».

Cuando llegaron a la planta cuarta, Trevor se detuvo frente a la puerta del piso 4ºB como si hubiera echado raíces.

—No puedo hacer esto —susurró.

—Sí puedes —dijeron Asher, Samuel y Ethan al unísono.

—¿Y si está ocupada? ¿Y si está hablando por teléfono con Marco Benedetti, planificando su nueva vida italiana?

—Entonces la interrumpiremos —dijo Samuel—. Algunas conversaciones son más importantes que otras —añadió.

Asher se acercó al timbre con determinación. Habían llegado demasiado lejos como para retroceder.

—Última oportunidad para demostrar que tienes un par de cojones y hacer esto voluntariamente —dijo.

Trevor lo miró de reojo.

—Vale —cedió—. Pero cuando esto sea un desastre completo, quiero que sepáis que os perseguiré hasta los confines del mundo, que os mataré y que vuestros cuerpos será pasto de las pirañas.

—Anotado —dijo Ethan, guiñándole un ojo—. Ahora respira hondo y recuerda que la quieres.

Asher presionó el timbre.

El sonido resonó al otro lado de la puerta, seguido por el ruido de pasos acercándose desde dentro.

Trevor tenía cara de estar considerando seriamente hacer un sprint final hacia las escaleras y desaparecer, cuando la puerta se abrió.

Audrey apareció vistiendo vaqueros claros anchos y una camiseta gris con Minnie y Mickey dándose un beso. Tenía el pelo suelto y ligeramente desordenado y una expresión de total perplejidad cuando vio a Trevor flanqueado por tres hombres con traje.

«Los famosos "Alfa de Chicago"», pensó para sí misma.

La verdad era que sí intimidaba un poco ver a los cuatro juntos. Parecían haber bajado de la pasarela de Nueva York.

—¿Trevor? —preguntó. Su voz mezclaba sorpresa, con confusión y algo de cautela—. ¿Qué... qué está pasando?

Los cuatro permanecieron en silencio. Ninguno parecía tener claro cómo proceder ahora que habían llegado al momento crucial.

Finalmente, Asher se aclaró la garganta y se adelantó a hablar.

—Hola, Audrey. Soy Asher, amigo de Trevor —se presentó—. Estos son Samuel y Ethan.

—Hola —los saludó ella, porque no tenía ni puñetera idea de qué decir.

—Trevor tiene algo que decirte —anunció Asher—. Algo importante que debería haberte dicho hace semanas.

Audrey miró a Trevor, que parecía como si quisiera que se lo tragara el suelo, y después a sus tres acompañantes, que la observaban como si hubieran completado exitosamente una misión militar compleja.

—¿Algo que decirme? —repitió lentamente.

—Sí —confirmó Samuel—. Algo muy importante que ha estado evitando decir, porque está emocionalmente cerrado al amor y tiene miedo al rechazo.

—¡Samuel! —murmuró Trevor entre dientes, al tiempo que lo fulminaba con la vista.

—¿Qué? Es verdad —dijo él, encogiéndose de hombros como si tal cosa.

Asher se giró hacia Trevor con una expresión expectante.

—Esta es tu parte, Romeo. Nosotros te hemos traído hasta aquí. El resto depende de ti.

Y con esas últimas palabras, los tres se dirigieron hacia las escaleras, dejando a Trevor parado solo en el pasillo frente a una Audrey muy confundida.

—Estaremos en el coche —gritó Ethan por encima del hombro—. Tómate tu tiempo. Pero no demasiado. Tenemos reuniones mañana temprano —dijo, para vacilarle.

Asher dio un pequeño empujón en el hombro a Ethan para que no pusiera más nervioso a Trevor de lo que ya estaba.

Después desaparecieron escaleras abajo, dejando a Trevor y a Audrey mirándose el uno al otro en el silencio del rellano.

—Todo esto es… —dijo Audrey finalmente—… un poco... raro.

—Esa es una palabra para describirlo —murmuró Trevor, pasándose una mano por el cuello, nervioso—. Secuestro es otra.

Audrey no pudo evitar sonreír brevemente ante su expresión de perplejidad absoluta.

—Trevor —dijo en tono suave—, ¿qué estás haciendo aquí?

El corazón le latía a mil por hora. Lo notaba en las sienes, en la garganta, golpeando contra las costillas…

Trevor la miró a los ojos. Tenía la sensación de que estaba al borde del precipicio que había estado evitando durante semanas.

Sus amigos tenían razón. Era ahora o nunca.

Era hora de saltar.

CAPÍTULO 79

Trevor permaneció unos segundos sin moverse, mirando a Audrey como si fuera la primera vez que la veía.

Y en cierto sentido, era así.

Era la primera vez que la estaba viendo con la claridad de alguien que finalmente había admitido la verdad, no solo a sus amigos, sino a sí mismo.

Estaba enamorado de ella.

Completamente. Irremediablemente. Desesperadamente enamorado de ella.

—Trevor —dijo Audrey en un tono de voz que sonaba visiblemente preocupado—. ¿Estás bien? Parece como si fueras a desmayarte.

—Yo... —Trevor se pasó la mano por los mechones de pelo, un gesto que Audrey sabía que hacía cuando estaba nervioso—. Sinceramente, no sé si estoy bien. No sé por dónde empezar…

—¿Empezar con qué?

—Con lo que he venido a decirte.

Audrey se apoyó contra el marco de la puerta, estudiando su rostro y tratando de leer entre líneas.

—¿Tus amigos te han obligado a venir aquí?

—Sí. Bueno, técnicamente ha sido más un secuestro. Pero un secuestro amigable —se apresuró a aclarar—. Una intervención forzada para que deje de hacer el gilipollas.

A pesar de la tensión del momento, Audrey no pudo evitar sonreír. Trevor estaba adorable intentando explicarse, aunque no lo conseguía del todo.

—¿Secuestro amigable? —repitió.

—En eso se ha convertido al final. Según Asher, lo estaban improvisando sobre la marcha.

El humor ligero pareció aflojar algo la tensión en los hombros de Trevor, pero Audrey pudo ver que sus manos seguían temblando ligeramente.

—Trevor —dijo—. ¿Quieres entrar? Porque si vamos a tener una conversación que ha requerido un secuestro y una intervención casi militar, probablemente deberíamos tenerla en privado.

Trevor asintió.

—Sí, será lo mejor.

La siguió hacia el interior del piso, que en aquel momento parecía una trinchera.

Cajas etiquetadas se apilaban contra las paredes, maletas abiertas dominaban el suelo, y había un aire de final que hizo que algo se contrajera en el pecho de Trevor.

«Se va mañana —se recordó a sí mismo—. Realmente se va.»

—Perdona el desastre —dijo Audrey, moviendo algunas prendas de ropa del sofá con la intención de abrir espacio para que Trevor se sentase—. Como puedes ver, estoy terminando de embalar las últimas cosas.

—No te disculpes. Soy yo el que ha aparecido sin invitación con un escuadrón de amigos.

Se sentaron en extremos opuestos del sofá. El espacio entre ellos estaba lleno de semanas de incomunicación y sentimientos no explorados.

—Bueno… —comenzó Audrey—. Asher dijo que tenías algo importante que decirme.

Trevor bajó la vista y miró sus manos como si contuvieran las respuestas que había estado buscando.

—No sé cómo hacer esto —admitió finalmente—. No soy bueno con... estas cosas. Con sentimientos. Con vulnerabilidades. Con cualquier cosa que tenga que ver con emociones.

—Solo... habla conmigo, Trevor. Como lo hiciste aquella noche —lo animó Audrey.

La referencia a su noche juntos bailó entre ellos, cargada con memoria.

—Aquella noche… —repitió Trevor lentamente—. Aquella noche cuando me fui como un cobarde.

—No fuiste un cobarde...

—Sí lo fui —la cortó Trevor—. Sí lo soy. Soy un cobarde. He sido un cobarde durante semanas.

Se levantó del sofá. Tenía demasiados nervios acumulados dentro del pecho, como un hormigueo por todo el cuerpo que no le permitía mantenerse quieto.

—Audrey, cuando me fui aquella madrugada... cuando desaparecí sin explicación, sin despedirme, sin decir nada... fue porque tenía miedo.

Audrey frunció el ceño.

—¿Miedo de qué? —preguntó.

—De lo que había sentido contigo. De lo diferente que había sido. De lo... real que fue.

Audrey se quedó en silencio. El corazón le latía tan fuerte que estaba segura de que Trevor podía escucharlo.

—Nunca he tenido una relación larga —continuó—. Pero jamás he tenido una noche como esa. Una noche donde sentí como si todas las piezas finalmente encajaran. Como si hubiera encontrado algo que ni siquiera sabía que había estado buscando.

Su voz se quebró ligeramente en las últimas palabras, y tuvo que detenerse para recomponerse.

—Y eso te asustó —dijo Audrey suavemente.

—Me aterrorizó. Porque significaba que todo lo que pensaba que sabía sobre mí mismo podría estar equivocado. Que tal vez no estaba tan emocionalmente cerrado como pensaba. Que tal vez sí era capaz de sentir algo real por alguien.

Trevor se giró para tenerla cara a cara. Sus ojos verdes se encontraron con los de Audrey con una mirada tan intensa que hizo que el aire entre ellos pareciera estar cargado de electricidad.

—Audrey, estoy enamorado de ti —confesó.

Las palabras salieron en avalancha, como si hubiera estado conteniéndolas durante tanto tiempo que finalmente habían encontrado una manera de escapar.

—Estoy completamente, irremediablemente enamorado de ti. Quizá he estado enamorado de ti desde California, aunque era demasiado estúpido para reconocerlo entonces. Tal vez… no sé… — Se encogió de hombros.

Audrey se quedó completamente inmóvil, sus ojos abriéndose de par en par mientras procesaba lo que acababa de escuchar.

—Estoy enamorado de la forma en que tus ojos se iluminan cuando hablas de arte. Estoy enamorado de tu risa, de tu amabilidad, de cómo escuchas —comenzó a enumerar—. Estoy enamorado de tu inteligencia, de tu talento, de la forma en que me haces querer ser una mejor versión de mí mismo.

Su voz se estaba volviendo más fuerte, más segura, como si admitir la verdad estuviera liberando algo que había estado atrapado dentro de él durante meses.

—Y estoy enamorado de la forma en que me miraste esa noche. Como si realmente me vieras. No la versión que he construido cuidadosamente de mí mismo y que muestro al mundo, sino quién realmente soy debajo de toda esa mierda de control, debajo de toda la contención, de todos los muros.

Trevor se acercó al sofá, y se arrodilló frente a Audrey para estar al mismo nivel.

—Audrey, lo siento. Siento mucho haberme ido esa madrugada. Siento haberte hecho sentir como si no hubieras significado nada para mí cuando la verdad es que lo significaste todo. Siento haber sido demasiado cobarde para admitir mis sentimientos hasta estar a punto de perderte para siempre.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y tuvo que parpadear varias veces para aclararse la visión.

—Sé que soy complicado. Sé que tengo problemas. Sé que mi historial de relaciones es un desastre porque nunca he sabido cómo funciona esto realmente. Pero Audrey, si me das una oportunidad...

si me dejas intentarlo... te prometo que nunca te haré daño de nuevo. Te prometo que voy a luchar todos los días para ser el tipo de hombre que mereces.

Audrey se había quedado sin palabras.

Literalmente sin palabras.

Su boca se abría y cerraba como si estuviera tratando de formar respuestas que no podían encontrar su camino hacia sus cuerdas vocales.

Era la declaración que había soñado escuchar durante semanas. Las palabras que había repetido en su mente durante las noches que no había podido dormir, imaginando docenas de versiones diferentes de aquella conversación.

Y ahora que estaba sucediendo, apenas tenía fuerza para responder.

—¿Audrey? —preguntó Trevor con voz dulce, preocupado por su silencio—. ¿Puedes... puedes decir algo? ¿Cualquier cosa?

—Yo... —comenzó, luego se detuvo, sacudiendo la cabeza como si estuviera tratando de aclarar sus pensamientos—. Trevor, yo...

Se detuvo de nuevo, llevándose las manos a las mejillas como si pudiera físicamente sostener las emociones que amenazaban con abrumarla.

—No puedo creer que estés aquí —murmuró al fin—. No puedo creer que acabes de decir todo eso.

Trevor pestañeó un par de veces.

—¿Es... es bueno que esté aquí? ¿O he llegado demasiado tarde?

Audrey lo miró, y vio la vulnerabilidad desnuda en sus ojos, la forma en que esperaba su respuesta como si su mundo entero dependiera de ella.

—Trevor —dijo. Su voz apenas era un susurro—. ¿No quieres que me vaya a Roma?

La pregunta pareció sorprenderlo.

—¿Qué? No, yo... Audrey, por supuesto que quiero que vayas a Roma.

—¿En serio?

—En serio. Esta es la oportunidad de tu vida. Es exactamente el tipo de experiencia que va a llevarte a donde quieres estar profesionalmente. Nunca te pediría que renunciaras a eso.

Se sentó en el borde de la mesa auxiliar, acercándose lo suficiente para tomar sus manos entre las suyas.

—Audrey, no he venido aquí para pedirte que te quedes, y mucho menos por mí. He venido para decirte lo que siento, para que puedas tomar una decisión sobre lo que quieres hacer.

—¿Y si quiero ir a Roma? —lanzó ella.

—Entonces voy a estar aquí cuando regreses. Y voy a ir a verte tanto como humanamente sea posible.

Una sonrisa lenta comenzó a extenderse por el rostro de Trevor. La primera sonrisa que sus labios habían esbozado en semanas.

—Los de American Airlines van a estar muy felices conmigo. Voy a convertirme en su cliente más habitual en la ruta Chicago-Roma.

Audrey se echó a reír a pesar de las lágrimas que habían comenzado a correr por sus mejillas.

—¿American Airlines?

—Esa o cualquier aerolínea que tenga los mejores vuelos. He estado pensando en ello, ¿sabes? Durante las últimas dos semanas, cuando me estaba volviendo loco imaginándote en Roma con Marco Benedetti y su aspecto de estrella de cine...

—Trevor...

—De hecho —continuó. Su sonrisa adoptó un aire travieso—, he estado considerando la posibilidad de comprar un jet privado. Solo por mi conveniencia, ¿entiendes? Nada que ver con querer aparecer en Roma cuando quiera verte.

—¿Un jet privado? —rio Audrey—. ¿No es eso un poco excesivo?

—Sí, tal vez. Pero me vendría bien para los negocios, y me permitiría verte todos los fines de semana.

—Estás loco —dijo Audrey.

—Estoy enamorado. Aunque al parecer ambas cosas van de la mano.

Audrey se echó a llorar, pero estaba sonriendo también, y Trevor se dio cuenta de que eran lágrimas de felicidad en lugar de tristeza.

—¿Audrey? —preguntó—. ¿Estás bien?

—No puedo creer que esté pasando esto —sollozó—. He soñado con que dijeras estas cosas durante semanas. Todas las noches me quedaba despierta imaginando que aparecías y me decías que aquella noche había significado algo para ti también.

—Significó todo para mí.

—Y ahora estás aquí, y lo has dicho, y no puedo creer que sea real.

Trevor se movió desde la mesa auxiliar al sofá, sentándose junto a Audrey, y tiró de ella hacia sí para que se colocara en su regazo.

Ella se derritió contra él de inmediato, como si su cuerpo recordara exactamente cómo encajar contra el suyo.

—Es real —murmuró Trevor contra su pelo—. Todo es real. Mis sentimientos, esta conversación, el hecho de que mis amigos me hayan medio secuestrado para obligarme a venir aquí...

—Tengo que agradecérselo.

—Están esperando abajo en el coche. Puedes agradecérselo en persona.

Se quedaron abrazados un rato, sintiendo cómo el peso de las semanas que habían estado separados y todas aquellas cosas que no se habían dicho se aliviaba en sus hombros.

—Trevor… —dijo Audrey, echándose hacia atrás para poder mirarlo—, gracias por no pedirme que me quede.

Trevor frunció un poco el ceño.

—¿Gracias por no pedirte que te quedes? —repitió.

—Sí. Porque, aunque te quiero... y te quiero, Trevor Hunter. Te quiero tanto que duele. Esta oportunidad en Roma es muy importante para mí. Es el trabajo que he estado soñando durante años.

—Lo sé. Y quiero que tengas todo lo que has soñado —dijo él—. Yo jamás le cortaré las alas a tus sueños.

Audrey se inclinó sobre él y rozó la punta de su nariz con la suya.

—¿Y tú qué? ¿Qué va a pasar contigo durante estos seis meses?

Trevor sonrió.

—Yo estaré aquí, trabajando duro para convertirme en el hombre que merece a alguien como tú. Y volando a Roma todos los fines de semana que puedas soportarme.

—Puedo soportarte todos los fines de semana de mi vida.

—¿Sí?

Audrey asintió.

—Sí. Y Trevor... yo también volaré aquí siempre que pueda. Roma es algo temporal. Esto... —hizo un gesto entre ellos con la mano— esto es lo que quiero que sea permanente, lo que quiero que sea para siempre.

Trevor sintió como si su corazón fuera a explotar de alivio.

—¿Me estás diciendo que quieres intentar algo conmigo? ¿Una relación real, incluso a larga distancia?

—Te estoy diciendo que quiero intentar todo contigo. Una relación a larga distancia, viajes en avión, visitas de fin de semana, todo.

—¿Incluso con los problemas que tengo para comprometerme y mi incapacidad para manejar las emociones?

—Especialmente con eso. Porque creo que no tienes problemas para comprometerte, Trevor. Creo que simplemente no habías encontrado a la persona adecuada para comprometerte.

—¿Y tú eres la persona adecuada?

—Espero serlo.

Trevor se echó hacia adelante y enmarcó el rostro de Audrey con sus manos.

—Audrey Carlson, eres definitivamente la persona adecuada. Eres la única persona adecuada.

Y entonces la besó, un beso que contenía semanas de tristeza, y de miedo, pero también de esperanza y amor.

Un beso que sabía a nuevos comienzos y segundas oportunidades.

Un beso que sintieron como llegar a casa después de estar perdido durante mucho tiempo.

Cuando finalmente se separaron, ambos estaban sin aliento y sonriendo.

—He estado viviendo una vida a medias sin saberlo —dijo Trevor —. Todo lo que pensaba que sabía sobre la química entre dos personas, sobre sentimientos, sobre el amor, sobre lo que significa realmente estar con alguien... estaba completamente equivocado.

—¿Y ahora? —le preguntó Audrey.

—Ahora sé por qué nunca funcionó con nadie más —respondió Trevor. Sus ojos verdes se encontraron con los azules de ella—. Porque estaba esperándote a ti.

Audrey sintió que el corazón se le desbocaba.

—Te quiero —susurró contra sus labios.

—Yo también te quiero —respondió él—. Más de lo que pensé que era posible.

—¿Sabes qué es lo más loco de todo esto?

—¿Qué?

—Que si no me hubiera ido a Roma, tal vez nunca habríamos llegado a este punto —dijo Audrey—. Tal vez necesitabas el miedo de perderme para darte cuenta de lo que sentías.

—Tal vez —afirmó Trevor—. O tal vez mis amigos tenían que secuestrarme y traerme hasta aquí, para que sacara la cabeza del agujero en el que la tenía metida. Soy como un jodido avestruz.

—Puede que eso también —rio Audrey.

Se quedaron en el sofá, abrazados y hablando en susurros sobre el futuro; sobre Roma, sobre visitas, sobre lo que significaba construir una relación a través de continentes.

—Trevor —dijo Audrey después de un rato—. ¿Crees que deberíamos bajar y decirles a tus amigos que su misión ha sido todo un éxito?

—La verdad es que sí. Aunque conociéndolos, probablemente ya lo saben. Estoy seguro de que están cronometrando cuánto tiempo hemos estado aquí arriba —dijo Trevor.

—Entonces será mejor que bajemos antes de que decidan subir para hacer otra intervención —bromeó Audrey.

—Será lo mejor. No estoy seguro de que mi ego pueda soportar otro secuestro el mismo día.

Se levantaron del sofá entre risas. Mientras caminaban hacia la puerta, Trevor cogió la mano de Audrey.

—Audrey —dijo, deteniéndose en el umbral—. ¿Estás segura de esto? ¿Segura de nosotros? ¿De lo nuestro? —Su rostro había adoptado una expresión seria.

—Más segura de lo que he estado de cualquier cosa en mi vida —respondió ella.

—Bien. Porque voy a hacer todo lo posible para asegurarme de que nunca te arrepientas de darme esta oportunidad.

—No me voy a arrepentir, Trevor. Te lo prometo —dijo Audrey, dejando ver en sus labios el inició de una sonrisa.

Trevor inclinó la cabeza y le dio un beso en la frente.

Y mientras bajaban para enfrentar a sus tres casamenteros, ambos sabían que habían encontrado algo que valía la pena luchar.

Algo que valía la pena esperar.

Algo que valía la pena cualquier distancia.

CAPÍTULO 80

Cuando Trevor y Audrey salieron del edificio cogidos de la mano, encontraron a Asher, Samuel y Ethan apoyados contra el Rolls Royce.

Asher fue el primero en verlos. Se impulsó del capó del coche con una sonrisa que sugería satisfacción personal y enderezó la espalda.

—Bueno, bueno, bueno… —dijo, su voz cargada de una diversión que apenas podía contener—. Mirad lo que tenemos aquí.

Samuel y Ethan se giraron al mismo tiempo, y Audrey pudo ver exactamente el momento en que se dieron cuenta de que tenían las manos entrelazadas.

Las expresiones de alivio y triunfo que cruzaron sus rostros habrían resultado cómicas, si no hubieran sido tan conmovedoras.

Ethan miró a Trevor.

—Por favor, dime que no tuvimos que secuestrarte para nada —dijo.

—No fue para nada —respondió Trevor, apretando la mano de Audrey ligeramente—. Aunque sigo manteniendo que el secuestro fue técnicamente ilegal.

—Técnicamente *efectivo* es más importante que técnicamente legal —observó Samuel, con una lógica algo retorcida—. Además, puedes demandarnos más tarde. Estoy seguro de que llegáramos a un acuerdo. Le guiñó un ojo.

Audrey se echó a reír. Estaba encantada observando la dinámica y la camaradería que existía entre los cuatro «Alfa de Chicago».

—Así que vosotros sois los famosos amigos que decidieron que Trevor necesitaba una intervención de emergencia.

—Somos los famosos amigos que se cansaron de verlo actuar como un idiota —corrigió Asher—. La intervención fue solo… un método para hacer que recapacitara.

—¿Y funcionó? —preguntó Ethan, mirando alternativamente a Trevor y a Audrey con expectación—. ¿O vamos a tener que pasar a la Fase Dos?

—No habrá Fase Dos —dijo Trevor—. Con la Fase Uno ha sido suficiente.

Todos se echaron a reír.

—Tengo que agradeceros que lo hayáis traído —dijo Audrey—. A los tres. Porque Trevor nunca habría venido aquí solo.

—Lo sabemos —respondió Samuel—. Lo conocemos bien, por eso lo secuestramos.

—Pero ¿cómo sabíais que funcionaría? ¿Cómo sabíais que no le diría que se fuera? —curioseó Audrey.

Ethan, Samuel y Asher intercambiaron miradas entre ellos, como si hubieran desarrollado una suerte de telepatía a lo largo de los años de amistad.

—No lo sabíamos, pero no podía quedarse con la idea de no saber qué hubiera pasado —dijo Samuel.

—Además —añadió Asher, con una sonrisa que sugería que sabían más de lo que estaban revelando—. A lo mejor Diane mencionó que quizás podrías estar... receptiva a una declaración de amor en el último minuto.

Trevor giró la cabeza para mirar a Asher.

—Un momento… ¿Diane estaba involucrada en esto?

—Puede ser —respondió.

—Oh, Dios mío —murmuró Audrey, comenzando a reírse—. ¿Esto ha sido una conspiración? ¿Diane y vosotros planeasteis todo esto?

—Alguna noción tenía —dijo Ethan.

—No puedo creer que mi hermana conspirara contra mí —dijo Trevor, aunque no sonaba particularmente molesto por ello, y en realidad no le extrañaba. De Diane se podía esperar casi cualquier cosa.

—No conspiró contra ti —dijo Samuel—. Conspiró a favor de ti. Hay una diferencia importante.

—¿Y siempre tenéis que intervenir en la vida romántica de Trevor de esta manera? —curioseó Audrey.

—No, nunca. Pero en esta ocasión estaba siendo particularmente estúpido —respondió Ethan—. Lo cual, para ser justos, ocurre la mayor parte del tiempo —añadió en tono de broma.

—¡Hey! —protestó Trevor.

—Es la verdad.

—Además, es un coñazo verle con expresión de «panda triste» lloriqueando porque su mundo se había desmoronado —dijo Samuel.

Trevor puso los ojos en blanco.

—Joder, yo no he estado lloriqueando.

—Te ha faltado poco —se burló Samuel.

Trevor sacudió la cabeza.

—Bueno, la verdad es que soy emocionalmente inmaduro y tengo problemas para comprometerme —admitió—. Pero estoy trabajando en ello. —Sonrió.

—Estás completamente curado —observó Asher—. Considerando que acabas de comprometerte a tener una relación a larga distancia con alguien que se muda a otro continente mañana.

—¿Eso es lo que he hecho?

—Eso es exactamente lo que has hecho —afirmó Audrey, sonriéndole de una forma tan cálida que hizo que algo se derritiera en el fondo de su pecho—. Y estoy muy contenta de que lo hayas hecho.

Samuel se aclaró la garganta, adoptando una expresión ligeramente formal.

—Entonces, Audrey, ¿cuál es el plan logístico ahora? ¿Vuelas a Roma mañana por la mañana?

—Vuelo mañana por la mañana. Diez y cuarto desde O'Hare.

—Y Trevor, ¿asumo que vas a llevarla al aeropuerto?

—Sí, correcto.

—¿Y después de eso?

Trevor y Audrey se miraron, dándose cuenta de que habían estado tan enfocados en la declaración que no habían discutido

completamente los detalles prácticos de mantener una relación a través del océano.

—Bueno —comenzó Trevor lentamente—, mencioné algo sobre volar a Roma todos los fines de semana...

—Sí, aunque no es necesario que vayas a Roma todos los fines de semana, yo puedo venir a Chicago fines de semana alternos.

—Así vais a tener tiempo para ajustaros a estar en una relación real —comentó Asher.

—¿Tiempo para ajustarse a estar en una relación real? —repitió Trevor—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que no has estado en una relación seria... nunca —respondió Asher—. Así que vas a necesitar tiempo para descubrir cómo es eso de ser un novio de verdad.

—¿Un novio de verdad?

—Ya sabes, alguien que recuerda aniversarios, que envía flores sin razón, que pregunta qué tal le ha ido el día a su novia y realmente escucha la respuesta —contestó Ethan.

Trevor se giró hacia Audrey con una expresión de ligero pánico.

—¿Hay aniversarios que se supone que debo recordar? Porque sinceramente, ni siquiera estoy seguro de cuál sería nuestro aniversario oficial...

—Trevor —interrumpió Audrey, con una chispa de diversión en los ojos—, no tienes que entrar en pánico por tratar de ser el novio perfecto inmediatamente. Podemos descubrirlo sobre la marcha.

—¿Estás segura? —dijo él—. Porque estos tíos piensan que hay un manual que se supone que debo haber leído.

Samuel, Asher y Ethan se echaron a reír.

—No hay ningún manual —lo tranquilizó Audrey, acariciándole el hombro cariñosamente—. Solo... sé tú mismo. La versión de ti mismo que ha aparecido en mi puerta esta noche.

—¿La versión que fue secuestrada por sus amigos y forzada a admitir sus sentimientos? —dijo Trevor.

—La versión que fue lo suficientemente valiente para admitir sus sentimientos, sin importar cómo llegó a mi puerta. Además, ya fuiste

el novio perfecto en California —le alentó Audrey.

Trevor se quedó pensando unos segundos.

—Es cierto. Fui el novio falso perfecto.

—Fuiste el mejor —afirmó Audrey.

—Bueno, nuestro trabajo aquí está hecho —intervino Asher—. Trevor ha declarado sus sentimientos a Audrey, ella los ha correspondido, y todos hemos aprendido valiosas lecciones sobre la importancia de la intervención de los amigos cuando alguien está comportándose como un estúpido.

—¿Valiosas lecciones? —preguntó Ethan—. ¿Qué lecciones hemos aprendido?

—Hemos aprendido que Trevor es capaz de crecer emocionalmente cuando está suficientemente motivado. Hemos aprendido que se tiene que luchar hasta el final y que no hay que dar nada por hecho, y hemos aprendido que a veces secuestrar a un amigo y obligarle a hacer algo, aunque en un principio pueda parecer descabellado, es exactamente la terapia que necesita.

—No ha sido terapia —murmuró Trevor—. Ha sido coerción.

—Sí, una coerción muy efectiva —añadió Samuel—. Las mejores terapias a menudo parecen coerción al principio.

—¡Oh, por favor! —se quejó Trevor.

Audrey se encontró sonriendo mientras observaba aquel intercambio entre ellos.

—Dejemos a los tortolitos en paz —habló de nuevo Ethan—. Seguro que quieren estar a solas.

Asher, Samuel y Ethan se montaron en el coche después de despedirse de Trevor y de Audrey y pusieron rumbo al bufete.

Trevor giró el rostro hacia Audrey y le dedicó una mirada con los ojos entornados.

—Se me ocurre algo que hacer ahora que nos hemos quedado solos —dijo en tono sugerente.

Audrey delineó en sus labios una sonrisa pícara.

—A mí también —susurró.

Y agarrados de nuevo de la mano, se metieron en el bloque.

CAPÍTULO 81

El teléfono de Audrey sonó exactamente treinta y siete segundos después de que Trevor se hubieran ido.

Ni siquiera había llegado a cerrar completamente la puerta de su piso cuando la pantalla se iluminó con el nombre de Diane.

«Por supuesto —pensó Audrey, sonriendo mientras respondía—. Las noticias viajan rápido.»

—¿Diane?

—¡AUDREY CARLSON! —La voz de Diane prácticamente gritó a través del altavoz, tan alta que Audrey tuvo que alejar el teléfono de su oreja—. ¡NECESITO TODOS LOS DETALLES INMEDIATAMENTE!

—¿Cómo...? ¿Ya sabes lo que ha pasado?

—¡Claro que lo sé! Los chicos me mandaron un WhatsApp que decía: «Misión cumplida. La Operación Cupido fue un éxito total. Trevor finalmente le echó huevos.» ¡Por fin! —exclamó.

Audrey se echó a reír, dejándose caer en el sofá entre las maletas a medio hacer. Estaba subida en una especie de nube de la que no tenía ninguna prisa de bajar.

—Diane, tu hermano apareció en mi puerta con los «Alfa de Chicago» como si fuera algún tipo de operación de la CIA.

—¡LO SÉ! ¡ES LO MÁS ROMÁNTICO QUE HE ESCUCHADO EN MI VIDA! —Diane estaba realmente emocionada por todo lo que había sucedido—. Bueno, después de la parte donde lo secuestraron.

—¿Sabías lo que estaban planeando? —le preguntó Audrey.

Diane hizo una pausa dramática.

—Algunas cosas.

—¡¿Y no me dijiste nada?!

—Fue todo muy rápido, y no sabía si mi hermano accedería —se defendió—. Estos últimos días se ha comportado como un idiota.

¡Alguien tenía que hacer algo! Asher me llamó diciendo que estaban preocupados por él y no me pude resistir —dijo—. Aunque en parte lo hice por mi propia salud mental, porque me estaba volviendo loca ver vuestra situación cuando claramente estáis enamorados uno de otro.

Audrey no pudo evitar sonreír ante la indignación teatral en la voz de Diane.

—Bueno, funcionó —dijo.

—¡POR SUPUESTO QUE FUNCIONÓ! —exclamó Diane al otro lado de la línea telefónica—. ¡He estado diciendo durante semanas que vosotros dos estáis hechos el uno para el otro! Solo necesitabais que alguien os empujara en la dirección correcta.

—Querrás decir más bien «obligados por la fuerza» —dijo Audrey.

—¡Los detalles son irrelevantes! Lo importante es el resultado —aseveró Diane—. Que es ¡QUE MI MEJOR AMIGA Y MI HERMANO ESTÁN JUNTOS! ¡POR FIN!

Audrey pudo escuchar ruidos de fondo que sonaban sospechosamente como si Diane estuviera saltando.

—Diane, ¿estás... saltando? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Puede que esté saltando un poco, pero es que es un momento para saltar. He estado esperando esto durante semanas. Desde antes incluso de proponer que Trevor fuera tu novio falso para la boda de Daniel.

—Pues debías ser la única que lo pensabas.

—Lo sé, pero en el fondo sabía que esto iba a pasar. Tengo un instinto para estas cosas. Soy como una bruja.

Audrey se echó a reír, y sintió una oleada de afecto por la mujer que había conspirado para hacer posible su felicidad.

—Diane, te quiero. Pero estás completamente loca.

—Estoy loca, sí. No lo voy a negar. ¡Ahora dame todos los detalles! ¡TODOS! Quiero saber exactamente lo que dijo, cómo lo dijo, qué llevaba puesto, si hubo lágrimas...

—¿Si hubo lágrimas? —repitió Audrey.

—¡Trevor nunca llora! Si lloró o se emocionó, necesito saberlo porque significa que es humano.

Audrey sonrió.

—No lloró exactamente, pero se emocionó. Mucho. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando me pidió perdón por haberse ido aquella madrugada.

Diane hizo un sonido que era parte grito ahogado, parte suspiro de satisfacción.

—Oh, Dios mío, se emocionó. Mi hermano, el que parece que siente menos que una piedra, se emocionó. ¡Esto es mejor de lo que esperaba!

—Diane, fue... fue la cosa más romántica que me ha pasado en la vida. Apareció en mi puerta, nervioso y vulnerable, y me dijo que estaba enamorado de mí. Que había estado enamorado de mí desde California.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que había pasado algo en California! La forma en que los dos actuabais cuando regresasteis…

—Y me dijo que no quería que cancelara mi viaje a Roma. Que quería que fuera, que era la oportunidad de mi vida, y que él encontraría la manera de hacer que nuestra relación funcionara.

—Y estoy segura de que lo hará. Una vez que Trevor Hunter se compromete con algo, se compromete completamente. Con él es todo o nada.

—También bromeó con comprar un jet privado para poder ir a verme todos los fines de semana.

—Espera…, ¿bromeó con comprar un jet privado? —repitió Diane.

—Sí, dijo que había estado pensando en ello, que le vendría bien para los viajes de negocios que tiene que hacer, y que así de paso, podría ir a verme a Roma —respondió Audrey.

—Audrey, cariño, no estaba bromeando.

—¿Qué?

—Trevor ha estado buscando información sobre jets privados desde hace días. Me mostró algunos modelos la semana pasada.

Pensé que era por los viajes de negocios que tiene, pero ahora todo cobra sentido.

—¿En serio ha estado pensando en comprar un jet privado?

—¡Mi hermano es multimillonario y acaba de descubrir que está enamorado! Por supuesto que va a comprar un jet privado. Probablemente ya haya hecho una oferta por alguno.

Audrey se quedó callada, procesando la posibilidad de que Trevor hubiera estado planeando cómo sería su relación a distancia antes incluso de que hubiera admitido que quería una relación.

—Es... Es una locura —comentó.

—¡Según parece, así es Trevor enamorado! —Diane se echó a reír. Nunca había visto a su hermano enamorado, así que no sabía lo que era capaz de hacer.

—Pero, Diane, ¿no te parece un poco... excesivo? ¿Comprar un jet privado por una relación que técnicamente ha comenzado hace dos horas?

—Audrey, mi hermano no hace nada a medias. Cuando decide que quiere algo, va a por ello totalmente. Y ha decidido que te quiere a ti.

—Es emocionante y vertiginoso al mismo tiempo —comentó Audrey.

—¡Esa es exactamente la forma en que debe sentirse el amor verdadero! ¡Emocionante, vertiginoso y completamente loco!

Audrey se levantó del sofá y comenzó a caminar por el piso. De un lado a otro. Había acumulado demasiada energía durante la última hora.

—Diane, no puedo creer que esto esté pasando realmente. Esta mañana pensé que me iría a Roma sin hablar nunca con Trevor de nuevo. Y ahora...

—Y ahora te vas a Roma con un novio que según parece va a comprar un jet privado para ir a verte todos los fines de semana —terminó de decir Diane.

—Cuando lo expones de esa manera, suena completamente surrealista.

—¡Bienvenida a enamorarte de un Hunter! ¡Nosotros no hacemos nada de manera normal! —exclamó alegre Diane.

Audrey soltó una carcajada.

—Ahora en serio, Diane, gracias. Por conspirar, por dar un empujoncito a Trevor, por hacer que esto fuera posible.

—No me las des todavía, porque me tienes que hacer un favor.

Audrey frunció el ceño.

—¿Qué favor?

—Bueno, ahora que Trevor finalmente ha sacado su cabeza del agujero en el que la tenía metida cual avestruz, y Marco Benedetti está técnicamente disponible...

Audrey se detuvo en medio de su caminata por el piso.

Una sonrisa empezó a extenderse lentamente por su rostro al darse cuenta de hacia dónde se dirigía la conversación.

—Diane...

—¿Crees que podrías... ya sabes... presentármelo en persona?

—¿Quieres que te presente a Marco Benedetti?

—Como algo casual. Ya sabes, en plan «Marco, esta es mi simpática amiga Diane, la que viste aquel día por videollamada. Casualmente está soltera y casualmente está visitando Roma».

Audrey se echó a reír tan fuerte que tuvo que sentarse en el borde de la cama. La caminata la había llevado hasta su habitación.

—¡Diane Hunter! ¡No puedo creer que estés intentando usar mi nuevo trabajo para conseguir una cita! —bromeó Audrey.

—¡No estoy usando tu nuevo trabajo para conseguir una cita! Estoy aprovechando esa red de contactos que surgen de forma natural en los nuevos trabajos.

—¿Red de contactos?

—Marco Benedetti es un hombre soltero, atractivo, exitoso. ¡Sería muy irresponsable de mi parte no explorar las posibilidades con él!

—¿Y qué hay del pequeño detalle de que vive en Italia?

—Los detalles logísticos se pueden resolver.

Audrey se doblaba de la risa. Diane era increíble.

—Tú serías capaz de mudarte a Roma —afirmó.

—Qué bien me conoces. Italia es un buen país para expandir mi carrera profesional, con un montón de experiencias culturales y las posibilidades de una romance internacional.

Audrey se limpió las lágrimas de los ojos. Diane hablaba completamente en serio.

—Diane Hunter, estás como una puñetera cabra.

—«Loca» es mi segundo nombre. Bueno, técnicamente es Marie, pero loca debería ser mi segundo nombre.

—Dios mío, Diane…

—Pero, dime, ¿lo harás? ¿Me lo presentarás? —dijo ella.

—Por supuesto —contestó Audrey, admirando la audacia de su amiga—. Creo que tú y Marco Benedetti podríais ser perfectos el uno para el otro.

—¡Audrey Carlson, eres oficialmente la mejor amiga que he tenido en mi vida!

—También soy la única mejor amiga que tienes.

—Pero a partir de ahora lo eres de manera oficial —dijo Diane—. Lo importante es que eres maravillosa y te quiero.

—Yo también te quiero —dijo Audrey.

Después de terminar la llamada, Audrey se dejó caer bocarriba en la cama, y entonces fue consciente de que su vida había cambiado por completo en las últimas dos horas, y de que ya nada volvería a ser como antes.

EPÍLOGO

Un año después

El jardín de la mansión de Asher era un escenario digno de una película romántica.

Luces colgantes emitían un resplandor dorado entre las ramas de los árboles centenarios, mientras que una larga mesa cubierta con un mantel de lino blanco se extendía por el césped perfectamente cuidado.

Era exactamente el tipo de celebración de la que se habrían reído una década atrás: elegante, sentimental, y centrada en el amor y la familia.

¿Quién se lo hubiera dicho a ellos?

Los «Alfa de Chicago» eran de todo menos románticos. Bueno, hasta que llegaron ELLAS.

Haley. Abby. Cassie y Audrey.

Como había señalado Ethan con su característico humor, era irónico que el décimo aniversario del bufete más competitivo de Chicago se estuviera celebrando como una suerte de reunión familiar masiva con niños corriendo por todas partes y conversaciones sobre bodas y planes universitarios.

Trevor ajustó su corbata por quinta vez en diez minutos. Un hábito nervioso que había desarrollado desde que había comenzado a llevar el anillo de oro que había pertenecido a su abuela materna en el bolsillo de la chaqueta durante tres meses, antes de finalmente encontrar el valor suficiente para ofrecérselo a Audrey.

—Relájate —murmuró Audrey, apareciendo a su lado con dos copas de champán y una sonrisa que todavía hacía que algo se

derritiera en su pecho cada vez que la veía—. Es solo una cena con tus mejores amigos. No un interrogatorio.

—Es una cena con mis mejores amigos donde todos van a hacer comentarios sobre lo «domesticado» que estoy —corrigió Trevor, tomando la copa que le ofrecía—. Lo cual, para ser sinceros, es verdad.

Audrey se echó a reír.

El sonido se mezcló con el murmullo general de las conversaciones y la música suave que flotaba en el aire desde los altavoces ocultos en los arbustos.

—¿Te arrepientes de haberte «domesticado»? —le preguntó Audrey.

—Ni un solo segundo —respondió Trevor, inclinándose para besarla en el cuello—. Aunque sigo pensando que el término «domesticado» hace que suene como si antes fuera un animal salvaje que fue capturado y entrenado.

Audrey levantó una ceja.

—¿No lo eras?

—Era un animal salvaje emocionalmente inaccesible que fue capturado por el amor y entrenado para funcionar en una relación adulta —corrigió—. Hay una diferencia.

Audrey se echó a reír.

—Una diferencia muy sutil —dijo.

Desde el otro lado del jardín, llegó el sonido de la risa de Diane, seguida inmediatamente de la voz de Marco diciendo algo en italiano que claramente era inapropiado para una reunión familiar.

—¿Deberíamos preocuparnos por ellos? —preguntó Trevor, observando a su hermana gesticular animadamente, mientras Marco la miraba con la expresión de alguien que todavía no podía creerse completamente su suerte.

—No —respondió Audrey—. Diane finalmente ha encontrado a alguien que puede seguir el ritmo de su energía, y Marco a alguien que aprecia su encantador romanticismo italiano. Son una pareja perfecta.

Era verdad.

El romance entre Diane y Marco se había desarrollado exactamente como Audrey había predicho; de una forma intensa, apasionada, y loca.

Diane había aparecido en Roma dos semanas después de la llegada de Audrey, con la excusa de ser un «viaje de trabajo casual», y Marco había estado perdido desde el momento en que ella había caminado hacia su oficina con un vestido rojo que había comprado específicamente para la ocasión.

Ahora, un año después, dividían su tiempo entre Chicago y Roma con la naturalidad de esas personas que descubren que el hogar no es un lugar sino una persona.

—Además —añadió Audrey, mirando como Marco susurraba algo en el oído de Diane que la hizo sonrojarse y golpearlo juguetonamente en el brazo—, es divertido tener un hermano político que es esencialmente una versión italiana masculina de Diane.

—Esa es una observación muy precisa.

El sonido de risas infantiles los interrumpió cuando Nico, el hijo de dos años y medio de Samuel y Haley, pasó corriendo con Tom, el hijo de seis años de Asher, y de Lucas, persiguiéndose unos a otros.

Nico había desarrollado una personalidad que era puro caos de energía.

—¡Tío Trevor! —gritó Nico, desviándose de su carrera para chocar directamente con las piernas de Trevor—. ¡Tom dice que no puedo volar!

—Tom tiene razón técnicamente —respondió Trevor, agachándose para estar al nivel de los ojos del niño—. Los humanos no pueden volar sin ayuda mecánica.

—¿Qué es ayuda mecánica?

—Aviones, helicópteros, jets privados...

—¡Oh! ¡Como tu avión! —exclamó Nico.

Audrey se echó a reír ante la forma en que Trevor había conseguido que un niño de dos años viera ser el dueño de un jet

privado como si fuera algo completamente normal.

—Exactamente como mi avión —confirmó Trevor—. Pero para volar en uno de esos, necesitas un piloto.

—Yo voy a ser piloto —intervino Tom.

—Y yo abogado —saltó Lucas—. Y chef.

Después de un año de duro litigio, Trevor finalmente había conseguido la custodia de Lucas. Su padre se lo tomó bastante mal al principio, pero terminó dándose cuenta de que le daba igual. En realidad él nunca se había preocupado por ninguno de sus hijos más allá de llevarlos a un internado caro. Estaba claro que no iba a preocuparse por Lucas. Si Trevor quería hacerse cargo de él, que se hiciera cargo de él. En el fondo le daba lo mismo.

—¿Puedo ser piloto? —preguntó Nico.

—Pregúntale a tu papá dentro de quince años —respondió Trevor.

Nico asintió solemnemente, como si hubiera recibido una información muy importante, luego corrió de vuelta hacia Samuel gritando algo sobre convertirse en piloto cuando fuera mayor. Tom y Lucas le siguieron.

—¿Eres consciente de que acabas de plantar la semilla del futuro profesional de Nico? —observó Audrey.

—Podría hacer cosas peores que ser piloto.

—Podría ser abogado.

—Hey, ser abogado me ha funcionado bastante bien —protestó Trevor.

—Ser un abogado prepotente te acercó a mí, así que no me quejo —rio Audrey.

Se dirigieron hacia la mesa, donde Samuel y Haley estaban sentados con Asher y Abby, intercambiando historias sobre los desafíos de criar niños.

Haley se veía radiante, mientras que Samuel tenía la expresión ligeramente agotada, pero satisfecha de alguien que había descubierto que la paternidad era mejor de lo que había creído, aunque ciertamente cansada.

Abby, que había comenzado como la niñera de Tom y se había convertido en la madre que él había escogido antes de que Asher se diera cuenta de lo que estaba pasando, estaba describiendo los últimos proyectos artísticos de Tom.

—...y entonces decidió que el dibujo de la familia que le habían mandado hacer en el colegio necesitaba incluir al hámster, pero el hámster necesitaba su propia casa. Así que ahora tenemos un mural de un metro en la pared de su habitación en el que estamos todos viviendo en un palacio de hámsters gigante.

—Es algo normal en un niño de seis años —comentó Haley—. Nico insiste en que todos los animales de sus cuentos son sus hermanos, así que solemos tener a menudo conversaciones sobre por qué no puede invitar al gato con botas a cenar.

—Al menos Nico no ha descubierto el arte de la negociación todavía —dijo Trevor—. Lucas ahora presenta argumentos legales para todo. Ayer me dio una presentación en PowerPoint de cinco minutos sobre por qué su hora de dormir debería ser a las diez en punto los fines de semana.

—¿Una presentación en PowerPoint? —preguntó Asher, impresionado.

—Con gráficos y referencias. Va a ser abogado o político —bromeó Trevor.

Todos se echaron a reír.

Ethan y Cassie se acercaron a la mesa. Cassie llevaba una bandeja de lo que parecían ser cócteles artesanales.

—¿Alguien ha pedido bebidas que requieren estudios avanzados para poder pronunciar sus nombres? —anunció Ethan—. Porque Cassie ha pensado que necesitábamos elevar nuestro conocimiento sobre cócteles en esta celebración.

Cassie puso los ojos en blancos.

—Es solo *Aperol Spritz* con un toque de flor de sauco —protestó, aunque estaba sonriendo—. No es ciencia para fabricar cohetes.

—Para ti no es ciencia para fabricar cohetes —intervino Ethan—. Para aquellos de nosotros cuyas habilidades culinarias se extienden a

pedir comida a domicilio y abrir una botella de vino, es prácticamente alquimia.

—Hablando de alquimia… —dijo Samuel, levantándose de la silla con una sonrisa en la comisura de los labios que indicaba que tenía noticias importantes que compartir—. Haley y yo tenemos un anuncio que hacer.

El jardín se quedó en silencio inmediatamente. Las conversaciones se detuvieron de golpe mientras todos se giraban para mirar a la pareja.

—No es un anuncio de índole profesional —continuó Samuel—. Es un anuncio personal.

Haley se levantó también, cogiendo la mano de Samuel con una sonrisa que mezclaba nerviosismo y pura felicidad. Los ojos le brillaban.

—Estamos embarazados —dijo simplemente, sin más preámbulos.

El silencio duró exactamente tres segundos antes de que explotara en una cacofonía de felicitaciones y gritos de alegría.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Diane, saltando de su silla tan rápido que Marco tuvo que alcanzar su copa de vino antes de que se cayera en la mesa—. ¡Haley! ¡Samuel! ¡Es maravilloso! ¡Enhorabuena!

—¿Y para cuándo? —preguntó Abby, levantándose para abrazar a Haley.

—Noviembre —respondió ella, aceptando los abrazos de todas las chicas, mientras los chicos se agrupaban alrededor de Samuel para felicitarle.

—¿Noviembre? —repitió Asher—. ¿Eso significa que estás...?

—De tres meses —confirmó Samuel, con una expresión en el rostro que significaba que había estado guardando el secreto durante semanas.

—¿Tres meses y no nos lo dijiste antes? —dijo Ethan, fingiendo indignación—. ¿Qué clase de mejores amigos somos si no podéis contarnos inmediatamente que estáis embarazados?

—La clase de mejores amigos que habrían hecho exactamente lo que están haciendo ahora —respondió Haley con buen humor—. Una escena llena de gritos con la que probablemente asustar a los niños.

Como para probar su respuesta, Nico apareció al lado de la mesa, atraído por la algarabía.

—¿Por qué está gritando tía Diane? —preguntó, con la curiosidad de un niño de casi tres años.

—Porque mamá y papá van a tener un bebé —le explicó Samuel, agachándose para levantar a Nico en brazos.

—¿Un bebé hermano?

—Un bebé hermano o hermana. No sabremos qué es hasta que sea más grande.

Nico consideró la información que le acababa de dar Samuel con la seriedad que reservaba para las cosas importantes.

—¿Puedo enseñarle a volar en el avión de tío Trevor?

—Pregúntale a tío Trevor dentro de dieciocho años —respondió Samuel.

Trevor se echó a reír al darse cuenta de que se había convertido en la respuesta estándar para todas las preguntas complicadas.

—¿Sabes qué significa esto? —preguntó Diane, acercándose a Audrey con una expresión pícara en el rostro.

—¿Qué significa?

—Significa que Nico va a tener un hermano o hermana. Tom va a tener un primo. Y algún día, cuando tú y Trevor tengáis hijos, van a tener toda una generación de primos para crecer juntos.

—Diane... —comenzó Audrey.

—Y Marco y yo vamos a tener hijos también. Porque nos encantan los niños. ¡Así que vamos a ser como una gran familia!

Marco apareció detrás de Diane, envolviendo sus brazos alrededor de su cintura.

—*Amore* —murmuró en su oído—, tal vez deberíamos enfocarnos en el bebé que está en camino antes de planificar la próxima generación entera.

—¿Que está en camino? —repitió Diane, girándose en sus brazos con una expresión de confusión cómica—. Marco, no estoy embarazada.

Marcó dejó escapar una sonrisilla.

—No, *tesoro*, me refiero al bebé de Samuel y Haley que acaban de anunciar hace cinco minutos que van a tener.

—Tienes razón. Me he emocionado pensando en todos los bebés que habrá en el futuro.

—Es una de las cosas que me gustan de ti —dijo Marco, besándola en la frente—. Tu capacidad para ver las posibilidades infinitas de cada situación.

—¿Solo una de las cosas? —preguntó Diane con coquetería.

—Una de muchas, muchas cosas.

Trevor observó la interacción entre su hermana y Marco con la satisfacción de ver feliz a alguien a quien quieres.

Era extraño pensar que hace un año, ninguna de las relaciones en ese jardín estaban de la forma en que se encontraban en ese momento.

Samuel y Haley no estaban esperando su segundo hijo. Asher y Abby no vivían juntos. Ethan y Cassie habían estado en un período de luna de miel sempiterno antes de descubrir que podían funcionar tanto personal como profesionalmente sin problemas. Y él y Audrey estaban...

Bueno, hace un año exactamente, él estaba sentado en la terraza de una cafetería, paralizado por el miedo, incapaz de admitir que estaba enamorado.

Era divertido como la vida podía cambiar tan radicalmente en tan poco tiempo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Audrey, notando su expresión pensativa.

—Estoy pensando en lo diferente que era todo hace un año.

—¿Te refieres a cuando eras un soltero empedernido con problemas para comprometerse, que vivía negando sus sentimientos?

—Exactamente a eso. Y tú estabas a punto de mudarte a Roma para escapar, en parte, de lo que sentías.

—Y ahora estoy comprometida con ese soltero empedernido y dirigiendo una galería en Chicago mientras planeo una boda.

—¿Te arrepientes de haber regresado de Roma después de terminar tu trabajo allí?

Era una pregunta que Trevor había estado queriendo hacer durante meses, pero nunca había encontrado el momento adecuado. Porque, aunque Audrey parecía completamente feliz con su vida en Chicago, él sabía que había adorado Roma, había adorado su trabajo allí, había adorado la independencia de crear algo completamente suyo.

—Trevor Hunter —dijo Audrey, girándose para mirarlo cara a cara —. ¿En serio me estás preguntando si me arrepiento de haber elegido una vida contigo?

—Solo estoy preguntando...

—No me arrepiento de nada —lo interrumpió—. Roma fue increíble, y estoy agradecida por la experiencia. Pero Trevor, mi hogar no es un lugar. Mi hogar eres tú.

—Eso es muy cursi —bromeó Trevor.

—Pero es la verdad.

—También es cursi.

—Las mejores verdades entre enamorados son cursis —dijo Audrey.

Trevor la besó, allí mismo en el jardín de Asher, rodeado de sus mejores amigos y sus familias elegidas, sin importarle quién estuviera mirando o qué comentarios recibiera después.

—¡Eh! —gritó Ethan desde el otro lado de la mesa—. ¡Guardad un poco para después de la boda!

—¿Hablando de la boda? —preguntó Cassie—. ¿Habéis fijado ya una fecha?

—Junio —respondió Audrey—. Todavía no sabemos el día. Será en el Jardín Botánico, con una pequeña ceremonia y una gran fiesta después.

—¿Pequeña ceremonia? —repitió Diane con incredulidad—. Audrey Carlson, ¿estás planeando una boda pequeña?

—Sí, Diane. Pequeña. Íntima. Solo familia y amigos cercanos.

—¿Define «pequeña»?

—Cincuenta personas, máximo.

—¿Cincuenta personas? Eso es muy poco.

—Está bien —dijo Audrey, riendo—. Sesenta personas. Pero ese es el límite máximo.

—¿Qué hay de tu familia? —preguntó Abby—. ¿Tu madre va a venir?

El padre de Audrey había muerto cuando ella tenía quince años.

—Sí, claro. Está emocionada de poder organizar mi boda.

—¿Eso significa que va a competir con Diane por el control de la organización? —preguntó Samuel.

—Oh, Dios —murmuró Audrey—. No había pensado en eso.

—No te preocupes —dijo Diane—. Tu madre y yo vamos a trabajar juntas sin ningún problema. Ya hemos empezado a intercambiar emails sobre temas de color y opciones de catering.

—¿Ya estáis intercambiando emails? —Audrey casi chilló, sorprendida.

—¡Por supuesto! La organización de una boda requiere mucha coordinación. Y tu madre tiene gustos excelentes —respondió Diane.

Audrey se giró hacia Trevor con una expresión de alarma cómica en la cara.

—¿En qué nos hemos metido?

—Exactamente en esas familias caóticas que vienen con personas que se preocupan por nosotros —respondió Trevor—. Y no lo cambiaría por nada.

Audrey rio.

Mientras la noche continuaba con conversaciones que fluían entre el trabajo, la familia y los planes futuros, Trevor se encontró observando a las personas reunidas alrededor de la mesa.

Estaban sus mejores amigos, que habían pasado de solteros empedernidos (como él) a hombres de familia en el transcurso de un

par de años. Estaban sus parejas, que habían llevado amor y nuevas perspectivas a sus vidas. Y los niños, que representaban la promesa de que las mejores cosas aún estaban por venir.

Aquel era el tipo de vida que había pasado años evitando activamente tener, y ahora no podía imaginar querer cualquier otra cosa.

—Trevor —dijo Asher, apareciendo a su lado con dos cervezas—. ¿Tienes un minuto?

Se alejaron del grupo principal, y caminaron hasta un lugar tranquilo cerca de la fuente que había al otro lado del jardín.

—¿Está todo bien? —preguntó Trevor, un poco extrañado.

—Todo está perfecto. Solo quería tener un momento para decirte... —Asher lo miró a los ojos—. Estoy orgulloso de ti —afirmó.

—¿Orgulloso de mí?

—Orgulloso de lo lejos que has llegado. Hace un año, estabas cerrado completamente al amor y eras demasiado orgulloso para admitir que querías algo más que tu carrera profesional.

—Era un desastre —dijo Trevor—. Un desastre emocional con problemas para comprometerse.

—Para mí eras un amigo que estaba asustado por ser vulnerable. Y ahora mírate. Comprometido, planeando una boda, hablando sobre futuro con alguien que te quiere exactamente como eres.

—¿Sabes qué es lo más loco de todo? —lanzó Trevor, dando un trago de la cerveza.

—¿Qué?

—Que me parece la cosa más natural del mundo. Querer estar con Audrey, planificar un futuro con ella, desear construir algo duradero, casarme… Nada de eso me da miedo.

—¿Y eso te sorprende?

—Sí. Porque pensé que siempre sería una de esas personas que huye cuando las relaciones se ponen serias.

—Tal vez solo necesitabas encontrar a la persona adecuada para quedarte.

—Definitivamente encontré a la persona adecuada.

Permanecieron en silencio un rato, observando a sus amigos y familias al otro lado del jardín.

—Asher —dijo Trevor al cabo de un rato—. Gracias. Por el *secuestro*, por intervenir, por no dejarme arruinar lo mejor que me ha pasado.

—Fue un placer. —Asher sonrió—. De todas formas, todos tenemos que agradecernos a todos alguna que otra intervención, porque a todos nos ha costado reconocer que estábamos enamorados cuando nos hemos enamorado.

Trevor también esbozó una sonrisa.

—Sí, hemos sido bastante tontos —dijo—. Mucho «Alfa de Chicago» para unas cosas, pero para otras…

Se rieron, y mientras caminaban de vuelta hacia el grupo, Trevor se dio cuenta de que esa era su vida ahora. Noches como aquella, rodeado de las personas que lo querían lo suficiente para intervenir cuando se comportaba como un idiota, para celebrar cuando tenía un éxito, y para estar en lo bueno y en lo malo, porque así eran los «Alfa de Chicago».

Más que amigos.

Más que hermanos.

Más que familia.

Más que sangre.

Y Trevor sabía que aquella vida con Audrey era mejor de lo que jamás había imaginado que podría ser.

Y solo estaba empezando.

Mientras se acercaba la medianoche y los invitados comenzaban a reunir a niños somnolientos y a hacer planes para próximos encuentros, Trevor encontró a Audrey ayudando a Cassie a secar los platos que habían sacado del lavavajillas.

—¿Lista para ir a casa? —preguntó, envolviendo sus brazos alrededor de ella desde atrás.

—Más que lista. Ha sido una noche perfecta, pero estoy agotada —respondió ella.

—¿Una noche perfecta?

—Una noche perfecta. Buenos amigos, buena comida, buenas noticias sobre el bebé de Samuel y Haley...

—¿Y?

—Y —dijo Audrey, girándose en sus brazos—, la certeza de que aquí es exactamente donde debo estar.

—¿En el jardín de Asher? —bromeó Trevor.

Audrey se echó a reír y le dio un golpe juguetón en el hombro.

—En tu vida, Trevor Hunter —afirmó—. En tu vida, en tu futuro, en tu corazón.

—Eso es lo más cursi que has dicho esta noche.

—Es lo más verdadero que he dicho esta noche.

Trevor se inclinó sobre ella y capturó sus labios con un beso que les dejó sin aliento.

—Te quiero —dijo Trevor.

—Y yo te quiero a ti —contestó Audrey.

Y mientras se dirigían al coche, Trevor se dio cuenta de que tenía todo lo que jamás había sabido que quería.

Amor, familia, amistad, futuro.

Y a Audrey Carlson (que pronto sería Audrey Hunter), caminando a su lado hacia todo lo que iba a llegar.

Había valido la pena cada momento de miedo, cada momento de duda, cada momento de resistencia que los había precedido.

Había valido la pena todo.

CAPÍTULO EXTRA

LA BODA

Un año después

El Jardín Botánico de Chicago se había transformado en una escena que parecía salida directamente de un sueño romántico.

Rosas blancas y peonías de color rosa creaban arcos naturales entre los árboles ancestrales, mientras que sillas de madera vintage se alineaban en filas perfectas frente a un altar improvisado bajo un cenador de madera cubierto de hiedra.

Trevor se ajustó la corbata por décima vez en cinco minutos. Una acción que no pasó desapercibida para Asher, que estaba cumpliendo las funciones morales del padre.

Por supuesto, Raymond no había querido saber nada de Trevor desde que había conseguido la custodia de Lucas. Trevor tampoco le necesitaba a esas alturas de su vida.

—Si sigues ciñéndote la corbata, vas a terminar estrangulándote antes de que llegue la novia —observó Asher, apareciendo al lado de Trevor—. Lo cual, aunque ponga un punto dramático, probablemente arruinaría el ambiente romántico que Diane y la madre de Audrey han estado perfeccionando durante un año.

—No estoy nervioso —mintió Trevor, mirando hacia el sendero donde Audrey aparecería en cualquier momento—. Solo estoy... retocando mi atuendo. No quiero que la corbata salga torcida en las fotos.

Asher dejó escapar una sonrisilla.

—Por supuesto. Y yo solo estoy aquí para darte apoyo moral, no porque Samuel y Ethan hayan apostado cien dólares a que tendrías un ataque de pánico en el último minuto.

Trevor frunció el ceño.

—¿Han hecho apuestas sobre mi estabilidad emocional?

—Han apostado sobre tu capacidad para llegar al altar sin necesidad de que tuviera que venir un médico. Ethan pensó que estarías bien, Samuel pensó que necesitarías un trago de whisky, y yo aposté a que necesitarías tanto whisky como un discurso motivacional.

—Sois unos jodidos cabrones. —Trevor se echó a reír a pesar de los nervios.

Incluso en su boda, sus amigos seguían siendo exactamente cómo habían sido durante la última década: despiadadamente honestos, completamente leales, e incapaces de tomarse algo demasiado en serio.

Trevor lanzó un vistazo a los sesenta invitados que se habían reunido para celebrar algo que dos años atrás habría jurado que nunca sucedería.

—No estoy asustado —dijo—. Nervioso, sí, porque quiero que todo salga bien. Pero no asustado —aclaró—. Por primera vez en mi vida, estoy a punto de hacer algo irreversible, algo que no tiene vuelta atrás. Bueno, excepto por un divorcio —bromeó entre risas—. Ya sabes a qué me refiero…

—Sí, lo sé —Asher rio.

—Y siento que es la decisión más fácil que he tomado —concluyó Trevor.

—Eso es porque es la decisión correcta —dijo una voz familiar detrás de ellos.

Trevor se giró para encontrar a Ethan y a Samuel, vestidos con un esmoquin impecable y con una expresión de orgullo en el rostro.

—Chicos —dijo Trevor.

—Trevor. Te ves... feliz —habló Ethan.

—Lo estoy. Más feliz de lo que pensé que era posible.

—Eso está genial —dijo Samuel, esbozando una sonrisa.

Y después de darse la mano de esa manera tan característica entre los hombres, tanto Samuel como Ethan le dieron un abrazo.

—Os quiero, tíos —dijo Trevor, visiblemente emocionado.

—Y nosotros a ti —habló Asher.

De pronto, llegó el sonido de música suave, seguido inmediatamente por el murmullo de los invitados levantándose y girándose hacia el sendero.

—Esa es tu señal —dijo Asher.

Trevor tomó su posición en el altar, con Asher, Samuel y Ethan alineándose a su lado en una muestra de apoyo que resultaba conmovedora.

La música cambió, y Diane apareció primero, radiante en azul marino y llevando un ramo que era solo ligeramente más pequeño que el de la novia. Detrás de ella iban Abby y Cassie, seguidas por Haley, que llevaba en brazos a la pequeña Emily, una niña preciosa que era la combinación perfecta entre ella y Samuel.

Y luego, al final del sendero, apareció Audrey.

Trevor sintió como si alguien le hubiera sacado todo el aire de los pulmones.

Ver a Audrey caminando hacia él, con el sol de junio creando un halo dorado alrededor de su cabello pelirrojo y una sonrisa que era solo para él, le hizo tomar consciencia de que nada podría haberlo preparado para ese momento.

Absolutamente nada.

Audrey caminaba sola por el pasillo (hasta en eso era diferente a las demás), una decisión que había tomado después de concluir que ninguna persona iba a «entregarla» a Trevor como si fuera una propiedad que se transfiere.

En lugar de eso, avanzaba hacia su futuro por su propia elección, con su propia fuerza, llevando un ramo de rosas blancas y una expresión de felicidad tan pura que Trevor notó que las lágrimas picaban en sus ojos.

Cuando llegó al altar, se detuvo frente a Trevor y murmuró, lo suficientemente bajo para que solo él pudiera escucharla:

—Hola, guapo. ¿Vienes por aquí a menudo? —Y le guiñó un ojo.

Trevor sonrió de oreja a oreja en un gesto cómplice. Solo Audrey podría decir algo así al llegar al altar.

Joder, qué maravillosa era.

—Solo cuando hay una boda especial—respondió, tomando sus manos entre las suyas—. Concretamente, la mía.

El oficiante, un amigo de la familia que conocía a Audrey desde la infancia, se aclaró la garganta con una alegría que apenas podía contener.

—Estamos aquí reunidos hoy para celebrar la unión de Trevor Hunter y Audrey Carlson en matrimonio —comenzó—. Y debo decir, como alguien que conoce a Audrey desde hace años, que nunca he visto que irradiara tanta felicidad como desde que conoció a Trevor.

Algunas risas suaves se extendieron entre los invitados, seguidas por el sonido de alguien tratando de contener sollozos y que claramente era Diane.

—Trevor y Audrey han elegido escribir sus propios votos —continuó el oficiante—. Trevor, ¿te gustaría comenzar?

Trevor había ensayado sus votos docenas de veces, había memorizado cada palabra, había practicado delante del espejo hasta estar seguro de que podía recitarlos sin problema. Pero mirando a Audrey, con su precioso vestido de novia flotando con la brisa suave y sus ojos llenos de lágrimas de felicidad, todas las palabras que había preparado desaparecieron de su mente.

—Audrey —comenzó. Su voz se escuchaba ligeramente ronca—. Hace dos años, si alguien me hubiera dicho que estaría aquí, prometiendo pasar el resto de mi vida contigo, habría dicho que estaban locos.

—No solo locos —interrumpió Audrey con una sonrisa—. Completamente delirantes.

—Completamente delirantes —repitió Trevor, dándole la razón—. Porque yo era alguien que no creía en el amor, que pensaba que el

compromiso era una trampa, que estaba convencido de que era mejor estar solo que arriesgarse a mostrar mi vulnerabilidad a otra persona.

Se detuvo, tomando las manos de Audrey más firmemente.

—Pero entonces te conocí. Y descubrí que todo lo que pensaba que sabía sobre mí mismo estaba equivocado. Descubrí que no tenía problemas para comprometerme; lo que pasaba era que no había encontrado a la persona adecuada para hacerlo. Descubrí que no era emocionalmente inaccesible; solo había estado esperando a alguien que hiciera que valiera la pena estar emocionalmente accesible.

Las lágrimas corrían libremente por las mejillas de Audrey, pero también estaba sonriendo.

—Audrey, me enseñaste que el amor no es algo que te hace débil. Es algo que te hace valiente. Me enseñaste que una relación verdadera no te limita; te libera para convertirte en la mejor versión de ti mismo.

Trevor tuvo que hacer una pausa para recomponerse, muy consciente de que varios de los invitados estaban llorando abiertamente.

—Así que hoy prometo amarte no solo en los días fáciles, sino especialmente en los días difíciles. Prometo ser tu socio y amigo en todas las aventuras que vengan, aunque tenga que comprar un jet privado para ir a verte, si es necesario.

Un murmullo de risas se extendió entre los presentes, sobre todo desde el lugar donde Diane estaba sentada con Marco.

—Prometo que nunca volveré a irme sin decir adiós. Prometo elegirte siempre, todos los días, por el resto de mi vida. Y prometo hacer todo lo posible para ser el tipo de hombre que merece el extraordinario amor que me has dado.

Cuando terminó, el jardín estaba tan silencioso que se podían escuchar los pájaros cantando en los árboles.

—Audrey —dijo el oficiante con voz ligera—. Tus votos.

Audrey respiró profundamente, limpiándose las lágrimas de las mejillas antes de comenzar.

—Trevor Hunter —dijo, su voz clara y fuerte—. Cuando te conocí, pensé que eras el hombre más prepotente, más frustrante, y más imposiblemente terco que había conocido en mi vida.

—Gracias, cariño. Me encanta que seas la que pongas el tono romántico en nuestra boda.

—Y tenía razón —continuó Audrey, sonriendo—. Eres prepotente, y frustrante, e imposiblemente terco. Pero también eres amable, generoso, y leal, y capaz de darme un amor tan profundo que me quita el aliento.

Se inclinó un poco para estar más cerca de él, y bajó la voz a algo que era casi un susurro.

—Me enseñaste que no tengo que elegir entre mi carrera y mi corazón. Me enseñaste que el amor verdadero no requiere que te pierdas a ti mismo; requiere que encuentres exactamente quién estás destinado a ser. —Tomó aire—. Trevor, compraste un jet privado para poder vernos, y cumpliste esa promesa antes de que estuviéramos oficialmente comprometidos. Eso me dice todo lo que necesito saber sobre tu nivel de compromiso conmigo —bromeó.

Se escucharon más risas.

—Pero más importante que jets privados o grandes gestos románticos, me mostraste todos los días, de pequeñas maneras, que me veías. No solo la versión de mí misma que pensaba que debería ser, sino exactamente quien soy.

Las lágrimas habían regresado a sus ojos, pero Audrey siguió hablando.

—Así que hoy prometo verte también. Prometo amar tanto tus fortalezas como tus debilidades. Prometo ser tu socia y amiga para construir una vida juntos que sea más bonita de lo que cualquiera de los dos podría haber creado por sí solo. Y prometo que nunca, jamás, dejaré que te alejes de mí de nuevo sin luchar por ti —dijo—. Incluso si eso significa pedirle a Asher, Samuel y Ethan que te secuestren de nuevo —añadió con una sonrisa traviesa.

—Sobre todo si me secuestran —confirmó Trevor—. Aunque espero que no sea necesario.

—No será necesario —prometió Audrey—. Porque donde tú vayas, yo voy —concluyó.

El resto de la ceremonia pasó entre risas y lágrimas, el intercambio de anillos, y finalmente, el momento que todos habían estado esperando.

—Por el poder que me confiere el estado de Illinois —dijo el oficiante—, os declaro marido y mujer. Trevor, puedes besar a tu esposa.

Trevor no necesitó que se lo dijera dos veces. Tomó el rostro de Audrey entre las manos y la besó con todo el amor, toda la gratitud, y todas las promesas de futuro que había en su corazón.

Cuando se separaron, fueron recibidos por una explosión de aplausos, vítores, y la voz inconfundible de Diane gritando «¡Al fin!» lo suficientemente fuerte como para que la escucharan en el centro de Chicago.

Mientras caminaban por el pasillo como marido y mujer, con pétalos de rosa cayendo a su alrededor y sus amigos y familia celebrándolo, Trevor se inclinó hacia Audrey.

—¿Te arrepientes de algo? —preguntó.

—De nada —respondió Audrey, mirándole con complicidad.

—Te quiero —dijo Trevor.

—Y yo a ti —contestó Audrey, con la mirada llena de amor.

Y mientras se dirigían a la otra parte del jardín, donde Diane y la madre de Audrey habían preparado un pequeño convite de bienvenida con música en vivo, canapés y suficiente champán para una nación, Trevor se dio cuenta de que había encontrado exactamente lo que no había sabido que estaba buscando. Nunca.

No solo una esposa, sino una socia. Una amiga.

No solo una relación, sino un futuro.

No solo amor, sino un hogar.

Y todo había comenzado como una relación falsa en la boda del ex de Audrey en California, y que había resultado ser el ensayo general para la única boda que realmente importaba.

Esta.

Y Trevor, el hombre que no creía en el amor, que había jurado que nunca se casaría, bailó su primera pieza de música como marido con Audrey, al son de «At Last» de Etta James, mientras sus mejores amigos disfrutaban de sus parejas y su hermana lloraba lágrimas de felicidad en los brazos de su novio italiano.

Porque algunos finales felices, después de todo, valen la pena cada momento de lucha.